Javier Holgado y Carlos Vila

Laura y el misterio de la isla de las gaviotas

Lectulandia

Tras una boda desastrosa, la joven Laura Lebrel se prepara para su luna de miel. Pero cuando su madre le confiesa que se ha equivocado con la reserva del viaje, no le queda más remedio que aceptar la propuesta de Jacobo, su marido, y pasar unos días en un acogedor balneario recién inaugurado en una pequeña isla del Cantábrico.

Cuando los primeros huéspedes llegan al hotel, una violenta tormenta los deja incomunicados. Ninguno de ellos sabe que la directora ha adquirido la Isla de las Gaviotas tras recibir una enigmática herencia y que su objetivo va más allá de rehacer una vida marcada por la tragedia en este lugar aislado: pretende averiguar el motivo por el que esa misteriosa isla aparece en sus pesadillas, una y otra vez desde hace años. En la isla las visiones continúan. Todas giran en torno a una mujer, un faro y un crimen del pasado… O tal vez de un futuro inmediato.

Laura y Jacobo jamás olvidarán su viaje de novios, aunque por motivos muy diferentes de los que ellos imaginan.

Porque el hotel esconde un horrible secreto del pasado.

Porque ninguno de los huéspedes ha llegado allí por casualidad.

Porque nada en la Isla de las Gaviotas es lo que parece.

Javier Holgado & Carlos Vila

Laura y el misterio de la isla de las gaviotas

ePub r1.0
numpi 23.09.2020

Título original: *Laura y el misterio de la isla de las gaviotas*
Javier Holgado & Carlos Vila, 2014
Ilustraciones: Shutterstock
Diseño de cubierta: Nico Castellanos

Editor digital: numpi
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Laura y el misterio de la isla de las gaviotas
PRÓLOGO
Susana
PRIMERA PARTE
Emilia
Morales
Julia
Ángel
Érica
Óscar
Rodrigo
Claudio
Laura
SEGUNDA PARTE
Día 1
Un mal presentimiento
Una bienvenida inusual
Un huésped inesperado
Esperando la tormenta
Un crimen rutinario
Una chica muy silenciosa
La excursión al faro
El visitante sigiloso
El oficinista discreto
Una perfecta luna de miel
Un encuentro con el más allá
Una melodía fuera del repertorio
La Cala del Santo
Una gran revelación
Día 2
Una posibilidad de escape
El viejo cobertizo
Una cita de madrugada
La hora de las coartadas
Historia de dos hermanas
La historia del Flautista
Lo que descubrió Roberto

Lo que vio Bogdana
Charlas de almohada
Una firma para los anónimos
Una loba solitaria
Un viaje sin retorno
En la más absoluta soledad
Una muerte inexplicable
La noche y el día
El asesino sin rastro
Respuestas
Un huésped menos
Día 3
Una angustiosa espera
Un equipo poco común
Cuenta atrás para Jacobo
Un pequeño paso
Esperanza
Una noche tranquila
La marca del asesino
Enfrentamientos
Una obligada confesión
Contradicciones
La clave del enigma
La hora de la verdad
El cuadro en la pared
Una cita furtiva
Tres son multitud
La mujer del cuadro
Una visita al subsuelo
La historia del paciente 21
Antiguas amenazas de muerte
Oculto en la memoria
El policía diligente
La boca del lobo
Recapitulando
La cueva del Flautista
Día 4
EPÍLOGO
Una melodía desafinada
De vuelta a tierra
El último cabo
Agradecimientos

Sobre el autor

A mi prima Bea, que siempre me ha regalado su sonrisa…

… y a Marisol, Eduardo y Daniel, para que nunca pierdan la suya.

Carlos

A mis padres, Félix y Maribel, y a mis hermanas, Regina e Isabel,

quienes dejaron que llenara nuestra casa de películas y libros, y mi cabeza de historias.

Javier

¿Es todo lo que vemos o parecemos

sólo un sueño dentro de un sueño?

EDGAR ALLAN POE

PRÓLOGO

LA MUJER DE LAS GAVIOTAS

(1984)

Susana

En los ocho años que Susana llevaba viviendo en el faro era la primera vez que las gaviotas la despertaban con sus graznidos. Se levantó de la cama, un poco desorientada porque era temprano. Había tenido un sueño muy profundo, debido sobre todo a las pastillas para dormir que había tomado la noche anterior. Miró por la ventana. Desde allí podía distinguirse la Cala del Santo, uno de los lugares de la isla elegidos por las gaviotas para asentar su bandada. Algo estaba pasando: se las veía realmente alborotadas. Muchas de ellas extendían sus alas, gesto que ejecutaban cuando estaban a punto de atacar al verse en una situación de peligro. Intrigada, comenzó a vestirse con la intención de bajar a la cala y comprobar lo que ocurría.

Cogió unos vaqueros, una camisa y un jersey grueso de algodón: a pesar del buen tiempo del que habían disfrutado durante las últimas semanas, el cielo había amanecido encapotado, y era mejor prevenir.

Tenía treinta y cinco años, era morena y muy atractiva. Vestida así, con ropa de campaña, costaba imaginarla viviendo en ningún otro sitio que no fuese aquella isla. Mucha gente opinaba que llevaba una vida demasiado solitaria, pero era lo que ella deseaba. A menudo la habían oído decir que las aves eran lo único que le importaba, las únicas que seguían estando ahí, en los buenos y en los malos tiempos, estuviese sola o acompañada. Su pasión había comenzado cuando, siendo una niña, su madre la había llevado a ver *Los pájaros*, de Alfred Hitchcock. La película le pareció aterradora, pero al salir del cine Susana había descubierto que el lado oscuro de esos seres a los que no se prestaba atención, a los que se daba por hecho, la fascinaba. Además, había sentido cierta afinidad con las aves de la película. En ella, las causas por las que los pájaros querían exterminar a la humanidad no estaban explicadas. Puede que fuese un simple mecanismo de defensa, ya que el hombre iba a terminar arrasando el planeta y había que evitarlo de cualquier manera. O

puede que estuviesen castigando a los humanos por alguna culpa atávica o milenaria de la que ellos eran absolutamente inconscientes. No lo sabía. Pero en su caso, sí que tenía muy claro por qué a veces sentía la necesidad de que todos los que la rodeaban desapareciesen. La causa era sencilla: no lo había tenido nada fácil en la vida. Un padre que se esfumó cuando se descubrió que era un estafador y que había desplumado el negocio de telas que la familia de su madre tenía desde hacía varias generaciones, fue el primero de los hitos en un camino algo complicado. A éste se añadieron las dificultades económicas derivadas de la bancarrota de la empresa, el acoso escolar que había sufrido desde siempre debido a su carácter algo huraño y retraído, y unas cuantas decepciones amorosas y relaciones frustradas.

No había pensado en ninguna de estas cosas desde que vino a vivir al faro rehabilitado que había en la isla. El estudio de las gaviotas y la correspondencia con ornitólogos que vivían en cualquier parte del planeta ocupaban la mayor parte de sus pensamientos. Por eso, mientras se miraba en el espejo del baño, terminando de arreglarse, se reprochaba que quizá todo lo que había estado ocurriendo durante las últimas semanas había sido en parte culpa suya. Si no hubiera estado tan absorbida por su trabajo de campo, podría haber percibido las señales. Y haberles prestado atención. Entonces no habría sido demasiado tarde.

Salió de su habitación, situada en la base del faro, y se dirigió a la cocina. A menudo solía subir las escaleras de caracol que conducían a la linterna para ver cómo el sol de la mañana hacía brillar el mar, pero ese día no tenía ganas: el cielo parecía anunciar tormenta y además creía que esa mañana, en vez de sentirse afortunada por vivir en la pequeña isla y poder disfrutar del panorama que se divisaba desde arriba, no haría otra cosa que mirar la costa con nostalgia, deseando volver, deseando que los seis últimos años de su vida se borraran y desaparecieran, desde el mismo momento en que Celia le propuso ir a la Isla de las Gaviotas y vivir en el viejo faro deshabitado y en desuso. Había roto la regla que se impuso como norma de vida: ocuparse únicamente de los pájaros, y ahora estaba a punto de pagar las consecuencias, como había ido descubriendo asustada las últimas semanas.

Intentando animarse, comenzó a silbar mientras fregaba los platos de la cena a la vez que ponía en el fuego una cafetera. Un pensamiento cruzó su cabeza, tan rápido que fue incapaz de atraparlo. Se trataba de algo que alguien

le había dicho alguna vez acerca de los faros, pero en ese momento era incapaz de recordarlo.

Cuando el café estuvo listo, puso comida en el cuenco de Trufa, la labrador de color crema que había sido su compañía desde que la rescató de una perrera.

—¡Trufa! ¡Trufa! —llamó, hasta que cayó en la cuenta de que lo que acababa de hacer era un gesto maquinal, impuesto por la costumbre.

Su perra no iba a ir a por su comida, haciéndole fiestas y cubriéndola de lametones, como todas las mañanas. Había desaparecido hacía unas semanas, sin dejar rastro. Tras días de búsqueda, desesperada, Susana estaba convencida de algo: en una pequeña isla de quince kilómetros cuadrados no había ningún lugar donde un perro pudiera esconderse. Y no creía que hubiese podido despeñarse por ninguno de los acantilados. El animal tenía miedo de las alturas, sollozaba cada vez que Susana se asomaba a uno de ellos para observar a sus gaviotas. Se quedaba unos pasos atrás, llorando y lanzando gemidos, aterrorizada, hasta que Susana se reunía con ella. Sólo había una manera por la que Trufa se hubiera arrimado a un acantilado: que alguien la hubiera obligado. Susana estaba convencida de que alguien la había arrojado al vacío. Además, esa explicación casaba perfectamente con la serie de pequeños atentados que había sufrido durante las últimas semanas. Un día, al llegar a casa, encontró todos sus cuadernos de campo y los diarios con sus anotaciones sobre el comportamiento de las gaviotas tirados por el suelo, en completo desorden. Algunas de sus páginas habían sido arrancadas y quemadas en la chimenea. Otro día, el objeto de la rabia del misterioso atacante fueron las fotos que tenía colgadas en el salón. Muchas eran instantáneas de algunos de los pájaros que había observado y controlado años anteriores. También tenía retratos de Juan, un novio con quien mantuvo una relación durante bastante tiempo, y que, de no haber muerto en un accidente de coche, estaría ahora mismo allí con ella compartiendo sus inquietudes. El caso es que alguien había descolgado todos los retratos y los había manchado con pintura roja, que así, a primera vista, parecía sangre. En la misma incursión, el intruso había destrozado también los delicados arreglos florales que poblaban los parterres que rodeaban el faro.

Susana dio parte de los hechos a la policía y consiguió que se interrogara a las personas que residían en la isla en aquel momento, pero no sacaron nada en claro. Inquieta, mandó poner una costosísima cerradura de seguridad en la puerta de roble que servía de entrada. Y los estrechos barrotes que protegían todas las ventanas del faro impedirían cualquier intrusión. Como

consecuencia, los robos y los actos vandálicos cesaron. Pero Susana no podía comprender quién podía albergar semejante rabia contra su persona: era de natural pacífica y no creía haber hecho daño a nadie en su vida, al menos conscientemente. El atacante tenía que ser alguien cercano a ella, alguien de la isla, pero ¿quién?

Nunca hubiera sospechado que la solución a ese misterio estaban a punto de proporcionársela los seres que menos imaginaba: las gaviotas.

Susana se acercó al borde del acantilado. El tiempo se estaba revolviendo después de unas semanas de calor sofocante y el viento soplaba cada vez más fuerte. No era el mejor día para andar trepando entre peñascos, pero eso no le importó. Quería saber por qué las aves estaban tan alborotadas.

Abajo, en las rocas, las gaviotas seguían moviéndose inquietas. Algo había pasado. Susana comenzó a bajar con cuidado por el sendero que conducía hasta la playa de piedra, mientras se preguntaba por primera vez en su vida, a la vista de lo ocurrido las últimas semanas, si su pasión por los pájaros merecía la pena, teniendo en cuenta todo lo que había sacrificado por ellos: retirarse a esa isla para poder estudiar a sus gaviotas en un entorno no demasiado contaminado por el hombre; pasarse gran parte del día observándolas y haciendo anotaciones en su cuaderno, hiciese frío o calor, lloviese o nevase; renunciar a vacaciones; ausentarse de bodas y bautizos de amigos que ya hacía tiempo que habían dejado de llamarla, incapaces de creerla cuando decía que su calendario dependía de las costumbres de sus aves… ¿Y qué había recibido a cambio? Nada. Se desvivía por unos seres para los que ella nada significaba.

«No», se dijo a sí misma. «Mi lugar sigue estando aquí».

La mayoría consideraba las gaviotas como una especie de ratas voladoras, seres que se alimentan de carroña, agresivos y muy celosos de su entorno. Susana se reía del desconocimiento de la gente: no sólo englobaban bajo el término gaviota una gran cantidad de especies que no tenían nada que ver con ellas, sino que además se trataba de seres fascinantes: probablemente eran las aves más inteligentes de todas, y su organización social resultaba tan compleja que parecía imposible que no hubiese sido diseñada por una mente racional. La especie que poblaba esa isla era la *Larus argentatus*, el género más extendido en el hemisferio norte. A Susana no le importaba que sobre esa especie estuviese todo dicho. Consideraba que siempre se podía aprender algo

nuevo. Y el tiempo le dio la razón: si el estudio que estaba llevando a cabo se revelaba verdadero podían cambiar muchas cosas.

Cuando llegó a la playa, Susana comprendió la razón de semejante alboroto. Las aguas estaban teñidas de rojo. Varias gaviotas estaban muertas sobre las rocas o flotando en el mar. Sus cuerpos presentaban infinidad de pequeñas heridas por las que todavía manaba la sangre. De inmediato supo lo que había ocurrido: otro ejemplar las había atacado, matándolas a picotazos. Y sólo conocía un ejemplar de esa bandada capaz de hacer algo así, capaz de atacar con esa ferocidad.

Le bastaron unos segundos para localizarlo. Era el único que no se movía nervioso, el único que permanecía quieto como una estatua sobre una de las rocas, mirándola fijamente, todavía con sangre seca en el pico y heridas húmedas en su plumaje. Conforme Susana se le fue acercando, no intentó asustarla extendiendo las alas o soltando graznidos enfurecidos. Permaneció inmóvil. Los dos se quedaron frente a frente durante unos segundos: la ornitóloga extendiendo sus brazos, dudando si coger el ejemplar; la gaviota mirándola desafiante, retándola a que lo hiciera.

Al final Susana bajó las manos. Esa gaviota era un ejemplar muy especial para ella: podía llegar a convertirse en una pieza clave que explicase en parte el complejo comportamiento de su especie. Lo había cogido recién salido del cascarón y lo había apartado de su bandada para integrarlo en otra. Y lo que acababa de hacer demostraba que no se equivocaba. Susana esbozó una sonrisa: no era el resultado que ella hubiera querido, esperaba que el proceso hubiera transcurrido más lento y haber recibido pequeños avisos antes de tener que presenciar esa masacre, pero lo ocurrido confirmaba todas sus teorías. Era una mujer cauta, pero no pudo evitar que la adrenalina del descubrimiento la exaltara, acompañada de un vértigo que casi le hizo perder pie al pensar en la revolución que producirían sus conclusiones en cuanto las publicara. Revolución que no se reduciría únicamente al ámbito académico. Si se extrapolaba a otros campos, podía convertirse en la solución a una de las cuestiones más enigmáticas en la historia de la ciencia médica.

Pero otro pensamiento se introdujo en su cabeza haciendo que se le helara la sonrisa en los labios. Lo que había presenciado era no sólo una pieza clave y definitiva para su investigación. También constituía la pieza final que faltaba para completar el puzle que explicaba todo lo que le había ocurrido durante los últimos meses: los robos, los actos vandálicos, la desaparición del perro.

Y también se dio cuenta de otra cosa: preferiría no haber hecho nunca ese descubrimiento.

Unas horas después Susana llegó con paso firme y decidido al lujoso hotel de dos plantas que se erguía al otro lado de la isla. Había decidido no coger el jeep, necesitaba dar un paseo para ordenar sus pensamientos. Unos siete kilómetros separaban el faro del hotel, las dos únicas edificaciones de la isla. En otros tiempos había existido una abadía, pero quedó destrozada en el transcurso de la Guerra Civil, durante un bombardeo.

Enfiló el camino de grava que atravesaba el césped que rodeaba el hotel, ignorando los saludos que le dirigían los huéspedes que descansaban en sus hamacas esperando el sol que ese día no se decidía a salir. Subió los escalones del porche y entró en el edificio. Se metió directamente en la primera puerta que había a la izquierda del mostrador de recepción.

—¿Está ahí? —preguntó a la secretaria, indicando con la cabeza la puerta del despacho en el que trabajaba Celia.

—No, está con Óscar, pero puedes esperar dentro, no tardará en volver —contestó la mujer.

Susana obedeció, fingiendo una sonrisa.

Sentada en uno de los sillones del despacho, pensó en cómo abordaría la cuestión con Celia. Se conocían desde hacía más de veinte años, nunca había habido secretos entre ellas. O eso creía Susana. No podía entender cómo Celia la había tenido tan engañada durante esos últimos años, desde que llegó a la isla, desde que le ofreció vivir en el faro después de que Juan muriera en aquel accidente, cuando Susana se quedó tan sola y devastada.

Sabía que Celia mentiría cuando le pidiera explicaciones. Pero eso no le importaba. Si mentía, lo vería en sus ojos. Pero ¿y los demás? ¿La policía? Tenía que llevarles algo, pruebas, documentos que autentificaran lo que pretendía denunciar. Se quedó mirando la mesa, puede que su amiga guardara alguno de ellos en uno de los cajones del escritorio. Se levantó, se acercó al mueble y comenzó a registrarlo. Las carpetas y papeles que fue encontrando no parecían de ningún interés aparte del estrictamente contable, pero cuando estaba a punto de darse por vencida las vio. Allí, sobre la mesa, tan a la vista que las había pasado por alto desde el principio. Las llaves de Celia. Y entre ellas, estaba la de la caja fuerte en la que guardaba sus documentos más

«confidenciales». Rápidamente y confiando en que no volviera hasta dentro de unos minutos, cogió el llavero y levantó uno de los cuadros de la pared, una escena pastoral. Debajo estaba la caja fuerte. Susana la abrió con la llave correspondiente. Por suerte Celia seguía sin utilizar la combinación. Miró su contenido nerviosa. Algunos collares y pendientes guardados en un joyero, dos relojes de oro y algunas carpetas con documentos. Las hojeó deprisa hasta que descubrió una que le llamó la atención. En la portada había algo escrito, la palabra «Flautista». Susana la abrió y lo primero que vio fue una fotografía. Su corazón le dio un vuelco al mirarla. Era la prueba de todo lo que estaba pasando. Y el resto de los documentos que había junto a ella terminaba por confirmarlo. La carpeta contenía también un pequeño libro de ilustraciones infantiles en blanco y negro. No comprendió qué hacía allí, pero ahora no era el momento de averiguarlo. Oyó que Celia estaba en el antedespacho, hablando con su secretaria, a punto de entrar.

Nerviosa, cerró la caja fuerte, volvió a colocar el cuadro, dejó las llaves en su sitio y se sentó en el sofá. Ocultó el expediente debajo de su gabardina, que se había quitado al entrar, mientras decidía que no iba a decirle nada a su amiga. Había ido allí en busca de una confirmación y ya la tenía. Cuando Celia entró, Susana intentó aparentar normalidad.

—Cuando abrí este sitio se me olvidó encargar un cargamento extra de paciencia. Mis huéspedes van a terminar con la poca que me queda. Todo son quejas —le dijo su amiga con agobio mientras dejaba con fuerza una carpeta sobre la mesa. Celia llevaba un vestido ajustado de dos piezas de corte clásico y el cabello tirante escrupulosamente recogido en un moño, sin un solo pelo fuera de su sitio—. Perdona, Susana, no quiero descargarme contigo. ¿Va todo bien?

—Sí. Sólo quería saber si Santiago ha vuelto ya a tierra. Me gustaría acompañarle y aprovechar para hacer unos recados —preguntó Susana. Santiago era el dueño de una motora que hacía los viajes entre la isla y la Península.

—Le he dicho hace diez minutos que podía irse si quería —contestó Celia. Por lo general, el marino solía esperar hasta las ocho de la tarde antes de hacer su último trayecto, aunque en días borrascosos como aquél Celia le daba permiso para volver antes—. ¿Para qué quieres ir a estas horas? Tendrías que pasar la noche en tierra y esperar a volver a la isla mañana por la mañana.

—Tengo cosas que hacer…

—¿Dónde? Para cuando llegues estará todo cerrado —dijo, comprobando la hora en el carísimo reloj que llevaba en la muñeca. Celia observó cómo

Susana se iba poniendo cada vez más nerviosa—. ¿Hay algo que no me has contado? ¿Qué estás ocultándome? —le preguntó sonriente, disfrutando con el embarazo de su amiga, quien permanecía en blanco, incapaz de inventarse una sola excusa. Y, de repente, los ojos de Celia se endurecieron. Una idea cruzó su mente, algo que lo explicaba todo. Susana la miró, inquieta. ¿Había terminado por descubrirla?—. Tú… has conocido a alguien, ¿verdad?

Susana tuvo que reprimir una carcajada de alivio al comprobar que su amiga había errado el tiro. Una vez que Celia olfateaba algo, era incapaz de abandonar el rastro.

—Sí, pero no es nada importante. Nos hemos visto varias veces los dos últimos meses —mintió Susana.

—¿Quién es? —El tono de Celia era inquisitivo, pero no necesariamente porque no creyera a Susana sino porque siempre necesitaba una explicación que justificara todo lo que ocurría a su alrededor. Ese afán de control exasperaba a Susana.

—Nadie que conozcas. Y no insistas, ya sabes que no me gusta hablar de esas cosas hasta no saber si la cosa va en serio.

Celia se sentó tras su mesa, no demasiado convencida por su explicación y molesta por la cerrazón de Susana.

—¿Alguna novedad en la Cala del Santo? —preguntó.

—Ha vuelto a ocurrir, exactamente de la misma manera —dijo Susana muy despacio. Los ojos de Celia casi se salieron de sus órbitas.

—¿El mismo ejemplar?

Susana asintió.

—Atacó a las otras gaviotas del grupo. Mató a cinco de ellas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que la separaste de su bandada? —preguntó ansiosa la otra.

—Unas ocho semanas, durante las que no tuvo ningún contacto con otros especímenes de fuera. —En ese momento Susana se envalentonó un poco y decidió dar una pequeña estocada—. Nunca me has dicho el porqué de tu interés por esa gaviota.

—Siempre me he interesado por tu trabajo. ¿Por qué crees que te ofrecí vivir en esta isla?

—Pero ¿por qué esa gaviota en concreto? —Hizo una pausa antes de seguir—. Creo que no soy la única que guarda secretos.

Celia sacudió la cabeza como si su amiga estuviera delirando, y, en ese momento, su vista se fijó en algo que había sobre la mesa. Sus llaves. Celia las miró extrañada. Susana comenzó a temblar. ¿Estaban en el mismo lugar

donde las había encontrado al llegar? Susana no lo recordaba. Pero no iba a quedarse para averiguarlo.

—Mañana te lo cuento todo con más detalle. Lo de las gaviotas y lo de mi cita. No quiero que Santiago se vaya sin mí —dijo mientras se levantaba.

Celia se aproximó a su amiga, abandonando su suspicacia.

—Claro que sí, aunque no sé si voy a ser capaz de esperar a saber quién es ese novio misterioso tuyo.

Celia hizo un gesto para abrazar a Susana y ésta pensó nerviosa en cómo iba a ser capaz de corresponder al abrazo de su amiga sin que notara el expediente que llevaba oculto bajo la gabardina. Además estaba el hecho de que no deseaba ningún contacto físico con ella. Sujetando con fuerza la gabardina arrebujada, le dio un breve abrazo. Celia se percató del gesto forzado de Susana y, al girarse para volver a la mesa, lo vio. El cuadro inclinado ligeramente hacia la izquierda.

«Mierda», pensó Susana. Celia se acercó hasta él y lo enderezó, sumando dos y dos: las llaves cambiadas de sitio y ahora, el cuadro.

—¿Qué has hecho? ¿Me has estado espiando? —dijo, muy seria—. ¿Qué has cogido de ahí dentro?

Susana no contestó. Aferró su gabardina como si le fuese la vida en ello. Pero no fue suficiente. Celia tiró de ella con fuerza. El expediente cayó al suelo.

—No sabes lo que…

—Sí, sí que sé. Sé que me has tenido engañada todo este tiempo —le cortó Susana, poniendo de una vez las cartas sobre la mesa.

—No es lo que piensas. No quise actuar de mala fe, sólo me aproveché de las circunstancias.

—Destrozando la vida de unas cuantas personas de paso.

—¿Cómo puedes decir eso? Tienes que escucharme, es muy importante. Es mejor que dejes ese expediente donde estaba.

—¿O qué? ¿Me estás amenazando?

—No, claro que no, yo nunca te haría daño, pero hay alguien más involucrado, alguien capaz de cualquier cosa… Puede ser peligroso. Por favor, deja las cosas como están.

—Esto lo prueba todo, y además las fechas coinciden —dijo Susana sacando la fotografía y algunos documentos del expediente, enseñándoselos a su amiga. Celia los miró intentado que su cara no reflejara el escalofrío que la sacudió por dentro.

—Voy a ir a la policía, ya es hora de poner las cosas en su sitio —añadió la ornitóloga.

—Susana, no lo hagas, por favor —rogó Celia desesperada.

—¿De verdad piensas que puedo quedarme callada después de saber todo esto?

Celia suspiró, resignada.

—Siento que hayamos terminado así.

—Si lo sientes, ven ahora conmigo y entrega tú misma el expediente en comisaría. Así me demostrarás que no querías que pasara todo esto.

Celia se quedó unos segundos pensativa, y luego se sentó en su silla, sin decir nada, negando con la cabeza, frunciendo los labios.

—Lo imaginaba —dijo Susana antes de salir dando un portazo.

El ruido sacó a Celia de sus cavilaciones. Descolgó el teléfono y marcó un número.

—Tenemos un problema.

Susana salió deprisa del hotel y se dirigió al embarcadero construido en la playa, a pocos metros del edificio. Mientras se acercaba, comprobó esperanzada que todavía no era tarde: podía ver a Santiago trasteando junto a la barca, quitando los amarres y subiendo a bordo. Casi sin aliento, Susana bajó corriendo las escaleras que conducían al muelle.

—¡Santiago! ¡Espera!

El marino, un hombre robusto de unos cuarenta años, la observó mientras se aproximaba. Ya había arrancado el motor y la hélice giraba con fuerza en el agua.

—¿Susana? ¿Ocurre algo?

—Quiero que me lleves a tierra, es urgente.

—No, me temo que no voy a poder hacer eso…

—¿Qué dices? Anda, no me vengas con tonterías y ayúdame a subir.

—El tiempo se está poniendo muy mal, no me responsabilizo de llevar a nadie con la tormenta que se avecina, no quiero meterme en líos.

—¡Pero si me has llevado cientos de veces, y con mucho peor tiempo que éste! ¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

Tras unos segundos, Santiago contestó:

—Ya te lo he dicho. No quiero meterme en líos. Y deberías hacer lo mismo.

—Santiago, por favor, no puedo quedarme aquí esta noche, es largo de explicar, pero tienes que llevarme a tierra. Es muy importante que vaya a la comisaría de Comillas.

Fue esto último lo que hizo que la balanza se decantara justo hacia el lado que Susana no quería. Santiago negó con la cabeza mientras soltaba amarras ante la mirada desesperada de ella.

—Te he ayudado siempre que lo has necesitado, di la cara por ti cuando Celia te acusó de beber —dijo ésta en un último intento.

La bebida era una costumbre de la que el marino no había podido prescindir nunca. El problema vino cuando pasó de ser un hábito solitario a un problema del que todo el mundo comenzó a murmurar y del que Celia terminó por enterarse. Ésta no quería que la persona que llevaba los huéspedes al hotel manejara la barca en estado de embriaguez. A pesar de que el marinero se justificaba diciendo que se trataba de una medida para protegerse del frío y la humedad, Celia le aseguró que si alguien volvía a verle borracho una sola vez más, o si algún huésped se quejaba de él, lo despediría. Los propósitos de enmienda de Santiago duraron menos de una semana. Y la furia de la propietaria del hotel se duplicó al enterarse de que el hombre había vuelto a las andadas. Tuvo que ser Susana, quien se sentía muy unida al marinero ya que éste siempre se había mostrado bien dispuesto a llevarla en su bote para avistar las aves en alta mar, la que mediara en el asunto y arreglara las cosas entre ellos. Le prometió a Celia que se encargaría de que Santiago fuera a Alcohólicos Anónimos, y como prueba ella misma le acompañó en sus primeras sesiones. El enfado de su amiga pareció aplacarse y, aparentemente, Santiago había dejado de beber.

Y sin embargo, esa tarde, el marino parecía otra persona, alguien a quien Susana no conocía, un extraño. Como Celia. Como todo en esa isla.

Tras unos segundos, el hombre habló.

—Te aprecio y no quiero que te pase nada, por eso no puedo llevarte. Lo siento.

Bajó la vista y, de repente, Susana se fijó en que la apartó enseguida de donde la había posado en un primer momento: el expediente que llevaba en la mano. Y entendió la negativa de Santiago: con toda probabilidad, él también sabía algo del asunto.

Susana no esperó a que Santiago maniobrase y el barco se alejara. Enfiló el muelle y subió las escaleras de madera. Miró hacia el hotel, y en la planta baja distinguió a Celia vigilándola a través de una ventana, medio oculta por la cortina de su despacho. Seguramente había telefoneado a Santiago a la

pequeña caseta que había en el muelle para pedirle que no llevara a Susana. Y ahora estaba ahí, como una estatua, asegurándose de que el barco se iba sin pasajeros a bordo. Las dos mujeres se miraron desafiantes unos segundos. Luego Susana, rabiosa, dio media vuelta y se marchó.

Todavía no lo sabía, pero era la última vez que se veían.

Se estaba aproximando al faro cuando la tormenta comenzó: una fuerte lluvia le impedía ver más allá de un par de metros, y el viento le hacía perder el equilibrio al caminar. De repente, un relámpago iluminó el cielo. El trueno llegó poco después. Como hacía de pequeña para tranquilizarse y para calcular si la tormenta se estaba alejando, cuando las nubes descargaron el siguiente relámpago contó los segundos hasta la llegada del trueno.

Uno, dos, tres…

La estampida que vino a continuación fue monumental. Se preparó para el siguiente. El cielo se iluminó de nuevo.

Uno, dos…

Pero no pudo continuar contando. Un rayo descargó toda su furia sobre un haya situada a unos diez metros a su derecha. Perecía como si alguien hubiera puesto una carga de dinamita en sus ramas. Susana corrió, asustada.

En el faro, el viento azotaba las contraventanas haciendo que chocaran con fuerza contra los marcos y la pared encalada de la edificación. Tras entrar y dar tres vueltas con la llave a la cerradura de seguridad que encargó cuando comenzaron los robos, corrió a descolgar el teléfono.

No había línea.

Golpeó con los dedos varias veces en la horquilla, pero fue un gesto maquinal. En realidad, ya se lo esperaba.

Conforme se acercaba al faro, un miedo instintivo había ido creciendo dentro de ella. Celia había impedido que abandonara la isla. ¿Qué más estaba dispuesta a hacer?

Sin pensárselo dos veces, cogió el atizador que había junto a la chimenea del salón y empuñándolo a modo de arma dio una vuelta rápida por la casa. No había nadie dentro del faro, de momento estaba a salvo. A continuación procedió a cerrar por dentro todas las contraventanas, aunque comprobó molesta que la cerradura de la de la cocina estaba rota. Pero los fuertes barrotes que había en cada ventana bastarían por sí solos para impedir la

entrada de cualquier visitante indeseado, así que no había nada por lo que preocuparse.

Se sentó frente a la mesa y sopesó las opciones que tenía ante sí: podía volver al hotel sin que nadie la viera e intentar llamar desde allí a la policía para entregarles el expediente, aunque eso significaría meterse en la guarida del lobo. Creía que Celia decía la verdad cuando le aseguró que ella no sería capaz de hacerle daño… Pero ¿quién o quiénes eran esas personas de las que no podía responder? ¿De verdad eran tan peligrosas? De momento, desechó esa opción.

Marcharse de la isla estaba descartado: Santiago era su única posibilidad de llegar a la costa, y ya había podido comprobar su disposición a ayudarla.

Pero tampoco podía quedarse en casa, sentada de brazos cruzados. ¿Y si intentaban atacarla esa misma noche? El faro estaba bien protegido, pero Susana recordó con aprensión lo que les ocurrió a los que vivían allí antes que ella: el antiguo farero y su familia. Por esa época el faro todavía estaba operativo, hasta que una noche la luz que percibieron los barcos que navegaban por la zona no provenía de la enorme linterna situada en la parte superior, sino de un incendio provocado por un leño que cayó de la chimenea al suelo y prendió una de las cortinas del salón. La familia entera estaba durmiendo y ninguno de sus miembros sobrevivió. El faro quedó calcinado por completo, aunque la estructura se mantuvo intacta, lo que permitió que Celia pudiera rehabilitarlo cuando Susana aceptó su oferta de ir a vivir allí. Por supuesto, de la historia de la familia abrasada viva Celia no dijo nada. Susana se enteró años más tarde, una noche en la que invitó a cenar a Santiago. Después de un par de copas, ella intentó tirarle de la lengua. La historia del faro fue la única que consiguió sonsacarle.

Un fuego acabó con los anteriores ocupantes, y un fuego intencionado podía acabar también con ella esa noche. Si se lo proponían, ésa podía ser una buena manera de sacarla del faro, con un incendio. Con la que estaba cayendo era imposible encender una cerilla, pero ¿y cuando parara? Comprendió horrorizada que estaba atrapada en esa isla, sin ningún lugar en el que esconderse o al que huir.

Resignada, se sentó en la butaca frente a la chimenea. Paseó la mirada sobre las fotos de gaviotas que colgaban en la pared.

Y, de repente, vio algo que creyó la solución.

Abrió la puerta del salón que daba a la torreta del faro y comenzó a subir la escalera de caracol. En su mano llevaba el pequeño cuadro que acababa de descolgar de la pared. Se lo había regalado Santiago para agradecerle que intercediera por él ante Celia. Lo tenía colgado más por compromiso que porque le gustara, pero ahora podía salvarle la vida. Era uno de esos cuadros decorativos en los que podían verse todas las letras del alfabeto con su correspondiente código Morse. Y justo debajo de ellas, los avisos más usados.

Con el SOS, por supuesto.

Había encontrado la manera de comunicarse con tierra. De hecho, llevaba viviendo con ella desde hacía ocho años: la luz del propio faro.

Cuando Celia rehabilitó el faro tras el incendio, también arregló los desperfectos causados en el sistema de iluminación, cambiando por otras nuevas las arruinadas lentes Fresnel que permitían que la luz de la linterna llegara a kilómetros de distancia. Durante los años que Susana había vivido en la isla no hubo necesidad de utilizarlas ni una sola vez. La construcción de un faro mucho mejor equipado en un cabo cercano de la costa dejó en desuso el faro de la Isla de las Gaviotas. Sin embargo, un técnico de la Comisión de Faros, dependiente del Ministerio de Transportes y Comunicaciones, le había explicado cómo podría hacerlo funcionar en caso de una emergencia. La «clase» fue hace tanto tiempo que Susana no sabía si iba a ser capaz de recordar nada de lo que aquel hombre le dijo.

Llegó arriba casi sin aliento. Miró el panel eléctrico situado bajo la linterna. Estaba lleno de interruptores, botones y marcadores. A Susana le costó casi un minuto localizar el botón de encendido. ¿Funcionaría después de tantos años? Alargó el dedo y lo encendió.

Los marcadores del panel cobraron vida.

Y después, ¿qué? No tenía ni idea. Recordaba haber visto un libro de funcionamiento en una cajetilla de hierro situada bajo el panel. Susana la abrió y lo cogió. Comenzó a leer nerviosa, y al principio el batiburrillo de siglas, palabras técnicas y coordenadas se le antojó indescifrable: Gpd, BR, 10s 41m 25M, BV, BRV, Mok… Poco a poco, y tras hacer un esfuerzo por calmarse, pudo ir traduciendo a términos comprensibles aquel lenguaje gracias a unas tablas de correspondencia que encontró al final del libro. Lo que tenía que hacer era más sencillo de lo que parecía, una vez localizados los interruptores adecuados del panel: bastaba con elegir el tipo de destellos y de luz que quería que el faro emitiera. El plano focal del haz de luz sobre el agua

y la distancia hasta la costa ya estaban introducidos en el aparato por el técnico que vino a instalarlo aquel día. Y ella sólo tenía que establecer en el panel las pausas de oscuridad y destellos de luz necesarios para que el faro emitiera el mensaje de socorro mediante el código Morse. Pudo hacerlo gracias a una tabla de señales en una de las páginas finales de la guía, agrupadas bajo las siglas Mok.

Susana activó los comandos que indicaba el manual con una mezcla de ansiedad y euforia. Y cuando finalmente la luz del faro brilló con un destello cegador, no pudo reprimir un grito de triunfo.

Se acercó a los cristales del faro dando la espalda a la luz. Vio cómo el haz luminoso traspasaba la negrura de la noche y la densidad de la tormenta. Esperaba que alguien de la costa supiese interpretar los destellos del código Morse.

En uno de los intervalos luminosos vio cómo las gaviotas de la Cala del Santo habían buscado cobijo en las cuevas y oquedades de las rocas. Algunas de ellas levantaban la cabeza, inquietas y desconcertadas por esa luz brillante que rompía su rutina nocturna.

Lo que distinguió en el siguiente destello provocó que una sensación de terror recorriera su columna vertebral: le pareció percibir algo, un borrón amarillo, a pocos metros del faro, corriendo hacia la puerta.

Fuese lo que fuese, no estaba ahí cuando la luz emitió el siguiente destello.

Un rato después Susana estaba sentada de nuevo en el salón. El viento seguía azotando el exterior del faro, como corroboraba con machacona insistencia la contraventana de la cocina. Se había acostumbrado al ruido. De hecho, era ahora su única compañía. Se había preparado una taza de café bien cargado: quería mantenerse despierta toda la noche y vigilar que nadie se acercara al faro, y que la luz de la linterna no dejase de funcionar.

Estaba hojeando intrigada el pequeño libro que había encontrado dentro del expediente del «Flautista». Era un libro de ilustraciones infantiles, pero Susana no tardó en comprobar que su contenido era bastante extraño. Se titulaba *Los pequeños macabros* y su autor era Edward Gorey. El ilustrador había trazado unos dibujos de aire ominoso y ambientados en la época victoriana. En cada uno de ellos, un niño moría de una manera cruel y absurda siguiendo el orden alfabético de los nombres de las víctimas:

La A es de Amy, que se cayó por las escaleras…

La B es de Basil, que fue atacado por un oso…
La C es de Clara, que se consumió…

Así hasta completar todo el abecedario. Cosa que Susana no pudo hacer, ya que algo la distrajo, obligándola a levantar la vista del libro. En uno de los intervalos de oscuridad entre destello y destello percibió una luz azulada que provenía de fuera. Susana se aproximó a la ventana, intrigada. En la extensión de tierra que había delante del faro no vio nada. Pero, de repente, apareció de nuevo la luz. No provenía de la isla: algo en el mar la emitía.

Una lancha de la policía.

Su plan había funcionado. Alguien había visto las señales. La pesadilla había terminado.

Pensó que la lancha atracaría en el embarcadero junto al hotel, y la idea de volver a atravesar la isla corriendo con ese tiempo para ir a su encuentro le pareció la más maravillosa que había tenido en la vida. Descolgó la gabardina que había dejado en el perchero de la entrada y comenzó a ponérsela cuando escuchó un crujido. Susana miró a su alrededor, intrigada. Pero no vio nada.

Y entonces sintió una presencia. Había alguien más en la casa, estaba segura.

Buscó las llaves en el bolsillo de su gabardina para abrir las cerraduras de la puerta mientras se volvía a mirar atrás. La sensación de que alguien la observaba persistía. Y, entonces, la vio. Una silueta se escondía en uno de los rincones más oscuros del pasillo. Alguien con un impermeable amarillo. Debía de tratarse de la figura que había visto corriendo hacia el faro cuando encendió la linterna en la torreta. Aunque parecía imposible, tenían que ser imaginaciones suyas. No había manera de entrar en el faro, la cerradura de la puerta seguía cerrada y los barrotes de las ventanas eran infranqueables.

Cuando intentó insertar la llave en la cerradura, los nervios la traicionaron y el llavero se le cayó al suelo. Se agachó a recogerlo cuando la silueta dio un paso hacia delante y levantó la cabeza permitiendo que Susana pudiera verle la cara escondida bajo la enorme capucha. Una cara que conocía desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué haces tú aquí? No puede ser, es imposible…

Esas palabras fueron las únicas que le dio tiempo a decir antes de que el cuchillo que empuñaba la persona del impermeable se clavara en su cuerpo repetidas veces, rompiendo tejidos y rasgando la carne, sin orden ni lógica alguna.

Susana se precipitó al suelo y se quedó mirando el libro de Gorey que había dejado caer al levantarse tan apresuradamente.

Y de repente se acordó de un pensamiento que había estado rehuyéndola todo el día, el que había tenido nada más bajar a la cocina para prepararse el desayuno mientras silbaba para animarse.

Era una advertencia que le había hecho Celia cuando entró a vivir al faro años atrás, el día que le dio las llaves.

«Hay algo que nunca debes hacer ahí dentro. Se trata de una antigua superstición que tienen los fareros, algo que puede traerte una maldición… e incluso la muerte», había dicho adoptando en broma un tono lúgubre.

Aquel día Susana había mirado extrañada a su amiga y luego al edificio que, mucho tiempo después, iba terminar siendo su tumba. Celia terminó su frase. Ninguna de las dos podía imaginar que esas palabras iban a constituir el último pensamiento que iba a tener Susana antes de morir.

«Nunca se te ocurra silbar dentro de un faro».

PRIMERA PARTE

LOS INVITADOS

(Veinte años después)

Emilia

Emilia volvió a soñar con la isla, una isla no demasiado grande y sin apenas vegetación: unos cuantos kilómetros cuadrados de hierba delimitados por acantilados y playas pedregosas. Y gaviotas, muchas gaviotas, cientos de ellas. Cubrían por entero las rocas y peñascos de las calas, y la primera vez que las vio, creyó que era nieve lo que se extendía sobre ellas. En un sueño anterior, Emilia había bajado hasta una de esas calas, pero las aves comenzaron a graznar y a extender las alas para proteger su territorio. Se despertó en el acto, asustada.

Los sueños parecían tan reales que Emilia sentía que, cuando la trasladaban a la isla, tenía el control absoluto de la situación, como si estuviera manejando un videojuego: podía ir donde quisiera y explorar el territorio del sueño a su antojo. Un edificio de aspecto imponente se elevaba en uno de los extremos de la isla, justo al lado de un pequeño embarcadero. Y en el extremo opuesto, un faro. Sin saber por qué, el faro era lo que más la atraía. En todas sus visitas soñadas a la isla intentaba llegar hasta él, pero conforme se acercaba sus pies parecían pesarle cada vez más, la respiración se le hacía más dificultosa y una especie de angustia la invadía por completo. Se despertaba aterrorizada. Emilia no entendía nada de lo que le estaba sucediendo: ¿por qué soñaba con la isla? No recordaba haber estado nunca en un sitio así. Y sin embargo, todo resultaba tan vívido… Podía oler el mar, incluso podía paladear el gusto salobre que el aire de la costa dejaba en su boca. El ruido de las gaviotas al graznar era tan real que parecía tenerlas en su habitación. Y respecto al faro, conocía hasta el último detalle de la edificación. De hecho, había podido dibujarlo varias veces. Emilia siempre llevaba consigo un pequeño cuaderno en el que trazaba pequeños esbozos a lápiz. Cualquier cosa le servía de inspiración: los árboles que rodeaban la pequeña casa de turismo rural de la que era copropietaria, la cara de alguno de sus huéspedes cuando estaba distraído, la plaza porticada del pueblo, incluso

sus propias manos dibujando. Pero cuando hizo el primer dibujo del faro, algo muy extraño le ocurrió. Sus manos parecieron tomar vida propia, como si no le pertenecieran, como si alguien que no fuera ella estuviera tomando las riendas con unos hilos invisibles. Los dibujos resultantes eran los mejores que había conseguido nunca.

Un día Samuel, su socio en el negocio de la casa rural, encontró uno de los ellos.

—Oye, esto es muy bueno —le dijo.

Emilia se apresuró a quitárselo de las manos.

—¡Qué dices! Anda, por favor, dame eso, ya sabes que me da vergüenza enseñarlos —repuso Emilia, azorada.

Samuel la mantuvo a distancia con el brazo extendido, mientras ella intentaba quitárselo.

—En serio, Emilia, deberías plantearte exhibirlos, o mandarlos a algún entendido para que te diga qué hacer con ellos. Y tienes una serie entera… ¿Dónde está ese faro? Parece un lugar muy bonito.

Emilia le miró, indecisa. No le había contado a nadie lo de sus sueños. Lo había intentado muchas veces, pero algo le impedía hacerlo. Siempre que visitaba la isla intuía una sensación amenazante, de peligro, por algo que no podía precisar, como si alguien estuviera observándola en todo momento, alguien que quería hacerle daño. Estaba convencida de que si lo contaba, si intentaba averiguar la ubicación de la isla, o el porqué de esos sueños o visiones o lo que demonios fueran, la amenaza que percibía en el sueño se convertiría en algo real. Pero necesitaba desahogarse, que alguien le dijera que no tenía de qué preocuparse. Así que se decidió a hablar.

—La verdad es que no lo sé. No he estado allí en la vida. Pero sueño con ese sitio, cada vez con más frecuencia. Y lo raro es que las imágenes son tan reales que no creo que sean sueños.

—¿Qué otra cosa iban a ser? —preguntó él extrañado.

—No lo sé. Recuerdos tampoco, porque no he estado allí en la vida. Pero igual son visiones, o puede que esté haciendo viajes astrales. —Emilia se sintió avergonzada al ver la mueca escéptica de Sam—. No, no, Bogdana dice que pueden ser reales, hay casos en que…

—Bogdana puede decir misa, es una supersticiosa de cuidado, haces mal en escucharla. De ser por ella, nunca deberíamos haber montado este negocio. Dice que está levantado sobre un antiguo cementerio celta —contestó molesto Samuel, refiriéndose a la mujer rumana que llevaba sirviendo al lado de

Emilia desde hacía años—. ¿Y sabes qué te digo? Que si esta casa está llena de fantasmas en régimen de pensión completa, que nos paguen.

—No te rías así de ella, la mujer cree en esas cosas, y algo de verdad habrá en todo eso.

—Estoy hasta el gorro de verla por ahí todo el día diciendo que percibe una presencia maligna en esta casa.

—Bueno, en eso no está muy equivocada. Las cosas entre nosotros no han salido como esperábamos. No nos hemos puesto de acuerdo en nada desde que abrimos el hostal.

Samuel no supo qué contestar. Volvió a mirar los dibujos. Algo en uno de ellos le llamó la atención.

—¿Quién es la mujer de la ventana?

—¿Qué mujer? No he pintado ninguna mujer.

—Sí, mira, en este dibujo. ¿Ves? En una de las ventanas de la torre, cerca de la parte superior.

Intrigada, Emilia cogió el dibujo y miró donde señalaba Samuel.

—Es un borrón, no quise dibujar nada ahí.

—Pues el borrón tiene forma y está claro que ahí hay una mujer asomada.

Emilia comenzó a asustarse al comprobar que Samuel tenía razón. Definitivamente había una mujer que miraba por la ventana. Era morena y apoyaba los brazos en el antepecho. Incluso podía verse la expresión de su cara: miraba al frente, con unos ojos fríos en los que no podía leerse nada. Emilia tuvo que disimular el miedo que le provocaba lo que estaba viendo. ¿Quién diablos era?

—Tienes… tienes razón, pero no recuerdo haberlo hecho. Es como si otra persona lo hubiera dibujado, como esa escritura automática de la que hablan los parapsicólogos. ¿Ves como todo lo que tiene que ver con ese faro es muy extraño?

Samuel se quedó pensativo unos segundos.

—Por lo menos ha provocado que tú y yo habláramos. Hacía tiempo que no charlábamos sin pelearnos —dijo cogiendo cariñosamente la mano de Emilia, quien tras un momento la retiró, algo turbada.

—Tengo cosas que hacer, hay que pensar el menú para la cena —se excusó y salió de la habitación, no sin antes coger la carpeta de dibujos que había dejado sobre la mesa.

El sueño de esa noche era distinto. Como siempre, se estaba aproximando al faro, rehuyendo las zonas donde estaban posadas las gaviotas. Y como siempre, cuanto más se acercaba a él, más le costaba andar. Pero esta vez no estaba sola: más adelante, en el mismo sendero por el que ella caminaba, había una mujer que iba casi corriendo. Y no le resultaba extraña: morena, con vaqueros y una chaqueta amplia. ¿De qué la conocía? No lo sabía, pero de pronto tuvo la intuición de que tenía algo que decirle, que tenía que avisarla de algo. Emilia aceleró el paso para alcanzarla. Le costaba un gran esfuerzo andar, pero el deseo de llegar hasta la mujer eliminaba toda resistencia.

Conforme se acercaban al faro sintió que tampoco ellas dos estaban solas, que había alguien más muy cerca, observándolas. Y, de repente, se le reveló el mensaje que tenía que decirle a la mujer: «No vuelvas al faro, no te quedes sola».

En el sueño, comenzó a llover y a tronar. La mujer corrió más rápido todavía. Un rayo descargó en un árbol cercano al camino, pero Emilia no se asustó: sólo quería alcanzar a la mujer, avisarla, protegerla. Pero fue demasiado tarde: la mujer había llegado al faro y estaba abriendo la puerta de entrada.

—¡Espera! ¡No entres! —le gritó con todas sus fuerzas.

Fue inútil: la puerta se cerró tras la mujer. «Puede que todavía haya tiempo», pensó mientras reanudaba la carrera. La luz de los relámpagos era lo único que alumbraba el camino ahora que había oscurecido. Y comenzó a notar un olor a madera quemada. «Será por el árbol alcanzado por el rayo», pensó.

Poco a poco se fue acercando al faro, cuya linterna comenzó a brillar de manera intermitente. Pudo percibir a la mujer en la torre, mirando hacia fuera.

Y algo más. Había alguien en la base, dando vueltas alrededor del faro. Una persona a quien no pudo ver bien ya que vestía un impermeable amarillo con la capucha echada. Emilia comprendió que esa persona que acechaba era el peligro del que tenía que avisar a la mujer. Inhaló todo lo que pudo para gritar con todas sus fuerzas, pero un humo denso y muy negro llenó sus pulmones haciéndole toser con fuerza, casi hasta el vómito. ¿Qué estaba pasando? El haya quemada había quedado muy atrás, no podía ser ésa la causa. El ahogo y el calor se iban haciendo insoportables, y la humareda fue envolviéndola, haciendo que sus ojos lloraran.

Fue entonces cuando Emilia despertó. En el momento de abrir los ojos cayó en algo: la mujer que había visto en el sueño era la misma que había

dibujado inconscientemente en su boceto. Pero este descubrimiento pasó a un segundo plano cuando se dio cuenta con horror de que su habitación estaba en llamas.

El jefe de policía observó a la mujer sentada enfrente de él: pequeña, con el pelo despeinado y todavía vestida con ropa de dormir. Parecía muy avergonzada, como si en vez de haber estado a punto de perder la vida viniera de hacer una trastada.

—¿Y qué fue lo que sucedió a continuación? —le preguntó.

—No lo recuerdo con exactitud. Me levanté de la cama y me dirigí hacia donde creía que estaba la puerta. No podía ver nada a causa del humo.

La voz de Emilia temblaba. El agente, al mirarla, recordó un programa de televisión, una serie de abogados que había visto en la tele hacía unos años. Su argumento era algo disparatado, y su protagonista, una abogada de Boston. La serie trataba de sus casos y sus líos amorosos. Recordaba que en algunos capítulos, cuando la chica se ponía nerviosa o se avergonzaba, se empequeñecía hasta convertirse en un ser diminuto, en una liliputiense. Bien, pues Emilia parecía estar disminuyendo en la silla en la que estaba sentada y el policía pensó que iba a desaparecer entre los pliegues de la manta que la mujer que la acompañaba le había puesto sobre los hombros. Ésta sólo había dicho dos palabras desde que había entrado: un «no» cuando le ofrecieron un vaso de agua con el que aclararse la garganta y un «gracias» cuando le ofrecieron un paño húmedo con el que limpiarse la cara llena de hollín. Emilia le había dicho que la mujer llevaba trabajando para ella muchos años, ayudándola en las tareas de limpieza. El policía se dijo que limpiando la casa la mujer sería un hacha, pero que en lo que se refería a ella misma era un desastre, ya que en vez de quitarse el hollín se había embadurnado mucho más. Parecía uno de esos actores blancos que se tiznaban la cara para parecer un indígena de los que se comían a los exploradores en las películas de Tarzán. Emilia prosiguió.

—Tanteando, encontré la puerta de salida. Y fue entonces cuando me di cuenta, al girar el picaporte, de que la puerta estaba cerrada y de que no podía salir. —Ahora que estaba contando su historia era como si comprendiera por primera vez el verdadero alcance de lo que le había ocurrido: había estado a punto de morir, y su sueño de los últimos años, abrir un pequeño hotelito rural, había quedado reducido a cenizas.

—¿Cerró la puerta por dentro ayer por la noche? —preguntó el policía, muy interesado.

—Pues imagino que sí, aunque no suelo hacerlo. Soy algo claustrofóbica y nunca duermo con la puerta cerrada.

—¡Claro que no lo hizo! —soltó la mujer pintada de negro al tiempo que daba un golpe tan fuerte en la mesa que pareció que iba a partirla en dos. Su cara negra y su acento extraño de algún país del Este, que el policía no supo precisar, formaban una combinación muy extraña—. Deje de mentir, Emilia, sabe de sobra quién cerró la puerta por fuera para que usted no pudiera salir.

—Bogdana, no diga eso. No se pueden lanzar acusaciones sin tener pruebas, hay que tener cuidado.

—¡Usted es la que debería tener cuidado! ¡Si no llega a ser por mí, no estaría aquí ahora para contarlo!

—A ver, a ver, un poquito de tranquilidad y vayamos por partes. Nos quedamos en que la puerta estaba cerrada. Primero me explican cómo salieron de allí y luego me dicen quién creen que está detrás de todo esto —dijo el policía.

—La verdad es que no me acuerdo de nada más. El pomo de la puerta quemaba muchísimo, así que dejé de sacudirlo. Y luego me desmayé.

—Y ahí es donde entra usted, señora… —El policía rebuscó en sus expedientes—… Bogdana Stoica.

La mujer, tiesa como un palo de escoba, asintió.

—Yo tampoco sé cómo empezó el fuego. Lo único que sé es que me desperté cuando el incendio estaba devorándolo todo. Iba a salir corriendo, pero se me ocurrió que Emilia podría estar todavía en su habitación, así que cuando vi que la puerta estaba cerrada, la derribé y la encontré tirada en el suelo, inconsciente. La cogí y la saqué fuera de la casa.

—¿Y cómo derribó la puerta?

—De un golpe con el hombro.

—¿Y cómo consiguió sacar a Emilia de la casa? —preguntó el policía, asombrado por la fuerza hercúlea de la rumana.

—Me la puse sobre los hombros, ¿qué esperaba que hiciera? ¿Tirarla por la ventana? —contestó Bogdana como si el policía estuviera diciendo tonterías.

—¿Y por qué creen que alguien cerró la puerta por fuera? —Emilia no contestó. El policía prosiguió—: ¿Sospechan de alguno de los huéspedes?

—Pero ¡qué huésped ni qué niño muerto! —gritó Bogdana demostrando un perfecto conocimiento de los giros y modismos lingüísticos de su país de

adopción—. ¡Fue Samuel Calvo, el socio de Emilia en el negocio! ¡Él quemó el hotel! ¡Él cerró la puerta por fuera para matarla! Desde que lo vi me dio mala espina, sabía que iba a pasar algo malo.

A continuación, Bogdana soltó una retahíla de palabras en rumano.

—¿Me quieren explicar eso? —preguntó el policía cuando la mujer terminó de maldecir.

Emilia suspiró antes de empezar.

—Con esto no quiero decir que él hiciera nada, pero Samuel y yo hemos tenido nuestros desacuerdos. No somos exactamente amigos, tenemos conocidos comunes. En un cumpleaños comenté mis planes de montar un negocio, de abrir un hotelito rural con encanto. Él se ofreció a ayudarme, y a asociarse conmigo llegado el caso. Las cosas fueron bien, conseguimos financiación y así empezó todo. Al principio iba sobre ruedas. Los primeros meses tuvimos muchos huéspedes: amigos, y amigos de amigos, que venían fines de semana para conocer la casa. Luego la cosa decayó un poco. Yo sabía que esto es una carrera de larga distancia, estaba preparada para esperar, estaba armada de paciencia. Pero Samuel no lo veía así. Comenzó a ponerse nervioso, hablaba de abandonar el hotel, quería vender su parte inmediatamente, a cualquier interesado. Pero no podía hacerlo: por contrato estipulamos que si uno de los socios deseaba dejar el negocio y vender su parte, debía hacerlo a un comprador al que los dos aprobáramos, alguien de confianza, para evitar hacer negocios y asociarse con un extraño. Me aferré a esa cláusula: la verdad es que le hubiera dado el dinero si lo hubiera tenido, pero hemos tenido muchos gastos. Si le entregaba la cantidad que me pedía, habría terminado.

—Lo mismo que va a tener que hacer ahora. La casa ha quedado reducida a cenizas.

Emilia intentó reprimir un sollozo al escuchar esas palabras.

—Pero todo esto no significa que él fuese el responsable. De hecho, pareció hacerse a la idea, y las últimas semanas estaba mucho más calmado —prosiguió Emilia.

Bogdana, que llevaba conteniéndose un buen rato, estalló:

—Ella no ha dicho toda la verdad. No ha contado por qué ese malnacido quería dejar la casa. Fue porque estaba enamorado de ella, y ella se negó a tener nada que ver con él. Y comenzó a acosarla hasta que ella le amenazó con denunciarle. ¡Ésa es toda la verdad acerca de ese bichejo asqueroso!

—¿Es eso verdad?

Emilia bajó los ojos avergonzada. Él no necesitó más respuesta que ésa. El policía sacó un informe de una de las carpetas que tenía sobre la mesa.

—Hay algo que deben saber. Tenemos ya unas conclusiones preliminares de los técnicos forenses. Según los informes, el incendio parece premeditado. Alguien roció con gasolina el salón y luego le prendió fuego.

Al escuchar esto, Emilia agarró con fuerza el brazo de Bogdana, como si temiera volver a desmayarse.

—Pero, sigo sin entender por qué… ¿Qué ganaba con matarme?

—¿Tenía dinero u objetos de valor en la casa?

—No.

El policía pensó unos segundos y le dio a Emilia su ordenador portátil.

—Imagino que, como socios, tendrían una cuenta conjunta en el banco. —Emilia asintió—. ¿Hace mucho que no la consulta?

—Samuel se encargaba de esas cosas.

—¿Sabe cómo acceder a ella por internet? ¿Conoce las claves necesarias?

—Sí, pero para qué… —Emilia comprendió de repente dónde quería llegar el policía. Abrió la página web de su banco y ésta le pidió las claves de acceso. Con dedo tembloroso, llevó el cursor al botón de «aceptar» después de haberlas introducido. El ordenador le indicó el saldo de su cuenta.

Todo alrededor de Emilia comenzó a dar vueltas mientras oía las palabras que el policía le dirigió cuando se acercaba a auxiliarla:

—Atraparemos a ese hijo de puta.

Roberto ofreció una taza de té a Emilia. Luego se sentó a su lado, en el sofá.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí… Es verdad que esta noche lo he perdido todo, menos la vida. Será mejor que lo vea desde esa perspectiva o me volveré loca.

Él la rodeó con sus brazos y le dio un beso en la frente.

—También has aprendido otra cosa. A no fiarte de buenas a primeras del primero que pasa.

—¿Vas a soltarme un sermón esta noche? Te aseguro que es lo que menos necesito.

—No, no, lo siento. Es que nunca tragué a ese Samuel.

Emilia lo miró, interesada.

—¿Estabas celoso de él?

Roberto no contestó, avergonzado. Emilia no lo había visto así nunca, con la guardia tan baja. Parecía que ella no era la única persona afectada por lo

sucedido.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque estabas muy ilusionada con el proyecto y no quería ser el imbécil que te aguara la fiesta.

Emilia le miró sin comprender.

—¿Cómo podías pensar eso? ¿De verdad creías que podía haber algo entre nosotros? ¡Eso es imposible! Pero si… —No pudo acabar la frase. «Pero si soy yo la que no me creo que tú y yo estemos juntos», había estado a punto de decir.

Emilia tenía una cara muy graciosa y unos ojos que parecían asombrarse de todo, pero no se consideraba especialmente atractiva. Por eso no encontraba explicación al hecho de que Roberto, guapo, rico, con mucho mundo y conversación interesante, se hubiera fijado en ella. Él había sido uno de sus primeros huéspedes en la casa rural. Trabajaba como director de marketing de una gran empresa farmacéutica, los laboratorios Acosta, y había huido el fin de semana de la gran ciudad para descansar y hacer senderismo en la sierra madrileña. En las montañas no sólo encontró paz, sino también a Emilia, de quien se sintió atraído de inmediato. Su nerviosismo y sinceridad al hablar, y la sensación que desprendía de no querer molestar, despertaron en él un sentimiento de ternura que no tardó en convertirse en algo más fuerte.

Llevaban ya varios meses saliendo. En cuanto Roberto se enteró de lo ocurrido, fue a buscarla al pueblo de la sierra donde estaba situada la casa rural, y después de que Emilia terminara su declaración ante la policía la llevó a su apartamento en el centro de Madrid. Bogdana no quiso acompañarles: Roberto no era santo de su devoción, como cualquiera que se acercara a Emilia, así que la dejaron en casa de una hermana que la rumana tenía en la capital.

—¿Han encontrado alguna pista de adónde ha podido ir ese cabrón? —le preguntó él.

—No. Su coche no estaba en el parking de detrás del hotel. Han desplegado controles en todas las carreteras de la sierra pero no creo que den con él.

—¿Por qué dices eso?

—Sam es una persona muy calculadora. Si estuvo robando dinero de la cuenta y preparó el incendio para deshacerse de mí, no creo que se haya quedado a ver las llamas y calentarse las manos.

—Precisamente por eso. Si como dices es frío y calculador, lo lógico es que no hubiera hecho nada que hiciera recaer las sospechas sobre él. Al huir,

se está delatando, ¿no crees? Lo normal hubiera sido actuar como si él también hubiera estado a punto de perder la vida, y asegurarse de que tú habías muerto y actuar en consecuencia.

—Pero la policía habría descubierto lo de la llave cerrada por fuera y la cuenta vacía… No tenía salida. Desde el momento en que encendió la cerilla que provocó el incendio no tenía otra opción que huir. —Emilia se revolvió en su asiento—. Y preferiría que esta noche habláramos de otra cosa. No me gusta imaginarme a mí misma como un cadáver.

Roberto la abrazó.

—Ni a mí tampoco. Te quiero bien viva. Y por mucho tiempo.

Pasaron las semanas, que consistieron básicamente en rellenar el montón de papeleo necesario para el seguro y la policía. Algunos periodistas se interesaron por el caso y, aunque Emilia se mostraba reticente a hablar con ellos, tanto Roberto como los agentes encargados de investigar el intento de asesinato le aconsejaron conceder algunas entrevistas: si la gente se interesaba por el caso, alguien podría dar una pista sobre el paradero de Samuel.

Por primera vez en su vida, Emilia se sentía bloqueada. Muchas otras veces había tenido que empezar de cero, pero en ninguna de esas ocasiones alguien había intentado asesinarla. Y no sabía por dónde seguir. Al final Bogdana iba a tener razón cuando le decía que la mala suerte la rondaba: las desgracias la habían acompañado gran parte de su existencia, desde la muerte de sus padres en un accidente de coche cuando ella tenía doce años, pasando por los negocios frustrados, hasta culminar en su intento de asesinato.

Por eso, cuando aquel día sonó su teléfono móvil, Emilia no lo cogió: estaba cansada de malas noticias, de que le dijeran que el seguro no iba a cubrir los daños ya que el incendio fue provocado; de que la policía no encontrara pistas sobre Samuel; y de que los huéspedes que se encontraban aquella noche en el hotel estuviesen pensando en llevarla a juicio para pedirle una indemnización. Poco después, el móvil volvió a sonar. Era el mismo número, desconocido para ella. Y de nuevo volvió a ignorarlo, esta vez desconectando el teléfono. El resto de la mañana la pasó como todas las precedentes: repasando cuentas y haciendo juegos malabares con ellas para ver la manera de salir del embrollo en el que la habían metido. Roberto se ofreció a prestarle algún dinero, pero ella se negó: no quería deberle nada a nadie, ni siquiera a él. Así que cuando, al cabo de las horas, volvió a conectar el móvil, se quedó asombrada al ver que el mismo número desconocido había

seguido llamando toda la mañana y había dejado varios mensajes en el buzón de voz.

Intrigada, Emilia se dispuso a escucharlos. Era la voz de un hombre, que hablaba con tono impersonal.

«Señorita Emilia Prieto, soy Javier Azurmendi, del despacho de abogados Ros y Cía. Le rogamos que se ponga en contacto lo antes posible con nosotros, referente a un asunto de suma importancia. Nuestro número de teléfono es…».

Emilia apuntó el número sin saber que ese mensaje telefónico estaba a punto de cambiarle la vida.

Cuando Emilia leyó la cifra en el papel que el abogado Javier Azurmendi le había extendido en su despacho, casi se desmaya.

—¿Es una broma?

—No, claro que no.

—Y todos estos ceros, ¿son millones?

Azurmendi asintió.

—Pero… ¿por qué a mí? ¿Quién es esta persona? ¿Por qué me ha dejado todo este dinero?

—Me temo que no voy a poder proporcionarle esa información.

—Y yo me temo que no voy a poder aceptarlo.

—¿Por qué? Es todo legal, sólo tiene que firmar estos documentos y será multimillonaria el resto de su vida. Aunque el hombre es un animal racional, en este momento le aconsejaría que no usara esa capacidad. Firme y disfrute de su fortuna.

—Usted y la persona que quiere darme ese dinero deben de estar locos si piensan que voy a coger esa fortuna sin conocer su identidad ni su procedencia. ¿Y si es dinero negro que viene de mafiosos o del terrorismo o del narcotráfico? No quiero verme envuelta en ese tipo de asuntos.

—Le aseguro que ése no es el caso.

—Entonces se trata de un timo, ¿verdad? Pues deben ustedes saber que estoy completamente arruinada, no van a poder sacarme ni un céntimo.

—Entiendo que desconfíe, pero no se trata de ningún engaño. El dinero será ingresado en la cuenta corriente que usted elija: le vuelvo a decir que todo se hará de manera perfectamente legal y transparente.

Emilia repasó los papeles.

—Esto es una donación, lo que significa que la persona que me deja el dinero está viva. Pero ¿quién? Nunca he conocido a nadie que fuese multimillonario.

—Esa persona prefiere mantenerse en el anonimato. Y a esto se refiere una de las dos cláusulas que podría hacerle perder todo su dinero. Si usted o alguien relacionado con usted intentan averiguar su identidad o ponerse en contacto con dicha persona, el acuerdo se rescindirá y tendrá que devolver el importe íntegro depositado en su cuenta.

—¿Y esa cláusula pretende desanimarme de hacer pesquisas? Ha producido el efecto contrario, tengo más ganas que nunca de saber la identidad de mi benefactor.

—Será un esfuerzo inútil: en el camino que va de este contrato a la figura de su benefactor hay cientos de sociedades interpuestas y una maraña de operaciones financieras imposibles de sortear. Seguir el rastro de este dinero resulta imposible.

Emilia seguía sin poder dar crédito a lo que le estaban ofreciendo. Necesitaba hablarlo con Roberto y que él le dijera lo que debía hacer.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensármelo?

—Precisamente a eso se refiere la segunda cláusula del contrato. Debe usted decidirse ya. Tiene que aceptar o rechazar la donación en el momento de serle ofrecida. Si sale de este despacho sin haber firmado los documentos, nunca volveremos a contactar con usted, y esta conversación no habrá tenido lugar.

La exposición fotográfica estaba siendo un éxito. La gente abarrotaba las salas donde colgaban las fotografías, aunque Emilia pensaba que estaban más pendientes de las bandejas de canapés, que los camareros llevaban de un lado para otro, que de los retratos, paisajes y escenas de la vida cotidiana que conformaban la obra del fotógrafo. Roberto se acercó a ella cuando terminó de hablar con dos chicas escotadas que no habían dejado de perseguirle desde que llegó.

—Perdona, Emilia, esas dos pesadas son sobrinas de uno de mis jefes y tengo que hacer el paripé.

En otras circunstancias, Emilia se hubiera sentido celosa, pero no podía dejar de pensar en lo que había sucedido esa tarde en el despacho de abogados. Había intentado llamar a Roberto desde que salió, pero éste tenía el teléfono desconectado. Recordó que esa tarde iba a estar en la inauguración

de una exposición fotográfica de un joven talento patrocinado por los Laboratorios Acosta, y decidió presentarse allí.

—¿Qué haces aquí? —le dijo él—. No te gustan este tipo de fiestas… Pero vamos, que quede claro que estoy encantado de que hayas venido.

—Hoy ha sucedido algo rarísimo, Roberto. De hecho, creo que me han gastado algún tipo de broma…

—¿Algo que ver con el incendio?

—No, no. Me han llamado de un despacho de abogados. Alguien, una persona de la que no sé la identidad, me ha donado muchísimo dinero. Y estamos hablando de millones. Me mareo de pensar en la cifra.

Roberto la miró sin entender nada.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué iba nadie a dejarte tanto dinero?

—No lo sé. Una de las condiciones para hacer efectiva la donación es no intentar averiguar nunca la identidad de mi benefactor.

—Todo eso me suena muy extraño, aunque si de verdad es una broma, no le veo el sentido, la verdad. Pero bueno, hay tiempo para averiguar qué está pasando y decidir cómo actuar.

—No, no tenemos ese tiempo. Otra de las condiciones es que debía aceptar el legado de inmediato. Si no, lo perdería.

—Y… ¿y qué hiciste?

Emilia tomó aire antes de contestar.

—He aceptado el dinero. Roberto, si lo que decía ese abogado era cierto, ahora mismo somos multimillonarios.

—¿Has firmado papeles? ¿Has dejado tu consentimiento en algún documento que ni siquiera habrás leído? —dijo Roberto asustado.

—¿Y qué querías que hiciera? No sabía cómo reaccionar y además me leí todos los documentos de cabo a rabo. No le vi la trampa por ningún lado, la verdad. —Emilia sacó de su bolso una copia de los papeles—. Mira, aquí tienes una copia del contrato.

Roberto examinó el contrato. Como Emilia le había dicho, todo parecía sencillo y claro: por la firma del presente, se transferiría a Emilia, de la forma y en el momento que ella quisiese, una cantidad de dinero tan desorbitada que hizo que Roberto se apoyara contra la pared para no caer al suelo mareado.

—El banco que va a gestionar la transferencia es uno de los más importantes, hemos trabajado a menudo con él. Déjame que les llame para ver qué me pueden decir de todo esto.

Roberto se alejó mientras Emilia se quedó esperando. Con sus vaqueros y su jersey holgado no iba vestida para la ocasión, aunque eso ahora era lo que

menos le preocupaba. Cogió tres o cuatro canapés de la siguiente bandeja que pasó ante sus narices, ya que se dio cuenta en ese momento de que no había comido nada desde la mañana. Para mitigar el nerviosismo, comenzó a mirar las fotos de la exposición. El autor de las mismas era una joven promesa que resultó ser nieto del fundador de los laboratorios. Ahora entendía el interés de la empresa por patrocinarle y darle a conocer. Las fotos eran buenas y los motivos, muy variados: unas mostraban calles y callejones de distintos barrios de Madrid; otras, series de instantáneas tomadas en el mismo sitio a la misma hora durante varios días en las que el encuadre y los edificios se mantenían pero lo que cambiaba eran las personas que transitaban por ellas; había también retratos de personas y paisajes de los lugares por los que el joven fotógrafo había viajado. La colección constaba de casi doscientas fotografías. Fue paseando por la sala, mirándolas de manera distraída, sin detenerse demasiado en ninguna de ellas.

Y fue entonces cuando la vio. En el mismo momento en el que Roberto regresó junto a ella.

—Emilia, tenías razón… He hablado con uno de los directores financieros del banco, alguien a quien conozco, y me ha dicho que la donación es perfectamente válida. Harán la transferencia en cuanto se lo digamos —dijo demudado.

Estaba tan sorprendido que al principio no se dio cuenta de la extraña expresión que tenía Emilia en su rostro. Y cuando se percató, comprendió que ella no había estado escuchando nada de lo que él le había dicho. Sus ojos, y toda su atención, estaban centrados en otra parte.

En una de las fotografías.

En cuanto Emilia posó la vista en ella sintió como si toda la sangre del cuerpo la abandonara por completo. La sala en la que se encontraba comenzó a girar en torno a ella, aunque la fotografía parecía anclada en el mismo sitio, obligándola a no apartar los ojos de ella, atrayéndola como un imán.

Si no hubiera estado rodeada de decenas de personas que estaban viendo lo mismo que ella, Emilia hubiera jurado que se estaba volviendo loca.

Porque allí, en la pared, estaba retratado el faro de la isla que visitaba en sus sueños.

Unos minutos más tarde, un solícito Roberto le daba a Emilia un vaso de agua. Estaban en uno de los pequeños despachos adyacentes a la sala donde

se exponían las fotografías. Jaime, el joven fotógrafo cuya obra se exhibía, les acompañaba.

—Deja de darme agua, Roberto, que se me va a salir por las orejas —dijo ella, rechazando el vaso que él le ofrecía—. Además, ya estoy bien, ha sido sólo un mareo.

—Sigo pensando que deberíamos llamar a un médico —insistió.

Ella negó con la cabeza, molesta.

—Quería impresionar con mis fotografías, pero no hasta ese punto —intervino Jaime.

En cuanto Emilia logró sobreponerse a la impresión que le produjo ver el faro, le pidió a Roberto que fuese a buscar al fotógrafo. Tenía algo muy importante que preguntarle. Roberto no entendía nada de lo que estaba pasando, pero viendo la ansiedad que ella demostraba, la obedeció sin rechistar.

—Esa foto… ¿cuándo la sacaste? ¿Dónde está ese sitio? —le preguntó Emilia a Jaime.

Roberto aprovechó para mirar en el catálogo que tenía en las manos el paisaje que tanta impresión le había causado a su novia. En la foto podía verse, en blanco y negro, un faro sobre un acantilado. Parecía antiguo y estaba muy deteriorado, pero por lo visto Emilia lo había reconocido al instante.

—Es un antiguo faro que está en una pequeña isla en el norte de España —dijo él.

—¿Y qué isla es ésa? ¿Dónde está?

—La llaman la Isla de las Gaviotas, porque está poblada por miles de esos pájaros. En realidad es un pequeño islote situado a pocos kilómetros de la costa, no hay nada que ver allí.

—Entonces, ¿por qué fuiste a sacar las fotografías?

—Uno de los pescadores de un pueblo cercano me dijo algo que me llamó mucho la atención. La Isla de las Gaviotas es una de las pocas islas privadas que existen en España. Hay trece en total. Pero lo que más me intrigó es que también me dijo que nadie vive allí desde hace muchos años. Pensé: ¿para qué comprar una isla y luego no ir a habitarla?

—¿Se puede visitar? —preguntó Emilia, cada vez más nerviosa.

—No, al ser propiedad privada está prohibido el paso. Conseguí, con la ayuda de algunos euros, que el pescador me llevara allí durante un par de horas. Pero aparte del faro en un extremo de la isla, y un viejo hotel abandonado en el otro, no hay nada más.

Emilia miraba fijamente la fotografía sin entender nada. No sólo reconocía todo lo que veía en ella sino que la imagen le transmitía la misma sensación de peligro que podía sentir en sus sueños. No creía casual el que se hubiera encontrado con ella precisamente ese día. Estaba cada vez más convencida de que, de alguna manera que ni la misma Bogdana sería capaz de explicar, la isla la estaba llamando. Algo había ocurrido allí, algo terrible que extendía sus tentáculos a través del tiempo y del espacio para atraparla y asfixiarla. Pero… ¿qué iba a poder hacer ella? Balbuciendo una excusa, se despidió de Jaime y le pidió a Roberto que la llevara a casa. Se había olvidado por completo de los millones que alguien le había legado. No sentía que tuviese nada que celebrar. Al revés, parecía como si una terrible maldición hubiese caído sobre ella.

Esa noche, ya en la cama, Emilia se incorporó dando un respingo. Roberto, a su lado, se despertó sobresaltado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Que ya sé lo que tenemos que hacer con el dinero.

—Podemos hacer miles de cosas con él. Y lo mejor de todo, podemos hacerlas de día, no a las cuatro de la mañana.

—Esta tarde, cuando vimos la fotografía, la del faro en la isla… Quiero comprarla.

—Hablaré con Jaime Acosta, no creo que haya problema. Y si la ha vendido, se la compraremos al comprador. Y si no quiere venderla, lo compraremos a él también —contestó Roberto rezongando.

—No me entiendes, me he expresado mal. Jaime dijo que esa isla era una de las pocas islas privadas que existen en España. Así que tiene que tener un propietario. Y quizá esté interesado en venderla.

Roberto estaba tan aturdido que todavía le costaba encontrar el sentido a lo que Emilia estaba tratando de decirle. Así que ella se vio forzada a hablar claro.

—No quiero comprar la fotografía. Lo que quiero comprar es la isla.

Morales

Dobló la última camisa con cuidado, demorando inexplicablemente el momento de su marcha. Luego, la introdujo en la mochila, donde aguardaba el resto de la escasa ropa que había traído al llegar.

—Ese libro es de aquí… —comentó Almansa, echando un vistazo al interior de la mochila.

Morales lo había guardado con esmero entre la ropa interior, procurando que pasara inadvertido. Era una vieja edición de *Emma*, de Jane Austen. Los tonos pastel de la portada y los ribetes alrededor del título, sobre el retrato de la joven protagonista, provocaron el sonrojo de Morales, que sintió arder sus mejillas. Confiaba en que el libro pasara inadvertido, de la misma manera que lo había hecho las últimas semanas mientras lo había estado leyendo a escondidas. Avergonzado, no se atrevió a mirar a Almansa a los ojos.

—Aún voy por la mitad… —dijo por toda excusa.

Almansa sonrió y negó con la cabeza, al tiempo que cogía el libro en sus manos.

—Ni te voy a preguntar qué hacías leyendo esto. Hay que echarle huevos… —Se encogió de hombros y dejó caer el libro de nuevo—. A mí me da igual. Ni siquiera sé lo que hacía aquí.

Morales cerró la mochila y acompañó a Almansa hasta el pasillo, sin echar un último vistazo al cuarto que había sido todo su mundo en los últimos dos meses, y enfiló junto al guardia hacia la salida de la prisión.

El funcionario sentado al otro lado de la garita le miró con gesto aburrido y le extendió un sobre acolchado con algunas de las pertenencias que Morales había dejado allí el día de su ingreso.

—Tarjeta de crédito, llaves, reloj, cartera y dos euros con quince céntimos en monedas… No te lo gastes de golpe —bromeó. Morales, sin sonreír, se guardó todo—. Y el correo, que aún no lo hemos repartido.

Le entregó tres sobres que Morales guardó en su mochila sin mirarlos siquiera. Éste se dejó conducir una vez más por Almansa hasta la puerta de salida.

—Intenta no volver por aquí, ¿quieres? —le pidió, estrechándole la mano —. Sólo tienes una vida, aprovéchala.

La puerta se cerró y Morales se volvió hacia la carretera comarcal que pasaba junto a la prisión. Había amanecido nublado y un viento cada vez más agresivo agitaba las copas de los árboles. Cerró los ojos y respiró profundamente. Nunca había sido un hombre de campo, pero después de aquel tiempo encerrado entre cuatro paredes agradeció ese breve contacto con la naturaleza. Miró a ambos lados y acertó a ver una parada de autobús, hacia la que se dirigió con paso tranquilo. Consultó los horarios y se sentó a esperar.

Veinte minutos después viajaba ya hacia Madrid, sin apartar los ojos de la ventanilla. Sólo había pasado sesenta días encerrado, pero a medida que se iba acercando a la ciudad le daba la sensación de que el mundo había cambiado por completo. Los árboles, los coches… todo le resultaba fascinante, como si hubiera despertado de un coma que hubiera durado décadas.

Se llevó la mano a la cartera y sacó de su interior una fotografía. Descolorida y arrugada, aún se distinguía la imagen de una chica joven, de sonrisa amplia y ojos grandes, abrazada a un Morales más joven, con más pelo en la cabeza y la mirada más inocente. Un suspiro escapó de entre sus labios y volvió a guardar la foto. Sabía qué era lo primero que tenía que hacer nada más bajar del autobús.

Cuando llegó a Plaza de Castilla le costó encontrar una cabina. Los teléfonos móviles estaban cada vez más extendidos y empezaban a convertir a las cabinas en reliquias del pasado, como él mismo. Tras quince minutos deambulando de un lado a otro encontró una y sacó los dos euros de su bolsillo. Con mano temblorosa, introdujo la moneda en la ranura y marcó el número al que tan pocas veces había llamado pero que se sabía de memoria.

Un tono. Dos. Tres. Cuatro.

Estuvo a punto de colgar, contrariado y aliviado a un tiempo. Pero justo cuando separaba el auricular de su oreja alguien descolgó al otro lado de la línea.

—¿Sí?

La voz de Marta sonaba fresca, el tono alegre dejaba entrever que la llamada la había sorprendido en una risa que, por educación, intentaba disimular.

—¿Sí? —repitió.

—¿Marta?

Hubo un silencio. Cuando ella volvió a hablar, la alegría de su tono había desaparecido.

—¿Ya has salido?

—Sí… hace una hora o así. Acabo de llegar en autobús.

—No he podido ir a recogerte, estoy…

—No, no, no… no lo digo por eso… Ya has hecho bastante por mí… —Su corazón latía con tanta fuerza que temía que su hija lo estuviera escuchando —. Gracias por… ya sabes… por pagar la fianza.

—No fue idea mía —se apresuró a dejar claro—. Jorge me dijo que era lo mejor.

—Ya, bueno… aun así. Llevamos un millón de años sin saber nada el uno del otro y… no contaba con esto, vaya. Pensaba que ya te habías olvidado de tu padre.

—Lo he intentado —se sinceró ella—, pero ya sabes cómo es Jorge. Bueno, lo has visto dos veces en tu vida… Yo ya le he dicho que nos la estamos jugando. Si te saltas la condicional, los que estaremos en un lío seremos nosotros.

—Eso no va a pasar. Tú has hecho esto por mí, y yo… no voy a meter la pata otra vez.

—Ya. Bueno.

Una risa infantil interrumpió la conversación. Morales pudo adivinar que su hija tapaba el auricular apresuradamente con la mano. Su corazón se disparó.

—Papá, tengo que…

—¿Eso es…?

Marta suspiró. Guardó silencio unos segundos, mientras su padre dejaba todavía la pregunta en el aire, temeroso de completar la frase.

—Es Eva. —Nueva pausa—. Tu nieta.

Morales sintió sus piernas flaquear, y por espacio de unos segundos creyó que le faltaba el aire.

—Dentro de poco va a cumplir tres años.

Sintió las lágrimas acumulándose bajo los párpados. Tres años… La última vez que había hablado con su hija por teléfono había sido dos años atrás… y ni siquiera le había dicho que tenía una niña. Sintió una oleada de rabia contra sí mismo por haber permitido que aquello pasara.

—¿Puedo… puedo conocerla? —La pregunta salió de sus labios sin tan siquiera pretenderlo. El silencio posterior le animó a intentar matizar la petición—. No digo que sea en vuestra casa, no os quiero molestar… Yo sólo… me gustaría verla, aunque fuera de lejos, ¿sabes? Y a ti también, claro…

—No sé si es buena idea…

—Sólo unos minutos. Nos sentamos a tomar un café… ni siquiera le tienes que decir quién soy. Quince minutos… por favor.

La respuesta tardó una eternidad en llegar.

—A las cinco, ¿vale? En el café Comercial de Bilbao. Y no tardes, ¿quieres?

—Te lo prometo.

—Ya… me conozco tus promesas.

Y colgó. Morales sabía que su hija no estaba nada convencida de lo que acababa de hacer, pero se prometió que conseguiría que cambiara de opinión.

Miró su reloj. Era la una. Aún quedaban cuatro horas para la cita… pero tenía muchas cosas por hacer.

La primera, comprarse algo de ropa decente. Unos vaqueros desgastados y varias camisas arrugadas era todo lo que llevaba en la mochila. Si quería conocer a su nieta y causar buena impresión en su hija, tenía que adecentarse un poco.

Si el banco no le hubiera quitado su casa justo antes de entrar en la cárcel, habría podido ir allí a descansar un poco y darse una ducha. Tampoco tenía ningún amigo al que acudir, ningún viejo compañero que estuviera dispuesto a hacerle un favor.

Bajó caminando por la Castellana hasta que llegó a la glorieta de Bilbao, casi una hora más tarde. El café Comercial le esperaba en una esquina, frente a la boca de metro. Enfrente, un par de tiendas de ropa llamaron su atención. Tras echar un rápido vistazo a los maniquíes del escaparate se decidió a entrar en una de ellas.

Encontrar un traje a su medida fue complicado. Lo supo nada más ver el gesto de preocupación del dependiente que no le quitaba ojo mientras curioseaba entre las perchas. El más grande que tenían le quedaba algo corto de mangas, y necesitaba un ajuste en los bajos del pantalón, pero Morales no tenía tiempo para arreglos, además de que encarecerían aún más el modesto precio de cincuenta y nueve euros. Aquél no era un traje que le gustara especialmente, pero sí el más barato. Aun así, Morales cruzó los dedos mientras el dependiente pasaba su tarjeta de crédito por el datáfono para

efectuar el cobro. No recordaba cuánto dinero tenía todavía en su cuenta corriente, pero sabía que no era mucho. Temía que las comisiones de la cuenta o algún pago domiciliado la hubieran dejado al descubierto en los últimos dos meses.

Cuando la máquina empezó a escupir el tíquet de compra, Morales suspiró aliviado. Firmó con la misma alegría como quien firma un aumento de sueldo y salió de la tienda con su traje nuevo envuelto en su funda.

Se acercó a un cajero y, tras comprobar su saldo, decidió sacar algo de dinero. Apenas le quedaban trescientos euros. Trescientos euros que tendrían que ser suficientes hasta que pudiera encontrar un trabajo, algo que no sería fácil. No con su edad. No con sus antecedentes.

Se detuvo en un quiosco. Una revista infantil regalaba un pequeño unicornio de peluche, envuelto en un plástico. Sólo por cinco euros y noventa y nueve céntimos. Lo compró y tiró la revista y el plástico. No sabía si a su nieta le gustaría el unicornio, pero no podía ir con las manos vacías el día que la conocía. Por ese motivo decidió acercarse también a un puesto de flores y comprar para su hija un discreto ramo de margaritas, más barato incluso que el peluche.

Satisfecho, consultó su reloj. Eran cerca de las tres. Aún quedaban dos horas para su cita, pero decidió no tentar a la suerte para no retrasarse y entró al café Comercial. Pidió una cerveza y un plato combinado, que saboreó lentamente, mientras hojeaba un periódico de forma distraída. Nada más terminar de comer, pasó al cuarto de baño y sacó el traje con cuidado de la funda. Se desvistió y se aseó en el lavabo. Miró el tatuaje de su hombro derecho: una pistola y una cruz entrelazadas por un alambre de espino. El color había perdido intensidad y los contornos de las figuras aparecían un tanto difuminados, como quien ve borroso después de frotarse los ojos con fuerza.

Se puso una de las camisas que llevaba en la mochila y la ocultó enseguida con la chaqueta. Decidió dejarla abierta hasta poco antes de la hora de la cita, cuando aprovecharía para abrocharla y esconder no sólo la mala calidad de la camisa, sino también las arrugas que se le habían formado de llevarla doblada.

Se enfundó los pantalones y se miró al espejo. Estaba sudando. Una hora y media de sudor podían arruinarlo todo. Se echó agua por el pelo y la nuca e intentó tranquilizarse, pero sabía que era inútil. Era la primera vez en cinco años que veía a su hija en persona. Aún tenía grabada en su mente la imagen de Marta aquella última vez que se vieron, en el cementerio. Ella lloraba

abrazada a Jorge, su marido, mientras unos hombres introducían el féretro de su madre en el nicho familiar. Aún recordaba su mirada fría y reprobatoria, cuando él intentó pasarle un brazo por los hombros para consolarla. No había transcurrido un día sin que recordara aquella mirada, que le acusaba en silencio de haber sido no el responsable de la muerte de su mujer, víctima de una larga enfermedad, sino de la manera triste y solitaria en que se había ido.

Guardó su ropa en la mochila y volvió a la cafetería. Las cuatro. Sólo restaba una hora. Pidió un café y rezó para que el pulso no le temblara al coger la taza y no se le derramara ni una gota encima mientras se la acercaba a los labios. Para asegurarse, colocó una servilleta bajo el cuello de la camisa, y siguió hojeando las últimas páginas del periódico.

Bajó la vista un instante y vio que un trozo de tela salía de la cremallera de la mochila. La abrió para guardarlo todo correctamente y se fijó entonces en las cartas que le habían entregado nada más salir de la prisión. Se había olvidado de ellas por completo.

Una era de un primo lejano, que acababa de enterarse de su ingreso en prisión y quería saber si su piso en Madrid estaba disponible para una visita que tenía que hacer a la capital.

Otra era de un bufete de abogados, al que había escrito al poco de entrar en la cárcel para saber si se podían hacer cargo de su caso. El bufete, muy amable, denegaba su ayuda ante las pocas expectativas de una pronta salida de prisión.

Pero fue la tercera la que le hizo derramar el café sobre la mesa.

Dentro del sobre, sin remitente, una tarjeta. Escritas a máquina, tan sólo una pregunta… y una advertencia.

«¿No quieres saber lo que pasó en realidad?».

«Hoy es tu última oportunidad para volver con las gaviotas».

Su pulso se aceleró. Miró a su alrededor, como si el remitente le estuviera observando allí mismo, en la cafetería. Volvió la vista a la tarjeta y leyó una y otra vez las frases, esperando encontrar en ellas un nuevo significado, un mensaje oculto entre las letras. Pero el mensaje no podía ser más claro.

Miró su reloj. Aún quedaba casi una hora hasta que llegaran su hija y su nieta.

Se levantó apresuradamente y caminó hacia un teléfono que descansaba sobre la barra, y en el que introdujo el poco cambio que le quedaba. Llamó primero al número de información para pedir el teléfono de la estación de Chamartín. Después, llamó allí para preguntar los horarios de los trenes con destino a Santander.

Tan sólo había uno, que salía en poco más de media hora.

Colgó con demasiada violencia, atrayendo la mirada desconfiada del camarero, con el que se disculpó con un gesto.

Se acercó a la mesa y cogió la mochila. En una silla descansaban el peluche y el ramo de flores. Cerró los ojos y suspiró.

«Me conozco tus promesas», le había dicho su hija.

Morales se maldijo a sí mismo por darle la razón, por estropear la última oportunidad de hacer algo bien en su vida, por echar por la borda la única esperanza de convertirse de nuevo en el hombre que un día había sido.

Pagó la cuenta y salió de la cafetería con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos.

No tenía más remedio que coger aquel tren.

Tenía que volver a la isla.

Julia

Julia miró el paquete que sostenía en sus manos. No era muy grande y estaba envuelto en un sencillo papel marrón. Llevaba observándolo más de media hora, sin atreverse a abrirlo. Muchas cosas estaban en juego. Y todo dependía de lo que encontrase en su interior.

Si habían hecho un buen trabajo, seguiría adelante con el plan. Si, por el contrario, era un desastre, todos los esfuerzos y preparativos de los últimos meses se irían al traste en cuestión de segundos.

Julia se encontraba en la habitación de la casa de Hugo que le había dejado usar como despacho. Al oír el portazo que éste dio al llegar a la casa, se decidió a actuar. Con mano temblorosa rasgó el papel que envolvía el paquete, y luego abrió ansiosa la caja de cartón que quedó a la vista después de retirar el envoltorio.

Y allí estaba.

Julia la miró unos segundos… y sonrió satisfecha. Una vez más, su olfato no la había traicionado. El trabajo era impecable.

Sacó la acuarela y la observó atentamente. El motivo de ésta no podía ser más sencillo: un grupo de árboles verdes, de trazo impresionista. El fondo permanecía sin pintar, dejando a la vista el tono amarillento del papel. No parecía una obra muy llamativa a primera vista. Nadie diría que esa lámina era la llave para conseguir cientos de miles de euros.

Al escuchar cómo los pasos de Hugo se acercaban por la escalera y enfilaban el pasillo, Julia volvió a guardar con cuidado la acuarela en la caja. Luego se quedó pensativa, jugueteando con uno de los rizos pelirrojos que enmarcaban su cara. Había encargado la pintura a una joven artista que había conocido cuando la entrevistó para la revista de arte en la que trabajaba. Durante la conversación, Julia descubrió no sólo que la joven tenía mucho talento sino también muchos problemas económicos. Así que decidió

aprovecharse de ambos factores. Y viendo el resultado, no se había equivocado.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Escondió la caja con la acuarela en uno de los cajones del escritorio y lo cerró inmediatamente con llave.

—Julia, ¿todavía sigues ahí? Llevas más de dos horas encerrada… —dijo una voz a través de la puerta.

Julia la abrió pocos segundos después.

—Perdona, no me he dado cuenta, deben estar a punto de llegar —se disculpó al salir al pasillo.

Hugo, un hombre de unos cincuenta y cinco años, vestido con traje azul marino, la esperaba fuera con expresión enfurruñada.

—¿Se puede saber qué haces ahí dentro? —le preguntó.

—¿Qué voy a hacer? Terminar un artículo sobre la exposición de la Marlborough. Tengo un trabajo, por si no lo recuerdas.

—No te gusta la revista para la que escribes y tampoco aguantas a tu jefa, deberías dejarlo. Además, estás conmigo ahora. El dinero no es algo que deba preocuparte. A mí nunca me ha quitado el sueño y no me ha ido tan mal.

«A ver si piensas lo mismo en unos días», se dijo ella con una sonrisa. Por supuesto, se abstuvo de decirlo en voz alta.

Cuando Julia terminó de arreglarse, acudieron a la planta baja, donde los invitados recién llegados les estaban esperando. Hugo iba a celebrar su cumpleaños, por lo que había invitado a algunos amigos. Desde que había comenzado a salir con él, Julia odiaba esas ocasiones. La gente que rodeaba a Hugo no se molestaba en disimular lo que pensaban de ella, que era una aprovechada y que sólo iba a por su dinero. Ninguno de sus amigos y familiares había encajado bien el que hubieran comenzado a salir tan poco tiempo después de que él se quedara viudo. A la vista de las indirectas y pullas que le lanzaban cada vez que se reunían, Julia hubiera preferido que todos hubiesen asumido la misma actitud que Ana, la hija de Hugo: romper toda relación con ellos. Hacía meses que padre e hija no se veían, la chica no podía soportar el hecho de ver la figura de su madre suplantada de esa manera. Y esto hacía que Julia se sintiese algo culpable, ya que se trataba de un daño colateral con el que no contaba.

Porque todos tenían razón con respecto a ella. Era verdad que no estaba con Hugo porque le quisiera, no estaba en absoluto enamorada de él. Pero se

equivocaban al imaginar que perseguía su dinero. El objeto de su interés era otro.

Una acuarela de Cézanne que él tenía colgada en su gabinete. Una acuarela idéntica a la que Julia había estado contemplando en su habitación.

Ambroise Vollard fue uno de los más grandes coleccionistas y marchantes de arte antes de la Segunda Guerra Mundial. Tenía un especial instinto para descubrir jóvenes talentos. De hecho, fue la primera persona que organizó una exhibición para Paul Cézanne y adquirió muchas de sus obras. Cuando murió en 1939, su hermano, que se hizo cargo de su patrimonio, vendió muchas de las obras que Ambroise había comprado a Guido Astori, un empresario italiano afincado en París. Cuando los nazis ocuparon Francia, Astori entabló muy buenas relaciones con ellos, lo que le permitió que, justo antes de terminar la guerra, pudiera abandonar el país llevándose gran parte de la colección de arte que había ido reuniendo a lo largo de los años. Astori huyó a España, donde la suerte no le fue tan propicia: todas las empresas que intentó levantar fracasaron y el estigma de colaborador nazi no le permitió ampliar horizontes en otros sitios. Se vio obligado a vender muchas de las pinturas que poseía para ir subsistiendo, aunque se guardó las más valiosas, la acuarela de Cézanne entre ellas. Además, sabía que Vollard, la persona que le había vendido la pieza, tenía más hermanas, que querían recuperar los cuadros que su hermano vendió sin concurrir con el permiso de todas ellas, condición necesaria para que la venta de las obras que constituían el legado de Ambroise fuese efectiva. Astori sabía que si la acuarela salía a la luz, los tribunales se la arrebatarían, y por eso permaneció siempre con él. Cuando murió, pasó a manos de su única hija, nacida en España. Y ésta, a su vez, se la dio en herencia a su hijo mayor, un abogado especializado en adopciones, Hugo Ventura.

Era por este tipo de historias por lo que Julia estaba tan interesada por el arte. Sabiendo dónde buscar, se podían rastrear historias fascinantes como ésta, y lo que es más importante, podían encontrarse coleccionistas privados que poseían obras maestras en sus casas, donde las medidas de seguridad siempre serían mucho menores que en cualquier museo, obras cuyos poseedores (no podían llamárseles propietarios hasta que los pleitos judiciales que pendían sobre los cuadros se resolvieran) no denunciarían su robo por culpa precisamente del pasado oscuro que arrastraban. Como en ese caso.

Julia tenía dos medios de detectar sus presas. Uno, gracias a su trabajo en la revista de arte. Sus credenciales como periodista le abrían las puertas de las casas y mansiones de gente adinerada, muchos de ellos coleccionistas de arte, que estaban deseando que las publicaciones especializadas hablasen de los artistas cuyas obras habían adquirido. En realidad, a Julia lo que le interesaba no eran los cuadros que colgaban en las paredes, sino las medidas de seguridad que los rodeaban. El otro método para detectar tesoros consistía en husmear en los archivos judiciales, en busca de litigios que tuviesen como objeto disputas de obras de arte, para luego intentar localizar a la parte demandada o a sus descendientes. Fue así como consiguió enterarse de todo el proceso de las hermanas Vollard, y también como, a partir de aquí, acabó encontrando a Hugo.

El resto era fácil, siempre procedía de la misma manera. Como un cazador, frecuentaba los sitios que frecuentaba su víctima. Su piel blanca y su largo cabello pelirrojo enseguida llamaban la atención. Además, su aspecto recordaba a Elizabeth Siddal, la mujer de Dante Gabriel Rossetti y musa de los pintores prerrafaelistas, y eso era algo que contaba muy a su favor cuando de lo que se trataba era de ir a captar la atención de apasionados de la pintura. Unos segundos le bastaban para cruzar miradas con el objetivo; unos minutos le sobraban para entablar conversación; y era cuestión de horas que terminaran acostándose. Era entonces cuando iniciaban una relación que por lo general duraba unas cuantas semanas, las que Julia necesitaba para encargar una falsificación mínimamente decente del cuadro que pretendía robar, una falsificación que diese el pego durante el tiempo necesario para a empaquetar sus cosas y salir corriendo. Hasta ahora nadie había denunciado los robos. Ninguna de las víctimas quería sacar a la luz la desaparición de un cuadro del que no eran propietarios legalmente. Y el que todos ellos fueran hombres casados y no quisieran destapar su adulterio también resultaba determinante en su silencio.

Además de la pintora que realizaba las falsificaciones, Julia contaba con otro cómplice en sus golpes, Berta, quien le ayudaba con las medidas de seguridad de las casas en las que la joven daba los golpes. Berta trabajaba en una de las mejores compañías de seguridad del país. Podía desconectar las alarmas desde la central el tiempo que Julia necesitase para dar el cambiazo. Y si había cámaras grabando, podía borrar las imágenes que incriminaban a su socia.

En el presente caso, las medidas consistían en unos sensores de movimiento en el gabinete donde estaba colgada la acuarela. Tenían previsto

dar el golpe dos días después de la cena de cumpleaños, el tiempo que necesitaba Julia para ultimar los preparativos para un posible viaje al extranjero, concretamente a Dinamarca, donde permanecería hasta asegurarse de que Hugo no la había denunciado a la policía.

Cuando éste levantó su copa y brindó diciendo que el mejor regalo que había tenido ese año era conocer a Julia, ésta no pudo evitar pensar que, en efecto, ella podía ser un gran regalo, pero que la sorpresa que se iba a llevar en un par de días iba a ser la mayor de su vida.

El día programado Julia llamó a Berta desde su habitación.

—Sincronicemos relojes —dijo ésta cuando descolgó—. Ahora son las once y cuarenta y ocho minutos.

Julia asintió mirando su móvil. La hora coincidía a la perfección.

—Justo a y cincuenta y tres minutos desconectaré la alarma. Sólo puedo darte tres minutos, el tiempo que le lleve al subnormal de mi compañero el ir a buscarme una chocolatina.

—¿Y si no va? ¿Y si entro en el gabinete y suenan las alarmas?

—Créeme, irá. Hace todo lo que le pido. Se cree que va a acabar acostándose conmigo —afirmó, segura de sí misma—. No perdamos tiempo. Coge el cuadro y sal de ahí cagando leches.

Julia colgó el teléfono. Metió la copia de la acuarela en una carpeta y bajó a la planta baja. A través de la puerta entreabierta distinguió a Hugo trabajando en su despacho. Su cara denotaba mucha preocupación, y golpeaba la mesa con su pluma, con un tic nervioso. En ese momento levantó la vista y vio a Julia en la puerta.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —le preguntó ella. Pudo ver que estaba lívido y que se aflojaba el nudo de la corbata.

—Nada, es sólo que… ¿Tan difícil es dejar puesto el aire acondicionado por las mañanas? ¡Se lo he dicho a Mario mil veces! —gritó. Julia se quedó petrificada. Nunca le había visto de esa manera. Hugo era de natural muy tranquilo.

—No te preocupes, se lo diré —dijo Julia, desconcertada.

Mario ejercía las funciones de secretario personal y asistente de Hugo. Más voluntarioso que efectivo, había que estar constantemente encima de él. El abogado pareció tranquilizarse después de haberse desfogado.

—Perdona… no quería haberte gritado así —se disculpó—. No he recibido buenas noticias.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella curiosa.

—Nada que no se pueda solucionar, no te preocupes.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí. Estar a mi lado —contestó él sonriendo.

Julia le devolvió la sonrisa y cerró la puerta del despacho. Se dirigió a la entrada del gabinete donde estaba el cuadro. Miró el reloj con aprensión. Eran las once y cincuenta y cuatro. El arranque de ira de Hugo le había hecho perder un minuto. Una vez ante la puerta, respiró hondo. ¿Habría desconectado Berta las alarmas? Sólo tenía una manera de saberlo. Dio un paso al frente y entró.

No sonó ninguna alarma. Y allí, frente a ella, estaba colgada la acuarela que podía cambiarle la vida. Dio un paso en su dirección cuando un grito acompañado de un estruendo la dejó paralizada. Era Hugo. El ruido provenía de su despacho. ¿Qué estaba pasando? A Julia se le vinieron a la cabeza las condiciones en que lo había visto hacía apenas unos segundos. La palidez de su cara, la falta de resuello… era evidente que tenía que estar sufriendo un ataque. Pero si iba a ayudarle, perdería la oportunidad de dar el cambiazo, ya que esta operación le llevaría un par de minutos, justo el tiempo del que disponía antes de que Berta conectara de nuevo la alarma.

Un pensamiento que cruzó su mente hizo que finalmente se decidiera. Podría vivir con todas las comodidades del mundo el resto de su vida si se llevaba la acuarela. Pero no podría vivir consigo misma sabiendo que había dejado morir a una persona, denegándole su ayuda cuando se podía estar muriendo.

Sin pensarlo, se dirigió al despacho. Abrió la puerta y lo vio tirado en el suelo, llevándose la mano al pecho. Respiraba entrecortadamente.

—¿Hugo? ¿Qué ha pasado? —gritó ella, agachándose a su lado.

Salvo unos murmullos ininteligibles, él no pudo decir nada más. Julia sacó el móvil y marcó el número de emergencias.

Julia regresó del funeral antes que los demás. Ahora que no estaba Hugo no tenía por qué aguantar las miradas de desprecio de todos sus amigos y familiares. Desde el día del ataque, no había vuelto a pisar la casa. La ambulancia llegó al poco tiempo de la llamada a urgencias, y trasladaron a Hugo enseguida al hospital, pero allí poco pudieron hacer. Murió a la media hora. Un infarto fulminante. A pesar de que era lo que menos le apetecía hacer, tuvo que llamar a Ana, la hija de Hugo, para darle la mala noticia. Y a

partir de ese momento la joven se hizo cargo de todo. Curiosamente, a Julia la invadió una sensación de pérdida: iba a echar de menos a Hugo. Poca gente la había tratado con respeto, y él era uno de ellos. Siempre se lo agradecería. Los últimos días había pensado mucho en él, ése es el efecto que tiene la muerte sobre las personas. De hecho, había pensado tanto en él que se había olvidado de muchas cosas. Cosas que podían crearle un grave problema. En la vorágine de los recientes acontecimientos, Julia no había caído en la cuenta hasta esa misma mañana, cuando estaba viendo cómo el ataúd de Hugo desaparecía tras las puertas del horno crematorio, de que en la casa había algo que podía dar buena cuenta de sus intenciones. La copia de la acuarela. La había dejado caer en el despacho del abogado cuando fue a socorrerlo. Si alguien la encontraba, podía atar cabos y sumar dos y dos. No podrían denunciarla, ya que no se había cometido ningún delito, pero con el cariño que le tenía Ana, podía propagar el rumor en los círculos adecuados y su reputación «artística» se vería seriamente comprometida. Siempre podía decir que era un ejercicio de pintura, que estaba aprendiendo a dibujar copiando el cuadro de Hugo, pero nadie la creería: Julia no había cogido un pincel en su vida, era imposible que hubiera trazado esa acuarela con semejante maestría. Además el papel estaba tratado y envejecido para que fuese idéntico al original, y eso no es algo de lo que se preocupen las aspirantes a pintoras, por muy voluntariosas que fuesen.

Julia llegó a la puerta de la casa, sacó sus llaves y la abrió. Entró en el recibidor y se dirigió al despacho de Hugo, el mismo en el que había sufrido el infarto. Todo estaba como entonces: el teléfono y varios expedientes de trabajo desparramados por el suelo, la papelera y la silla de trabajo volcadas. Incluso la lámpara de la mesa estaba encendida. Julia la apagó. Mario le había dicho que Ana no había querido pisar la habitación en la que murió su padre.

Comenzó a buscar la acuarela. No disponía de mucho tiempo: la familia y los allegados podían volver del funeral en cualquier momento. En el suelo no estaba. Ni encima del escritorio. Intrigada, Julia miró a su alrededor: estaba segura de que, tras ver a Hugo inconsciente, no había hecho nada más en ese despacho, salvo llamar a urgencias desde su móvil y esperar arrodillada en el suelo, junto al abogado, esperando a que llegase la ambulancia. Repitió sus movimientos: se arrodilló intentando reproducir la misma postura en la que se quedó el fatídico día, y desde esa posición miró a su alrededor. Y entonces la vio, allí estaba: una pequeña esquina de la carpeta marrón en la que había guardado la acuarela sobresalía de debajo de la mesa. La sacó y suspiró aliviada al tenerla en sus manos.

Iba a incorporarse cuando algo más llamó su atención. Un sobre arrugado en la papelera. En él, alguien había escrito «PARA HUGO» en letras mayúsculas. Y nada más. Ninguna dirección, ningún sello, lo que significaba que la habían depositado directamente en el buzón de la casa.

En ese momento recordó una conversación que había escuchado en el tanatorio. El médico de la familia le explicaba a Ana que Hugo sufría una seria afección del corazón. Cualquier sobresalto inesperado podía provocarle un ataque. En contra de sus consejos, lo había mantenido en secreto para no preocupar a nadie a pesar del riesgo que eso implicaba, ya que era fundamental crear un entorno en el que nada ni nadie pudiera turbarle. Pero Hugo se había mantenido inflexible en ese aspecto: no quería que nadie lo tratase como a un enfermo.

Cuando Julia lo vio por última vez, con aquel aspecto demudado, como si hubiese visto un fantasma, estaba abriendo el correo. ¿Y si ese fantasma hubiese venido metido en uno de esos sobres? ¿Pudiera ser que una de las cartas le hubiese provocado el ataque? ¿Y si era esa carta en concreto?

Intrigada, aplanó el sobre arrugado y extrajo lo que había en su interior. Era un papel, con apenas unas líneas escritas con la misma letra del sobre. Julia las leyó.

Ya es hora de que se sepa la verdad de lo que ocurrió en la Isla de las Gaviotas. Venga a la isla el fin de semana del 15. La verdad saldrá a la luz.

Julia no entendía a qué podía referirse tan enigmático mensaje, pero su contenido hizo que recordara algo muy extraño que había pasado hacía unos meses.

Cuando comenzó a salir con Hugo, le investigó a fondo. En el ordenador portátil que él tenía en casa encontró una serie de claves para acceder por internet a sus cuentas bancarias. Y en una de ellas encontró algo que le llamó muchísimo la atención: durante más de veinte años alguien había depositado la misma suma de dinero en esa cuenta, todos los meses, el mismo día, a la misma hora. Dos mil euros cada vez. Pero lo que la había llevado a recordar aquellos ingresos al leer la nota que pudo causar la muerte de Hugo fue la palabra que aparecía en el concepto de las transferencias: «Gaviotas».

¿Qué quería decir? ¿Y por qué le enviaban tanto dinero? No se había atrevido a preguntarle a Hugo qué misterio se encerraba tras esa palabra, ya que eso la traicionaría, pero en ese momento, gracias a la nota que le había provocado el infarto pensó que quizá lograra encontrar la solución al enigma.

Esa noche él fue a buscarla a su apartamento. Se metieron en la cama casi sin haberse saludado. Habían pasado muchos días desde la última cita, pero Julia no había querido arriesgarse a que alguien les viera juntos, estando tan cerca de cometer el robo. Mientras se desnudaban, Julia pensó que no era sexo lo que necesitaba esa noche, sino desahogarse y que él la rodeara con sus brazos. Pero no podía hacerlo: él no sabía nada de sus intereses artísticos ni de sus planes criminales, y además, en cuanto lo vio sin ropa, se olvidó de todo lo demás, como siempre le pasaba. Los dos se abalanzaron sobre la cama.

Una vez que terminaron, encendió un cigarrillo, pensativa.

—¿Te apetecen unos días de vacaciones?

—Todo depende de lo que me propongas. Siempre que vayamos juntos, claro —dijo él, besándola.

—¿Has oído hablar de la Isla de las Gaviotas?

Ángel

—Quince minutos —advirtió un joven con unos enormes auriculares alrededor del cuello mientras se asomaba rápidamente por la puerta.

Miguel agradeció la notificación con un gesto de cabeza y cerró la puerta. Se volvió hacia Ángel, quien se dejaba dar los últimos retoques de maquillaje frente al espejo.

Tenía los ojos cerrados para que la chica pudiera extenderle una fina capa por todo el rostro sin molestarle. Miguel pensó que parecía muy relajado, tal vez demasiado, y no sabía si aquello era buena señal.

—Tranquilízate… —dijo Ángel sin tan siquiera abrir los ojos, como si le hubiera leído el pensamiento.

La maquilladora le miró de reojo, con una sonrisa asomando en sus labios. Ella también había reparado en que Miguel no había dejado de moverse de un lado para otro desde que habían llegado al camerino.

—Que me tranquilice. Ésa es buena.

—Pase lo que pase, no va a ser el fin del mundo…

—Esto es política, Ángel, no me jodas.

—Ya hemos terminado —anunció la chica—. Ahora en plató damos un repaso, ya con los focos y eso.

—Estupendo. Muchas gracias, Virginia. —Ángel abrió los ojos y le dedicó a la chica la mejor de sus sonrisas mientras ésta desaparecía tras la puerta.

Miguel no dejaba de caminar de un lado a otro. Ángel se sentó en el pequeño aparador que había frente al espejo y cruzó los brazos.

—Vamos a ver, Miguel… Llevamos dos meses de campaña, por no hablar de los años que hemos estado planificando este día. Y nunca te había visto tan nervioso como ahora. Además, las encuestas nos ponen por delante…

—Eso ya lo sé. Lo que me preocupa es lo que no sé. Y no sé qué te va a lanzar Robledo ahí fuera cuando estéis en directo delante de las cámaras.

—¿Qué me va a lanzar? Lo de siempre, ya lo hemos hablado. Empezará con la política social, con que cómo pretendo tener un presupuesto ajustado sin hacer recortes en…

—No es eso, Ángel, no es eso… Sabemos por dónde va a atacar tu programa… pero no por dónde te va a atacar a ti.

—No puede hacerlo. No tiene nada con lo que atacar.

—¿Estás seguro de eso?

—Miguel, lo hemos hablado mil veces.

—Y lo volveremos a hablar otras mil. Sólo quiero estar seguro, sobre todo esta noche. ¿Hay algo de lo que me tenga que preocupar?

Ángel no pudo reprimir una risa nerviosa.

—No.

—Ángel… todos en algún momento hemos metido la pata. Una multa de tráfico, una pelea en un bar, una despedida de soltero que se va de las manos…

La risa nerviosa se convirtió en carcajada.

—¿Te preocupa que en algún momento de mi vida me haya podido acostar con una *stripper*?

—Me preocupa que te hayan podido hacer una foto con una y que aparezca de golpe en la prensa mañana por la mañana. ¡Y no hablo de ninguna *stripper*! Cualquier mancha que tengas en tu pasado, el más mínimo error que hayas cometido… necesito saberlo para anticiparme a Robledo. Sabes cómo es la gente de su equipo. Julio te haría pedazos si algo de eso saliera a la luz.

Ángel se acercó lentamente a Miguel y descansó las manos sobre sus hombros, como un padre a punto de dar un consejo importante a su hijo antes de que éste abandone el hogar.

—Miguel… eres mi director de campaña… pero sobre todo eres mi amigo. Si hubiera algo en mi pasado que pudiera poner en peligro lo que estamos construyendo tú y yo, te lo diría.

Miguel apartó la mirada, Ángel no sabía si porque le incomodaba aquella conversación o porque no le estaba creyendo.

—Aunque no fuera por la campaña —continuó—, si hubiera algo que pudiera hacer daño a Marisa o a los niños, serías el primero en saberlo. No hay nada que puedan echarme a la cara, ni Robledo ni nadie. Créeme.

Miguel le miró por fin. Ángel le observaba con el ceño ligeramente fruncido, como cada vez que pedía la confianza de los votantes, en un gesto que denotaba que era un tipo del que cualquiera se podía fiar. Tenía un físico

bastante agraciado. Medía poco más de metro ochenta y lucía un cuerpo atlético, forjado a base de saludables deportes al aire libre. A sus cuarenta y cinco años, aún conservaba todo su pelo, con algunas canas aquí y allá que Miguel había insistido en que no ocultara, ya que estaba demostrado que algo de plata en las sienes transmitía experiencia y sabiduría, dejaba claro que era un candidato serio y maduro, capaz de asumir responsabilidades.

Por si fuera poco, Ángel tenía una mujer increíble a su lado y dos hijos maravillosos. Formaban una imagen atractiva, sin que llegara a generar rechazo por ser demasiado idílica.

Todo en la fotografía parecía perfecto. Pero el fondo era lo que contaba. Ángel era de verdad un tipo honrado, entero, capaz de dejarse la piel por los ciudadanos, algo que el cuidado estudio de imagen al que había sido sometido por su equipo pretendía realzar. Lo que había detrás de ese retrato de candidato perfecto era algo sincero y valioso. Por eso Miguel llevaba años a su lado. Por eso se había convertido en su director de campaña. Por eso estaba a punto de llevarlo a la presidencia de la Comunidad.

—A plató. Cinco minutos —dijo de nuevo el joven de los auriculares asomándose por la puerta, que dejó abierta a propósito. Ninguno de los dos hombres se giró para mirarlo.

—El que gane ahí fuera esta noche… —empezó a decir Miguel.

Ángel asintió y completó la frase, como si la hubiera oído ya un millón de veces.

—… gana la Moncloa en cuatro años. Lo sé.

—Pues por eso mismo…

Ángel le interrumpió con una cariñosa palmada en una mejilla y un beso en la otra.

—Por eso mismo, ahí fuera no va a pasar nada. Si perdemos la Moncloa, no será esta noche.

Y salió al pasillo. Miguel resopló y le siguió.

Auxiliares de producción, eléctricos, escenógrafos… todo el mundo corría de un lado para otro haciendo los últimos ajustes para una retransmisión que tendría relevancia fuera incluso de la propia Comunidad de Madrid, ya que sería emitida por el resto de canales de la FORTA, la asociación de canales autonómicos que iba a convertir aquel debate en un espacio de interés nacional.

Las palabras que Ángel y Miguel habían compartido segundos antes en el camerino eran ciertas. Aquel enfrentamiento televisado iba a definir no sólo al próximo presidente de la Comunidad, sino, casi con toda seguridad, al

próximo presidente del país. Ángel Cruz y Felipe Robledo eran los candidatos más fuertes de los dos principales partidos, y tanto periodistas como analistas políticos coincidían en que nadie sería capaz de hacerles sombra en los próximos cuatro años. En política, como en la vida, nadie ponía la mano en el fuego, pero todos daban por hecho que esos dos hombres iban a tener el destino de la nación en sus manos en muy poco tiempo.

Y el que ganara el debate de esa noche no sólo se llevaría la presidencia de la Comunidad, sino que partiría con ventaja en la carrera hacia la Moncloa.

Miguel se quedó entre bambalinas. Ángel se giró hacia él nada más poner un pie en el plató y le guiñó un ojo. Después, saludó al moderador del debate y a su rival. Robledo tenía cincuenta y cinco años, diez más que Ángel, y una expresión en el rostro que transmitía confianza.

Los dos candidatos ocuparon sus respectivos asientos mientras las maquilladoras les daban los últimos retoques. Junto a sus sillones había dos mesas bajas con prensa convenientemente desordenada, a modo de ambientación.

Miguel cruzó los brazos y clavó la mirada en su candidato. A los pocos segundos, un hombre de unos cuarenta y cinco años y la cabeza rapada para disimular una agresiva calvicie se detuvo a su lado, mirando también hacia el plató. Durante unos segundos no se dirigieron la palabra ni intercambiaron mirada alguna.

—Dime que tienes algo —dijo por fin el hombre que acababa de llegar, sin volverse.

Miguel miró de reojo a un lado y a otro. Contestó de la misma manera, con la vista clavada al frente.

—Nada.

El hombre sonrió.

—No me lo creo.

—Te lo juro. He investigado a fondo. He hablado con amigos suyos, compañeros de universidad… no hay nada.

—Habrás hablado con las personas equivocadas.

—También se lo he preguntado a él en persona.

—Claro… qué mejor forma de destapar los secretos de alguien que preguntárselos directamente —ironizó.

—Llevamos diez años juntos. Soy su mejor amigo, jamás me ocultaría algo. Y si lo hiciera, sabría verlo en sus ojos. Y no he encontrado nada.

El hombre tensó la mandíbula y suspiró, visiblemente contrariado.

—Si no encuentras nada que podamos usar contra él, Ángel Cruz ganará las elecciones…

—No haría falta si tu candidato tuviera un programa electoral como Dios manda.

—«Nuestro» candidato. Te olvidas de quién te da de comer. Aunque no se haya hecho público, tu nómina es nuestra, no te olvides de eso.

—No lo hago.

—Entonces sigue buscando. Haz lo que te hemos pedido que hagas.

Se dio media vuelta, pero antes de alejarse volvió la vista hacia Miguel, por primera vez en toda la conversación.

—Su vida no puede haber sido perfecta. Si aún no has encontrado su punto débil, es que lo ha enterrado a conciencia.

—Julio… puede que no tenga nada.

—Todos escondemos algo de nuestro pasado, Miguel… todos.

Recalcó la última palabra para dejar claro que se trataba de una amenaza velada y se alejó. En realidad no necesitaba recurrir a ese tipo de trucos: Miguel ya sabía con quién estaba haciendo negocios desde el primer día que se acercaron a él para comprar sus servicios y convertirlo en una especie de agente doble. ¿La promesa? Un montón de dinero, claro. Y un ministerio en cuatro años. Más de lo que Ángel estaba dispuesto a ofrecerle por todos los años de dedicación exclusiva.

Pero Robledo era un tipo peligroso. Y Julio, su jefe de campaña, más aún. Si no conseguía cumplir el encargo, su futuro en la política pendía de un hilo. Aunque Ángel ganara las elecciones, encontrarían la manera de desprestigiarlo y obligarle a prescindir de él.

—¡Dos minutos y entramos! —gritó el regidor.

Necesitaba encontrar una mancha en su historial, por pequeña que fuera, necesitaba…

De pronto reparó en el gesto de Ángel. Éste miraba con interés un periódico que había cogido de la mesita que tenía junto a él. No. No era interés. Era algo más. Preocupación.

Vio que Ángel levantaba la mirada, hacia el vacío. No era sólo preocupación lo que reflejaban sus ojos. Era puro terror.

Como activado por un resorte, se puso en pie y dejó caer el periódico. Se liberó del micrófono que le habían acoplado segundos antes y, sin dar más explicaciones, salió del plató, ante la atónita mirada del moderador y de su rival, incapaces de reaccionar de otra manera que no fuera forzando un gesto de extrañeza. Todos allí pensaron que iba a hacer una rápida visita al cuarto

de baño, algo más común de lo habitual, fruto de los nervios ante una emisión en directo.

Ángel pasó como una exhalación junto a Miguel, sin mirarle. Éste, sin comprender nada, se apresuró a ir tras él.

—Pero ¿adónde vas?

—Lo siento… tengo que irme —contestó sin detenerse.

—¡¿Qué?! ¡El debate está a punto de empezar!

Ángel llegó hasta una salida de emergencia, donde le esperaba su coche oficial. El conductor, apoyado tranquilamente contra la puerta mientras fumaba un cigarrillo, lo dejó caer, sorprendido por la inesperada aparición. Abrió la puerta de forma atropellada y Ángel se deslizó en el interior.

—Ángel, me estás tomando el pelo, ¿verdad? Queda un minuto para salir al aire…

—Discúlpate por mí, ¿quieres? Intentaremos repetirlo.

—¡¿Repetirlo?! ¿Sabes lo que van a decir mañana los medios cuando vean lo que has hecho? Si no entras ahí, tu carrera está acabada.

—Lo siento… no sé qué más decirte.

Cerró la puerta y el coche arrancó. Miguel permaneció unos segundos más en el callejón, incluso después de que el vehículo hubiera desaparecido tras una esquina. Aún no había asimilado lo que acababa de pasar. Su candidato había tirado su carrera por la borda. Teniendo en cuenta la verdadera naturaleza del trabajo de Miguel, aquello había sido un golpe de suerte, pero aun así…

Extrañado, volvió al plató, donde los gritos y las carreras por los pasillos se habían multiplicado desde la huida de Ángel. Frente a las cámaras, el moderador y el otro candidato hablaban de pie, encogiendo los hombros de vez en cuando, absolutamente desconcertados.

El productor del programa, un tipo enjuto y malencarado, se acercó hasta Miguel a paso ligero en cuanto lo distinguió entre el gentío.

—¡¿Dónde coño se ha metido Cruz?!

—Ha tenido… un imprevisto.

—¡¿Un imprevisto?! ¡Los imprevistos te los metes por el culo! ¡Si ha ido al baño dile que tiene dos minutos para volver!

—No va a volver.

—¿Cómo?

—Que no va a volver. Una… emergencia personal. Serás el primero en saberlo cuando se pueda hacer público. Dará aquí la primicia —mintió.

La jugada pareció salir más o menos bien, dado que el hombre seguía furioso pero sin palabras, como si estuviera valorando cómo salir airoso de aquel caos.

—Mierda de trabajo éste… —murmuró mientras se alejaba a dar órdenes a su equipo—. ¡Pasamos del debate a la entrevista! ¡Seguimos igual! ¡Prevenidos para la vuelta de publicidad!

El equipo de guión del programa rodeó al moderador y a Robledo, acompañado ahora por Julio, improvisando un nuevo formato para el programa, que a partir de ese momento consistiría en una entrevista al único candidato presente y, a todas luces, próximo presidente de la Comunidad de Madrid. Cuando Miguel pasó a su lado, Julio le dedicó una sonrisa y un leve gesto afirmativo con la cabeza, contento por lo que imaginaba una labor bien realizada.

Miguel, en cambio, estaba más confuso que feliz. ¿Qué había provocado aquella reacción en Ángel? Habían trabajado juntos varios años, y aquélla era la primera vez que le veía actuar de esa manera tan extravagante.

Su mirada reposó en el periódico que había estado leyendo justo antes de ponerse de pie y salir corriendo. Repasó los titulares para ver si alguna de las noticias podría haber provocado su huida. Sin embargo, no pudo relacionar ninguna de ellas con su candidato.

Devolvió el periódico a la mesa y, con paso vacilante, salió del plató, intentando encontrar en su cabeza la respuesta a lo que había pasado en los dos últimos minutos.

En la primera plana del periódico que acababa de soltar, un anuncio a pie de página pasaba inadvertido.

«Venga a pasar unos días de relax al balneario de la Isla de las Gaviotas. Mañana inauguración».

Érica

Cuando Érica trabajaba como encargada en una de las mejores tiendas de ropa de la calle Serrano, siempre había admirado a las elegantes mujeres que constituían su exclusiva clientela. Mujeres que tenían a su disposición una tarjeta de crédito con fondos ilimitados y cuyo único dilema serio en todo el día consistía en que la hora de ejercicios con el entrenador personal no les coincidiera con ninguna exhibición en alguno de los *show rooms* más exclusivos de Madrid o con la inauguración de la exposición del pintor en alza del momento, en la que acabarían pagando una millonada por un cuadro cuyo valor artístico no acababan de entender. Mujeres que lucían infinidad de retoques quirúrgicos en la cara y en el cuerpo, arreglos que no se molestaban en disimular, ya que demostraban los ceros que eran capaces de poner en el talonario con el que pagaban a su cirujano plástico. El que esas operaciones también indicaran que el tiempo no pasaba en balde era algo que no les preocupaba. El tiempo pasaba para todos. Pero con dinero, pasaba mucho mejor. Todas ellas tenían chicas que criaban a unos hijos a los que apenas veían veinte minutos por la noche y luminosas casas en el barrio de Salamanca o espaciosos chalets en Las Rozas, cuyos metros cuadrados se contaban por miles.

A Érica no le importaba en absoluto que la vida, en apariencia fabulosa, de todas esas señoras a las que admiraba estuviese vacía por dentro. Hasta pasados los treinta años, Érica había tenido una vida muy llena. Demasiado llena. De preocupaciones, claro está.

Y por fin lo había conseguido. Ahora tenía un entrenador personal que se ocupaba de ella todos los días de la semana, una Visa Oro sin límite de gasto, cuenta en las mejores tiendas de la capital, incluida en la que ella había trabajado, y un chalet en La Moraleja de cuyas paredes colgaban unos cuadros espantosos pero, por lo visto, muy valiosos. De momento, no le había hecho falta recurrir al cirujano que compartían sus nuevas amigas ni contratar a

alguien que cuidara de los niños, por el simple hecho de que todavía no los tenía, ni arrugas, ni hijos.

El camino que había seguido para lograr su éxito era exactamente el mismo por el que habían transitado todas esas mujeres que tenía por modelo. Bueno, más que camino, era un atajo. Como ellas, había conseguido un marido rico. Aun a riesgo de saber que traicionaba más de cien años de ilustre historia del feminismo, Érica estaba encantada con el hecho de que alguien la mantuviera y la proveyera de todo. Pero había algo que sus nuevas amigas nunca le habían contado y que tuvo que descubrir por sí misma: todos sus maridos tenían mucho dinero, sí. Pero todos ellos también tenían a alguien con quien las engañaban. Y en eso, Carlos, el marido de Érica, no era una excepción.

Ésta se encontraba ahora conduciendo su todoterreno a toda velocidad por la Castellana, siguiendo el Mercedes plateado que conducía Carlos, espantando los coches que se interponían en su camino como si fuesen moscas. En el asiento del copiloto, su amiga Marta intentaba disimular los nervios que le provocaba la temeraria conducción de la mujer, agarrando el asidero que había sobre su cabeza como si le fuera la vida en ello.

—¿De verdad hace falta que vayamos tan pegadas a su coche? ¡Va a vernos y encima nos vamos a empotrar contra él! —dijo Marta.

—Es muy despistado. No nos vería ni aunque le siguiéramos montadas en un tanque —le contestó Érica, quien conducía como si de verdad fuese montada en uno.

—Todo esto es una locura. Carlos no te está engañando. Y menos con esa niñata de la que me hablas.

—¿Y por qué te crees que la ha cogido de secretaria sin tener ninguna experiencia?

—Está muy bien preparada. Ha hecho muchos másters y hay que dar una oportunidad a la gente joven para que se coloque.

—Que se coloque en otro sitio que no sea en mi cama —respondió Érica tajante—. Además, todo cuadra. Cada vez se va con más frecuencia de viaje, y casualmente esos días Silvia tampoco va a la oficina. Y también casualmente, las facturas de las cenas que carga a la empresa cuando está fuera son siempre para dos personas. Coge mi bolso y ábrelo. —Marta obedeció—. Y ahora, coge ese sobre y saca los papeles que hay dentro. Son las facturas de su último viaje a Nueva York. Mira los nombres de los restaurantes.

Marta miró alucinada los papeles.

—¿Ahora te dedicas a husmear entre sus cosas? Eso es muy feo Érica. ¿Cómo puedes exigirle confianza si tú traicionas la suya de esta manera?

—Oye, lo que hago es de lo más normal, es algo instintivo. Como esos animales de los documentales de La 2 que luchan con uñas y dientes para proteger su territorio.

—¿También los animales de La 2 beben mientras conducen? —Érica bajó muy enfadada la petaca que había sacado de la guantera y que se había acercado a la boca.

—Técnicamente, no estoy conduciendo. Estamos paradas en un semáforo. —Inspiró hondo y trató de tranquilizarse—. Además, este asunto me trae loca. Bueno, al grano. ¿Ves el nombre de esos restaurantes, ahí en la factura?

—«One if by Land, Two if by Sea», «The River Café» —fue leyendo Marta—. ¿Qué tienen de especial?

—¡Pues que los busqué en Google y están en la lista de los restaurantes más románticos de Manhattan! No es el tipo de sitio al que se lleva a un socio para cerrar un acuerdo. Allí, a lo que se lleva es a un ligue para que se abra de piernas.

—¿Y por qué no hablas directamente con él? Pero no en ese estado. Creo que deberías venir a una de mis clases de meditación, aprender a relajarte. —Siempre que podía, Marta intentaba que su amiga se apuntase a la academia de yoga de la que era directora—. Y deberías abrirte los chakras, los tienes obstruidos y si…

—¿Qué me abra los qué? —la cortó Érica sin entender.

—Los chakras. Son los canales del cuerpo por los que fluye la energía. Si los abres, te sentirás mejor.

—Mejor se los abro a esa Silvia. Con un taladro. Eso sí que haría que me sintiera mejor —contestó tajante.

En ese momento vieron cómo el coche de Carlos se detenía. Ellas aparcaron unos metros atrás, en la acera opuesta. Carlos, un hombre de unos cuarenta y cinco años, no muy alto y corpulento, se bajó del vehículo y se dirigió a un edificio rodeado por un pequeño jardín. Era el Santo Mauro, un lujoso, pequeño y discreto hotel situado en el barrio de Chamberí.

—Bien, la rata ha llegado a su destino. Ahora hay que ver si el queso está dentro. Corre, entra en el hotel —le dijo a Marta, dándole una palmada en la pierna.

—Ni hablar. Te he acompañado hasta aquí, pero el queso lo buscas tú, yo no sirvo para detective.

—Por favor, yo no puedo entrar. No soportaría verlos juntos.

—¿Y qué le voy a decir si me ve? ¡Qué vergüenza!

—Te inventas algo, una reunión de negocios o lo que sea. Mira, no es tan difícil. Si está en el salón del bar, esperas para ver con quién se reúne. Y si sube a una de las habitaciones… Ya sabemos lo que eso significa, ¿no? —Érica pronunció estas últimas palabras con lástima. Marta le sonrió y asintió con la cabeza. Érica le cogió la mano, cariñosa—. Gracias por lo que estás haciendo. No sabes lo que significa para mí.

Érica miró el reloj. Habían pasado diez minutos desde que Marta se había marchado. «¿Dónde se habrá metido esta mujer?», pensó impaciente. Rebuscó en su bolso y sacó sus cigarrillos, llevándose uno a la boca. Pulsó el encendedor del coche, pero comprobó con rabia que no funcionaba, como si todo lo que la rodeaba formara parte de una conspiración destinada a arruinarle la vida. Entonces se fijó en que Marta, con las prisas, se había dejado su bolso sobre el asiento del copiloto. Érica lo cogió y rebuscó en su interior. Su amiga no fumaba, pero con un poco de suerte igual tenía algún mechero que usaba para encender sus velas o los palitos de incienso con los que se ahumaba como un salmón noruego cada vez que le daba por meditar. Comenzó a rebuscar: su cartera, su agenda, documentos referentes a su academia de yoga y sí, ahí al fondo había unas cerillas. Érica las cogió y prendió una. Mientras exhalaba la primera calada, fijó la vista en la publicidad de la caja de cerillas. Era la de un restaurante. Al leer el nombre, sintió ganas de vomitar.

«One if by Land, Two if by Sea».

Recordó lo que había leído en la página que había encontrado en Google cuando investigó las facturas de Carlos. «El restaurante más romántico de Manhattan. El sitio ideal para la gente que busca un espacio íntimo a la luz de las velas».

Notó que tenía la mano izquierda húmeda. Érica bajó la vista y vio que tenía la palma ensangrentada. Había agarrado el volante con tanta fuerza que había terminado haciéndose heridas con las uñas.

Su amiga no había conseguido abrirle los chakras. Pero sí que le había abierto los ojos.

Diez minutos después, Marta se metió en el coche.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Érica, con cara de expectación.

—Nada. Se ha reunido con un par de hombres trajeados. En serio, Érica, no tienes nada de lo que preocuparte. Carlos te quiere.

—Es verdad, me he portado como una tonta. —Sonrió agradecida a su amiga—. Siento haberte metido en todo esto. Pero sabes que eres la única persona en la que puedo confiar.

Érica arrancó con fuerza, intentando que el ruido del motor ahogara el grito que había estado a punto de soltar.

Esa noche, la constructora de la que Carlos era director celebraba su sexto aniversario. La fiesta tenía lugar en el último piso de su sede, situada en la torre Picasso, en el Paseo de la Castellana. El último año se habían vendido más pisos que nunca, el precio de la vivienda estaba por las nubes y la gente parecía obsesionada con seguir hipotecándose. La alegría se reflejaba en las caras de todos: esto no había hecho más que empezar. Las posibilidades de negocio parecían infinitas. Un gran bufet de comida se extendía en una gran mesa a lo largo de una de las paredes del salón, pero Érica no se había acercado a él. En realidad los gritos, las risas y los brindis la molestaban más que nunca, le impedían pensar.

Se aproximó a una de las grandes ventanas que se asomaban a la ciudad. Ya había oscurecido, y miles de luces brillaban allí abajo, a sus pies. Pero no era eso lo que estaba mirando. Lo que llamaba su atención era el reflejo de todo el que estaba en la sala, incluido el suyo. Ése era su mundo, al que había querido pertenecer desde siempre. Y ese mundo iba a desaparecer con la misma rapidez con la que se lanza una piedra contra un cristal. Si Carlos la dejaba, no iba a quedar nada. En ese momento vio cómo su marido subía a un pequeño escenario que habían montado para la fiesta. Con el esmoquin confeccionado para la ocasión, estaba hasta guapo. Érica iba a darse la vuelta para escuchar sus palabras, pero se dio cuenta de que había llorado y de que las lágrimas le habían arruinado el maquillaje, así que permaneció como estaba, de espaldas a la sala, hasta haberse retocado.

—Muchas gracias a todos por venir. No quiero extenderme en mi discurso, al fin y al cabo las cifras hablan por sí solas. Cuando en 1998 pusimos la primera piedra de nuestra constructora, poco podíamos imaginar hasta dónde nos iba a llevar nuestra aventura empresarial. Pero esto ha sido posible gracias a años de duro trabajo y a haber podido rodearme del mejor equipo posible, vosotros.

«Sí, y también ayuda el dinero que has ido desembolsando por todas partes, a manos llenas, claro que eso no queda muy bien en los titulares, ¿verdad Carlos?», pensó Érica. En efecto, gracias a muchas de las personas que habían asistido esa noche a la fiesta, Carlos había podido erigir su imperio. Concejales de Urbanismo de los ayuntamientos, directivos de bancos y cajas de ahorro, gerentes de compañías de tasación… No entendía mucho de negocios, pero de lo que sí estaba segura era de que no se encontraban allí por la íntima amistad que les unía a él. También había comenzado a ver caras que no conocía, pero eso tenía su explicación. El reciente cambio de gobierno había preocupado mucho a Carlos, por el rumbo que podían tomar las cosas, pero la presencia de esos nuevos invitados le daba a entender que iban a seguir celebrándose fiestas durante muchos años más. Todos ellos eran los convidados a un cumpleaños cuya tarta estaba hecha de los millones de lucecitas que Érica podía ver allí abajo, a sus pies.

Una de las siluetas reflejadas se acercó a ella. Era Ojeda, el abogado de su marido, un hombre de mediana edad con algo de sobrepeso. Su frente presentaba siempre un invariable ceño fruncido, producto de darle vueltas a la cantidad de normas legales y reglamentos financieros que debía saltarse para que los negocios de Carlos fuesen viento en popa.

—¿Qué haces aquí tan sola?

—Nada. Disfrutar del panorama —dijo ella, mientras intentaba arreglarse el rímel que se le había corrido con las lágrimas.

—¿Has estado llorando? —le preguntó él, al verle los ojos.

—Sí. De alegría. Por lo lejos que hemos llegado y todo eso. Es lo que toca decir esta noche, ¿no?

—No es para menos. ¿Sabes que estamos entre las diez empresas que más facturaron en España durante el año pasado?

—Sí, sí que lo sé. Lo llevo oyendo durante meses. Déjame que me sirva otra copa para celebrarlo.

De fondo, la voz de Carlos seguía sonando, desgranando cifras. Érica lo miró mientras le pedía un gimlet al camarero. Cuando hubo dado buena cuenta de él en apenas dos tragos, se dirigió de nuevo al abogado.

—Tú lo sabes todo sobre él, ¿verdad? Le dices lo que tiene que decir, lo que tiene que firmar, lo que tiene que comer y hasta cuándo tiene que ir al baño. ¿Le dices también con quién se tiene que acostar?

—¿Qué estás diciendo?

—Vamos, Ojeda, no me vengas con tonterías. Sabes perfectamente que Carlos me engaña.

—Eso es imposible, te aseguro que no hay nadie más que tú.

—Y yo te aseguro que no tengo ganas de juegos. Eres su abogado. Dime, ¿te ha mencionado alguna vez la palabra divorcio?

—Si lo hubiese oído, el principio de confidencialidad abogado-cliente me impediría decirte nada al respecto.

—Y en cambio a mí, el principio de libertad de expresión me permitiría ir a la prensa a contar muchas cosas. Tengo un par de amigos periodistas que les encantaría escribir una bonita historia acerca de los asistentes a esta fiesta y de los regalitos que les ha hecho Carlos todos estos años para tenerles a todos comiendo de su mano. Y saltarían como locos de contento si también les enviara todos los papeles y contratos que me habéis hecho firmar. Porque, ¿cuántas sociedades tengo a mi nombre?

El semblante de Ojeda se endureció hasta tal punto que parecía una escultura. De Botero, dado su volumen.

—No te atreverías —consiguió decir.

—No me atrevería si tuviera algo que perder. Pero si de verdad Carlos está pensando en el divorcio… no me lo voy a pensar dos veces. Así que si te ha dicho algo al respecto, ya puedes ir dándole vueltas a cómo solucionarlo.

—La semana pasada me pidió que le redactara un informe de cómo perjudicaría a su patrimonio un hipotético divorcio —dijo él tras unos segundos.

—Mucho menos de lo que le perjudicaría una hipotética visita mía a la prensa. Quítale esa idea de la cabeza. Sé que lo conseguirás, asústale con las consecuencias que tendría un divorcio ahora mismo, con todas esas sociedades a mi nombre.

—Lo tienes todo bien pensado, ¿verdad?

—No, no he tenido tiempo de pensar en nada, estoy improvisando sobre la marcha.

—Érica, hay algo con lo que no contabas… —Ojeda calló. Titubeó unos segundos antes de continuar—. No sé cómo decirte esto, pero… Carlos está muy enamorado, puede que no haga caso a nada de lo que le digamos.

Érica finiquitó el cóctel que tenía en la mano, en un intento por disimular el dolor que las palabras del abogado le habían causado.

—Tú déjame eso a mí. Te aseguro que Carlos no opondrá resistencia. ¿Ves cómo no hay necesidad de estar enfrentados? Podemos formar un buen equipo, Ojeda.

En ese momento, la salva de aplausos indicó que Carlos había terminado su *speech*. Érica dejó al abogado y se acercó a la zona donde estaba su

marido, recibiendo las felicitaciones de los asistentes a la fiesta. Un cantante contratado para la ocasión, que se había hecho famoso gracias a un programa de televisión y que había arrasado en las listas de éxitos españolas de ese año, tomó su relevo en el pequeño escenario y comenzó a cantar su último éxito, mientras agitaba al aire sus rizos a lo Shirley Temple. Cuando Érica llegó hasta Carlos se quedó lívida al ver a Marta allí, a su lado. Había olvidado por completo que ella misma la había invitado a la fiesta hacía unas semanas. Parecía otra persona: su pelo, por lo general rebelde, estaba recogido en una coleta baja que dejaba ver bien su cara, que maquillada resultaba mucho más atractiva. Llevaba un vestido ajustado negro, que marcaba las curvas que habitualmente le ocultaban los jerséis anchos que solía llevar. Y hablaba con una seguridad en sí misma que Érica nunca la había visto. Nada de energías, auras o velitas de incienso: parecía una experta financiera hablando del euríbor y de los tipos de interés compuesto. Pero lo que más le dolió fueron los ojos con los que Carlos la estaba observando. Hacía tiempo que ella no era objeto de una mirada semejante.

No sabía cómo iniciar la conversación. Sólo de imaginar lo que habría ocurrido esa tarde en el Santo Mauro entre ellos dos la hacía sentirse humillada. Marta le habría contado que le habían estado siguiendo, que Érica estaba convencida de que la engañaba con su secretaria. Y él se habría reído al comprobar lo absurdo de la situación, que la persona con la que su esposa se había desahogado era la misma que la estaba traicionando. A la vez, se habría sentido aliviado: por fin tenía la certeza de que Érica sospechaba algo acerca de su aventura y podría hablar con ella abiertamente acerca de la situación de su matrimonio y del divorcio. Érica sabía que, si no lo había hecho hasta entonces, se debía a que sentía compasión por ella, acompañada del cariño rutinario que se forja entre dos personas que llevan conviviendo desde hacía más de diez años. Por eso había evitado quedarse a solas con él esa tarde cuando volvió a casa. Y por esa misma razón le había estado rehuyendo durante toda la fiesta. Si por fin hablaban y ponían las cartas sobre la mesa, sería el fin de su matrimonio.

—Cariño, ¿dónde estabas? No te he visto en toda la noche —le preguntó él con una sonrisa.

—Se me hizo un poco tarde, llegué de las últimas. Marta, estás espectacular… ¡casi no te reconozco!

—No tengo muchas ocasiones de ponerme este vestido. Gracias por invitarme, Érica. Me hace mucha ilusión estar aquí esta noche, ver que las

cosas os van tan bien —dijo recalcando las últimas palabras y guiñándole un ojo a Érica, en un signo de complicidad por su aventura vespertina.

Érica amagó una sonrisa forzada mientras pensaba que le encantaría estamparle la cara contra la queimada que un empleado del catering estaba encendiendo en ese momento.

—¿De verdad esos maullidos de gato han sido el éxito del año? —preguntó Carlos, aturdido por la música—. Si por mí hubiera sido, habría contratado a un disc jockey. Pero bueno, que todo sea por contentar a nuestros empleados.

—Ya ves cómo es Carlos, siempre pensando en los demás, no me lo merezco —dijo Érica, besándole en la boca.

Carlos le correspondió, pero cortó el beso rápidamente, algo incómodo. Nunca le habían gustado las demostraciones de afecto en público. Aunque en privado, era otra cosa, como su amiga habría comprobado en innumerables ocasiones.

—Con Marta no tienes que ser vergonzoso, Carlos. Siempre está hablando del aura, de las energías positivas y de todas esas cosas. ¿Verdad que no te molesta vernos así, expandiendo nuestro amor?

—No, no, claro que no… —respondió ella, nerviosa, y Érica abrazó a Carlos de nuevo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás muy rara esta noche —le dijo él.

A Érica no le dio tiempo a contestar. Un fotógrafo contratado para la fiesta, se acercó hasta ellos.

—Permítanme, querría hacer una foto del señor y de su esposa, es para el álbum de la fiesta.

—Naturalmente —contestó Carlos.

Érica dio un paso para colocarse junto a él, pero el fotógrafo cogió a Marta por el brazo y la puso a su lado.

«Esto es la leche, ya estoy fuera hasta del retrato de familia», pensó Érica. Y, de repente, se le ocurrió cómo tenía que actuar, cuál era la pieza que faltaba para que pudiera recuperar su lugar en la foto. Mientras, Marta estaba aclarando el malentendido. El fotógrafo se disculpó y, a continuación, sacó la foto que correspondía. Una vez que se fue, Érica se decidió a hablar.

—Carlos, quiero decirte algo. Esta tarde te he estado evitando, pero era porque tenía algo que decirte.

—Yo me voy, os dejo hablar a solas —dijo Marta.

—No, no, quédate, quiero que lo oigas tú también —le pidió Érica con una sonrisa. Se volvió hacia Carlos—. Tengo una sorpresa para ti. Pero no quería

que te pusieras nervioso antes de la fiesta, sé cómo te pones cuando tienes que soltar un discurso.

—¿De qué estás hablando? —se impacientó Carlos.

Érica se concedió unos segundos de suspense antes de soltar la bomba.

—Estoy embarazada. Después de todos estos años intentándolo… lo hemos conseguido —anunció con una sonrisa de triunfo.

La miraron estupefactos. Había una única cosa que Carlos ambicionaba más que el alcanzar el éxito con su empresa. Ser padre. Ante los problemas que estaban teniendo para que Érica se quedara embarazada, llevaban más de dos años siguiendo un tratamiento de fertilidad en la clínica más prestigiosa de Madrid.

—¿De verdad? —preguntó Carlos atónito.

—Me han llamado de la clínica esta tarde. No tienen ninguna duda. Están seguros al cien por cien.

Carlos se acercó a Érica y la abrazó, cubriéndola de besos.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! —dijo casi gritando.

Marta los miraba, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Felicidades, Érica —consiguió balbucir. Intentó disimular la rabia que le había producido la noticia—. Sabía que algún día lo conseguiríais, no tenía ninguna duda.

—Para mí también ha sido una sorpresa, estaba a punto de tirar la toalla. Pero ¿no me vas a dar dos besos?

Marta se acercó a su amiga y se abrazaron. Érica bajó la voz y acercó su boca al oído de su amiga.

—Como vuelvas a acercarte a mi marido, te arranco las tripas.

Érica paseó la mirada desesperada por las asépticas paredes de la consulta del doctor.

—Algo se podrá hacer, usted dijo que este mes ocurriría.

—Claro, las probabilidades son muy grandes y está respondiendo muy bien al tratamiento, es cuestión de tener un poco más de paciencia.

—Pues yo no veo resultados.

—¡Si estamos sólo en el cuarto día del ciclo! Todavía no ha pasado tanto tiempo.

—¿Por qué no me pone otra dosis de esas inyecciones hormonales?

—No podemos pincharle más, no querrá sufrir una hiperestimulación ovárica con tanta hormona.

—¡Por mí como si estimula los ovarios batiendo palmas, o por bulerías, o como narices se le ocurra, pero necesito que me deje embarazada ya! Bueno, no precisamente usted, ya me entiende lo que quiero decir.

—Tranquilícese. Esos nervios no le van a ayudar en nada. Sólo tiene que relajarse y esperar al día 15.

—¿Qué pasa el día 15?

—Será el día más fértil del mes para usted. Y ya sabe…

—Entiendo. Ese día tendré que aplicarme. Espero que esta vez no se equivoque.

—Cariño, ¿tienes algo el día 15?

—Espera que mire la agenda… no. Además es fin de semana. Este mes no tengo ningún viaje programado. ¿Por qué?

—Porque me apetece que me lleves a algún sitio. Hace mucho tiempo que no nos vamos de viaje tú y yo solos.

—Está bien. Además, dentro de poco no podrás moverte.

—¡No podremos movernos, querrás decir! A mí no me dejes sola con eso ahí dentro.

—¿Con eso?

—Con el niño, quiero decir. Y ven aquí, que hay otras cosas que tampoco podremos hacer, no perdamos el tiempo.

Cinco días más tarde Érica volvió a casa después de haber pasado toda la tarde comprando ropa. Iban a irse el fin de semana a París, donde habían reservado una habitación en el hotel Meurise, frente a las Tullerías. A Carlos le encantaba ese hotel: durante la Segunda Guerra Mundial fue el cuartel general de la Gestapo y, como estaba obsesionado con ese tema, su marido estaría emocionado y feliz los tres días que iban a pasar allí. Y Érica ya sabía qué es lo que pasaba cuando estaba tan exaltado…

Cada vez que se iba de viaje se compraba toda la ropa que pensaba meter en la maleta. Así, a la novedad de viajar se sumaba la novedad de estar estrenando vestidos, trajes y bolsos durante tres días. Y eso que en París se compraría otros tantos, pero daba igual. Dejó las bolsas junto a la cómoda del recibidor y cogió el correo. Por lo general, nunca lo abría, lo dejaba en la mesa para que Carlos le echara una ojeada. Pero un sobre con su nombre

escrito a mano le llamó la atención. Dejó el resto del correo, abrió la carta y leyó su contenido.

Es hora de que se sepa la verdad acerca de la Isla de las Gaviotas. Venga el sábado 15 a la isla, no se le ocurra faltar.

Érica dejó caer sus manos con el papel todavía entre ellas. Se dirigió hacia el teléfono como una autómata. Lo descolgó y marcó el número de su agencia de viajes.

—Quiero anular una reserva, en el hotel Meurise, en París…

Mientras hablaba, se dio cuenta de que no solamente su viaje se había terminado, sino que su modo de vida, tal y como lo había llevado hasta ese momento, podía estar también llegando a su fin.

Óscar

—Nunca he sido religioso… pero como médico, siempre me ha aterrado la idea de jugar a ser Dios. Ahora bien… suponiendo que yo fuera religioso… suponiendo que Dios existiera… lo más sensato sería pensar que fue Él quien nos dio la capacidad de ser así, la capacidad de superarnos, de trascender los conocimientos meramente humanos…

Óscar levantó la cabeza hacia las últimas filas y fue consciente en ese momento del silencio sepulcral que imperaba en la clase desde el principio de la charla.

Óscar Blasco era no sólo uno de los mejores neurólogos del Hospital Universitario Puerta del Norte, sino también del país. Había dejado la docencia hacía algunos años para dedicarse de lleno a la investigación, pero aun así, de vez en cuando, era invitado por alguno de sus colegas para dar alguna clase magistral a los jóvenes médicos que aún se estaban formando.

Sin embargo, Óscar nunca había visto una asistencia semejante a una de sus charlas. Sabía que aquella afluencia masiva no era fruto de la casualidad, ni siquiera de su talento como neurólogo. Era a raíz de lo que había ocurrido la semana anterior, y también del tema sobre el que iba a versar la charla.

«Casi mejor —pensó—. Más gente para escuchar lo que tengo que decir». Para él, aquélla no era una clase cualquiera. Era una declaración de intenciones. Por eso todo el mundo guardaba un silencio fuera de lo normal.

—Al fin y al cabo… —continuó—, no hemos sellado ningún trato con el Diablo. Nos hemos limitado a estudiar y a trabajar, a investigar con los mismos elementos que Dios ha puesto a nuestro alcance. ¿Por qué no deberíamos llevarlo a sus máximas consecuencias? ¿Por qué no jugar a ser Dios? La genética nos está ofreciendo multitud de caminos por explorar, los últimos avances nos están dando las herramientas necesarias para hacer y deshacer a nuestro antojo. ¿Deberíamos usarlas?

Algunas cabezas entre la audiencia asintieron levemente, convencidos. Sabían que esas mismas personas reprobaban lo que Óscar había hecho sólo unos días antes, pero a él no le importó. «Defectos de juventud…», pensó.

Una puerta se abrió a su derecha, junto al estrado. Un hombre de unos sesenta años entró con discreción y se quedó de pie junto a la entrada, con la mirada fija en Óscar. De pronto, todos los ojos se volvieron hacia él y un murmullo fue ganando intensidad entre los alumnos, que parecían comentar la escena.

Óscar mantuvo la mirada del recién llegado un par de segundos. El hombre se limitaba a observarlo con las manos en los bolsillos y un gesto amistoso en el rostro, apoyado contra la pared. Óscar no había contado con su llegada, pero reconocía que había sido un buen golpe de efecto. Desde luego, había causado la impresión deseada en la audiencia, pendiente ya de la interacción entre los dos hombres.

Sin embargo, ninguno de los dos les ofreció lo que querían. Óscar, aunque tardó unos segundos en recuperar el hilo de su discurso, continuó su exposición como si nada hubiera ocurrido.

—¿Quién decide entonces quién se tiene que convertir en conejillo de indias? —continuó—. No hablamos de una paleta de colores en la que se pueda mezclar hasta conseguir el color correcto. Los pacientes a los que van ustedes a tratar en el futuro tienen nombres y apellidos. Tienen madres, padres, hijos… Ustedes mismos serán pacientes antes o después. Por eso deben recordar que la medicina está hecha por y para el ser humano. En el momento en el que decidimos romper los límites… la ciencia se pone por encima del hombre. Piensen entonces si están jugando a ser Dios… o el Diablo.

Aún quedaban diez minutos para el final de la clase y Óscar ni siquiera había terminado de exponer su tema, pero sabía que la atención de su audiencia ya no estaba en sus palabras, sino en si miraba más o menos al recién llegado, o en si éste iba a tener la osadía de interrumpirle y enfrentarse a él a la vista de todos.

—Gracias por su asistencia —concluyó, brusco.

El final de la charla pilló a los alumnos por sorpresa, que arrancaron una tímida salva de aplausos que fue ganando intensidad, mientras Óscar recogía sus papeles de la mesa, incómodo aún por la presencia del hombre.

Los estudiantes guardaron sus cosas con calma, siempre con la mirada puesta en el escenario. Era evidente que demoraban su salida, pendientes del tan anticipado enfrentamiento entre los dos hombres. ¿Esperaban acaso

gritos? ¿Una pelea a puñetazos? Óscar apenas sobrepasaba el metro setenta, y sus sesenta y cinco kilos de músculos inexistentes le daban el papel de perdedor en cualquier enfrentamiento físico, incluso contra Carvajal, que no sólo le sacaba veinte años, sino también veinte kilos y otros tantos centímetros de altura.

Fuera lo que fuese lo que aquellos estudiantes esperaban presenciar, Óscar se negó a dárselo. Por fortuna, Carvajal también parecía pensar lo mismo, y le acompañó al pasillo de manera muy cordial.

—Tú y tu ética… Parecía una charla interesante… siento haber llegado sólo al final.

—Por lo menos has conseguido lo que querías, ¿no? Una entrada dramática…

Carvajal se encogió de hombros.

—Vi el tema de tu charla… y me pareció interesante saber lo que tenías que decir sobre el asunto.

—Tú lo sabes mejor que nadie.

—Nos ha jodido, que lo sé… —Rió.

—¿En serio pensabas que me iba a quedar de brazos cruzados?

—Pensaba que me dejarías explicarme ante el Consejo. Al fin y al cabo, te he estado formando durante años. Creo que después de todos los años en el hospital… de todo lo que he hecho por ti… me debías eso.

—Tú esperabas que te cubriera… y sabes que no podía hacerlo. En eso no —dijo Óscar.

—Tampoco te pedí que lo hicieras. Tomaste una decisión, nada más.

—Igual que tú tomaste la tuya. Ni siquiera valoraste mi informe.

Carvajal se detuvo.

—¡Tu informe no podía salvarle la vida a esa mujer!

—¡Tú tampoco lo hiciste!

Algunos alumnos que pasaban a su lado giraron la cabeza ante la subida de tono de la conversación. Óscar desvió la mirada, molesto por hacerse notar. Carvajal también estaba incómodo, no tanto por mantener aquella discusión en público como por el hecho de tenerla con el hombre que había sido como un hijo para él las dos últimas décadas. Reanudaron el paso y la conversación, en un tono más relajado esta vez.

—Sólo he venido a decirte que, a partir del lunes, dejo la dirección del departamento. Tu informe al Consejo ha tenido éxito. No lo van a hacer público hasta esta tarde. Antes quieren hablar con mi sustituto.

Llegaron hasta el despacho de Óscar. Pasaron al interior y Carvajal cerró la puerta tras él.

—¿Ya tienen uno? —preguntó Óscar, dejando su maletín sobre la mesa.

El silencio de su mentor hizo que el otro levantara la mirada, temiendo la respuesta.

—¿De veras te sorprende? —preguntó Carvajal, sonriendo por el gesto sincero de confusión de su amigo.

—Yo no… no quería tu puesto.

—Pero lo has conseguido. Así que sólo puedo darte la enhorabuena. Iba a ser para ti antes o después.

—Lo rechazaré.

—No digas tonterías. Llevas veinte años trabajando a mi lado, te mereces ese puesto más que nadie…

—No así…

—¿Qué más da cómo sea? Has demostrado tener iniciativa… y bastantes agallas, eso hay que admitirlo. Y ésas son dos cosas que yo no te he podido enseñar y que vas a necesitar para tu nuevo cargo. Así que me alegro de que las hayas aprendido tú solito.

—Parece que te da igual lo que ha pasado…

Carvajal desvió la mirada, distraído.

—Los médicos tomamos decisiones todos los días, Óscar. Se lo has dicho antes a tus alumnos. Yo elegí llegar al límite y dar un paso más. Y no lo hice por la ciencia. Ni por la gloria, eso a mi edad ya da igual. Lo hice por salvar la vida de esa mujer. Tomé una decisión… y salió mal. Y si quiero dormir por las noches no tendré más remedio que aprender a vivir con ello. Sólo espero que si alguna vez te encuentras en mi situación, seas capaz de hacer lo mismo. Da igual que no quieras jugar a ser Dios… pero si se trata de salvar vidas, a veces no hay más remedio que convertirse en el Diablo.

Carvajal salió al pasillo y cerró la puerta. Óscar se dejó caer en el asiento tras su escritorio, pensativo.

A un lado de la mesa, en una bandeja de cuero, descansaba el correo recibido. Miró la pila y cogió la primera carta. Estaba ya abierta, y su gesto al sacar la tarjeta del interior recalcaba que ya la había leído.

Escritas a máquina, sólo dos frases.

Necesitas saber la verdad. Tienes que volver a la isla.

Clavó la mirada en las dos líneas, con gesto serio. Su teléfono móvil vibró en su bolsillo, provocándole un pequeño sobresalto. Cuando vio el nombre de

su secretaria en la pantalla se permitió un instante para sí antes de contestar.

—Dime.

—Me ha llamado la secretaria de arriba. Mañana por la mañana le esperan en la reunión del Consejo, a las diez en punto. No me ha querido decir de qué se trata…

Óscar era incapaz de desviar la mirada de la tarjeta.

—¿Doctor? —preguntó ella—. ¿Le confirmo a las diez?

Las letras se hicieron más y más grandes, hasta ocupar todo su campo visual.

«Tienes que volver a la isla».

—Me temo que no estaré en la ciudad… tengo una cita más importante.

Rodrigo

A pesar de la penumbra podía leerse el miedo en los ojos del hombre. Llevaban ya una hora en el salón, sin apenas mover un músculo, y Fuentes había pasado los últimos veinte minutos moviendo su pierna derecha inconscientemente y con un gesto de horror en la mirada que había ido en aumento desde que bajaron las persianas.

La fricción de su pierna contra su pantalón era captada por los micrófonos ultrasensibles que Rodrigo había dispuesto por la estancia. Las agujas de los vúmetros se movían con suavidad a izquierda y derecha, dejando constancia del ruido. Rodrigo se había cansado de lanzar miradas a Fuentes para que se estuviera quieto, pero al ver que era imposible decidió hacer caso omiso y centrarse en su trabajo.

No le gustaba hacer aquel tipo de encargo acompañado por el cliente. Por regla general, la única persona que podía estar a su lado era Juanlu, su técnico de sonido. Con casi cien kilos de peso y un aspecto desaliñado, rematado siempre por camisetas del estilo *Expediente X* (la que llevaba ese día rezaba el ya clásico «quiero creer» escrito en inglés), era tanto una garantía de trabajo bien hecho como de pésima estrategia de marketing. En un mundo en el que la imagen lo era todo, los clientes siempre lo miraban con desconfianza, como si aquel orondo chico de veinticinco años y barba descuidada fuese una advertencia de que no se estaban tomando el trabajo en serio.

Eso mismo es lo que había pensado Daniela, la hija de Fuentes, que había insistido en que tanto ella como su padre se quedasen a la sesión. Su desconfianza había quedado patente nada más bajar las persianas del salón.

—¿Los espíritus sólo aparecen de noche o qué pasa? —preguntó.

Rodrigo tenía claro que la chica pensaba que aquello era una tomadura de pelo, que tanto él como su ayudante se aprovechaban de las personas inocentes y crédulas como su padre.

—La luz no tiene nada que ver, pero me ayuda a concentrarme —respondió él, forzando una sonrisa.

Desde aquel momento Daniela no había dejado de mirar el reloj y resoplar de vez en cuando, aburrida por el espectáculo. O mejor dicho, por la falta de éste.

De pronto, Rodrigo se inclinó hacia delante, apoyando los codos en sus piernas. Presionó ligeramente los cascos sobre sus orejas y entrecerró los ojos. Cruzó una mirada con Juanlu, quien asintió con la cabeza y ajustó algunos botones del carísimo equipo de grabación que había dispuesto sobre la mesa del comedor, conectado a un ordenador portátil.

Fuentes captó el gesto entre ellos y se puso en pie como un resorte. Antes de que cometiera la estupidez de preguntar algo, Rodrigo levantó la mano y le exigió silencio con reiterados movimientos. Daniela, sentada en su butaca, sonrió y negó con la cabeza.

Las agujas de los vúmetros parecieron volverse locas, a pesar de que en todo el salón no se oía más que la agitada respiración de Fuentes. Durante varios segundos, Rodrigo no apartó la mirada del continuo vaivén, hasta que éste cesó.

Dejó pasar un par de minutos más, por si se repetía semejante manifestación, pero tuvo la impresión de que aquello no iba a ocurrir. Se quitó los cascos y se volvió hacia la chica.

—Podemos subir las persianas. Ya hemos terminado.

—Seguro que sí —dijo ella, poniéndose en pie y dejando que la luz entrara de nuevo en el salón.

—¿Qué es? ¿Qué han oído? —preguntó Fuentes.

Su rostro desencajado brillaba a causa del sudor que intentaba secarse inútilmente cada dos minutos.

Sin prestarle atención, Rodrigo se apoyó en la mesa del comedor mientras Juanlu manipulaba su equipo informático hasta encontrar el punto exacto que quería reproducir. Cuando dio con él, conectó los altavoces y de nuevo se hizo el silencio, a la vez que un ruido ambiente envolvía la sala.

Poco a poco empezó a sentirse un susurro casi imperceptible.

—Aíslalo —pidió Rodrigo a su ayudante.

Éste tecleó en el portátil, cambiando los parámetros de reproducción, añadiendo filtros que permitieran separar el sonido ambiente de aquel susurro. Y volvió a sentirse, más fuerte y claro que la primera vez.

—Es el ruido que hacía mi padre moviendo la pierna… —comentó Daniela.

—Ése ya lo he eliminado —replicó Juanlu, sin volverse—. Esto es algo distinto.

Siguió manipulando el equipo hasta que encontró por fin la configuración adecuada. El susurro provenía de una voz. Alguien parecía hablar en voz muy baja, rápida y atropelladamente, como si pronunciara cada palabra con una rabia incontrolada.

—Es estática —dijo la chica.

—La estática no pide ayuda.

Rodrigo, cansado ya del escepticismo de la joven, intentó que su comentario sonara contundente. Por lo menos consiguió el efecto deseado en Fuentes, que envejeció diez años de golpe.

—Lo dice bien claro —continuó—. Es una chica pidiendo ayuda.

—Ah, ¿también sabe que es una chica? —Daniela no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Estoy bastante seguro, pero se lo confirmaré en unos días.

—¿En unos días? ¿Por qué en unos días? Pensé que iban a acabar este trabajo hoy mismo.

Fuentes parecía fuera de sí.

—Necesito llevar esta grabación a un estudio para poder terminar de aislar los sonidos. No es algo que lleve mucho tiempo… pero desde luego, con este equipo no es suficiente.

—¿Y qué voy a hacer con la casa? ¡Necesito venderla ya! ¡Y no hay manera con todas esas historias circulando por internet!

Juanlu comenzó a recoger su equipo.

—Si lo que quiere es vender la casa cuanto antes, entonces le recomiendo que encuentre un comprador que no tenga ordenador… o que no crea en historias de fantasmas.

—Así que eso es lo que usted cree que tenemos aquí… —dijo Daniela.

Rodrigo pensó que tenía el aspecto de un gato a punto de abalanzarse sobre un canario. «Sólo le falta relamerse».

—Bueno… aún es pronto para decirlo. Pero ustedes mismos me contaron la historia de los antiguos dueños. La hija pequeña se colgó aquí mismo… creo que ya sólo eso echaría para atrás a cualquier comprador. Que el espíritu de esa chica siga aquí… es algo que aún tardaremos en confirmar.

—¿Y cuándo vendrán a llevárselo? —preguntó el hombre.

Rodrigo no pudo reprimir una risa ante la inocencia de la pregunta.

—¿Llevárnoslo? No somos los Cazafantasmas, señor Fuentes… Grabamos psicofonías, buscamos conexiones con el más allá… para eso nos han

llamado. Venimos con ordenadores y micrófonos, no con botellas de agua bendita.

Rodrigo deseaba salir de aquella casa cuanto antes. No porque le incomodara la presencia que había sentido nada más entrar en el salón y que sus micrófonos habían confirmado después, sino porque el trato con clientes como aquéllos resultaba siempre una molestia de la que era muy difícil desembarazarse.

—Como he dicho… aún es pronto para decir nada —repitió Rodrigo—. Trabajaremos con las cintas y les llamaré en cuanto tengamos algo más.

Tras recoger todo el equipo y despedirse de su cliente, Rodrigo y Juanlu se encaminaron hacia el coche, aparcado en la entrada de la finca.

—Tío, qué ganas me daban de partirle la boca a la pava ésa… —comentó Juanlu, guardando el equipo en el maletero.

—No le puedes pedir a todo el mundo que crea en las cosas que no ve… —la defendió Rodrigo.

—Supongo que por eso la gente como yo somos una molestia para los tipos como usted.

Los dos hombres se volvieron. Daniela avanzaba hacia ellos con paso decidido y una expresión cercana al desprecio en su mirada. Rodrigo suspiró. La conversación que había intentado evitar estaba a punto de producirse, y sabía que no había forma de salir victorioso de ella.

—Lo único que le puedo decir es que llevo más de treinta años trabajando en esto.

—Lo sé. Sé que ha escrito diez libros sobre fenómenos paranormales y otros cinco sobre crímenes a cada cual más truculento. Y sé que ha publicado artículos en revistas de parapsicología y que incluso da charlas en universidades de Norteamérica sobre la existencia del Más Allá. Amén de su programa de televisión, claro. Lo dan muy tarde, pero lo veo. Sin embargo, antes de dedicarse a esto había estudiado periodismo y filología inglesa, y había leído una tesis en Oxford sobre la influencia de los tabloides en la sociedad británica.

Rodrigo parecía impresionado.

—No crea que no me he informado sobre usted, señor Gadea. Por eso me sorprende que alguien con su… capacidad… decidiera cambiar de registro y prefiriera ganarse la vida engañando a la gente.

Juanlu también se veía venir la conversación, así que decidió esperar en el interior del coche, escuchando música. Rodrigo se quedó a solas con la hija de su cliente.

—Creo que me toma por un echador de cartas. Yo no engaño a nadie. Ofrezco mis servicios y cobro por ellos, nada más.

—Aprovechándose de personas impresionables como mi padre. Es una manera muy poco digna de ganarse la vida.

—Si tiene tantas reticencias hacia lo que hago… ¿por qué me han llamado?

—Mi padre es difícil de convencer cuando algo se le mete en la cabeza. Y además, tengo curiosidad por saber cómo va a terminar todo esto.

—¿Y cómo cree que va a acabar?

—Con usted haciéndonos una oferta por la casa. Pero a la baja, claro. Con un fantasma dentro, va a ser imposible de vender. Pero seguro que usted le sabrá sacar partido. La gente como usted siempre hace negocio metiendo el miedo en el cuerpo a los demás.

—El miedo es algo que tenemos dentro desde el día en que nacemos. Lo único que hago yo es decir si tiene fundamento o no.

Se puso sus gafas de sol y se dirigió hacia la puerta del coche. Se sentó frente al volante y bajó la ventanilla.

—Usted y su padre son dueños de una casa encantada, señorita Fuentes. Así que en lugar de perder el tiempo discutiendo conmigo, yo que usted iría llamando a un exorcista.

Sabía que el comentario era excesivo, pero confiaba en que su contundencia impresionara a la joven lo suficiente como para que diera por finalizada la conversación. Sin embargo no consiguió el efecto deseado. Daniela se agachó y apoyó los brazos en la ventanilla bajada. Sus ojos brillaban con una mezcla de incomprensión y fascinación.

—Lo que le he dicho antes es cierto… ¿Cómo termina uno de los periodistas más prometedores de Europa persiguiendo fantasmas?

La pregunta de Daniela era sincera. No tenía truco ni pretendía ser irónica. Rodrigo la miró en silencio unos segundos, con gesto serio. Después arrancó el coche y se despidió con sequedad.

—Les llamaré.

Ella se incorporó y el coche se alejó hacia la verja de entrada.

Cuando llegó a su casa, Rodrigo tiró su chaqueta sobre el respaldo de una silla, cogió una cerveza de la nevera y se desplomó en el sofá.

Sobre el reposabrazos descansaban varios DVD. Eran los montajes de sus tres últimos programas, aún pendientes de emisión. Tenía que revisarlos y dar su visto bueno antes de que el equipo de posproducción de su productora pudiera realizar el montaje definitivo y enviarlos a la cadena. Desganado,

aquella mañana los había dejado caer en el sofá, y ahora, en cambio, se encontraban perfectamente apilados a su lado.

—Fantasmas… —susurró, divertido, y dio un nuevo trago a su cerveza.

El espíritu que había ordenado no sólo sus discos, sino también el resto de la casa, se llamaba Concha y llevaba años trabajando para él, limpiando, fregando y planchando. Cuidando de él, en definitiva, algo por lo que el propio Rodrigo había ido perdiendo interés. Desde hacía ya algunos meses la mujer le había insinuado que tal vez era el momento de cambiar de piso, mudarse a uno más adecuado a sus necesidades actuales, más pequeño, más fácil de limpiar, y donde los recuerdos no le asaltaran en cada esquina, en cada objeto.

Pero después de quince años viviendo allí, Rodrigo no estaba dispuesto a abandonar aquella casa.

Cogió uno de los DVD y lo cargó en el reproductor. La sintonía de su programa inundó el salón con su escalofriante melodía. Pero Rodrigo ni siquiera la escuchaba ya. No dejaba de darle vueltas a la última pregunta de Daniela, a la que lamentaba haber conocido. No tenía el más mínimo interés en volver a verla, pero no podía dejar aquel trabajo a medias. No sólo porque hacerlo sería como darle la razón a aquella mujer, sino porque jamás había abandonado. Nunca. No desde aquel día…

Su vista se clavó en un punto a los pies de la puerta de entrada. Había un sobre tirado en el suelo que no había visto al llegar. Se levantó pesadamente del sofá y lo recogió. No tenía remitente ni dirección. Tampoco sello. Alguien lo había deslizado bajo la puerta.

Extrañado, lo abrió. Dentro, tan sólo una tarjeta. Las cuatro palabras escritas a máquina en ella le pusieron la piel de gallina y le robaron la respiración durante unos segundos.

Había quedado al día siguiente con Juanlu para seguir trabajando en las psicofonías y conseguir interpretar las palabras que aquella presencia había dejado grabadas. Sin embargo, no podría acudir. No después de leer aquellas cuatro palabras: «Isla de las Gaviotas».

Claudio

Las gigantescas naves de Mercamadrid se extendían ante ellos. Era la primera vez que Claudio iba allí y que veía las construcciones del que era el segundo puerto de compraventa de marisco y pescado fresco más grande del mundo, después del de Tokio. Era muy temprano, faltaba mucho para que amaneciera, pero el sitio ya estaba lleno de gente: se trataba del corazón que bombeaba sangre a todos los mercados, restaurantes, supermercados y mayoristas en alimentación de toda España.

—Acojona, ¿eh? —le dijo Joseba a Claudio mientras aparcaba su coche en el parking.

—Sí, no pensé que esto fuera tan enorme —contestó Claudio.

—Al principio te parecerá imposible andar solo por aquí. Pero le cogerás el truquillo enseguida, ya verás. De hecho, habrá días en que tendrás que venir tú solo, cuando yo no pueda.

Claudio asintió. No llevaba mucho tiempo trabajando como pinche de cocina en el restaurante de Joseba, un asador vasco situado en pleno centro del barrio de La Latina, en la Cava Baja, pero Joseba le había cogido cariño desde el principio. Su mujer se había opuesto a que lo contratara: no sólo su currículum no era nada del otro mundo, sino que su manera de ser, hosca y reservada, que ya quedó clara en la entrevista que le hicieron, hizo que desconfiaran inmediatamente de él. Sin embargo, Joseba, cansado de la cháchara interminable de su mujer, pensó que la taciturnidad de Claudio lo podía convertir en su ayudante perfecto en la cocina. El anterior pinche tenía un excelente currículum, el mejor: por eso le dejó plantado en cuanto le ofrecieron trabajo en uno de los restaurantes de moda de Madrid, de ésos en los que tienes que encontrar tu ración en el plato con un microscopio.

—Su asador es el mejor de Madrid, pero necesito crecer, aprender otras cosas además de poner chuletones en una parrilla de leña o asar una merluza en su punto.

Y se despidió. Así que cuando Claudio se presentó para ocupar su puesto, Joseba le hizo una sola pregunta:

—¿Tienes algún problema con hacer chuletones a la parrilla o cocinar pescado al horno?

—No, ninguno… Me pasaría la vida haciéndolo, si me contratara, claro —respondió Claudio, nervioso.

Joseba vio que Claudio había estudiado en una buena escuela de restauración en el año 1999, y después había trabajado en varios restaurantes, pero antes de esa fecha no había nada.

—No se te ocurrirá contratarlo —le dijo Irune, su mujer—. Según este currículum, lo único que ha hecho antes de 1999 ha sido nacer en 1965. ¡Nada más! No sabemos nada de él.

—Sabemos que no le gusta mentir. Prefiero esa hoja en blanco que no un historial lleno de trabajos inventados. Creo que es buen chico, me ha dado la sensación de que necesita una oportunidad. Y quiero dársela.

—Si te dejara, me llenarías el restaurante de esa gente que vende *La Farola*. ¡Si Amatxo levantara la cabeza!

—Estaría encantada. Yo tampoco era nadie cuando me contrató como cocinero, y mira, acabé casándome con su hija.

—Está bien —se avino Irune a regañadientes—. Pero si te sale rana, reformamos el restaurante.

Irune estaba obcecada con renovar el local: quería cambiar la típica decoración de asador vasco con la que su madre abrió el restaurante por una de esas moderneces llenas de cristales por todos los lados, vigas de acero a la vista y luces en el suelo, de manera que uno no sabía si se iba a comer un chuletón o si se iba a poner a bailar el «Staying Alive», como John Travolta en *Fiebre del sábado noche*. Joseba se oponía, no quería perder la esencia de su local, pero Irune no desaprovechaba la ocasión de volver a insistir con el tema. La contratación de Claudio parecía la ocasión perfecta para zanjarlo de una vez por todas.

—Estoy seguro de que ese chico no nos decepcionará —dijo Joseba convencido.

Marido y mujer sellaron su acuerdo con un buen apretón de manos. Y las previsiones de Joseba se habían cumplido: Claudio resultó ser muy trabajador y aprendía rápido. La carta de su restaurante era bastante reducida, pero había que saber cogerle el punto a la carne y al pescado, y Claudio parecía tener un don natural para ello. Joseba era uno de los mejores maestros parrilleros del mundo, y supo transmitirle a Claudio parte de su saber hacer.

Pero ese día, en Mercamadrid, iba a pasar la auténtica prueba de fuego.

—Aquí es donde está la verdadera esencia de nuestro restaurante —le dijo Joseba, señalando la mole que se extendía ante ellos—. Un buen cocinero no tiene que saber cocinar. Tiene que saber elegir.

Claudio asintió, obediente. Joseba le pasó un brazo por los hombros y, animados, se metieron en la jungla que constituía el mercado. Joseba se movía a la perfección en aquel laberinto: conocía los puestos que tenía que visitar y con el paso del tiempo se había ganado a muchos encargados que le guardaban las mejores piezas de sus mercancías. Pimientos rojos del piquillo, verdes de Guernica, cogollos de Tudela, la mejor carne danesa y alemana, y lo que constituía el tesoro de la carta de su restaurante, la merluza y el rape.

Ambos se dirigieron a la nave del pescado y buscaron el puesto de Santi, el proveedor habitual del restaurante.

—¿Me lo has guardado? —le preguntó Joseba, después de que Santi les hubiera indicado que lo siguieran a un rincón donde no había tanta gente.

—Te he guardado parte, no voy a poder darte todo.

—No me vengas con gaitas, Santi. Esta noche vienen a cenar de la embajada de Estados Unidos, y si no tengo rape suficiente, los perderé de vista. Y aguanta tú a la Irune luego.

—Pero es que es demasiado. Yo también tengo responsabilidades con otros clientes.

—Cuando se trata de conseguirte entradas al palco cuando juega la Real, no pones tantas pegas.

—Joder, Joseba, sabes que hago lo que sea por ti, pero los del Donostiarra se están empezando a mosquear. Y como me pille mi jefe haciendo trato de favor, me pone de patitas en la calle.

—Lo de hoy es algo gordo. Igual viene hasta el ministro de Asuntos Exteriores.

—Está bien. Pero procura ser discreto. —Señaló las cámaras frigoríficas donde estaban las cajas con los codiciados rapes—. Lleva la furgoneta a la parte trasera y que éste te espere ahí con la mercancía, donde no nos vea nadie —dijo Santi en tono conspiratorio, señalando a Claudio con la cabeza.

—Vale, pero tampoco te pongas así, que no estamos sacando de contrabando uranio enriquecido —replicó Joseba. Luego se dirigió a Claudio —. Carga las cajas que te dé Santi en una de esas carretillas y me esperas donde él te diga.

Joseba se marchó a buscar la furgo, y Santi ayudó a Claudio a apilar la mercancía sobre una de las carretillas. Luego le dio las indicaciones precisas

para que fuera a esperar a su jefe.

—¿Has entendido? —le dijo Santi una vez terminó.

Claudio le miró con una sonrisa. Se había quedado en el primer «gira a la derecha después de aquel puesto». Y después ya no había prestado atención. Como era habitual en él, su mente había desconectado, pero tampoco iba a reconocerlo.

—Sí, claro, perfectamente. Gracias —contestó.

Se fue, arrastrando la carretilla con los rapes.

«Tampoco puede ser tan difícil. Si me han dicho que esperara en la parte trasera, sólo tengo que ir en el sentido opuesto por el que hemos venido», pensó para sí. Y comenzó animado su expedición. Empezó a sortear a la gente que, frenética, se dirigía de un puesto a otro en busca de la mercancía que quedaba. Claudio siguió en línea recta hasta llegar a una de las paredes de la nave. La siguió, convencido de que era la correcta, hasta encontrar una puerta. Presionó con fuerza la barra que la abría y salió al exterior.

Allí no había nadie, ni Joseba ni ninguna furgoneta esperándole. Estuvo a punto de volver a entrar, pero pensó que lo mejor sería dar la vuelta a la nave por fuera, siguiendo el suelo de cemento que discurría entre las edificaciones. Llegaría antes al punto de encuentro, y no tendría que ir sorteando a la gente. Así que se puso a ello: fue bordeando la estructura hacia su derecha. Cuando dobló la esquina se encontró con una tapia que le cerraba el paso. El muro se extendía entre las dos naves que formaban la calzada. A la izquierda había un pequeño pasillo por el que podría pasar y que bordeaba la nave de ese lado. Claudio decidió coger ese camino, ya que dando la vuelta a esa edificación podría retomar su expedición en el punto en el que la había dejado, pero esta vez al otro lado del muro. Lo de volver sobre sus pasos quedó descartado; Claudio era de los que seguía hacia delante.

Y así, tras una hora de caminar por pasillos que conducían a otros pasillos, bordeados de naves que eran todas exactamente iguales, Claudio asumió que se había perdido. No tenía ni la más remota idea de dónde estaba.

Había llegado a un descampado, la frontera hasta donde el gigantesco mercado extendía sus dominios. Varios contenedores de basura se alineaban a ambos lados. Claudio miró la carga que llevaba: con el calor que hacía, el hielo estaba empezando a gotear. Agobiado, y asumiendo que necesitaba ayuda, decidió llamar a Joseba. Pero cuando se llevó la mano al bolsillo descubrió que se había dejado el móvil en el coche.

Podía dejar allí la carga y empezar a correr entre las naves, esperando encontrar a alguien que le ayudara. Pero le daba miedo hacerlo: era mercancía

muy valiosa para su jefe, y no quería fallarle: no iba a dejarla abandonada y que se la llevara el primero que pasase. Además, de seguro que por allí había ratas que atacarían el pescado si él no estaba para ahuyentarlas. De modo que decidió esperar: alguien aparecería, tarde o temprano. Abrió una de las cajas para comprobar el estado del hielo: parecía que esos bichos tan feos todavía podían aguantar un buen rato en su lecho congelado.

Y fue en ese momento cuando las vio. Primero fue la sombra que proyectaban sobre el pescado. Y luego vinieron los aleteos. Claudio se dio la vuelta y allí estaban, rodeándolo, sobre los contenedores y sobre los aleros de las naves.

Gaviotas. Decenas de gaviotas.

Claudio las miró sin poder dar crédito a lo que veía. No podía ser cierto, debía tratarse de una alucinación. Una de ellas aterrizó en el suelo a pocos metros de él y se acercó dando pequeños saltitos, ayudada por sus alas, midiendo la resistencia que iba a oponerle Claudio en su camino hacia el pescado.

Él la ahuyentó con un grito y con un brusco gesto con las manos. La gaviota se alejó graznando y fue a reunirse con sus compañeras en uno de los aleros.

¿Qué hacían esas gaviotas allí en Madrid, en pleno centro de la Península?

Claudio volvió a gritar, como si con el sonido fuese a hacer desaparecer la visión. Pero provocó el efecto contrario: una de ellas le contestó con un graznido, extendiendo las alas. Y las demás no tardaron en sumársele. El ruido que provocaban taladró los oídos de Claudio, quien intentó tapárselos con las manos. Luego echó a correr.

Horas más tarde, Joseba y Santi encontraron el cargamento perdido: un amasijo de pescado destrozado, bañado en el lodo del hielo ya derretido. Para acercarse, tuvieron que apartar a todas las gaviotas amontonadas sobre él. Se habían dado un buen festín.

—Mi cena, arruinada —dijo Joseba, con cara de consternación.

—¿Qué crees que habrá pasado?

—No lo sé. Parecía un buen chico —suspiró—. En fin, creo que me va a tocar reformar el restaurante.

Los dos hombres se alejaron. Santi se dio la vuelta para mirar una vez más a los pájaros.

—Tendremos que ir pensando en una solución para ver qué se hace con esos bichos. Están creando una colonia aquí en el mercado. Se meten en los camiones cuando cargan el pescado en el puerto y salen cuando los descargan. Y todo esto es el paraíso para ellas, claro…

Los dos hombres se alejaron observados por cientos de ojos negros que parecían no tener vida.

Claudio, vestido con un equipo de *trekking* comprado el día anterior, esperaba a que sus compañeros repartieran los cafés.

—Toma, el tuyo era descafeinado de sobre, ¿no? —le preguntó una chica de la que no recordaba el nombre.

—No, era de cafetera, pero da igual. —En realidad no daba igual, odiaba el descafeinado de sobre, pero no quería ponerse tiquismiquis. No conocía a nadie del grupo y no era plan de empezar con mal pie.

—Esas botas son muy buenas —le dijo la chica a continuación—. Pero están nuevas. ¿Hace mucho tiempo que no sales al monte?

—En realidad no he ido jamás, pero, bueno, nunca es tarde para empezar, ¿no?

—Claro, además la ruta de hoy no es muy difícil. Te enganchará, ya verás. Y ahora tienes que amortizar la pasta que te ha costado todo tu equipo.

Claudio sonrió a la chica. En realidad no se había comprado las botas y la ropa de monte porque quisiera ser un asiduo de la montaña, sino porque por una vez quería hacer las cosas bien. Y la ocasión lo requería.

Había encontrado el anuncio del club pegado a una farola cerca de su casa. En cuanto lo vio, supo que era lo que necesitaba. Llamó al teléfono que estaba escrito en él y el chico que le atendió le dijo que no había ningún problema en que se les uniera en las excursiones, que el club estaba abierto para todo el mundo.

—Puedo enviarte el itinerario por internet —dijo el chico—. ¡Y puedes traerte a todos los amigos que quieras!

—Sí, gracias —contestó Claudio, que en realidad no tenía ni amigos ni internet.

Pasadas unas horas, fue a un cibercafé donde abrió el correo que le había mandado el joven del club. Por el logo que lo encabezaba, parecía que el club estaba formado por una asociación de ex boy scouts.

«Espero que no vayan niños con pañoletas, tampoco se trata de crearles un trauma», pensó Claudio. Observando el resto de los integrantes de la lista del

correo, y leyendo las contestaciones que éstos fueron dando, constató que todos estaban bien creciditos. Imprimió el itinerario y las fotos que le habían adjuntado. En una de ellas podía verse una profunda garganta que resultaba perfecta para sus propósitos: parecía un sitio precioso y la altura era de vértigo. El monte al que iban a subir se llamaba el Pico de las Tres Tierras. A Claudio le gustó el nombre, tenía cierto sabor medieval. Se informó y averiguó que la razón del mismo era que estaba situado en la confluencia de tres regiones: Madrid, Guadalajara y Segovia. Lo que ya no pudo averiguar fue a cuál de los tres sitios daba la garganta desde la que pensaba arrojarse: moriría sin saber a qué región pertenecía el suelo contra el que se había estrellado.

Claudio llevaba pensando en su suicidio desde que vio las gaviotas en Mercamadrid. No sabía si había sido una alucinación o si, por el contrario, había alguna explicación para que aquellos pájaros pudiesen estar en pleno centro de la Península. En realidad no importaba. Lo único que sabía es que se trataba de una señal, un aviso de que el pasado nunca le dejaría descansar, de que le perseguiría allí donde fuera.

Hasta que vio el anuncio del club de montaña, Claudio no se había decidido por ningún método en concreto. Lo más fácil hubiera sido tirarse por el balcón de la casa en la que vivía alquilada en la plaza Dos de Mayo. Pero dado que todos los días decenas de jóvenes se reunían allí para hacer botellón, tampoco era plan de aterrizar en medio de un grupo de estudiantes borrachos y que le vomitaran u orinaran encima. Si el arrojarse desde su piso se le antojaba vulgar, el tirarse al metro le parecía demasiado triste, no quería que la última imagen que se llevase de este mundo fuese la de las caras de los aburridos pasajeros que veía a diario en la línea 1, inclinándose sobre él, deseosos de presenciar su último suspiro y así tener que contar algo al llegar a casa o a la oficina. Tampoco consideró la opción de cortarse las venas. A pesar de que era muy bueno cortando carne en el restaurante, el cuento cambiaba cuando se trataba de aplicar el cuchillo a su propio cuerpo. Y podía haberse tomado de un trago todas las pastillas que su psiquiatra le había recetado, pero ésta era una doctora joven, guapa y muy maja. Claudio no quería que pesara sobre su conciencia el hecho de que, si había podido atiborrarse de barbitúricos, era gracias a ella. Así que el morir en la naturaleza, solo y sin molestar a nadie le pareció la solución perfecta.

El jefe del grupo dio la orden de marcha. Todos fueron saliendo ordenadamente de la cafetería de carretera en la que habían aparcado los coches. Comenzó la marcha a buen ritmo. Al principio sólo tenían que seguir

una carretera que bordeaba la montaña, hasta llegar a una intersección en la que un camino de tierra se adentraba en una arboleda que constituía la falda del monte.

En su cabeza, Claudio había imaginado un suicidio glorioso. Llegaría a la cima sin un pelo fuera de su sitio y se arrojaría al vacío mientras el sol se ponía en el horizonte. La realidad fue bien distinta. Pocos metros después de haber tomado el camino de tierra había que cruzar un arroyo trepando a un árbol que extendía sus ramas por encima del riachuelo hasta llegar a la otra orilla. Después de que dos o tres excursionistas hubieron pasado, le tocó el turno a Claudio. Alargó su pierna para alcanzar la rama, hizo fuerza con las manos y consiguió incorporarse por un segundo. Luego cayó al agua. Sus compañeros comenzaron a reírse.

—¡Uno que no va a pasar calor hoy!

Le tendieron la mano para salir del río y fue entonces cuando Claudio se dio cuenta de que su nuevo pantalón de *trekking* se había roto a la altura de la entrepierna cuando se estiró para alcanzar la rama.

«Genial, me van a encontrar muerto con los huevos fuera», pensó mientras se colocaba el pantalón de la mejor manera posible. Reanudó la marcha, aunque pronto comenzó a oír un ruido muy peculiar, como el que hace un payaso al caminar.

Chof, chof, chof, chof.

La razón la comprendió enseguida: sus botas llenas de agua hacían ventosa al caminar. Un chico, el mismo que le había informado del club cuando llamó por teléfono, se acercó a él.

—¿Quieres que te deje unos calcetines secos? Tengo algunos de repuesto.

Claudio estuvo a punto de aceptar la proposición, pero luego pensó que le podía causar un trauma cuando los encontraran puestos en su cadáver.

—No, gracias, seguro que se secan rápido —le contestó lo más amable que pudo al tiempo que iniciaba la ascensión con zancadas de dibujo animado.

Poco a poco se fue animando: los chof, chof, chof de sus pasos parecían marcar una especie de ritmo y Claudio se dejó llevar por él.

Tras subir a cuatro patas una empinada pendiente en la que Claudio demostró no ser un Juanito Oiarzabal precisamente, llegaron a la cresta que conducía al pico, unos cientos de metros más adelante. Días atrás, mientras planeaba su suicidio, pensaba que durante la excursión intentaría demorar el momento de llegar arriba, ya que al fin y al cabo eran los últimos instantes de vida de los que poder disfrutar. Pero la excursión, como todo en su vida, había

resultado ser un tremendo desastre, así que estaba deseando llegar, tirarse y mandarlo todo al cuerno de una vez.

En la cima había un pilón de cemento que marcaba la altura a la que se encontraban: 3457 metros. Cuando los excursionistas llegaron, comenzaron a hacerse las respectivas fotografías.

—¡Tú! ¡El nuevo! ¡Ven aquí, hombre! —le llamó el jefe de la excursión —. ¡Tienes que salir en la foto del día!

—Si queréis la saco yo —dijo Claudio, confundido—, no me importa, no soy del grupo.

—¡Claro que lo eres! Has subido tu primer pico con nosotros, eres de los nuestros —contestó otro, animoso—. La cámara es automática, podemos salir todos.

Claudio aceptó, no tenía argumentos para oponerse. Así que se acuclilló, atándose la cazadora alrededor de la cintura y colocando las mangas anudadas de manera que taparan el agujero de la entrepierna y evitando así cualquier posible imprevisto. Al fin y al cabo, esa foto tenía que salir bien. Quitando la que se hizo en un fotomatón para poner en los currículum, sería la única que tendría, y también la que publicarían los periódicos al dar la noticia de su suicidio. Y mientras pasaba el brazo alrededor de sus nuevos compañeros, Claudio sintió por un momento que formaba parte de algo. Sólo duró unos segundos, lo que tardó el temporizador de la cámara en sacar la foto. Después, el grupo se disolvió. Y Claudio volvió a sentirse desconectado del resto.

Los excursionistas comenzaron a sacar los bocadillos de sus mochilas, momento que Claudio aprovechó para escabullirse. Cogió la foto de la garganta que le habían mandado por internet y escribió rápidamente algo al dorso:

No os molestéis en buscarme. Para cuando estéis leyendo esto, me habré arrojado por la garganta que adjunto al dorso. Bajad al pueblo y llamad a la policía. Muchas gracias por este día, al final ha sido divertido. Si no hubiera decidido matarme, habría repetido seguro. CLAUDIO.

Cogió los papeles, los metió en el sobre y, a continuación, introdujo éste en la mochila en la que se guardaba la fruta y los *tuppers* con los postres. Sabía que en una media hora alguien la abriría y encontraría la nota.

Se alejó en silencio. La garganta quedaba por el lado opuesto de la cresta por la que habían subido. Comenzó a bajar. Esta vez, la determinación de terminar cuanto antes hizo que su paso no fuese vacilante. No se resbaló ni una sola vez. Por fin llegó a una zona donde crecían algunos pinos. Se internó entre ellos y al cabo de un par de minutos se encontró al borde del precipicio. Miró hacia abajo. De la impresión que le produjo la altura, casi se vence hacia delante. Tuvo que elevar los brazos e impulsarlos hacia atrás para equilibrar el peso de su cuerpo y no caer.

Se sentó, con los pies sobre el abismo. Por primera vez en mucho tiempo se sentía en paz. Abrió la mochila que tenía a su lado. Se había preparado una quiche de jamón y queso, uno de sus platos favoritos, como última comida, pero la verdad es que no tenía hambre. Se quitó las botas, ya que eran nuevas e igual le podían servir a alguien, y a continuación buscó algo en su mochila. Su cartera. Había algo en ella que se quería llevar consigo. Se puso nervioso porque al principio no la encontraba. Había cargado con demasiadas cosas, y su mano palpaba inquieta entre el revoltijo alojado dentro, formado por dos jerséis, varios *tuppers*, dos o tres libros que siempre llevaba encima para evitar quedarse a solas consigo mismo y no pensar demasiado en todos sus problemas, un pequeño paraguas, el cargador de su móvil, el correo acumulado que había cogido por inercia por la mañana al salir de casa, hasta que por fin dio con ella: su cartera.

La cogió, la abrió y sacó una fotografía. La observó fijamente. Una mujer morena, de ojos claros, miraba algo que estaba fuera de campo, con expresión pensativa. Vestía una chaqueta y tenía los brazos cruzados. A su espalda, se veía un faro y en la explanada que lo rodeaba se distinguían algunas gaviotas. Claudio sostuvo la fotografía frente a sus ojos unos segundos y, luego, la guardó en su bolsillo.

Levantó la vista y miró al frente. El día no había sido lo que él esperaba, pero desde luego la vista era espectacular. Inspiró aire y se dispuso a saltar. Pero en ese momento algo captó su atención: el grupo de cartas que había dejado fuera de la mochila cuando rebuscó para encontrar su cartera. Encima de ellas había un sobre escrito a mano, dirigido a él. Claudio lo miró intrigado.

En la cima, una de las jóvenes montañeras abrió la mochila donde estaban guardados los dulces y la fruta. Lo primero que vio fue la nota de Claudio. Comenzó a leerla: «Para cuando…».

No pudo continuar, ya que se la arrebataron de las manos.

—Perdona, es mía, no recordaba que la había puesto aquí —le dijo Claudio.

—¿Dónde te habías metido? Te estábamos buscando…

—Por ahí. Oye, ¿sabes cuándo vamos a empezar a descender? Es que tengo prisa por regresar a Madrid.

Laura

Era una tontería.

Laura lo supo nada más pensarlo. Aun así, era incapaz de apartar la mirada de su pie, apoyado ya en el suelo. Y no cualquier pie. El izquierdo. Literalmente, se estaba levantando con el pie izquierdo, lo cual, en el día de su boda, no era lo que se dice una buena señal. Por suerte, las supersticiones no le iban, así que detalles como aquél no eran más que tonterías. Sólo eso.

Se acercó hasta la ventana y descorrió las cortinas, cerrando casi los ojos, preparada para recibir los rayos del sol en la cara. Y entonces vio el diluvio. No había otra palabra mejor para describirlo. Apenas se distinguían los edificios a través del manto de agua que caía de unas nubes negras como el demonio, iluminadas de vez en cuando por algún relámpago al que seguía un trueno capaz de hacer temblar los cristales de las ventanas.

Laura consiguió evitar un gesto de contrariedad. La lluvia también le gustaba. Limpiaba la ciudad. Despejaba el ambiente. Era bueno para la agricultura. Tenía mil motivos para adorar la lluvia. Y, al fin y al cabo, la boda se iba a celebrar en una iglesia, no en un campo de golf, por lo que no sería un inconveniente.

Fue al baño y abrió el grifo de la ducha. Mientras se calentaba el agua, se miró en el espejo y se dedicó la mejor de sus sonrisas.

Iba a casarse con el hombre de su vida, algo que supo desde el primer momento, cuando ambos se conocieron en la Academia de Policía. No era el mejor ambiente para empezar una relación, pero Jacobo era distinto al resto. Era divertido. Era cariñoso. Era romántico. A su lado, Laura se sentía… como en casa.

Ésa era la mejor definición. Cuando estaba con Jacobo se sentía bien. No era un hombre atrevido, ni magnético, ni un canalla incorregible y extremadamente apasionado. No. Ése era Martín. Los tres se habían hecho inseparables durante su estancia en la academia. Habían estudiado juntos, se

habían emborrachado juntos y habían solicitado los mismos destinos al terminar. Los tres eran muy diferentes, y tal vez por eso habían conectado tan bien desde el principio. Sin embargo, a Laura siempre le llamaba la atención que Jacobo y Martín raras veces salieran juntos, algo que ella sí podía hacer con cualquiera de los dos, dejando claro quién era el pegamento que mantenía unido al grupo.

Tras graduarse, las cosas se habían empezado a torcer un poco entre los dos hombres. Ninguno lo reconocía, claro, pero Laura lo podía notar. Desde que ella y Martín habían compartido destino en la misma comisaría, la magia entre los tres se había roto, algo que Laura era incapaz de explicarse. Ni siquiera la presencia de ésta era suficiente para limar aquellas misteriosas asperezas entre ellos, como en los tiempos de la academia. Por supuesto, tanto Jacobo como Martín negaban tener un problema el uno con el otro, y aseguraban llevarse igual de bien que el primer día que se conocieron.

Pero Laura sabía que no era cierto aunque esperaba que, fuera cual fuese el problema, se arreglara al mediodía. Tras la ceremonia, los tres beberían unas cuantas cervezas, bailarían sin descanso y sin ningún tipo de vergüenza y, ya borrachos y mareados, se harían promesas de amistad eterna. Como tenía que ser.

De pronto, el vaho en el espejo le recordó que el agua caliente seguía saliendo implacable del grifo. Se desnudó y se metió rápidamente en la ducha.

Nada más entrar, se escaldó la piel. Al intentar esquivar el chorro de agua hirviendo, resbaló en el plato y estuvo a punto de partirse la crisma. Después, al pasarse el secador, un mechón se le quedó atascado en él y se quemó las puntas. Y mientras se depilaba las cejas, el espejo de mano que sostenía se le cayó al suelo y se partió en mil pedazos, reflejando mil caras de preocupación.

Recordó su pie izquierdo al levantarse de la cama. Menos mal que todo aquello era una tontería…

El timbre de la puerta sonó mientras Laura recogía los fragmentos del espejo con las manos, sobresaltándola y haciendo que se cortara en un dedo con una de las esquinas. El timbre siguió sonando una y otra vez hasta que abrió la puerta con un creciente malhumor mientras se chupaba la herida.

—Nena, que me tienes toda la mañana esperando ahí fuera, y ya vamos mal de tiempo…

Maribel pasó a su lado como una exhalación, sin tan siquiera mirarla. En su mano colgaba la percha que sobresalía de la funda de un vestido, que dejó con descuido sobre el sofá para dar un par de vueltas sobre sí misma en el

centro del salón, exhibiéndose. Lucía un extraordinario y rígido cardado, apropiado tanto para asistir a una boda como para salir de la parrilla de un gran premio de motociclismo.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué te parece? En la peluquería me dijeron que iba a hacer sombra a la novia…

—Pero literalmente —aseguró Laura sin poder apartar la vista de la voluminosa pelambrera. Se volvió después a la funda que había caído arrugada sobre el sofá—. Esto que has tirado aquí ¿es mi traje de novia?

Maribel se acercó a la nevera y sacó una botella de vino blanco ya empezada.

—Lo han dejado como los chorros. Se han pasado un poquito al quitarle las arrugas. Les he dicho, «ojito con el almidón, que mi nena es un poco anchota de cadera, y con lo que le gusta comer, a ver si después del banquete no va a poder levantarse».

Laura puso los ojos en blanco, resignada, y se dirigió con la funda hacia la habitación.

—¿Dónde está Verónica?

—Ha ido a recoger su vestido a la modista. Me pidió que se lo llevara al mismo donde te hicieron el tuyo.

—Espero que no tarde. Me tiene que peinar y maquillar.

—Milagros no hace, ¿eh?

—¿Cómo dices? —preguntó Laura, ya en la habitación.

—Que un apaño ya te hace —corrigió Maribel, llenándose una copa.

Laura dejó la funda de su vestido con sumo cuidado sobre la cama deshecha y descorrió la cremallera. Allí estaba. El vestido que había estado persiguiendo durante semanas. Descubierto en una revista de moda por su hermana. Localizado en una tienda del barrio de Salamanca por su madre. Rechazado por ella misma tras ver la etiqueta con el precio. Fotocopiado de la revista por su hermana. Llevado a una modista por su madre para su posterior falsificación… y finalmente comprado por un precio cinco veces inferior al original.

De pronto llegó a sus oídos un suave tintineo de cristal contra cristal.

—Mamá, son las once de la mañana… —comentó Laura, empezando a vestirse.

En el salón, Maribel daba buena cuenta del vaso de vino que se acababa de servir.

—Pues me saco unas aceitunas y ya tengo el aperitivo. ¿Qué quieres que haga, con los nervios que me entran?

—La que va a casarse soy yo…

—Pues por eso mismo. ¿Tú sabes cuántas velas he puesto para que llegara este día? Se podía repetir el incendio de Santander…

—Hablando de este día… ¿tú crees que es buena idea lo de casarse hoy? Quiero decir… justo hoy.

—Ya sabía yo que esto iba a pasar. ¿Se puede saber a santo de qué te entran ahora las dudas?

—No son dudas, es sólo que… no sé… estoy sintiendo como unas vibraciones… raras.

Maribel apuró su copa de un sorbo y la dejó sobre la encimera con mano temblorosa.

—¿Sabes lo que quizá deberías dejar para otro día? La luna de miel. Con la que está cayendo, no sé si es buena idea que cojáis un avión.

Maribel miraba hacia la habitación con gesto esperanzado, aunque la respuesta de su hija pareció noquearla.

—¿Estás de broma? Precisamente con la que está cayendo, el mejor sitio para estar es el Caribe.

—No… no estoy yo tan segura… no me gustaría que le cayera un rayo al avión y de pronto…

—Mamá —dijo Laura, saliendo de su habitación—. Una preguntita…

En cuanto llegó al salón, Maribel abrió los ojos de par en par, como si acabara de ver una jirafa en la cola del supermercado. El vestido de Laura era de un blanco inmaculado, con un discreto escote palabra de honor que realzaba sus hombros y su cuello. Entallado justo por encima de la cintura, la caída era suave, como una cascada de encaje y seda que resplandecía con cada movimiento.

Y Laura, literalmente embutida en el vestido, apenas podía caminar.

—… ¿se puede saber qué medidas le pasaste a la modista? —preguntó caminando con los brazos extendidos a los lados, incapaz de bajarlos.

—Las de antes de que te pegaras el atracón. ¿No me dijiste que ibas a estar a dieta?

—¡Y he estado a dieta! ¡Llevo dos semanas comiendo ensaladas y bebiendo agua!

Sonó el timbre de la puerta. Laura aprovechó los brazos extendidos para dar un paso a su izquierda y girar el pomo. Verónica estaba en el descansillo, con el gesto torcido y un precioso vestido azul celeste que le colgaba de manera desenfadada y exagerada por todas partes, como si…

Las dos hermanas miraron a su madre con la misma expresión acusatoria, lo que hizo que Maribel cayera en la cuenta de dónde podía haber estado el error.

—Sí… ahora que lo dices, es posible que confundiera las tallas de los vestidos entre sí.

El vestido de Verónica podía arreglarse a base de imperdibles, pero el de Laura exigía tomar medidas más drásticas, como rasgar ciertas partes y volver a unirlas con imperdibles, pero dejando más espacio, para que la tela no le oprimiera y la sangre pudiera circular con fluidez.

Sin embargo, había tantos puntos que corregir, tantos imperdibles que utilizar, que Laura se rindió tras comprender que no sería capaz de pasar inadvertida por un detector de metales.

—No puedo ir a mi boda disfrazada de ortodoncia. Simplemente no puedo.

Eran ya las once y media. Faltaba sólo una hora para la ceremonia, y Maribel, tensa, iba ya por su tercer vaso de vino, de forma que empezaba a verle la gracia a toda aquella situación. Laura, en cambio, no podía arriesgarse a caminar hacia el altar haciendo eses, así que permanecía sobria y con gesto nada amistoso.

Fue Verónica quien propuso la salomónica decisión de intercambiarse los vestidos.

—¿La novia de azul y la dama de honor de blanco? —preguntó Maribel, atropellando ligeramente algunas letras.

—Una hora para la boda, mamá. Si tienes alguna idea mejor… por favor, no te la guardes —pidió Laura, despellejándola con la mirada.

—Una hora es tiempo de sobra —comentó Verónica, mientras dejaba caer al suelo su vestido y empezaba a enfundarse el de su hermana—. Además, en cuanto vean todos el coche del que sales, se van a caer para atrás.

—¿Al final has alquilado la limusina? —le preguntó Laura, asombrada. El efecto negativo del cambio de vestido se había disipado por unos segundos.

—¿Limusina? Y tanto. Vamos… yo pedí el coche más largo que tuvieran. Vas a hacer una entrada en la iglesia que los vas a dejar muertos.

Al volante del coche fúnebre iba un hombre de piel cenicienta y mirada gélida, ataviado con un traje tan sobrio que por momentos daba la sensación de haberse escapado del mismo ataúd que llevaba en la parte trasera del

vehículo. Junto al féretro, Laura y Maribel permanecían sentadas y pegadas la una a la otra, rígidas, mientras Verónica, en el asiento del copiloto, intentaba arrancar una explicación al conductor.

—Yo sólo pedí un coche largo. ¿Quién se sacó de la manga que quería algo así?

—Nosotros alquilamos coches para todo tipo de eventos. El chico que atiende el teléfono es nuevo. Usted le pidió el más largo y el chaval no apuntó el tipo de ceremonia que era… Mis disculpas.

El conductor reparó en el gesto angustiado de Laura a través del retrovisor e intentó tranquilizarla.

—No se preocupe, está vacío —comentó, como si alguien estuviera considerando seriamente la otra opción.

Verónica se giró hacia su hermana, que continuaba con el cuerpo en tensión, intentando no posar la mirada en el féretro.

—Yo pensaba que sólo alquilaban coches para bodas… —se disculpó.

—¿No puede por lo menos ir un poco más deprisa? —le apremió Maribel, pasando casi por encima de su hija.

—Entre las obras y la lluvia, no hay forma de ir más rápido…

Laura miró por la ventanilla. En efecto, la tormenta había pillado por sorpresa a todos los conductores, que bloqueaban las calles con sus coches de manera desordenada, como una formación de hormigas dividida por la caída de una hoja en medio de la fila.

Maribel, inquieta, consultó su reloj.

—Quince minutos. Y aún vamos a tardar una hora más.

Laura miró por la ventanilla. El carril-bus iba vacío, y todo tipo de transporte público que circulaba por él lo hacía con relativa comodidad. Sopesó pros y contras de la idea que se le acababa de ocurrir. Los contras pesaron más, pero le dio igual.

—¡Pare el coche! —gritó decidida.

—Si ya estamos quietos… —contestó el conductor, con la misma viveza que los pasajeros que acostumbraba a llevar.

—Pero ¿qué vas a hacer? —preguntó Maribel, viendo cómo su hija abría la puerta.

—El día de hoy está marchando por el carril equivocado… y pienso cambiar eso.

Desde la entrada de la iglesia, algunos de los invitados se guarecían de la lluvia sin apartar la mirada de la calzada, al pie de las escaleras.

La expectación allí era máxima, tanto a la entrada como en los bancos de la iglesia, donde las cabezas no dejaban de girarse hacia el amplio portalón, donde un par de hombres con los paraguas cerrados esperaban la aparición de la limusina, dispuestos a correr escaleras abajo para evitar que la novia se mojara lo más mínimo.

Y por eso no movieron un músculo cuando el autobús se paró justo frente a ellos. Ni siquiera dieron un paso al frente cuando del interior bajó una mujer con un vestido azul celeste, que se quedó pillado entre las puertas cuando dudó si aventurarse o no a saltar el charco de la acera. El instante de indecisión le costó a Laura perder no sólo el lazo que adornaba su espalda y que se alejó por el carril-bus, agitándose a modo de despedida, sino también el equilibrio, por lo que no pudo esquivar el charco y se hundió en él hasta los tobillos.

Rápidamente echó a correr hacia la puerta de la iglesia. Hasta que no estuvo a mitad de camino, los hombres de los paraguas no cayeron en la cuenta de que se trataba de la novia, y corrieron en su auxilio.

—¿Ya está todo el mundo en su sitio? —preguntó a su primo Felipe, que era uno de los dos hombres que había intentado cubrirla con el paraguas sin éxito.

—Ehhh… sí, llevamos unos diez minutos listos —contestó sin apartar la vista de ella, mientras se daba unos últimos ajustes tanto en el pelo como en el vestido, dispuesta a efectuar su entrada.

—Genial. Pues vamos allá…

—¿Estás segura? ¿No quieres… no sé… arreglarte un poco?

—¿Y retrasar aún más la ceremonia? Estoy bien.

—¿Y tu madre y tu hermana?

—Llegarán ahora, en el coche fún… en la limusina. Venga, deja el paraguas…

Felipe se lo entregó a otro de los invitados y ofreció su brazo para que Laura lo cogiera y, con la mejor de sus sonrisas, entrara en la iglesia.

Alguien había ido corriendo a avisar al organista de la llegada de la novia, por lo que la marcha nupcial se dejó oír en el interior después de que un ensordecedor pitido, producido por el acoplamiento de los altavoces, taladrara los tímpanos a los asistentes. Todos se giraron hacia la puerta, como en un gigantesco dominó, para recibir a la novia. Le dedicaron la mejor de sus

sonrisas cuando vieron su silueta recortada contra la luz de la calle, y todos la borraron de inmediato cuando vieron el lamentable aspecto que presentaba.

El pelo, empapado por completo, se le pegaba a la cara como si acabara de salir del mar cubierta de algas. El vestido no sólo no se parecía al que algunas de las invitadas habían visto ya en imágenes, sino que era azul, por lo que las personas que estaban sentadas más cerca del altar pensaban que se trataba de la entrada de las damas de honor, y hacían gestos al organista para que dejara de tocar la marcha nupcial.

Aun así, Laura miraba a un lado y a otro de reojo, agradeciendo con leves gestos de cabeza la presencia de los atónitos invitados. Necesitada de un rostro amigo, intentó encontrar a Martín entre ellos, pero no consiguió localizarlo. Seguramente estaría en los primeros bancos, al otro lado del pasillo. O todavía de camino a la iglesia, algo que sería más propio de él.

Nerviosa por acaparar todas las miradas, sí reconoció a algunos parientes lejanos, invitados por compromiso, como su tío abuelo Eduardo y su permanente gesto de desagrado, o su prima Paula, que se había casado el año antes con un millonario y al que Maribel había insistido en invitar, confiando en que el regalo de bodas fuera carísimo, acorde con su nueva posición. Lo cierto es que Laura no tenía una relación estrecha con nadie de su familia que no fueran su madre y su hermana. Ni siquiera con Felipe, que ahora la conducía hasta el altar del brazo, como si fuera un hermano pequeño. Pero el padre de Laura había fallecido ya hacía muchos años, y la tradición mandaba que algún varón acompañara a la novia por el pasillo. Martín se había negado en cuanto Laura se lo había pedido, aduciendo que se pondría nervioso con toda la gente mirando hacia ellos y la haría tropezar.

Por parte del novio, la familia también era minoría entre los invitados. Su suegra había fallecido hacía un par de años, y su suegro, aunque vivía, no era más que un recuerdo ingrato para Jacobo, que se había peleado con él hacía ya diez años con la esperanza de no volver a verlo nunca más. Sin hermanos ni primos, su trabajo era todo su mundo, y allí estaba bien representado, tanto por antiguos compañeros de la Academia de Policía como por los que ahora trabajaban con él en la comisaría del distrito Centro. Entre ellos, Laura reconoció a Félix, comisario y gran valedor de Jacobo desde su ingreso en el cuerpo, con su gesto altivo y acompañado de una jovencita de neumática belleza, una más para su colección. Pero la presencia que Laura agradeció de veras fue la de Gerardo, que había acudido acompañado por su mujer. Él no sólo era su jefe, sino que prácticamente se había convertido en su padre en los dos años que ella llevaba destinada en su comisaría. Él había confiado en

Laura, asignándole casos para los que en teoría aún no estaba preparada, pero que resolvía con diligencia aunque sólo fuera para no dejar a su jefe en mal lugar. Él era de los pocos en aquella iglesia capaz de dedicarle una sonrisa a pesar del pelo aplastado, el vestido de dama de honor y el reguero de agua que iba dejando a su paso.

Sin embargo el único rostro que Laura se moría por ver aguardaba al final del pasillo, junto al sacerdote.

Había cierta sorpresa en la mirada de Jacobo, pero también una expresión divertida en su rostro, consciente de que Laura, y sólo Laura, era capaz de efectuar ese tipo de apariciones y, al mismo tiempo, dejarle sin aliento. No sabía de dónde venía ni por qué demonios llevaba ese aspecto de haber completado un entrenamiento militar, pero sabía que uno nunca podía bajar la guardia cuando se trataba de aquella mujer. Tenía que haber imaginado que pasaría algo así. Cualquier otro hombre hubiera detenido la ceremonia, se habría puesto rojo de vergüenza o habría exigido explicaciones por el espectáculo, pero Jacobo no era cualquier otro hombre. Jacobo estaba enamorado de ella, y lo estaba precisamente por cosas como aquélla.

Antes de que Laura llegara al altar vio cómo Maribel y Verónica, esta última vestida de novia, llegaban desde un lateral al banco de la primera fila que debían ocupar. Los ojos de Laura se abrieron de par en par al ver que ambas estaban secas e impecables, tal y como habían salido de casa. Sonrieron con cara de circunstancia en cuanto Laura pasó a su lado.

—Al final el chófer cogió un atajo y nos ha dejado en el callejón… —comentó su madre, encantada de la vida por haber mantenido intacto su cardado.

Laura subió los escalones que la separaban de Jacobo. Ella no pudo reprimir un gesto de alivio.

—¿Luego me lo contarás? —preguntó él.

—Luego intentaré emborracharme para olvidarlo.

Él sonrió, le apartó un mechón que se le había pegado a la mejilla como el tentáculo de un pulpo y le dio un beso. Se giraron hacia el sacerdote, que les observaba por encima de unas pequeñas gafas metálicas que reposaban en la punta de su nariz, esperando la confirmación de que la ceremonia se retrasaba unos minutos para que la novia se pudiera arreglar. Durante unos segundos, los tres permanecieron en silencio, esperando a que el otro hablara primero. El sacerdote hizo un gesto nervioso con las manos, como esperando instrucciones. Cuando vio que éstas no llegaban, se encogió de hombros y se

santiguó, prometiéndose a sí mismo que a partir del día siguiente se limitaría a oficiar bautizos y comuniones.

El lugar elegido para el banquete era un agradable restaurante a unos cinco kilómetros de la ciudad, al que se llegaba por una vía de servicio que corría paralela a la A-2. Como por arte de magia, el ruido del tráfico en la autovía desaparecía absorbido por los árboles del jardín, en el que un lago con patos terminaba de convertir a aquel lugar en un oasis dentro del polígono empresarial en el que se enmarcaba.

Laura tenía habilitada una sala a modo de camerino para que se pudiera cambiar de vestido y ofrecer a sus invitados el aspecto que ellos habían esperado en la iglesia. Por fortuna, Maribel le había aconsejado llevar un vestido distinto al banquete, por lo que su imagen al acercarse al altar pasaría a ser tan sólo un mal recuerdo.

—Esto no habría pasado si lo hubiera organizado todo Ana… —comentó Verónica.

—Si lo hubiera hecho vuestra prima, habríamos tenido que empeñar la herencia familiar. Buena negocianta está hecha ésa… —se defendió Maribel.

—¿Dónde está, por cierto? No la vi en la iglesia…

Maribel no tenía muchas ganas de hablar del tema.

—No ha querido venir. O no la invité, ya no me acuerdo.

—¿Cómo que no la invitaste? Llevaba dos meses preparando la ceremonia… —Laura parecía del todo desconcertada.

—Pues por eso mismo. La semana pasada le dije que al final te habías casado en secreto, en un pueblecito de la sierra, y que no habías invitado a nadie.

—Pero ¿por qué le dijiste eso?

—Porque o le decía eso, o le decía que era una ladrona por querer cobrarnos una millonada por lo que había preparado.

—¿Y cuando se entere de que ha venido toda la familia menos ella?

—¿Cómo se va a enterar? No se habla con nadie, la muy bruja…

Laura hizo un chasquido con la lengua a modo desaprobación y miró a su hermana, que intentaba reprimir la risa.

—Te lo estás pasando en grande, ¿no?

—Tienes que admitir que está siendo todo bastante divertido…

—¿Divertido? Se nota que no es tu boda. Está siendo un completo desastre.

—Tampoco es para tanto. La ceremonia ya ha terminado. Te has casado, que era lo importante. Y con el hombre que quieres, que es todavía más importante.

—Y que es policía, para rizar el rizo —comentó Maribel, sin reprimir un gesto de disgusto.

—Mamá, no empieces con eso —le pidió Laura—. Tú te casaste con uno.

—Eran otros tiempos…

—Ésa es la contestación que das cuando no tienes respuesta a nada. Papá era policía, yo soy policía… ¿qué más te da tener a uno más en la familia?

—Y hablando de policías… —comentó Verónica, en tono coqueto. Laura ya sabía cuál iba a ser el siguiente tema de conversación—. ¿Dónde se ha metido tu amigo Martín?

—Eso quisiera saber yo… —respondió Laura con un suspiro.

—Estará con una de esas pelanduscas de veinte años que se va buscando —aventuró Maribel, terminando de abrochar los últimos botones que el vestido de Laura llevaba en la espalda—. Hala, ya está. Arreglado. A comer.

—Martín nunca se perdería mi boda por irse con otra. Le ha tenido que pasar algo.

—Todos sabemos lo que le ha pasado —dijo Verónica. Laura se giró hacia ella, intrigada por lo que su hermana podía saber sobre el asunto—. Cuando un hombre no acude a la boda de su mejor amiga sólo hay una explicación posible…

La sonrisa pícara de Verónica terminó de completar la frase. Laura puso los ojos en blanco y le dio la espalda.

—Necesito un vinito ya mismo…

Maribel la detuvo en la puerta.

—Oye, nena, lo del viaje de novios, con el día que hace, en serio…

—Mamá, los aviones no están hechos de arena. Hace algún tiempo ya que son capaces de volar con lluvia.

Y salió confiando en que la multitud que la esperaba bajo la carpa no hubiera agotado las existencias de Ribeiro.

Laura vació su primera copa de vino blanco a los pocos segundos de poner un pie en la sala del convite. Era el momento de saludar a sus invitados uno a uno y de dar las explicaciones oportunas sobre el aspecto que llevaba en la iglesia, algo que Jacobo, que llevaba ya un buen rato paseando entre

familiares y amigos, habría estado haciendo para descargar de trabajo a su mujer.

«Una boda preciosa». «De lo más original». «Qué mala pata con la lluvia, en serio». «Lo importante no es aguantar este día, sino los que vienen ahora». Había comentarios para todos los gustos, ante los que Laura asentía con cortesía, manteniendo conversaciones con tan sólo frases hechas y repitiendo una y otra vez los pasos que había dado aquella mañana, rebotando de un grupo de invitados a otro, como si fuera la bola de una máquina del millón atrapada en una partida infinita. De vez en cuando estiraba el cuello y miraba a un lado y a otro buscando a Martín entre la multitud.

Laura aguantaba el vaivén con estoicismo pero con un cierto malestar en el estómago, que amenazaba con callar a todo el mundo con un tremendo rugido si no se llevaba algo sólido a la boca. No había comido nada desde el desayuno, y cada vez que intentaba echar mano de alguna de las bandejas que desfilaban a su alrededor, éstas se escabullían por milímetros, sin que el camarero reparara en ella. Eso sí, cada dos por tres tenía en la mano un vaso de vino, que o bien robaba de alguna mesa o que algún alma supuestamente caritativa le entregaba sin que apenas se diera cuenta.

En un momento determinado alguien la sujetó por el codo y la apartó con suavidad de su grupo, sin que nadie reparara en ello. Durante un instante, tuvo claro de quién se trataba antes incluso de darse la vuelta, y su corazón dio un vuelco de alegría.

Pero el hombre que la había reclamado era su marido, y la sensación de repentino júbilo desapareció de golpe, lo que hizo que se sintiera culpable.

—¿Qué tal? Está saliendo todo bastante bien, ¿verdad? Quiero decir… sin contar el resto del día.

Jacobo parecía exultante. No dejaba de mirar a un lado y a otro, asegurándose de que todo el mundo se lo estaba pasando tan bien como él, lanzando guiños ocasionales a todo aquel que, desde la distancia, le hacía algún gesto divertido o levantaba su copa a modo de brindis lejano.

—A la gente ya le puedes estar metiendo palillos debajo de las uñas, que mientras tengan un vino y un platito de jamón, lo van a disfrutar —apuntó ella, un tanto mareada por el hambre, la gente y el Ribeiro que no había dejado de caer por su garganta ni un segundo en la última media hora.

—Al que tienes que saludar es a Castro —dijo él.

—¿Está aquí? Pensaba que no iba a venir…

—Ha retrasado una reunión en la Moncloa para poder estar en la boda.

—¿Ah, sí? Eso es buena señal, ¿no?

—Buena no. Espectacular. Es el hombre de confianza del ministro del Interior. Caerle en gracia es tener la vida resuelta.

—¿Te ha dicho algo ya del ascenso a comisario?

—Qué va, ni siquiera le he sacado el tema. Félix y Gerardo lo están haciendo por mí. Se lo están metiendo ahí, como quien no quiere la cosa. Al parecer, llevan días ya comiéndole la oreja, y si Castro ha retrasado una cita en la Moncloa… ¡La Moncloa! Es que está a punto de caramelo. ¿Te imaginas, yo de comisario?

—Te lo mereces más que nadie.

—Nos lo merecemos —la corrigió—. Esto va a ser un cambio de los gordos. Igual hasta nos podemos comprar el piso ese que te gustaba tanto, en la urbanización nueva.

—¿El bajo con jardín? Me encantaría…

—Pues ya sabes lo que toca hoy. A darle coba a este hombre.

—¿Y es majo el Castro este?

—¿Majo? ¡Es un hijo de perra! —Jacobo se agachó ligera e inconscientemente y miró a ambos lados, divertido por si había dicho aquello demasiado alto—. Está loco con el reglamento. A la que uno se salta la más mínima norma, se le echa encima, es de los que llevan toda la vida con un palo metido en el…

—Jacobo…

—Al parecer, quiere meter un tajo gordo al presupuesto el año que viene, y eso se consigue poniendo a gente en la calle. Están temblando en todas las comisarías. Dicen que tiene gente leyendo los expedientes de todo el mundo para encontrar cualquier falta al reglamento. Y a la mínima, a la calle.

—Pues ni el tuyo ni el mío son precisamente un ejemplo…

—Por eso nos lo tenemos que ganar hoy. Voy a buscar a Castro y te lo presento. No te muevas.

Jacobo desapareció entre la multitud. Por el rabillo del ojo, Laura pudo ver a su tío Eduardo con su gesto de perpetuo asco clavando su mirada en ella. Aún no habían hablado, y estaba claro que el hombre quería zanjar pronto el compromiso de besar a la novia y darle la enhorabuena por la ceremonia. Tratándose de su tío, esas palabras sólo podían ir acompañadas de una dura reprimenda por su aspecto en la iglesia y una queja porque «el vino está caliente», o porque «hay poca comida», o porque «hay mucho ruido», o porque «este restaurante es una pocilga» o mil millones de «porqués» más.

Por eso Laura se hizo la despistada cuando vio que el hombre se encaminaba hacia ella, devorando los escasos diez metros que los separaban

con el gesto torcido. Fingió ver a alguien al otro lado de la carpa y levantó la mano haciendo un saludo exagerado, para que quedara constancia de cuál era su excusa para salir pitando.

Zigzagueó entre los grupos que se repartían por el local evitando ser detenida, besada y felicitada por nadie para que su tío no cortara distancias. De pronto divisó a un camarero de mediana edad que permanecía inmóvil con una bandeja de jamón en las manos. Guiada por un murmullo en su estómago que amenazaba con convertirse en fragor, Laura se olvidó de su tío y fijó su objetivo en la bandeja.

Nada más alcanzarla, reprimió una lágrima de emoción y empezó a devorar el jamón con una necesidad que su familia sólo había conocido en tiempos de posguerra. El camarero se sorprendió por la voracidad de la novia, ante la que sólo pudo sonreír.

—Es conveniente que lo mastique antes de tragarlo… —dijo, simpático.

Laura reprimió una risa, con los carrillos hinchados. Tragó con esfuerzo y se dio unos golpecitos en el pecho, para ayudar al jamón a bajar hasta su estómago.

—Lo siento, es que no he probado bocado desde la mañana.

Laura notaba que le patinaban las palabras. Notaba la lengua pastosa, como anestesiada, y estaba convencida de que tenía grabada una sonrisa estúpida en el rostro, aunque era incapaz de hacer nada por borrarla. Toda ella se encontraba en un estado de euforia relajada que no quería abandonar nunca.

—Demasiada gente a la que atender, ¿verdad? —dijo el camarero.

—Y que lo diga. Los peores son los invitados por compromiso. Como el jefe de mi marido. Un tal Costra. Castro. Un tipejo, al parecer… De los que llevan un palo metido ya sabe dónde. No lo digo yo, ¿eh? Lo dice mi marido. «Marido». Me suena raro… En fin, que tenemos que ponerle la alfombra roja al bicho éste para que lo ascienda. Claro que si le diera por mirar en su expediente… Se me está soltando la lengua que da gusto. Oiga, si ve que hablo mucho, me dice, ¿eh?

—En absoluto.

—Pues eso. Que mi marido es un buen policía, pero ha hecho algunas… finas, finas. No es que se pase las normas por el forro, pero en fin… de vez en cuando hay que hacer alguna trampilla, ¿no? Como en todas partes. Resumiendo, para no aburrirle: mucha gente. Sí. Pero a estas cosas, ya se sabe, hay que invitar a la familia, a los amigos y a los malos bichos. En fin, gorrón más, gorrón menos…

—¡Cariño! Veo que ya os habéis presentado…

Jacobo apareció sonriente junto a su mujer, que no dejaba de picar jamón de la bandeja. Ella le miró sin comprender.

—Bueno, presentado, presentado… Me gustaría conocerlos a todos, claro, pero son tantos camareros, y van tan deprisa de un lado a otro… Menos mal que este buen hombre se ha parado con la bandeja, si no, me desmayo aquí mismo.

—Iba a llevársela a mi mujer… —contestó el hombre, al que Laura vio mucho más serio que hace un minuto.

—¿Su mujer también está de camarera? —preguntó ella.

—Cariño… —Jacobo se estaba poniendo tenso por momentos—. Es el señor Castro… Ya te he dicho que te lo quería presentar.

Laura notó que su garganta se cerraba al paso del jamón que intentaba tragar. De golpe, el vino que corría ya por su sangre se evaporó como por arte de magia, y su mente quedó despejada al instante, lo que le permitió reparar en que el hombre, aunque vestía con un traje parecido al de los camareros, llevaba corbata en lugar de pajarita. Doblaba además en edad a cualquiera de los chicos que había visto atendiendo a los invitados, y tenía una expresión de furia creciente en el rostro que una empresa de catering jamás permitiría lucir a uno de sus empleados.

A Jacobo le bastó con ver la mirada de pánico en los ojos de su mujer y la ira contenida en los de su superior para saber que el apocalipsis había llegado ya a su boda, y que él había sido incapaz de detenerlo por escasos segundos.

—Mi mujer… tenía muchísimas ganas de conocerlo, señor Castro, con todo lo que le he hablado de usted… —Jacobo notaba que le temblaba el labio inferior, pero confiaba en que nadie más se diera cuenta.

—Ya me ha dicho ella todo lo que le ha contado usted de mí, inspector Salgado, incluido lo del palo… —Castro, con tranquilidad, dejó la bandeja encima de una mesa—. Seré igual de considerado cuando le hable de usted al ministro. Gracias por la invitación… y que sean ustedes muy felices. Algo me dice que están hechos el uno para el otro.

Castro pasó entre los dos, cogió del brazo a una mujer que se dirigía hacia él y que a todas luces debía de ser su esposa y ambos abandonaron el restaurante a paso ligero.

Jacobo se giró hacia su mujer, que forzaba una tímida sonrisa para tantear el estado de ánimo de su marido.

—Tal vez… hubiera sido buena idea… que al mismo tiempo que me hablabas de él… me lo hubieras descrito.

Dos horas después, en la comisaría que Gerardo dirigía y donde Laura y Martín estaban destinados, Jacobo no dejaba de pasear nervioso de un lado a otro. Había abandonado el banquete nada más terminar el vals, que tanto él como Laura habían estado ensayando la última semana. Todo el mundo les había contemplado con dulzura mientras bailaban, con la misma ternura en la mirada con la que se mira a una camada de cachorros recién nacidos. Al fin y al cabo, el vals en las bodas era siempre una imagen del futuro perfecto que se le auguraba a la pareja. Curiosamente, ninguno de los novios pareció disfrutarlo tanto como sus invitados. Los dos miraban al vacío por no encontrarse con los ojos del otro, una por vergüenza y el otro por rabia.

En cuanto la pista de baile empezó a llenarse, Jacobo se escabulló y se reunió con Félix y Gerardo en un aparte. Avisó a Laura de que tenían que irse urgentemente y salió disparado con ellos en coche hacia el centro.

Los dos comisarios habían estado quemando los teléfonos, intentando ponerse en contacto con Castro, que estaba ilocalizable. No respondía a las llamadas, así que, mientras uno intentaba conseguir el teléfono de su mujer, el otro hablaba con la gente del Ministerio del Interior para que se pusieran en contacto con él y le suplicaran que atendiera a sus llamadas.

Casi una hora después, Félix consiguió ponerlo al teléfono. Gerardo acompañó a Jacobo fuera de su despacho para que pudieran hablar con tranquilidad.

—Por muchas vueltas que des a la comisaría, no vas a arreglar nada —le dijo—. Siéntate y espera tranquilo.

—Es que estaba tan cerca, Gerardo. Lo tenía ahí, al alcance de la mano…

—Y lo seguirás teniendo.

—¿Cómo? Castro es el peor enemigo que me podía echar a la cara. Mañana mismo me pondrá a pegar sellos en un sótano.

—Por lo menos, Laura se ha atrevido a decirle lo que todos pensamos de él… Eso que te llevas.

Jacobo le miró de reojo e inclinó la cabeza hacia un lado, como pidiéndole que no se riera de él. Gerardo sonrió y le pasó una mano por los hombros.

—Jacobo… todo tiene solución menos la muerte. Es el día de tu boda. Te has casado con la mujer a la que quieres. Y esto es sólo trabajo.

—Es que el trabajo… es todo lo que tengo.

—No. Ya no. Tienes a Laura. Dentro de poco, imagino que tendréis hijos… Eso sí es importante.

—Supongo que tienes razón.

—Sabes que la tengo. Y además… esto tampoco es el fin del mundo. Ya verás como todo se arregla.

Félix salió del despacho dando un portazo.

—¡Se acabó, Jacobo! ¡Esto ya no lo arregla ni Dios!

Gerardo suspiró al ver todo su esfuerzo echado por la borda.

—Una cagada pero de las buenas, ¿eh? No hablamos de meter un poco la pata. Hablamos de meterla hasta la cintura y en un montón de mierda. —Miró a Gerardo—. Si no nos salpica a ti y a mí es por los pelos.

—No exageres…

—¿Tan cabreado está? —preguntó Jacobo.

—¿Cabreado? Tu mujer le ha llamado gorrón, tipejo y le ha dicho que tiene un palo metido en el culo. Y en su puta cara, que es lo mejor. Tiene ahora un cabreo de mil pares de cojones.

—Entonces el ascenso… —empezó a decir Jacobo.

Félix lo interrumpió con una sonora carcajada, no porque la situación le pareciera divertida sino porque le resultaba gracioso que Jacobo aún considerara la posibilidad de rescatar su promesa de convertirse en comisario.

—Al parecer ha pedido ya tu expediente para mirarlo con lupa. Tu mujer le ha dicho algo de que te pasas las normas por el forro y no está dispuesto a consentirlo. Bastante será que cuando vuelvas de tu luna de miel no te ponga a pegar sellos en un sótano.

Jacobo miró a Gerardo con resignación, dejándole claro que sus peores augurios todavía podían cumplirse.

—Tengo que hablar con él y disculparme.

—No te va a coger el teléfono. Por lo menos, no en unos días. ¿Mi consejo? Vete al Caribe como tenías planeado, toma el sol, relájate con Laura… a la vuelta organizo una comida en mi casa con él. Te vienes con tu mujer… y a ver qué pasa.

—Que sea en plan bufet —apuntó Gerardo—. No creo que se pueda sentar con el palo ese metido en el culo.

—Muy gracioso. —Félix buscó con la mirada algo en la mesa junto a la que se encontraban y terminó por coger un folleto de un hotel en el que empezó a apuntar algo—. Antes de ese día, visitas esta vinoteca, y le compras una caja de Marqués de Cáceres del 98. Necesitas darle algo que no te pueda devolver ni tirar a la cabeza, y este vino es su favorito. Se lo quedará aunque sea a regañadientes.

Le extendió el folleto con el nombre y la dirección de la vinoteca anotados en él.

—Él siempre compra ahí el vino. Si no tuvieran el Marqués, ellos sabrán cuáles son sus preferencias mejor que nadie.

—Gracias… —dijo Jacobo, desanimado.

Félix le puso una mano en el hombro.

—Venga, coño… no es el fin del mundo. Pero está cerca, ¿verdad?

Una nueva risotada para quitarle hierro a la situación. Gerardo se despidió de su amigo.

—Vete ya al hotel, Laura te estará esperando. Y tu nueva vida también, no lo olvides.

Jacobo agradeció su ayuda y abandonó la comisaría, tan convencido de su negro futuro que tenía la sensación de que un buitre le sobrevolaba en círculos.

En la habitación de hotel Laura miraba a través de la ventana, hacia la noche que iba envolviendo la ciudad, todavía castigada por la tormenta. Se suponía que ella y Jacobo habían alquilado aquella suite para pasar una tórrida noche de bodas, achispados todavía por el vino de la comida y relajados tras una ceremonia que, en un principio, iba a ser perfecta. Se suponía que harían el amor y después se pasarían el resto de la noche despiertos, comiendo fresas y bebiendo champán, mientras hablaban de los planes de futuro más allá de una luna de miel que prometía ser el viaje de sus vidas.

En cambio, Jacobo aún no había llegado. Se había tenido que ir de su propia boda para intentar arreglar el desaguisado que Laura había organizado para él. Ahora ella se encontraba allí, acompañada únicamente por su madre, que paseaba inquieta de un lado a otro del cuarto, martilleándola una y otra vez con los «contras» de un viaje de bodas que presumía que sería desastroso. El vuelo, peligroso. El destino, tercermundista. Las playas, abarrotadas. El hotel, un nido de delincuentes. Todo eran pegas para ella. Laura no tenía la cabeza para pensar en nada más que en el futuro de su marido en comisaría, el mismo que ella y el maldito Ribeiro habían puesto en peligro horas antes.

En el televisor, un canal desconocido y elegido al azar daba un anuncio tras otro.

—¡Mira, mamá, déjalo ya! ¡El viaje está reservado y pagado! Tú misma fuiste a recoger los billetes, así que dámelos de una vez y para con la cantinela.

Maribel se detuvo con gesto neutro en mitad del cuarto, en silencio. Y Laura sabía que siempre era mala señal cuando su madre no tenía nada que

decir.

—Mamá, ¿pasa algo?

—¿Algo? —repitió ella, fingiendo ignorancia.

Y Laura también sabía que no había peor señal que cuando su madre fingía no saber algo. Entrecerró los ojos y se acercó a ella, que desviaba la mirada con culpabilidad.

—Llevas todo el día con la matraca del viaje de novios… —mencionó, suspicaz.

Maribel se encogió de hombros.

—Es que… no creo que sea la mejor elección, irse al Caribe…

—Mamá… hiciste la reserva, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Porque tú me insististe para que lo dejara en tus manos. Porque la hija de Antoñita o como quiera que se llame tu amiga «tiene una agencia de viajes y os lo va a dejar tirado de precio». ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas que yo quería reservar el viaje por mi cuenta pero me pinchaste hasta que lo hiciste tú?

—¿En serio estás dudando de que no hice la reserva? ¡Pues hala, para ti!

Maribel revolvió en su bolso y sacó dos billetes de avión que extendió a su hija. Ésta los cogió con una mezcla de sorpresa y admiración hacia su madre, de la que había empezado a desconfiar.

—¿Qué? —preguntó Maribel—. No te lo esperabas, ¿eh?

—¿Entonces tantas dudas con el viaje…? —preguntó Laura, mirando los billetes con detenimiento, como si intentara averiguar dónde estaba el truco.

—Pues porque es un destino que no me gusta… —contestó su madre—. Es peligroso, muy caluroso y a ti el calor no te va…

Y de pronto, Laura cayó en la cuenta.

—… y no voy a poder ir hasta dentro de un año.

Maribel contuvo la respiración. Laura, con la vista fija en los billetes, no terminaba de creerse la fecha que había anotada en ellos.

—¿Me has… reservado mi viaje de novios para dentro de un año? —preguntó con un hilo de voz.

—Yo no. La hija de la Toñi, que es corta, la pobre. Yo la fecha se la dije bien, y hace dos meses ya, ¿eh? Pero como a la niña le falta un hervor, pues me los ha cogido para el día bueno, en el mes bueno… pero en el año equivocado.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿En el aeropuerto?

—Lo he intentado todo el día, pero no veía la forma. Confiaba en que tú dieras marcha atrás, para… para que no doliera tanto.

Laura sintió ganas de gritar, de romper los billetes en pedazos, de lanzar una silla contra la ventana y saltar ella después a través del agujero. En cambio, se sentó en el borde de la cama sin soltar aquellos inútiles billetes de avión, el mejor recordatorio (uno más) de que aquel día había sido un completo desastre.

—Esta mañana ha estado intentando cambiar la fecha, pero claro, no hay aviones, el hotel está lleno…

—El viaje ya es lo de menos, mamá. Lo que pasa ahora es que… yo creo que no tenía que haberme casado.

Laura estaba a punto de echarse a llorar. Las lágrimas comenzaban a acumularse en sus párpados, que se verían desbordados de un momento a otro. Maribel se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, consolándola.

—Pero ¿qué tonterías dices?

—Te lo digo en serio. Desde que me he levantado por la mañana no he dejado de tener la sensación de que este día iba a ser… pues lo que ha sido. Una pena de día. Han sido mil señales, una tras otra… y no les he hecho caso.

—Pero ¿cómo ibas a hacerles caso? Con la iglesia preparada, los invitados listos, el restaurante decorado…

En la televisión, los anuncios dejaron paso a la cabecera de una telenovela. En cuanto Laura la vio, no pudo reprimir una risa ahogada.

—*Desheredada*… así me siento yo. Pero seguro que la vida de la protagonista es mil veces mejor que la mía.

Una voz de hombre interrumpió la conversación.

—La boda ha sido un desastre. —Las dos mujeres levantaron la cabeza. Jacobo estaba de pie junto a la pared que separaba la habitación del hall de entrada—. En eso tengo que darte la razón.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó Laura, secándose las lágrimas que habían empezado a deslizarse por sus mejillas.

—Desde lo de la hija de la Toñi.

—Jacobo, de veras que lo siento, no sabía…

—Maribel… no te preocupes, en serio. Está claro que hoy nos ha mirado un tuerto… —Echó un vistazo a su reloj—. Pero sólo quedan tres horas hasta que el día de hoy termine… y no voy a dejar que mañana tengamos la misma mala suerte.

—Seguro que te he dejado sin trabajo… —comentó Laura, poniéndose de pie—… y también sin luna de miel.

Jacobo se quedó pensativo un instante y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Del interior sacó el folleto en el que Félix le había apuntado el nombre de la vinoteca.

—Ahí te equivocas. Lo que vamos a hacer es cambiar la luna por una que esté más cerca.

Laura echó un vistazo al folleto. Era de un balneario, situado en una pequeña y pintoresca isla del Cantábrico, muy cerca de Santander, y que inauguraban ese mismo fin de semana.

—Nada que ver con el Caribe, claro… No hay el mismo sol, ni la misma arena, ni caipiriñas… pero estarás tú. ¿Qué me dices?

Laura levantó la vista y se sumergió en la sonrisa de su marido, que la miraba con una ternura incomprensiblemente infinita. Lo abrazó con fuerza, y deseó que aquel momento no terminara nunca.

—¿Estás seguro de que deberíamos ir? Lo digo porque cualquier decisión que tomemos hoy antes de medianoche nos va a salir rana.

—Piénsalo de otra forma. Si no hubieras tenido esa mañana tan horrible, no te habría dado por beber en el convite, y entonces no habrías insultado a Castro, y yo no habría ido a comisaría a intentar arreglarlo… y no habría encontrado este folleto. Así que creo que todo lo que ha ocurrido hoy… ha sido para llevarnos a este lugar.

—No lo sé… sigo teniendo un mal presentimiento.

—Pues quítatelo de la cabeza y piensa sin más que estábamos destinados a viajar… —Sostuvo el folleto en su mano, delante de sus ojos—… a la Isla de las Gaviotas.

El cristal de la habitación vibró cuando un trueno silenció la ciudad, como si el mismo cielo quisiera advertir a Laura con su rugido.

Ella sintió un escalofrío. Puede que las palabras de Jacobo fueran ciertas. Puede que estuvieran destinados a viajar a esa isla.

Pero Laura sabía que eso no tenía por qué ser necesariamente una buena señal.

SEGUNDA PARTE

LA ISLA DE LAS GAVIOTAS

Día 1

Un mal presentimiento

Cerró los ojos.

Durante varios segundos dejó que el viento acariciara su rostro, envolviéndola con el olor a sal que arrastraba del Cantábrico. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas acalló cualquier otro ruido y durante ese breve espacio de tiempo no existió otra cosa para ella que la isla.

Abrió los ojos y dejó escapar un suspiro. A unas veinte millas se podía distinguir el perfil de Comillas, aclimatándose aún al tibio sol del norte. Desde la ciudad, aquel pequeño islote pasaba bastante desapercibido, y sólo en los días claros sin bruma podía verse su silueta recortada contra el horizonte.

Emilia pensó que por fin era feliz. Por lo menos era lo más cerca que había estado de serlo. Había tardado sólo siete meses en comprar la isla y reformar el antiguo hotel para convertirlo en un pequeño y acogedor balneario. Quería ofrecer a la gente la misma paz que ella había encontrado al irse a vivir allí.

Recordó el primer día que Santiago les llevó a ella y a Roberto en su barca, antes incluso de firmar el contrato de compraventa. Su primera sensación nada más poner un pie en tierra fue un escalofrío que recorrió su espalda. Había visto aquel lugar tantas veces en sus pesadillas que no le parecía encontrarse en un paraje extraño. El faro, el viejo hotel abandonado… incluso el olor a salitre le resultaba familiar.

En un principio, a Roberto le había parecido buena idea utilizar gran parte del dinero de la misteriosa donación en adquirir una isla privada. Pero aquélla no era como las que salían en las revistas, propiedad de famosos, con playas de arena, palmeras bajo las que tomarse exóticos cócteles y piscinas voladas sobre el mar y junto a las que tumbarse para ver la puesta de sol. La Isla de las Gaviotas era una roca gigantesca, desprovista casi por completo de vegetación y donde las piedras afiladas de la costa impedían el baño en las aguas del mar.

Por todo esto Roberto había intentado quitarle de la cabeza la idea de comprar aquel pedazo de tierra nada más verlo en persona. Pero Emilia sabía que tenía que seguir adelante. Aquella isla la había estado llamando durante demasiado tiempo como para ignorarla, ahora que por fin la había encontrado.

Las obras de restauración del hotel comenzaron a los pocos días de firmar el contrato. En esa primera época, las pesadillas cesaron por completo, y Emilia pensó que por fin se había librado de ellas. Pero lo único que había conseguido era espaciarlas más en el tiempo. Cada vez eran menos frecuentes, aunque igual de reales. La muerte seguía presente en todas ellas.

La muerte… y también las gaviotas.

—Aún no me acostumbro al jaleo —dijo una voz a su espalda.

Emilia se giró, sobresaltada, y sonrió al ver que se trataba de su cocinero.

—¿El del mar? —preguntó ella.

Claudio negó con la cabeza.

—Las gaviotas. No paran de gritar. Se me mete el ruido aquí, en la cabeza y…

Hinchó los carrillos y acercó las manos a sus orejas, queriendo dejar claro que el ruido de aquellos animales era insoportable.

—Es curioso… yo apenas las oigo —reflexionó Emilia—. Me habré acostumbrado ya.

—Yo no puedo…

—Es tu primer día, date un poco de tiempo.

Los dos permanecieron en silencio varios segundos, contemplando a lo lejos la línea de la costa. Emilia no pudo evitar pensar en lo cómoda que se sentía sin decir nada al lado de Claudio. Por regla general, la gente acostumbraba a rellenar esos tiempos muertos con cualquier comentario, como si el silencio fuera un animal peligroso del que era necesario huir con rapidez. Y aunque había conocido a Claudio apenas veinticuatro horas antes, ya sabía que a su lado uno podía disfrutar también del silencio. Al cabo de un rato, el cocinero retomó la conversación.

—Algún día tendrás que explicarme cómo se compra uno una isla.

—Con un montón de dinero… —dijo ella con una sonrisa, un tanto avergonzada.

—Imagino —contestó Claudio, respondiendo a su sonrisa—. Pero pudiendo comprar cualquier cosa… ¿por qué una isla? O mejor dicho… ¿por qué esta isla?

—Mi novio me decía lo mismo al principio. Poco a poco se ha ido animando más, y ahora, al ver cómo ha quedado el balneario, ya no tiene

dudas de que tomé la decisión correcta.

—Pero al principio no lo tenía nada claro…

—No lo tenía claro ni yo.

—¿Entonces?

Emilia se encogió de hombros.

—Supongo que todos tenemos un lugar especial, un sitio que está como… destinado para nosotros. —Hizo una pausa y paseó su mirada por las rocas desnudas que los rodeaban—. Creo que el mío es éste.

—¡Por fin la encuentro! —gritó una voz tras ellos.

Los dos se dieron la vuelta y vieron a Bogdana acercarse a paso ligero por el camino que llegaba desde el hotel.

—Bogdana, ¿qué pasa ahora?

—¿Que qué pasa ahora? ¡Olivia está fregando los platos por segunda vez en lugar de hacer las camas, eso pasa! ¡Yo ya los fregué esta mañana, pero ella dice que siguen sucios! ¡Y mientras, las camas sin hacer! Los nuevos huéspedes a punto de llegar y a mí sola no me da tiempo.

Emilia se disculpó con Claudio por la interrupción con una media sonrisa, y acompañó a su fiel asistenta de nuevo hacia el hotel. El cocinero las siguió, divertido por los nervios de la mujer.

—Tú deja que Olivia termine. Cuanto más limpios, mejor. Si total, ya está todo listo. Tenemos dos cuartos ocupados, esto ya está en marcha…

Emilia consiguió mantener el paso ligero de Bogdana hasta llegar al balneario, un edificio de granito de dos alturas, con vigas de madera a la vista y un tejado de pizarra a dos aguas que remataba el aspecto de casa de cuento infantil.

En el interior, los colores suaves de las paredes apresaban la luz que se filtraba por los amplios ventanales que se abrían en la fachada de la planta baja, y que ofrecían unas magníficas vistas de la isla y del mar a todo el que se encontrara en el interior.

Abrir la casa al exterior había sido idea de Emilia, quien también había optado por tirar algunos tabiques del comedor y la recepción para ganar espacio y permitir que la casa respirara un poco más. Decidió también sustituir el suelo de baldosa por tarima flotante de un color claro, más difícil de mantener que aquélla, pero también más cálida y acogedora. Roberto fue quien propuso sustituir instalación eléctrica y cañerías, obsoletas y muy deterioradas con el paso del tiempo y el abandono.

El hotel había permanecido cerrado durante casi dos décadas, tiempo suficiente para que las inclemencias del tiempo lo castigaran con dureza. Su estructura, aun así, había resistido bien el paso de los años.

Peor fortuna había corrido el edificio anexo al principal. A veinte metros del balneario, una pequeña casa de dos plantas amenazaba con derrumbarse con cada golpe de viento. Cubierta de hiedras y enredaderas, su deteriorado estado les había impedido cruzar tan siquiera el umbral de la entrada, por lo que habían decidido sellar la puerta. Emilia suponía que habían sido las dependencias de los empleados del hotel, ya que su tamaño era menor que el edificio principal y su diseño, bastante más discreto.

Roberto había querido tirarlo desde un principio, pero Emilia, que era capaz de desarrollar un cariño inmediato tanto por personas y animales como por objetos inanimados, prefirió mantenerla en pie. Aquella casa, triste y abandonada, le inspiraba la misma compasión que un viejo perro callejero, muerto de hambre y de frío. Decidió levantar una verja a su alrededor por la seguridad de sus propios huéspedes, hasta decidir qué hacer con ella. De momento no necesitaban más espacio para el hotel, y el aspecto de aquel edificio, aunque un tanto lúgubre, le daba también un aire pintoresco al conjunto del balneario.

Claudio llegó hasta la entrada apenas unos segundos más tarde que las dos mujeres. Antes de entrar, se detuvo un instante, pensativo, con la extraña e inexplicable sensación de sentir el peso de una mirada sobre sus hombros. Volvió la cabeza hacia la cristalera que daba al despacho de Emilia. Aunque la ventana estaba cerrada, tras ella, una cortina se mecía con suavidad. No le dio mayor importancia y pasó al interior.

En el despacho de Emilia, Roberto descansaba la espalda contra la pared, al tiempo que apretaba la mandíbula, como hacía siempre que estaba preocupado. Unos minutos antes había visto a Bogdana buscando a Emilia. Ahora regresaba no sólo con ella… sino también con el recién llegado cocinero.

Y aunque éste no llevaba ni un día con ellos en la isla, Roberto sabía perfectamente que iba a suponer un problema para sus planes.

Tendría que hacer algo al respecto.

—¡Emilia! La estaba buscando…

Julia bajó las escaleras que daban a la planta de las habitaciones. Vestía unos vaqueros ajustados y una camisa cuyos dos primeros botones se venía abrochando. Su pelo lucía un tanto alborotado, como si el viento lo hubiera revuelto.

—Dígame…

—Quería preguntarle si sería posible subirme un par de botellas de agua a la habitación.

—Claro que sí. De las pequeñas, ¿verdad?

—No, no, grandes. De litro y medio. O de dos litros, si tiene.

—Claro… no hay problema. Ahora mismo se las subimos.

—Genial, muchas gracias —dijo Julia, volviendo a subir por las escaleras —. Por cierto, mi… amigo bajará más tarde para firmar en el libro, si no le importa. Ahora mismo está… —Intentó disimular una risa pícara que sus ojos sí transmitieron—. Bueno, que ahora no está presentable.

Bogdana, un tanto turbada, prefirió girarse discretamente para que su rostro no la delatara. Emilia, de mentalidad bastante más abierta, se limitó a sonreír, un tanto azorada. Julia desapareció por las escaleras y Emilia se volvió hacia su asistenta.

—Yo les llevo las botellas… —dijo Bogdana—, pero se las dejo en la puerta. Yo ahí no entro.

Se dirigió hacia la cocina. Claudio, que había llegado unos segundos antes, hizo el amago de dirigirse de nuevo a Emilia, pero Roberto apareció en ese momento para rodear desde atrás a su novia con los brazos y robarle un beso en el cuello. Ella, poco acostumbrada a demostraciones de cariño en público por parte de su pareja, se sorprendió por su efusividad. Claudio, a dos metros de ellos, desvió educadamente la mirada, lo que pareció satisfacer a Roberto, quizá más pendiente de su reacción que de su propia chica.

—Cariño… te hemos estado buscando un buen rato. ¿Dónde estabas?

Emilia se zafó con sutileza, intentando mostrarse cariñosa con su novio a la par que cortés con su empleado.

—Dando una vuelta. Ya sabes que me gusta darme un paseo por las mañanas. Claudio me ha acompañado un rato.

—Eso está genial. Aunque no sé si el día de la inauguración es el mejor momento para dar paseos. Lo digo sobre todo por los empleados…

Recalcó la última palabra, acentuándola con una mirada a Claudio, que, avergonzado, asintió con la cabeza.

—Empezaré a preparar el menú…

Desapareció por el pasillo hacia la cocina antes de que Emilia pudiera matizar las palabras de su novio.

—Roberto… —empezó a decir, con un tono de tímido reproche que él ignoró por completo.

—El señor Cruz te está esperando en la sala de la chimenea. No sé qué problema tiene con su habitación, pero al parecer ni siquiera la ha pisado…

Emilia hizo un gesto de contrariedad y pasó a la sala donde la esperaba su huésped. Sentado en una butaca frente a la chimenea apagada, leía el periódico con aire preocupado. No varió su gesto cuando vio a Emilia acercándose a él con la mejor de sus sonrisas.

—Señor Cruz… me han dicho que tiene algún problema con su cuarto.

Ángel se levantó de la butaca, dejando el periódico sobre ella. Parecía esforzarse por improvisar una respuesta.

—Sí, bueno… la habitación es fabulosa, pero me gustaría ocupar alguna del otro pasillo. Ya sabe… con vistas a tierra. Las vistas… es por las vistas, nada más.

La mirada de Emilia se posó de manera inconsciente sobre la butaca, donde el periódico aparecía abierto en una página en la que se veía una fotografía en primer plano del propio Ángel. Emilia pudo leer las cinco primeras palabras del titular antes de que su huésped diera un paso hacia un lado y le bloqueara la visión.

—Permítame que le diga lo emocionados que estamos de tenerle aquí con nosotros estos días —se atrevió a decir ella, jovial—. Pensaba que a los políticos les resultaba imposible cogerse días libres en plena campaña…

El susodicho pareció un tanto incomodado por la sencilla algarabía de la directora.

—Sí, yo… Me he cogido un par de días para descansar antes de las elecciones. ¿La habitación, entonces…?

—Ah, por supuesto, no habrá ningún problema. Los nuevos huéspedes van a tardar una media hora más en llegar, así que podrá elegir la habitación que más le guste. Acompáñeme, por favor.

Emilia guió al político hasta el piso superior, mientras a su cabeza volvían las cinco palabras que había leído en el titular del periódico.

«El candidato Ángel Cruz abandona…». No había podido leer el resto de la noticia, pero no podía evitar preguntarse qué era lo que aquel hombre, referente en la política nacional, había abandonado.

Aunque lo importante era que lo hubiera hecho por alojarse en su hotel.

Tras instalar a su distinguido huésped en una habitación más pequeña, pero con las vistas solicitadas por él, Emilia pasó por el cuarto que le había asignado en un principio para asegurarse de que todo estaba en orden y que podía ser ocupado por otro de los inquilinos que estaban a punto de llegar en el barco de Santiago.

Abrió la puerta y encendió la luz. Recorrió el espacio con la mirada y recordó que Roberto le había dicho que el señor Cruz ni siquiera había entrado, así que todo estaba tal cual lo había dispuesto ella la noche anterior.

Apagó la luz y la repentina oscuridad hizo que centrara su atención en las contraventanas cerradas. Se acercó a abrirlas para que el sol inundara el cuarto y recibiera con los brazos abiertos a su nuevo huésped, fuera quien fuese. A lo lejos, tan sólo se vía el horizonte, donde el mar se perdía en su camino hacia las costas inglesas.

Emilia inspiró profundamente para llenar sus pulmones con aquel aire que siempre despertaba su buen humor. Dejó la ventana abierta y salió del cuarto.

Y nada más hacerlo, una sombra cruzó su mente. Fue algo rápido y abstracto, apenas una extraña sensación de que había algún elemento fuera de lugar en el cuarto. Volvió a abrir la puerta y se quedó varios segundos mirando al interior. Todo parecía estar en su sitio. Se encogió de hombros y cerró de nuevo.

En el cuarto contiguo, Julia y su amigo parecían mantener una animada charla, interrumpida tan sólo por algunas risas y algún que otro silencio que delataba la verdadera naturaleza de aquella amistad. Las dos botellas de agua que Bogdana había dejado junto a su puerta habían desaparecido ya.

Emilia bajó al piso inferior, sin poder deshacerse de la idea de que algo se le había pasado por alto en la habitación donde acababa de estar.

En el salón comedor, Olivia estaba disponiendo los platos que acababa de fregar en una alacena de madera oscura que Emilia había descubierto allí mismo entre los restos del antiguo hotel y que había mandado restaurar. El mueble presidía imponente el pequeño comedor, emplazado en una esquina del edificio y rodeado, por tanto, por una enorme cristalera que daría a los comensales la sensación de estar comiendo al aire libre.

Cada vez que Olivia daba un paso, una pequeña sombra blanca la seguía, colándose entre sus piernas y amenazándola con tirarla al suelo.

—¡Bosi! ¡Ya! —le gritó la joven, a punto de lanzar por el aire la pila de platos, que finalmente consiguió dejar sobre el mueble.

—Bosi, aquí… aquí… —dijo Emilia, agachándose. El pequeño westy reparó en su presencia y corrió hacia ella, dejándose acariciar, tirándose incluso sobre su espalda para que le rascara la barriga—. Espero que no te haga lo mismo cuando saques la comida…

—Lo siento de veras, Emilia. Cuando estén todos los huéspedes lo ato, de verdad.

—Ni se te ocurra. Si alguno tiene un problema con perros por lo que sea, igual te pido que lo vigiles más, pero si no, déjale que haga lo que quiera. A mí me encantan los perros.

—¿Tú has tenido?

Antes de poder responder, Emilia reparó en los cajones de la alacena.

—¿Has limpiado ya la plata?

—Ay, la plata… —se lamentó Olivia, llevándose una mano a la cabeza.

Desde el momento en que la entrevistó para el puesto de trabajo un mes atrás, Emilia ya sabía que los despistes frecuentaban a la joven. Recién salida de la escuela de hostelería, era toda dulzura y buenas intenciones, aunque su cabeza muchas veces se encontraba lejos del resto de su cuerpo. Emilia la había contratado sin dudarlo, animada además por los comentarios de Roberto, quien buscaba desesperadamente una empleada de buena presencia física que contrarrestara la rudeza de Bogdana.

Pero Emilia no la había contratado sólo porque fuera guapa, sino porque su candidez e inocencia le habían recordado a ella misma años atrás, cuando empezaba a ganarse la vida en el mundo del turismo rural, antes de que las desgracias la escogieran como diana de su particular campo de tiro.

Entre las dos mujeres sacaron los cubiertos de plata del mueble y los dispusieron sobre una de las mesas. Uno a uno, los iban limpiando y guardando de nuevo en los cajones de la alacena. El aforo del comedor, al igual que el del propio balneario, era bastante limitado, por lo que en quince minutos habían terminado con casi todos los cubiertos.

Y fue entonces cuando Emilia se dispuso a limpiar el cuchillo.

Era un poco más grande de lo normal, especial para laminar los asados sobre la mesa, a la vista de los comensales. Nada más cogerlo, el comedor desapareció, y la luz que la envolvía un segundo antes se esfumó. Estaba en un lugar oscuro, y un trueno hacía retumbar las paredes. Alguien se llevaba las manos al estómago. Eran unas manos de mujer. De entre sus dedos

asomaba algo. Un objeto. El mango de un cuchillo. Una mano lo extrajo de la carne y el gemido de la mujer llamó la atención de Emilia.

Era ella. La misma que veía morir en sus pesadillas una y otra vez. Sus ojos, desorbitados, le suplicaban ayuda. Sus manos intentaban inútilmente cerrar la herida, incapaces de detener el flujo de la sangre, que se deslizaba entre sus dedos.

Un relámpago iluminó su rostro, convirtiéndola en un ser fantasmagórico durante medio segundo. Extendió su mano hacia ella, provocando incluso que Emilia percibiera el olor de la sangre que manchaba sus dedos.

Y justo antes de que la mujer acariciara su rostro…

—¡Emilia! ¡Emilia!

Abrió los ojos.

Estaba en el suelo. Frente a ella, Olivia y Bogdana la observaban con terror. Su asistenta le daba unos pequeños golpes en la mejilla para que recobrase el conocimiento.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó mientras se levantaba.

—Estaba limpiando la plata… y de pronto se cayó. Así, sin más —respondió Olivia, reponiéndose del susto.

Bosi también parecía angustiado, y no dejaba de gimotear mientras intentaba llamar la atención de Emilia arañando inocentemente las piernas de ésta con sus patas delanteras. Bogdana lo apartó con firmeza mientras ayudaba a su jefa a sentarse.

—Olivia, un vaso de agua, por favor —le pidió a su compañera.

Cuando la joven desapareció tras la puerta de la cocina, Bogdana se atrevió a hablar.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué has visto?

—Lo de siempre… —respondió Emilia con un suspiro.

—¿La mujer?

Ella asintió con la cabeza.

—No ha sido buena idea venir a esta isla…

—Bogdana, por favor…

—Estas visiones duran ya demasiado. Y en lugar de alejarse, ha venido directa hasta ellas.

—Lo dices como si me hubiera metido en la boca del lobo.

—Puede ser algo peor que un lobo. Hay veces que en los sitios pasan cosas. Cosas horribles, que dejan huella… y sólo algunos son capaces de verlas.

Olivia llegó con el vaso de agua y se lo tendió a Emilia. La joven cogió después en brazos a Bosi, que no dejaba de gimotear, y lo sacó del comedor. Bogdana esperó a que saliera para lanzar una última advertencia.

—Deberíamos irnos de aquí.

—Bogdana, no digas tonterías. Es nuestro primer día.

—Y podría ser el último. Esta isla la ha estado llamando desde hace tiempo… Ha hecho mal en contestar.

Una bienvenida inusual

—¿Qué te parece? Aire puro, el viento del mar en la cara… no me digas que no he tenido una buena idea.

Tras varios segundos de silencio, Jacobo entreabrió los ojos, extrañado. Miró de reojo y no vio a su mujer a su lado, aunque en realidad sí que estaba allí. Lo que no estaba, era a su altura.

Doblada sobre la barandilla, Laura vomitaba el desayuno por la borda de una manera tan abundante que daba la sensación de estar arrojando carnaza para pescar tiburones.

—Cariño, ¿otra vez?

Jacobo, preocupado, se inclinó sobre ella y puso una mano en su espalda. Laura se incorporó mientras se pasaba un pañuelo de papel por la boca con delicadeza, como si acabara de comer una cucharadita de caviar y se limpiara las comisuras de los labios con una servilleta de encaje.

—Las vistas son preciosas. Nunca me había detenido tanto tiempo a ver el fondo marino.

—Ya queda poco… —dijo él, acariciándole el rostro. Se volvió hacia la cabina de popa, donde Santiago manejaba el timón—. ¿Verdad, capitán? ¡Queda poco ya, ¿no?!

Santiago asintió con la cabeza, pensando lo mucho que le gustaba a la gente de tierra llamarle «capitán», como si llevaran meses de travesía y el mar hubiera creado un vínculo especial entre ellos. Se juró a sí mismo que si alguno de ellos llegaba a llamarlo «lobo de mar» lo tiraría por la borda.

—¡Mójese la nuca! —gritó, con la vista al frente.

—¿Cómo dice? —preguntó Jacobo.

—¡Su mujer! ¡Que se pegue un manguerazo en la cabeza y se siente con la cabeza entre las piernas! ¡Es como mejor va a aguantar!

Hizo un gesto con el pulgar, señalando hacia un lateral del barco, donde colgaba recogida la manguera con la que solía limpiar la cubierta.

Laura miró hacia la proa. La Isla de las Gaviotas estaba ya muy cerca. Pero también se lo había parecido quince minutos antes.

—¿Seguro que nos estamos moviendo?

—Ven, vamos a mojarte la cabeza.

Laura se agarró del brazo de Jacobo intentando mantener la verticalidad unos metros. Él dejó las dos manos de su mujer sobre la barandilla mientras él desenrollaba un poco la manguera que Santiago le había señalado. Laura intentó mantener el equilibrio y controlar sus náuseas, pero entonces se fijó en otro de los pasajeros de la embarcación, un hombre de unos cuarenta y cinco años, atractivo y de aspecto enigmático, que miraba hacia la isla con la misma expresión de alerta y desafío con la que el general Patton debía de mirar los panzers alemanes mientras éstos avanzaban hacia él.

Pero el hombre lo hacía mientras comía un sándwich de atún.

La visión del tentempié provocó una nueva arcada de Laura, que se volcó de nuevo sobre la borda y se entregó, literalmente, al mar.

Una mujer de unos cuarenta años y aspecto de viajar en primera clase hasta en el metro se llevó la mano a la boca y torció el gesto cuando vio a la policía doblada sobre la barandilla.

Se alejó hacia la proa a paso ligero, desafiando a la gravedad con unos tacones de aguja que Santiago le había advertido que no llevara a bordo. Una pequeña ola desestabilizó la embarcación, que se levantó más de lo acostumbrado, provocando que la mujer diera un paso en falso y cayera al suelo. Pero justo antes de besarlo, una mano enorme la sujetó por la cintura y le devolvió la dignidad.

Ella se giró, sorprendida por la facilidad con la que el hombre la había rescatado. Se sorprendió aún más cuando vio al gigante de casi dos metros que le dedicaba una mirada vacía, como la de una vaca paciendo tranquilamente junto a la carretera.

—Gracias —masculló, seca, viendo que su salvador tenía un perfil más propio de guardaespaldas de mafioso de opereta que de príncipe azul. Continuó su camino, altiva, casi ofendida, como si en lugar de haberla salvado de dejar su silueta en el suelo hubiera sido el culpable de su caída.

Jacobo, que estaba refrescando a su mujer con un tímido chorro de agua que caía oportunamente en la nuca, se quedó mirando al hombre. Al hacerlo, descuidó la manguera, que empapó la espalda de Laura.

—¡Jacobo! —le gritó ella, entre arcada y arcada.

—Perdona, cariño…

Jacobo cerró la manguera y se acercó al hombre, que había ido hacia estribor, desde donde miraba la línea de la costa alejarse poco a poco.

—Disculpe… Nos conocemos, ¿verdad?

El hombre le miró de reojo, incómodo.

—Creo que no.

—Es curioso… yo diría que sí. No se me puede olvidar alguien como…

Dejó la frase en alto, sin saber cómo terminarla sin resultar ofensivo. El hombre se acomodó sobre la barandilla sin volverse hacia él.

—¡Claro, la academia! ¡Usted vino a darnos un par de clases prácticas, de combate cuerpo a cuerpo! Ha pasado ya algo de tiempo, pero sabía que me sonaba.

Ante esa mención, el hombre no pudo obviar por más tiempo a Jacobo, al que miró con recelo.

—¿Usted es… policía? —preguntó, un tanto temeroso.

Jacobo le ofreció su mano.

—Inspector Jacobo Salgado.

El hombre dudó un segundo y respondió al saludo.

—Vicente Morales.

—¿De vacaciones?

—Algo así.

—Yo, de luna de miel. Aquélla es mi mujer. —Señaló hacia el torso que desaparecía a babor—. ¡Cariño! ¡Ven a vomitar a este lado, así te presento a alguien!

Laura se incorporó, movió la cabeza con esfuerzo para mirar a los dos hombres y la dejó caer de nuevo por la borda.

—Ella también es policía. Estudiamos juntos, así que se acordará también de usted. Venga, que se la presento.

—Déjelo, déjelo… se ve que no lo está pasando bien. Además… ya estamos a punto de atracar.

Jacobo se volvió hacia la proa. Tan sólo unos cien metros separaban la embarcación del muelle, en el que una persona parecía aguardarles, diligente. Santiago redujo la velocidad al mínimo.

El inminente final del viaje animó a Laura a recuperar fuerzas. Se incorporó y se llevó una mano al pecho, como si con ese gesto pudiera controlar las náuseas. Cerró los ojos, cogió aire y comprobó que su cuerpo volvía a ser suyo.

A su lado, el hombre de aspecto enigmático, por fortuna, había terminado su sándwich de atún y dedicaba los últimos minutos de travesía a tomar notas

en un cuaderno que descansaba sobre la barandilla. De vez en cuando, lanzaba furtivas miradas a la isla, para después volver a su bloc de notas.

Lo cierto era que le resultaba familiar. Laura lo observó unos instantes, suspicaz, como intentando situarlo en un contexto.

—Usted sale en la tele, ¿verdad? —se atrevió a preguntar.

—Mucha gente lo hace —respondió él, sin levantar la vista del cuaderno.

—Usted da el tiempo —aventuró Laura.

El hombre le dedicó una sonrisa desganada, sin dejar de escribir.

—No.

—La teletienda.

—No.

—Ese de los vídeos caseros.

—No.

—Los anuncios de colchones.

—*¡El otro lado!* —resolvió por fin, levantando la voz más de lo normal y dejando su cuaderno. Bajó el volumen e intentó disimular su molestia—. Se llama *El otro lado*…

—¡Eso es…! El programa ese de cosas raras. Fantasmas y crímenes truculentos. Rodrigo Gadea —remató, señalándole con el dedo, satisfecha por haber caído en la cuenta.

De pronto, borró la tímida sonrisa que se había dibujado en su rostro cuando reparó en algo.

—No habrá venido a documentarse, ¿verdad? Lo pregunto porque estoy de luna de miel, y como me diga que ha venido aquí por algo del programa me da algo.

—¿Luna de miel? —preguntó, extrañado. Ella asintió con la cabeza—. Primera vez en la isla, ¿verdad?

—Hasta ayer, ni sabía que existía…

En la cabina, Santiago detuvo el motor y salió a cubierta para proceder al amarre mientras la inercia les permitía recorrer los últimos metros, en paralelo al muelle.

—Un destino un tanto curioso, si me lo permite…

Rodrigo guardó su cuaderno y se dirigió a recoger su equipaje, sujeto a la cubierta por unas cinchas junto al resto de las maletas. Laura, desconcertada por su comentario, caminó lentamente hasta Jacobo, que recogía las maletas al igual que el resto de pasajeros.

En el muelle, Emilia amarraba un cabo que Santiago le había tirado desde el barco. El marinero liberó después un enganche para abrir una puerta por la

que los pasajeros fueron desembarcando. Laura y Jacobo fueron los únicos que se despidieron del hombre.

—Ha sido un viaje… inolvidable —dijo ella antes de trastabillarse al saltar el medio metro que la separaba del muelle. Emilia evitó su caída y la recibió con la mejor de sus sonrisas.

—Los señores Salgado y Lebrel, ¿verdad?

—Eso es —saludó Jacobo, estrechándole la mano.

—Entonces ya estamos todos. Acompáñenme, por favor. Santiago, ¿te quedas a comer? —preguntó al marinero.

Éste negó con la cabeza al tiempo que aseguraba el amarre.

—Engraso el motor y me voy antes de que llegue la tormenta.

Tanto los huéspedes como Emilia levantaron sus cabezas hacia el cielo despejado.

—Yo diría que va a hacer un calor de justicia… —apuntó Rodrigo.

—Diga usted lo que quiera —respondió el marinero, hosco.

Emilia, consciente de que Santiago no era el mejor reclamo publicitario para su negocio, apremió a sus huéspedes a subir al hotel. El marinero había sido el único capitán de barco dispuesto a realizar el trayecto entre Comillas y la Isla de las Gaviotas. Los demás a los que habían preguntado, o bien estaban demasiado ocupados faenando en las aguas de la costa, o bien preferían mantenerse alejado del islote, que, por alguna extraña razón, no despertaba demasiada simpatía entre la gente del puerto. Santiago, que se hacía a la mar a las cinco de la mañana, volvía a puerto a las nueve, momento en el que tenía que estar disponible para llevar y traer a los huéspedes. Sin embargo, el marinero, acostumbrado a la vida solitaria, era incapaz de trabajar de cara al público mostrando un mínimo tacto.

El grupo de huéspedes siguió su ascensión, guiado por Emilia. Antes de comprar la isla, aquel camino no era más que un estrecho paso de tierra que cubría los cincuenta metros de distancia entre el hotel y el muelle. Para que los clientes pudieran llevar su propio equipaje hasta el edificio y no tuvieran que contratar a un botones que se encargara de ello, Roberto la convenció de empedrar el camino y flanquearlo con unas farolas que lo iluminaran por las noches.

Tanto Morales como Rodrigo llevaban dos mochilas que cargaban sin problemas a sus espaldas, mientras que la mujer que había mostrado su desagrado con las náuseas de Laura en el barco llevaba una pequeña maleta con ruedas de la que tiraba con gesto malhumorado. Tras ellos, Jacobo sudaba

la gota gorda para arrastrar la maleta que su mujer había hecho la noche anterior.

Laura, por su parte, caminaba pendiente de sus tres compañeros de travesía, que escuchaban impasibles la amable descripción que Emilia les iba haciendo de la isla.

—¿Has visto qué caras tienen todos? Parece que vayan al matadero en lugar de a un balneario…

—Yo ahora mismo tampoco estoy para canciones de campamento… ¿Se puede saber qué has metido en la maleta?

Llegaron a lo alto de la colina, donde les recibió la imagen del balneario, como si se tratara de la casita de un cuento de hadas. Laura abrió los ojos de par en par, ilusionada.

Los otros tres huéspedes también parecían impresionados con la vista, aunque ésta no parecía despertar en ellos la misma ilusión que en Laura. Ésta rebuscó en su bolso y echó un vistazo a su teléfono móvil, para después guardarlo.

—Por aquí, por favor… —les guió Emilia. La directora les hizo pasar hasta la recepción, donde fueron firmando el libro de registro y les fue asignando sus habitaciones. Junto con las tarjetas de sus respectivos cuartos, les fue dando un pequeño folleto—. Aquí tienen todos los tratamientos que ofrecemos por ahora. Se incluyen dos gratuitos en el precio, por la inauguración. Si desean más información, no duden en pedírmela.

Ni Rodrigo ni Morales parecían interesados en los tratamientos. Ambos cogieron sus respectivas tarjetas y subieron a su cuarto, murmurando un «gracias» de pura cortesía. La mujer, a la que Laura vio firmar en el libro de registro con el nombre de Érica, sí pareció interesada en aprovechar la oferta del balneario, aunque lamentó la poca originalidad de los tratamientos de belleza, que no incluían ni *peeling* con caviar, ni rejuvenecimiento a base de capas de oro, ni hidromasaje al cava.

—¿Para las durezas de los pies hay algo? —preguntó Laura, una vez que llegó su turno.

Emilia sonrió aliviada al comprobar que no todos sus huéspedes tenían las expectativas tan altas.

—Por supuesto que sí. Si quiere, cuando deshagan la maleta, baje a verme y le recomiendo los tratamientos que le pueden venir mejor.

Laura consultó un instante su móvil y se dispuso a firmar en el libro de registro.

—Pensaba que estas cosas iban ya con ordenador… —comentó Jacobo, mientras ella estampaba su firma.

—Tengo el programa caído hasta la semana que viene, que vendrán a instalarlo de nuevo. Hasta entonces, me tengo que apañar con los métodos clásicos.

—Llámeme antigua… pero a mí me encanta lo clásico —afirmó Laura, con una sonrisa—. Curioso esto, ¿no cree?

—¿El qué?

—Sus huéspedes… —respondió señalando las entradas en el registro—. Somos la única pareja del hotel…

En efecto, tan sólo había una firma por habitación, a excepción de la suya.

—Bueno, hay otra pareja más, aunque él todavía no ha firmado… pero es cierto, los otros cuatro huéspedes han venido solos.

—La gente también viaja sola, para descansar… —apuntó Jacobo.

—¿A un balneario donde nadie reserva tratamientos? ¿Hace falta venirse tan lejos?

Jacobo, conocedor de la afición de su mujer por datos aparentemente triviales, cogió la tarjeta de su cuarto de manos de Emilia.

—Habitación número 2 —dijo Emilia, sonriente—. Se la había dado a otro de los huéspedes, pero prefería otras vistas.

—Igual imaginaba que vería montañas… —bromeó Jacobo.

—Nada más cambiarlo de habitación, entré a subir las persianas y airear un poco el cuarto. Está todo perfecto.

—Con que sea tranquila, me conformo —dijo Laura.

—Todas las habitaciones lo son. Lo único que podrá oír en ella es el mar.

Los gemidos se escuchaban como si la otra pareja estuviera en su propia cama. Laura y Jacobo intentaban deshacer la maleta sin prestar atención a los gritos ni al incesante golpeteo del cabecero contra la pared.

—Creo que ya sé por qué se quiso cambiar de cuarto el que estaba antes aquí —apuntó Laura, consultando de nuevo su teléfono—. Por lo menos, ya sabemos que los colchones no son de muelles…

—¿Se puede saber qué te pasa con el móvil? Lo has mirado ya tres veces en cinco minutos.

—Es que no hay cobertura…

—Pues genial. Lo último que quiero es a tu madre todo el día dando la murga.

—No es por mi madre…

—Ya. Martín.

—¿No te parece raro que no haya dado señales de vida? —Laura suspiró, cansada por el ajetreo ajeno, y empezó a guardar la ropa en los cajones del armario.

Jacobo se encogió de hombros mientras abría su neceser en el baño y disponía sus artículos de aseo sobre el lavabo. Allí dentro, los gemidos de la otra pareja reverberaban como si salieran por el hilo musical.

—¿Raro? Al contrario. Martín siempre ha hecho lo que le ha dado la gana. Los demás le importamos un pito.

—No digas eso…

En la habitación contigua, la joven ponía a prueba la resistencia de sus cuerdas vocales. Jacobo lamentó no haber llevado su arma para poder echar abajo la puerta contigua, esgrimiendo una posible agresión, dada la potencia de los gritos. Éstos dejaron paso a unos sonrojantes «sí, sí» y «más, más», lo que propició que el matrimonio intercambiase una mirada más que significativa.

—Luego deshacemos la maleta.

—Luego, sí.

—Vamos a dar una vuelta.

—O dos.

—O las que sean.

—Ya se cansarán.

—Dios te oiga.

Y salieron despavoridos de su cuarto.

Un huésped inesperado

Una hora después, los gritos continuaban. Laura planteó la posibilidad de que en el interior de la habitación se estuviera cometiendo un crimen, pero las risas ocasionales de la chica daban a entender que la agresión, por llamarla de algún modo, era mutua y en absoluto violenta.

Laura, incapaz de poner un pie en su cuarto, todavía no estaba del todo recuperada de la travesía a la isla, por lo que Emilia le recomendó que aprovechara para tomar uno de los tratamientos incluidos en la oferta.

—Un baño de barro le sentará de maravilla. El barro no sólo es exfoliante, también es relajante. Ahora mismo es lo que su cuerpo necesita para quitarse la sensación de mareo.

Emilia condujo a Laura hacia el sótano, donde se encontraban las salas de los tratamientos.

La planta inferior era si cabe más acogedora que las dos superiores. La melodía clásica del hilo musical subrayaba la sensación de bienestar que la decoración, elegante y natural, despertaba en el huésped. Las plantas de bambú convenientemente repartidas por las distintas salas se combinaban a la perfección con el ruido del agua procedente de dos pequeñas fuentes de motor eléctrico, que transformaban el sótano en un espacio zen dentro del que uno se olvidaba del resto del mundo. A pesar de no tener luz natural, varias lámparas ocultas tras cristales blancos daban una discreta y efectiva luminosidad, como si el suelo y las paredes tuvieran luz propia.

Emilia pidió a Laura que pasara al vestuario de una de las cabinas, se desvistiera y se colocara una de las prendas de papel que había sobre el banco.

—Emilia, tengo que decirle que su hotel es precioso. Tiene un gusto increíble —dijo, mirando hacia la puerta cerrada.

Al otro lado, Emilia disponía el preparado de barro que iba a aplicarle.

—Muchas gracias. Llevo unos cuantos años metida en este tipo de negocios. Éste es el tercer hotel que abro.

—Pues con los otros dos le tiene que haber ido muy bien, porque levantar esto no ha tenido que ser barato…

Laura, ya desnuda, echó mano de la cajita que descansaba sobre el banco que había dentro del estrecho vestuario. En su interior había varias prendas de papel, minúsculas, desechables y de difícil interpretación.

—Lo que no fue barato fue comprar la isla…

—¿Cómo dice?

—La isla, digo. Que también es mía.

La puerta del vestuario se abrió. Laura apareció desnuda, con la prenda puesta en la cabeza a modo de gorro y una expresión de incredulidad en su rostro.

—¿Que la isla es suya?

Emilia, al verla, hizo gala de su prudencia y apartó la mirada, mientras intentaba reprimir una risa.

—Laura… perdone que se lo diga… pero lleva un tanga en la cabeza.

—¿Cómo? ¿No es un gorro?

Emilia negó, divertida.

—Ya decía yo que había mucho hueco para meter las orejas…

Laura pasó rápidamente al interior y, abochornada, se quitó la prenda de la cabeza y cogió otra para ponérsela como correspondía.

Salió de nuevo y se tumbó en la camilla. Mientras Emilia le extendía el barro por la piel, Laura continuó su particular interrogatorio, gracias al cual se puso al día sobre los anteriores negocios de su nueva amiga y el triste fin de todos ellos. Emilia lamentaba en cierta forma haber compartido el dato de que era propietaria de la isla, pero la creciente complicidad con Laura le hacía bajar las defensas. Le habló de la misteriosa donación y de sus sospechas de que algún familiar lejano había estado al tanto de sus desgracias y quería darle los medios para que pudiera rehacer su vida.

No se decidió, en cambio, a hablar de las visiones que la sorprendían de continuo. Era aquélla una información que, de hacerse pública, decidiría a sus huéspedes a abandonar la isla, incluso a nado si era necesario.

Emilia le aplicó el barro en las manos.

—Si no le importa, esto se lo quito un momento —comentó, tocándole la alianza.

—Uy, sí, pero que no se me pierda. Era de mi abuela… o eso dice mi madre, que igual la compró en un baratillo…

Emilia dejó la alianza sobre el pequeño banco del vestuario, donde descansaba el resto de la ropa de Laura, y continuó aplicando el barro. Unos

minutos después, todo el cuerpo de la policía había desaparecido bajo una fina capa de lodo.

—Vamos a esperar unos minutos a que el barro se seque. Espere aquí tumbada. Ojos cerrados y mente despejada. Sólo relájese… Yo vuelvo ahora mismo.

Emilia cerró la puerta al salir, y Laura, obediente, no movió un músculo. La sensación de estar cubierta de barro de pies a cabeza era bastante desagradable en un principio, aunque poco a poco se iba olvidando de aquella segunda piel. La extraña herencia con la que Emilia había adquirido la isla rondaba su cabeza, al igual que la personalidad de los demás huéspedes del hotel, a los que le costaba imaginar en aquel sitio. Puede que Rodrigo y Érica hubieran ido hasta allí para alejarse del mundo y desconectar… pero Morales, el policía con el que Jacobo había estado hablando, tenía un perfil que no casaba con un lugar como aquél. No se lo imaginaba dando tranquilos paseos por la isla, o recibiendo un tratamiento de barro como el suyo. Pero ¿qué otros motivos podía tener para haber viajado hasta allí?

De pronto Laura oyó el sonido de la puerta al abrirse muy despacio. Unos tímidos y rápidos pasos se dejaron sentir a su lado.

—¿Se ha dejado algo? —preguntó con los ojos cerrados a la que suponía era Emilia.

Al no recibir respuesta, se atrevió a despegar un párpado y mirar de reojo. Le extrañó no ver a nadie junto a ella pero seguir oyendo en cambio los pasos. Sintió un ligero cosquilleo en la nariz y estornudó, lo que sólo podía significar una cosa. Se incorporó e hizo un pequeño esfuerzo para abrir bien los dos ojos, que parecían pegados a conciencia.

Allí estaba el perro, caminando tranquilamente de nuevo hacia la puerta, como si se hubiera equivocado de cabina y buscara la suya.

—Pero ¿qué haces tú aquí?

Al oír su voz, Bosi se giró, y Laura lo observó aterrada cuando vio un pequeño objeto brillando entre sus dientes.

—¡Mi anillo!

El grito y el salto de Laura desde la camilla asustaron al westy, que empezó a correr. Ella abrió la puerta del todo y salió tras él. El animal, a pesar de tener las patas cortas, era muy ágil y esquivaba cualquier intento de Laura por atraparle. Subió las escaleras, y ella, agobiada por la más que probable pérdida de su alianza, fue detrás sin ser consciente de que, tal vez, lo apropiado hubiera sido detenerse un segundo a coger un albornoz.

—¡Aquí, chucho! ¡Aquí!

El perro, asustado ante la visión de aquel extraño ser marrón y encorvado, llegó hasta la planta principal y siguió su ascensión hasta la segunda, buscando algún lugar en el que refugiarse, sin soltar en ningún momento la alianza.

Por fortuna, ni él ni Laura se cruzaron con nadie hasta que llegaron a la planta de las habitaciones, donde el pobre animal buscó refugio en un cuarto cuya puerta estaba entreabierta. Laura, sin dejar de estornudar, le siguió al interior.

—Tranquilo… tranquilo… sólo quiero mi anillo, ¿vale? Abre la boquita así…

Laura hizo el gesto mientras daba unos nada amenazadores pasos hacia él. El animal ladeó la cabeza, sin comprender. La policía aprovechó la confusión del animal para abalanzarse sobre él y enganchar con fuerza su alianza.

Bosi la soltó con un gemido y la policía dejó caer al animal, obligada por el más que esperable ataque de alergia. Cuando los estornudos le dieron tregua, Laura tuvo tiempo de ver dónde se encontraba. El cuarto en el que se había metido estaba vacío, y no parecía haber sido ocupado por ningún otro huésped. El colchón desnudo demostraba que ni siquiera estaba preparado. Dispuesta a salir de allí para meterse en su habitación y coger algo de ropa, asió el pomo de la puerta en el mismo momento en el que una voz en el corredor la sorprendió.

—Bogdana, ¿has visto a Bosi? —La voz parecía lejana, al contrario que la voz que le contestó, justo al otro lado de la puerta.

—No puedo estar todo el día pendiente de tu perro. Tienes que tenerlo atado, ya te lo he dicho.

Aterrada, Laura abrió el armario, rezando por encontrar alguna manta con la que poder cubrirse.

Suspiró aliviada.

En el interior no había ninguna manta, pero sí una pequeña maleta en la parte de abajo. Descorrió la cremallera y la abrió allí mismo, justo en el instante en el que Bosi, muy nervioso, empezaba a gemir.

—¿No lo oyes? —preguntó Olivia, acercándose a la puerta—. ¡Es Bosi!

—¡Ya se ha colado en una habitación! Por dejarme la puerta abierta…

Bogdana empujó la puerta y Bosi pasó corriendo a su lado entre el resquicio, lanzándose a los brazos de Olivia.

—¡Perro malo! ¡Qué susto me has dado! —le regañó con cariño.

—Como haya dejado pelos… —se lamentó Bogdana, pasando al interior.

Se detuvo de golpe cuando vio a una extraña mujer de piel oscura mirándola sonriente. Vestía una camisa de hombre que le venía enorme y unos pantalones que se tenía que sujetar con las manos.

—¡Ya decía yo que tardaban en hacerme la cama! ¡Pasen, las dejo solas! —dijo Laura, fingiendo naturalidad. Bogdana se fijó entonces en el barro que se iba desprendiendo de su piel, y que había dejado esparcido por toda la habitación—. Estoy en pleno tratamiento —puntualizó Laura—. Voy bajando, que ya lo tengo seco…

—Chicas, ¿por qué está toda la escalera llena de barr…?

Emilia entró a la habitación con la vista fija en el rastro de barro que había por el suelo. Cuando levantó la mirada y se encontró con Laura, vestida como una indigente, le costó reconocerla como la misma huésped que había dejado cinco minutos antes en la cabina.

—¿Laura?

—¡Emilia! Genial el tratamiento por ahora, ¿eh? Relajante —confirmó, extendiendo el pulgar de su mano derecha hacia arriba.

Las otras tres mujeres estaban igual de confundidas.

—Voy a por la fregona —dijo Bogdana, poniendo los ojos en blanco.

Olivia la siguió, sin soltar a Bosi, que se revolvía en sus brazos. Emilia y Laura se quedaron a solas en el cuarto.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que el perro ese tan mono, en el fondo es una urraca disfrazada. Lo siento, yo… me he encontrado corriendo desnuda por el hotel y no se me ha ocurrido otra cosa. Si me dice quién es la persona que se aloja aquí, iré a pedirle disculpas. Yo misma le lavaré esta ropa…

Emilia miró extrañada la maleta del armario.

—Aquí no se aloja nadie…

—¿Cómo?

—Sólo hay seis habitaciones ocupadas. Ésta no es de nadie.

—¿Y esa maleta?

Las dos mujeres se acercaron a ella. Buscaron alguna etiqueta con el nombre de su propietario, que a todas luces debía de ser un hombre, a juzgar por el tamaño de la ropa que Laura llevaba. Sin embargo, no encontraron nada. Cerraron prudentemente la maleta y la dejaron de nuevo en el armario.

Emilia la acompañó otra vez a su cabina, donde le preparó una ducha con la que librarse de la capa de barro. Mientras Laura se deshacía de su disfraz y volvía a ponerse su ropa, la directora del hotel preguntó a sus huéspedes masculinos si alguno de ellos echaba en falta una maleta.

—No parece ser de nadie… —comentó, incrédula, a la policía, cuando ambas se reunieron de nuevo.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Laura—. Si le parece, subimos y buscamos bien. Tiene que haber algún nombre por algún lado.

Emilia dudó un instante. Nunca había echado mano al equipaje de ningún huésped. Cuando aparecía una maleta olvidada, la guardaba en la recepción a la espera de que su dueño la reclamara. Pero aquélla era una situación un tanto inusual. Todos los huéspedes que esperaba habían ocupado ya sus cuartos, y todos lo habían hecho después de estampar su firma en el libro de registro.

—¿Qué hay del acróbata? El que está dale que te pego en la habitación junto a la mía… Él no ha firmado aún…

—Pero le vi al llegar. Llevaba también su maleta, y no era como ésta para nada.

Las dos mujeres acordaron que la única forma de salir de la duda era revolviendo en su interior. Laura volvió a abrirla y empezaron a disponer su contenido con cuidado sobre el colchón de la cama.

—No hay mucha ropa, apenas para un par de días… —apuntó Laura.

—Aquí hay unas iniciales bordadas… —dijo Emilia, enseñándole el bolsillo exterior de una camisa. En efecto, había dos letras cosidas sobre él: O. B.—. No son de ningún huésped…

—¿Qué es esto de aquí?

Un compartimento del interior estaba protegido por una cremallera, que Laura descorrió. Tras la tela, había un pequeño libro de tapa dura, con una ilustración aparentemente infantil en la portada, en la que un hombre vestido de negro y con un sombrero de copa cubría con un paraguas del mismo color a un grupo de niños que miraban al frente con gesto taciturno.

—*Los pequeños macabros* —leyó Laura—. Edward… Gorey…

Sintió un escalofrío recorriendo su espalda cuando comprobó que el rostro del hombre era en realidad una calavera. Aquel personaje no era un ser humano, sino que representaba a la Muerte.

—Menuda lectura para traerse a un balneario… —comentó.

—Aquí hay algo más… —mencionó Emilia, metiendo de nuevo la mano en el mismo compartimento. De él sacó una carpeta en la que alguien había escrito a mano la palabra «Flautista». Dentro sólo había un montón de papeles.

—¿Son partituras? —preguntó Laura.

—No… documentos… papeles viejos.

—Y ningún nombre…

—No entiendo nada. Esto tiene que ser de alguien.

—¿Seguro que sólo somos seis huéspedes?

—Contando a las parejas, ocho en total… Aparte de ustedes, los dos únicos hombres que hay son Roberto, mi novio, y Claudio, el cocinero. Los dos tienen sus equipajes en sus habitaciones.

—¿Y qué hay de Santiago, el del barco?

—Él no vive aquí…

—Pero habrá traído esta maleta en el barco, igual se acuerda de quién era…

Volvieron a guardar toda la ropa, al igual que el libro de ilustraciones. Emilia prefirió quedarse la carpeta con los documentos para poder estudiarlos con más calma e intentar encontrar así el nombre de su dueño. Bajaron a la recepción y Emilia dejó un instante la carpeta sobre el mostrador. Ella y Laura pasaron a la sala de la chimenea, donde Roberto parecía estar comentando con Érica las vistas que se disfrutaban desde allí.

—Roberto, ¿sabes si Santiago se ha marchado ya?

—Estará a punto. Hace un rato lo vi salir del cobertizo con una lata de aceite para motor. —Bajó la voz para que Laura y Érica no pudieran oírlo—. Por cierto, habrá que comentarle que deje de chuparnos la sangre. Este tipo está arreglando su barco a cuenta nuestra.

—Trabaja para nosotros…

—Y para más gente. ¿Qué te crees, que se pasa el día esperando a que haya huéspedes a los que traer? Ése es más listo que el hambre… Ahora va y me dice que le falta un bidón de gasolina. No tiene el recibo pero se lo tenemos que pagar de todos modos, ¿qué te parece?

Emilia le prometió hablar con él y volvió a la recepción acompañada de Laura. Allí se encontraron con Morales, detenido frente al mostrador, con la vista fija en la carpeta.

—¿Necesita algo? —preguntó Emilia con amabilidad, mientras guardaba la carpeta al otro lado del mostrador.

—No, yo… sólo quería saber cuándo abre el comedor. —A Laura no se le pasó por alto que aquel comentario sonaba un tanto improvisado.

—En media hora. Pero si desea comer antes…

—No, no. Media hora está bien. Gracias.

Morales se alejó desviando exageradamente la mirada del mostrador que con tanta atención parecía observar antes.

Emilia y Laura salieron del edificio y se encaminaron hacia la costa, bajando por el camino empedrado que esa misma mañana habían recorrido todos nada más llegar. El viento soplaba con más intensidad que entonces, y algunas nubes empezaban a pintar el cielo de un tono gris claro. La temperatura había bajado un par de grados y Laura se lamentó por no haber llevado ninguna prenda de abrigo a la isla.

En el muelle, Santiago estaba ya soltando los cabos para emprender el regreso a la Península.

—O me voy ahora, o no me voy nunca. La tormenta que va a caer será de las buenas…

—¿En serio? Yo sólo veo un par de nubes… —dijo Laura.

—Lo que se ve no es siempre lo más importante, ¿no cree?

Laura no tuvo más remedio que callar ante el acertado comentario del marinero.

—Santiago, ¿usted recuerda haber traído en su barco una maleta de cuero negra? —preguntó Emilia.

—Es muy nueva, brilla mucho —apuntó Laura—. Tiene unas ruedas pequeñas…

—Un tipo calvo —le interrumpió el marinero, brusco.

—¿Cómo dice?

—Un tipo calvo. Esta mañana, a primera hora. Le dije que se esperara a los demás, para no tener que hacer más viajes, pero tenía mucha prisa por llegar a la isla.

Emilia lo miró extrañada.

—¿Quién era?

—No sé. Uno de sus huéspedes, supongo.

—¿Por qué tenía prisa? —preguntó Laura, viendo que a Emilia le costaba procesar aquella información.

—Y yo qué sé. Me sacó un billete de cien para que no le hiciera preguntas. Se lo cogí y me callé. Lo dejé aquí mismo y luego me volví a por los demás.

—Yo no he visto llegar a nadie al hotel…

—Entonces deberían mirar mejor. Me he cruzado con él no hace ni diez minutos.

—Eso es imposible… no hemos parado de dar vueltas y no hemos coincidido con él.

—Pues habré visto un fantasma… —comentó, sin darle mayor importancia.

—No tiene usted aspecto de creer en fantasmas —dijo Laura, con una sonrisa.

El marinero dejó lo que estaba haciendo y las miró por primera vez desde que habían llegado al muelle. El hombre entornó los ojos, en un gesto que incomodó a Laura, sin que ella supiera muy bien por qué.

—No salgan del hotel cuando estalle la tormenta —concluyó, cambiando de tema—. Por su seguridad.

Se dirigió a la cabina y arrancó el motor. La embarcación se fue alejando marcha atrás mientras las dos mujeres permanecían en el muelle, intrigadas por la identidad de aquel misterioso huésped que, supuestamente, paseaba tranquilo por la isla pero al que nadie había visto aún.

Volvieron hacia el balneario. Laura lanzó una última mirada al barco de Santiago, que viraba ya para enfilar la costa de la Península.

Aunque se encontraba a unos cincuenta metros de distancia, Laura tuvo la sensación de que el viejo marinero las observaba con gesto preocupado.

Esperando la tormenta

—¿Calvo, dices? No he visto a nadie así… —comentó Jacobo.

—Ni tú ni nadie. El caso es que le acabamos de preguntar a Roberto, el novio de Emilia, y él sí recuerda haber cursado una reserva de un huésped más, Óscar no-sé-qué. Lo cierto es que sus iniciales coinciden con las de la ropa de la maleta…

—Pues caso cerrado… —dijo él, intentando disfrutar de las vistas a pesar de la cháchara de su mujer.

—Sin embargo, su firma no aparece en el registro…

Jacobo se encogió de hombros.

—Como llegó sin avisar, seguro que entró al hotel, no vio a nadie y dejó la maleta en la primera habitación que encontró abierta. Ahora estará dando una vuelta por ahí.

—¿Quién hace eso? Meterte en una habitación cualquiera y dejar tu maleta…

—Tenía prisa, os lo dijo el capitán Ahab…

Laura chasqueó la lengua, nada convencida. Miró a su alrededor, como esperando ver aparecer a aquel misterioso huésped. Ella y Jacobo habían salido a dar una vuelta por los alrededores del balneario, antes de que la tormenta de la que Santiago les había advertido les impidiera dar un paseo en condiciones.

—Son cuatro nubes y un poco de viento. Aquí no va a caer ni una gota —afirmó Jacobo, arrugando la nariz mientras miraba al cielo.

—Dijo que va a ser de órdago…

—A la gente del campo y del mar les encanta darnos lecciones sobre el tiempo a los de ciudad. Esta tarde se despeja, te lo digo yo.

Continuaron caminando, siguiendo un sendero de piedra que rodeaba el edificio. Un proyectil blancuzco cayó a escasos centímetros de los zapatos de Jacobo.

—Coño con los pájaros… —murmuró, mientras observaba desconfiado a las gaviotas—. Están por toda la isla.

—Parecen nerviosas, ¿no?

Pasaron cerca del edificio auxiliar, que continuaba vallado por seguridad.

—Hace un rato estuve hablando con Roberto —comentó Jacobo—, y me ha dicho que eso de ahí debía de ser donde dormían antes los empleados del viejo hotel.

—¿Y por qué les iban a construir un edificio tan apartado del principal? ¿Por qué no hacer un ala nueva en éste?

—Igual ya estaba antes de que levantaran el primer hotel.

—Anda, mira… —dijo Laura, acercándose a una ventana a través de la cual se veía trabajar a Claudio, moviéndose con velocidad entre los fogones —. Qué envidia de cocina… eso es lo único que no me gusta del piso que queremos, que tenga cocina americana. Prefería una independiente, con una isla en medio y con un congelador aparte de la nevera…

—Te recuerdo que yo tengo un pie en la calle. Ni siquiera sé si podremos hacer una oferta por ese piso… Pero por ahora no le demos vueltas, ¿quieres? —Se giró hacia el mar—. Estamos de luna de miel. Disfruta de las vistas, del aire puro, del olor del mar, del… ¿se puede saber qué haces?

Laura tenía la nariz prácticamente pegada a las bisagras de la ventana.

—¡Laura…! —insistió su marido—. ¿Qué estás mirando?

—Aquí hay unas marquitas, ¿lo ves? Como si lo hubieran cubierto con cemento…

En efecto, alrededor de la ventana había cuatro pegotes grises que pasaban casi inadvertidos entre el granito.

—¿Y? —preguntó Jacobo, inquieto.

—Es como si las ventanas…

Laura se detuvo a mitad de frase y se giró hacia su marido, con una enorme sonrisa en el rostro.

—Nada. Vamos a comer, ¿te parece? Eso de ahí dentro huele demasiado bien como para estar de paseo.

Cogió a su marido del brazo y se encaminaron al interior.

—Luego por la tarde nos podríamos acercar al faro —sugirió Jacobo—. Roberto me ha dicho que es precioso. Aunque allí anidan las gaviotas, nos van a poner perdidos…

Al doblar la esquina Laura volvió a mirar no sólo la ventana que le había llamado la atención sino también el edificio abandonado, que parecía esperar pacientemente el momento de venirse abajo.

Tres palabras de las que no se podía desprender cruzaron su mente.

«Un viejo hotel…».

La comida era incluso mejor de lo que su aroma prometía. Claudio había elaborado un menú sencillo pero imaginativo, nutrido principalmente de los distintos pescados que el propio Santiago les llevaba a primera hora de la mañana. Lubinas y sargos eran los platos estrella, pero también había espacio para las carnes a la plancha, a las que el cocinero parecía coger el punto con destreza.

—Pensaba que este sitio iba a ser todo de verduras e historias —opinó Jacobo, dando buena cuenta de una lubina al horno—. Con esto de que es balneario…

Laura, que disfrutaba también de su menú, no podía evitar pasear su mirada por los demás huéspedes, que se repartían por el resto de mesas: Érica, Rodrigo, Morales y un hombre al que Jacobo reconoció como Ángel Cruz, el candidato a presidir la Comunidad de Madrid a partir de las elecciones previstas para la siguiente semana.

—No entiendo qué hace aquí, en plena campaña… —comentó él.

Laura echó un ojo al político, que tan sólo levantaba la vista de su plato para lanzar furtivas miradas a través de la cristalera.

—Estará descansando antes de las elecciones… —supuso ella.

—¿Estás de broma? No se puede descansar a una semana del día clave…

Pero lo cierto es que el hombre tenía aspecto de cansado, al igual que el resto de huéspedes. Tal y como había comentado Laura nada más llegar a la isla, ninguno de ellos parecía disfrutar de su estancia allí. Se les veía, más bien, como si hubieran ido obligados. Morales y Érica comían en sus respectivas mesas, ella pinchando con desganado glamour una pírrica ensalada, que acompañaba con una bebida transparente que no debía de ser agua, y él dando cuenta de un filete al que miraba con sospecha. O tal vez la sospecha brillaba constantemente en sus ojos y el filete era tan sólo una víctima colateral.

Julia apareció en el comedor con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes que enseguida captó las miradas masculinas. Se acercó a la mesa de bufet, donde se exhibían el pan, las ensaladas y otros entrantes. Cogió un plato y empezó a llenarlo hasta los topes.

—Y se lo subirá a la habitación… —comentó Laura—. Van a estar todo el día con el deporte rey.

—El cuerpo humano no aguanta tanto…

—Si a las diez de la noche no se han callado, les tiro la pared abajo de los golpes que daré.

Julia consiguió mantener el equilibrio de la comida con la que había llenado el plato hasta rebosar y volvió hacia la recepción. Emilia se cruzó con ella y ambas intercambiaron una sonrisa que dejaba entrever los motivos que le llevaban a subirse la comida a la habitación. La directora fue saludando a sus huéspedes uno a uno, preguntándoles si todo era de su agrado. Los tres hombres asintieron y le dieron las gracias con sobriedad, pero Érica no podía pasar sin hacer una crítica constructiva.

—La comida es genial, cariño, pero dile al cocinero que no use pescado congelado.

—Es todo fresco, nos lo trae Santiago a primera hora del día.

Érica dio un trago a su ginebra hasta que los hielos se le quedaron pegados a los labios.

—Sé distinguir el pescado fresco del congelado, muchas gracias, y esto tiene de fresco lo que yo de camionero. Y ha debido de haber algún problema con la botella de champán en mi habitación, cuando llegué no estaba.

—No… no tenemos por costumbre recibir a los huéspedes con una botella de…

—Entonces, cariño, bórrame de vuestra lista de *mailing*.

—No hará falta. Me encargaré ahora mismo —dijo Emilia, sin dejar de sonreír.

Después, se dirigió a la mesa de Laura y Jacobo, cuya presencia pareció agradecer más que la de ningún otro.

—¿Todo bien?

—Todo estupendo. Por cierto, ¿hay noticias de ese huésped misterioso?

—Ninguna, sigue sin aparecer. He preguntado ya a todo el mundo y nadie recuerda haberlo visto… Yo estoy agotada, lo he buscado por todas partes.

—¿Por qué no se sienta un minuto? Así descansa las piernas… —le ofreció Laura.

Emilia valoró lo inusual del ofrecimiento, pero se desprendió de los formalismos y aceptó la invitación.

—Sólo un minuto, muchas gracias…

—Debería contar con alguien más que la ayudara. Sólo tiene a tres empleados, ¿verdad? —preguntó Laura.

—Sí. Pero sumados Roberto y yo misma, nos defendemos. Él lleva la parte administrativa y yo superviso el día a día, además de encargarme de los

tratamientos de belleza… Por ahora nos apañamos bien. Aunque no tenemos problemas de liquidez, Roberto prefiere ir controlando el gasto.

—Mi mujer me ha contado lo de la herencia… —comentó Jacobo en voz baja—. Lo que no entiendo es por qué comprar la isla entera para montar el balneario… ¿Fue una de las condiciones de los antiguos dueños?

—No, yo… la verdad es que ellos también se sorprendieron cuando les dije que quería comprarlo todo.

—¿Por qué lo hizo entonces?

Emilia bajó la mirada, un tanto incómoda no por la pregunta sino por la respuesta que se veía obligada a dar. Laura, viendo su reacción, le dio un codazo a su marido.

—No seas cotilla, anda…

—No pasa nada, entiendo sus dudas. Es sólo que… la respuesta es un tanto extraña.

—Somos policías. Vemos cosas extrañas todos los días —la animó Jacobo.

Emilia aún necesitó unos segundos más para reunir las fuerzas suficientes que le permitieran compartir aquella información.

—Voy a por mi manzanilla a la cocina y se lo contaré…

Emilia se levantó justo en el mismo momento en el que Roberto asomaba por la puerta. Ella se señaló la oreja y después señaló al techo. Su novio asintió con la cabeza y volvió a la recepción, mientras Emilia entraba en la cocina. Pocos segundos después, el hilo musical amenizaba los inminentes postres con una melodía clásica.

Una melodía que, al poco de comenzar, se vio interrumpida por un fuerte ruido de cristal al estrellarse. Todos se giraron hacia la mesa de Ángel, donde éste había tenido un percance con su vaso, que había caído al suelo, rompiéndose en pedazos.

Emilia salió rápidamente de la cocina. Se acercó a la mesa del político.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, es que… se me ha resbalado, nada más —contestó Ángel, tenso.

Claudio, que se había asomado al oír el ruido, apareció diligente con una escoba y un recogedor. Llevó además la manzanilla de Emilia, que ella le agradeció con una sonrisa.

—Ahora mismo le traigo otro vaso —dijo Emilia.

—No se moleste, ya he terminado —comentó Ángel, levantándose de la mesa.

Laura vio que aún le quedaba comida en el plato.

—¿No tomará postre?

Ángel negó con la cabeza y salió del comedor con paso ligero, azorado por haber llamado tanto la atención. Olivia terminó de recoger los trocitos de vidrio y Emilia se sentó a la mesa de Laura. Removió su manzanilla varias veces antes de atreverse a hablar.

—Les sonará raro… Yo no conocía esta isla hasta que la compré hace siete meses, pero la llevaba viendo durante años… en mis sueños.

Los dos policías escucharon con asombro la historia de Emilia y las misteriosas visiones que la asaltaban sin cesar. Lo hacía en voz baja, para no llamar la atención de los demás comensales.

—Les cuento esto porque me ha dicho usted antes que los dos son policías. Supongo que la idea de que aquí se hubiera podido cometer un crimen no les asustará como al resto…

—¿Por qué está tan segura de que es algo que ya ha sucedido? —preguntó Laura.

—¿A qué se refiere?

La policía se encogió de hombros.

—Las visiones, digo… ¿Por qué no pueden tratarse de algo que va a suceder en el futuro?

La naturalidad con la que Laura proponía aquella teoría no hizo que Emilia pensara en ello con menos angustia. Dio un trago a su manzanilla con mano temblorosa. Jacobo intentó quitar hierro al asunto.

—Lo más seguro es que habrá visto alguna noticia hace años de algo que pasó aquí, por eso las imágenes vuelven a su cabeza. Al final, todas estas cosas paranormales tienen siempre una explicación lógica.

Laura reparó en que, en la mesa contigua, Rodrigo giraba levemente la cabeza, interesado en la conversación tras captar las alusiones a algún elemento paranormal.

—Pero es todo tan vívido, tan real… Aunque en su día viera alguna noticia, ¿cómo es posible que al venir aquí tuviera la sensación de conocer esta isla como la palma de mi mano?

El interés de Rodrigo parecía ir en aumento, a juzgar por la inclinación de su cuerpo hacia la mesa de Laura, sobre la que acabaría cayendo de seguir así. Ésta decidió poner punto y final a la conversación.

—Bueno, en cualquier caso, este fin de semana al menos puede estar tranquila. Junto con Morales, ya somos tres los policías en la isla, así que no creo que haya ningún problema.

Emilia intentó dibujar una sonrisa, pero todo lo que consiguió fue una mueca un tanto grotesca. Forzó el gesto, pero aun así fue incapaz. Abrió los

ojos, como si pareciera sorprenderse de su reacción.

—Ya le he dicho que no hay de qué preocuparse… —insistió Laura—. ¡Ay, qué tonta, se está agobiando por momentos…! —mencionó divertida a Jacobo.

Éste, serio, dejó su servilleta sobre la mesa muy despacio, consciente de que algo raro estaba pasando.

—Emilia, ¿se encuentra bien? —preguntó.

La mujer se llevó las manos al cuello. Intentaba respirar, pero algo se lo impedía. Su piel se estaba tornando azulada cuando cayó al suelo.

—¡Emilia!

Jacobo saltó de inmediato sobre ella para auxiliarla. Rodrigo y Morales acudieron también en su ayuda. Érica, en cambio, permanecía en su asiento, petrificada, con un gesto de asombro grabado en el rostro.

—¡¿Qué ha pasado?! —preguntó Claudio, apareciendo rápidamente desde la cocina. Se agachó junto al cuerpo de Emilia, que empezaba a convulsionarse.

—¡No lo sé, estábamos hablando sin más y de pronto se cayó al suelo! —dijo Laura.

—¡Se está ahogando!

Mientras Jacobo le tomaba el pulso, Claudio le abrió la boca, pensando que tal vez tenía algo obstruyéndole la tráquea.

—No veo nada…

—¡Sólo estaba bebiendo, no puede haberse atragantado!

—¡Mi niña! —gritó Bogdana, apareciendo desde la recepción.

—¡Jacobo, se está poniendo azul! ¡¿Qué le está pasando?!

De pronto el policía pareció caer en la cuenta. Pidió a todos que se alejaran un par de pasos e incorporó a Emilia. Hundió dos dedos en su boca, provocándole un vómito reflejo. La manzanilla que había tomado justo antes de su caída fue expulsada de su estómago. Tras hacerlo, Emilia dio una bocanada de oxígeno, como si hubiera estado buceando durante varios minutos y saliera por fin a la superficie. Una tos nerviosa la sacudió justo después.

—Ya está, tranquila… tranquila… —le habló Jacobo con voz suave.

Bogdana la abrazó y empezó a acariciarle el pelo, para calmarla. Jacobo se sentó en el suelo, una vez pasada la tensión.

—Pero ¿qué le ha pasado? —preguntó Rodrigo, todavía afectado, como el resto de los allí presentes.

—Nada, se había atragantado. Un hueso de aceituna, creo… —contestó Jacobo, esquivo.

—Pero ¿no decían que sólo estaba bebiendo? —preguntó Érica, buscando el mueble bar para rellenarse el vaso de nuevo tras aquel desagradable espectáculo.

—Hay que llevarla a su cuarto —le dijo Jacobo a Bogdana—. ¿Me ayuda?

La mujer asintió, y entre los dos la levantaron y la sacaron del comedor.

—Los demás pueden volver a sus mesas, ya ha pasado todo. Regrese a la cocina —le indicó a Claudio, que no podía apartar los ojos de Emilia—, nosotros nos encargamos.

Ya en su cuarto, situado en la planta baja, Emilia iba recuperando el color tumbada en la cama. A su lado, Bogdana le pasaba por la frente un paño húmedo.

La puerta se abrió, dando a Laura en toda la cara. Roberto, sin reparar en ella, entró como una exhalación buscando a su novia. Se abalanzó sobre ella para cogerle la mano sin fijarse siquiera en Bogdana, que tuvo que hacerse a un lado para dejarle paso mientras lo taladraba con la mirada.

—¡Cariño! Me han contado lo que ha pasado en el comedor…

—No pasa nada, ya estoy bien.

—Me han dicho que ha sido por un hueso de aceituna…

—¿Aceituna? No, no estaba comiendo… —Emilia miró extrañada al policía, que tenía un gesto preocupado en el rostro—. ¿Y por qué al vomitar he podido respirar otra vez?

—Porque no ha estado a punto de morir atragantada… sino envenenada.

La propia Laura, que no dejaba de frotarse la nariz por el impacto de la puerta, miró a su marido con la misma extrañeza que el resto.

—¿Cómo dice? —preguntó Roberto.

El policía adoptó el mismo tono grave que utilizaba cuando estaba de servicio.

—He visto más casos parecidos. La asfixia, el color de la piel… y el hecho de que haya podido respirar después de vomitar la manzanilla me lo confirma.

—Eso no… no tiene sentido. ¿Quién iba a querer envenenarme?

—¿Quién le preparó la manzanilla? ¿Fue usted misma?

—No, yo… entré en la cocina a preparármela. Encendí la tetera eléctrica… y después salí un momento cuando al señor Cruz se le cayó su vaso…

Guardó silencio cuando comprendió la forma en la que iba a terminar aquella frase. Laura lo hizo por ella.

—… y Claudio llegó para recoger los cristales y le dio la manzanilla.

—¿El cocinero? —preguntó Roberto, rabioso—. ¡Sabía que ese tipo no era trigo limpio!

—¿De qué estás hablando? —Bogdana parecía ofendida—. Es un buen chico. Salió corriendo a ayudar a Emilia, al contrario que tú. ¿Se puede saber dónde estabas?

—En el despacho, trabajando —contestó él, ofendido.

Jacobo intentó reconducir la conversación.

—¿Qué quiere decir con que no era trigo limpio?

—No lo sé. Me ha dado mala espina desde que llegó ayer por la mañana.

—¿Esperaron hasta ayer para contratar a un cocinero?

—Lo teníamos contratado desde hace meses, pero ayer, justo antes de embarcarse con Santiago, se mostró indispuesto. Tuvo que ir al hospital. Una indigestión severa que ha estado a punto de perforarle el estómago. Y justo un par de horas después de su ingreso, Claudio nos llama pidiendo trabajo. Si eso no le parece sospechoso, que baje Dios y lo vea.

—Mucha casualidad… —comentó Jacobo.

Su mujer se mostró de acuerdo, aunque había algunos detalles de aquella teoría que no cuadraban.

—Se le veía preocupado cuando Emilia se cayó al suelo…

—Para que nadie sospechara de él —concluyó Roberto—. Quizá haya utilizado lejía, amoníaco o matarratas. Los guardamos en la despensa. ¿Podría haber usado algo de eso?

—Lejía y amoníaco no —explicó Jacobo—. Emilia se habría dado cuenta al primer sorbo. Pero el matarratas… hay algunos que los hacen sin sabor para meterlos dentro de la comida y que las ratas no noten la diferencia. El Racumin, por ejemplo, provoca efectos parecidos a los que ha sufrido usted.

Roberto dio una palmada y miró a Emilia con cara de «te lo dije», convencido de que ya tenían a su culpable.

—Voy a llamar a la policía.

—No hace falta que lo haga —dijo Jacobo—. Nosotros somos policías.

Roberto pareció sorprendido y entusiasmado a un tiempo.

—Entonces ¿a qué estamos esperando? ¡Vamos a ponerle las esposas a ese hijo de puta!

—¿Sin pruebas? —preguntó Laura.

—¡Ahí tienen la mejor prueba! —respondió, y señaló a su novia, aún en la cama—. Además, tenía acceso al veneno.

—Como el resto de nosotros —le interrumpió Laura—. Cualquiera podría haber entrado antes de comer a la cocina y echar el matarratas al agua de la tetera eléctrica.

—¿Cómo que «el resto de nosotros»? —quiso saber Bogdana, ofendida—. ¿Insinúa que todos somos sospechosos?

—Sólo digo que es pronto para señalar a uno en concreto.

—Esto es indignante —confesó Roberto—. Si ustedes no van a hacer nada, llamaré a alguien que sí lo haga.

Salió del cuarto furioso, abriendo la puerta de golpe. Jacobo y Laura no hicieron nada por detenerle, pero Emilia sí, fue tras él, preocupada por que pudiera cometer una estupidez.

Roberto pasó al despacho y marcó el número de la policía. Tras exponer lo sucedido de manera un tanto atropellada, el oficial al otro lado de la línea le indicaba que mandarían a alguien en cuanto pudieran. Al parecer, una nave industrial se había venido abajo a las afueras de Comillas y no había agentes que pudieran desplazarse hasta la isla. Por lo menos, no antes de que estallara la tormenta e hiciera la mar innavegable.

Mientras Roberto se enfrentaba verbalmente con el policía por su ineficacia, Emilia salió a la recepción para pedirles disculpas por la actuación de su novio.

—Comprenda que nosotros no podemos hacer gran cosa con las pruebas que tenemos hasta ahora —dijo Jacobo—. Lo que sí deberíamos es organizar una batida por la isla para encontrar a ese huésped misterioso.

—¿Óscar Blasco? —preguntó Emilia, sorprendida—. ¿Cree que pudo ser él?

—Por ahora, lo que creo es que se trata de la única persona que está en la isla y a la que nadie ha visto, salvo el marinero. Me parece sospechoso que ese tipo esté dando vueltas por aquí justo cuando usted está a punto de ser envenenada.

—También hablaremos con Claudio. Y sería bueno que nadie más aparte de nosotros cinco sepa nada del veneno.

—No se preocupe, no se lo dir…

Emilia dejó la frase a la mitad cuando se fijó en el mueble del mostrador. Pasó detrás y se agachó para ver de cerca los distintos estantes y cajones que ocultaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó Laura.

—No… Bueno, sí. La carpeta que dejé aquí antes, ya sabe… la de la maleta de ese huésped misterioso…

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Que ha desaparecido.

Un crimen rutinario

—¡Hombre, la del CSI! —dijo el inspector al ver aparecer la espigada figura de Lydia en el callejón—. Aunque tú estás mucho más buena que Grissom, eso por descontado.

La joven llevaba poco tiempo trabajando en la científica, y sólo había una cosa que la sacaba más de quicio que el hecho de que no la tomasen en serio por ser mujer y novata: que la comparasen con los personajes de esa estúpida serie de televisión. Le devolvió el cumplido con una mirada gélida.

—Con un par de miradas como ésa podrías acabar con el calentamiento global tú solita —prosiguió el inspector.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó ella, haciendo caso omiso de sus comentarios. El inspector la condujo al callejón donde habían encontrado el cadáver, una pequeña travesía que servía de tránsito entre dos calles principales cerca de la plaza de Tirso de Molina.

—Un crimen rutinario. Varón, sin identificar, de unos cuarenta años, asesinado de un golpe en la nuca, aunque eso nos lo tendréis que confirmar vosotros. Escondieron el cadáver entre las cajas de cartón.

—¿Por qué hay tantas cajas? —preguntó Lydia mirando a su alrededor. El callejón estaba literalmente hasta arriba de ellas; incluso les había costado abrirse camino entre los cartones hasta dar con el cadáver.

—Los chinos. Nos han colonizado —respondió el inspector señalando las calles que los rodeaban—. Son propietarios de todas las tiendas de ropa al por mayor que hay en la zona. Tiran los embalajes aquí. Y nadie hace nada, claro. Si por mí fuera los cogía y…

—¿Quién lo encontró? —dijo Lydia, cortando de cuajo el discurso que su compañero iba a soltar sobre la solución final que tenía ideada para terminar con la invasión amarilla y salvar el mundo civilizado. Si podía entenderse por civilización el estercolero en el que estaban metidos, claro.

—Un vecino de este portal, un escritor de novelas de ciencia ficción. Se ha obsesionado con las cajas, hay días que no puede ni entrar en casa. Suele bajar a hacer fotos para mandarlas al Ayuntamiento. Y esta tarde se encontró el regalito.

Lydia se acercó a mirar de cerca el cadáver. Rubio, bien vestido y bastante guapo. El cuerpo todavía estaba caliente, no debía de haber pasado ni una hora desde que lo mataron. Lydia palpó sus bolsillos: estaban vacíos.

—Un robo. Le han quitado todo: reloj, cartera, llaves. Y no es raro. Las cajas no son los únicos desechos que hay en el callejón: por las noches se llena de gente que viene a colocarse —aclaró el inspector, completando así la ficha mental que Lydia se había hecho del policía: machista, condescendiente, racista y sin conciencia social. Puede que las series y películas no estuviesen tan alejadas de la realidad como ella se creía—. Nos lo ha dicho también el chalado de las fotos, el escritor.

—¿Qué crees que hacía aquí la víctima? No parece del tipo de los que viene a consumir sentado en un portal, ni de los que se acercan a comprar droga…

El hombre se encogió de hombros, sin saber qué responder. Lydia inspeccionó el resto del callejón. El inspector la siguió, encendiéndose un cigarrillo. Lydia lo reconvino con la mirada.

—¿Se ha fumado más de ésos?

—Tranquila, tranquila, es el primero. Sé cómo va esto, no hace falta que hagamos la escena del poli cazurro que contamina el escenario del crimen y de la policía científica sabelotodo que es la única que conoce de qué va el rollo.

—No quiero hacer ninguna escena. Sólo pretendo hacer mi trabajo. Y que me dejen hacerlo.

Lydia se detuvo en una de las esquinas del callejón, junto a una tubería de desagüe que bajaba por una de las paredes. Allí había varias colillas amontonadas. Metió un par de ellas en una bolsa de muestras.

—¿Crees que son importantes?

—Si las fumó el muerto, sí. No sólo podrían ayudar a identificar el cadáver gracias a los rastros de ADN que encontremos en ellas. También podrían significar que estuvo aquí un buen rato, esperando a alguien. A su asesino.

—¿Crees que se conocían? ¿No es aventurar demasiado?

—Mira cómo lo mataron. Un único golpe, por la espalda. Y la víctima no lo vio venir, eso significa que confiaba en él. El asesino sabía dónde golpear, no es tan fácil desnucar a alguien con un solo impacto.

—También puede ser que estuviese esperando aquí, en la esquina, pero viniese alguien, un ladrón, un camello, un drogadicto, que le amenazara con un arma, lo obligara a entrar en el callejón y luego lo matara de un golpe.

—Imposible. El cadáver tiene una mano metida en el bolsillo. ¿Qué es lo primero que se dice cuando amenazas a alguien con un arma?

—¿Arriba las manos? —Lydia esbozó la primera sonrisa desde que llegó a la escena del crimen—. Parece que los muertos te desatan la lengua. Deberías mostrar el mismo interés por los vivos, nos harías a todos un favor.

—Y tú en cambio deberías probar a soltarle tus gracias a los cadáveres. Igual logras lo que Jesucristo: que echen a correr.

—¿Ves? Me gusta, comienzas a entender el rollo. Ahora seguimos soltándonos pullas y frases ingeniosas durante un rato, mientras la tensión sexual crece. Sabes que esto sólo puede acabar de una manera, ¿verdad?

—Sí. Con un expediente abierto por acoso sexual. Y tu suspensión definitiva en un par de meses.

—No me dirás que eres de las que no sabe apreciar un par de bromitas.

—No soy yo quien tendrá que apreciarlas, sino la junta sancionadora cuando escuchen la grabación —dijo Lydia mientras sacaba de su bolsillo una pequeña grabadora electrónica—. Está funcionando desde que llegué. No soy de las que toma notas.

El inspector se quedó paralizado, deseando que se lo tragara una de las enormes cajas de cartón que habían ocultado el cadáver. Lydia dio media vuelta y volvió a acercarse a la esquina donde había encontrado las colillas. Allí se quedó quieta, observando las paredes circundantes. Luego dio dos pasos e hizo lo mismo en la esquina opuesta.

—¿Se puede saber qué haces ahora?

—Sólo quería cerciorarme de una cosa.

—¿De qué? ¿De que el muerto sabía jugar a las cuatro esquinitas?

—No. De que era un experto en seguridad. De las cuatro esquinas de la travesía, eligió la única que es un punto ciego. Observa las cámaras que tienen tus amigos los chinos sobre las puertas de sus comercios —dijo Lydia mientras señalaba hacia arriba—. Cubren las dos calles que delimitan el callejón. Pero sólo hay una esquina que queda a salvo de su campo visual.

—La esquina en la que estuvo esperando. —El inspector estaba asombrado por los conocimientos que demostraba la novata—. ¿Y qué crees que significa?

—Que este crimen es de todo menos rutinario.

Una chica muy silenciosa

—Usted será recordado como el hombre que descubrió al asesino de los dados. Una justa recompensa para su trabajo, que muchas veces permanece en la sombra.

Montaner frunció el ceño y meditó qué responder a la periodista. O ésa era al menos la imagen que quería dar, ya que la respuesta la tenía escrita y memorizada desde el día anterior. Contó hasta diez y, suspirando, comenzó a recitar:

—No hago este trabajo para que se reconozca mi labor. Mi mayor recompensa es saber que esa persona no seguirá matando, que las familias de esta ciudad no tendrán que volver a preocuparse de que le ocurra algo a sus hijos si llegan tarde a casa.

—No sólo la gente ha apreciado lo que ha hecho. También sus propios compañeros. Ha sido ascendido a Jefe de la Policía Científica, y le han concedido una medalla al mérito policial.

—Sí, aunque no hay que olvidar que éste es un trabajo en equipo. Sin ellos, no hubiera podido hacer nada —dijo Montaner, señalando con la cabeza la sala que se extendía más allá de la ventana de su despacho. Por lo general, solía tener las lamas cerradas, pero hoy quería que sus subordinados le vieran dando la entrevista. Luego miró hacia su mesa, pensando si la placa en la que estaba escrito su nuevo cargo saldría bien en la fotografía del periódico.

—La policía ya había detenido a un sospechoso al que varios testigos reconocieron como el auténtico asesino. ¿Qué le llevó a usted a seguir investigando? Sus superiores habían dado por cerrada la investigación. Usted ha evitado que un inocente pase años en la cárcel —prosiguió la periodista.

—La verdad es la única razón de ser de mi trabajo. Leí el informe de los testigos y detecté ciertas discordancias. Nunca me he fiado de los reconocimientos faciales. El ser humano es subjetivo, pero las pruebas no. Y había algo que no me podía quitar de la cabeza… Todo el caso se sostenía

sobre la base de que el asesino mató a sus seis víctimas sin razón aparente, eligiéndolas al azar, jugando a los dados. Pero ¿y si no era así? ¿Y si había algo que las relacionaba? Al estudiar los informes de las autopsias, me fijé en que dos de las víctimas tenían empastes en algunos de sus dientes hechos con el mismo material, uno que no es muy usual, que ya está casi en desuso. Así fue como descubrí que todas ellas habían ido al mismo dentista. Y que éste era el auténtico asesino y conocía a todas sus víctimas.

Ahora llegaba la mejor parte de su actuación: cómo, tras comprobar que su suposición había sido acertada, reunió el valor para enfrentarse a sus superiores y decirles que se habían equivocado, que su detenido era inocente, que después de todas las ruedas de prensa que habían celebrado para proclamar su triunfo iban a tener que admitir con la cabeza gacha que se habían equivocado. Había preparado un monólogo heroico que esperaba que le abriera las puertas de la popularidad. Montaner pensaba que, ahora que los de la científica estaban tan de moda gracias a las series de televisión, podría convertirse en alguien muy famoso. Y puede que si conseguía impresionar a la periodista, ésta accediera a acabar tomándose una copa con él.

—La tarea no era fácil, pero las pruebas resultaban incontestables. Se trataba de la fe de estar haciendo… —Montaner interrumpió su discurso al ver que había alguien en la puerta—. ¿Se puede saber qué es lo que quieres, Lydia?

La joven policía le sacaba de sus casillas. Parecía no llegar a los sitios, sino materializarse en ellos como por arte de magia.

—Es urgente. Sobre el asesinato de esta tarde…

—¿No puede esperar unos minutos?

—No. Creo que deberías ver esto.

—Vaya a atenderla, no quiero que interrumpa su trabajo por mí —dijo la periodista.

Montaner no quería ir, pero ¿qué imagen iba a dar si desatendía el requerimiento de uno de sus agentes? De mala gana, salió del despacho y siguió a Lydia hasta su mesa.

—Ya puede ser importante, Martínez.

—Lo es. Más que una entrevista —replicó Lydia desafiante.

Ésa era otra de las cosas que le sulfuraban, que no se callaba.

—Lydia, sabes que el que podamos hacer bien nuestro trabajo depende del presupuesto anual que nos asignen. Y sin la publicidad adecuada se olvidan de nosotros. Esta entrevista era crucial para dar a conocer nuestro trabajo,

espero que no la hayas estropeado. Si el año que viene estamos realizando análisis forenses con el Quimicefa, la culpa será tuya.

La condescendencia de Montaner pareció no inmutar a Lydia, que prosiguió, inasequible al desaliento y a la estupidez de su jefe.

—Creo que el muerto era alguien importante. Alguien que trabajaba para el Ministerio del Interior. Comprobé las cámaras de seguridad colocadas cerca del lugar donde se cometió el crimen, para ver si podía distinguir a la víctima en alguna de las grabaciones. Y lo conseguí. Una de ellas, la de un parking cercano a la plaza Tirso de Molina, le grabó aparcando su coche allí esta mañana. Comprobé la matrícula, pero los datos del coche estaban restringidos. Por lo visto, el dueño del vehículo trabaja en el Ministerio del Interior. De hecho, las plazas de esa zona del parking están reservadas para los empleados de una división del ministerio que está cerca de allí, una ampliación de los archivos centrales.

—Bueno, ¿y? Pásales lo que tengas a los de la Criminal y te olvidas. Ése no es tu trabajo. Y no vuelvas a hablarme de este tema. Tenemos mucha faena acumulada.

Lydia asintió. Montaner volvió a su despacho, zanjando la conversación con ella. Tenía prisa por volver con la periodista ya que no estaba seguro de si se había dejado abierta la ventana del juego del buscaminas en la pantalla de su ordenador y no quería que ella lo viera. La agente se dirigió a su mesa, mirando a su jefe a través del cristal. Viendo lo pagado de sí mismo que estaba mientras hablaba con la chica de la prensa, no le iba a hacer falta leer la entrevista en el periódico al día siguiente para saber lo que diría. Y sobre todo, lo que no diría.

Que fue ella la que encontró las discrepancias en las declaraciones de los testigos en el caso del asesino de los dados. Que fue ella la que se dio cuenta de que los empastes de dos de las víctimas estaban hechos de un material que se había dejado de usar, ya que se creía que podía ser tóxico. Que fue ella la que escribió el informe, encontrando un mismo denominador común entre todas las chicas asesinadas: que iban a un mismo dentista, y que fue el propio Montaner el que le sugirió que no divulgara ese hecho de momento, hasta estar seguros de que habían encontrado al auténtico asesino y hasta poder manejar la situación de crisis y la mala prensa que iba a generar contra el cuerpo de la policía el haber detenido a un falso culpable. A Lydia no le quedó más remedio que callar cuando Montaner presentó el informe a sus espaldas, llevándose el mérito de la resolución del caso. Además, ¿qué iba a decir? Nadie creería a una novata recién llegada. Mucha gente le decía en

broma, al ver las horas que pasaba trabajando en el laboratorio, que parecía preferir la compañía de los muertos. Y no se equivocaban. Al menos ellos no podían apuñalarte por la espalda. Y tenían cosas mucho más interesantes que contar.

Como el cadáver que habían encontrado esa tarde.

Desobedeciendo una vez más a Montaner, Lydia descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿El Ministerio del Interior?

La excursión al faro

Los últimos tres días tendrían que haber sido los más felices en la vida de Laura. La boda era algo en lo que llevaba mucho tiempo pensando. Y respecto al viaje de novios, se había pasado semanas leyendo folletos sobre Isla Margarita, imaginándose tumbada en una hamaca, tostándose al sol del Caribe, tomándose uno de esos cócteles servidos en el interior de un coco o una piña y sonriendo cada vez que Jacobo metiera su tripa para intentar estilizar su figura cuando alguna joven turista (todas las que aparecían fotografiadas en el folleto parecían modelos) pasara junto a ellos. Pero todo se había torcido: la ceremonia había resultado ser un desastre; su llegada en autobús a la iglesia podía servir como anuncio promocional para la Empresa Municipal de Transportes de Madrid; su hermosísimo traje de novia, en vez de caer graciosamente sobre su cuerpo, lo había aprisionado como una de esas mallas que se ponen los deportistas para hacer aerobic; en el banquete de bodas había arruinado el futuro profesional de su marido al meter la pata ante uno de sus jefes más importantes, y en vez de en una playa en los trópicos estaba en un islote inhóspito, situado donde Cristo perdió el gorro, y rodeada de gente bastante extraña. Todo lo ocurrido se debía a un cúmulo de casualidades bastante desafortunadas, nada extraño teniendo en cuenta el caos que solía reinar en su vida. Pero para lo que no había ninguna lógica era para lo que Laura había estado haciendo en cuanto había tenido la más mínima ocasión: grabar con una videocámara dicha sucesión de catastróficos eventos. A pesar de que hubiera querido que las cosas hubiesen transcurrido de otra manera, no se resistía a no dejar constancia de lo sucedido utilizando el moderno y compacto aparato que su tía Mari le había dado como regalo de bodas. Ahora mismo estaba filmando el paseo que les conducía, a ella, a Bogdana y a Emilia, hasta el faro.

—¿Ha grabado muchas cosas? —le preguntó Emilia al ver a Laura guardando la cámara en su bolso.

La policía estaba cansada de que Bogdana, que caminaba unos pasos por delante de ellas tiesa como el palo de una escoba, estropeara por completo la composición de cada plano que intentaba filmar.

—Sí. A pesar de que las cosas no han salido tal y como esperaba, es mi viaje de novios. Un amigo de Jacobo montará el vídeo y le pondremos alguna música bonita para acompañar las imágenes. Algo romántico, una canción de Sergio y Estíbaliz o de Camilo Sesto.

Emilia hizo un esfuerzo para que su cara no denotara el espanto que le producían los gustos musicales de Laura. Sin embargo, el gesto no le pasó desapercibido a la policía.

—¿No se encuentra bien? —Lo malinterpretó—. No tenía que haber salido después de lo que le ha pasado esta tarde.

—Estoy perfectamente, no se preocupe. Si algo necesitaba, era tomar el aire.

Laura miró al cielo. Unos gruesos nubarrones avanzaban imparables hacia la isla.

—Tendría que haberme comprado una gabardina. Aunque nunca pensé que iba a necesitarla en mi luna de miel —dijo.

—Seguro que habrá alguna por ahí que pueda dejarle —le contestó Emilia —. Yo tengo siempre a mano este chaquetón. Con el tiempo que hace en esta isla, *nunca* se sabe.

Bogdana caminaba delante de ellas en silencio, mirando el faro que se encontraba todavía a una media hora de distancia. Tan concentrada iba en su objetivo, que no vio una piedra suelta en el camino y tropezó con ella.

—*¡Fute! ¡Rahat!* —aulló Bogdana en su idioma natal.

—¿Es vasca? —le preguntó Laura a Emilia al escuchar sus juramentos. Sus gritos habían provocado que unas gaviotas que estaban posadas cerca del camino emprendieran el vuelo.

—No, no —le respondió Emilia divertida—, es rumana. Lleva muchos años ayudándome, no sólo en casa, sino también en todos los negocios que abro.

—Se preocupa mucho por usted, parece muy fiel.

—Es como si hubiera consagrado su vida a protegerme. Cuando la conocí, la ayudé con el papeleo para que pudiera legalizar su situación aquí en España. Y también le presté algo de dinero para que ayudara a su familia, en Rumanía, porque estaban pasando por una mala racha. Y Bogdana no ha podido olvidarlo.

—Desde luego, se puede una sentir segura a su lado —dijo Laura mientras veía impresionada cómo Bogdana recogía la piedra con la que había tropezado y la lanzaba al mar sin dejar de jurar en rumano. La fuerza y precisión que demostró hubieran sido la envidia de cualquier lanzador de martillo olímpico—. Pero usted es también una mujer muy fuerte. Hace un momento, después de lo de la manzanilla, me sorprendió la sangre fría que demostró. No parecía muy asustada.

Emilia le sonrió, dudando si continuar hablando.

—¿Quiere que le cuente un secreto? No recuerdo absolutamente nada. Ni el haber tomado esa manzanilla ni el hecho de estar asfixiándome. Me acuerdo de estar con usted y su marido en la mesa, y luego despertarme en mi cama, con todos ustedes a mi alrededor, con cara de preocupación.

—Pues es una suerte, porque nos dio un susto bien grande.

—Estoy acostumbrada, ha sido otro de mis desmayos. Sufro dolores de cabeza muy agudos. A veces son tan intensos que incluso pierdo el conocimiento. No sé a qué se deben. Me han hecho mil pruebas, escáneres y todo lo que se pueda imaginar. Pero no han encontrado nada.

Bogdana escuchó estas últimas palabras y se acercó a ellas.

—Ése es el precio que tiene que pagar por su don.

—¿Qué don? ¿De qué está hablando? —preguntó Laura intrigada.

Emilia titubeó antes de hablar.

—De lo que le conté antes, de esas visiones que tuve sobre la isla y sobre la mujer que vivía en ella.

—Sí, he estado pensando sobre eso —dijo Laura—. Creo que he encontrado una explicación. Puede que hubiera visto la isla en fotos, o en algún reportaje, y que no lo recuerde, que se haya quedado en su subconsciente.

—La isla la ha llamado porque aquí pasó algo terrible, algo que necesita reparación —insistió Bogdana—. Emilia es muy intuitiva y ha captado las vibraciones de ese suceso sangriento.

—Eso no venía en los folletos promocionales de la isla —replicó Laura, sintiendo un escalofrío ante la convicción que ponía Bogdana en sus palabras. A continuación se dirigió a Emilia bajando el tono de su voz—: Si esta mujer se pasa todo el día diciendo esas cosas, no me extraña que le den mareos y se desmaye. No debería asustarla con esas historias.

Emilia se tomó un par de segundos antes de contestar.

—¿Sabe lo peor de todo, Laura? Que creo que tiene razón. De alguna manera sé que en esta isla pasó algo horrible y que no he venido aquí por

casualidad. Lo único que espero es que, en cuando Santiago vuelva con su barca, podamos irnos de aquí cuanto antes. Porque estoy convencida de que algo muy malo va a suceder —concluyó.

Laura abrió la boca para tranquilizar a la mujer pero algo le impidió pronunciar una sola palabra: no era una buena mentirosa y, aunque podría haber tratado de apaciguarla, sus ojos le hubieran demostrado a Emilia que ella también compartía esa convicción.

El visitante sigiloso

Cuando Emilia y Laura enfilaron el camino de grava que iba a dar a la puerta de entrada del faro vieron cómo Bogdana, que había llegado diez minutos antes que ellas, las esperaba junto a la puerta, más rígida que un as de bastos. Al acercarse a la entrada, la policía levantó la vista y observó la edificación. A pesar del cielo encapotado, la luz del día reverberaba en las paredes encaladas de blanco del faro, obligando a Laura a entrecerrar los ojos mientras lo contemplaba. Al ver la inmovilidad de la linterna que se erigía en su punta, recortándose contra las oscuras nubes que avanzaban en dirección sur, tuvo una sensación de mareo y creyó por un momento que el faro podía terminar desplomándose sobre ellas. La voz de Emilia la sacó de la abstracción en la que había caído.

—A pesar de que he soñado con el faro varias veces, nunca me he atrevido a entrar. Me da miedo lo que me pueda encontrar ahí dentro.

—No vamos a encontrar nada que no sean muebles viejos y polvo. ¿Tiene las llaves?

Emilia asintió, pasándole a Laura un llavero, quien las cogió ilusionada.

—¡Qué divertido! ¡Nunca había estado en un faro!

Iba a introducir la llave en la cerradura, pero en cuanto rozó la puerta ésta se abrió hacia dentro, sola.

—¡La puerta estaba abierta! —dijo, desconcertada.

Emilia la miró sin entender nada.

—No, no puede ser, yo tengo la única copia de las llaves.

Laura observó el marco de la puerta, a la altura de la cerradura. No había ninguna señal de que la hubieran forzado.

—No hay arañazos. El que entró lo hizo usando unas llaves.

—¿Pudo ser Óscar, el huésped que buscamos? —aventuró Emilia—. Y si fue él, ¿cómo es que tenía una copia de las llaves?

Laura se encogió de hombros mientras abría la puerta. En el interior, un pasillo a oscuras se extendía por delante de ellas. Olía a humedad y a cerrado.

—Hay polvo por todas partes —dijo Laura, pasando el dedo sobre la superficie de un aparador que había junto a la puerta.

Emilia la siguió con paso vacilante. Bogdana cerró la comitiva. Una vez dentro, oyeron un ligero crujido, como un arañazo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Emilia.

—Algún bicho. Una rata… —respondió Laura, muerta de asco.

Emilia encendió una linterna y la enfocó frente a ellas. En efecto, había un animal en el pasillo, pero para alivio de todas era una gaviota. Al sentir el haz de luz sobre ella, el pájaro se quedó quieto como una estatua. La linterna reflejó su brillo amarillo en los dos puntos negros de sus ojos.

—Seguro que ha entrado por alguna de las ventanas —observó Emilia, avanzando por el pasillo.

La gaviota no se movió de donde estaba y miraba fijamente a las intrusas, retándolas a avanzar. Cuando la mujer llegó a menos de medio metro de ella, el pájaro extendió sus alas y entreabrió su pico. Emilia hizo un movimiento brusco con la linterna en dirección al ave, la cual, al sentirse atacada, añadió unos desagradables graznidos a su postura defensiva. Por un momento, y dada la inmovilidad que contagió a las tres mujeres, parecía que la gaviota iba a salirse con la suya, pero Bogdana dio tres fuertes pisotones contra en suelo embaldosado. Las paredes del pasillo parecieron retumbar y el pájaro se replegó asustado. Y no era de extrañar, pensó Laura, temiendo que la onda expansiva de los pisotones provocara un derrumbe. Pidió a Emilia que alumbrara con la linterna a su alrededor. Dos puertas se abrían a cada lado del pasillo. Emilia entró por la que estaba a su izquierda. Era un pequeño dormitorio. Podía verse el esqueleto de una cama en una de las esquinas. A su lado, había una mesilla con una lamparilla volcada. En su tulipa de papel polvorienta podían distinguirse varios pájaros impresos. Laura se dirigió a una de las estanterías, donde encontró unos cuantos libros infantiles: cuentos y tebeos que, al hojearlos, la retrotrajeron a la época en la que ella era una niña y leía esas mismas historias.

—*Los cinco, Los siete secretos, Los tres investigadores*… —Fue repasando. Esos libros, en los que una pandilla de jóvenes se enfrentaban a enigmas indescifrables, aventuras peligrosísimas y villanos sin escrúpulos, habían sido los que despertaron la pasión de Laura por los misterios cuando tenía seis o siete años. Su padre se los había regalado y todavía los conservaba. Esperaba que, si algún día tenía hijos, ellos también heredarían

las maravillosas aventuras que contenían esas páginas y que tanto la habían inspirado a ella—. ¡Yo tenía la colección entera!

—Por lo que parece, aquí vivió un niño —dijo Emilia.

Laura asintió, colocando de nuevo los libros en su sitio y limpiándose con un pañuelo de papel el polvo con el que se había manchado las manos al hojearlos. A continuación, constatando que allí no había nada más de especial interés, salieron al pasillo y entraron por la puerta que estaba a la derecha. Emilia seguía iluminando su paso con la linterna. Ahora se encontraban en un salón comedor: una mesa en el centro, una chimenea frente a la que había una butaca, una estantería a un lado y un armario en otra de las esquinas. Bogdana se acercó a una de las ventanas, metió los brazos a través de los barrotes que la protegían y descorrió los pasadores de la contraventana. A pesar de que estaban medio oxidados y de que llevaban veinte años sin usarse, la rumana no tuvo mucha dificultad en levantarlos. La luz inundó el salón. Las tres mujeres tuvieron que entornar los ojos para habituarse a ella. Lo primero que llamó su atención fue la enorme cantidad de fotografías y dibujos al carboncillo de pájaros que colgaban de las paredes.

—¡Cuánto pájaro! —comentó Laura al ver todas las fotografías a la vez que se acercaba a las estanterías y comprobaba que todos los libros que había en ellas trataban sobre el mismo tema, la ornitología—. La persona que vivía aquí era toda una experta en aves. ¿Se encargaría también del mantenimiento del faro?

—No. Por lo que sé, el faro dejó de utilizarse a mediados de los años setenta. Un incendio lo dejó completamente inservible. Santiago me dijo que la familia que vivía aquí murió entre las llamas, pero eso tuvo que ser antes de que la mujer de mis visiones se trasladara al faro. Estoy casi segura de que fue ella la que restauró la edificación, aunque Santiago dice que no la recuerda. Pero creo que miente —dijo Emilia, preocupada mientras abría un armario. Dentro, varios abrigos, blusas y vestidos colgaban de las perchas. Las telas de todos ellos parecían acartonadas—. Definitivamente, aquí vivía una mujer —concluyó al ver el conjunto de las prendas.

Laura asintió y en ese momento reparó en una puerta que había en el salón, junto a uno de los armarios. La abrió y comprobó que daba a un pequeño baño. Entró y miró a su alrededor. El olor a humedad y a cerrado resultaba casi insoportable. Iba a salir cuando algo llamó su atención: una pequeña balda situada debajo del espejo, velado y sucio por el paso de los años. Sobre ella se alineaban varios efectos personales, viejos cosméticos resecos y

solidificados, un estuche con un juego de lentillas de cristal y algunas medicinas para el asma.

—¿Por qué le llama tanto la atención todo eso? —le preguntó Emilia, al verla tan pensativa delante de la balda.

—Es por todo. La ropa del armario, todos estos efectos personales de aquí… Mire estas lentillas, por ejemplo. Son de las que se usaban antes, de ésas que eran de cristal. Eran carísimas. ¿Por qué las dejaron aquí? Es como si la mujer que vivía en esta casa se hubiese tenido que ir a toda prisa.

—O como si la hubiesen matado —dijo Emilia, preocupada—. Por eso me ponía siempre tan nerviosa al venir al faro. De alguna manera, puedo percibir lo que le pasó a esa mujer.

Laura no supo qué contestarle. Emilia parecía empeñada en atormentarse al creer que esas visiones eran ciertas y no parecía haber manera de que pensara lo contrario. Salieron del cuarto de baño. Bogdana se reunió con ellas, procedente del pasillo.

—¿Has encontrado algo de interés por aquí abajo? —le preguntó Emilia.

—No. Al fondo está la cocina y un pequeño cuarto con una vieja radio de onda corta.

—¿Y funciona? —preguntó Laura, esperanzada.

—No lo creo, parece que no se ha usado en años, pero no se pierde nada por comprobarlo —respondió Bogdana.

Se disponían a salir cuando oyeron algo. Un crujido.

—¿Habéis oído? —dijo Emilia—. ¿Será la gaviota otra vez?

Las mujeres aguzaron el oído. En efecto, podía escucharse cómo algo se movía allí, en la casa. Y no era un pájaro. El sonido lo producía alguien andando furtivamente a muy pocos metros de ellas, sobre sus cabezas.

—¡Hay alguien más en el faro! —contestó Laura.

—Y camina como si no quisiera que le escucháramos —añadió Emilia, nerviosa—. No habrá traído su pistola, Laura…

—¿Yo? ¡Estoy de vacaciones! ¡Cómo me iba a imaginar que iba a necesitar protección en mi luna de miel!

—Contra los seres de otro mundo, esa protección no le hubiera servido de nada —sentenció la rumana.

—Estoy segura de que no habría sido a ellos a los que hubiera terminado disparando —le dijo Laura a Bogdana, a quien ya había abatido a tiros en su imaginación varias veces, desesperada y cansada de su cháchara sobrenatural.

Muy despacio, fueron saliendo del salón comedor. Los ruidos provenían del final del oscuro pasillo. A la luz de la linterna, pudieron ver dos puertas.

Una era la que daba a la cocina, por la que había salido Bogdana hacía poco. Y la otra, que estaba entreabierta, daba a unas escaleras de caracol, que debían ascender hasta la linterna situada en la parte superior de la torre. Alguien estaba bajando por esas escaleras.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Laura. Nadie contestó. Las mujeres se miraron, asustadas. Laura decidió volver a dirigirse al sigiloso visitante—: ¡Será mejor que salga, no nos obligue a entrar! —Laura intentó sonar convincente, pero la verdad era que no sabía qué decir. Había dicho las únicas frases que se le habían ocurrido, las que había oído mil veces en las películas policíacas.

En ese momento volvieron a oír las pisadas, cada vez con más nitidez, hasta que se detuvieron justo al otro lado de la puerta. Ésta comenzó a abrirse poco a poco. Las mujeres contuvieron el aliento mientras una silueta se perfilaba en el umbral.

—¿Se puede saber por qué gritan así? ¡Para ser una isla de reposo todo el mundo parece bastante atacado! —dijo Érica, deslumbrada por el haz de la linterna.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Y cómo entró en el faro? —preguntó Emilia, entre aliviada e intrigada.

—Vine dando un paseo, ¿qué tiene de malo? Y la puerta estaba abierta cuando llegué.

Laura miró a Emilia.

—Su inquilino debió llegar primero y dejar la puerta abierta —señaló con la cabeza la puerta por la que había aparecido Érica—. Por ahí se llega a la linterna del faro, ¿no?

—Sí. Subí porque quería ver el panorama y tomar un poco el aire —dijo la interpelada.

Las vaharadas de alcohol de su aliento probaban que aire no era lo único que había estado tomando. Laura se fijó en que las ropas de la mujer estaban manchadas de polvo y que había estado sudando. Además, manoseaba nerviosa un colgante que Laura no pudo llegar a ver con claridad.

—¿Ha estado buscando algo? Tiene el vestido muy sucio…

Érica se quedó descolocada por la pregunta. Se tomó un par de segundos antes de contestar.

—Había una estantería colocada delante de la puerta que da acceso a la torre, ¿ven? La corrí para poder subir.

Laura se acercó hasta la puerta que daba a las escaleras. Vio que Érica había dicho la verdad: una estantería había estado obstruyendo su paso y

había marcas en el polvo del suelo que probaban que había sido desplazada no hacía mucho. Pero algo no cuadraba en la historia que ella les había contado. Laura miró intrigada a la mujer.

—Si era la primera vez que venía a este faro… ¿cómo sabía que había una puerta detrás de esta estantería?

La pregunta de Laura produjo en Érica el mismo efecto paralizante que las inyecciones de botox que había comenzado a aplicarse hacía poco.

—Simplemente, lo supuse. Busqué la puerta, no la encontré y pensé que debía de estar ahí detrás —respondió al cabo de unos segundos, mientras se dirigía a la salida—. ¿Puedo irme ya o van a seguir jugando a los Ángeles de Charlie?

—Sí, claro, vuelva al hotel, no queríamos molestarla —dijo Emilia con amabilidad.

Érica salió dando un portazo que hizo caer una pequeña fotografía enmarcada que había colgada en la pared, junto a Laura. Al chocar contra el suelo, el cristal que la protegía se hizo añicos. La policía la recogió con cuidado, intentando no cortarse con los vidrios rotos.

—Más gaviotas —comentó a la vez que miraba la foto enmarcada que tenía en las manos—. Están por todas partes.

Desde la linterna del faro podía apreciarse la totalidad de la superficie de la isla. Al otro lado de ésta se alzaba el hotel. Bajo el cielo cada vez más oscuro, el edificio iba adquiriendo un aspecto siniestro. Laura vio una figura diminuta que entraba por la puerta principal. Se preguntó si sería Jacobo, y se dio cuenta de que lo echaba de menos, y eso que no habían pasado ni dos horas desde que se habían marchado.

Su cabeza no paraba de darle vueltas a qué podían significar todas esas historias de fantasmas que Emilia le había contado y qué papel jugaba la mujer del faro en todo ese embrollo. Pero había algo que Laura tenía muy claro, algo que le provocaba escalofríos cada vez que pensaba en ello. No eran los muertos los que más le preocupaban en ese momento. Los fantasmas no mienten, ni traicionan, no ocultan sus verdaderas intenciones, ni pueden llegar a hacer cosas terribles, como robar o matar. Viendo a Érica alejarse con paso apresurado del faro, Laura pensó que si algo le había enseñado su corta carrera como policía es que era de los vivos de quienes había que protegerse.

El oficinista discreto

—Nuño era una persona muy tranquila, la mayoría de las veces ni sabías que estaba aquí —dijo el jefe de sección con el que estaba hablando Lydia—. Todavía no puedo creerme que esté muerto.

Lydia no había perdido el tiempo. A la vez que delegaba todo lo que había descubierto a sus colegas de la brigada criminal, se dirigió al edificio de archivos dependiente del Ministerio del Interior en el que trabajaba la víctima. Gracias a un par de contactos, no le había costado averiguar su nombre, Nuño Hermida. Nacido en Madrid, llevaba trabajando desde hacía más de diez años como archivero en el ministerio, tras sacarse la correspondiente oposición.

—¿En qué consistía exactamente su trabajo?

—En reciclar la basura. —El hombre estaba encantado con la cara de perplejidad que se pintó en el rostro de Lydia, ya que estaba deseando soltar el discurso que tenía preparado para tales ocasiones—. Ustedes los policías son como excursionistas que se van de camping. Encuentran un crimen, un robo o el delito que usted prefiera, montan sus tiendas de campaña alrededor de él y luego se emplean a fondo: interrogan a testigos, hacen pruebas, piden análisis, solicitan órdenes judiciales, hacen fotos y forman montañas y montañas de pruebas documentales. En fin, todo lo que se le ocurra. Y después encuentran a su culpable, o no lo encuentran, para el caso es lo mismo. Lo que importa es que levantan el campamento y se marchan. ¿Y qué es lo que queda allí después de todo eso?

—¿El oso Yogui?

—No. Toneladas de basura. Papeles, órdenes, expedientes, citaciones, atestados… toda la burocracia que se necesita para conseguir que el sistema funcione. Y ahí entramos nosotros: ordenamos toda la basura, la catalogamos, la clasificamos y la guardamos. Hay edificios llenos de ella. Y muchas veces no sé ni para qué… —Mientras hablaba, el hombre condujo a Lydia hasta un pequeño despacho, vacío y aséptico, como todo en aquel edificio—. Aquí es

donde trabajaba el pobre Nuño. Como todos en esta planta, se dedicaba a escanear y clasificar expedientes, a informatizar el sistema.

Lydia se acercó a la mesa situada a un lado del despacho.

—¿Estaba trabajando en algo especial estos días?

—¿Qué tiene que ver eso con lo que ha pasado? Sus compañeros me dijeron antes que Nuño fue víctima de un robo.

—Ante un homicidio hay que contemplar todas las posibilidades.

—Para dejar tras de sí más papeleo inútil. —Ante la mirada que le dirigió Lydia, el hombre decidió que ya era hora de cambiar el disco—. No, Nuño no trabajaba en nada especial. Nadie aquí trabaja en nada especial. Nuestro trabajo no sólo parece aburrido… sino que además lo es.

—Esta tarde, ¿pasó algo extraño? ¿Se comportó como siempre?

—No lo sé. Como nunca decía ni mu… Hoy estuvo dedicándose a sus tareas, como todos los días. Y a eso de las cuatro vino a verme para pedirme el resto del día libre. Dijo que se encontraba mal y que quería irse a casa. Y por su aspecto tenía toda la razón. El hombre estaba blanco como esa pared.

—Sabemos que vivía solo, que no tenía familia… ¿Alguno de los que trabaja aquí intimó con él?

—No, que yo sepa. De hecho, tenía fama de tipo raro, no se relacionaba con nadie. —El hombre señaló a una joven que sacaba unas fotocopias justo al lado de la puerta del despacho de Nuño—. Ainhoa era la que más hablaba con él, igual ella pueda serle de más ayuda.

Al escuchar su nombre, la interpelada se acercó a ellos. Tendría unos treinta años, el pelo muy corto y todo el aspecto de haber estado llorando. La camiseta y los vaqueros que llevaba contrastaban con la sobriedad en el vestir de todos los funcionarios con los que Lydia se había cruzado en aquel departamento.

—No era un bicho raro, simplemente iba a lo suyo. Que es lo mejor que se puede hace aquí —dijo la joven, mirando a su jefe con intención.

—¿Lo conocías mucho? —le preguntó Lydia con una sonrisa. Por fin se había encontrado con alguien que sentía algo de lástima por el compañero asesinado.

—No, no demasiado. Ya le habrán dicho que no llevaba mucho tiempo aquí. Pero era muy amable. A veces coincidíamos en la terraza donde salimos a fumar y hablábamos de películas, de lo que íbamos a hacer el fin de semana… No se metía en la vida de nadie, y eso es de agradecer, no suele ser la norma —continuó Ainhoa y volvió a mirar a su jefe.

—¿Vino alguien a verle durante la mañana?

—No. Usted y los otros policías de antes han sido los únicos que han aparecido por aquí hoy —contestó la chica.

—¿Le importa si echo un vistazo por aquí? —inquirió Lydia señalando el despacho de la víctima.

—Claro que no —le dijo el jefe con una sonrisa, que se desvaneció al mirar a Ainhoa—. Puedes volver a tu sitio, no te necesitamos.

El jefe salió del despacho, no sin antes decirle que le avisara cuando terminara. Lydia encendió el ordenador de Nuño. Diversas carpetas fueron apareciendo sobre el fondo de pantalla, en el que se podía ver una foto de la víctima posando abrazado a un perro labrador junto a un estanque, vestido con pantalones cortos de deporte y una camiseta.

«Parece que los policías no somos los únicos que nos dedicamos a ir de excursión», pensó Lydia, recordando el discurso que le había soltado el jefe de sección. Se armó de paciencia y fue abriendo los archivos que estaban en el ordenador. Como le habían informado, todos ellos consistían en documentos escaneados por el propio Nuño, quien también se encargaba de colocarlos en el archivo central de la intranet del Ministerio del Interior. Eran expedientes y más expedientes de casos criminales. Leyéndolos por encima, Lydia comprobó lo aburrida que resultaba la labor que ella misma desempeñaba todos los días cuando era traducida a la prosa objetiva, fría y seca de la burocracia. A continuación echó un vistazo al historial del ordenador. Comprobó que Nuño era muy pulcro en su trabajo: casi no había hecho nada desde allí que no estuviese directamente relacionado con el ministerio y con su labor clasificadora. Pero algo sí que le llamó la atención. El historial estaba ordenado por días. En él se detallaba el uso que Nuño le había dado a su ordenador: los documentos en los que había trabajado, las páginas web que había visitado y las redes internas en las que había entrado. Lydia fue revisando todas las entradas de los meses previos. No había nada raro hasta tres semanas antes. Los horarios de trabajo de la víctima eran muy regulares: comenzaba a utilizar el ordenador a las diez de la mañana y apagaba el equipo a las siete de la tarde. Pero a partir de un determinado día, Lydia vio que Nuño comenzó a quedarse hasta muy entrada la noche. Había días en los que había apagado el ordenador a las doce de la noche. En otras circunstancias, esto no tenía por qué significar nada. Pero teniendo en cuenta que el hombre había muerto, todo cobraba importancia. Lydia fue chequeando, entrada por entrada, todo lo que había estado haciendo esos días. Nuño había accedido a la intranet del archivo central del ministerio, consultando expedientes que Lydia fue abriendo. Se trataba de casos de

homicidios de los años setenta, aparentemente sin ninguna conexión entre sí: varios asesinatos motivados por robos o celos, suicidios, accidentes de coche, desapariciones… La lista era interminable. Nuño debió consultar más de diez mil expedientes.

«¿Qué era lo que buscabas? Tenía que ser información sobre una muerte pero… ¿cuál? ¿Y para qué?», se preguntó Lydia a sí misma.

Y de repente, tres días antes del asesinato, el lunes de esa misma semana, la búsqueda había cesado. No porque Nuño hubiese encontrado lo que buscaba, sino porque, como pudo averiguar Lydia tras leer un correo electrónico que le habían dirigido desde el servidor central del ministerio, le habían denegado el acceso a dichos expedientes, habían restringido su búsqueda. En el comunicado no le daban ninguna explicación. Sólo que a partir de ese día las claves de seguridad habían cambiado y que no iba a tener acceso a ellas. El correo que Lydia leyó a continuación hizo que se le encogiera el estómago. Lo había escrito el propio Nuño. Iba dirigido al jefe de sección con el que había estado hablando antes de entrar. Era una queja por la decisión tomada de no dejarle acceder a determinados expedientes. A pesar de que se veían a diario, Nuño había querido que su protesta constara por escrito. Pero había algo más. Esta vez el hombre no se limitaba a pedir autorización para leer un grupo grande de expedientes. En el correo se refería a uno en concreto.

El AFX/123U24Y3/1978.

La contestación del jefe de sección no se hizo esperar: «Ese expediente está clasificado como materia reservada y un funcionario de su nivel no puede tener acceso a él».

Lydia imprimió el correo. Parecía que Nuño no iba tan a lo suyo como le habían querido hacer creer.

—Sí, yo he escrito este correo —dijo el jefe de sección, cuando Lydia le interrogó pocos minutos después—. Escribo correos así todos los días. Hay muchos expedientes clasificados a los que los funcionarios de esta sección no pueden tener acceso.

—¿Por qué? ¿De qué trata ese expediente?

—Lo único que sé es que está clasificado. Y me gustaría que me dijera qué tiene que ver con la muerte de Hermida.

—Estoy aquí para hacer preguntas, no para contestarlas.

—Sus jefes no piensan lo mismo. Acabo de llamarles. Usted no está adscrita a esta investigación, es de la división científica. A Montaner, su jefe directo, no le ha hecho mucha gracia saber que está usted aquí. Me ha dicho que le prohibió expresamente seguir con el caso.

Lydia no supo qué decir. Sabía que lo que había pasado podía costarle un expediente disciplinario que acabaría engrosando las estanterías de algún edificio parecido al que se encontraba.

—Tenía razón con lo que ha dicho antes. Ustedes se encargan de recoger la basura. Y el problema es que, cuando se quiere meter las narices en ella, apesta —respondió, mientras salía del despacho del jefe de sección.

Lydia estaba esperando el ascensor cuando Ainhoa se acercó a ella. La policía observó que la chica guardaba en su bolsillo un *kleenex* con el que acababa de sonarse.

—¿Se marcha ya? —le preguntó.

Lydia asintió mientras le dirigía una mirada cariñosa a la joven.

—Le apreciabas mucho, ¿verdad? —Ainhoa guardó silencio—. ¿Estabais saliendo? —insistió Lydia.

—Por favor, no se lo diga a nadie. Él quiso ocultarlo. —Antes de continuar, miró a su alrededor—. Pero aquí no podemos hablar.

—¿No es seguro? —le preguntó Lydia, intrigada.

—Antes, yo también pensaba que él era un paranoico, pero con lo que ha pasado, no sé qué pensar —dijo Ainhoa con voz angustiada—. Ahora me siento culpable por no haberle creído cuando decía que iban a ir por él. Pero escuche, ¿por qué no hablamos de esto en otro sitio? —La joven había ido bajando gradualmente el tono de su voz. Sacó una libreta y apuntó algo en ella, una dirección—. Espéreme allí dentro de dos horas. Y un consejo… no le diga nada de esto a nadie. Ni siquiera a sus jefes. No sabemos quién puede estar involucrado.

Una perfecta luna de miel

—¿Habéis encontrado algo? —le preguntó Jacobo a Laura en cuanto ésta entró en su habitación tras su excursión al faro.

—No, qué va. Ese hombre no estaba allí. ¿Y vosotros?

—Tampoco. Y eso que hemos registrado el hotel de arriba abajo, el edificio abandonado de detrás y el embarcadero.

—Pero ¿dónde estará? ¿Y si ha sufrido un accidente?

—No nos pongamos en lo peor. Ángel, el político, ha ido con Roberto a mirar por los acantilados que bordean la isla. Tampoco han encontrado nada. —Jacobo se fijó en que Laura sacaba de su bolso la videocámara y la dejaba sobre una de las mesitas—. ¿Has grabado muchas cosas?

—No… Hasta que me he dado cuenta de que el objetivo estaba por el otro lado, llevaba media hora grabándome la cara —dijo Laura con expresión de fastidio.

—No te preocupes por eso, se puede editar, borrar las partes que no nos interesen y dejar sólo lo bonito —la consoló él.

Laura le miró avergonzada, dudando si decir lo que le estaba cruzando por la mente.

—Entonces lo mejor sería borrarlo todo. Sé que es nuestra luna de miel y que te has tomado muchas molestias por venir aquí, pero… ¿cuándo crees que nos podremos ir de esta isla?

—No te preocupes, yo también quiero largarme lo antes posible. En cuanto vuelva el hombre de la barca, nos vamos con él —contestó, aproximándose a ella, intentando animarla—. Pero hasta entonces, podemos hacer unas cuantas cosas para entretenernos. —Y comenzó a besarla.

—¿Tú crees que nos devolverán el dinero del viaje? Nos vendría muy bien para ayudarnos a pagar la entrada del piso —dijo ella, respondiendo a sus caricias.

—Sí, claro, pero no hablemos de eso ahora. A la vuelta lo vemos —contestó Jacobo, quien no había dejado de besarla, deseoso de entrar en materia. Pero de repente se detuvo y se incorporó, como si le hubieran dado una descarga eléctrica—. No, no, esto no puede ser así.

—¿Qué te pasa?

—Que estamos en nuestra luna de miel —aclaró Jacobo—. ¿No debería ser algo especial? Con velas, música romántica y todas esas cosas…

—Tienes razón. De hecho, hasta tengo algo preparado para estrenar esta noche —dijo Laura con una sonrisa pícara.

—Ve a cambiarte mientras yo pongo un poco de ambiente por aquí —sugirió él con tono cómplice.

—¡Jacobo! ¿Cómo vas? —gritó Laura a través de la puerta del baño media hora más tarde.

—Bien, bien, en un par de minutos termino.

—Oye, una cosa. No enciendas muchas velas. De hecho, si puedes apagar unas cuantas y que no se vea demasiado, mejor que mejor —le pidió desanimada mientras se miraba en un espejo. Una vez había leído que Marlene Dietrich, ya en su vejez, había mandado quitar todos los espejos de su casa para no tener que ver su decrépito reflejo en ellos. Jamás hubiera pensado que podía tener algo en común con una de las musas más fascinantes del Séptimo Arte, pero ahora Laura desearía haber hecho lo mismo. Su hermana Verónica le había regalado un corpiño y un picardías para darle algo de color a la noche de bodas. Claro que, una vez se los hubo puesto, el color resultante parecía más el de una pintura negra de Goya que el de una estampa romántica. Había intentado quitárselos, pero las costuras se habían quedado tan incrustadas en su carne que no había manera. Para colmo, la presión estaba provocando que sus extremidades se fueran amoratando. Al verlas, a Laura le recordaron unas butifarras catalanas que habían comprado durante unas vacaciones que pasó con Jacobo en Castelldefels.

—Ya, ya puedes salir —gritó Jacobo.

Tomando aire e intentando tranquilizarse, Laura abrió la puerta y salió a la habitación. Jacobo la había llenado de velas por todas partes. En el equipo de música, Celine Dion cantaba una de sus canciones más famosas, el tema principal de la banda sonora de *Titanic*, uno de los discos favoritos de Laura. Sobre la cama, Jacobo había tirado algunos pétalos de rosa. Y en la mesilla

había una cubitera con una botella dentro y dos copas de champán. Jacobo le esperaba sonriente.

—No es champán, es sidra, que es lo que te gusta —le aclaró, solícito.

Laura, consciente de su aspecto ridículo, estaba nerviosísima, como si en vez de en su noche de bodas estuviese en su primera cita con Jacobo. Él se había tomado tantas molestias para que ese momento resultara perfecto y ella, en cambio, se había vestido como el muñeco Michelin. Sin poderlo evitar, se le saltaron las lágrimas de lástima por sí misma. Se fustigaba pensando que todo le salía siempre mal, que nunca estaba a la altura. Jacobo la miró, extrañado.

—¿Qué te pasa?

—Nada… —mintió Laura, ya que no quería que Jacobo se compadeciera de ella—. Es que es oír la canción de *Titanic* y ponerme a llorar —improvisó, mientras caminaba hacia él a pasos cortos, ya que las costuras le impedían andar con normalidad. Siguió hablando, diciendo lo primero que se le pasaba por la cabeza, cualquier cosa antes que reconocer que estaba hecha un adefesio—. Mira, Jacobo, a mí por mucho que me digan, en esa tabla en el mar también cabía Leonardo di Caprio. Ella, aunque estaba un poco gordita, le podía haber hecho sitio perfectamente. Pobrecillo, morir así, congelado, después de haber sobrevivido al hundimiento…

—¿De qué estás hablando? —le dijo Jacobo sin entender—. ¿Y por qué andas como las muñecas de Famosa?

—Perdona, es que esta cosa me tira en la ingle. —Laura no pudo más de dolor y se derrumbó—. Estoy hecha un cuadro, ¿verdad?

Jacobo, sonriente, la atrajo hacia él y la besó con fuerza.

—Nunca te había visto más guapa. Y ésta es la mejor noche de bodas que habría podido imaginar.

Laura respondió a sus besos secándose las lágrimas. Al cabo de unos segundos ella también comenzó a reírse, advirtiendo lo cómico de la situación. Abrazados, se arrojaron sobre la cama y se revolcaron sobre ella. Segundos después, Laura comenzó a toser con fuerza.

—¿Estás bien? —le preguntó Jacobo.

—Sí, no es nada, me he tragado un par de pétalos de rosa —respondió Laura, sacándoselos de la boca tras unos carraspeos que podían haber derribado la gran muralla china. Pero en ese momento, un grito, acompañado de un fuerte estrépito de cristales rotos procedente de la planta de abajo, les interrumpió—. ¡Es Emilia! —dijo Laura, reconociendo la voz e incorporándose—. ¿Qué es lo que le pasa? ¡Esta chica no gana para sustos!

Sin esperar a dar una respuesta, Jacobo se abalanzó sobre la puerta y se precipitó escaleras abajo. Laura le siguió, al ritmo que le permitía el body que llevaba puesto, que antes que por un sofisticado modisto parecía diseñado por la Inquisición española.

—Iba a servir algo de té aquí, en el gabinete, cuando vi la foto tirada en el suelo y me asusté… —dijo Emilia, algo más calmada.

Olivia estaba recogiendo los restos de la bandeja que había dejado caer su jefa al ver la fotografía. Laura la tenía ahora en sus manos. En ella, una mujer joven y morena miraba al frente, con ojos enigmáticos. Podía verse el faro al fondo, rodeado por unos parterres muy cuidados en los que alguien había plantado brezo silvestre, y algunas gaviotas posadas tranquilamente en la hierba.

—¿Por qué? ¿Quién es? —le preguntó Laura. Antes de bajar, se había puesto un albornoz para no someter, ni a Emilia ni a ninguno de los presentes, a más sustos innecesarios.

—Es la mujer que veo en mis sueños, la que vivía en el faro, la que murió —le contestó Emilia mirando de nuevo la fotografía con ojos desorbitados.

—¿Y qué hacía esa fotografía en el suelo? —preguntó Jacobo.

—No… no lo sé. Cuando encendí las lámparas del gabinete para traer el té, no estaba. Se le ha debido de caer a alguien en estos últimos minutos… —explicó Olivia cuando terminó de recoger los cristales rotos del suelo.

Laura y Jacobo miraron interrogantes al resto de los presentes, Érica, Julia, Rodrigo y Claudio, quienes negaron con la cabeza. Érica, muy nerviosa, estaba poniéndose una chaqueta.

—Qué frío hace de repente, ¿no?

—¿Frío? La calefacción está al máximo —le contestó Julia extrañada.

A Laura tampoco le pasó desapercibido el hecho y apuntó mentalmente el dato. Rodrigo se adelantó un par de pasos y se agachó junto al sillón en el que estaba sentada Emilia. Parecía muy interesado por lo que acababa de escuchar.

—¿Qué es eso de que ve a una mujer muerta en sueños?

Emilia suspiró antes de seguir.

—Qué más da que se sepa —dijo, mirando a Laura y cogiendo la fotografía de sus manos—. Este retrato prueba que tenía razón, que no estoy loca, que esa mujer existió.

Emilia le dio la fotografía a Rodrigo y le explicó todo lo que le había estado sucediendo los últimos meses, los sueños y las visiones de sitios y lugares que no había visto en la vida y que sin embargo existían.

—¿Y por qué dice que esa mujer está muerta? —le preguntó Rodrigo, intrigado.

—No lo sé, es una sensación que tengo. En mis sueños, alguien la acechaba y creo que ese alguien la terminó matando.

Rodrigo se quedó unos segundos callado, meditando sobre lo que acababa de escuchar.

—No es la primera vez que me encuentro un caso como éste. De hecho, es mucho más normal de lo que se imagina. —Puso la mano sobre el hombro de Emilia, en ademán tranquilizador.

Al oír que alguien le daba coba a la pobre mujer, Laura suspiró desesperada.

—¿Qué quiere decir con eso de que es normal? ¿Qué es lo que está pasando? ¿De qué conozco a esa mujer? —le preguntó Emilia a Rodrigo.

—Esa mujer, como usted bien dice, está muerta. Y lo único que quiere hacer es comunicarse con alguien.

—¿Y por qué se me aparece a mí? Vivo muy lejos de aquí. ¿No tenía a nadie un poco más a mano?

—Hay personas que pueden ver cosas que otros no ven. Pero el que no todos podamos verlas, no significa que no sean reales. Emilia, usted tiene una sensibilidad especial, tiene un canal de percepción más abierto que otras personas. Pero no es nada de lo que se deba preocupar, ni mucho menos asustar.

—Es como si tuviera esa banda ancha de internet que anuncian las compañías de teléfono… Sólo que la suya sirve para hablar con los muertos —aventuró Olivia.

—Sí, algo así —dijo Rodrigo, divertido.

—¿Y no existe alguna manera de que sea yo quien tome la iniciativa y hable directamente con esa mujer para que me cuente de una vez por todas lo que tenga que decirme? Estoy cansada de meterme en la cama todas las noches con miedo, pensando que voy a soñar con ella. Quiero acabar con este asunto de una vez por todas.

—Claro que hay un medio. Y yo voy a ponerlo a su disposición, Emilia. Esta noche, si usted quiere, desvelaremos el misterio de la mujer del faro. Podremos hablar con ella.

Un encuentro con el más allá

La débil luz de las velas iluminaba las caras de los que iban a tomar parte en la sesión de espiritismo: Rodrigo, Emilia, Bogdana, Jacobo, Laura, Érica y Julia. Bogdana no se había querido separar de Emilia mientras tenía lugar el experimento, a pesar de que se había manifestado muy en contra de él. Una cosa era escuchar a los muertos cuando éstos quieren hablarnos y otra muy distinta provocar el contacto mediante una sesión de espiritismo. Laura, a pesar de que no creía en estas cosas, sentía una curiosidad que la superaba, por lo que también decidió quedarse. Jacobo la acompañó, ya que la perspectiva de volver a la habitación y ponerse a quitar velas y limpiar los pétalos de rosa le parecía algo desalentadora. A Érica le daba igual lo que iban a hacer, lo único que contaba para ella era que junto a la mesa donde iban a celebrar la sesión había un pequeño mueble bar, que ya se estaba encargando de saquear. Julia, por su parte, hubiera subido a su habitación, pero su fogoso compañero se encontraba durmiendo, así que decidió no despertarle.

Se encontraban en el mismo gabinete en el que Emilia había encontrado la fotografía, sentados alrededor de una mesa camilla sobre la que Rodrigo estaba colocando, de manera circular, una serie de papeles rectangulares en los que había escrito las letras del alfabeto, los números del cero al nueve y dos palabras, sí y no. Emilia miraba la operación intrigada.

—¿Y esto funcionará? ¿No hace falta un tablero de güija?

—No he podido traer ninguna de mis tablas, pero este apaño servirá. He contactado muchas veces así con el otro lado —dijo Rodrigo muy serio y sin dar más explicaciones, como si fuera el sacerdote de un culto ancestral del que sólo él conociera los secretos, y de los demás necesitara únicamente su fe y su silencio, cosa que no parecían muy dispuestos a darle. Fuera, la tormenta estaba arreciando. Unos nubarrones más negros que la noche habían cubierto la isla por completo y no se sabía qué hacía más ruido, si el bramido de las

gigantescas olas rompiendo contra las rocas de los acantilados o los truenos que descargaba el cielo cada vez con mayor asiduidad. Cuando escuchaba uno de ellos, Laura se estremecía. Jacobo le pasó un brazo sobre los hombros para tranquilizarla.

—Si te da tanto miedo, ¿qué hacemos aquí? —le preguntó.

—No creo en estas cosas, pero a la vez me inspiran mucho respeto, y curiosidad. Además, en algo nos teníamos que entretener. Después de quitarme ese corpiño, tampoco estoy para muchos trotes.

—Si no nos centramos, me temo que no podremos contactar con nadie hoy —dijo Rodrigo, reconviniendo los molestos cuchicheos de la policía—. Y preferiría que no se comiera, bebiera o fumara durante la sesión —añadió, dirigiéndose a Érica, que se estaba terminando su tercer gin-tonic de la noche.

—No deberíamos estar haciendo esto —insistió Bogdana.

—¿Ahora nos sale con ésas? ¡Si lleva todo el día dando la murga con eso de que «hay que escuchar a los muertos»! —le dijo Laura.

—Hay que esperar a que ellos se manifiesten, no al revés. El espiritismo es un proceso diabólico con el que los espíritus toman el control de la situación.

—Bogdana, pareces el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Y ahora vamos a centrarnos —le pidió Emilia.

Rodrigo las miraba muy serio, esperando a que terminasen de hablar.

—¿Ya? —preguntó cuando se hubieron callado. Todos, salvo Bogdana, asintieron como colegiales obedientes. Rodrigo colocó un vaso de cristal en el centro de la mesa—. Ahora, pongan el dedo anular de su mano derecha sobre el vaso, cierren los ojos y respiren profundamente hasta que se hayan relajado por completo.

Los asistentes obedecieron. Laura se fijó en su dedo y en el de Jacobo, ambos con el anillo de casados.

—Qué raro se hace vernos con la alianza, ¿verdad? —le dijo ilusionada.

Jacobo le sonrió cariñoso y luego todos cerraron los ojos. Comenzaron a inspirar y espirar profundamente. Los sonidos de las respiraciones se fueron acompasando y los participantes de la sesión se dejaron llevar por su ritmo relajado. De vez en cuando algún trueno retumbaba, pero el sonido no les parecía tan ensordecedor como minutos atrás, así de concentrados estaban.

De repente, un ligero soplo de aire hizo vibrar las velas de la habitación. Todos abrieron los ojos de golpe, mirándose nerviosos. Vieron cómo las llamas temblaban.

—¿Por qué se mueven así? No hay ninguna corriente de aire, las puertas y ventanas están cerradas —dijo Julia, inquieta.

Rodrigo inspiró y se dispuso a hablar.

—¿Hay alguien ahí?

Un relámpago pareció puntuar la pregunta de Rodrigo. Todos contuvieron la respiración. En ese momento un extraño rugido empezó a sonar en la habitación. Comenzó de una manera tenue pero fue creciendo en intensidad hasta que pareció hacer temblar la mesa.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó asustada Emilia.

—Eso es el sonido de un ser que nunca ha sido humano —respondió Bogdana.

—No, perdón, son mis tripas —dijo Laura, avergonzada—. Es que esto de contactar con los espíritus sin haber cenado antes…

Jacobo sonrió a su mujer, pero fue el único apoyo que encontró la policía entre los asistentes. De pronto, un golpe de viento apagó una de las velas.

—Pero ¿de dónde sale ese aire? —preguntó Julia, cada vez más asustada.

Rodrigo los miró, con semblante solemne.

—Ya ha venido, lo noto. —A continuación, fijó la vista en la mesa—. ¿Hay alguien ahí?

El vaso pareció querer cobrar vida propia y comenzó a moverse, primero muy despacio y después cogiendo cada vez más velocidad. Se desplazó hasta el «sí».

—Pero ¿cómo ha sido eso? ¿Lo ha empujado alguien? —preguntó Érica. Miró a Rodrigo muy seria—. Ha sido usted, está montando uno de esos numeritos que hace en su programa.

—Puede marcharse si quiere. Pero le aseguro que aquí no hay ninguna trampa. La güija es un instrumento de comunicación que se utiliza desde hace mucho tiempo. Algunos sitúan su origen en la época egipcia —atajó el ocultista. Todos se miraron entre sí, incrédulos—. ¿Cómo te llamas? —preguntó a continuación, mirando fijamente la mesa.

El vaso se separó del «sí» y comenzó a dar vueltas por el tablero sin señalar ninguna letra en concreto. En cada vuelta aumentaba su velocidad, hasta tal punto que a los dedos de los presentes les costaba seguirlo.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó Emilia.

—No lo sé. Puede que esté desorientado o que no se quiera dar a conocer. —Rodrigo volvió a centrar su atención en el vaso—. ¿Hay alguien en concreto con el que quieras hablar?

El vaso cesó su recorrido errático y voló hacia el «sí».

—¿Esa persona está aquí presente?

El vaso reculó y volvió a abalanzarse sobre el «sí» repetidas veces.

—¿Puedes decirnos quién es esa persona?

Esta vez el vaso se detuvo unos segundos, como si el espíritu estuviese disfrutando de una pausa dramática. Poco a poco comenzó a moverse y señaló una letra, la W. Todos se miraron muy intrigados.

—¿La W? Aquí no hay nadie que responda a esa inicial. ¿Estás seguro?

El vaso volvió a señalar la W con rabia, como si estuviera enfadado.

—¿Qué quiere decir? No lo entiendo…

De repente, Emilia se puso lívida.

—No es a la W a la que está señalando, sino a mí —dijo. Efectivamente, ella estaba situada en ese lado de la mesa. Armándose de valor, preguntó—: ¿Es conmigo con quien quieres hablar?

«Sí», señaló el vaso.

—¿Quién eres?

—O, B… —dijo Laura mientras seguía los movimientos de la flecha.

—O, B. ¿Ésas son tus iniciales?

«Sí».

—¿Eres la mujer que vivía en el faro?

«No».

De repente, una sacudida hizo que Laura retirara su dedo del vaso. Su cara estaba blanca, y su palidez se multiplicaba a la luz de los relámpagos que se reflejaban en ella.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —le preguntó Jacobo preocupado.

—¿Es que no lo veis? ¡O, B! ¡Las iniciales de la maleta! ¡Son las del huésped misterioso! —dijo, muy asustada.

—¿Eres… eres la persona que ha venido hoy aquí a la isla? —siguió preguntando Emilia con un hilo de voz.

«Sí».

—Pero si estás hablando con nosotros a través de la güija es que estás… —Emilia no se atrevió a terminar la frase.

«Sí».

El espíritu podía ser muy poco visible, pero desde luego era muy perspicaz.

—Y… ¿qué es lo que quieres de mí?

El vaso salió disparado y empezó a señalar letras a velocidad de vértigo.

«Quiero que vengas a buscarme».

Todos se miraban con los ojos fuera de sus órbitas. Y sin embargo, ninguno se atrevía a levantar el dedo del vaso ni apartar la vista de la mesa.

—¿Dónde estás?

«Santo».

—¿Santo? ¿Eso es que estás en el cielo? —preguntó Emilia con inocencia.

«Santo, santo, santo», iba deletreando el vaso con una rapidez pasmosa. Los presentes entonces no podían saberlo, pero luego, cuando más tarde comentaron lo que había sucedido esa noche, descubrieron que habían sentido lo mismo en ese preciso momento: la rabia feroz del espíritu, o ente, o lo que fuera la cosa que estaba manejando el vaso al no ser comprendido por Emilia.

—No… no te entiendo. ¿Qué quieres decir con santo? ¿Estás en una iglesia? ¿En un cementerio? —proseguía Emilia, en quien se había producido un efecto extraño: cuanta más rabia denotaban los movimientos de la flecha, más envalentonada se sentía.

—Un momento, creo que sé a qué se refiere —dijo Julia—. Se refiere a un lugar. Esta tarde me fijé en un mapa de la isla que hay colgado en la pared del pasillo. Lo estuve mirando y vi que, cerca de donde está el faro, hay una pequeña cala. La Cala del Santo.

—¿Es ahí donde estás? ¿En la Cala del Santo?

«Sí».

—¿Quieres que vayamos allí? ¿Ahora?

«Sí».

—Pero ¿por qué?

«Peligro».

—¿Peligro? ¿Estás en peligro?

«No».

—Pero entonces, ¿quién está en peligro?

«Vosotros».

—¿Hay alguien que quiere hacernos daño?

«Sí».

—¿Quién? ¿Hay alguien más en la isla, alguien con quien no contamos?

«No».

—Pero entonces, eso significa que… esa persona que quiere hacernos daño, ¿está aquí, en este hotel?

«Sí».

Emilia fue mirando uno a uno al resto de los presentes, interrogándoles con la mirada. Laura, muy asustada, asintió con la cabeza, animándole a que siguiera adelante.

—¿Quién es esa persona? ¿Quién quiere hacernos daño?

De nuevo, el vaso se detuvo unos segundos. Todos contuvieron la respiración. Poco a poco, el vaso comenzó a moverse. Pero un manotazo

interrumpió su movimiento.

—¡Basta! —gritó Rodrigo, al tiempo que cogía el vaso y lo arrojaba contra el suelo. Le costaba respirar y unas gotas de sudor corrían por sus sienes.

—¿Qué le pasa? ¿Se encuentra bien? —le preguntó Laura.

—Ese espíritu… Lo… lo siento. Era una presencia muy fuerte, no podía soportarlo, me he asustado —dijo.

—O eso o no quería que supiéramos quién era la persona que quiere hacernos daño —apuntó Érica. Sólo le faltó señalarle con el dedo, como el fiscal de una película de juicios inglesa.

—No diga tonterías. Ese espíritu sólo estaba jugando con nosotros, se estaba alimentando de nuestro miedo —contestó Rodrigo tajante—. Y Bogdana tenía razón, a veces lo mejor es dejarlos en paz.

—Pero entonces… ¿por qué sabía lo de las iniciales de la maleta? ¿Y lo de la Cala del Santo? El vaso se movía muy deprisa, era imposible que ninguno de nosotros lo manejara —observó Julia.

—El experimento no ha salido como yo esperaba. Lo mejor será olvidarlo. Ya han pasado suficientes cosas por hoy —se defendió Rodrigo.

Emilia se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Yo no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Emilia, ¿qué va a hacer? —le preguntó Laura, temiéndose su respuesta.

—Voy a ir hasta la Cala del Santo. Quiero ver si es verdad que esa persona está allí esperando.

—Pero no puede salir con esta lluvia, es una locura.

—Hay una persona desaparecida en la isla. Si le pasa algo, no podré perdonármelo nunca —dijo Emilia con decisión mientras salía.

Jacobo miró a Laura.

—Creo que no deberíamos dejarla ir sola.

—Jacobo, ¿de verdad crees que puede haber algo allí, en esa cala?

—No lo sé. Pero de lo que sí estoy cada vez más convencido es de que corremos peligro. Y de que hay alguien que quiere hacernos daño —respondió, muy preocupado.

Una melodía fuera del repertorio

—Llevábamos varios meses saliendo. De hecho, fui yo quien hizo la foto que Nuño tenía como fondo de escritorio en el ordenador, la de la montaña —dijo Ainhoa.

Lydia y ella estaban sentadas en una pequeña terraza bajo el viaducto de la calle Bailén. Era de noche y quedaban pocos clientes: una pareja de novios que se besuqueaba en una de las mesas y dos turistas americanos que miraban en un mapa dónde quedaba la calle Cava Baja para acercarse a tomar una última copa. Ainhoa hablaba casi en susurros, mirando constantemente alrededor, temerosa de que alguien pudiese estar escuchándola. Lydia pensó que así lo único que estaba consiguiendo era llamar más la atención, pero no le dijo nada para no ponerla más nerviosa. Guardó su móvil tras ponerlo en silencio: Montaner llevaba llamándola sin parar las últimas dos horas.

—¿Y por qué no dijiste nada por la tarde, cuando fui a vuestras oficinas?

—Porque él no lo hubiera querido. Al principio no contamos nada a nadie porque lo nuestro no era oficial, y porque a nadie le interesaba, la verdad. Pero luego, conforme fueron pasando las semanas, la situación, en vez de ir normalizándose, se fue al otro extremo. Nuño cada vez tomaba más precauciones para que nadie supiera lo nuestro. Nunca salíamos juntos de la oficina, ni quedábamos en público. Venía a mi casa tras asegurarse de que nadie le seguía y nunca hablábamos por teléfono ni nos mandábamos mensajes de texto ni e-mails. No quería dejar rastro de nuestra relación.

—Perdona que te lo diga, pero todo eso suena a dos cosas: o a paranoico o a casado.

Lydia hubiera querido tener algo más de tacto al hablar con ella, pero la actitud de Ainhoa le parecía cada vez más exagerada. Se estaba comportando como si fuese «garganta profunda» y estuviese a punto de desvelar los entresijos del escándalo Watergate.

—Yo también lo pensaba al principio, y por eso le vigilé. Sé que está mal, pero quería saber qué le pasaba. Casado no estaba, eso seguro. Nos habíamos visto muchas veces en su casa y allí no había ni rastro de nadie más. Y respecto a lo de paranoico… ¿de qué podía tener tanto miedo? Así que un día que me quedé a dormir en su casa, registré los cajones de su mesa de trabajo. Quería saber si estaba en algún tipo de tratamiento psiquiátrico. Y ahora… Después de lo que ha ocurrido, me siento fatal por haber pensado que estaba loco.

Ainhoa se detuvo para contener un acceso de llanto. Lydia pensó que ojalá Nuño hubiese estado efectivamente loco. Eso habría significado que ni ella estaría ahora investigando su asesinato ni la otra mujer estaría llorando su muerte.

—Piensa que gracias a que le espiaste vas a poder ayudarme —le dijo la policía, sorprendiéndose a sí misma por tener este ataque de empatía, nada habitual en ella.

—No encontré ningún papel fuera de lo normal en sus cajones, pero en su ordenador portátil sí que descubrí algo. Tenía la página web de su cuenta bancaria abierta y pude observar los últimos movimientos. Aparte de su sueldo como funcionario, Nuño no tendría por qué tener otra fuente de ingresos. Pero, sin embargo, durante los dos últimos meses alguien le había ingresado más de veinte mil euros, en cuatro pagos realizados con dos semanas de diferencia cada uno. La fecha del primer pago coincide más o menos con la temporada en que comenzó a ponerse tan raro conmigo y a comportarse como si todos a su alrededor fuesen sus enemigos.

Lydia comenzó a atar cabos. Las fechas de las que le estaba hablando coincidían no sólo con el cambio de comportamiento de Nuño, sino también con algo más. Hacía ocho semanas que el funcionario había comenzado a investigar viejos expedientes de casos criminales de los años setenta, fuera de su horario de trabajo.

—¿Sabes quién le hacía esos ingresos? —le preguntó.

—No. Intenté sonsacarle algo, pero no me dijo nada. Y yo no le podía decir que había espiado entre sus cosas, claro. Pero un día en el trabajo oí una conversación que mantuvo con alguien por teléfono. Él había salido de su despacho y estaba hablando al lado del ascensor, junto a los lavabos. Yo salía del baño de modo que no pude evitar escucharle. Estaba hablando con un hombre, alguien que se llamaba Óscar. Le estaba diciendo que estaba sobre la pista, pero que estaba tardando más de la cuenta porque era material clasificado al que un funcionario de su categoría no tenía acceso.

—¡Estaban hablando de un expediente! —exclamó Lydia, confirmando sus sospechas—. ¡La persona con la que Nuño hablaba le había pagado para que buscara un expediente!

—Si era así, no sé de qué expediente se trataba.

—¿Puede ser éste? —le preguntó Lydia a la vez que le daba un papel con la referencia que había visto en el ordenador de Nuño—. Lo vi esta tarde mientras revisaba su ordenador.

—Sí, podría ser. Déjeme que le eche un vistazo —dijo mientras leía la referencia. Luego miró a Lydia con miedo—. Hay algo más. Nuño añadió que a partir de ese momento debían tener cuidado, que creía que, al buscar el expediente, había llamado la atención de alguien de arriba y que las cosas podían ponerse feas. Por eso actuaba como actuaba.

Las preguntas se agolpaban en la mente de Lydia. ¿Quién podría ser esa persona que estaba pagando a Nuño? ¿Y por qué quería mirar, sin pasar por los conductos oficiales, un caso que había provocado el recelo de una instancia superior del ministerio, un caso que llevaba archivado casi treinta años?

—Si revisamos su móvil, daremos con el tal Óscar —concluyó.

—No. Ya lo intenté. El móvil que Nuño usaba para hablar con él era distinto al que utilizaba habitualmente. Imagino que sería uno de esos de prepago. Nunca tuve acceso a él.

—Tuvo que ser una de las cosas que también le quitaron después de matarlo —conjeturó Lydia—. ¿Y qué pasó esta tarde? ¿Por qué se fue del trabajo de forma tan precipitada?

—No lo sé. La última semana la había pasado mucho más tranquilo. ¿Sabe lo que creo? Que consiguió el expediente para esa persona y bajó la guardia. Hoy estuvo todo el día normal, de hecho hasta me propuso ir de viaje el próximo fin de semana. Pero a eso de las cuatro recibió una llamada, también por ese teléfono que usaba para sus asuntos. Y después se fue, sin dar ninguna explicación.

—Seguro que esa llamada fue para citarle en el callejón que hay cerca de Tirso de Molina, donde lo mataron. Debió de ser alguien a quien conocía, alguien en quien confiaba.

—¿Cree que la persona que lo mató fue la misma que le pidió el expediente?

—No lo sé —respondió Lydia.

Las luces de la terraza en la que estaban sentadas se apagaron. Uno de los camareros les trajo la cuenta. El resto de los clientes ya se habían marchado.

—Se ha hecho muy tarde —dijo Ainhoa mientras se levantaba—. Intentaré averiguar todo lo que pueda sobre este expediente, el que buscaba Nuño.

—Pero ten mucho cuidado. —Lydia se sorprendió a sí misma diciendo estas palabras. Al iniciarse la conversación creía que Ainhoa estaba paranoica. Ahora, ella misma sentía también que algo estaba sucediendo, algo que debían manejar con precaución si no querían que acabara yéndoseles de las manos. De repente Ainhoa se detuvo. Una expresión muy extraña cruzó su cara.

—Acabo de recordar algo más, pero no sé si tiene que ver con el expediente o si es sólo una frase hecha.

—¿A qué te refieres?

—El día que escuché a Nuño hablando con la persona que le encargó buscar ese expediente, dijo algo muy curioso: «Hemos dado con una melodía que al flautista no le gustará tocar». ¿A qué cree que se refería?

Lydia sacudió la cabeza, con expresión de perplejidad. No había escuchado nunca esa frase pero, sin saber por qué, le produjo un escalofrío. Efectivamente, al flautista no le había gustado la música.

Y había llegado a matar por ello.

La Cala del Santo

La tormenta estaba en su apogeo. Del cielo oscuro caían toneladas de agua que imposibilitaban ver nada más allá de un par de metros. Emilia encabezaba la marcha, decidida. La seguían Laura y Jacobo.

—¿Es por aquí? ¡No se ve nada! —le gritó Laura.

—Sí, me conozco el camino como la palma de mi mano.

—Pero seguro que nunca ha salido a pasear en una noche como ésta —insistió Laura.

—En mis sueños, sí —contestó Emilia.

Intentaban ir a paso rápido, pero el viento que les golpeaba de frente dificultaba su avance. Al poco dieron con un sendero que bordeaba los acantilados. Laura se dio la vuelta y miró a Jacobo, que cerraba la expedición. El hombre intentaba taparla con un paraguas que el viento se obstinaba en arrebatarle.

—Jacobo, ¿tú qué crees que pasó durante la sesión? El vaso se movía tan rápido que era imposible que ninguno de nosotros lo empujara. ¿Era un espíritu de verdad? —le preguntó.

—No lo sé, Laura. Los fenómenos espiritistas han existido siempre, y de alguna manera la tabla de güija siempre funciona. Cuando éramos pequeños, unos amigos y yo también lo hicimos. Y funcionó. Aunque hay teorías para todo. Mucha gente piensa que no tiene nada que ver con los espíritus, sino con el poder de la mente —explicó él.

Un golpe de viento le arrebató el paraguas de las manos. Éste se perdió en la negrura en la que se hundían los acantilados. Laura pareció no darse cuenta, estaba más pendiente de lo que le había dicho su marido.

—¿El poder de la mente? ¿Como mover cosas con el pensamiento?

—Algo parecido. Y eso es lo que puede suceder en las sesiones de espiritismo, que alguien las esté dirigiendo al mover de una manera

inconsciente el puntero o el vaso. Pero no sé nada más, salvo que la próxima vez que quieras jugar a algo, mejor sacamos el Monopoly.

En ese momento Emilia se paró en un punto del camino del que partía un sendero de piedra que bajaba por la pared de un acantilado. La roca había formado unos escalones naturales.

—Aquí es. Allí abajo está la Cala del Santo —les explicó a los policías cuando éstos llegaron a su lado.

—¿Está de broma? No pretenderá bajar ahí con este viento, nos va a derribar —le dijo Laura, asustada.

Emilia miró impresionada los escalones de piedra naturales que tenía ante sí. Estuvo a punto de flaquear en su decisión cuando un relámpago iluminó la noche, y algo que vio en el fondo de los acantilados la detuvo. La imagen quedó impresa en sus ojos como si se tratara de una placa fotográfica.

—Allí abajo… ¡hay algo! ¡Lo he visto! —gritó.

—¡Yo no he visto nada! —contestó Laura.

—¡Era un hombre! ¡Era él, estoy segura! No tienen por qué bajar, pero yo sí pienso hacerlo —insistió obcecada mientras iniciaba el descenso.

Jacobo intentó sujetarla, pero fue demasiado tarde. Emilia le llevaba ya cuatro o cinco escalones de ventaja. Decidido y sin hablarlo con Laura, el policía se dispuso a seguirla así que comenzó el descenso. Atónita, Laura le agarró de la manga de la chaqueta.

—Bajo contigo, Jacobo —dijo.

—Laura, tú misma decías que era una locura.

—Me da igual. No pienso quedarme viuda en mi luna de miel. Si caemos, caemos los dos. Y ¡venga!, no hay tiempo para discutir —repuso Laura, con tanta convicción que Jacobo supo que nada iba a hacerla cambiar de opinión.

—Está bien. Mantente pegada a la pared y baja los escalones de uno en uno —le indicó mientras iniciaban el descenso.

Tal y como Jacobo le había aconsejado, Laura apretó su cuerpo todo lo que pudo contra la pared de roca. Cada vez que miraba abajo, sentía un mareo que la hacía desfallecer. Jacobo, también pegado contra la roca, extendió su brazo y cogió su mano.

—Vamos a hacer una cosa, Laura. Cierra los ojos muy fuerte y no se te ocurra abrirlos —gritó con todas sus fuerzas, para hacerse entender por encima del ruido del viento.

—¿Que los cierre? ¡Entonces sí que me voy a caer! —contestó ella, mirándolo como si hubiera perdido la cabeza.

—Tú hazme caso y fíate de mí —dijo con una sonrisa.

Tranquilizada por su seguridad, Laura asintió y obedeció.

—Esto no es peor que las escaleras de aquella buhardilla sin ascensor que nos querían vender cerca de Atocha —apostilló mientras cerraba los ojos y respiraba hondo.

El vacío que se extendía ante ella desapareció para dar paso a otro vacío, igual de negro. Pero al menos a éste lo podía controlar, estaba dentro de su cabeza y podía hacerlo desaparecer abriendo los ojos en cuanto quisiera. Centró toda su atención en inspirar y espirar profundamente y en ir tanteando con el pie hasta encontrar el siguiente escalón. Lo bajó con parsimonia.

—¿Ves como no es tan difícil? —la animó él—. Vamos. Y confía en mí, no pienso separarme de tu lado.

Laura asintió con una sonrisa, todavía con los ojos cerrados. Repitió la operación. Esta vez no le costó tanto. Y el siguiente escalón, menos todavía. Llegó un momento en que comenzó a repetir los movimientos de manera automática. Un escalón tras otro, un escalón tras otro. Laura dejó de llevar la cuenta de todos los que había descendido. Llegó un momento en el que Jacobo tuvo que detenerla.

—¡Vale, vale! ¡Que ya hemos llegado!

Asombrada, Laura abrió los ojos y vio que su marido tenía razón. Estaban en la cala. Las olas rompían con fuerza contra las rocas diseminadas en la orilla. Laura pudo ver que entre las oquedades de las rocas de la gran pared vertical que acababan de bajar había una serie de formas blancas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Gaviotas. Han buscado refugio de la lluvia —respondió él.

En ese momento, otro relámpago los iluminó. Su luz se reflejó en los cientos de ojos negros que los miraban desde las alturas de la pared rocosa. Emilia, que al ver que la seguían les había esperado al pie de la escalera rocosa, señaló en una dirección, hacia su izquierda.

—El hombre que he visto estaba por allí, detrás de aquellas rocas —dijo mientras echaba a correr.

Laura y Jacobo la siguieron. Vieron que se perdía detrás de una roca gigantesca varada en la orilla y a continuación escucharon un grito de terror. Los policías no tardaron en comprobar al llegar qué había causado tal reacción. Emilia estaba parada, de pie, con las manos a ambos lados de la cara y la boca todavía abierta. A sus pies, un hombre de unos cuarenta años estaba tumbado boca abajo. Una gran mancha de sangre teñía su gabardina.

—Es él… ¿está…? —dijo Laura sin atreverse a terminar la frase. Jacobo se agachó junto al cadáver. Viendo la herida que tenía en la espalda no le hizo

falta hacer más averiguaciones. Asintió con la cabeza—. ¿Qué le ha pasado? —preguntó a continuación.

Jacobo miró a su alrededor. Su expresión denotaba una gran preocupación. Algo que había visto en el cadáver no le había gustado nada. Se alejó unos metros, husmeando atentamente las rocas que abarrotaban la orilla. Por fin encontró lo que buscaba. Laura y Emilia se acercaron a él.

—Aquí está. El arma del crimen. —Señaló algo tirado en el suelo. Un punzón ensangrentado—. Este hombre ha sido asesinado con este arma.

Una gran revelación

Una hora después, Laura, Jacobo y Emilia estaban de vuelta en el hotel. Como no habían podido cargar con el cuerpo, Jacobo lo había dejado a cubierto en una de las pequeñas cuevas que había al pie del acantilado, tras registrarlo a fondo. No habían encontrado nada que les diera una idea de la identidad del cadáver. Sin embargo, las iniciales que estaban bordadas en su camisa se correspondían con las que habían encontrado en la ropa de la maleta. Como primera medida, y para establecer un protocolo de actuación, Jacobo ordenó a todo el mundo que se reuniera en el salón principal. Mientras los ocupantes de la casa bajaban, descolgó el teléfono que había en la habitación para llamar a comisaría. Su teléfono móvil no funcionaba, ya que no había cobertura debido a la tormenta. Esperó la señal, pero ésta no llegó. La línea estaba muerta. Jacobo sacudió la cabeza.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿No hay otra manera de comunicarse con tierra? —preguntó Laura, viendo cómo su marido golpeaba desesperado la horquilla del teléfono fijo.

—En el hotel hay una de esas estaciones de radioaficionado, pero no sé si funciona —intervino Emilia—. Es muy antigua y nos pareció pintoresca, así que la restauramos. Podemos ir a mirar.

Jacobo asintió, aunque no creyó que pudieran hacer nada con ella.

Uno detrás de otro, los huéspedes y el personal fueron bajando de sus habitaciones y entrando en el salón. Algunos de ellos parecían desconcertados, como Julia, Claudio, Ángel y Olivia. Otros parecían molestos, como Morales, Rodrigo, Bogdana y Roberto. Y luego estaba Érica, que no podía dar dos pasos seguidos sin tambalearse y a la que le daba igual estar arriba o abajo, en una isla en el Cantábrico o en un campo de batalla afgano.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué nos han despertado de esta manera? —preguntó Roberto, muy molesto.

—Porque ha ocurrido algo muy grave y era necesario establecer un protocolo de actuación —respondió Jacobo, muy serio.

—¿Algo muy grave? ¿Se ha terminado la ginebra? —dijo Érica.

Por la expresión seria de los demás vio que no era momento para bromas.

El policía comenzó a explicarse en cuanto todos hubieron tomado asiento.

—El huésped que vino esta mañana, el que no se registró ni se dio a conocer, ha aparecido muerto en una cala al otro extremo de la isla. Apuñalado con un punzón. Por la espalda.

Todos le miraron conteniendo la respiración.

—Pero eso es horrible… ¿quién… quién ha podido hacer algo así? —dijo Olivia, asustada, sosteniendo a Bosi entre sus brazos. El animalillo temblaba, como si supiese instintivamente que lo que había dicho Jacobo era algo gravísimo.

—Es pronto para saberlo —le contestó éste—. Y hay algo más. Las líneas de teléfono no funcionan. No hay manera de establecer contacto con tierra para que envíen a alguien a sacarnos de aquí.

Si la primera noticia les había noqueado, ésta terminó por dejarlos fuera de combate. Julia fue la primera en hablar.

—¡No podemos quedarnos en esta isla! ¿Y si el asesino no se ha ido? ¿Y si sigue aquí?

—Es lo más probable. Por eso hay algo muy importante que debemos hacer. Permanecer juntos el mayor tiempo posible. Que nadie se quede solo bajo ninguna circunstancia. Y por supuesto, que a nadie se le ocurra salir de la casa —dijo Jacobo.

—Bueno, y luego está la otra posibilidad —intervino Laura, algo nerviosa. No se atrevía a contradecir a Jacobo delante de todos, pero era la vida lo que se estaban jugando, y no podía callarse para no herir susceptibilidades. Pronunció las siguientes palabras con tono de disculpa—: Que… que el asesino sea uno de nosotros, claro —aseveró, intentando sonar amable y disimulando el miedo que le producía la idea.

Todos callaron. Laura había visto en tantas películas que, cuando alguien pronunciaba algo así, un trueno terminaba por puntear la frase, que incluso cerró los ojos esperando uno. Pero para los policías como ella no existían esa especie de efectos dramáticos. Jacobo no se molestó por la intromisión de su mujer, todo lo contrario.

—Laura tiene razón. Hay que contemplar todas las posibilidades —dijo.

Todos se miraron entre sí siendo conscientes de la situación en la que se encontraban. Estaban encerrados en un hotel, conviviendo con desconocidos,

gente de la que no sabían absolutamente nada. Cualquiera de los presentes podría ser cualquier cosa. Incluso un asesino. Roberto rompió el silencio que se había creado, levantándose decidido.

—No va a hacer falta darle muchas vueltas. Si buscan un asesino, deténganle a él, es reincidente. —Señaló a Claudio—. Intentó envenenar a Emilia esta tarde y ahora ha matado a ese hombre.

—¡Yo no he matado a nadie! ¡Y tampoco intenté envenenarla a ella! —se defendió el cocinero.

—¿No? —prosiguió Roberto mientras se encaraba con él. Sus caras estaban separadas por menos de un centímetro—. Estoy seguro de que si registramos su habitación encontraremos el expediente del «Flautista», el que le quitaron a Emilia.

—¿Qué coño estás diciendo? —dijo Claudio. Sentía el impulso de quitarse de encima a Roberto de un empujón, pero el hecho de que fuera el novio de su jefa le hacía contenerse.

Jacobo intervino, intentando mantener la calma. Lo que menos necesitaban ahora era que todos comenzaran a acusarse unos a otros.

—No nos pongamos nerviosos. Antes de lanzar acusaciones, vamos a intentar probar algunos hechos —terció—. Santiago, el hombre de la barca, dijo que había traído a esa persona a primera hora de la mañana. Y fue él también la última persona que lo vio con vida, alrededor de las cuatro de la tarde, cerca de los jardines que rodean el hotel. No lo puedo precisar con exactitud, pero por el estado de la herida que presentaba el cadáver y la sangre que había empapado la gabardina, debía de llevar muerto unas tres horas cuando lo encontramos, a las diez de la noche. Así que vamos a fijar la hora del crimen alrededor de las siete de la tarde. Y lo que es seguro es que lo apuñalaron allí abajo, en la cala, ya que el arma del crimen estaba a su lado. Teniendo en cuenta que al asesino le debió costar cerca de una hora llegar hasta la cala donde cometió el crimen, y que asimismo le debió costar otra volver al hotel, le resultará muy difícil establecer una coartada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Érica, que se había liado con tanto ir y venir y no entendía nada.

—Que aquel de ustedes que haya desaparecido esta tarde durante un período de tiempo comprendido entre una y dos horas tiene todas las papeletas para ser nuestro asesino —dijo Jacobo—. Así que todos tendremos que dar cuenta de nuestros movimientos. Y si quieren, yo mismo les diré lo que…

—Pero no podemos empezar —le cortó Ángel molesto—. Falta alguien, no estamos todos.

—¿Quién? —preguntó Rodrigo extrañado—. Yo no he visto a nadie más en todo el día.

—Su novio, el que vino con ella —contestó el político, señalando a Julia.

Todos los ojos se centraron en ella.

—¡Es verdad! ¡No habíamos caído! Como no ha salido en todo el día de la habitación —dijo Olivia.

—Se ha quedado dormido, por eso no le he avisado, no sabía que era tan importante —se justificó Julia.

—No me extraña, debe de estar agotado, hoy han batido tres o cuatro marcas —apostilló Laura.

—Va a tener que decirle que baje. Es importante —le pidió Jacobo.

—¡Y no se entretengan! —añadió Laura mientras Julia desaparecía por la puerta.

Cuando la chica salió, Bogdana se levantó de su asiento.

—¿No debería ir alguien con ella? Es muy raro que ese hombre no haya salido de la habitación en todo el día, que no se haya dejado ver. Creo que ellos son los asesinos —dijo.

Nadie supo qué contestar. Oyeron resonar sobre sus cabezas los tacones de Julia y cómo se detenían ante la puerta de su habitación. Después de unos segundos, los pasos se reanudaron, esta vez en sentido contrario y acompañados por unos nuevos, los que producía su enigmático y fogoso novio.

—Bogdana tiene razón. ¿Y si entran armados? ¿No deberíamos tratar de defendernos de alguna manera? ¿Voy a la cocina a por unos cuchillos? —soltó Olivia, perdiendo los papeles.

Bosi, sintiendo el miedo de su dueña, comenzó a ladrar.

—No digas tonterías, Olivia, aquí nadie va a coger ningún cuchillo —la regañó Emilia, molesta.

—Pero ¡tiene razón! Además, si ni siquiera sabemos cómo se llama, no está ni registrado… —añadió Roberto, muy enfadado.

—¿Es eso verdad? —preguntó Rodrigo, mirando a Emilia, alucinado.

Emilia asintió.

—Llegaron muy temprano, y a él ni siquiera lo vi. Ella me dijo que él me facilitaría sus datos más tarde, que en ese momento estaba dando un paseo para airearse, ya que el viaje en barca le había descompuesto.

Laura miró a Jacobo y se acercó a él.

—Jacobo, todo suena muy sospechoso. Tú tampoco te habrás traído tu pistola, ¿verdad? —le dijo entre dientes.

Jacobo negó con la cabeza. Pero no le dio tiempo a decir nada más. En ese momento la puerta del salón se abrió. Julia entró en la habitación.

—Perdonen, ya estamos aquí, dispuestos a colaborar en todo lo que quieran —declaró mientras volvía a tomar asiento en el sofá.

Todos fijaron su mirada en la puerta, ansiosos por saber quién era el misterioso desconocido que había estado todo el día en su habitación. Y éste se perfiló en el umbral. Como si la pareja hubiera estado buscando el efecto dramático perfecto, el reloj de pared comenzó a dar las doce.

Laura no pudo evitar proferir un grito de sorpresa al verlo. Y Jacobo se vio obligado a frotarse los ojos, para cerciorarse de que lo que estaba viendo no era una visión. Ya que el misterioso desconocido no era un desconocido en absoluto.

La figura atlética y atractiva que les sonreía desde la puerta no era otro que Martín Maresca, el inseparable compañero de Laura.

Día 2

Una posibilidad de escape

—Martín, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí? —le preguntó Laura anonadada.

—¿Yo? Tenía este finde planeado desde hacía semanas —respondió tan desconcertado como ella.

—En realidad, yo se lo propuse —terció Julia, uniéndose al club de los que no daban crédito—. ¿Os conocéis?

—Sí, somos compañeros de trabajo —contestó Martín—. Laura, ¿no deberías estar con una pulserita roja en la muñeca asándote en una isla al sol?

—Hubo ciertos problemas con las reservas. Si el año que viene quieres escaparte al Caribe una semana por estas fechas, dímelo —ironizó Laura, con cara de circunstancias. De repente cayó en algo. Miró a Martín con tal expresión de furia que a éste le recordó la de un toro que casi le embistió en la calle Estafeta de Pamplona una vez que corrió el encierro en unos Sanfermines, hacía ya bastantes años—. ¿Has dicho que tenías este viaje reservado desde hacía semanas?

—Sí, ¿por? —contestó él sin saber dónde quería ir a parar su compañera, pero dando por hecho que la cosa terminaría mal.

—Entonces sabías desde hacía semanas que no ibas a venir a mi boda —dijo Laura, rabiosa.

Martín se quedó descolocado. Le habían pillado.

—Yo… ya sabes que no me gustan esas cosas oficiales —terminó diciendo.

—Martín, ¡no era una entrega de diplomas a policías jubilados! ¡Eso sí que es algo oficial! Era mi boda, la boda de tu compañera, de tu mejor amiga. No… no puedo entender cómo has desaparecido durante días sin decirme absolutamente nada —dijo Laura, bastante afectada.

Julia se acercó a Martín. Su cara tampoco anunciaba nada bueno.

—Martín… es tu mejor amiga ¿y no has ido a su boda?

—No empezarás con esto tú también. —Estaba desbordado por la situación. Lo único que le faltaba ahora era que Julia se sumara a los ataques de Laura. Se acercó a ésta, adoptando un tono de voz arrepentido y sincero—. Hace años que no voy a una, no pensé que te lo tomarías así. Laura, no hace falta que me vista de traje y que brinde con champán mientras bailo *Paquito el chocolatero* para demostrarte lo que me alegro por ti. Lo sabes de sobra.

—No, no lo sé. Me hubiera gustado verte a mi lado. Ese día era muy importante para mí —respondió ella, llorosa.

Martín suspiró y sacudió la cabeza, nervioso por no saber dónde posar la mirada. Julia, al verle, notó cómo algo se removía en su estómago.

—Laura, creo que ese día también era muy importante para él. Lo estoy empezando a comprender ahora —le dijo, intentando disimular con una sonrisa el malestar que sentía.

—¿Y cómo es que hemos terminado por venir al mismo sitio? —preguntó Martín, evitando bucear en las implicaciones de la afirmación de Julia—. Demasiada casualidad.

—Todos estábamos predestinados a venir aquí. Estaba escrito —sentenció Bogdana.

—Lo que no está escrito es la que nos ha caído encima con esta mujer —le confesó Laura a Martín en voz baja.

—Creo que tengo la solución al enigma —intervino Jacobo—. Conocí esta isla porque me encontré un folleto en comisaría. Y seguro que ese folleto se lo debió dejar olvidado Martín.

Éste asintió, sorprendido.

—Siento haber arruinado vuestra luna de miel, aunque haya sido de manera inconsciente —dijo.

Jacobo le miró molesto. La tormenta perfecta que había en el exterior o el asesino que podía estar en la misma sala que ellos no parecía molestarle tanto como la presencia de Martín allí en la isla. Nunca se habían llevado bien, y el desenfado y la tranquilidad con los que aquél parecía afrontar sus labores policiales sacaban de quicio a Jacobo. Y su actitud de donjuán de vuelta de todo tampoco ayudaba, precisamente. Percibiendo la tensión, Laura intervino.

—Íbamos a comprobar nuestras coartadas para esta tarde —le explicó Laura a Martín—. Tus ejercicios gimnásticos no te habrán dejado escuchar, pero hemos tenido un día completito: un intento de envenenamiento, un huésped inesperado al que le han clavado un punzón en el acantilado, el fantasma de una mujer que murió hace años y hasta una sesión de espiritismo.

—Ah, y estamos incomunicados y a merced del asesino —añadió Olivia, como quien no quiere la cosa.

—Antes de tratar de descubrir al culpable, ¿no sería mejor encontrar una manera de salir de aquí? —preguntó Martín, intrigado.

—Cada cosa a su tiempo. Si hay alguien que supone una amenaza para nosotros, lo mejor es descubrirlo cuanto antes —le dijo Jacobo.

—Y cuanto más lejos estemos de él, mejor. Tengo prioridades, como salvarnos el culo. Si hay un asesino, prefiero poner tierra de por medio —replicó Martín.

—Agua, querrá decir —intervino Érica con una sonrisa. No había dejado de mirar al guapo policía desde que entró en el salón. Hitler debía mirar el mapa de Polonia con la misma intensidad antes de decidirse a zampársela de un bocado.

—Martín, era necesario establecer un protocolo de actuación. Te pido que no pongas pegas y lo acates —insistió Jacobo, cada vez más molesto.

—¿Un protocolo de actuación? ¿Qué paridas son ésas? ¿Y desde cuándo parecemos la CIA? —dijo Martín.

—Desde que algunos nos tomamos en serio nuestro trabajo. Y como sigas en ese plan, no creo que sea del asesino de quien te tengas que proteger —le contestó Jacobo, alterado.

Martín en cambio se mantenía imperturbable.

—¡Basta ya! ¿Se puede saber qué os pasa? —gritó Laura, colocándose entre ambos—. No montéis el numerito, que bastante tenemos ya. Podemos hacer las dos cosas. Primero pensamos un modo de salir de aquí y, luego, comparamos coartadas. ¡Y todos contentos!

Jacobo y Martín parecieron entrar en razón y se callaron.

—Está bien —asintió Jacobo—. Pero Santiago, el hombre de la barca, no volverá hasta que el tiempo mejore, y no hay línea de teléfono, no podemos pedir ayuda, así que ya me dirás cómo vamos a salir de aquí.

—En la zódiac. Es lo que he intentado deciros desde el principio —dijo Martín imperturbable.

—¿En qué zódiac? —preguntó Jacobo.

—¿Hay una de ésas en la isla? —preguntó Laura.

—Creo que sí. Esta mañana, cuando nos trajo Santiago, me fijé que junto al embarcadero había un pequeño remolque para llevar una de esas lanchas —explicó Martín.

—¿Es eso posible? —le preguntó Laura a Emilia.

—No lo sé. Yo desde luego no la he visto.

—¿Y dónde puede estar guardada?

—A lado del edificio viejo que hay junto al hotel hay una especie de cobertizo con muchos trastos dentro. Ni siquiera he entrado, estaba lleno de ratas y lo mandé fumigar. No he vuelto después de eso. Puede que la encontremos allí…

—Espero que esos fumigadores se hayan ganado su sueldo, porque las ratas me dan muchísimo asco —dijo Laura decidida, dirigiéndose hacia la puerta.

El viejo cobertizo

Laura, Martín y Emilia salieron de la casa. Jacobo decidió quedarse con el resto de los huéspedes, para no perderlos de vista y procurar que nadie perdiera la calma, aunque si había alguien que necesitaba controlarse era él mismo. Corriendo, llegaron hasta el cobertizo del que les había hablado Emilia, una vieja construcción de madera erigida junto al ruinoso edificio emplazado a un centenar de metros del hotel. Abrieron la puerta y entraron. Emilia pulsó un interruptor que había junto a la puerta, pero la luz no se encendió. A continuación, sacó la linterna que ya había usado esa misma tarde en el faro. Fue enfocando con el haz de luz todo lo que tenían delante. El cobertizo estaba lleno de latas de pintura y cajas de cartón apiladas repletas de trastos viejos. Una moto antigua descansaba en un rincón junto a varios muebles de madera hinchados por la humedad. Un armario abierto dejaba ver un montón de sábanas y mantas apolilladas. Y justo a su lado, en el suelo, había un gran bulto recubierto con una sábana, sobre la que había esparcidos de cualquier manera una buena cantidad de trastos. Parecía que no lo habían tocado en años. Laura y Martín comenzaron a retirarlos mientras Emilia los alumbraba.

—Tiene que estar aquí debajo —dijo Martín. Cuando terminaron de despejar la superficie, el policía tiró de la sábana con fuerza. Tal y como había predicho, la zódiac estaba allí. Se agachó para mirar el motor—. No parece en mal estado.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Laura esperanzada.

—No lo sé. ¿Hay gasolina en la isla? —preguntó él.

Emilia hizo memoria.

—Ahora mismo no hay ningún coche en la isla y en la casa no creo que haya ninguna lata —respondió.

—¿Algún generador? ¿Algo que pueda tener combustible?

Emilia volvió a negar con la cabeza.

—De todas formas, con semejante tormenta, esta cosa no nos iba a llevar muy lejos —dijo Laura—. Casi me siento más segura aquí, encerrada con el asesino que montada en esa barca en medio del mar enfurecido.

Martín, por inercia, tiró de la cadena que ponía en marcha el motor. Éste no emitió ningún sonido y siguió muerto, como lo había estado durante los últimos veinte años. Sacudió la cabeza, dando a entender que allí no había nada que hacer. Comenzaron su camino hacia la puerta cuando Laura se detuvo. Algo en la pared había captado su atención. Un pequeño armario metálico para guardar herramientas.

—Emilia, ¿puedes enfocar la linterna aquí, por favor? —Ésta, intrigada, la obedeció mientras Laura abría la pequeña puerta de chapa oxidada—. El asesino cogió de aquí el arma del crimen para matar a ese hombre. Estos punzones son iguales que el que vi en la Cala del Santo. —Señaló una serie de herramientas de bricolaje que colgaban perfectamente ordenadas dentro del armario. Entre ellas, había varios punzones de distintos tamaños, todos del mismo modelo que el que habían encontrado en la orilla junto al cadáver.

Emilia no pudo dejar de notar la extraña expresión que tenía Laura en su cara.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué le extraña tanto que el asesino haya cogido el punzón de este armario?

—Porque sea quien sea, parece conocer la isla mejor que ninguno —sentenció Laura.

Salieron del cobertizo y se dirigieron corriendo hacia la casa. El mismo hotel que tan entrañable le había resultado a Laura por la mañana se le antojaba ahora siniestro y tétrico. Estaban llegando a la puerta principal cuando una figura apareció corriendo por una de las esquinas del porche, chocando con ellos y derribando a Emilia al suelo. El desconocido, que llevaba una sudadera con la capucha cubriéndole la cara, cayó sobre ella. Emilia comenzó a gritar, intentando zafarse de él, asustada. Martín lo sujetó por los brazos. El extraño se revolvía furioso contra el policía, quien poco a poco logró doblegarle. Finalmente, el hombre de la sudadera se quedó inmóvil, momento que Martín aprovechó para retirarle la capucha. Fue entonces cuando pudieron verle la cara.

—¡Claudio! ¿Qué es lo que pretendías corriendo de esa manera y con esas pintas? —gritó Emilia mientras él se levantaba.

El cocinero quería acercarse para asegurarse de que Emilia no había sufrido ningún daño, pero el abrazo de acero de Martín se lo impedía.

—¿Estás bien, Emilia? ¡Y suélteme de una vez, hombre! —dijo intentando escurrirse de los brazos del policía. Laura asintió con la cabeza y Martín aflojó la presión. Claudio se separó de él, mirando a su captor muy enfadado. Su expresión se suavizó al dirigirse a Emilia—. No quería asustaros. Jacobo quería comprobar dónde estaba el fallo en la línea de teléfono, y como sé dónde está situada la caja, salí para ver si el problema estaba allí —se explicó el cocinero, con un semblante mucho más sombrío que la oscuridad que los envolvía—. Lo que encontré no es bueno. Alguien ha destrozado todas las conexiones. Los cables estaban arrancados de cuajo.

—¿Y no se puede volver a empalmarlos de alguna manera? —preguntó Laura, esperanzada.

Claudio sacudió la cabeza.

—No soy ningún entendido, pero harían falta cajetines e interruptores nuevos, y no disponemos de ellos aquí.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —dijo Emilia, asustada.

—Esperar a que pase la tormenta. Somos muchos en esta isla. Si permanecemos juntos, no tiene por qué pasar nada malo —le replicó Laura, intentando calmarla.

Martín suspiró apesadumbrado.

—Creo que le debo una disculpa a Jacobo. Sé por qué era tan importante para él comprobar las coartadas antes que buscar un medio con el que escapar de la isla —Laura le miró intrigada—. Era mejor no saber con toda seguridad que no tenemos vía de escape y que estamos totalmente incomunicados y a merced del asesino.

Una cita de madrugada

Lydia estaba tumbada en la cama, sin poder conciliar el sueño, pensando lo que había sucedido ese día. El cadáver sin identificar, el enfrentamiento con su jefe, la visita al archivo, la conversación con Ainhoa y un expediente misterioso por el que alguien muy nervioso había llegado a matar. Por más que le daba vueltas, no comprendía por qué se había metido voluntariamente en ese embrollo. Puede que fuera porque necesitaba dar algún sentido a su trabajo, sentirse útil, cosa que no sucedía desde que a Montaner lo habían nombrado jefe.

Cuando se separó de Ainhoa, Lydia miró su teléfono móvil. Tenía más de diez llamadas perdidas de su superior inmediato. Debía de estar furioso ya que había desobedecido sus órdenes. Pensó que igual ésa era la última noche que pasaba como policía. Al día siguiente, un expediente abierto contra ella podía estar esperándola en la mesa de su despacho. Trató de apartar todos estos pensamientos para intentar dormir algo. Fue posando la vista en los objetos en penumbra que se podían adivinar en la semioscuridad de su apartamento. Lo había comprado dos años antes y no había puesto demasiado empeño en decorarlo. Lo había amueblado con muebles de Ikea, elegidos no con criterios estéticos o de gusto, sino funcionales. Se había decidido por aquello que tenía las medidas adecuadas para encajar en el salón y en el dormitorio, y ya está. Lo mismo pasaba con las grandes fotos de paisajes y las reproducciones de cuadros famosos enmarcadas que decoraban sus paredes, no se correspondían con ningún recuerdo o vivencia que hubiera tenido, no le hacían pensar en nadie, ni siquiera conjuntaban con el tono pastel con el que la empresa constructora había pintado el piso. Los había comprado «al peso» en una tienda de decoración que había cerca de su casa. Puede que todos estos detalles no dieran por sí mismos ninguna pista muy precisa de la personalidad de Lydia, pero tomados en conjunto, la cosa cambiaba. Lydia se las había arreglado para terminar viviendo en un apartamento que era la réplica exacta

del piso piloto que le enseñaron justo antes de comprar la casa, un piso que servía para dar el pego al presunto comprador y darle la sensación de que allí se podía llevar una vida cómoda, confortable y tranquila. Sólo que, en su caso, a quien quería dar el pego era a sí misma, creándose la ilusión de que tenía un hogar, cuando en realidad lo que tenía era un decorado, construido únicamente con el propósito de tapar el vacío que se escondía detrás.

El teléfono móvil sonó, sobresaltándola. Lydia lo descolgó. Era Ainhoa quien la llamaba.

—¿Lydia? Perdone que le llame a estas horas, son más de las tres, pero es muy importante…

—¿Qué ha pasado?

—Nuño… —Ainhoa estaba tan asustada y nerviosa que le costaba hablar —. Se las ha arreglado para enviarme una copia del expediente, esta misma noche.

—¿Qué estás diciendo? ¡Nuño está muerto!

Ainhoa se tomó unos segundos para calmarse y ordenar sus ideas.

—Lo sé. Ya le dije que durante las últimas semanas de su vida tomó muchas precauciones porque creía que algo malo le podía pasar. Pues bien, esas precauciones no sólo se referían a su seguridad. Ideó una forma de hacerme llegar ese expediente si a él le pasaba algo.

—¿Cómo?

—Hizo una copia del archivo y la adjuntó a un e-mail dirigido a mí que dejó en la bandeja de salida de una cuenta de correo distinta a la que usaba habitualmente. Programó ese e-mail de manera que todas las noches, a las doce en punto, se colocaba en la bandeja de salida a la vez que una ventana avisaba a Nuño de que disponía de dos minutos para evitar el envío de dicho e-mail. Eso es lo que hacía Nuño todas las noches a las doce, anular el envío del correo.

—De manera que si a Nuño le pasaba algo, el correo se enviaría automáticamente ya que él no estaría allí para impedirlo. —Lydia completó su razonamiento.

—Eso es. Lo tengo aquí, Lydia, pero… ¿qué hacemos con él? Si es verdad que alguien del Ministerio del Interior está implicado, ¿es seguro darlo a la policía?

—No lo sé. Tendríamos que encontrar a la persona adecuada. De momento, vamos a echarle un vistazo a ese documento. Dame tu dirección y voy a tu casa.

—¡No! No sé si todo esto es una locura, pero si es verdad que hay alguien de arriba detrás de todo esto, estarán escaneando y analizando hasta el último byte de los ordenadores de Nuño. Y tarde o temprano acabarán encontrando esa cuenta de correo con el e-mail automático que me reenvió. Prefiero enviarle un mensaje de texto con la dirección de un sitio seguro. Nos veremos en media hora —dijo Ainhoa, colgando el teléfono.

Lydia se quedó pensativa. La chica había logrado contagiarle la conspiranoia que estaba sufriendo. Encendió la luz de su mesilla, pensando si debía seguir adelante con este asunto o desentenderse y ponerlo en manos del inspector de la criminal asignado al caso. Cuando recordó su encuentro de aquella tarde, desechó la opción de inmediato. El hombre había dejado muy claro la opinión que le merecía y cualquier informe o pista que proviniera de ella iría a parar directamente a la papelera. Por otro lado, ¿era verdad que sus vidas podían correr peligro, como la de Nuño, si seguían involucrándose? Lydia miró a su alrededor, fijando de nuevo su atención en el piso en el que vivía.

«Si es así, tampoco es que tenga mucho que perder», se dijo a sí misma y se levantó de la cama.

Cuando Lydia llegó, el parking del centro comercial estaba vacío. Aparcó el coche en el centro de la explanada, para asegurarse de que nadie más se acercara sin que ellas lo vieran, y se dispuso a esperar a Ainhoa. Como le había prometido la chica, le había enviado un mensaje de texto con la dirección del sitio donde iba a tener lugar el encuentro. Lydia salió de su coche y se apoyó en él. Miró la gran cúpula del recién inaugurado centro comercial, pensando que parecía más grande que la de la iglesia de San Francisco el Grande, enclavada en pleno barrio de La Latina, en el centro de Madrid. La noche estaba tranquila, no soplaba nada de viento, y eso que habían anunciado unas fuertes tormentas para todo el norte peninsular. Lydia vio cómo un coche salía de la A-1 y enfilaba la rampa que, tras un par de circunvalaciones, iba a parar al parking en el que se encontraba. A pesar de que ya de lejos reconoció el Toyota de Ainhoa, se llevó instintivamente la mano a la funda de la pistola que tenía prendida en el costado. El coche le hizo señas con las luces mientras se acercaba y luego aparcó a unos metros de donde la policía se encontraba. Ainhoa se bajó del coche.

—¿Algún problema? —le dijo Lydia, mientras salvaba los metros que les separaban.

La chica negó con la cabeza.

—No. Además, he dado varias vueltas antes de venir. Nadie me ha seguido.

Abrió su bolso y sacó algo de él. El expediente. Se lo tendió a Lydia.

—Aquí está. He impreso el archivo, como me pediste.

Lydia lo hojeó. Eran copias de documentos bastante antiguos. Muchos de ellos estaban fechados en los años setenta. Eran demasiados detalles como para procesarlos en unos segundos, pero algo estaba claro: todo aquello tenía que ver con una investigación de asesinato.

—Es un caso criminal. Pero ¿por qué tanto interés, años después?

—Puede que afecte a gente importante.

—Ha pasado demasiado tiempo. Habrá que estudiarlo en profundidad, pero estos crímenes ya han prescrito…

De repente, una palabra suelta llamó la atención de Lydia.

—Ainhoa, eso que le escuchaste a Nuño, lo de la melodía equivocada para el flautista, no era una frase hecha. Tenía que ver con esto. Mira.

Lydia le señaló una línea de una de las páginas. Era la copia de la declaración de un testigo. La transcripción de una de sus respuestas era lo que había llamado tanto la atención de Lydia.

—«En cuanto lo encontré, supe que era obra del Flautista» —leyó Ainhoa en voz alta. Miró a Lydia alucinada—. ¡El flautista existió! ¡Y era un…!

A Ainhoa no le dio tiempo a terminar la frase. Un punto de luz roja se posó en su frente y, antes de que Lydia pudiera reaccionar, una bala le atravesó la cabeza. La policía se tiró al suelo y se parapetó tras el coche de Ainhoa mientras el cuerpo de ésta se sacudía en el asfalto dando sus últimos estertores. A través del cristal de la ventanilla pudo ver cómo, desde la balaustrada del primer piso del centro comercial, una sombra corría hacia donde ella se encontraba. Lydia se incorporó por encima del coche, apoyó los brazos sobre el capó y apuntó. En la academia había obtenido las mejores calificaciones en sus prácticas de tiro, pero ahora la situación cambiaba. No era fácil dar a un blanco en movimiento, y lo era menos todavía intentando mantener la sangre fría después de haber visto cómo mataba a una persona. Lydia disparó dos veces. El tirador, que iba de negro y encapuchado, terminó de bajar las escaleras y se ocultó tras una de las columnas. Era evidente que la policía había errado sus tiros. Volvió a agacharse y a escudarse tras la puerta del coche. Décimas de segundos después, las ventanillas que tenía sobre ella volaron en mil pedazos. El atacante no había tardado en responder a su fuego. Lydia respiró hondo, intentando mantener la calma, pero sabía que el

francotirador la tenía a su disposición. Intentó asomarse de nuevo, poco a poco, pero volvieron a sonar dos disparos.

«¡Mierda!», dijo para sí.

Miró a su alrededor. Puede que tuviera una opción si corría suficientemente rápido hasta su coche y se montaba en él para salir pitando. No era algo imposible. Por muy bueno que fuese el otro tirador, un blanco en movimiento era mucho más difícil de alcanzar, como había comprobado hacía un momento.

Lydia calculó la distancia que la separaba de su vehículo. Era de apenas diez metros, tres o cuatro segundos de carrera como mucho. Inspiró hondo y, sin pensárselo dos veces, se incorporó y echó a correr.

Los disparos comenzaron a sonar de nuevo. Lydia sintió que los impactos de las balas levantaban pequeñas nubes de humo y material pulverizado tras sus pies al chocar contra el asfalto. No la alcanzaron por cuestión de milímetros. Delante de ella, una de las ventanillas de su propio coche reventó. Y luego se dio cuenta de algo que la llenó de estupefacción: cómo su propia pistola volaba por los aires, alejándose de ella. Sin comprender lo que estaba pasando, Lydia llegó a su coche y se ocultó tras él. Y fue entonces cuando vio en el asfalto las gotas de sangre, gotas que provenían de su propio brazo herido.

Desconcertada porque no había sentido nada, se dio cuenta de que la habían alcanzado. Sintió una quemazón insoportable a la altura del hombro, como si los nervios de su cuerpo hubiesen estado esperando a que Lydia fuese consciente de lo que había sucedido para empezar a quejarse. El dolor era insoportable. Apretó la otra mano contra la herida que tenía en el hombro. La sangre que manaba de ella era abundante. Sin pensarlo, se quitó el pañuelo que llevaba atado al cuello con intención de anudárselo alrededor del agujero de bala. Y en ese momento escuchó los pasos que se acercaban corriendo. Echó un vistazo rápido a la pistola, que había caído unos metros más allá del vehículo. Lydia tenía décimas de segundo para elegir entre subirse al coche e intentar arrancarlo desprotegida y desarmada, o ir a recoger la pistola y exponerse a que le dispararan de nuevo.

El tirador se quitó el pasamontañas mientras se dirigía corriendo hacia su objetivo. Cuando vio el reguero de gotas de sangre en el suelo confirmó su impresión de que había acertado uno de los disparos. Luego se percató de que la pistola de la policía estaba tirada en el asfalto, a unos pasos de distancia.

Esbozó una sonrisa. Esperaba que su objetivo no hubiese muerto, que sólo estuviese herido, ya que así podría divertirse un rato. Avanzó con cuidado hasta el coche y en ese momento se alegró al ver cómo la policía daba un salto y salía corriendo en busca de su arma. Perfecto, ahora la tenía a su merced. Volvió a levantar su rifle y apuntó con su haz de luz roja hacia la pistola. Disparó. El arma se alejó girando sobre sí misma. Lydia detuvo su carrera como si se hubiera quedado congelada y, poco a poco, fue dándose la vuelta, encarando a su agresor. El tirador estaba junto al coche, a unos metros de ella. Comenzó a pasear el haz de luz roja por la cara y el cuerpo de la policía.

—Espera —dijo ella, intentando que no le temblase la voz.

El hombre sonrió.

—Esto no es ninguna película. Nada de lo que me digas va a salvarte, ni vamos a tener una de esas conversaciones chorras en las que psicoanalizamos nuestra infancia.

—No, no quiero que hablemos. Sólo quiero que esperes un par de segundos —insistió ella mirándole a los ojos.

—¿Qué…? —comenzó a decir el hombre cuando comprendió lo que estaba pasando.

Por el rabillo del ojo vio un pequeño resplandor. Una llama subía rápidamente por el fular que Lydia había colocado en el depósito abierto de gasolina de su coche después de haberlo prendido con un mechero. Había encontrado un uso para él mucho mejor que el de colocárselo para taponar la herida del hombro.

«Esta puta me la ha jugado», fue lo último que le dio tiempo a pensar antes de que la explosión lo reventara en mil pedazos. La onda expansiva arrojó a Lydia al suelo, quien se golpeó la cabeza al impactar contra el asfalto. Aturdida, intentó levantarse, pero no encontró las fuerzas. Aun así tenía que conseguirlo, ya que se había olvidado de algo. Tenía que recoger el expediente que Ainhoa había dejado caer al suelo cuando la dispararon. Miró en la dirección del coche en llamas y comprobó consternada que el fuego había alcanzado los papeles. Éstos estaban ardiendo, consumiéndose en cuestión de segundos y ella no podía hacer nada por evitarlo.

Derrotada, se dejó caer en el suelo. El «Flautista» iba a seguir manteniendo oculta su identidad. Tres personas habían muerto ese día por un caso ocurrido hacía casi treinta años. Esperaba que ella no terminase siendo la cuarta víctima de la lista, pensó Lydia antes de que la oscuridad la envolviera. Sin saber si iba a volver a despertar, perdió la consciencia.

La hora de las coartadas

Laura miró al resto de las personas reunidas en el salón. La noticia de que los cables de teléfono estaban cortados confirmó los peores temores de todos ellos. Una sensación de abatimiento les invadió, como Jacobo había imaginado.

—Volvamos al punto en el que lo habíamos dejado: qué estábamos haciendo cada uno de nosotros por la tarde. Y para romper el hielo, comenzaré por contar lo que hice yo —dijo Jacobo. Su tono de voz era amigable, ya que intentaba que los demás se tomasen las pesquisas como un juego y no como algo en lo que su vida corría peligro—. Después de comer y ayudar a Emilia a reanimarse, estuve con Ángel y Morales caminando por el lado este de la isla, mirando por las calas, en busca del huésped desaparecido. Luego, sobre las seis, volví al hotel y esperé la llegada de Laura.

—¿Y a qué hora regresó usted, Laura? —preguntó Érica.

—A las ocho, cuando volví del faro con Emilia y Bogdana.

—Así que entre las seis y las ocho estuvo usted solo. Le dio tiempo de sobra para ir hasta esa cala y matar a ese hombre —observó la mujer, como si hubiera descubierto un intrincado enigma en vez de haber sumado dos y dos.

—Sí, claro que me hubiera dado tiempo. No tengo coartada para esas horas. Pero les aseguro que yo no maté a ese hombre —aseveró Jacobo.

—¿Y por qué deberíamos creerle? —preguntó Julia, inquisitiva.

—¡Porque es policía! ¡Lo único que quiere hacer es ayudarles y aclarar las cosas! Nunca haría daño a nadie —saltó Laura en su defensa.

—Y también es su marido. Es normal que dé la cara por él —terció Roberto.

—Está bien. Me apunto en la lista de posibles sospechosos —dijo Jacobo —. Pero veamos si hay más gente en la misma situación que yo.

—Seguiré yo —intervino Emilia, deseosa de ayudar—. Después de comer, me quedé muy preocupada por la maleta que encontró Laura, de modo que,

junto a Bogdana, fuimos hasta la casa vieja que hay detrás del hotel para ver si ese hombre estaba allí.

—¿Por qué iba a estar ese hombre en ese edificio? Es un sitio raro para esconderse. Y también es raro que usted pensara que estaba allí escondido —apuntó Rodrigo.

—La construcción no está en muy buen estado, y tenía miedo de que pudiera derrumbarse estando él dentro. Ni siquiera Bogdana y yo entramos —aclaró Emilia—. Miramos a través de las ventanas para cerciorarnos de que no había nadie dentro. Estaba vacío, así que volvimos al hotel, y fue entonces cuando pasó lo de la manzanilla. —Bajó el tono de su voz. Claudio bajó la vista, avergonzado—. El resto de la tarde la pasé con Laura y Bogdana, en el faro.

Ésta se levantó muy despacio y miró a Jacobo solemnemente.

—Juro por lo más sagrado que lo que ha dicho Emilia es la auténtica verdad —soltó Bogdana, levantando la mano izquierda.

—Tranquilícese, que no está declarando ante el Gran Jurado —le dijo Laura, pensando que esa mujer debía de tener reacciones viscerales hasta cuando hacía zapping—. Pero es cierto, eso es lo que hicimos. Estuve con Jacobo hasta que nos fuimos al faro. Y luego volví a estar con él cuando regresé. No pasé un momento sola en toda la tarde.

—Nosotros tampoco —añadió Julia, mirando a Martín—. No salimos de la habitación durante horas.

—Pero vuestra coartada no es válida. Sois pareja, podéis estar compinchados, ser cómplices del crimen —dijo Ángel.

A Julia no le pasó desapercibida la cara de escepticismo que se dibujó en el rostro de Martín, no cuando se les acusó de ser cómplices sino cuando oyó que los consideraban una pareja. Otro pequeño alfiler se clavó en su pecho, uniéndose al que había sentido al ver las miradas que Martín le había dirigido a Laura cuando la vio en el salón.

—Que no salieron de esa habitación lo puede atestiguar cualquiera en este hotel que no esté mínimamente sordo —dijo Laura. Su aseveración pareció convencer al resto.

—Yo estuve en la cocina toda la tarde, preparando la cena —apuntó Claudio.

—Y yo le ayudé, no nos movimos de allí —confirmó Olivia.

—¿Y usted? —preguntó Jacobo, asintiendo satisfecho y centrando su mirada en Érica.

—¿Yo? Algo me sentó mal en la comida, así que fui a dar un paseo para tomar el aire. —De repente, pareció caer en algo—. Y ahora que lo pienso, ese malestar que sentí, ¿y si también quisieron envenenarme a mí?

Todos la miraron con los ojos como platos.

—Ahora resulta que la comida va a ser la culpable de todo. ¡Lo que tenía usted era un melocotón que no se tenía en pie, no le fastidia! —le salió a Olivia del alma—. ¡Pero si le serví dos botellas de Albariño y se las fundió enteras!

—Olivia tiene razón, la intoxicación de Emilia tenía unas causas muy distintas a las suyas —le dijo Jacobo—. ¿Adónde se dirigió en su paseo?

—Al faro, ellas me vieron allí. —Señaló a Laura y a Emilia.

—Es decir, junto a la cala donde encontraron el cadáver.

—Yo no lo maté, si es eso lo que está insinuando.

—En el estado en el que iba le hubiera resultado algo difícil bajar por entre las rocas hasta la cala —observó Emilia, saliendo en su defensa—. El paso es muy peligroso y ella no iba en las mejores condiciones.

—Podía estar fingiendo —dijo Ángel.

—¿No me acaban de decir que me soplé dos botellas de vino blanco? ¿En qué quedamos?

Nadie supo qué replicar: el estado de embriaguez de Érica era un hecho probado y constatado.

—¿Y usted? —le preguntó Jacobo a Ángel.

—Después de comer, estuve con ustedes dos buscando a ese hombre por los acantilados de la zona este de la isla —contestó, abarcando con un gesto al propio Jacobo y a Morales—. Luego volví al hotel y estuve toda la tarde en el gabinete de la planta baja, repasando unos discursos electorales.

—¿Tiene manera de probarlo?

—Sí. La chica encargada de la cocina vino un par de veces, a servirme un café y una copa. —Señaló a Olivia.

—¿Es eso cierto? —preguntó Jacobo a la interpelada.

—Sí… Le llevé lo que acaba de decir. El café a las seis y la copa a las siete.

—¿Cómo puede estar tan segura de a qué hora le llevó cada consumición?

—Lo sé porque sobre las cinco y media, cuando volvieron ustedes de buscar a ese hombre por los acantilados, el señor me dijo que iba a estar trabajando en el gabinete y que le llevara un café a las seis y una copa a las siete.

—Así que no le llamó las dos veces, sino que lo dejó establecido de antemano —preguntó Jacobo suspicaz.

—Pero ¿qué tiene que ver eso? Tenía mucho trabajo por hacer y no quería distraerme ni estar pendiente de buscar a la chica cada vez que necesitara algo. Lo que hice es lo más práctico —se defendió el político.

—¿Estaba Ángel en el gabinete las dos veces que fue a llevarle las consumiciones?

Olivia se tomó un par de segundos antes de responder.

—La primera vez sí que estaba. Pero la segunda, cuando le llevé el whisky sin hielo, no. No había nadie en la habitación.

—No, no puede ser, no salí en toda la tarde. ¡Está mintiendo! —exclamó Ángel, palideciendo.

—¡Estoy diciendo la verdad! —repuso Olivia—. ¿Por qué iba a mentir?

—Seguramente estaba en el baño. Sí, eso es. Fui un par de veces y ahora recuerdo que al volver, encontré el whisky sobre la mesita —dijo Ángel nervioso, intentando hacer memoria.

—Pero lo que importa es que hay un par de horas para las que no tiene usted coartada —afirmó Jacobo—. Entre las seis y las ocho de la tarde.

—Les repito que no salí del hotel.

—Está diciendo la verdad. Yo lo vi.

La profunda voz de Morales les sobresaltó. No había abierto la boca desde hacía más de una hora. Se había mantenido al margen, observando a los demás con una medio sonrisa condescendiente y cínica.

—Me quedé dormido en mi habitación cuando volvimos de los acantilados. A eso de las seis y poco me desperté, me di una ducha y bajé a la planta baja. Entré un momento en el gabinete porque me acordé de que había visto un periódico deportivo allí. Fue entonces cuando le vi a él, sobre las siete, justo a la hora en la que usted dijo que habían matado a ese hombre —anunció con desgana, señalando al político.

Laura se fijó en que éste clavó una mirada de incredulidad en Morales. Ni el mismo político se creía la mentira que el otro estaba soltando.

—Sí, tiene razón, ¡es verdad! —asintió Ángel inquieto y sin poder disimular cierto temblor en su voz. Si empleaba la misma convicción en sus discursos electorales, el día de las elecciones iba a sufrir una debacle.

—A mí eso me suena a que ninguno de los dos tiene coartada y que se están echando un capote —dijo Martín, molesto por la actitud desganada de Morales.

—La última vez que alguien me llamó mentiroso tuvieron que arrancar sus dientes de la pared con una espátula —soltó Morales, sin inmutarse.

—No hay necesidad de ponerse a la defensiva, sólo estamos intentando encontrar al asesino —medió Laura.

—Aquí nadie se pone a la defensiva. Eso significaría que tengo algo que esconder. Lo único que pasa es que me molesta que con sus jueguecitos de detectives aficionados estamos dando más vueltas que un manco remando —respondió Morales.

—¿Y qué propone que hagamos?

—El asesino intentó envenenar a Emilia y mató a ese hombre. Pienso que seguirá matando y que tarde o temprano dará un paso en falso. Será entonces cuando le atrapemos. En cualquier caso, no creo que se acerque mucho a mí. He tomado mis precauciones.

Mientras hablaba, Morales metió su mano en el bolsillo y sacó una pistola que colocó en la mesilla que había frente a él. Todos la miraron asustados. Roberto y Jacobo se levantaron de sus asientos, como dos resortes.

—¿Qué hace con esa pistola? ¡Démela ahora mismo! —dijo Jacobo acercándose a él.

—Ni se le ocurra tocarla —le contestó Morales, imperturbable.

—Soy policía y le ordeno que…

—No es usted una mierda. Nadie ha visto su placa y no tenemos por qué creerle. Esta pistola se queda aquí conmigo.

Morales cogió el arma y fue apuntando aleatoriamente a todos los que se encontraban en la habitación. Todos contuvieron la respiración. Laura miró asustada a Jacobo y a Martín.

—¡Está usted loco! ¡Baje esa pistola ahora mismo! —le gritó Jacobo.

—Tiene razón. Estoy loco. Por eso les recomiendo que me dejen tranquilo. No miento cuando les aseguro que no respondo de mí mismo —dijo sin variar su actitud desganada. Martín aprovechó ese descuido para abalanzarse sobre él e intentar quitarle el arma, pero Morales, mucho más rápido, le apunto a la frente—. Ni lo intentes.

El policía se detuvo, paralizado. Poco a poco reculó y se colocó al lado de Laura, que le agarró el brazo, cariñosa. Morales volvió a juguetear con la pistola.

—Esto es un mensaje para el asesino, si es que es uno de nosotros. Si se le ocurre acercarse a mí, lo único que va a conseguir es que le reviente los sesos, así que ya está avisado —sentenció con voz neutra. Luego guardó la pistola

en uno de los bolsillos de su americana—. Por lo que a mí respecta, se terminó el jugar a los «Diez Negritos». Me voy a la cama.

Morales movió su mole hacia la puerta y salió.

—Ese loco tiene una pistola, estamos a su merced, Jacobo —le dijo Laura —. Deberíamos hacer algo para quitársela.

—No. Ya ha dejado clara su postura. Mejor no acercarnos. No sé si es el asesino o no, pero creo que si le tocan demasiado los cojones puede llegar a ser más peligroso que él —contestó Jacobo.

—¿Y ahora qué hacemos? Lo mejor sería no separarnos. Lo que ha hecho ese hombre, irse a dormir solo, es una locura —dijo Emilia.

—Tiene razón. Deberíamos dormir todos aquí, juntos, montar guardia… —propuso Laura.

—No puedo hacer eso, tengo trabajo pendiente. Como les he dicho, llevo toda la tarde corrigiendo unos discursos y necesito un espacio donde concentrarme —se negó Ángel.

De repente, al escucharle, Laura pareció caer en algo.

—¡Gracias por recordármelo! Quería preguntarle antes por algo, pero con el numerito de la pistola se me había olvidado. Hay una cosa que no entiendo. Dice usted que está hasta arriba de trabajo. Entonces, ¿qué hace aquí en esta isla en plena campaña electoral? ¿Por qué tanto interés en venir a este spa? No veo que esté disfrutando mucho de los tratamientos de belleza.

El político la miró rabioso. No estaba acostumbrado a tener que rendir cuentas ante nadie. De hecho, tenía un equipo cuyo único trabajo en la vida consistía en hacer precisamente eso.

—Querían saber dónde estuve por la tarde, y se lo he dicho. No sé por qué tengo que responder a más preguntas que no tienen nada que ver con el caso —zanjó el tema.

—Pero es que sí que tiene que ver. Aquí están pasando cosas muy raras, y no me refiero sólo al asesinato. —Laura se alejó del político y centró su atención en la dueña del hotel—. Emilia, cuando la conocí esta mañana, estaba usted muy nerviosa y desbordada. Es el día de apertura de su negocio y la verdad es que ha sido un éxito. Ha conseguido llenar todas las habitaciones.

—Sí, la verdad es que no me lo esperaba. Las otras veces que inauguré un negocio no pasó eso ni de lejos. De hecho, cuando abrí la casa rural, la que se quemó, pasaron meses antes de que viniera un solo cliente. No me di cuenta hasta muy tarde de que había escrito mal mi teléfono en la página web que creé… Pero aquí ha sido todo lo contrario —contestó la mujer.

—Y en este caso, ¿hizo mucha publicidad?

—La habitual. En agencias de viaje, revistas y periódicos… También tengo una página web, claro…

—¿Y respondió mucha gente a esos anuncios?

—Al principio no. Pero de repente, un día, me llegaron todas las reservas de golpe —dijo Emilia.

—Y esas reservas son las de todos los aquí presentes, ¿no? —preguntó la policía.

Emilia asintió. Laura los fue mirando uno a uno, inquisitivamente, y luego se dirigió a todos ellos.

—Desde que llegué, me ha dado la impresión de que ninguno de ustedes ha venido aquí a descansar. Todos ustedes han venido por alguna razón misteriosa que tiene que ver con lo que pasó aquí hace años, y con el expediente desaparecido, el que trajo el huésped misterioso, el archivo del «Flautista».

—¿Qué está diciendo? Estoy con Ángel, no tiene usted ningún derecho a hacernos esas preguntas ni a meterse en nuestras vidas —dijo Érica.

Laura se acercó a ella, muy seria.

—De hecho, debería ser usted quien empezara a decirnos la verdad.

—No sé de qué está hablando —le contestó la otra, molesta.

Laura se tomó una pausa antes de proseguir.

—De que la mujer que vivía en el faro estudiando a las gaviotas, la que ve Emilia en sus sueños… ¿Por qué no nos ha dicho que era su hermana?

Historia de dos hermanas

Al escuchar a Laura, Érica sintió cómo el aturdimiento provocado por todo el alcohol que había ingerido durante el día desaparecía de golpe.

—¿Qué está diciendo? Eso es mentira.

Laura negó con la cabeza.

—Hay varios hechos que corroboran mi teoría. No sólo había estado antes en el faro, como quedó demostrado cuando vimos cómo había movido la estantería que daba acceso a la torre, sino que además tenemos la fotografía que puso tan nerviosa a Emilia cuando la encontró.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Érica.

Laura sacó del bolsillo la fotografía a la que se refería.

—Que en ese momento, justo después de encontrar la foto, usted hizo algo que me extrañó muchísimo. En esa habitación hacía mucho calor y, sin embargo, se puso una chaqueta, bien abotonada hasta arriba, diciendo que se estaba helando.

—Ahora resulta que es un crimen tener frío…

—No, puede usted ponerse lo que quiera, pero nos mintió. No era para calentarse por lo que se puso esa chaqueta, sino para ocultar algo. Un colgante que lleva al cuello. El mismo colgante que lleva la mujer de la foto. No quería que nos diésemos cuenta ninguno de los que estábamos allí.

Laura señaló a la mujer de la fotografía. Efectivamente, al cuello llevaba un colgante que representaba un pájaro con las alas extendidas.

—¡Es verdad! —dijo Emilia al verlo—. Me fijé en su colgante cuando se lo vi puesto esta mañana, pero no me di cuenta de que la mujer de la fotografía tenía uno igual.

Érica les miró desafiantes y se desabrochó la chaqueta, dejando a la vista su cuello desnudo.

—No sé de qué colgante me están hablando. Como pueden comprobar, no llevo ninguno.

—Daba por hecho que se lo quitaría. Pero no se preocupe, tengo otras fotos suyas donde se demuestra que tengo razón.

—Nadie me ha hecho ninguna foto desde que llegué.

—No son fotos hechas en esta isla, sino antes de venir a ella —dijo Laura mientras se acercaba a una de las mesillas y cogía un par de revistas de encima—. Es usted una asidua de las revistas del corazón, y yo soy una lectora empedernida de ese tipo de revistas…

Laura abrió una de ellas y buscó entre sus páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—A ver… —Pasaba las hojas intentando hacer memoria—. Era una cena para recaudar fondos para ayudar a unos refugiados políticos, pobrecillos, aquí está. —Señaló un reportaje y leyó su titular—: «Primera gala benéfica de la Asociación de Celíacos».

Laura no hizo caso del intercambio de miradas divertidas que se dirigieron el resto de los presentes y le tendió la revista a Érica, quien la cogió intentando no parecer demasiado ansiosa. Bajo el titular que Laura acababa de leer, podían verse varias fotografías de famosos acudiendo al evento y posando en el *photocall* antes de entrar. Actores, cantantes, presentadores de programas de televisión y personajillos de segunda habituales de las tertulias desfilaban por sus páginas, incluyendo a Érica del brazo de un hombre bajito y unos diez años mayor que ella. En el pie de foto podía leerse: «El empresario Carlos Ortiz acudió al evento acompañado de su esposa, Érica López». El generoso escote del vestido de Érica dejaba ver un colgante con forma de pájaro con las alas extendidas. Laura tenía razón: era el mismo colgante que llevaba en la otra fotografía la mujer del faro. Haciendo un gesto de hastío, Érica tiró la revista al suelo.

—El joyero que me vendió ese colgante me aseguró que era un diseño exclusivo, y evidentemente mintió —dijo, molesta—. Además, ¿qué es lo que le llevó a pensar que por tener el mismo colgante esa mujer y yo éramos hermanas?

—Eso lo supuse. Usted y la mujer de la foto se parecen. Érica, es la vida lo que nos estamos jugando. Si sabe algo, debería contárnoslo. A esa mujer del faro le sucedió algo, ¿verdad? —le preguntó Laura, en tono comprensivo.

Érica bajó la mirada y no contestó.

—Era su hermana, y lo que está pasando en la isla tiene que ver con ella. ¿Qué fue lo que ocurrió? Sigue llevando su colgante después de todos estos años. Eso sólo puede querer decir que ella todavía significa mucho para usted. Si no es por nosotros, hágalo por ella…

El labio de Érica tembló, a punto de romper a llorar. Viendo el momento de tensión que la mujer estaba viviendo, Laura cogió el vaso de gin-tonic que había dejado sobre la mesita y se lo dio. Érica lo miró y negó con la cabeza.

—No lo necesito ahora, gracias. Tiene razón. Esa mujer, Susana Rubio, era mi hermana. De hecho, todos esos libros infantiles que hay en el faro eran míos, por eso ella los conservaba —contó la mujer, afectada. A continuación, fijó sus ojos en Emilia—. No sé cómo ni por qué, pero lo que usted ve en sus visiones es cierto. Algo horrible le sucedió a mi hermana… Fue asesinada en ese faro.

—Lo sabía… estaba segura —dijo Emilia. Sentía una opresión en el pecho que le impedía respirar.

Érica tomó aire antes de seguir hablando. Parecía que la historia iba a ser larga.

—Susana y yo nos llevábamos más de diez años. Nuestros padres murieron en un accidente cuando yo tenía ocho años, y ella, como heredera legal, se hizo cargo de todos sus asuntos y negocios, entre los que yo estaba incluida. Pero nunca llegamos a congeniar, no teníamos demasiado en común. Bueno, la verdad es que ella no tenía nada en común con nadie, a no ser que estuviese recubierto de plumas y tuviese un pico. Aparte de los pájaros dichosos, no le interesaba nada más en esta vida. Así que en cuanto cumplí dieciocho años me largué de casa. Apenas mantuve contacto con ella los años siguientes.

—¿Cómo es que Susana terminó viviendo en esta isla?

—En la universidad conoció a una chica con la que compartió habitación en el colegio mayor. Se llamaba Celia Busquets y estaba forrada. Su familia tenía un montón de negocios, a nivel internacional incluso. Y les sonará extraño, pero esta isla era suya. Fue un regalo que le hizo su padre a Celia. Yo no lo sabía, pero en España hay varias islas privadas. Ésta es una de ellas.

Emilia se quedó anonadada.

—Entonces, tiene que ser a esa mujer a la que le compramos la isla… ¿no? —le susurró a Roberto.

—Estaba a nombre de una sociedad, pero no tengo ni idea de quién era su propietario. Supongo que sería ella, sí —le contestó él.

—No sabía que las islas pudieran tener propietario —dijo Laura, asombrada.

—Claro que sí. Son pedazos de tierra, como todos los demás. Y si no tienen utilidad estratégica, comercial o turística, como este peñasco, tampoco tienen por qué valer mucho —le explicó Martín.

—El caso es que Celia abrió un hotel aquí, en el edificio en el que estamos. Y como la isla estaba llena de gaviotas y el faro llevaba años abandonado, pensó que sería buena idea que su amiga del alma viniera a vivir aquí para estudiar las aves. Y eso es lo que hizo. Susana se trasladó en el año 1976. Estuvo viviendo en esta isla ocho años, hasta 1984. Y ese año… la asesinaron.

—¿Cómo ocurrió?

—El último año alguien estuvo amenazando a Susana. Lo sé por la policía, ante la que mi hermana había presentado varias denuncias. Un extraño había entrado en dos o tres ocasiones en el faro mientras ella no estaba y le había destrozado muchas de sus cosas. Sus cuadernos y diarios de trabajo, efectos personales… hasta intentaron quemarle la casa. Por eso mandó poner esas cerraduras en la puerta de entrada. Pero tenía que haberse tomado más en serio esos ataques. Esas cerraduras no la protegieron la siguiente vez que el desconocido la atacó… y la asesinó.

Érica contuvo un sollozo antes de proseguir.

—La historia que les voy a contar la sé por el policía que estaba de guardia en la comisaría de Comillas. Era una noche de tormenta, como la de hoy. El hombre había tenido una guardia complicada: una alumna de un internado femenino cercano se había escapado y se habían formado varias patrullas para buscarla. Estaba coordinando la búsqueda cuando un pescador vecino del pueblo entró muy nervioso y le dijo que algo debía estar pasando en la Isla de las Gaviotas, que alguien estaba emitiendo la señal de socorro mediante la luz del faro. Tras comprobar que el pescador tenía razón, ya que desde la orilla podían verse los destellos intermitentes, ambos decidieron ir a la isla y ver qué era lo que ocurría. Fue una decisión bastante valiente, ya que la tormenta hacía que el mar estuviese muy picado, pero el policía pensó que la llamada de auxilio quizá tuviera algo que ver con la niña desaparecida. El caso es que consiguieron llegar hasta aquí y corrieron hacia el faro, desde donde provenían las señales. Y aquí viene lo más extraño de todo, algo para lo que no hay ninguna explicación.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Laura intrigadísima.

—A que puede ser que Emilia tenga razón, que algo demoníaco o relacionado con los espíritus fue lo que mató a Susana. Si no, no hay otra manera de explicar lo que le pasó a mi hermana —dijo Érica. Sus palabras traslucían un miedo auténtico que impresionó a todos los presentes—. Cuando el policía llegó hasta el faro se encontró en la puerta con Celia, la amiga de mi hermana, y otra persona, alguien que trabajaba para ella. Ellos también habían

visto la luz desde el hotel y habían ido corriendo para ver qué es lo que estaba sucediendo. Se hallaban frente a la puerta, aporreándola y gritando el nombre de mi hermana. Nadie contestaba. Intentaron derribarla, pero no había manera, la puerta era muy robusta y las cerraduras, muy seguras. Dieron varias vueltas alrededor del faro, pero como han podido comprobar todas las ventanas tienen unos barrotes muy gruesos, así que era imposible pasar a través de ellos. Finalmente, el policía tomó una decisión. Sacó su pistola y la emprendió a tiros con la puerta. Fue entonces cuando pudieron abrirla y entraron.

»Mi hermana estaba tirada en el suelo del salón, empapada en su propia sangre. La habían acuchillado repetidas veces. El agresor se había ensañado con ella, debió de ser algo horrible.

—¿Y el asesino? —le preguntó Laura.

—Aquí viene lo más misterioso de todo. Dentro del faro no había nadie más. Estaba vacío. Lo registraron de arriba abajo —respondió Érica—. Parecía uno de esos misterios imposibles que salen en las novelas o en las series de detectives.

—El criminal debía de tener copias de las llaves… —dijo Laura.

—No. La cerradura que encargó mi hermana era la más segura del mercado, con un tipo de llave especial. Sólo la empresa que las fabricaba podía hacer copias. Y únicamente habían hecho una, la que tenía Susana, que, por cierto, estaba colocada por dentro en la misma cerradura. Además, la puerta tenía dos cerrojos y también estaban echados por dentro. Una posibilidad era que el asesino estuviera esperando dentro de la casa cuando mi hermana llegó, pero no había forma humana de que saliera después de matarla.

—Puede que aprovechara para escapar cuando todos entraron en el faro, una vez que la puerta estaba abierta.

—El policía me contó que para evitar eso dejó al pescador en todo momento junto a la puerta. Nadie salió de ese faro, se lo aseguro —afirmó Érica, tajante.

—En mi sueño vi cómo alguien con un impermeable amarillo seguía a su hermana. El asesino pudo ser él —dijo Emilia.

—Sé que detuvieron a alguien, un chico que trabajaba en la isla. Por lo visto estaba enamorado de ella y Susana lo rechazó. Creyeron que fue él quien la estuvo amenazando. Lo juzgaron y lo enviaron a la cárcel, pero él siempre mantuvo que era inocente. Y la policía nunca pudo demostrar cómo lo hizo.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Jacobo.

—José Rueda. Yo nunca lo vi… no quise ir al juicio ni saber nada del asunto. No había vuelto a pensar en nada de todo esto hasta hace unas semanas.

Érica se levantó y se dirigió a donde estaba su bolso. Sacó una nota de él.

—Hasta que recibí esto —dijo, y le tendió la nota a Laura, quien cogió el papel y lo leyó.

—«Ya es hora de que se sepa la verdad de lo que ocurrió en la Isla de las Gaviotas. Venga el fin de semana del 15 y descubrirá la verdad».

—¿Quién le envió esto? —preguntó Laura, alucinada.

—No lo sé. Eso es lo que esperaba averiguar aquí.

Laura miró la nota pensativa.

—Quien escribió esto dio por hecho que la persona que encarcelaron era inocente, que el misterio nunca llegó a resolverse.

—Y creo que tenía razón. Érica ha dicho que antes de que la asesinaran, Susana estuvo sufriendo agresiones y actos vandálicos en su propia casa. Si es verdad que un enamorado despechado era el causante, ¿por qué no dijo que fue él cuando cursó las denuncias ante la policía? —intervino Martín.

—Tienes razón, Martín. Emilia, ¿tiene usted algún archivo de la gente que vivía en la isla por aquel entonces? —preguntó Laura.

—Encontré cajas y cajas de papeles, pero no los he examinado a fondo. ¿Por qué?

—Porque seguramente una de esas personas era el asesino. Algún huésped o empleado del hotel, alguien que vivía en la isla y que la conocía.

—Hay algo más. —Érica volvió a coger su bolso y sacó de él un libro—. Durante el juicio dijeron que Susana se había comportado de una manera muy extraña los últimos días de su vida. Esta mañana, cuando estuve en el faro, algo me llamó la atención. Todos sus libros tenían que ver con la ornitología o con la zoología. Menos uno. Éste.

Érica le dio el libro a Laura. Era un libro de tapa dura, bastante viejo, titulado *Asesinos célebres*, escrito por un tal Antonio Pavón. En la portada podían verse varias fotografías de asesinos famosos de la historia, desde Landru a Ricardo III, pasando por Jack el Destripador y Ted Bundy. Laura lo hojeó. En sus más de seiscientas páginas relataba la vida y obra de los criminales más conocidos y sanguinarios. Por lo que pudo ver, el estilo no era en absoluto objetivo: el autor se regodeaba en los detalles morbosos y siniestros, y hacía descripciones pormenorizadas de los tormentos que los psicópatas infligían a sus víctimas.

—No es el tipo de lectura que le gustaba a mi hermana, por eso me llamó la atención —dijo Érica.

—¿Y cree que tiene que ver con lo que le pasó? ¿Con su propio asesinato?

—No lo sé. Pero al ver el nombre del autor recordé una cosa. Durante el juicio, el tal Antonio Pavón me estuvo llamando con mucha insistencia. Quería saberlo todo sobre Susana. Me contó que no creía que la persona a la que habían detenido fuese culpable, que este caso ocultaba muchas más cosas de las que podían verse a simple vista.

Laura leyó la breve biografía del autor que venía en la parte trasera de la solapa. Nacido en Pamplona, se licenció en periodismo y tras trabajar en periódicos locales consiguió entrar a trabajar como redactor en la *Gaceta del Crimen* donde fue apadrinado por la mítica editora de la publicación, Margarita Sandy.

—Por lo que pone aquí, era un periodista especializado en sucesos. Es normal que se sintiese interesado por el caso —observó la policía.

—Sí, pero recuerdo que me dijo que mi hermana se había puesto en contacto con él. Quería verle para hablarle de un tema de mucha importancia, algo que no podía contarle por teléfono. Incluso Susana había planeado un viaje a Madrid para encontrarse allí con él. Claro que nunca pudo hacerlo. La asesinaron tres días antes de la fecha que habían concertado para la cita.

—¿Y no le explicó sobre qué quería hablarle su hermana?

—No. El hombre estaba como loco. Por lo visto mi hermana le había prometido que, si la ayudaba, ella le iba a poner en bandeja el reportaje de su vida, algo que podía hacerle muy famoso. Quería que yo le facilitara cualquier tipo de documento privado que tuviera de Susana: sus diarios, sus notas… pero lo único que guardé de ella fue este colgante, así que dejé de contestar a sus llamadas, hasta que el hombre se cansó de asediarme.

Laura meditó la información que Érica acababa de darle.

—Puede que el asesino matara a Susana para evitar que fuera a su cita con el periodista de investigación. ¿Cuál sería ese tema tan urgente del que quería hablarle?

—¿Y por qué no se lo preguntas tú misma? —terció Martín.

—Desde esta isla y con la que tenemos montada, va a ser un poco difícil —dijo Laura, molesta por tener que explicar una obviedad.

—No lo creo. Mira con más detenimiento la foto del autor —le indicó su amigo, señalando la contraportada.

Laura la examinó. Antonio Pavón era un joven bastante gordo, con gafas de pasta, y pelo muy negro y peinado casi con tiralíneas a medio lado.

—No lo conozco. Y me acordaría de él. Este hombre no parece precisamente la alegría de la huerta.

—Vale. Córtale bien el pelo, ponle una barbita de tres días y veinte años más y quítale cuarenta kilos. ¿Y ahora?

Laura se imaginó al autor tal y como se lo describía Martín. Y dejó caer el libro al suelo, dando un respingo.

—¡No puede ser! —Laura miró a su compañero asombrada y luego paseó la vista por la sala hasta que fijó en él su mirada—. Usted… ¡usted es Antonio Pavón!

El aludido le miró fastidiado, más por la vergüenza que sentía cada vez que alguien le relacionaba con el adefesio que había sido veinte años atrás que por el hecho de ser descubierto.

La historia del Flautista

—Utilicé ese seudónimo cuando escribí mis dos primeros libros —le dijo Rodrigo a Laura.

—¿Por qué no nos contó la relación que tenía con la isla? —le preguntó ella, alucinada.

El menguado cuerpo del escritor no varió un ápice su postura aunque se dio tanta prisa en contestar que Laura pensó que tenía ensayada su respuesta.

—Por razones de seguridad. Si algo he aprendido a lo largo de mi profesión es a no fiarme de nadie. Ni siquiera de los policías. O de los que dicen que son policías —dijo mientras hojeaba resignado el viejo ejemplar que él mismo había escrito años atrás—. Pero la situación ha cambiado, claro. Voy a contarles todo lo que sé, no me han dejado otra opción: acaban de ponerme en el punto de mira del asesino, que es lo que yo he estado evitando todo este tiempo. Ahora el criminal sabe que tengo que ver con el caso. Si algo me pasa, será responsabilidad de ustedes.

—Pero no le va a pasar nada, nosotros le protegeremos —afirmó Laura convencida.

—No me haga reír —le contestó Rodrigo, mirándola despectivamente—. Lo único que puede protegerme ahora es que el asesino sepa a ciencia cierta, cuando termine de contarles mi historia, que no represento ninguna amenaza para él, que no me he guardado ninguna información por la que merezca la pena matarme.

—¿De qué quería hablar Susana con usted? —le preguntó Jacobo.

—Del «Flautista». Quiso que se lo contara todo sobre él.

—¿Usted sabía quién era el Flautista y ha guardado silencio? ¡Intentaron matar a Emilia para evitar que leyera ese expediente! —dijo Laura en un acceso de rabia, poco habitual en ella.

—No dije nada porque pensé que el Flautista era uno de ustedes. Tuve miedo de hablar, así de sencillo.

Rodrigo parecía encontrar siempre una respuesta lógica con la que sustentar sus aseveraciones. Pero de nuevo Laura tuvo la sensación de que hablaba como si estuviese recitando un papel en una obra de teatro.

—¿Y quién era ese hombre? ¿Qué es lo que hizo? —preguntó.

—El Flautista era el nombre por el que se conocía a uno de los mayores asesinos en serie del que ha tenido noticia la historia de este país. Nunca se conoció su identidad, y eso que dejó tras de sí a más de una docena de víctimas. Le dieron ese nombre por el Flautista de Hamelín, el personaje de aquel cuento que se llevó a todos los niños de un pueblo porque sus habitantes no le habían pagado después de que les hubiera ayudado a hacer desaparecer las ratas de la ciudad. Nunca se volvió a saber de esos niños, sus padres no volvieron a verlos. Y, como en el cuento, todas las víctimas del Flautista eran niños.

—No recuerdo haber oído hablar de ese caso —dijo Laura horrorizada.

—Ocurrió hace muchos años. La primera muerte tuvo lugar en octubre de 1971, y la última de la que se tiene noticia en abril de 1975. Después de esa fecha, el Flautista desapareció y nunca se volvió a saber de él. Su identidad todavía sigue siendo una incógnita.

—¿Y por qué quiso hablarle Susana de él?

—No lo sé. Pero dado que me aseguró que podía ayudarme a encumbrar mi carrera, tenía que ser alguna pista que condujera a descubrir su identidad.

Laura notó que Rodrigo había abandonado sus aires de superioridad en cuanto se puso a hablar del Flautista. Su tono era mucho más cercano. Y enseguida averiguó por qué. Detrás de todas sus palabras se podía intuir el miedo que todavía le producía al escritor lo que estaba contando.

—El año en el que el Flautista comenzó a matar yo estaba empezando —prosiguió—. Trabajaba como redactor en el *Diario de Navarra*, el periódico local de la ciudad en la que nací, Pamplona. Todavía estaba terminando la carrera de periodismo en la universidad y simultaneaba ambas actividades, la de redactor y la de estudiante. Fue así como pude seguir el caso desde el principio, ya que el primer asesinato ocurrió allí, en Pamplona.

»Adolfo Huarte tenía siete años cuando lo mataron. Sus padres se acababan de mudar a la ciudad. Venían de un pueblo, a unos ochenta kilómetros de Pamplona, en el que tenían una farmacia que traspasaron para abrir una nueva en la capital. Y compraron un piso en un edificio situado enfrente de uno de los parques más grandes de toda la ciudad, la Vuelta del Castillo. Creían que Adolfo y sus dos hermanas pequeñas podrían disfrutar corriendo y jugando por él y así no olvidar la sierra que dominaba el pueblo

en el que habían crecido. No sabían lo equivocados que estaban, ya que Adolfo encontraría la muerte precisamente en ese parque.

»Una mañana de enero, un domingo, Adolfo y sus hermanas salieron a jugar al parque de la mano de su padre. Llevaba dos días nevando y la Vuelta del Castillo estaba cubierta de nieve. Los cuatro estuvieron paseando, tirándose bolas de nieve y arrojándose desde una pequeña ladera con una bolsa de plástico que servía como trineo improvisado. Hubo un par de minutos en los que el padre se despistó. Una de las niñas se había puesto a llorar después de una caída y él se ocupó de consolarla, perdiendo de vista a Adolfo. No lo volvió a ver con vida.

»Cuando se percató de que su hijo no estaba con ellos comenzó a llamarlo a gritos. Adolfo no respondía a sus llamadas. El padre cogió a las dos niñas de la mano y decidió seguir las huellas en la nieve que había dejado el niño. La Vuelta del Castillo es un parque construido alrededor de una antigua fortaleza militar, de aspecto renacentista, mandada construir por Felipe II. Todos sus muros y los fosos que la rodean se mantienen en perfecto estado. Vista desde arriba, la construcción asemeja una estrella. Pues bien, las huellas del niño se adentraban por uno de esos fosos, abandonando la zona arbolada en la que habían estado jugando. Al padre le extrañó, ya que era una zona bastante descuidada y no era el lugar que su hijo prefería para jugar. Pero lo que lo asustó fue ver que, unos metros más adelante, las huellas del niño se juntaban con las de otra persona. Adolfo no había ido solo. Alguien le había acompañado. Aterrorizado, el padre echó a correr, siguiendo el rastro de las huellas. Y fue entonces cuando lo encontraron. Tirado en la nieve, con el cuello roto, al pie de unas escaleras de piedra que subían a un nivel superior de los fosos. Esto lo supieron después, claro, no tenía ninguna herida que indicara en un primer momento la causa de su muerte. Las huellas de la nieve de la persona que lo acompañó, las de su asesino, se alejaban en sentido contrario por el que habían llegado ellos. El padre no pensó en seguirlas, estaba demasiado noqueado por el dolor.

—¿La policía no encontró ninguna pista?

—No. Había dejado de nevar y la nieve se había medio congelado, así que pudieron seguir las huellas del asesino a través de los fosos, pero éstas se perdieron cuando el sospechoso volvió a subir al parque y se mezcló con los centenares de personas que estaban allí jugando con la nieve. Lo único que supieron fue que las pisadas fueron hechas por alguien que llevaba unas botas de monte, de un número 39-40 aproximadamente.

»Después de unas semanas, el asunto pareció olvidarse y el caso del niño asesinado en la nieve de los fosos fue archivado, hasta que unos meses después algo similar volvió a ocurrir. Humberto Ortega tenía nueve años y formaba parte de una compañía de boy scouts que estaban acampados de vacaciones de Semana Santa cerca de Salamanca. Un día se acercaron a la ciudad para visitar los monumentos. El grupo no era demasiado numeroso, unos quince niños, al cargo de dos monitores. Cuando estaban visitando la Catedral Nueva volvió a suceder lo mismo que en Pamplona. El monitor perdió de vista a Humberto durante unos segundos, y cuando estaban saliendo y haciendo el recuento de los asistentes a la excursión se dieron cuenta de que faltaba uno de ellos. Comenzaron a buscarlo dentro de la catedral. Otro de los niños dijo que le había parecido ver a Humberto hablando con alguien, una persona adulta, pero que en la penumbra de la catedral era imposible describirla. El niño perdido no respondía a las llamadas de los monitores. Y difícilmente iba a poder hacerlo. Lo encontraron, estrangulado con un pañuelo, en una de las capillas laterales de la catedral, la de San Nicolás de Bari. Cuando llegó la policía e interrogó a los testigos, constató que ninguno había visto entrar o salir a nadie de esa capilla. Yo leí la noticia estando todavía en Pamplona. Me acordé en el acto del niño muerto en la ciudadela y los relacioné. El fin de semana siguiente fui hasta Salamanca, pero la policía no supo darme más detalles que los que ya había leído en el periódico.

—¿Por qué relacionó las dos muertes? *A priori* no parecen tener muchos elementos en común —le preguntó Jacobo.

—No lo sé. Fue una especie de intuición. Salamanca y Pamplona son dos ciudades de provincias, tranquilas y pequeñas. Y el escenario de los dos crímenes me resultó parecido: uno, un parque en la nieve, con multitud de padres jugando con sus niños; otro, una catedral en plena temporada turística, con muchos visitantes y movimiento alrededor. Me podía imaginar perfectamente al asesino acechando a su presa en Pamplona, quieto, entre todas esas personas jugando en la nieve, camuflado con un gorro y una bufanda, ocultando sus ojos tras unas gafas de sol. Y lo mismo en la catedral de Salamanca, escondido tras una de esas gigantescas columnas, observando al amparo de la oscuridad, viendo sin ser visto, acercándose al niño y hablándole entre susurros, con intenciones criminales y, a la vez, respetando el silencio del lugar de culto.

—Ahora entiendo por qué es usted escritor, sabe cómo adornar las cosas. Hasta los crímenes —dijo Laura, absorbida por la narración de Rodrigo—.

¿Dio la policía con alguna pista? ¿Se trataba en efecto del mismo asesino, como usted suponía?

—No. No encontraron nada. Pero mi intuición era correcta. El asesino, el Flautista como se le conoce ahora, volvió a actuar. La siguiente vez fue en septiembre de 1972. Irene Salcedo, de ocho años, nacida en Sevilla. Estaba apurando las vacaciones de verano en una piscina de la ciudad. Había una fiesta para despedir el verano, una especie de verbena para los socios. Las familias estaban cenando juntas cuando los padres de Irene se dieron cuenta de que la silla de su hija estaba vacía. Minutos después la encontraron muerta, flotando en una de las piscinas. Le habían roto el cuello y luego arrojaron su cadáver al agua. De nuevo, el asesino parecía haberse evaporado.

»Pero su carrera criminal no había hecho más que empezar. Con una periodicidad de unos tres-cuatro meses, el Flautista siguió dejando un rastro de cadáveres tras de sí que se extendía por toda la Península. Los crímenes presentaban tres características en común. Las víctimas siempre eran niños. Los escenarios de los crímenes, ciudades pequeñas. Y todos los asesinatos ocurrieron cuando había mucha gente alrededor, como si el Flautista sólo pudiera pasar desapercibido entre la multitud. De hecho, en ninguno de sus crímenes pudieron encontrar un testigo que facilitara ni un solo detalle acerca de alguien mínimamente sospechoso que estuviese rondando por allí. El psicópata parecía invisible. Bueno, más que invisible, parecía un camaleón que se fundía con el entorno.

»En 1972 murieron dos niños más. Joaquín Rodríguez Moldenhauer, once años, Murcia. Asesinado en un camping mientras estaba de vacaciones con sus padres; éste fue el crimen más horrible. El asesino le obligó a beber lejía. Verónica Mas, otra de las niñas de la lista, diez años, Valencia. Asesinada el día que celebraba su primera comunión, la encontraron junto a las vías del tren, con el cuello roto.

»En 1973 le llegó el turno a Laura Varela, siete años, Vigo. Asesinada en un cine al que había ido con su madre para ver una película de dibujos animados. Fue al baño sola. Encontraron su cadáver en una de las cabinas media hora más tarde. También tenía el cuello roto, pero esta vez el asesino hizo algo muy extraño con el cadáver: le llenó la boca de clavos.

—¿Para qué? —preguntó Laura, cada vez más impresionada.

—Nunca se supo. —El escritor se encogió de hombros. A continuación sacó unas viejas fotografías de una cartera de cuero que siempre llevaba con él—. Como sabía que lo que le pasó a Susana aquí en la isla tenía que ver con

los asesinatos de esos niños, he traído algunas fotografías que tomó la policía en la época.

Se las tendió a Laura, quien las miró con interés. Constituían una evidencia de todo lo que les había estado contando Rodrigo, desde el niño muerto en la nieve de Pamplona hasta el asesinado en Salamanca. El niño de Murcia impresionó especialmente a Laura: debido a la lejía que el asesino le había obligado a ingerir, la mueca de agonía de su cara era terrorífica: la boca abierta y los ojos en blanco, casi vueltos sobre sí mismos. Incapaz de seguir mirando, Laura le dio las fotografías a Jacobo. Rodrigo prosiguió con las explicaciones.

—Úrsula Morales, ocho años, Logroño. Nunca volvió de su clase de ballet, la encontraron en una alcantarilla, ahogada. Javier Palomares, nueve años, Huércal Overa. Asesinado durante las fiestas del patrón del pueblo. Su cadáver apareció en un pequeño almacén donde se guardaban productos químicos y abonos para las huertas. En este caso, como en el de Joaquín Moldenhauer, el asesino le hizo beber uno de esos productos hasta provocar la muerte del pequeño. Aquí se arriesgó más que en otras ocasiones, ya que actuó en una población mucho más pequeña que la que solía ser habitual en su *modus operandi*.

»1974 fue el año de Roberto Ortiz, doce años, Ávila. Asesinado la noche de las hogueras de San Juan. Le rompieron el cuello y luego arrojaron su cadáver a una de las hogueras. Gustavo Ibáñez, seis años, Vitoria. Lo encontraron estrangulado en un descampado. Su cadáver estaba envuelto en una alfombra. Maite Cambra, Tarragona, once años. Salió a pasear a su perro, un cocker negro. Cuando éste volvió solo a casa, sus padres comprendieron que algo había pasado. Tres días después, el mar devolvió su cadáver en la playa de un pueblo, Comarruga.

»1975 fue el año de su último crimen. Daniel Sierra, cinco años. Viajaba con sus padres en un tren regional con destino a Santander. Su cadáver apareció en una de las plataformas. En su día se creyó que el asesino pensaba arrojarlo a las vías después de haberle dado el golpe de gracia en la nuca pero alguien lo interrumpió. Y después de Daniel, ya no hubo ningún otro crimen. El Flautista dejó de matar, como si se lo hubiera tragado la tierra. Nunca pude publicar mi libro sobre él por la sencilla razón de que, cuatro años después, seguía como al principio de mi investigación, sin saber otra cosa sobre el asesino que no fuera el apodo con el que lo bautizó la policía, el Flautista.

—Parece usted saberse demasiado bien todas las fechas, nombres y lugares de sus crímenes —observó Martín, muy extrañado—. Yo no sé hablar con esa

precisión de casos en los que he trabajado este mismo año.

—Tuve meses y meses para investigar sobre él, intentar anticipar sus movimientos. Es verdad que llegué a obsesionarme con el Flautista, no porque supusiera una oportunidad en mi carrera sino… —Rodrigo hizo una pausa para encontrar las palabras más adecuadas—… porque ese hombre me parecía que encarnaba la quintaesencia del mal.

—No puedo entender cómo un caso semejante no fue más comentado. Yo era una niña por aquella época, y no recuerdo una historia semejante. Me hubiera dado mucho más miedo que el hombre del saco —dijo Laura.

—La policía se encargó muy bien de taparlo todo porque después de doce asesinatos seguían como al principio. Sin ninguna pista. El Flautista había logrado desacreditarlos, hacerles quedar como estúpidos. Además, no querían alertar a la población, imagínese el pánico que hubiera cundido de haberse hecho público que un asesino se dedicaba a recorrer España matando niños.

—¿Y usted? ¿Llegó a hacerse una idea de quién podía ser el asesino?

—Sí. Alguien muy normal, alguien que podía parecer un padre o una madre, una de esas personas que no son nadie, de las que pasas a su lado sin reparar en su cara. Alguien como cualquiera de nosotros.

—En eso se equivoca. Si está insinuando que alguno de nosotros puede ser el Flautista, no creo que hubiésemos podido haber estado matando en los años setenta. De hecho yo ni siquiera había nacido —objetó Érica, con cara de creerse lo que estaba diciendo, al contrario que el resto de las personas de la habitación.

—¿Qué pasaría en 1975 para que el Flautista dejara de matar? —se preguntó Laura, más para sí misma que para los demás.

—Puede que muriera —dijo Jacobo.

Laura negó con la cabeza.

—Yo creo que se escondió. Algo le pasó que le impidió seguir matando. Igual lo encarcelaron por otro delito, o cayó enfermo. El caso es que estoy segura de que ese hombre seguía vivo en 1984 —afirmó Laura, tajantemente —. Y de alguna manera, Susana supo algo sobre ese caso, algo tan importante como para ponerse en contacto con usted.

—No sé qué pudo ser, no llegó a decírmelo, ésa es la verdad —concluyó Rodrigo, pensativo.

Laura se abrochó los botones de su chaqueta. La historia de Rodrigo la había dejado helada, como si hubiera estado jugando en la nieve en aquel parque de Pamplona con el niño asesinado por el Flautista. Mientras tomaba asiento para meditar acerca de todo lo que Rodrigo le había dicho, cayó en la

cuenta de que ese día ella había mentido, no sólo a los demás sino también a sí misma. Por la tarde había dicho, antes de la sesión de espiritismo, que no creía en visiones, espíritus o en nada que tuviera que ver con lo sobrenatural. Sin embargo, ahora tenía el presentimiento de que no iban a salir vivos de esa isla.

Lo que descubrió Roberto

Tras las revelaciones de Rodrigo, los huéspedes del hotel decidieron que ya habían tenido suficiente por esa noche, así que se fueron a dormir un rato. Ninguno quiso quedarse solo en su habitación por lo que Emilia y Bogdana les dieron unas mantas para que pudieran pasar la noche en los sofás del gran salón, todos juntos. Roberto no podía dormir y tampoco compartía el miedo que sentían los demás por la amenaza de un asesino desconocido. Para él, el asesino tenía un nombre, Claudio, e iba a hacer todo lo posible para desenmascararlo. Intentando no despertar a los demás, se levantó de la butaca en la que estaba y se dirigió a su despacho, donde se sentó frente a su ordenador. Desde que se habían trasladado, se pasaba el día allí metido. Después de dar todos los pasos necesarios para comprar la isla y llevar la voz cantante en las negociaciones, se había encargado de presupuestar las obras que Emilia acometió para dejar el hotel reformado y habitable. Ella confiaba en él. Pero él se preguntaba si era merecedor de esa confianza.

Desde el momento en que Emilia le dijo que quería comprar la isla pensó que estaba completamente loca. Intentó quitárselo de la cabeza por todos los medios posibles, pero ella se mantuvo firme como una roca en su decisión. A Roberto le dolía ver que todos esos millones iban a ser tirados a la basura por un capricho absurdo, motivado además por unas visiones para las que no había ninguna explicación racional. Emilia había soñado con esa isla. ¿Qué tipo de razón era ésa? Viendo la actitud inalterable de Emilia, Roberto decidió seguirle la corriente para ganar tiempo y poder ir convenciéndola poco a poco de que estaba cometiendo una locura. Así que buscó en los registros de la propiedad y descubrió que la isla estaba a nombre de una empresa, In-Soil. Se puso en contacto con ellos y les expuso la propuesta de Emilia: estaba dispuesta a pagar lo que quisieran pedirle por el terreno. A Roberto nunca le había costado tanto pronunciar unas palabras. Los abogados de In-Soil escucharon la oferta de Emilia y dijeron que la trasladarían al director de la

compañía, una persona de la que Roberto no había podido investigar la identidad. Días después les llegó una respuesta. La empresa estaba dispuesta a vender la isla. Cuando Roberto vio la cifra que pedían, pensó que tenía que ser una broma. No porque la cantidad fuese desorbitada sino por todo lo contrario, era casi irrisoria, una nimiedad. ¿Había perdido todo el mundo sus cabales? Emilia estaba dispuesta a ofrecerlo todo por comprar ese terreno. El propietario de la isla estaba dispuesto a venderla por nada. Así que al final todo se resolvió satisfactoriamente. Se terminaron las discusiones. La venta se produjo de la manera más sencilla posible: la isla cambió de manos con la misma facilidad con la que se compra un coche usado. Y ahora sabían, por las revelaciones de Érica, que la misteriosa propietaria de la isla no era otra que Celia Busquets, la antigua dueña del hotel, lo cual lo hacía todo más enigmático. ¿Por qué le había regalado la isla de esa manera a una desconocida?

Roberto pidió unos meses de excedencia en los laboratorios Acosta y se fue a vivir a la Isla de las Gaviotas. El hecho de vivir alejado de la capital se le podría haber hecho muy duro al principio, pero las reformas le mantuvieron ocupado todo el tiempo. Asimismo, estuvo investigando la mejor manera para que Emilia invirtiera su dinero, a pesar de que ella no se atrevía a moverlo ni a hacer jugadas financieras con él. Roberto estaba tan abstraído en la pantalla del ordenador que el corazón casi se le para cuando una mano se apoyó en su hombro.

—¿Qué haces aquí solo y a oscuras?

—¡Cariño! ¡Qué susto me has dado! —dijo, intentando calmarse. Estaba tan abstraído que no había oído a Emilia entrar en la habitación—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

Emilia negó con la cabeza mientras se fijaba en la pantalla del ordenador.

—¿Qué hacías tan concentrado? Ése es el correo del hotel.

—Estaba comprobando una cosa. —Roberto paseó su mirada por la bandeja de entrada de los e-mails que habían recibido las últimas semanas. Casi todos ellos eran facturas y correos de los contratistas que se habían hecho cargo de las obras del hotel. El resto provenían de personas interesadas por conocer las tarifas de la estancia. Señaló uno de ellos—. Aquí está, mira.

Emilia leyó el e-mail que Roberto le estaba señalando. En él, alguien solicitaba una reserva para ese mismo fin de semana. Emilia le había contestado diciendo que no había ninguna disponible.

—Lo recuerdo. ¿Qué tiene de raro?

—Mira el remitente.

Emilia obedeció y comprendió en el acto lo que tanto le había llamado la atención a Roberto.

—¡Es de Claudio! —dijo extrañada—. Quiso venir como huésped hace unos días…

—Pero no pudo. Y ahora, de repente, aparece como sustituto del cocinero que habíamos contratado. Ese tío ha querido venir a la isla a toda costa. En cuanto podamos salir de aquí, lo despachas.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no? —objetó Emilia algo molesta—. Éste es mi negocio.

—En el que no sólo hay invertido tu dinero. He dejado muchas cosas de lado para estar aquí contigo todos estos meses, apoyándote, intentando poner todo esto en pie. Y ahuyentando a gente como él, a la que se le ve venir a la legua. ¿O ya no te acuerdas de que casi te envenena?

—No fue él. Ese chico tiene buen fondo, lo noto.

—También lo tenía Samuel. Y te robó y casi te quema viva.

Emilia se sentó. No había vuelto a pensar en eso desde hacía meses. Al verla tan afectada por sus palabras, Roberto se acercó a ella, solícito, cambiando de actitud.

—Perdona, sabes que no me gusta ir en plan Pepito Grillo. No quería sermonearte —se disculpó él, arrepentido. Pero se llevó una sorpresa al ver la cara de Emilia. En vez de acongojada, su rostro estaba iluminado, como si hubiera tenido una revelación.

—¿Sabes que has podido dar con la clave? ¿Y si todo eso tiene algo que ver con lo que está pasando? ¿Y si es Samuel quien está detrás de todo? Nunca se volvió a saber de él, nunca lo atraparon.

—¿Crees que nos ha seguido hasta aquí? ¿Y que mató a ese hombre y que intentó envenenarte?

—Pudiera ser. Demostró estar muy loco. Quizá debería decírselo a Laura.

—No perdemos nada. Pero no olvides lo que te he dicho. —Roberto se acercó a ella y la besó—. Mantente alejada de ese Claudio.

Lo que vio Bogdana

Olivia tampoco había podido conciliar el sueño, así que fue a la cocina para comenzar a adelantar algo del desayuno del día siguiente, aunque la tarea le resultó mucho más difícil de lo que esperaba. Después de lo que había pasado el día anterior, con la intoxicación de Emilia, no se atrevía ni a tocar una bolsa de té. Pero Bogdana le había dicho que era su deber mantener la calma e intentar atender a los huéspedes con la mayor profesionalidad posible. «Como si se pudiera ser profesional con un loco que anda suelto por ahí, matando a troche y moche», se dijo Olivia, reprochándose mentalmente la decisión que había tomado hacía muy poco tiempo de abandonar su pueblo natal, donde los únicos peligros que la acechaban en el obrador de la pastelería de su padre, en la que había trabajado desde que tenía trece años, eran las broncas que éste le echaba cada vez que se equivocaba en las cantidades al mezclar los ingredientes de los pasteles y bizcochos que elaboraban, y los kilos que se acumulaban en sus caderas cuando se comía a hurtadillas las magdalenas que sacaba recién hechas del horno. Bogdana entró en la cocina con una pila de ropa lista para meter en la lavadora. Al parecer, la mujer tampoco necesitaba horas de sueño y se estaba ocupando de la colada.

—¿Qué haces que todavía no has puesto el agua a hervir? —le dijo enfadada.

—Estaba organizando las infusiones y asegurándome de que no se le vuelva a dar matarratas a nadie —contestó Olivia, molesta.

Miró a su jefa con rabia. Le recordaba a una de esas lugareñas de Transilvania en aquellas películas antiguas en blanco y negro que advertían a los visitantes que no se les ocurriera visitar el castillo del conde Drácula. Bogdana comenzó a separar la ropa blanca de la de color, y de repente de una de las prendas cayó un papel al suelo. Bogdana lo recogió y lo leyó. Olivia observó cómo su semblante se tornaba lívido.

—¿Qué te pasa, Bogdana?

La expresión de la rumana era tan extraña que la joven pensó que le había dado un ictus. La mujer miraba fijamente el papel, sin contestar. Levantó la mirada y fijó sus ojos en Olivia, pero pareció traspasarla como si ella no estuviese allí. Intrigada, la chica se acercó a ella y colocándose a su espalda, intentó leer por encima de su hombro el contenido de tan misterioso papel. Se trataba de un mapa de la isla, pero no parecía tener nada que justificara la misteriosa reacción de la rumana. Al sentirla a su lado, Bogdana pareció volver en sí.

—¿Se puede saber qué haces, cotilla? Sirve esos cafés, que ya estás tardando —bufó la otra.

«En soltarte un mamporro, en eso sí que estoy tardando. ¡Qué ganas tengo de perderte de vista y de que te vayas a freír monas!», estuvo a punto de decirle Olivia. Poco podía imaginar la joven que sus deseos iban a verse cumplidos en muy poco tiempo.

Charlas de almohada

—¿Quién es tu amiguita? —le preguntó Laura a Martín, en voz baja, casi susurrando.

Los dos se encontraban recostados en el suelo, tapados con unos edredones. Laura se había envuelto en él de tal manera que a Martín le recordó un gusano de seda metido en su capullo. La cara de la policía asomaba graciosamente de entre el rebujo de la tela. Jacobo dormía al lado de Laura: por el sonido acompasado de su respiración, parecían no haberle afectado demasiado los sucesos de la noche.

—¿Julia? La conocí en un bar hace un mes y medio. Nos hemos visto una o dos veces por semana desde entonces.

Laura miró a la joven. También dormía plácidamente a la derecha de Martín. Con su camiseta de tirantes y los pantalones vaqueros cortos parecía la portada de una revista masculina. Había intentado abrazarse a Martín varias veces durante las horas precedentes, pero éste se las había ido componiendo para evitarla. Y así, separándose de ella poco a poco, centímetro a centímetro, fue como acabó pegado a Laura.

—¿Fue ella la que te propuso venir aquí? —Martín asintió—. ¿Recuerdas el día?

Martín hizo memoria.

—Me lo propuso hace tres semanas, alrededor del día 28.

—¿Y por qué no le dijiste que ibas a venir a mi boda?

—Se lo dije, pero ella insistió en que sólo podía ser este fin de semana. Se puso muy cabezona en eso. —Martín vio cómo Laura se quedaba pensativa —. ¿Qué te pasa?

—Que creo que la persona que le envió la invitación a Érica para que viniera aquí hizo lo mismo con el resto de los invitados. —Le mostró a Martín la invitación que le había enseñado Érica al principio de la noche—. ¿Ves?

Tiene fecha del día 27. Y Julia te propuso venir a la isla el día 28. ¿Y si ella también recibió una invitación parecida?

—No lo sé, puede ser. En cualquier caso, no creo que me lo diga. En nuestra relación, tenemos de todo menos confianza. Por eso está durando más de lo que suele ser habitual en mí, porque no nos hemos prometido cosas que sabemos que no vamos a cumplir, y no esperamos nada el uno del otro.

—¿Estás seguro de que ella no espera nada? —le dijo Laura, mientras señalaba con la cabeza el cuerpo durmiente de Julia que, entre sueños, buscaba el cuerpo de Martín a su lado. Martín calló. El hecho de haberse escurrido del lado de la joven constituía una admisión bastante clara de que estaba al tanto de sus sentimientos y de que él no estaba por la labor de corresponderlos en igual medida. Laura prosiguió, hablándole casi al oído—. Martín, he estado pensando en algo. Si lo de no venir a la boda es porque piensas que, ahora que me he casado, nuestra relación va a cambiar, estás muy equivocado. Todo va a seguir como siempre. Sabes que eres muy importante para mí, no tienes por qué sentirte desplazado…

—Lo sé. Pero no fue por eso. Ya sabes que no entiendo muy bien lo de atarse con una persona de por vida, no veo que haya nada que celebrar…

—No me creo que tú nunca lo hayas pensado, que nunca te hayas enamorado tan fuerte de alguien como para no desear estar siempre con ella.

Martín calló unos segundos antes de responder. Laura estaba expectante. A pesar de que eran los mejores amigos del mundo, casi nunca hablaban de sus sentimientos más íntimos. No lo hacían de una manera consciente; era más bien una especie de vergüenza que les invadía cuando se acercaban a las fronteras de los temas demasiado personales, impidiéndoles hablar. Laura había pensado muchas veces qué se podía esconder tras ese cuidado por no bajar nunca la guardia por parte de ninguno de los dos, pero el intentar catalogar el sentimiento que había detrás de esa actitud defensiva le producía siempre una sensación de azoramiento. Así que se encontraba con respecto a Martín en una situación en la que nunca se sinceraban el uno con el otro ni cada uno de ellos con respecto a sí mismos. Unos segundos después, su amigo contestó.

—Sí, una vez hubo una persona. Pero no pudo ser, conoció a otro. Además, nunca me hubiera tomado en serio.

Ya estaba, lo había dicho. Después de años juntos, Martín había confesado haber sentido un interés muy especial por alguien.

—¿Y quién era? —preguntó Laura sorprendida, elevando el tono de voz, lo que provocó que alguien chistara molesto y que Martín reaccionara, como

despertando de un trance. La policía vio cómo, en cuestión de décimas de segundo, su amigo había vuelto a levantar la guardia.

—No la conoces. —Martín zanjó el tema—. Y volvamos a esos anónimos. Si tienes razón, si alguien les ha reunido a todos aquí, ¿quién pudo ser el que lo hizo?

Laura se quedó pensativa unos segundos. Una idea cruzó por su mente.

—Creo que la respuesta a esa pregunta es bastante obvia. Aunque antes deberíamos comprobarlo. ¡Vamos! —le dijo a su compañero a la vez que se levantaba.

Martín obedeció sin rechistar, acostumbrado a las súbitas iluminaciones de su amiga.

Una firma para los anónimos

Un par de horas después, con la llegada del amanecer, los huéspedes se fueron despertando de su sueño comunal. Al incorporarse, Julia comprobó que Martín y Laura no estaban en el salón. Sin molestarse en reprimir una expresión de fastidio, se acercó a Jacobo, quien se estaba sirviendo un café en una mesita que Emilia había preparado a tal efecto. El policía le sirvió una taza, sin llenarla demasiado, ya que el brebaje parecía bastante cargado.

—Creo que ese café no va a ser lo más fuerte que nos vamos a tragar hoy —dijo Julia con intención.

Jacobo la miró extrañado mientras le daba la taza.

—¿A qué te refieres?

Julia tomo un sorbo antes de continuar.

—Tu mujer y Martín, ¿desde cuándo se conocen?

—Desde hace muchos años. ¿Por qué?

—Porque yo no les quitaría la vista de encima.

—No digas tonterías, son muy amigos, casi hermanos —le contestó él, enfadado—. Y no sé qué hago hablando de esto contigo.

—Es sólo que Martín nunca me había hablado de ella, como hace con todas las cosas que le importan de verdad —dejó caer mientras se alejaba.

Jacobo se quedó solo y pensativo, mirando el fondo de su taza. Se la bebió de un trago, confiando en que el fuerte sabor del café camuflara cierto malestar que había comenzado a sentir en la boca del estómago. La sensación remitió, pero las palabras de Julia seguían revoloteando en su cabeza. Para ahuyentarlas y por hacer algo, encendió un viejo tocadiscos que había en una esquina del salón. Para su sorpresa, no era únicamente un objeto decorativo, funcionaba perfectamente. El brazo de la aguja se posó sobre el vinilo y un alegre dueto de ópera comenzó a resonar por los altavoces en todas las habitaciones y salones de la planta baja. Al parecer, el aparato estaba conectado con el hilo musical del hotel. En ese momento Ángel se acercó a

Jacobo, lívido. Parecía como si hubiese visto un fantasma. O una encuesta de intención de voto muy poco favorable para él.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Jacobo.

—Sí, es sólo que… ¿le importa quitar esa música? Me duele la cabeza y esos gorgoritos no ayudan, la verdad —respondió el político.

Jacobo se fijó en que la mano del hombre temblaba y que una gota de sudor resbalaba por su sien.

—Sí, claro, no hay problema, sólo quería animar el ambiente —dijo, y apagó el tocadiscos.

Ángel volvió a sentarse. Jacobo lo observó, el hombre estaba a punto de desmoronarse. Aunque bien pensado, eso era lo normal dadas las circunstancias. Lo raro era que nadie hubiera perdido los nervios antes. En ese momento Laura y Martín regresaron al salón. Su mujer parecía muy exaltada por algo. Se dirigió directa a él.

—Jacobo, hemos encontrado algo —comenzó, como si fuera un niño que vuelve de explorar un parque de atracciones—. He comparado la letra del anónimo que enviaron a Érica con un papel que había en la maleta del hombre asesinado. Mira. —Laura le tendió un papel a su marido. En él, alguien había apuntado unas indicaciones para llegar desde Madrid a Comillas, el pueblo de la costa más cercano a la isla—. Y ahora mira la nota de Érica. —Le tendió otro papel.

Jacobo cogió la nota y la comparó con la que tenía en la mano.

—¡Es la misma letra! —dijo asombrado—. ¡El muerto fue quien envió el anónimo!

—Los anónimos —le corrigió Laura—. Estoy convencida de que todos los que han venido a esta isla recibieron uno.

—Entonces ese hombre reunió a todas estas personas para intentar aclarar lo que ocurrió hace veinte años, el asesinato de la ornitóloga y su relación con el Flautista —elucubró, atando los datos que acababa de proporcionarle Laura y mirando a todos los que se habían reunido en el salón.

—Pero hay algo con lo que no contó. Que el asesino pudiera ser uno de ellos, y que estuviera dispuesto a impedir que se supiera la verdad a toda costa.

Una loba solitaria

Lydia notó cómo alguien se aproximaba a su lado. Abrió los ojos, pero le costaba centrar la vista, todo se veía borroso. No se encontraba en el parking, sino en una habitación, tumbada en una cama. Intentó mover el brazo izquierdo pero sintió como si se lo estuvieran marcando con una barra de hierro incandescente. La figura siguió acercándose hasta donde estaba tumbada y extendió el brazo hacia ella. Lydia pensó en ese momento que el asesino del parking no tenía que ser el único que enviaran contra ella e, instintivamente, levantó la mano derecha y sujetó el brazo que casi la estaba tocando, intentando inmovilizarlo.

—¡Tranquila, tranquila, no pasa nada! —dijo la voz—. Ya ha pasado todo, está a salvo.

—¿Dónde estoy? —consiguió articular Lydia.

—En un hospital. Le hemos sacado la bala que tenía en el hombro. La herida no era grave, no tocó ninguna arteria ni astilló ningún hueso. Tiene suerte de que la encontraran pronto, no perdió mucha sangre.

Lydia fue enfocando la vista y comprobó que quien le hablaba era una enfermera.

—No tardaremos en darle el alta. Pero ahora que ha recobrado el conocimiento, tendrá que responder a unas preguntas. Un compañero suyo está aquí para interrogarla.

Lydia asintió con la cabeza. La enfermera abrió la puerta y dejó entrar a alguien que estaba esperando fuera. Al verle, Lydia hubiese preferido que alguien hubiera mandado a otro sicario para rematarla. La enfermera salió dejándola a solas con su jefe, Montaner.

—¿Sabes la que has liado tú solita? —dijo éste acercándose a la cama en la que estaba Lydia.

—Yo también me alegro de verte, Montaner.

—Te dije explícitamente que te olvidaras del asunto. Pero no, tu orgullo te lo impidió. Y mira el resultado, dos muertos.

Lydia le miró y estuvo a punto de desmoronarse. Era la primera vez que comprendía que sus acciones habían provocado la muerte de dos personas. Ser consciente de ello le dolió mucho más que cien balazos como el que tenía en el hombro.

—Yo sólo quería ayudar, sabía que había algo raro detrás de la muerte del hombre que encontramos ayer —repuso Lydia, afectada.

Montaner no reparó en que los ojos de su subordinada brillaban por las lágrimas que estaba intentando contener.

—Hablemos claro. Lo que a ti te pasa es que nunca has podido digerir lo de mi ascenso. Y tu forma de dar la pataleta es montar un numerito a lo *Jungla de cristal*. Pues ¿sabes lo que has conseguido? Lo que querías. Llamar la atención de los de arriba, pero no para bien. Tus días en la policía están contados. No te extrañe si con los papeles de tu alta del hospital te dan a firmar los de tu cese en la policía.

Lydia asimiló lo que Montaner le estaba diciendo y la sensación de abatimiento cedió un poco. Si era expulsada del cuerpo, no tendría que soportar ver su cara todos los días. No eran tan malas noticias, al fin y al cabo. Montaner prosiguió su discurso, incansable.

—Equipo. Siempre digo lo mismo. Trabajo en equipo. En la policía no hay lugar para los lobos solitarios. La manada no los quiere.

Se había acercado cada vez más a ella mientras hablaba, y Lydia pensó que la analogía no era desacertada, por lo menos en lo que a él se refería, ya que el aliento le olía como el de una fiera salvaje, una hiena. Hizo un mohín de disgusto que su jefe atribuyó a la reprimenda. Una voz desde la puerta los interrumpió.

—Dale un respiro a la chica, Montaner. Ya ha sufrido bastante por hoy.

Lydia y su jefe miraron al recién llegado. Desde su más de metro noventa de estatura, los ojos claros de Castro los miraban con frialdad, no se sabía si a causa de la escena que estaba contemplando o a causa de la gran altura a la que se encontraban.

—Sólo estaba recordándole las consecuencias que puede tener el no seguir el reglamento, el ser indisciplinado —le contestó el aludido, nervioso. Parecía realmente impresionado por la presencia de Castro en el hospital—. No esperaba verle por aquí. Aunque puede que esto sirva para que la agente Martínez comprenda la gravedad de lo que ha hecho.

—Me gustaría hablar a solas con ella —dijo Castro.

—Sí, claro, aunque ya le he puesto en antecedentes. Es consciente de las sanciones que pueden recaer sobre ella —añadió Montaner antes de salir de la habitación.

Castro se acercó a la cama. Llevaba un traje negro, y bajo él se podía adivinar un cuerpo bastante bien formado. Esbozó una leve sonrisa al comenzar a hablar.

—Por poco no lo cuenta. Tiene suerte de que un coche viera desde la carretera las llamas que provocó la explosión. Su herida no era grave pero si la hubiesen atendido más tarde podría haber muerto desangrada. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita algo? —dijo solícito.

—Sólo un poco de agua, si no le importa —pidió ella.

Él cogió un vaso de la mesilla y se lo acercó. Al rozar su mano para cogerlo, Lydia sintió un leve escalofrío.

—¿Sabe quién soy?

—Sí —respondió ella tras terminar de beber—. Sé quién es y la limpieza a fondo que está llevando a cabo en la policía. Por eso imagino que no tardaré mucho en tener que entregar mi placa.

—Yo no tengo tantos problemas como su jefe con los lobos solitarios, no mientras su presa sea la verdad. ¿Quiénes eran las personas que estaban con usted en el parking?

—Ainhoa Requena, trabajaba en un centro de archivos del Ministerio del Interior. Del hombre que nos disparó no sé nada.

—Y tardaremos en saber algo de él. Quedó irreconocible después de la explosión. ¿Por qué quería hablar con Ainhoa Requena? ¿Tenía que ver con el asesinato de su compañero, Nuño Hermida?

Éste era el momento que Lydia estaba temiendo, el momento de tener que comenzar a responder preguntas. Pero ¿de quién podía fiarse realmente?

—Dijo que tenía algo importante que contarme, algo sobre el asesinato de su compañero —comenzó a decir.

—¿Qué fue lo que le contó?

—Nada —mintió Lydia—. No le dio tiempo. La dispararon antes de poder decirme nada.

—¿Seguro que no le contó que su compañero había muerto porque había removido algún asunto que había incomodado a alguien en el ministerio?

Lydia le miró inquieta. ¿Cuánto sabía ese hombre? Una sospecha comenzó a crecer dentro de ella. ¿Estaría él involucrado?

—No, no lo estoy —aclaró él, como si hubiese escuchado la pregunta que Lydia se había hecho en su cabeza.

Ella lo miró alucinada.

—No le entiendo.

—Que no formo parte de la conspiración por la que han intentado matarla. Es eso lo que estaba pensando, ¿no? —dijo Castro con una sonrisa.

—¿Por qué piensa que hay una conspiración? —preguntó ella.

—Porque es un AK-47, que debería estar en un depósito de la policía, junto a otros subfusiles decomisados a una banda de mafiosos búlgaros, fue el arma que usó ese tirador profesional que disparó contra usted.

Lydia se incorporó asombrada. Castro prosiguió.

—¿Sabe lo que eso quiere decir? Que la persona que quiso matarla obtuvo esa arma de un policía. Eso si no era policía él mismo, claro.

—No… no sabía nada de eso. Desde luego, parecía alguien muy profesional, sabía lo que hacía.

Castro prosiguió con su razonamiento.

—Así que me pregunté por qué querría ese alguien matar a dos funcionarios que trabajaban como ratones de biblioteca catalogando expedientes antiguos. Y pensé que igual esos desgraciados habían hojeado el expediente equivocado. —Volvió a fijar sus ojos penetrantes en la joven, quien no fue capaz de sostenerle la mirada—. No estaba seguro, pero ahora, al ver sus reticencias para hablar conmigo, acaba de confirmar todas mis sospechas.

Lydia suspiró hondo. No se encontraba con fuerzas para luchar. Los analgésicos habían provocado que tuviese la guardia baja. Y el que Castro la estuviese tratando con un mínimo de amabilidad hizo que rompiese las últimas defensas que le quedaban. Decidió decir la verdad.

—Tiene razón. Alguien pagó a Hermida para que encontrase un expediente, el de un viejo caso de asesinato. Su nombre era «Flautista», pero no sé nada más. Ainhoa murió antes de poder contarme nada. Y la copia del archivo que me trajo se quemó en el incendio.

Castro se quedó pensativo, digiriendo la información.

—Investigaré a ver qué puedo sacar en claro, aunque el que haya organizado todo esto habrá borrado hasta el más mínimo rastro de ese expediente en el ministerio.

Lydia le miró, temerosa de la contestación de la pregunta que iba a formular.

—¿Y yo? ¿Qué va a pasar conmigo?

—Como usted bien ha dicho, no quiero asuntos que puedan salpicarnos.

—¿Eso quiere decir que me quedo fuera de la investigación?

—Eso quiere decir que quiero que vaya hasta el fondo de este asunto. Sabe que me he tomado como una cruzada personal el que la policía tenga una imagen ejemplar. Quiero que rueden cabezas por lo que ha pasado. —Castro dijo estas palabras en tono tajante. Pero a continuación, le sonrió—. Pero no la suya, eso sí que sería una lástima.

Lydia le devolvió la sonrisa, pensando que la pérdida no sería tan grande, al menos esa mañana. Su cabeza había tenido mejores despertares, tanto físicos como mentales, cualquier otro día de su vida. Castro volvió a acercarse a ella, adoptando una actitud confidente.

—Tiene que tener algo en cuenta. Si es verdad que hay policías implicados, no podrá usar los medios habituales de investigación.

—¿Me está diciendo que me salte el procedimiento? ¿Usted? —le preguntó Lydia, alucinada.

—Le estoy diciendo que tenga mucho cuidado.

Lydia asintió.

—Tengo mis contactos, podré recurrir a ellos sin problemas. Y le mantendré informado —dijo.

Castro se levantó y se dirigió hacia la puerta. Pero antes de salir, se volvió hacia ella.

—Esta mañana acabo de resolver un misterio que me estaba volviendo loco desde hace tiempo.

Lydia le miró sin comprender. Él prosiguió.

—No podía entender cómo ese gilipollas de Montaner había llegado a convertirse en jefe de su unidad. Pero ahora lo entiendo todo, usted habrá tenido mucho que ver con ello. —La miró con reconocimiento—. Ha demostrado ser una gran agente. Estoy a punto de decidir los nombramientos de los nuevos comisarios. No le prometo nada, pero si todo esto acaba bien, tendré su nombre muy en cuenta —dijo mientras pensaba que Lydia podía ocupar a la perfección el hueco que había quedado vacante en su lista de nombramientos tras desechar a Jacobo Salgado.

Un viaje sin retorno

—¿Está diciendo que toda esta gente está relacionada con la isla? —preguntó Emilia, atónita.

Sentada tras su mesa del despacho, abría y cerraba los cajones de su escritorio, como buscando algo. Frente a ella, Laura paseaba inquieta, mientras Martín, con las manos en los bolsillos, se apoyaba sobre un hombro contra la pared.

—Si sólo se hubiera tratado de Érica, sería una casualidad. Pero el libro de Rodrigo ya es demasiada coincidencia. Además… las invitaciones lo dejan todo claro. Ninguno está aquí por azar.

—No digo yo que tipos como Morales y Cruz no oculten algo… pero Julia es demasiado joven para haber tenido nada que ver con la mujer muerta del faro… —apuntó Martín.

—Es demasiado joven para muchas cosas —matizó Laura, provocando la sonrisa culpable de su compañero.

Emilia, que seguía prestando atención a medias, terminó de cerrar el último cajón con un suspiro. Se levantó cuando vio pasar a Bogdana delante de la puerta.

—Bogdana, perdona… ¿has visto mis pastillas?

—Siempre están en su cajón… —respondió ella, señalando el escritorio.

—No las encuentro.

—Si le duele la cabeza, yo llevo paracetamol en la maleta… —apuntó Laura.

—Lo que tengo son migrañas. Si no es ergotamina, no me hace nada. Y como no la encuentre pronto, van a acabar conmigo…

—¿Dónde las vio por última vez? —preguntó Martín.

Emilia intentó hacer memoria. Ya sólo el esfuerzo de obligar a su mente a recordar parecía intensificar el dolor.

—En el faro, cuando nos encontramos con Érica… Las saqué del bolsillo para tomarme una… y las dejé sobre una mesa, creo.

—Ahí seguirán. Voy a por ellas —se ofreció Bogdana, saliendo del despacho.

Laura fue tras ella, hacia la recepción.

—Bogdana, con este tiempo es una locura.

—No podemos esperar a que termine la tormenta. Esos ataques de migrañas la dejan muy tocada durante mucho tiempo.

—Voy con usted —dijo Martín.

—No hace falta.

—No le estaba pidiendo permiso. Con un cadáver allá fuera, prefiero que nadie ande solo por ahí, y menos con la que está cayendo.

—Llevo siete meses en esta isla. Me la conozco a la perfección, y un poco de agua no me molesta. Si todos los demás están aquí, no tengo nada que temer. Asegúrense de que nadie sale del hotel y todo irá bien. Además… ¿cómo sé que no es usted el asesino?

—Yo soy policía… —se defendió él con una sonrisa—. Tengo dos compañeros aquí que se lo pueden asegurar.

—¿Y cómo sé que no están los tres compinchados?

Emilia, con una mano en la sien y un claro gesto de dolor en el rostro, salió de su despacho.

—Bogdana, por favor, no hagas tonterías. Las pastillas pueden esperar.

Su asistenta no le hizo el menor caso.

—Les llamaré por la radio cuando llegue al faro… —zanjó Bogdana, y señaló hacia el despacho que custodiaba el viejo aparato de onda corta.

La mujer cogió un chubasquero del perchero y se cubrió con él mientras buscaba una linterna tras el mostrador de la recepción. Aunque había amanecido ya hacía más de dos horas, las nubes que oscurecían el cielo creaban una sensación de noche perpetua.

Cuando abrió la puerta al exterior, un fuerte golpe de viento les obligó a cubrirse la cara con la mano, protegiéndose de la lluvia que entraba con violencia. Y así, armada nada más que con una linterna, Bogdana dejó que la tormenta la engullera.

Jacobo no se mostró nada de acuerdo con la actuación de Martín y Laura. Sus reproches por haber permitido que se fuera sola llamaron la atención de

Morales y Cruz, que bajaron a la vez de sus habitaciones, este último visiblemente más inquieto que el primero.

—¿Estamos todos aquí? —quiso saber el político.

—Roberto se está vistiendo, y Olivia ya está montando las mesas en el comedor —dijo Emilia—. Claudio está preparando el desayuno.

—¿Y qué hay del resto?

—Deberíamos decirles que bajen —comentó Morales—. No me gustaría perder a nadie de vista.

Jacobo estuvo de acuerdo en ir a avisar a los demás. Martín pasó a su cuarto para decírselo a Julia, después de prometer que no se entretendría con ella más de lo necesario. Laura, por su parte, llamó a la puerta de Érica, que le abrió con un antifaz para dormir a medio quitar sobre su cabeza.

Jacobo se encargó de despertar a Rodrigo. Pero cuando no recibió respuesta tras llamar a su puerta varias veces empezó a ponerse nervioso.

—¿Rodrigo? ¿Rodrigo? —llamó, golpeando con fuerza.

—¿Qué pasa? —Laura se acercó hasta él.

—Apártate.

Jacobo dio un par de pasos hacia atrás, apretó los puños y se lanzó con todas sus fuerzas contra la puerta. El impacto del choque provocó que saliera rebotado hasta el mismo punto donde había cogido la carrerilla.

—¡Jacobo! —Laura se apresuró a ponerlo de pie, lo que su marido hizo con esfuerzo y su orgullo un tanto malherido.

—Estoy bien… he calculado mal. Déjame un segundo…

Apartó con gentileza a su mujer y, separándose tan sólo un paso de la puerta, cogió aire y lanzó una fuerte patada. La sombra de un esguince de rodilla le sobrevoló cuando la pierna se quedó clavada sobre la puerta, sin provocar que tan siquiera se astillara.

—¡La madre que la…!

—Jacobo, ya está bien. Me vas a dejar viuda.

—¡Morales! —llamó el policía.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz grave desde las escaleras, un piso más abajo.

—Suba a echarme un cable, ¿quiere?

El gigantesco policía subió pesadamente las escaleras y se extrañó al ver a Jacobo doliéndose tanto del hombro como de la pierna, apoyado contra la barandilla y asistido por su mujer.

—Tírela abajo con todas sus ganas, ¿quiere?

—Es el cuarto del tipo este de los fantasmas…

—Ya sé de quién es, y no responde a mi llamada. ¡Tírela abajo, por favor!

Morales no preguntó más y, con toda la energía que consiguió reunir, soltó una patada que hubiera noqueado a un toro en pleno rodeo. La madera crujió y las bisagras parecieron moverse un milímetro, pero la puerta no se abrió. Laura y Jacobo no salían de su asombro, aunque el más sorprendido parecía el propio Morales, como un Sansón al que hubieran cortado el pelo mientras dormía.

—Pero ¿de qué coño están hechas las puertas aquí? —se preguntó Jacobo.

—¿Se puede saber qué hacen? —preguntó Rodrigo, subiendo las escaleras.

—¿Dónde se había metido? —quiso saber Laura.

—Estaba escribiendo junto a la chimenea. ¿Por qué? ¿Dónde se habían metido ustedes? —preguntó, imitando el tono inquisidor de Laura.

Los tres policías se miraron entre ellos, desconfiando del escritor pero en realidad sin ninguna prueba para hacerlo.

—No se pase de listo y baje cuando pueda. Tenemos que estar juntos —dijo Jacobo, que bajó cojeando las escaleras.

Media hora después todos estaban ya desayunando en el comedor, ocupando mesas diferentes y mirándose de reojo unos a otros.

En su despacho, Emilia no dejaba de mirar el aparato de radio de onda corta como si fuera una bomba a punto de estallar. Se masajeaba las sienes continuamente, intentando controlar la migraña que empezaba a aguijonearle el cráneo.

De pronto, una luz roja empezó a parpadear en el aparato. Emilia se abalanzó sobre él, pero no sabía manejarlo. Martín, que había realizado algún curso de comunicaciones en su estancia en la academia, se sentó frente a la radio. Emilia, Laura y Jacobo lo rodearon.

Martín pulsó la palanca de la base del micrófono y habló.

—¿Hola? ¿Bogdana?

Durante un par de segundos, tan sólo se recibió estática. Martín ajustó una rueda que sintonizaba la frecuencia y manipuló los interruptores que le permitían aislar el ruido de fondo. Volvió a pulsar el comunicador.

—¿Hola?

Más estática. Emilia empezaba a ponerse nerviosa.

—¿Por qué no se oye?

Martín se dispuso a seguir ajustando botones cuando una voz se dejó sentir a través del altavoz.

—¿… lia? ¡¿Emilia?!

El grito de la mujer hizo que todos los que se encontraban allí reunidos se taparan las orejas con las manos.

—No sé para qué quiere la radio, se la oiría sacando la cabeza por la ventana… —comentó Laura.

—¡Bogdana! —gritó Emilia, aliviada por oír su voz.

—Bogdana, soy Martín. ¿Se encuentra bien?

—Sí, Martín… estoy bien.

A raíz del grito de la mujer, los demás habitantes del hotel se iban asomando a la puerta, convirtiéndose en espectadores de una escena que no comprendían demasiado bien, ya que nadie les había dicho que Bogdana había ido sola hasta el faro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olivia, última en llegar, al político, que cerraba el grupo.

—Su compañera, la mujer extranjera… está sola en el faro. Ha encontrado algo.

Olivia se tapó la boca con la mano, en un claro gesto de preocupación por Bogdana.

—¿Tiene las pastillas de Emilia? —le preguntó Jacobo, pulsando él mismo la palanca del micro por encima de Martín. Hubo unos instantes de silencio.

—¿Bogdana? —volvió a preguntar.

—No las he visto… Pero hay algo aquí… algo raro…

—Bogdana, coja las pastillas y vuelva —dijo Jacobo—. Saldré yo mismo hacia el faro y nos encontraremos a medio camino.

Laura pasó por encima de su marido, que ya había pasado a su vez por encima de Martín, para pulsar ella también la palanca. Martín, debajo de aquella torre humana, los miraba por encima del hombro sin dar crédito.

—Bogdana, ¿qué ha encontrado?

En la puerta, los rostros de los demás espectadores reflejaban la tensión que se respiraba, como si estuvieran presenciando el clímax de una película de suspense. Ninguno se había atrevido siquiera a decir una palabra.

Nueva estática durante unos segundos más, tras los que finalmente Bogdana se atrevió a hablar, aunque sus palabras se veían interrumpidas por una pésima transmisión debido a la tormenta.

—No se pueden fiar… el asesino… pruebas que demuestran… el Flautista…

Los policías se miraron entre ellos, extrañados. Emilia tampoco parecía comprender lo que significaban aquellas palabras.

—¿Flautista? —preguntó, mirando a Laura—. ¿Ha dicho «Flautista», como el nombre de la carpeta?

De pronto un grito desgarrador les obligó a cubrirse de nuevo los oídos. Un golpe sordo se escuchó a través de los altavoces. Emilia se abalanzó sobre los mandos, arrastrando el micrófono hasta ella.

—¡Bogdana! ¡Bogdana!

No hubo más respuesta que la estática.

—¡Martín, aísla ese ruido! —le pidió Laura.

—¡No hay nada que aislar! ¡No hay nadie hablando al otro lado!

Emilia, con lágrimas en los ojos, miró a los policías, sin saber bien cómo interpretar lo que estaba sucediendo. En el exterior, algunos de los huéspedes intercambiaban miradas de angustia, manteniendo silenciosos diálogos sobre lo que le había ocurrido a Bogdana.

—Voy hasta allí —dijo Jacobo, y salió del despacho abriéndose camino entre los huéspedes.

—Te acompaño. —Laura salió justo tras él.

—Yo también voy —se sumó Martín.

—No. Tú te quedas aquí —le ordenó Jacobo, tajante.

—¿Estás de broma? No sabéis lo que os vais a encontrar…

Jacobo llevó a Martín a un aparte, para poder hablar en privado.

—Ni tampoco lo que nos podemos encontrar aquí. No podemos dejar solos a todos éstos. Uno de nosotros se tiene que quedar aquí para vigilarlos, y vas a ser tú.

—¿Es una orden? No sabía que ya fueras comisario… —Martín sonaba ofendido por el tono autoritario de Jacobo, que aun así no cedió.

—Tómatelo como quieras.

Jacobo se volvió y cogió uno de los chubasqueros que colgaban en la entrada, al igual que estaba haciendo Laura.

—¿Van a ir los dos solos? —les preguntó Rodrigo.

—Volveremos lo antes posible. Mientras tanto… que nadie más ponga un pie fuera.

Jacobo abrió la puerta y salió al exterior con su mujer. Medio minuto después, los dos desaparecían en la oscuridad del día.

Dar diez pasos seguidos era una tarea titánica, con todo el viento frenando su avance y la lluvia golpeándoles en la cara. Aun así, Jacobo y Laura

consiguieron recorrer los seis kilómetros que separaban el hotel del faro en apenas tres cuartos de hora.

Cuando llegaron, la puerta de entrada estaba abierta. Antes de poner un pie en el interior Jacobo se armó con una barra de metal que encontró en un montón de chatarra oxidada que se acumulaba junto a la puerta. Después, descansó su mano sobre ésta para empujarla. Y en ese momento…

—¡Jacobo! —gritó Laura, al tiempo que le daba un golpe en la espalda.

Jacobo dio un respingo y se volvió. Su mujer señalaba un punto en el camino, a unos cincuenta metros de donde se encontraban. Una figura desafiaba a la tempestad, recorriendo la distancia que la separaba del faro con poca estabilidad, como si estuviera a punto de desfallecer. Jacobo se puso delante de su mujer, agarrando fuertemente la barra.

Pasados unos segundos, la bajó. La figura que se acercaba a ellos no era en absoluto amenazante.

—¡Emilia! —Laura echó a correr hacia ella, para ayudarla a llegar. La joven se acercaba sin resuello, después de lo que debía de haber sido una carrera desesperada desde el hotel.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Jacobo, cogiéndola por la cintura y ayudándola también a llegar al faro.

—No… no podía dejar que… vinieran ustedes solos… —respondió ella, cogiendo aire a cada segundo.

—¿Y Martín le ha dejado? —quiso saber Laura.

—Él no… no me vio salir…

—¡¿Y para qué coño le digo yo que vigile a todo el mundo?! —Jacobo estaba furioso.

—Emilia, esto que ha hecho es una estupidez…

Sin embargo, la joven negó con la cabeza.

—Hay un punto donde se bifurca el camino… Ustedes no lo conocen… El asesino podría haber vuelto por él y no lo habrían visto… Alguien tenía que cogerlo para poder cubrir los dos laterales de la isla…

—Y tenía que ser usted, ¿no? Una chica sola y desarmada… —le recriminó Jacobo.

—Bogdana no sólo es mi empleada, inspector… también es mi amiga. No iba a quedarme de brazos cruzados. —Tanto Jacobo como Laura se sorprendieron por la determinación de las palabras de Emilia. Ella se dio cuenta y suavizó su tono—. Ahora, podemos seguir perdiendo el tiempo aquí fuera… o podemos ir en su ayuda.

Jacobo y Laura cruzaron una mirada, dando la razón a la joven. Él volvió a blandir la barra de hierro y empujó la puerta del faro.

En el interior, el viento silbaba con violencia, como si se tratara de un ser vivo, mientras entraba y salía por las distintas grietas y cristales rotos de la construcción.

—¡¿Bogdana?! —llamó Jacobo.

No hubo respuesta. Levantó la cabeza, hacia la escalera de caracol que ascendía hasta la linterna. No había ninguna señal de movimiento.

De pronto algo se movió por encima de sus cabezas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Laura, levantando la vista.

Sin embargo, la escalera se perdía en la oscuridad y ninguno podía adivinar de qué se trataba. Un nuevo movimiento, esta vez hacia el otro lado.

—¡Allí! —gritó Emilia, señalando a un punto sobre ellos.

Los tres contuvieron la respiración para aguzar sus oídos. Alguien murmuraba muy cerca de donde se encontraban. Algo pasó a toda velocidad junto a sus cabezas, tan cerca que sintieron cómo les rozaba.

Y entonces las vieron.

A resguardo de la tormenta, posadas en el alféizar de las ventanas, en las vigas y las barandillas del interior, cientos de gaviotas, inmóviles, expectantes, con sus ojos vacíos clavados en él, ocupando el esqueleto del faro.

—No me jodas… —murmuró Jacobo.

Sin apartar la vista de ellas, tropezó con la mesa sobre la que se encontraba el aparato de radio de onda corta que la asistenta de Emilia había usado para comunicarse con ellos. Seguía encendido, emitiendo un continuo ruido de estática que la tormenta hacía casi inaudible.

De pronto, un grito ahogado llamó su atención. Al otro lado de la mesa donde se encontraba la radio, Emilia se cubría la boca con las manos, horrorizada por algo que acababa de ver en ese momento, con la vista fija en el suelo.

A sus pies, el cuerpo de Bogdana yacía sobre un charco de sangre, que salía de una herida sobre la cabeza.

Con los ojos abiertos, el rostro de la mujer se había quedado congelado en una mueca de terror.

En la más absoluta soledad

Los antiinflamatorios que le habían recetado en el hospital mitigaban el dolor en el brazo, por lo que Lydia pudo coger el coche sin resentirse apenas de la herida. Se dirigió hacia su casa, pero cuando se encontraba a un par de manzanas de ella tuvo la sensación de que no se trataba de una buena idea. Las sorpresas desagradables se habían sucedido con demasiada regularidad desde que decidiera investigar el paradero de los informes robados, y tuvo la corazonada de que le podía estar esperando una más en su propia vivienda.

Cuando su coche llegó al cruce donde se encontraba su casa, disminuyó la velocidad y miró hacia su portal. Una furgoneta de una empresa de reformas de hogar aparcada en la acera de enfrente llamó su atención. Puede que fuera de verdad un vehículo comercial, pero Lydia tuvo el pálpito de que tal vez sus cristales ahumados ocultaban algo más. O a alguien.

Aceleró de nuevo y se alejó de allí. Condujo durante quince minutos más, hasta llegar a un discreto hotel en una calle paralela a la Castellana, a la altura del Santiago Bernabéu. Metió el coche en el parking y cogió su maletín de trabajo y una bolsa de deporte en la que llevaba una muda limpia que habría usado aquella mañana de haber ido al gimnasio.

Subió en el ascensor hasta la recepción y, después de preguntar la disponibilidad de conexión a internet en las habitaciones, cogió una para esa noche.

Ya en el cuarto, dejó la bolsa sobre la cama, abrió su maletín y sacó de él su ordenador portátil. En un pequeño bolsillo del maletín encontró un cable ethernet que insertó en la clavija correspondiente, junto a la toma del teléfono.

Tras conectarse a la red, introdujo los términos «flautista» y «asesino» en Google. Lamentó su falta de pericia para proteger el expediente que Ainhoa le había intentado entregar. Ahora, su única manera de obtener información sobre aquel misterioso criminal se encontraba en la red. Muchos de los resultados de la búsqueda hacían referencia a artículos sobre el Flautista de

Hamelín quien, tras una lectura «alegórica» del cuento infantil, podía ser considerado como un potencial asesino.

Pero fue un artículo de un periódico sensacionalista online el que hablaba de la figura de un célebre criminal de los años setenta, que al parecer había asesinado a varios niños y al que no sólo no habían atrapado sino que ni siquiera habían conseguido identificar. Un caso de crónica negra convertido con el paso de los años en una especie de leyenda urbana.

Cierta o no, era la única historia con una base real de todas las entradas que aparecían en la red. Se conectó a la base de datos de la Policía Nacional, introdujo su clave y, acto seguido, el término «flautista».

No tenía muchas esperanzas de dar en la diana en su primer intento. Pensaba que la información referente a aquel expediente sería escasa y poco interesante, muestra de que tenía que buscar en otra dirección. Por eso se sorprendió cuando en la pantalla de su portátil apareció un recuadro que decía: «Contraseña no válida. Por favor, introduzca nueva clave de seguridad».

Extrañada, volvió a teclear su contraseña. Pero volvió a aparecer el mismo mensaje.

Se recostó contra el asiento, estirando la espalda, sin apartar la mirada de aquella extraña advertencia. Cogió su móvil y buscó en su lista de contactos. Saltó a la letra «R».

Tras seleccionar un nombre, marcó el número y esperó varios tonos a que descolgaran. Una voz cavernosa le contestó malhumorada.

—Lydia, no me jodas, que son las seis de la mañana…

—Son casi las doce, no me jodas tú a mí. Mi contraseña de la web de la policía no sirve.

—¿Cuál es el mensaje exactamente?

Lydia leyó el contenido.

—Eso significa que la búsqueda está restringida. No tienes autorización para consultar ese archivo.

—¿Cómo que no? —preguntó, ofendida.

—Oye, ¿a mí qué me cuentas? Háblalo con tus jefes, yo ni siquiera trabajo ahí.

—Pero te ganas la vida pirateando páginas como ésta. ¿Qué hago para saltarme esto?

—Nada. No se puede saltar.

—Venga ya. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

—La web de tu gente está muy bien protegida, es casi imposible saltarse esos niveles de seguridad sin que te detecten.

—Romero, ya han muerto tres personas por el asunto que estoy investigando. Y yo puedo ser la siguiente. Así que, o me ayudas a saltarme esto de la contraseña o te juro que a la que hagas trampas en el Super Mario te meto diez años en la cárcel.

—La madre que te parió…

Lydia casi podía oír los engranajes de su cerebro girando sin parar, buscando una solución.

—Hay un tipo… Es un pipiolo. Parece que nunca ha roto un plato pero se las sabe todas, el muy cabrón.

—¿Es de fiar?

—¿De fiar? —El hombre soltó una risa que fue ganando en intensidad. Lydia separó el móvil de su oreja y se lo quedó mirando, como si la carcajada fuera provocada por algún tipo de anomalía en su terminal—. El chaval es un caso aparte…

—¿Cómo que un caso aparte?

A Lydia aquella conversación ya le estaba pareciendo una mala idea, pero no podía dar marcha atrás.

—¿Cómo se llama el cerebrito?

Las molestas carcajadas continuaron un poco más, hasta que el estómago de Romero se relajó y pudo por fin controlar sus emociones para hablar.

—Cuevas. Vicente Cuevas.

Una muerte inexplicable

La noticia del asesinato de Bogdana causó una verdadera conmoción entre los huéspedes. Ya no se trataba de un personaje anónimo cuyo cuerpo aparecía por sorpresa entre las rocas, sino de una mujer a la que habían conocido a lo largo del día y cuyo crimen confirmaba lo que algunos aún se negaban a creer: que la primera muerte no había sido accidental… y que no iba a ser la última.

Olivia, que había sido compañera de Bogdana las últimas semanas, no pudo reprimir el llanto y se refugió en la cocina para poder desahogarse lejos de todas las miradas, a excepción de la de Bosi, que, consciente de que algo malo había pasado, no dejaba de gemir sin despegarse de las piernas de su dueña.

Pero la persona que acaparó todas las miradas fue Emilia. Aunque había hecho el viaje de vuelta desde el faro sin mostrarse demasiado afectada, nada más llegar al hotel se vino literalmente abajo. Claudio la cogió entre sus brazos para sostenerla y ayudarla a recostarse sobre una de las butacas del comedor.

La respiración agitada dio paso a unas lágrimas que escapaban con violencia. Laura se agachó junto a ella, acariciándole un brazo, como si aquel tímido contacto pudiera contener todo el dolor que se deslizaba ahora por sus mejillas. Roberto apartó a Claudio y se inclinó sobre su novia, en el otro brazo de la butaca.

—Tranquila, cariño… tranquila…

—Ha sido por mi culpa… —consiguió decir Emilia entre sollozos—. Fue a por mis pastillas. No tenía que haber dejado que fuera… no tenía…

—Eso no es culpa tuya… es de ustedes tres —concluyó Roberto, pasando su mirada de Martín a Laura y Jacobo. Estos dos últimos aún tenían las ropas empapadas y la respiración agitada después de su carrera de ida y vuelta hasta el faro.

—¿Cómo dice? —preguntó Martín.

—Digo que es culpa suya que Bogdana esté muerta. ¿De quién fue la idea de dejar que se fuera ella sola?

—En teoría, no había ningún peligro —dijo Laura—. Todos los demás estábamos aquí…

—Bueno, está claro que todos no podíamos estar… —intervino Érica, tratando de recuperar la calma paseando cerca del mueble bar, como si la cercanía del alcohol le transmitiera serenidad—. Alguien tuvo que salir en algún momento de aquí.

—¿Y teletransportarse hasta el faro? —preguntó Ángel, que no dejaba de pasearse de un lado a otro—. ¡Ninguno se ha movido de aquí en todo este tiempo!

—Eso quiere decir que hay alguien más en la isla… —apuntó Martín, buscando un gesto de Laura que confirmase su teoría. Sin embargo, ella, que aún estaba consolando a Emilia, se puso de pie y sopesó las palabras de su compañero.

—No lo sé… ¿alguien a quien no hemos visto en todo este tiempo… y que está ahí fuera con esta tormenta?

—La isla es pequeña… —dijo Jacobo.

—Pero tiene bastantes sitios donde guarecerse. Hay calas donde una persona se podría refugiar de la tormenta.

—Además, ¿qué hay del edificio ese? El de la valla…

—La tormenta lo va a echar abajo en cualquier momento —señaló Morales. Su voz grave, unida a la poca frecuencia con que la usaba, provocó un silencio absoluto en su audiencia—. No creo que nadie se atreva a meterse ahí.

Martín se volvió hacia Rodrigo, que parecía ajeno a la escena. Con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba a su alrededor, a una altura ligeramente por encima de ellos.

—¿Qué hay de usted? Para hablar tanto en televisión, ahora no dice ni pío… Digo yo que también tendrá una opinión.

—Tengo una, sí… pero ustedes ya saben cuál es… y yo ya sé que no les va a gustar.

—¿Fantasmas? —preguntó Julia, burlona—. ¿De los de grilletes y cadenas?

—No creo que tengamos esa suerte —afirmó, enigmático—. Se olvidan de lo que pasó ayer por la noche, con el tablero. El puntero se movió solo…

—O el asesino lo hizo —dijo Laura.

—Supongo que ésa es la opción más sensata… pero en esta isla hay demasiadas cosas que escapan a la sensatez.

—Usted vaya a cazar espíritus si quiere —concluyó Jacobo, dando un paso al frente—. Yo voy a cazar a un asesino. Y para eso necesitaré la ayuda de todos.

La noche y el día

Lydia miró un tanto desconcertada la entrada del portal. En pleno barrio de Chamberí, el edificio, custodiado por una tienda de ultramarinos y un comercio de mamparas de baño, no parecía la guarida habitual de un genio informático.

Lydia subió en el ascensor con, según creyó entender, la Mari y la Olga, que discutían sobre lo que la Benita, la del tercero C, la del hijo militar, le había dicho al portero sobre las plantas de la propia Mari, que crecían desmesuradamente en su balcón y amenazaban con romper las cañerías porque eran enredaderas de esas que se agarran a las cosas, ya sean objetos o animales o personas, y las aprietan hasta ahogarlas.

Lydia agradeció que el ascensor llegara por fin a la cuarta planta y la liberara de aquella charla de ese extraño mundo paralelo en el que parecía estar inmerso el edificio. Se aproximó a la puerta del Cuarto A y llamó al timbre. Al otro lado, una voz de mujer le llegó desde lejos, acercándose.

—¡… como una ratonera! ¡Que así no se puede vivir!

Hubo un silencio, como si alguien le estuviera contestando. Cuando volvió a hablar, la mujer estaba ya junto a la puerta, la cual abrió a mitad de frase.

—¡Sólo te digo que los calzoncillos se tiran al cesto de la ropa! ¡No se dejan amontonados para que críen larvas!

La mujer, de mediana edad, decía esta última frase dando la espalda a Lydia, mirando hacia el fondo de un largo pasillo y mientras agitaba en su mano varios pares de calzoncillos.

—Uy, perdona —dijo la señora en cuanto vio a Lydia—. ¿Qué deseas?

—Yo… —Lydia miró a la mujer y el piso en el que vivía con indecisión— … estoy buscando a un chico… Vicente Cuevas.

Como una planta revitalizada por una dosis extrema de fertilizante, la mujer pareció quitarse diez años de encima. Sus ojos se iluminaron y, a juzgar por el resto de su aspecto, ese brillo no había asomado en décadas.

—¿Estás segura? ¿Vicente Cuevas?

Lydia asintió con la cabeza, tentada de mentirle y salir corriendo de allí. La señora pareció adivinar sus intenciones y la agarró del antebrazo, invitándola a pasar y cerrando la puerta tras ella, para dejar claro que no tenía escapatoria.

—¡¡¡Vicente!!! ¡¡¡Visita!!!

El grito aturdió a Lydia.

—Disculpa, no vienen muchas amigas a verlo. Y menos tan guapas. Pasa, bonita, pasa. Está al fondo. ¡¡¡Vicente!!!

La mujer le señaló una puerta que permanecía cerrada al final del pasillo, mientras ella se quedaba en la retaguardia, cubriendo la salida con una sonrisa nerviosa de ganadora de lotería. Lydia avanzó con paso vacilante hacia la puerta, que se abrió de golpe justo cuando ella se disponía a llamar con los nudillos.

—¡¿Qfé quifes, famá?!

De la boca llena del chico salió disparado un pequeño trozo de lechuga que aterrizó en la camisa de Lydia, justo a la altura del escote. Nada más verlo, ella pensó que el joven, con una media melena ensortijada y unos ojos pequeños que unas enormes gafas de pasta agigantaban extrañamente, tenía el clásico aspecto de genio despistado, aunque más cerca del estrambótico Jerry Lewis de *El profesor chiflado* que del atractivo Ryan O'Neal de *¿Qué me pasa, doctor?* Su altura limitada y la ropa holgada que llevaba, un par de tallas por encima de la que le correspondía, completaban el triste cuadro.

Cuevas levantó la mirada y se encontró con el rostro pétreo de Lydia, que se sacudió el trozo de lechuga con desagrado.

—Pffona, fo…

Tragó con dificultad el resto del bocado que aún masticaba para poder hablar.

—Perdona, yo… lo siento, no sabía que…

—¿Vicente Cuevas? —preguntó Lydia, deseando para sus adentros que la respuesta fuera «no».

—Sí.

Ella maldijo su suerte. Suspiró, resignada.

—Tenemos que hablar.

Pasó directamente a su cuarto sin esperar invitación.

El cuarto era fiel reflejo de su dueño. Cama deshecha, ropa amontonada, platos vacíos sobre mesa y estanterías, y pósters de películas de ciencia

ficción y de alguna que otra chica ligera de ropa, una decoración más propia de un adolescente que del chico de veintipocos años que Lydia tenía delante.

Sobre la mesa, un ordenador rodeado de cables parecía conectado a todo tipo de aparatos distribuidos por el cuarto: altavoces, televisor, amplificador, mandos de videojuegos… Sentarse al teclado era lo más parecido a pilotar el *Enterprise*. En la pantalla, se veía la imagen congelada de un juego de guerra pausado. Lydia minimizó la imagen para dejar el escritorio del Windows.

—Luis Romero. ¿Lo conoces? —preguntó mientras tecleaba.

Cuevas hizo memoria.

—Romero, Romero… ¡Romero! ¡Romerito! ¡En la feria de Barcelona, claro que sí! Pues no lo habré fundido yo veces en el Warcraft. Al tres, claro. Y eso que yo soy más del editor de mapas que de jugar. Porque Azeroth está bien como mundo, pero la configuración del juego no te permite…

—Él me ha dicho que tú puedes saltarte esto. —Lydia se apresuró a interrumpirlo y le mostró la pantalla de la web de la Policía Nacional que había cargado mientras Cuevas empezaba su aburrida y no requerida explicación.

El chico se inclinó sobre la mesa para ver la página que Lydia le enseñaba.

—Esto es la Policía Nacional, maja, no me pidas que me cuele en…

De nuevo, Lydia le interrumpió, pero esta vez mostrándole su identificación.

—¿Tú eres policía? —Ella asintió—. ¿Para qué quieres que piratee la página entonces? Pide la contraseña a tus jefes.

—Mis jefes no pueden saber que voy a consultar un archivo. Nadie puede saberlo.

—¿Y qué archivo es ése?

—El de un asesino que actuó hace casi treinta años… y que ahora podría estar detrás de la muerte de dos personas.

Los ojos de Cuevas se abrieron como platos ante las palabras de Lydia, que descubrió por fin qué teclas pulsar. Se levantó del asiento y, amablemente, apoyó sus manos en los hombros de Cuevas para sentarlo a él en su lugar.

—Quiero atrapar a un asesino, Vicente… y tú eres la única persona que puede ayudarme. ¿Lo harás por mí? ¿Me ayudarás a salvar vidas?

Cuevas se giró hacia ella. El brillo de sus ojos fue todo lo que Lydia necesitó ver para conocer de antemano su respuesta.

El asesino sin rastro

Jacobo, convertido en improvisado líder, convenció a los demás huéspedes y empleados del hotel de que necesitaban dividirse para peinar la isla y encontrar así algún rastro del asesino que estaba jugando con ellos. Los organizó en grupos de tres, de manera que nadie tuviera oportunidad de quedarse a solas, tanto para ejercer de víctima… como de verdugo. Martín acompañaría a Julia y Claudio. Morales, a Olivia y Ángel. Laura, a Emilia y Rodrigo. Y Jacobo, a Érica y Roberto.

En cada grupo había un policía y un empleado, de forma que hubiera alguien que pudiera defender al resto y también alguien que conociera bien la isla. Por desgracia, el único policía que iba armado era Morales, así que Jacobo, Martín y Laura decidieron protegerse con cuchillos de cocina que sólo ellos llevarían, para evitar accidentes con los demás, no acostumbrados a las peleas cuerpo a cuerpo.

El grupo de Jacobo se dirigió hacia el faro. El de Martín, hacia el sur, mientras que el de Morales cubriría la zona norte del islote. Laura, Emilia y Rodrigo quedaban encargados de peinar la zona del balneario y sus alrededores.

La lluvia seguía cayendo con violencia y dificultaba las tareas de búsqueda, limitando la visibilidad y debilitando a los exploradores. En este sentido, el grupo de Laura resultaba claramente el más beneficiado.

El recorrido por el interior del balneario no desveló ningún detalle interesante. Emilia les guió por todas las estancias, sin saltarse tan siquiera la despensa de la cocina o el pequeño almacén del sótano en el que guardaban los productos de belleza del balneario.

Se prepararon entonces para salir al exterior, protegiéndose con unos finos chubasqueros. Intentando no separarse más de dos metros unos de otros, recorrieron el perímetro de la finca, buscando tanto pistas que alertaran sobre la presencia del asesino en la isla como de potenciales escondites. Veinte

minutos después de dar vueltas alrededor del hotel, llegaron a la conclusión de que no había lugar donde una persona pudiera pasar inadvertida.

Laura reparó entonces en el edificio anexo, el que estaba en ruinas.

—Echemos un vistazo.

—Pensé que ya había quedado claro que nadie en su sano juicio se escondería ahí —dijo Rodrigo, que deseaba volver a la calidez del balneario para secar su ropa.

—Nunca se sabe… ¿Tiene la llave? —le preguntó a Emilia.

—No es una buena idea… —repuso Emilia.

—Justo por eso sería un buen escondite para el asesino de Bogdana.

La mención de su asistenta terminó de decidir a Emilia, que se apresuró a recorrer los metros que separaban ambos bloques y abrió la verja que cerraba el perímetro del ruinoso edificio. Después, introdujo con mano temblorosa la llave en la cerradura de la pesada puerta de madera. El óxido de las bisagras, sumado a la hierba alta que crecía frente a la entrada, les obligó a unir sus fuerzas para conseguir desplazar la puerta y permitirles así el paso.

Lo primero que sorprendió a Laura fue el insoportable olor a madera podrida que se respiraba en el interior. El hedor llenaba sus pulmones y hacía que el aire fuese casi irrespirable. Teniendo en cuenta que la estructura estaba medio vencida, y que cada paso era prácticamente una sentencia de derribo para todo el edificio, quedaba claro que continuar allí la búsqueda era, con toda seguridad, una absoluta locura.

Laura se quedó mirando la sencilla sala de recepción en la que se encontraban. A su alrededor, las vigas crujían, azotadas por el viento. Tanto el suelo como las paredes y el techo presentaban feos desconchones, que dejaban a la vista el esqueleto del edificio y daban la sensación de estar hechos de papel.

La lluvia caía en el interior como si no existiera un techo que lo cubriese. El agua se acumulaba en el piso superior y caía en gruesos chorros que aquí y allá aguijoneaban la madera del suelo.

—Emilia, ¿sabes a qué se destinaba este edificio?

—Era parte del hotel, no me dijeron nada más. Aunque siempre pensamos que se trataba de las dependencias de los empleados.

—¿Por qué tendrían entonces otra recepción?

Laura señaló un mueble, que en otra época había sido blanco, tirado junto a una pared. Al fondo de la sala había otros muebles formando una pequeña montaña: armarios, sillas y mesas que habían caído del piso superior tras

vencerse una parte del techo. De la misma manera, a través de varios agujeros en el suelo se podía adivinar la oscuridad que envolvía a la planta inferior.

Un relámpago encendió el cielo e iluminó la estancia brevemente. Al hacerlo, Laura pudo adivinar la presencia de un archivador de metal entre los muebles apelotonados.

Llamada por la curiosidad, dio un par de pasos al frente. El suelo no sólo crujió, sino que la madera se combó con el peso.

—Deberíamos irnos de aquí… —dijo Rodrigo, mirando desconfiado a su alrededor.

—No tardo nada, sólo quiero llegar hasta allí…

Laura continuó andando con mucho cuidado, como si fuera una equilibrista caminando por un alambre a cien metros de altura. Al dar un paso, el suelo se partió bajo sus pies y su pierna derecha quedó colgando en el vacío. Emilia dio un grito e hizo amago de acercarse a ella, pero Rodrigo la detuvo. Laura se apoyó con las manos en el suelo y, durante un instante, permaneció inmóvil. A través del agujero abierto en el suelo pudo ver una sala del piso inferior, levemente iluminada por la claridad que se filtraba a través del agujero que ella misma acababa de abrir.

—Pero ¿qué está haciendo? —preguntó Rodrigo.

—¿Se ha hecho daño?

—Estoy bien… estoy bien… —contestó Laura, levantando la mirada con gesto ausente, como si estuviera dando vueltas a algo en su cabeza. Se puso en pie y continuó su camino.

—Si sigue andando —advirtió Rodrigo—, la próxima vez que hable con usted tendrá que ser a través de un tablero güija.

—Laura, por favor…

Pero la policía ya había avanzado demasiado como para volverse ahora con las manos vacías. Llegó por fin hasta el montón de escombros. El suelo que pisaba había resistido durante años, pero las maderas, podridas por la lluvia y el paso del tiempo, empezaron a ceder.

—¡Laura!

Ella tiró de uno de los cajones del archivador, pero estaba cerrado. Hizo lo mismo con el inferior, pero tampoco se abría. Finalmente cedió el último cajón, debilitado por el impacto contra el suelo años atrás. De su interior Laura extrajo varias carpetas que apenas tuvo tiempo de hojear.

Las metió bajo el brazo y volvió sobre sus pasos con cuidado, pues ese trayecto que había seguido para cruzar la sala parecía el camino más seguro para conseguir salir de allí.

Rodrigo y Emilia respiraron tranquilos cuando Laura llegó hasta ellos, con las carpetas bajo el brazo y una sonrisa nerviosa en sus labios.

—Creo que ha llegado el momento de preguntarle algo, Emilia.

—Dígame… —La mujer se mostró grave, ante la solemnidad con la que Laura se había dirigido a ella.

—Ya sé que lo que dirige usted es un balneario, y que ahí la salud es lo más importante y todo eso…

—Sí… —Emilia no estaba segura de dónde quería ir a parar Laura.

—Pero… ¿no tendrá unos churritos en esa cocina suya? Me muero por un chocolate caliente.

Respuestas

Ninguno de los cuatro grupos llevó información que pudiera resultar útil para descubrir al asesino. El temporal imposibilitaba el acceso a algunas de las zonas más peligrosas de la costa y, por tanto, limitaba el registro de la isla, que resultó ser un completo fracaso.

Jacobo pidió a Emilia y Roberto que buscaran los planos del lugar en su ordenador, para marcar sobre un mapa las zonas que ya habían cubierto y las que aún quedaban por explorar.

—¿Y qué pasa si revisamos toda la isla y no encontramos ningún rastro de que haya otra persona ahí fuera? —preguntó Roberto.

—Que entonces ya tendremos claro que el asesino no se esconde ahí fuera… sino aquí dentro.

Mientras ellos tres imprimían un plano de la isla y lo dividían por cuadrículas, los demás se cambiaban de ropa en sus habitaciones, después de una merecida ducha caliente.

Cuando quedó claro que Julia estaba demasiado cansada como para compartir la suya, Martín decidió cambiarse de ropa y visitar a su amiga en la habitación contigua. Laura le abrió la puerta apenas unos centímetros y le miró desconfiada.

—¿Servicio de habitaciones? —preguntó Martín.

Laura le agarró por la camisa y tiró de él hacia dentro.

—Laura, por favor… eres una mujer casada —bromeó él—. ¿Qué es todo eso? —preguntó en cuanto vio el montón de papeles extendidos sobre la cama.

—Archivos del otro edificio.

—¿Has entrado ahí? ¿Estás loca?

—No me han quedado ganas de repetirlo, créeme. Pero lo que he encontrado es bastante interesante.

Martín cogió algunos de los papeles, que apestaban a humedad y parecían deshacerse en sus manos.

—¿Qué son?

—Informes médicos.

—¿Cómo?

—Este sitio era antes un hospital.

Martín les echó un vistazo. A pesar de la caligrafía ensortijada y del castigo sufrido por los documentos a lo largo de los años, pudo distinguir palabras como «paciente», «tratamiento», «doctor»… Incluso pudo leer algunas frases en las que se describían las condiciones de ingreso del sujeto en cuestión.

—Hubo un momento en que casi me caigo a la planta de abajo. Por el agujero del suelo pude ver un montón de cables tirados por una sala, aparatos… nada que ver con un hotel.

—Mira, este de aquí tenía amnesia… —comentó Martín, frunciendo el ceño mientras intentaba descifrar la letra del informe.

—Ojalá fuera tu caso —comentó Laura—. Así habrías tenido una buena excusa para no venir a mi boda.

Martín suspiró. Estaba claro que aquella discusión no iba a terminar nunca.

—¿Qué más da que no fuera? Desde que empezaste a salir con Jacobo, yo ahí no he pintado nada.

—¿Cómo que no? Los tres hemos sido siempre muy buenos amigos.

—Tú y yo lo éramos. Jacobo y tú lo erais. Pero él y yo… nunca hemos terminado de llevarnos bien. Y no hay problema con eso, créeme que me alegro un montón por ti. Si tú piensas que Jacobo es el hombre de tu vida…

—Pues… pues sí. Además… tenemos muchas cosas en común. Los dos queremos formar una familia… comprarnos un piso, un coche…

—Y eso es lo importante…

—Bueno… tener cosas en común sí lo es. Los dos estamos cortados por el mismo patrón, tenemos las mismas aficiones, los mismos gustos…

—Pensaba que lo importante era que le querías. Y es justo lo único que no has dicho.

Laura se quedó callada, consciente de la lista de argumentos que había mencionado para casarse con Jacobo y en la que faltaba el único que significaba algo.

—Ahí tengo que darte la razón —dijo una voz a su espalda.

Ninguno se había dado cuenta de que, unos segundos antes, la puerta se había abierto, permitiendo a Jacobo escuchar la última parte de la

conversación. Laura sintió arder sus mejillas al ver a su marido, con un gesto a caballo entre la tristeza y la desconfianza, el mismo que ponía cada vez que los sorprendía juntos.

—Si no lo he dicho es… ¡porque es obvio! ¡Si no, no me habría casado contigo!

—Sin embargo, has pasado a solas más tiempo con Martín que conmigo desde que llegamos aquí…

Laura no salía de su asombro.

—Hay dos cadáveres en la isla… ¿y eso es todo lo que te preocupa? Además, ¿por qué tengo que darte explicaciones cada vez que estoy con él? ¡Es mi compañero y es mi amigo! ¡Estamos todos los días juntos en comisaría!

Jacobo cruzó una rápida mirada con Martín. Éste se sintió incómodo no sólo por estar en medio de una discusión de pareja, sino también por haber sido la causa. Jacobo asió el pomo de la puerta.

—Entonces no quiero ser yo quien rompa las viejas costumbres… —dijo, y salió del cuarto.

—Jacobo…

Laura hizo el amago de ir tras él, pero la puerta se cerró en sus narices y no encontró la fuerza suficiente para abrirla y continuar la conversación con su marido.

—Esta luna de miel está siendo una pesadilla… —se lamentó ella, sentándose también en la cama y hundiendo la cabeza en sus manos.

—De locos —remató Martín.

Laura se quedó inmóvil durante unos segundos y, de golpe, se abalanzó sobre él.

—¡Pero ¿qué haces?!

—El informe de ese paciente que leías antes. Dijiste que tenía amnesia, ¿verdad? —preguntó ella.

Estaba claro que su interés no era Martín, sino los documentos que estaban esparcidos a su alrededor.

Martín asintió. Laura empezó a revolver entre los demás papeles, revisando uno por encima y pasando al siguiente.

—Laura, ¿qué estás buscando?

Ella, con varios papeles en las manos, perdió la mirada en el vacío.

—Este sitio nunca fue un hospital…

Nada más salir de la habitación, Laura y Martín se encontraron cara a cara con Olivia, que tenía el puño levantado, como si estuviera a punto de llamar a la puerta y se hubiera quedado congelada.

—¡Olivia, por Dios! ¡Qué susto! —se quejó Laura, llevándose una mano al pecho.

—Lo siento, iba a llamar…

—¿Qué necesitas? —preguntó Martín—. ¿Va todo bien?

—Sí, es sólo… puede que sea una tontería, pero venía a contarles algo… algo de Bogdana. Algo que pasó poco antes de que se marchara al faro y…

Las lágrimas amenazaron con inundar sus ojos, por lo que Laura se apresuró a cogerla por los hombros, confortándola.

—Estábamos con la colada… y ella encontró un papel entre la ropa. Se quedó mirándolo muy seria. Aunque siempre lo estaba, claro… pero se veía todavía más seria. Quiero decir… que parecía preocupada.

—¿Viste lo que ponía el papel?

—Era un mapa.

—¿De aquí, de la isla? —preguntó Laura.

Olivia asintió con la cabeza.

—Me llamó la atención porque no parecía normal. Se veía la isla, sí… pero tenía muchas flechas por el agua, señalando a todas partes.

—Un mapa de las corrientes de la isla… —comentó Martín, pensativo—. Pero ¿qué la preocupó? ¿No dijo nada?

—No… ya les he dicho que igual era una tontería… pero no quería dejarlo pasar, por si atrapan a su… a su…

La joven no pudo terminar la frase y se alejó a paso ligero, avergonzada por las lágrimas que ya no podía contener.

Laura y Martín intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros. No había mucho que pudieran hacer por la joven, pero tal vez la información que les había dado podía ser, a la postre, más valiosa de lo que imaginaban.

Un huésped menos

—¿Un psiquiátrico? ¿Está segura?

Emilia parecía muy sorprendida. Laura y Martín habían bajado a hablar con ella a su despacho, con algunos de los documentos en sus manos.

—Éstos son algunos de los informes médicos que encontré allí. Mire los diagnósticos.

Emilia empezó a pasar páginas y páginas.

—Amnesia, esquizofrenia, trastorno obsesivo compulsivo…

—Y todo lo demás cuadra —continuó Laura—. Las puertas de las habitaciones, por ejemplo. ¿Las puso nuevas cuando abrió el balneario?

—No… estaban ya en el edificio. Sólo mandé que las restauraran.

—Son blindadas. Por eso Jacobo no pudo tirar abajo la de la habitación de Rodrigo. Ni siquiera Morales lo consiguió. Y también está lo de los agujeros de las paredes.

—¿Qué agujeros? —preguntó Emilia.

—Cuando llegamos, mi marido y yo dimos un paseo alrededor del hotel. Junto a muchas de las ventanas hay cuatro agujeros que han sido tapados con cemento, uno en cada esquina.

—Es donde iban anclados los barrotes —aclaró Martín—. Este lugar no sólo era un psiquiátrico… sino que además, las medidas de seguridad parecían bastante severas.

—Entonces tuvo que ser un sanatorio mental para gente con dinero. El edificio era muy lujoso. El paso del tiempo lo castigó mucho, pero en su época debió de ser un lugar muy exclusivo… —murmuró Emilia, pasando su mirada de nuevo por los documentos que Laura había dejado sobre su mesa.

—Y no sólo eso —continuó la policía—. Mire las iniciales de este médico.

Laura le señaló la firma al pie de varios de los informes. Sólo dos letras, dos iniciales unidas por un trazo rápido: O. B.

—¡Son las mismas que las de la maleta que encontramos! ¡El hombre que mandó las invitaciones a todos! ¡Ese huésped…!

Laura terminó la frase en su lugar.

—… había sido médico en este edificio.

Sorprendida y contrariada por aquella nueva información, Emilia devolvió la vista al papel, como si aquellas dos iniciales abrieran ahora una infinidad de nuevas incógnitas. Un lejano vínculo de aquella primera víctima con la isla era un paso para resolver el misterio… pero un paso demasiado corto.

—¿Y esto nos puede ayudar a atrapar al asesino?

La sonrisa de Laura se congeló en su rostro.

—No. Vamos… todavía no.

—Pero cuanto más sepamos sobre este lugar, más cerca estaremos de resolver los crímenes —sentenció Martín.

—Jacobo tendría que saber esto. ¿Sabe dónde está? —preguntó Laura.

Emilia negó con la cabeza.

—Sólo sé que salió hace unos minutos.

—¿Salió? —preguntó Martín, extrañado—. ¿Del edificio?

Emilia asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

—Estuvo antes en el comedor, mirando un cuadro… Hablaba con alguno de los otros huéspedes, creo, no… no me fijé bien. El caso es que después lo vi salir por la puerta. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle adónde iba.

Laura y Martín intercambiaron una mirada de culpabilidad.

—Sabe cuidarse —dijo él, tranquilizándola.

Laura se mordió el labio inferior y perdió su mirada al otro lado del cristal, hacia la tormenta que, lejos de amainar, parecía acrecentar su furia alrededor de la isla.

Arrastró el cuerpo con dificultad. El terreno escarpado impedía que se deslizara suavemente, y los charcos que la lluvia iba formando en el suelo le hacían trastabillarse y perder el equilibrio. No podía ausentarse demasiado tiempo, de lo contrario los demás notarían su falta.

Llegó hasta el borde del pequeño acantilado, apenas cinco metros de rocas que bajaban en vertical hasta una pequeña cala cerrada que impedía el paso del agua por el momento, a pesar del empeño de las olas en colarse por cualquier abertura entre las piedras. Sin embargo, la marea iba subiendo y poco a poco ese pequeño refugio quedaría sumergido.

Arrastró el cuerpo sujetándolo por los pies y con el último tirón lo arrojó entre las piedras.

Volvió de nuevo hacia el balneario, del que tan sólo le separaban cinco minutos si apuraba el paso.

En medio de las rocas, el cuerpo de Jacobo yacía inconsciente, salpicado por las olas de un mar embravecido que, segundo a segundo, iba ganando espacio a la tierra.

Día 3

Una angustiosa espera

La noche fue cayendo sobre la isla sin que ninguno de sus habitantes se percatase. Las nubes, oscuras y densas como un pozo de brea, habían perpetuado la noche anterior, alterando las mentes de los supervivientes, jugando con su percepción del tiempo y de la realidad.

Para Laura, el mal sueño en el que se encontraban se había convertido en una pesadilla tras la desaparición de Jacobo. Dos horas después de su marcha, éste no había regresado aún. Laura y Martín se habían aventurado unos cuantos cientos de metros alrededor del balneario, llamándole a voz en grito. Ninguno de los demás huéspedes o empleados daba mayor importancia a su ausencia. Cuando Julia hizo correr la voz de que minutos antes de que saliese había estado discutiendo con su mujer, no tuvieron ninguna duda de los motivos que llevaban al policía a no regresar todavía al hotel.

Pero Laura sabía que una pelea de pareja no era suficiente para hacer que Jacobo pecara de imprudente. No en una situación como aquélla. Su marido siempre había sido un hombre racional, sensato y amante de la lógica y el sentido común. Una discusión no le llevaría a ausentarse durante dos horas bajo una tormenta de proporciones épicas y a merced de un misterioso e implacable asesino. Y encima, desarmado.

—Tenemos que ir a buscarlo —dijo a Martín, con rotundidad.

Él pudo leer la determinación en sus ojos y no se atrevió a contradecirla. Conociendo a Jacobo como lo conocía, compartía los temores de su amiga, por lo que se limitó a asentir con la cabeza y fue a buscar un chubasquero con el que cubrirse.

Laura, Morales y Claudio se unieron a él en la búsqueda, que se prolongó durante más de una hora. Pasado ese tiempo, Morales propuso volver al hotel.

—¡No se ve nada! —gritó para hacerse oír por encima del rugir del viento —. ¡Y cada vez está lloviendo más, esto se está volviendo peligroso!

Claudio estuvo de acuerdo con él. Martín, por su parte, coincidió en que debían regresar, por lo menos para reponer fuerzas y organizar una batida con más gente. Laura, en cambio, no quería oír hablar de volver al hotel. La idea de que Jacobo hubiera podido sufrir un accidente o que hubiera sido atacado por el asesino le ponía los pelos de punta, y se negaba a detener la búsqueda ni tan siquiera unos minutos.

—¡Laura, tenemos que volver a por linternas, comida… incluso un botiquín, por si nos lo encontramos y está herido!

La mención al botiquín le hizo recapacitar. Habían salido de forma tan precipitada que no iban en absoluto equipados para lo que se pudieran encontrar. Accedió a volver con ellos al balneario y salir apenas media hora después.

Cuando llegaron, lo primero que hicieron fue preguntar a Emilia si alguno de los demás se había ausentado.

—Todos hemos estado en la sala de la chimenea… Alguno ha ido al baño, pero vamos, nada más que un par de minutos.

—No ha habido suerte, ¿verdad? —preguntó Érica, acercándose condescendiente a Laura. Ésta negó con la cabeza, molesta por el tono de la mujer—. Ésta es una isla muy traicionera. ¿No han probado el camino del árbol muerto?

—¿Qué camino? —preguntó Laura.

—El del árbol ese… el que partió un rayo la noche que murió mi hermana. Hay mucha piedra con la que uno puede tropezarse y partirse la crisma. Y también mucho arbusto a los lados. Uno se puede caer ahí y no lo encuentran hasta que ya es demasiado tarde.

—Iremos ahora mismo —intervino Martín, evitando que Érica les siguiera subiendo el ánimo.

Ésta se encogió de hombros y volvió a la sala, ante la atenta mirada de Claudio, que parecía hipnotizado por el movimiento de caderas de la mujer.

Laura, sin quitarse tan siquiera el chubasquero, se acercó hasta una ventana y perdió la vista en la tempestad. Martín se acercó hasta ella.

—Lo encontraremos, Laura… no lo dudes ni un segundo.

Una ola golpeando su rostro fue lo que le despertó. El agua entró por su nariz y su boca y le provocó una arcada de la que sólo se libró tras un prolongado ataque de tos. Se puso en pie, y al hacerlo, se llevó la mano a la sien, intentando mitigar el dolor que le aturdía y que amenazaba con hacerle perder

el equilibrio. Pero ese dolor quedó enseguida relegado por el que subió desde su tobillo derecho hasta su cintura, como si se tratara de una descarga eléctrica. Cada vez que intentaba pisar con ese pie, un fogonazo blanco aparecía delante de sus ojos y un escalofrío le recorría la espalda. Incapaz de ver lo que le ocurría con tan poca visibilidad, se sentó en el suelo y se lo palpó, a pesar de que el mero roce de sus dedos le provocaba un intenso dolor. Una considerable hinchazón en el tobillo le revelaba que sufría un esguince, puede que incluso una pequeña rotura, provocada seguramente cuando se cayó en aquel agujero.

Sentado, Jacobo miró a su alrededor. Una pared de roca vertical lo rodeaba, formando un círculo de apenas tres metros de diámetro. Las olas del mar rompían furiosas contra la pared, filtrándose por pequeñas hendiduras hechas en la piedra.

No sabía cómo había llegado hasta allí. Recordaba haber discutido con Laura por algo relacionado con Martín, y recordaba también haber salido del hotel para buscar alguna pista sobre el asesino… pero eso era todo. El resto, confusión y vacío.

Aunque sus fuerzas estaban muy limitadas, intentó escalar por la pared. Pero la superficie era muy resbaladiza y apenas presentaba salientes en los que apoyarse. Por otro lado, intentar la escalada con sólo un pie era una tarea titánica en semejantes condiciones. El viento y la lluvia contribuían a desestabilizarlo, por lo que cada intento de salir de aquella prisión terminaba con sus huesos en el suelo. Durante media hora buscó la forma adecuada de afrontar la escalada, hasta que se dio cuenta de que ésta era imposible.

Gritó a pleno pulmón, pidiendo ayuda, pero ni él mismo era capaz de oír su propia voz, víctima del estruendo de las olas al romper y del viento, que aullaba entre las rocas como si se tratara de una manada de lobos acechando a su presa.

Aquella pequeña cárcel natural al aire libre le parecía más segura que la mismísima Alcatraz. De hecho, era incluso más peligrosa.

Porque la marea en Alcatraz no subía con velocidad, amenazando con ahogar a sus presos.

Un equipo poco común

Lydia miró su reloj. Llevaba ya más de dos horas sentada en la cama viendo cómo Cuevas tecleaba sin parar comandos ininteligibles en su ordenador, al tiempo que le hablaba de los paladines, los orcos y sólo Dios sabe cuántas clases de razas más del dichoso Warcraft III. El sonido constante de las teclas y la monotonía temática del chico se habían unido en un arrullo que había envuelto a Lydia y que sólo se veía interrumpido por las repentinas visitas de la madre de Cuevas, que había entrado en el cuarto unas trescientas setenta y cinco veces, armada siempre con una mirada esperanzadora que rayaba la psicopatía y una bandeja con todo tipo de viandas para que tan sorprendente pareja no tuviera que preocuparse ni de salir del cuarto en toda la velada.

—Tengo malas noticias y buenas noticias… —dijo Cuevas, interrumpiendo bruscamente su disertación existencial sobre el Warcraft.

—Empieza por las malas.

—No puedo piratear la página del ministerio desde aquí.

—¿Y las buenas?

—Que la ensaladilla rusa de mi madre es increíble. Estos platitos que ha traído te van a encantar.

La mandíbula de Lydia rechinó con una intensidad similar a la de las ruedas de una locomotora frenando en seco sobre los raíles.

—¿Cómo dices?

—Que… que la ensaladilla rusa…

—¡Llevo dos horas metida en tu cuarto! ¡Me escuecen los ojos y me cuesta respirar de toda la ropa sucia que tienes amontonada! ¡¿Y ahora me dices que eres incapaz de saltarte una simple contraseña?!

—Desde aquí…

—¿Cómo que «desde aquí»? ¿Desde dónde quieres hacerlo?

—Bueno… si tuviera acceso directo al servidor del ministerio, podría saltarme el cortafuegos e instalar un programa troyano. Reiniciaría el sistema

y añadiría una clave nueva elegida por nosotros.

—¿Eso significa que nos tenemos que colar en el edificio del Ministerio del Interior?

—A no ser que para despistar hayan situado su servidor central en un McDonald's.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Ya quisiera. Digo… quisiera tener mejores noticias, pero este nivel de seguridad que tienen tus jefes es la bomba. O entramos ahí, o no hay forma.

Lydia resopló. Aquel camino que había decidido seguir se estaba convirtiendo en un campo de minas. Miró la pantalla del ordenador de Cuevas, como esperando que ésta le dijera qué decisión debía tomar.

—Dime los pasos que tengo que dar. Lo haré yo.

Cuevas dejó escapar una risita nerviosa.

—Tardaría más en explicarte cómo es la clavija en la que tendrías que conectar el portátil que en ir, hacerlo yo y volver aquí a meterte en mi cama. Meterme. Meterme en mi cama. He dicho meterme.

Mientras las mejillas de Cuevas iban adquiriendo un revelador tono rojizo, Lydia pensó que las minas de su camino empezaban a estallar una tras otra. Aquella historia era como una obra del teatro de lo absurdo. Una broma macabra. Una ironía del destino. Una…

—Coge lo que necesites. Nos vamos ya.

Ni siquiera fue consciente de que había dicho aquellas palabras. Incluso se vio a sí misma desde fuera, pronunciándolas y, por tanto, uniendo su camino al de aquel chico para el que la pubertad no era sólo una etapa, sino una forma de vida. Aquella investigación sobre el misterioso «Flautista» había dejado ya dos muertes a su paso, y no era justo que aquel joven informático pudiera pasar a engrosar la lista. Sin embargo, no tenía elección. Cada minuto que pasaba era un minuto que estaba más lejos de averiguar la verdad sobre los crímenes.

Y aquel pobre desgraciado era su única esperanza.

Lo que convertía a Lydia en una desgraciada aún mayor.

Cuenta atrás para Jacobo

En el hotel, Martín había conseguido reunir todo el equipo que necesitaban para una búsqueda a gran escala dentro de la isla. Linternas, cuerdas, botiquines… Emilia y Roberto, este último a regañadientes, le ayudaron a vaciar tanto el almacén del hotel como el cobertizo en el que Santiago conseguía el material necesario para arreglar su barca y que hacía las veces de taller. Dispusieron todos los objetos sobre las mesas del comedor, dividiéndolos para ser asignados a cada uno de los grupos que iban a participar en la batida.

—Acabamos de dar un paseíto por la isla… —dijo Érica, resoplando agotada—. No me puedo creer que nos hagan volver a salir ahí fuera.

Roberto se mostró de acuerdo con ella.

—Vamos a jugarnos la vida por un policía que poco menos ha dejado claro que iba a peinar él solo la isla para buscar algún rastro del asesino…

—¿Eso qué quiere decir? —le preguntó Laura—. ¿Que mi marido tiene lo que se merece?

—Sólo digo que cuando estemos todos buscándole por ahí, llegará tan campante al hotel, se cambiará de ropa, se dará una ducha caliente y se sentará frente a la chimenea a esperarnos.

—En parte tiene razón… —le apoyó Ángel.

—Tendría que haberlo imaginado —bromeó Martín—. Los políticos siempre protegiendo su culo.

—Solemos proteger el de la mayoría —se defendió el candidato—. Nos estamos jugando muchas vidas para salvar una que podría no estar ni siquiera en peligro…

—Hagan lo que quieran. —Laura se mostró tajante—. Pero si cualquiera de ustedes estuviera ahí fuera, mi marido saldría a jugarse el cuello por encontrarlo…

Cogió un chubasquero, una linterna y una cuerda y se dirigió hacia la puerta del balneario, no sólo para comenzar la búsqueda lo antes posible sino para ocultar sus lágrimas a los demás. Martín fue tras su amiga y se interpuso entre ella y la puerta.

—Laura, ¿dónde vas?

—Fuera. Aquí no estoy haciendo nada.

—Sola no vas a ningún lado. Tenemos que ir en grupo y lo sabes.

Laura consiguió ahogar unas lágrimas para poder seguir hablando.

—Es por mi culpa, Martín… Jacobo está ahí fuera por mi culpa…

—Está ahí fuera porque es policía. Y uno bastante cabezón, además.

—Si no hubiéramos discutido…

—Si no hubierais discutido habría buscado cualquier excusa para hacerse el héroe. Se ha ido porque quiere demostrarte que es mejor que yo. Así que si la culpa es de alguien… es mía. No tendría que haber venido aquí. Tendría que haberme alejado de vosotros dos hace tiempo.

—Hablas como mi padre. Él siempre se lamentaba de haber sido policía. Decía que era una profesión muy solitaria, para uno mismo y para las personas que lo rodeaban.

—Y tenía razón. Los policías estamos destinados a terminar solos.

—No. Da igual quién seas o lo que seas. O lo que hayas hecho, o las veces que hayas metido la pata. Nadie debería acabar solo. Mi padre fue el mejor policía que he conocido… e hizo todo lo que pudo para que nunca estuviéramos solas. Lo intentó hasta el final… y cumplió su promesa. Hace un par de días, en el altar, le prometí a mi marido que estaría con él a las duras y a las maduras, el resto de mi vida. Y pienso cumplir mi palabra.

Martín sonrió orgulloso. Acostumbrado a la mirada inocente de Laura, que observaba el mundo siempre con una sonrisa en los labios, le sorprendió aquel gesto duro y decidido con el que se disponía a afrontar la búsqueda de Jacobo. Rara vez había visto en ella semejante determinación.

—Danos un minuto —dijo Martín, y se alejó para terminar de organizar a la gente.

Laura miró hacia su izquierda, donde Morales, mirando también por la ventana, parecía mantener una dura lucha consigo mismo para evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. La visión de aquel gigantón a punto de llorar sobrecogió a Laura.

—Morales… ¿se encuentra bien?

El hombre tragó saliva y mantuvo la vista al frente.

—Sí, es… Le he oído hablar de su padre… y le entiendo perfectamente. Yo también tengo una hija, ¿sabe?

—¿De veras?

—Y una nieta. Se llama Eva. Tiene tres años. Bueno, casi tres. Y ella es… —Guardó silencio al comprender que era incapaz de describirla, ya que nunca la había visto—… Es guapísima. Y las he dejado solas mucho tiempo.

Laura se sintió un poco incómoda al haber provocado en el hombre semejante estado de ánimo con su historia.

—Entonces, cuando salgamos de la isla, lo primero que tiene que hacer es ir a verlas… y darles un abrazo muy fuerte.

Él asintió con la cabeza.

—No sé si ellas me dejarán.

—Eso dependerá de lo sincero que sea su abrazo.

—Ojalá fuera tan fácil, yo… no me he portado demasiado bien con ellas.

—Mi padre siempre decía una cosa: «Da igual lo que hayas hecho en el pasado… Lo que cuenta es lo que quieras hacer con tu futuro». Todos nos merecemos una segunda oportunidad.

Morales, que quería evitar todo gesto que confirmara que había sucumbido al llanto, no tuvo más remedio que ceder y secarse las lágrimas con las manos. Miró por fin a Laura.

—Entonces, su marido también se la merece. Lo encontraremos. Se lo prometo.

En su minúscula cárcel, Jacobo hacía lo imposible por encontrar una salida. La marea continuaba su ascenso con rapidez, implacable. El agua que inundaba el círculo de rocas iba subiendo de nivel, hasta el punto de que Jacobo, incapaz de hacer pie, se veía obligado ya a nadar para mantenerse a flote. Unos constantes latigazos de dolor nacían de su tobillo y le recorrían la pierna derecha cada vez que la movía. Para dosificar el esfuerzo, intentaba buscar salientes en las rocas a los que agarrarse para no tener que nadar. Sin embargo, la superficie era tan lisa que, a ciegas, resultaba casi imposible encontrar un punto de apoyo.

Levantó la cabeza. La silueta de las rocas que lo rodeaban se recortó levemente contra el gris oscuro de las nubes, a unos tres metros por encima de su cabeza. La marea no subiría tanto como para elevarlo hasta la salida. Tendría que encontrar la manera de mantenerse a flote hasta que alguien lo encontrara… o hasta que la marea bajara de nuevo.

Pero él sabía que ninguna de las dos cosas iba a suceder a corto plazo.

Y también sabía que sus fuerzas, muy mermadas ya, sólo le permitirían mantener la cabeza fuera del agua unos minutos más.

Pensó en Laura, pensó en lo estúpido que había sido al marcharse de esa forma del hotel. Pensó si ella lo estaría buscando… y pensó también en cómo se sentiría ella si, al día siguiente, dieran con su cadáver entre aquellas rocas.

«Lo siento, cariño… Lo siento tanto…».

La búsqueda de Jacobo no sólo era complicada, sino también peligrosa. Martín y Laura habían coincidido en llegar hasta las rocas de la costa, cubriendo así todo el perímetro de la isla, desde el faro, en el que ellos se encontraban, hasta las calas más cercanas al balneario. El haz de luz de las linternas apenas podía atravesar la negrura que cubría la isla como un manto funerario, por lo que cada paso que daban junto a las rocas era una sentencia de muerte.

Había pasado una hora desde que salieron del hotel, y para entonces llevaban los últimos treinta minutos jugándose el cuello caminando por las rocas cercanas al faro, saltando de piedra en piedra, arañando la oscuridad con la tímida luz de sus linternas. Y en esos treinta minutos sólo habían sido capaces de recorrer apenas cien metros de costa.

De pronto una sombra se acercó corriendo hasta ellos. Ambos la iluminaron con sus linternas. Era Ángel. Jadeaba tanto por el esfuerzo como por la humedad que la ropa empapada traspasaba a sus pulmones.

—¡Ángel, ¿qué ha pasado?!

El político se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas, recuperando el aliento.

—¡Morales…! —consiguió decir—. ¡Está en peligro!

Durante diez minutos los tres recorrieron el camino hacia el balneario, mientras Ángel les contaba cómo el policía había decidido revisar unas rocas al sur de la isla, a medio camino entre el faro y el hotel.

—¡Ésa no es la zona que les asigné! —le reprochó Martín.

—¡Lo sé, pero Morales se empeñó! ¡Decía que esa zona le había parecido muy peligrosa desde el primer día! ¡Decía que se forman chimeneas naturales, que es muy fácil caer en una de ellas!

Los dos hombres habían estado peinando el perímetro durante un buen rato, hasta que Morales creyó ver algo en el fondo de los acantilados.

—¡Se pasó una cuerda por la cintura y empezó a bajar! ¡Yo até el otro extremo alrededor de una roca, pero de pronto Morales perdió el equilibrio y se abrió la pierna con una piedra! ¡Está perdiendo mucha sangre, y yo soy incapaz de subirlo, pesa demasiado!

«Genial —pensó Martín—. Como si no tuviéramos suficiente».

Llegaron por fin a la roca de la que el político les había hablado. La cuerda seguía amarrada a ella, tensa, hasta desaparecer por el acantilado. Martín se acercó con cuidado, agachándose al llegar al borde para que un mal paso o un soplo de viento demasiado fuerte no le hicieran despeñarse. Dos metros más abajo, Morales se balanceaba lentamente, con el otro extremo de la cuerda atado a su cintura. Varios metros por debajo de él, las rocas sobresalían del mar, como gigantescas estalagmitas dispuestas a ensartar a cualquier caminante desprevenido. Desde donde se encontraba, Martín no podía saber si el policía estaba vivo o muerto.

—¡Morales! ¡Morales, ¿me oye?! —le gritó.

El hombre consiguió levantar la mirada.

—¡Vamos a sacarle de ahí, ¿de acuerdo?!

Morales levantó un brazo, como si pidiera un momento de pausa.

—¡Un cuchillo! —gritó.

—¡¿Cómo?!

—¡Necesito que me tire un cuchillo! ¡Tengo una raíz atravesada en la pierna! ¡Tengo que cortarla!

Martín aguzó la vista e hizo visera con la mano para que la lluvia le permitiera distinguir la rama, pero no conseguía verla. Sin embargo, Ángel le había dicho que se había herido en una pierna, así que ésa tendría que ser la causa. Echó mano a su cinturón, donde había enganchado uno de los cuchillos de cocina con los que se habían armado tras la muerte de Bogdana. Lo sujetó con el filo hacia abajo para que Morales viera cómo iba a caer y, acto seguido, lo soltó. El cuchillo recorrió los dos metros en apenas un par de segundos, a tiempo de ser recogido por el policía, que con un rápido gesto lo sujetó por la empuñadura. Después, miró hacia abajo.

Martín se preguntó por qué no lo usaba para cortar la raíz que le atravesaba la pierna y que, por tanto, le impedía ser izado. Pero en lugar de hacer eso, Morales acercó el cuchillo a la cuerda que lo sujetaba y, al tiempo que se impulsaba con las piernas y se separaba de la pared de roca, la cortó con un rápido y preciso tajo.

—¡Morales! —gritó Martín, tendiéndole su mano, aun sabiendo que era imposible que se sujetara a ella.

El cuerpo del policía esquivó por escasos centímetros las afiladas rocas que lo esperaban asomando en el agua y cayó directamente al mar. Una vez allí, Morales pareció agarrarse a algo para mantenerse a flote.

Laura y Ángel se agacharon junto a Martín. Ambos respiraron aliviados cuando vieron que el policía se movía varios metros por debajo de ellos.

—¡¿Qué ha pasado?! —preguntó Laura.

—¡La ha cortado! ¡Ha cortado la cuerda!

—¡¿Por qué iba a hacer eso?! —quiso saber Ángel.

Fue entonces cuando, tanto Laura como Martín, comprendieron que Morales no se estaba agarrando a algo para mantenerse a flote, sino que tiraba de aquel objeto para impedir que éste se hundiera. Mientras lo sujetaba con un brazo, el policía estiró el otro para agarrarse a una roca. Y fue entonces cuando Laura reconoció lo que Morales intentaba arrastrar.

—¡Es Jacobo!

—¡¿Cómo?! —preguntó el político.

—¡Martín, una cuerda! ¡Hay que sacarlos de ahí!

Martín unió el extremo de la cuerda que Morales había cortado con la que él mismo llevaba y se la lanzó a los dos hombres. Cuando Morales alcanzó el extremo, lo pasó alrededor de la cintura de Jacobo, que enseguida fue izado por Laura, Martín y Ángel, que tiraban con todas sus fuerzas.

Cuando lo tuvieron arriba, Martín volvió a tirar la cuerda a Morales para que se la atara él mismo, mientras Laura atendía a su marido. Éste, inconsciente, ni siquiera respiraba. Su mujer le hizo el boca a boca hasta que su cuerpo expulsó toda el agua que había tragado. Sin embargo, no abrió los ojos.

—¡Tenemos que llevarlo al hotel, rápido!

Hicieron un esfuerzo más para salvar a Morales, una tarea mucho más pesada y laboriosa dada la complexión del policía. Por fortuna, y al contrario que Jacobo, el gigante sí estaba consciente, y ayudaba a su ascenso buscando salientes en la pared de roca para impulsarse. En cuanto llegó arriba, se soltó la cuerda y cogió el cuerpo de Jacobo en sus brazos como si fuera el de una liviana princesa de cuento de hadas y echó a andar a paso ligero hacia el balneario.

Un pequeño paso

La entrada del Ministerio del Interior estaba débilmente iluminada, y custodiada tan sólo por dos policías armados a los que no les hacía ninguna gracia recibir visitas a aquellas horas de la noche. Los dos hombres miraron desconfiados a Lydia y a Cuevas cuando éstos se acercaron a la puerta. Ella les enseñó su identificación y aseguró tener una reunión con un alto cargo del ministerio y el jefe Castro, al que los dos policías tenían que conocer aunque sólo fuera de oídas.

—¿A estas horas? —preguntó extrañado uno de ellos.

—Eso mismo dije saber yo —contestó ella, encogiéndose de hombros para fingir indiferencia—. Cuando a los de arriba les entran las prisas, los de abajo nos tenemos que aguantar. Ya sabéis cómo va esto.

El hombre que le había preguntado sonrió como si la comprendiera perfectamente y recogió el DNI que Lydia le tendía para que lo anotara en el registro. Sin embargo, el otro policía no dejaba de mirarlos con cierta desconfianza.

—¿Y el pequeñito?

—Oye… —empezó a protestar Cuevas, que peleaba con sus bolsillos para encontrar su carnet de identidad.

Lydia le dio un ligero codazo para que no se mostrara rebelde y cerrara la boca.

—Es un testigo clave en un caso que estoy investigando. Tenemos que ponerlo a disposición del juez Lagasca esta misma noche. Por eso lo de la reunión a estas horas.

—No tengo anotada ninguna reunión. Además, Castro no ha llegado aún… —apuntó el policía que parecía más confiado.

Lydia lamentó carecer de esa capacidad de tonteo que permitía abrir tantas puertas con una sencilla caída de párpados y una pícara sonrisa. No era su

estilo. En su lugar, decidió usar la cualidad que más destacaba en ella: la intimidación. Apoyó las manos en la mesa y clavó sus ojos en los del policía.

—Al jefe Castro le ha hecho la misma gracia que a mí tener que levantarse de la cama para venir hasta aquí. Será mejor que no le diga que encima hay que esperar en el vestíbulo a que alguien os informe de la reunión. Ya sabéis cómo se las gasta el hombre este…

El policía mantuvo la mirada de Lydia unos segundos y finalmente la desvió. Cogió un bolígrafo y se lo tendió.

—Firmen aquí, por favor.

Les devolvieron sus carnets y, tras pasar por el detector de metales y pedirle a Lydia que les dejara allí su arma reglamentaria, se adentraron al interior del edificio. A pesar de la hora, aún había cierta actividad entre los muros del archivo. El personal de guardia trabajaba en los despachos, alerta siempre ante cualquier llamada que reclamara su atención. El Ministerio del Interior velaba por el bienestar del país, y las amenazas a su seguridad podían surgir, para desgracia del sueño de los funcionarios que trabajaban allí, a cualquier hora.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Lydia a Cuevas.

—El servidor principal debería estar en una planta baja. Un sótano, por ejemplo.

Lydia giró la cabeza con discreción para asegurarse de que nadie les seguía y cogió a Cuevas del brazo, abriendo al mismo tiempo una puerta junto a los ascensores que daba acceso a las escaleras. Bajaron a paso ligero y siguieron unos carteles que Cuevas le señaló a su compañera, con las siglas UCPD marcadas en ellos.

—Unidad Central de Procesamiento de Datos. Ahí tenemos que ir.

En su camino hacia la sala del servidor principal no se encontraron con ningún trabajador del ministerio. Descendieron por otras escaleras hasta una planta inferior y siguieron un estrecho corredor que moría en una puerta de seguridad, protegida por una cerradura electrónica. Como era de esperar, estaba cerrada.

—No me jodas… —maldijo Lydia.

—¿No tienes una tarjetita de ésas con una banda para pasar por el lector?

—Pensaba que tú habrías traído algo de eso. Yo no trabajo aquí…

—Pero sabrías que las puertas no son como las de los salones del viejo Oeste, ¿no? Aquí hay un poquito más de seguridad…

—¡Tú eres el experto informático! ¡Se suponía que tenías que haber previsto esto!

—Perdonen, pero no pueden estar aquí.

La voz, grave y directa, les sorprendió a sus espaldas. Ambos se giraron, sobresaltados, y observaron a un hombre de más de metro noventa, con rostro curtido y pelo cortado a cepillo, que los miraba desafiante a un par de metros de distancia. Vestía un traje oscuro y llevaba un pequeño receptor de audio en su oreja izquierda, del que colgaba un fino cable que se perdía en el cuello de su camisa. Era evidente que no se trataba de un policía nacional, ni tampoco de un funcionario más del ministerio. Lydia intentó asignarlo mentalmente a alguna división especial de la policía sin conseguirlo.

—Los ordenadores de las plantas de arriba están fallando —improvisó ella —. Acompaño al informático para que lo arregle.

—¿Desde cuándo un informático necesita escolta?

—Soy nuevo —se apresuró a decir Cuevas, para sorpresa de su compañera —. Y esto es un laberinto… Si no me llega a acompañar ella, acabo en las cloacas…

—¿Y vienen a arreglar el ordenador sin la tarjeta de acceso a la sala? —preguntó el hombre con una tranquilidad que daba a entender que era una pregunta retórica.

Cuevas miró de reojo a Lydia e intentó alargar su poco convincente explicación.

—Ya. Como le he dicho, soy nuevo, y yo pensaba que…

—Sus DNI, por favor —pidió el hombre, tajante. Lydia echó mano de su bolsillo y Cuevas la imitó. Le entregaron sus carnets, que el hombre ni siquiera se molestó en mirar—. Esperen aquí.

Se dio la vuelta y se alejó unos metros por el pasillo mientras hacía una llamada por el móvil, dándoles la espalda. A pesar del silencio en el corredor, desde donde se encontraban no podían oír ni una sola palabra de la conversación. De vez en cuando, el hombre giraba un poco la cabeza para asegurarse de que seguían en el mismo sitio.

—No ha mirado los carnets ni una vez, ¿verdad? —preguntó Cuevas, extrañado.

Lydia, que observaba al hombre con desconfianza, no respondió. Había algo en su actitud, en su forma de comportarse ante unos presuntos fisgones que no cuadraba.

—Dime que no estamos en un lío. A mi madre le da un ataque si se entera de que me han detenido.

El hombre asintió con la cabeza y apagó el móvil, que guardó en el bolsillo. Lydia vio cómo su espalda se elevaba un par de centímetros mientras

cogía aire.

—Creo que no quiere detenernos.

Cuevas suspiró aliviado.

—Menos mal… Yo es que en la cárcel sería muy mal preso, no es…

Su frase se quedó en el aire cuando vio que Lydia echaba a correr, descolgaba un extintor de una pared sin apenas detenerse y golpeaba con él al hombre, que se giraba justo en ese instante hacia ellos. Le dio en el puente de la nariz con la base del extintor y se la rompió en el acto. Él se tambaleó un par de pasos hacia atrás pero no llegó a caerse. Antes de que pudiera preguntarse de dónde había venido el golpe, el pie de Lydia se clavó en su entrepierna con extrema precisión, dejándole sin aire. Un segundo después, un nuevo golpe con el extintor en su barbilla lo tumbó de espaldas.

Cuevas llegó corriendo hacia su compañera, que respiraba agitadamente debido al esfuerzo y a la tensión.

—¡¿Te has vuelto loca?! ¡Ahora sí que nos detendrán!

Lydia dejó caer el extintor y pisó la mano del hombre, que, aun inconsciente, sujetaba algo con fuerza.

—Como ya te he dicho… este tipo no iba a detenernos.

Apartó el objeto con el pie, alejándolo del hombre. Cuevas abrió los ojos como platos cuando vio que se trataba de una pistola.

Lydia se agachó junto a su víctima y rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó la dichosa tarjeta con banda magnética y se la lanzó a un aterrado Cuevas.

—No hace falta que te diga que no tienes mucho tiempo, ¿verdad?

Esperanza

La herida de la cabeza, unida al severo esguince del pie y al tiempo que había pasado en el agua, había causado en Jacobo una fiebre alta que le impedía recuperar la consciencia. Tumbado sobre la cama de su habitación, le administraron antibiótico y antiinflamatorios por vía intravenosa, aprovechando el bien surtido botiquín que Emilia custodiaba bajo llave en su propio despacho.

—La fiebre bajará en una hora o así… —les dijo a Laura y Martín.

Ella no había soltado la mano de su marido en ningún momento, y ahora, sentada en una silla junto al cabecero de la cama, lo hacía con más fuerza que nunca.

—Necesitaríamos que despertara lo antes posible… y que nos diga quién lo atacó —dijo Martín.

—La herida de la cabeza podría haber sido un accidente —apuntó Emilia.

—Jacobo puede ser muchas cosas… pero imprudente, no.

Laura vio cómo Morales pasaba frente a la puerta abierta del cuarto y lanzaba una rápida y tímida mirada al interior, hacia la cama donde Jacobo descansaba.

—¡Morales!

Laura corrió hacia el pasillo. El gigante hizo como que no la había oído y siguió caminando hacia las escaleras. Una nueva llamada le detuvo por fin. Los dos se miraron en silencio unos instantes, él cada vez más incómodo. Laura se acercó y, tras apoyar una mano en su hombro, invitándole a agacharse un poco, le dio un beso en la mejilla.

—Gracias… —acertó a decir con un susurro.

Morales sonrió tímidamente y asintió con la cabeza. Laura volvió a desaparecer dentro de su habitación. Martín se cruzó con ella en la puerta.

—¿A qué vino esa tontería de la raíz clavada en la pierna? —le preguntó a Morales.

—Cuando estaba allí colgado, vi a su amigo flotando en el agua. Pero sabía que si le decía la verdad perderían tiempo sacándome primero de allí y anudando después otra cuerda para llegar a él. La única forma de salvarlo era tirándome al agua lo antes posible.

—Podía haberme pedido el cuchillo sin más.

—No estaba seguro de que me lo fuera a dar si hubiera sabido la verdad.

—¿Por qué dice eso?

Morales dudó un segundo antes de contestar a su pregunta.

—Por lo que le había oído decir antes… No estaba seguro de si usted quería que su amigo sobreviviera.

Martín fue incapaz de reaccionar ante el comentario, sobre todo tras percibir que no había el más mínimo asomo de sarcasmo en él. Aunque la idea fuera absurda, Morales lo había dicho totalmente convencido, algo que fue más que suficiente para que Martín se sintiera del todo avergonzado.

Mientras Lydia vigilaba al hombre que había estado a punto de convertirse en su asesino, Cuevas manipulaba con mano temblorosa los equipos informáticos del ministerio. La sola idea de haber estado a punto de ser asesinado le había provocado una extraña mezcla de pánico y subidón de adrenalina.

Presa de tal estado de excitación, cumplió su tarea con diligencia y consiguió acceder al archivo que Lydia le había pedido.

—¡Aquí está!

Lydia corrió hacia él para asegurarse de que era cierto. En uno de los monitores de la sala, frente al que Cuevas estaba sentado, pudo ver el icono de una carpeta con el epígrafe «Flautista». Su corazón empezó a bombear sangre a toda velocidad, emocionada por la cercanía del final de su misión… o tal vez por el principio de la misma.

—Cópialo rápido y salgamos de aquí.

Una noche tranquila

Por razones obvias, nadie quería vencerse al sueño. Cerrar los ojos y abandonarse a Morfeo era una invitación para que el asesino volviera a actuar. Sin embargo, la tensión del día, unida a la dura búsqueda de Jacobo que se habían visto obligados a efectuar esa misma noche, había dejado a todos extenuados. Los párpados caían y se volvían a abrir con urgencia y terror, en un desesperado intento por permanecer alerta.

Pero no sólo se trataba de que nadie quisiera caer rendido, sino que nadie quería dar la espalda al resto de compañeros. Las pesadas puertas blindadas de las habitaciones no ofrecían garantía alguna ante un enemigo que, durante las últimas cuarenta y ocho horas, se había mostrado silencioso, cruel… e implacable. Tirar abajo una de las puertas de las habitaciones era casi imposible, pero forzar su cerradura podía ser un juego de niños para un asesino como al que se enfrentaban.

Por ese motivo Martín propuso que todos bajaran los colchones de sus cuartos a la sala de la chimenea. Moverían las butacas para hacer sitio y permitir que todos compartieran un mismo espacio esa noche. Los únicos que quedaban excluidos de esta medida eran Laura y Jacobo, ya que éste continuaba con su reposo y no era prudente moverlo de su cama.

—Echa el pestillo y bloquea la puerta con todos los muebles que puedas —le aconsejó Martín—. Yo estaré toda la noche despierto, así que si gritas, te oiré.

Aunque confiaban en la capacidad de Martín de mantenerse en vela toda la noche, los demás decidieron hacer turnos para acompañarle en las guardias. Unos, por solidaridad. Otros, por sospechar que tras esa fachada de policía eficaz se podía esconder una prodigiosa mente criminal, que empezara ganándose la confianza de todos para después convertir aquel improvisado campamento en un baño de sangre. Y otros, como Érica, empezaron a roncar desde el primer momento en que alguien mencionó la palabra «colchón».

—Con todo el alcohol que lleva encima, lo más prudente sería mantenerla lejos de la chimenea —bromeó Rodrigo.

Éste fue el primero que acompañó a Martín en su maratón de desvelos. Hicieron café y llenaron un termo para mantener sus sentidos despiertos. Martín se sentó en la puerta de la sala, vigilando el hall del hotel, mientras Rodrigo escrutaba la oscuridad del exterior a través de la cristalera, aprovechando que las luces del nuevo dormitorio comunal habían sido apagadas para dificultar la visión del asesino, en caso de que éste se encontrara fuera del balneario, acechándolos.

Aunque los dos hombres empezaron sus respectivas tareas alejados, el tedio hizo que buscaran un punto del cuarto desde el que poder vigilar tanto el interior como el exterior del hotel. Además, la conversación entre ambos les ayudaba a mantenerse despejados.

—¿De veras se cree todo lo que dice en su programa? —Fue lo primero que le preguntó Martín.

Rodrigo no pudo evitar sonreír.

—Así que lo ve…

—Trasnocho bastante. Y a veces, hasta tengo tiempo de ver la tele.

—El noventa por ciento de las historias que contamos ahí son pura invención. Cuentos de viejas para asustar a la gente y ganar audiencia.

—¿Y el otro diez por ciento?

—Es lo que hace que mi profesión tenga sentido —respondió, enigmático.

—Así que los fantasmas existen…

—Se sorprendería si supiera todas las cosas que no deberían existir y que sin embargo están ahí.

—Así que, según usted, lo más sensato sería que todos fuéramos por la vida con un collar de ajos y una cantimplora con agua bendita…

Rodrigo entornó los ojos y clavó su mirada en Martín, con una sonrisa condescendiente dibujada en sus labios.

—En mi vida he conocido a mucha gente como usted, agente…

—¿Insultantemente atractivos?

—Abiertamente escépticos. No sólo no creen en nada, sino que se muestran orgullosos de ello. Una de estas personas me acompañó hace unos meses a un trabajo de campo. Una mujer me había pedido ayuda porque decía que su hija recién nacida estaba en peligro. Según ella, la casa en la que vivía la… «reclamaba».

—¿Cómo que la reclamaba?

—Las puertas se cerraban con llave dejando a la niña dentro del cuarto y a los padres fuera, los objetos salían disparados hacia ellos para herirlos pero ni siquiera rozaban a la niña…

—¿No puede ser que se tratara de la suegra del marido?

Rodrigo continuó su historia, haciendo caso omiso del comentario de Martín.

—El caso es que un periodista que llevaba meses escribiendo artículos sobre mí en los que me llamaba «estafador» y «asustaviejas» accedió a pasar una noche conmigo en esa casa. —Rodrigo hizo una pausa dramática, un recurso efectivo que había aprendido frente a las cámaras—. Al día siguiente, este hombre salió de la casa con un mechón de pelo blanco y un tic nervioso en una mano que le impidió volver a escribir con normalidad.

—¿Y cómo se convierte uno en cazafantasmas?

Rodrigo se encogió de hombros.

—No lo sé… ¿cómo se convierte uno en policía?

—Bueno… no es mi caso… pero tengo compañeros que han entrado en el cuerpo a raíz de algún trauma personal. Ya sabe, como los superhéroes de los cómics. ¿Eso le ha pasado a usted?

Rodrigo guardó silencio durante un par de segundos. Martín tenía claro que aquélla no era una pausa dramática para captar su interés.

—¿Cree de veras que el asesino actuará esta noche también? —preguntó, sin molestarse en disimular el cambio de tema.

Aunque no contestó a la pregunta de Martín, éste ya se imaginaba cuál era la respuesta.

—Puede ser. Pero esa persona no moverá un dedo si estamos todos juntos y alerta, de eso estoy seguro.

—Así que sigue pensando que se trata de una persona…

—Hace muchos años que dejé de mirar debajo de la cama antes de dormir… Una simple charla con usted en mitad de una tormenta no va a hacer que cambie de opinión.

La noche pasó casi inadvertida. Los minutos se iban sucediendo lentos, febriles, mientras los acampados en la sala de la chimenea dormían un sueño inquieto y liviano. Cada hora, uno de ellos se despertaba y relevaba al acompañante de Martín, que se mantenía alerta sin permitirse más que algún que otro bostezo de vez en cuando. Cada media hora pasaba por la habitación de Laura, llamaba a la puerta de una determinada manera que antes habían

acordado y se aseguraba de que todo iba bien. La fiebre de Jacobo iba remitiendo, y posiblemente al amanecer ya pudieran hablar con él y averiguar algo sobre la identidad de su agresor.

Pasadas las cinco de la mañana, Claudio se despertó. Él ya había hecho su turno dos horas antes, pero fue incapaz de conciliar el sueño de nuevo.

—Estaré en la cocina, preparando el desayuno.

—No deja usted de trabajar ni aun con cadáveres por medio… —mencionó Martín.

—O tengo la cabeza ocupada, o me vuelvo loco. Y sé que no voy a poder dormir otra vez.

—No me hace mucha gracia que esté usted solo. Es más seguro si estamos todos aquí.

—Dejaré la puerta abierta y cerraré la que da al comedor. Así, sólo habrá una forma de entrar a la cocina. Podrá verme en todo momento.

Martín accedió a regañadientes. Como precaución, además de cerrar la puerta que daba al comedor pidió al cocinero que bajara todas las persianas, para ocultarse del exterior.

Claudio le hizo caso. Mientras lo hacía, se sorprendió a sí mismo al pensar que, por primera vez en mucho tiempo, sí tenía miedo de morir. Era algo curioso, teniendo en cuenta que había estado a punto de suicidarse hacía tan sólo unos días.

Mientras empezaba a preparar el desayuno, su cabeza no dejaba de dar vueltas al motivo de aquel repentino cambio de actitud. ¿Qué había cambiado en tan sólo tres días? La necesidad de averiguar quién le había enviado el misterioso mensaje para hacerle viajar de nuevo a la isla era un buen motivo, pero no le pareció suficiente para explicarse aquel cambio tan extremo.

Y entonces, el motivo que buscaba entró por la puerta.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Emilia.

El corazón de Claudio dio un vuelco, no sólo por la sorpresa de que ella entrara, sino por su simple presencia. Durante los tres días que había pasado en el hotel no había sentido nada similar, así que tal vez se debiera al hecho de encontrarse con ella en secreto, de madrugada y a solas, lo que le había hecho emocionarse al verla.

—Claro… toda ayuda es poca.

Emilia se puso a su lado. Sobre la encimera había pequeñas bolitas hechas de masa, dispuestas como un diminuto regimiento militar sobre una base de harina espolvoreada encima del mármol.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Magdalenas? —preguntó ella.

—Bueno… en realidad son *cupcakes*.

—¿Cómo? —preguntó Emilia divertida, sin entender.

—*Cupcakes*. ¿No los conoces? —Ella negó con la cabeza—. Dentro de unos años estarán por todas partes, ya lo verás.

—¿Es algo muy nuevo?

—Bueno… la primera vez que se habló de ellos fue en 1796. Si lo comparas con los dinosaurios… sí, es algo bastante nuevo.

Ella rió. Él notó que su risa ponía todo su mundo patas arriba. Emilia se llevó rápidamente una mano a la boca, como si estuviera avergonzada.

—Perdona, no debería reírme. No en estas circunstancias.

—Yo tampoco debería estar decorando el desayuno, con dos cadáveres ahí fuera. Pero supongo que eso es lo que convierte al ser humano en algo especial: casi nunca hacemos lo que deberíamos hacer en cada momento.

Emilia le miró con cierta admiración, lo que provocó el inmediato sonrojo de Claudio, que se resistió a devolverle la mirada y siguió amasando los *cupcakes* que le restaban.

—¿Y qué diferencia hay entre esto y las magdalenas de toda la vida? —preguntó ella.

—Bueno… los *cupcakes* son más monos.

—¿Monos? No conozco muchos hombres capaces de usar esa palabra sin sonrojarse…

—Eso es porque no soy un hombre como los demás.

—Me he dado cuenta.

Claudio notaba su corazón palpitando con fuerza bajo su pecho. Aún no se había atrevido a mirar a Emilia a los ojos. Continuó con su interesante explicación científica, la cual temía que le estuviera haciendo parecer un completo idiota.

—Los *cupcakes* llevan una crema por encima: nata, chocolate… crema pastelera… También pueden llevar *toppings*, como trocitos de chocolate de colores, e incluso pequeños diseños hechos de azúcar…

Al decir esto escogió varios trozos minúsculos de azúcar de colores y los unió en la palma de su mano, convirtiéndolos en una pequeñísima flor de pétalos rosas que ofreció a Emilia, asombrada. Alargó su mano y acarició la de Claudio para poder admirar mejor la flor de azúcar.

—Hace mucho tiempo estuve trabajando de jardinero… Supongo que algo se me quedó. Pero es una estupidez que…

Emilia apartó su mano con delicadeza pero con rapidez, y antes de que Claudio pudiera preguntarse por qué, sus labios se encontraron. Él dejó caer

la flor y rodeó a Emilia por la cintura, apretándola contra su cuerpo. Pero de pronto la separó.

—Lo que pasó con la manzanilla, yo nunca…

Ella le calló con otro beso. Y durante unos segundos no existieron crímenes, ni tormentas, ni lejanos y olvidados deseos de morir. Sólo ellos dos… y un beso más dulce que cualquier postre que Claudio fuera capaz de imaginar.

Pero aunque él no fuera consciente, había algo más que también existía en aquel instante. Alguien, más bien.

Desde la puerta que comunicaba con la sala donde todos los demás dormían Roberto, despierto para acompañar a Martín en el nuevo turno de guardia, observaba a la recién formada pareja con una mirada vacía y peligrosa, y una extraña mueca en sus labios que, si alguien hubiera podido verla en la penumbra, habría jurado que se trataba de una sonrisa…

La marca del asesino

En su habitación, Laura luchaba contra el sueño para no dejar a Jacobo a merced del asesino. Había bajado las persianas y cerrado la pesadísima puerta blindada, pero aun así la paranoia colectiva de que el asesino era capaz de deslizarse hasta por las rendijas le había afectado a ella también. Si Jacobo no se encontrara en ese momento tumbado en la cama, reponiéndose de un más que probable intento de asesinato, sería capaz de razonar y darse cuenta de que el criminal que buscaban no era ni un fantasma ni un mago capaz de burlar cualquier medida de seguridad.

Ése era el problema. Que no había sido capaz de pensar con claridad en las últimas horas. Por eso se encontraba allí, junto a su marido moribundo, encerrada en su habitación, convertida en una víctima en potencia más, en lugar de estar analizando la situación y estudiando los hechos para atrapar al asesino.

Unos golpes en la puerta la despertaron de su ensimismamiento. Dos golpes, luego tres, luego uno, luego otro. La llamada de Martín. Laura se levantó y abrió la puerta a su amigo.

—¿Todo bien? —preguntó él, pasando al interior.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que ya no tiene fiebre, y la hinchazón del tobillo ha bajado bastante. ¿Y los demás?

—Algunos se están despertando ya.

—¿Has dormido algo?

—Ya tendré tiempo cuando todo esto acabe.

—Deberías echarte un rato…

—Me he pegado fiestas sin dormir más largas que ésta. Estoy bien. Ahora mismo lo que me interesa es que Jacobo despierte y nos cuente lo que le ha pasado. Por eso es importante mantenerlo alejado de todos. Que nadie se acerque a él… porque el asesino querrá terminar lo que empezó.

—Por eso es algo raro, ¿no crees? —preguntó Laura, mirando a su marido con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—Los otros dos crímenes fueron medidos al detalle. El primero, el de un hombre al que nadie ha visto y al que nadie, por tanto, echa en falta. El segundo… el de una mujer que, oportunamente, tiene que ir hasta el lugar de su ejecución, en el otro extremo de la isla, donde nadie puede ir a socorrerla.

—Y las dos muertes provocadas de la misma manera: con un golpe en la cabeza. Igual que con Jacobo. Parece una marca de la casa.

Martín reparó en el gesto de su amiga, poco convencida de esa explicación.

—Se me hace raro, dos asesinatos tan bien planificados… y con una firma tan… no sé… a lo bruto. ¿Dos crímenes perfectos y todo lo que deja tras de sí el asesino es un golpe en la cabeza? Eso lo puede hacer cualquiera…

—¿Entonces? ¿Cuál es su firma? Si es que tiene alguna…

—La tiene, de eso estoy segura. Si no, no habría pensado tanto esas dos primeras muertes. La firma tiene que estar por algún lado… es sólo que no sabemos verla.

—Pues tú me dirás. En la primera escena del crimen lo único que había eran unas piedras, el mar… y un punzón. Y en la segunda, según contó Jacobo, una radio encendida y un pisapapeles ensangrentado.

Laura entrecerró los ojos, como si estuviera haciendo memoria.

—No un pisapapeles cualquiera… Uno con forma de oso.

—¿Eso es importante?

Laura guardó silencio varios segundos, perdida en sus propias elucubraciones.

—Un oso… —murmuró. Acto seguido, sus ojos se abrieron como si acabara de ser azotada por la revelación que tanto tiempo llevaba esperando —. ¡Un oso!

Salió de su cuarto como una exhalación. Martín, que dudaba entre quedarse con Jacobo o seguir a su amiga para ver adónde le conducía su arranque de locura, optó por esto último. Fue detrás de Laura hasta el cuarto en el que ella y Emilia habían encontrado la maleta del huésped misterioso. Laura abrió el armario y tiró al suelo el equipaje, descorriendo la cremallera para abrirlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Martín.

Laura rebuscó en el bolsillo interior del que habían sacado la carpeta con la palabra «Flautista» escrita en ella y el extraño libro de ilustraciones, que la

policía cogió entre sus manos y abrió con nerviosismo. Empezó a pasar páginas hasta que dio con la que le interesaba. Entonces una sonrisa iluminó su rostro y se la enseñó a su compañero.

En ella se veía a un niño pequeño flanqueado por dos osos. Bajo la ilustración de ese momento previo a la muerte de la criatura podía leerse: «B es para Basil atacado por osos».

—Un oso —resumió Martín, incapaz de contagiarse del entusiasmo de su amiga—. ¿Y?

—La B es de Basil… pero también es de Bogdana.

Él se encogió de hombros, poco impresionado.

—Casualidad…

Ella no se amilanó por la indiferencia de su compañero. Siguió pasando páginas hasta que llegó a la letra O. La ilustración para esa inicial era la de una niña que parecía jugar con un objeto puntiagudo. Debajo se podía leer: «O es por Olive atravesada por un punzón».

—Un punzón… El arma que había junto al cuerpo del huésped misterioso… Óscar… —Laura estaba pensando en voz alta.

—¿Estás diciendo que el asesino está matando siguiendo los dibujos de Edward Gorey?

—¿Conoces al autor del libro?

—Claro que sí. Un artista americano, conocido, sobre todo, por sus ilustraciones. Son muy macabras, siempre está la muerte de por medio… Este libro es uno de los más famosos.

—Si pudiéramos hablar con él, tal vez nos podría dar alguna pista…

—Lo veo un poco difícil.

—Es verdad. Yo no hablo inglés. ¿Tú?

—Digo que es difícil porque Gorey murió hace tres años.

Laura volvió la vista al libro, contrariada.

—En cualquier caso… este libro está en el centro de todo, eso está claro.

—¿Qué sale en la letra J? —preguntó Martín, interesado.

Laura pasó las páginas. El niño que moría, James, lo hacía tras beber lejía. No ahogado, ni golpeado, ni arrojado por un acantilado… como había pasado con Jacobo. No había nada que pudiera unir la ilustración del libro con el intento de asesinato del marido de Laura.

—¿Un asesino que deja su firma unas veces sí y otras veces no? —preguntó Martín, escéptico.

Sin embargo, Laura no se dejó contagiar por esa actitud, y los engranajes de su mente comenzaron a ponerse en funcionamiento una vez más.

—O dos asesinos sin nada en común… —murmuró.

Enfrentamientos

Cuando los demás despertaron, la tormenta continuaba asolando la isla. El viento había amainado, pero la lluvia que las nubes descargaban formaba ya verdaderos torrentes en los desniveles del terreno. El agua corría con tanta fuerza por la tierra que era un milagro que no arrastrara el edificio. El mar se agitaba furioso alrededor de la Isla de las Gaviotas y nada hacía presagiar un fin cercano de aquella demostración de ira de la madre naturaleza.

La desilusión que experimentaban los huéspedes al ver que la tempestad no daba ni un segundo de tregua se suavizó cuando pasaron al comedor.

La visión del suculento desayuno que Claudio había preparado sorprendió gratamente a algunos de ellos, como Érica o Julia, que agradecieron el detalle del cocinero. Sin embargo, Ángel y Rodrigo se mostraron suspicaces ante el despliegue de bollería artesanal sobre las mesas del comedor.

—Dos cadáveres en la isla… —mencionó el político—. ¿Quién en su sano juicio se pone a hacer magdalenas con un asesino suelto por aquí?

—Alguien con nervios de acero —dijo Morales, pasando entre los dos hombres para servirse unos *cupcakes*.

—O un asesino que ha decidido tomarse la noche libre —apuntilló Rodrigo, contagiando sus sospechas a sus compañeros mientras miraba al cocinero, que, ayudado por Emilia y Olivia, atendía las mesas.

La directora del hotel era consciente de la extrañeza que producía la aplicación de Claudio, dadas las circunstancias, y salió pronto al paso para defenderlo.

—No podemos hacer nada por salir de esta pesadilla… pero podemos ayudar a que esta experiencia sea un poco menos traumática para todos. Al fin y al cabo, seguimos estando en un hotel.

Laura bajó apurada, con el tiempo justo de coger algo del desayuno para subírselo a la habitación, donde Jacobo, a juzgar por sus movimientos, parecía estar a punto de recobrar el conocimiento.

Julia, que se había despertado con las primeras luces de la mañana, al igual que la mayoría, tardó un poco en disfrutar del desayuno.

—¿Dónde has estado? —quiso saber Martín.

—Dándome una ducha. No puedo empezar el día sin una…

—Hay peces que pasan en el agua menos tiempo que tú —dijo él, con cierta suspicacia.

Julia hizo que olvidara el tema colgándose de él como un perezoso de la rama de un árbol y regalándole un intenso y nada pudoroso beso en los labios. Una mirada de reojo a Laura dejaba claro que le preocupaba más captar la atención de la mujer policía que el beso en sí. Laura siguió llenando un plato con magdalenas, simulando que no había visto el efusivo saludo de la pareja.

—¿Qué son estas monadas? —preguntó Julia, mirando de reojo el plato de Laura lleno de *cupcakes*, decorados con exquisito detalle y con motivos florales. Cada bandeja de magdalenas era un minúsculo jardín en el que el cocinero hasta se había molestado en añadir unas simpáticas abejas hechas con azúcar negro y amarillo.

—Claudio. —Fue la respuesta de Laura.

—Bueno, pues además de ser toda una cucada, es la mejor confesión de un asesino que habrás visto en la vida…

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió.

—¿Estás de broma? ¿Quién tiene la sangre fría para ponerse a hacer esto mientras un asesino nos tiene acorralados?

—No creo que sea muy justo acusarlo de algo sólo por hacer su trabajo… —apuntó Martín.

—Su novia tiene razón, agente. —Roberto entró en el comedor hablando en voz alta, para que todos lo escucharan—. De hecho… yo me lo pensaría dos veces antes de darle un bocado a esos bollos.

Todos se quedaron congelados ante su aparición, incluida Laura, que tenía la boca llena después de haber dado un par de bocados a uno de los *cupcakes*.

—Roberto… ¿a qué viene esto? —preguntó Emilia, acercándose a él.

Él la ignoró y continuó, dirigiéndose a los policías, aunque su discurso pretendía ser oído por todos en la sala.

—Como ya les hemos contado, el cocinero que contratamos para trabajar aquí sufrió una indisposición hace tan sólo cuatro días, justo antes de viajar a la isla. En los momentos previos a embarcar con Santiago había estado comiendo en un restaurante del puerto. Al parecer, lo que comió fue una sopa de marisco… al que es alérgico.

—¿Quién es tan tonto como para pedir algo que le va a sentar mal? —preguntó Julia, divertida.

—Nadie, supongo. —Fue la respuesta de Roberto—. Cuando hablé con los dueños del restaurante me aseguraron que ellos no habían echado marisco a la sopa porque, para empezar, no era lo que Igor, nuestro cocinero original, había pedido.

—¿Está diciendo que alguien echó marisco en esa sopa? —preguntó Martín.

Roberto asintió con la cabeza, orgulloso, mientras sacaba de su bolsillo un pequeño papel.

—Alguien que comió en ese mismo restaurante, ese mismo día… a esa misma hora. —Mostró el papel a su audiencia. Era un tíquet arrugado con el nombre del local y el menú encargado—. Seguro que en algún momento te las apañaste para que el marisco acabara en su plato —remató, mirando a Claudio.

—Cualquier cocinero se daría cuenta por el sabor de que esa sopa llevaba marisco —apuntó Laura—. Sobre todo, uno alérgico a él.

—Y sólo otro cocinero sería capaz de condimentarla de manera que ese sabor pasara desapercibido —remató Roberto, mirando a Claudio—. Este tíquet estaba en el bolsillo de uno de tus pantalones…

Todos se giraron hacia Claudio, que respiraba agitadamente y tragaba saliva de manera exagerada. Lo único que le faltaba para completar el cuadro era una señal luminosa de «culpable» encima de su cabeza.

—¿Qué… qué hacías en mi habitación? —Fue todo lo que se le ocurrió preguntar.

—No me he fiado de ti desde el primer momento, así que entré a registrarla mientras tú estabas en la cocina, aprovechándote de mi novia.

La mención a la infidelidad sí que terminó de atraer la atención del público, especialmente la de Laura, como si la promesa de un triángulo amoroso de culebrón vespertino superara con creces la presencia de un presunto asesino en la sala. La policía no pudo evitar dar un nuevo bocado al *cupcake* que aún tenía en la mano, como quien come palomitas sin ser capaz de apartar los ojos de la pantalla.

El rugir de los truenos fue todo lo que se dejó oír en el comedor. Claudio parecía empequeñecer bajo el peso de todas las miradas, que iban de él a Emilia, avergonzada no sólo al saberse descubierta, sino al verse convertida también en el centro de atención.

—Poco le ha durado a ésta el luto por la asistenta… —susurró Érica al político, en tono confidencial.

—Creo que lo más prudente es no sacar conclusiones precipitadas… —intentó mediar Martín.

—Yo no tuve nada que ver con lo del anterior cocinero —se defendió Claudio.

—Claro… sólo pasabas por aquí el mismo día que Igor tuvo que renunciar a su puesto. Y casualmente, venías con un currículum de cocinero debajo del brazo.

—Estaba buscando empleo por los restaurantes del puerto, nada más —le defendió Emilia.

—Yo no… yo no tenía ningún interés en venir a esta isla. ¡No tienes ninguna prueba de lo que dices!

Laura interrumpió la discusión.

—Bueno… creo que alguna prueba sí tenemos.

Su frase y la tranquilidad con la que la pronunció llamaron la atención del resto. Todos la miraron extrañados, incluido Martín, quien no entendía el comentario de su compañera.

—De hecho… creo que no sólo quería venir a esta isla, sino que también conocía a la mujer que vivía antes en el faro.

—¿Qué… qué está diciendo? —preguntó Claudio, con una risa nerviosa.

—Y creo que incluso tuvo algo que ver con su muerte.

La sentencia de Laura dejó helados a sus espectadores. Emilia ahogó un grito, que Olivia fue incapaz de contener. Bosi, entre sus piernas, se acurrucó entre ellas al sentir la angustia de su dueña. El propio cocinero sintió un escalofrío recorrer su espalda al oír aquella acusación, que la policía dejaba caer de manera tan casual, mientras se servía un poco de café para acompañar el *cupcake* que seguía degustando.

—Laura, eso… eso es una tontería —comentó Emilia.

—Siento decirle que no.

—¡Usted no puede venir aquí y… y soltar eso, y quedarse tan ancha! —Claudio, poco acostumbrado a los enfrentamientos, parecía al borde del colapso, a juzgar por el tono rojizo de su piel y las venas que se empezaban a marcar en su cuello y su frente.

—La culpa no es mía, Claudio… Es suya… y de sus magdalenas. Riquísimas, por cierto.

—¿Cómo que la culpa es de las magdalenas? —preguntó Rodrigo, que parecía pasárselo en grande cada vez que Laura abría la boca.

—Verá, estos diseños florales son muy originales… —empezó a decir, señalando las detalladas figuritas de azúcar con las que Claudio había decorado los bollos—, pero no es la primera vez que los veo. Los que hayan estado en el faro se habrán dado cuenta. La mujer que vivía allí colgó en las paredes fotografías del jardín que rodeaba el faro. Algunas de esas flores son las mismas con las que tú has decorado tus obras maestras… —dijo, mirando a un Claudio que se había quedado boquiabierto.

Emilia se volvió hacia él, con el ceño fruncido, haciendo memoria.

—Tú… tú me dijiste antes que hace tiempo habías estado trabajando de jardinero.

Laura dio un sorbo a su café y se sentó a una de las mesas. Se dirigió de nuevo al cocinero, que parecía un animal indefenso a punto de ser devorado por una manada hambrienta.

—Creo que es hora de que nos digas de una vez quién eres en realidad y por qué has vuelto a la isla en la que hace veinte años estuviste trabajando como jardinero.

—No fue de jardinero —reconoció él, bajando sus defensas—. Yo ayudaba en la cocina, hacía recados, tiraba la basura… hacía todo lo que me mandaran. Yo era muy joven… y el sueldo, demasiado bueno para alguien de mi edad. Así es como conocí a Susana, la chica que vivía en el faro.

—¿Es cierto que tuviste algo que ver con su muerte? —preguntó Emilia con voz temblorosa.

Roberto entornó los ojos mientras saboreaba aquel momento. Todos escuchaban la confesión del cocinero con un gesto de sorpresa en el rostro, un gesto que pronto fue sustituido por otro de absoluto terror, en cuanto Claudio pronunció las siguientes palabras.

—Yo fui la persona a la que detuvieron por su asesinato.

Una obligada confesión

El desconcierto que aquellas palabras generaron en el comedor fue tal que Laura pidió hablar a solas con el cocinero en su habitación, de forma que pudieran seguir haciendo compañía a Jacobo. Roberto se opuso, argumentando que todos merecían saber la verdad sobre aquel asesino sin escrúpulos. Érica, por supuesto, estaba de acuerdo con él. La revelación de Claudio la había pillado totalmente por sorpresa. Tras la muerte de su hermana, un empleado del hospital había sido arrestado, acusado del crimen. Ella jamás llegó a verlo en persona, y ahora, casi treinta años después, compartían el mismo techo. Eran muchas las preguntas que tenía para él, muchas las lagunas sobre el asesinato de su hermana que él tendría que rellenar. Sin embargo, Martín dejó claro que no iba a permitir un linchamiento sin conocer toda la verdad por boca del acusado, algo que, entre toda aquella gente, era imposible conseguir.

Roberto se opuso con vehemencia, pero la actitud intimidatoria de Martín fue todo lo que necesitó para dar su brazo a torcer. Además, mientras los policías estuvieran fuera del comedor con Claudio, él podría terminar de convencer al resto de huéspedes de que tenían ya en su poder al asesino que buscaban.

Mientras salía del comedor, Claudio intercambió una rápida mirada con Emilia, que se dejaba caer sobre una silla, abatida… y más sola de lo que se había sentido en los últimos años.

Ya en la habitación, Claudio habló sin temor.

—Estuve aquí tan sólo unos meses. Yo tenía dieciocho años. Necesitaba dinero para pagarme los estudios en la escuela de hostelería y cuando me salió esta oferta, no lo dudé.

—¿No te importó que esto fuera un psiquiátrico? —preguntó Martín.

Claudio pareció sorprendido por el hecho de que supieran ya del verdadero uso que le habían dado a aquel edificio hacía años.

—Me daba lo mismo. De puertas afuera, parecía un hospital para gente rica. Ya saben… no había locos dando saltos por ahí, ni gente peligrosa… Parecía un sitio tranquilo, con mucha seguridad… Además, yo estaba aquí sólo de lunes a viernes. Los fines de semana los tenía libres y aprovechaba para visitar a mis padres, que vivían en Santander. El trabajo era duro, pero ya les he dicho que estaba bien pagado.

—Y pronto encontraste otro aliciente… —mencionó Laura.

Claudio asintió con la cabeza.

—Susana. Ella vivía en el faro, pero de vez en cuando se acercaba hasta aquí. Poco a poco, nos fuimos conociendo…

—… y tú te fuiste enamorando de ella. —Laura terminó la frase en su lugar. El cocinero asintió con la cabeza, como si reconocerlo le hiciera sentirse culpable—. Parece que las chicas que lo dejan todo para irse a vivir a islas desiertas son justamente tu tipo…

Claudio se ruborizó por la alusión a Emilia.

—Escuchen, lo que pasó en la cocina…

—… no es asunto nuestro. Respóndeme a una cosa: ¿Susana estaba enamorada de ti?

—No lo sé. Yo pensaba que sí. Cada vez que tenía un rato libre iba a verla al faro, la observaba trabajar con las gaviotas. Ella podía pasarse horas mirando a los pájaros y tomando notas. Yo era feliz estando a su lado… o cuidando de su jardín. Supongo que me gustaba hacerlo porque me daba la sensación de que vivíamos juntos. Me gustaba imaginar que ella y yo éramos una especie de matrimonio… metidos en nuestra propia rutina. Una estupidez.

—¿Alguna vez os visteis fuera de la isla? —preguntó Martín.

—Nunca. Yo le propuse varias veces que me acompañara a la Península algún fin de semana, pero siempre me daba largas, como si no quisiera abandonar la isla.

—O no pudiera… —remarcó Laura, enigmática.

—Eso pensé yo. Terminé creyendo que había alguien aquí que no le dejaba marchar.

—¿Un novio celoso? —preguntó Martín.

—Que yo supiera, ella no tenía a nadie aquí… Pero sí empecé a pensar que se trataba de algún acosador, alguien del personal del sanatorio que estaba obsesionado con ella y que la amenazaba de alguna forma.

—¿Por qué iban a amenazarla? ¿Ella te dijo que tenía miedo de alguien?

—No me lo llegó a decir… pero se notaba que lo tenía. Una mañana, varias gaviotas de las que estaba estudiando aparecieron muertas.

Acuchilladas sobre las rocas junto al faro. Había sangre por todas partes. Eso le afectó mucho. Estuvo días sin salir de su casa, ni siquiera me abría la puerta. Cuando le dije que estaba dispuesto a descubrir quién lo había hecho, me habló a través de la puerta cerrada y me pidió que no me inmiscuyera.

—Hay algo que no cuadra en todo esto… —dijo Laura—. ¿Cómo es posible que te acusaran de su muerte? ¡Tuvo que ser imposible demostrarlo! Cuando encontraron el cadáver, los cerrojos estaban echados, las ventanas cerradas… ¡Nadie pudo entrar ni salir de allí para cometer el crimen!

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿cómo pudieron detenerte, sin pruebas?

—Porque fui yo quien descubrió el cadáver. Celia estaba hablando por teléfono con alguien. Colgó y me pidió que la acompañara hasta el faro. Cuando llegamos, la puerta estaba cerrada y nadie contestaba. La tiré abajo y entramos. Ella fue hacia la linterna, pero yo entré antes al salón… y descubrí el cadáver. Así es como me encontraron: con el cuerpo sin vida de Susana en mis brazos, mis manos ensangrentadas… y el arma del crimen junto a mí.

—Pero tú no lo hiciste… —continuó Laura.

—Se lo juro. He pasado más de diez años de mi vida en la cárcel por un crimen que no cometí.

—¿Y qué haces aquí otra vez? —quiso saber Martín—. Yo no querría volver a ver este sitio ni en pintura…

—Yo tampoco quería… hasta que recibí la invitación.

Laura y Martín se inclinaron hacia delante en sus respectivos asientos, como impulsados por el mismo resorte. Intercambiaron una rápida mirada de preocupación y centraron de nuevo su atención en el cocinero. Éste rebuscó en sus bolsillos y sacó el papel que le había impedido quitarse la vida pocos días atrás, dato que se guardó para sí. Los dos policías se pasaron la escueta nota, de la que nada podrían deducir aparte del mensaje escrito en ella. Lejos de comisaría y del mundo civilizado, era imposible analizar el tipo de papel o identificar la tinta de la impresora que había grabado el mensaje en él.

—Pensé que alguien me estaba dando la oportunidad de encontrar al verdadero culpable… de arreglar el pasado. Por eso volví.

Laura perdió la vista en algún punto de la habitación, recapitulando.

—Así que, hasta ahora, tenemos a la hermana de Susana, al presunto asesino de ésta…

—… y a un hombre al que llamó para pedir información sobre un criminal llamado «el Flautista» —continuó Martín—. Da igual los pasos que demos, todo termina en este asesino y en Susana.

—Y también en las gaviotas —añadió Claudio.

Los dos policías le miraron extrañados.

—¿Por qué las gaviotas?

El cocinero guardó silencio un instante, como si buscara las palabras adecuadas para expresar lo que tenía que decir.

—Puede que sea una estupidez… pero había dos ejemplares que Susana estudiaba con más atención.

—¿Le dijo por qué?

—Ni siquiera me habló del tema. A veces, mientras trabajaba en su jardín, la escuchaba hablar en su grabadora sobre ellas.

—¿Cómo sabe que eran dos gaviotas en concreto?

—Las llamaba «sujeto A» y «sujeto B». Por lo que oía, parecía estar haciendo una especie de… diario sobre ellas. Lo que hacían en todo momento, lo que comían, el tiempo que dormían… Les prestaba tanta atención que llegué a pensar que eran ellas las que no dejaban salir a Susana de la isla.

Martín miró a Laura con escepticismo. Aquella aparente obsesión de la ornitóloga con su trabajo y con aquel par de ejemplares de gaviota no parecía demasiado relevante, aunque sí estaba cada vez más clara la conexión del asesinato de Susana con los crímenes de los últimos días. Y el nexo de unión era aquel misterioso y sanguinario asesino, el Flautista, del que tan sólo Rodrigo parecía tener alguna información.

Pero ¿era el propio Flautista quien volvía a sembrar de muerte su camino? ¿Era un imitador obsesionado con su figura? ¿O tal vez alguien que buscaba venganza por sus crímenes? En este sentido, Laura no podía explicar qué unía a las dos víctimas actuales con las muertes del pasado, pero sospechaba que, si eran ya cuatro las personas en la isla que guardaban relación con el lugar —el médico del antiguo sanatorio, Érica, Rodrigo y ahora Claudio—, el resto también tendría alguna conexión con Susana y el pasado de la isla.

Lo que Laura no podía sospechar era el papel que aquellas dos gaviotas, a las que Claudio había dado tanta importancia, podían tener en aquella historia.

Aunque algo dentro de ella empezaba a creer que eran precisamente la clave del misterio…

Contradicciones

De vuelta en el hotel, Lydia y Cuevas no dejaban de revisar los archivos que éste había conseguido descargarse en su memoria USB.

Cuevas, con la adrenalina saliéndole por los poros, había accedido de buena gana a refugiarse en la habitación de hotel de Lydia, donde, si seguía el patrón de todas las películas de espías que había visto en su vida, acabaría por tener sexo, sin ninguna duda. De hecho, casi se le saltaron las lágrimas al pensar que por fin podría dar uso al preservativo que durante más de un año había decorado el interior de su cartera. Triste y olvidado, el profiláctico había sobrevivido a renovaciones de DNI, carnets de conducir, tarjeta de la biblioteca… convirtiéndose en el decano de su billetera.

—Cuevas, ¿me estás escuchando?

La pregunta de Lydia sacó al joven de su ensimismamiento.

—Claro que sí, ¿por quién me tomas?

—Repíteme lo que he dicho.

Cuevas inspiró profundamente, mientras intentaba expulsar de su mente la imagen de Lydia desnuda.

—Tú… lo has dicho muy bien antes. Si lo intento repetir… lo estropearía.

Lydia resopló y señaló una carpeta que tenía abierta sobre el escritorio y en la que se acumulaban varios papeles amarillentos. Cogió uno de ellos.

—El informe de la tercera víctima —comenzó de nuevo, cansada.

—¿Quién?

—El niño que fue la tercera víctima del Flautista. El informe oficial dice que le golpearon en la cabeza con una piedra y que el traumatismo le causó la muerte.

Lydia rebuscó una fotografía entre los papeles y se la mostró a Cuevas, que enseguida apartó la mirada. Era una instantánea tomada de la escena del crimen.

—¿Era necesario que la viera?

Sin hacer amago de responder, Lydia señaló la pantalla de su portátil.

—En el informe forense que aparece en la carpeta que has descargado esta noche se dice que las lesiones fueron mucho más severas. Se habla de huesos rotos por todo el cuerpo y varias fracturas de cráneo.

—Es decir, que en lugar de un golpe, fueron varios.

—No sólo eso. Esta fotografía del cuerpo del niño fue tomada unas tres horas después de su muerte. ¿Ves sangre en ella?

Se la volvió a enseñar, sin previo aviso. Cuevas volvió a apartar la mirada de tan truculenta imagen.

—¡Lydia!

—¡Mira la foto, demonios! ¿Ves sangre, sí o no?

Cuevas miró de reojo y con los párpados entreabiertos, como si estuviera viendo una película de terror. Cuando cayó en la cuenta de lo que estaba presenciando, abrió del todo los ojos e incluso cogió la fotografía entre sus manos.

—Muy poca… Aquí hay una mancha, junto al cuerpo.

—Después de tres horas, y según todas las lesiones que este otro informe aseguraba que tenía el cuerpo… ¿no crees que debería haber mucha más sangre a su alrededor?

—Tiene que haber alguna explicación…

—Y la hay. Me juego mi placa a que a este niño lo mataron en otro lugar. Seguramente lo arrojaron de algún sitio elevado, un puente o algo así. Después, movieron el cuerpo.

—¿Por qué iba a hacer el asesino algo así?

—Si lo hubiera hecho el asesino, la policía lo habría descubierto igual que lo he hecho yo ahora. Y, entonces, el informe daría cuenta de ello.

—Pero no sale en el informe.

—No.

—Entonces…

La palabra de Cuevas quedó suspendida en el aire durante varios segundos, esperando una respuesta de Lydia. Ésta, en lugar de contestar, se limitó a mirar al informático hasta que éste cayó en la cuenta de lo que ella sugería.

—¡¿La policía manipuló la escena del crimen?! —gritó un sorprendido Cuevas a pleno pulmón.

Lydia dejó caer sus párpados con resignada paciencia.

—Por favor, si sientes la necesidad de gritar todo lo que vayamos descubriendo, hazlo. Al fin y al cabo, sólo es una investigación encubierta por la que han muerto ya dos personas.

Cuevas captó de inmediato el sarcasmo y se agachó para hablar exageradamente más bajito, como si tuviera muchísima gente a su alrededor y quisiera pasar inadvertido.

—Perdona… quiero decir… ¿tú crees que la policía está detrás de esto?

—No es la primera contradicción con la que me encuentro entre los papeles oficiales que me pasaron sobre el Flautista y los que has descargado hace un rato. Hay incluso declaraciones de testigos que no aparecen en los informes oficiales pero que sí están en los otros.

—¿Sale el nombre de la persona que habló con esa gente?

Extrañada, como si no se le hubiera pasado por la cabeza valorar ese dato, Lydia movió el puntero del ratón por la pantalla para buscar el nombre que Cuevas le pedía.

—Aquí. Joaquín Aguilar.

—¿Te suena?

Lydia negó con la cabeza.

—No lo conozco de nada… Pero creo que eso está a punto de cambiar.

—No puede ser… ¿también Claudio? —preguntó Emilia, en su despacho—. Pero entonces serían ya cuatro las personas relacionadas con esa tal Susana.

—Cinco, si la contamos a usted y sus visiones —respondió Laura.

—Y me juego el cuello a que, si seguimos tirando de la manta, Morales y Ángel Cruz también tienen algo que ver con ella —aventuró Martín.

—Pronto descartas a tu amiguita… —dejó caer Laura.

—Para empezar, es demasiado joven para haber tenido nada que ver con un crimen de hace casi tres décadas —la defendió él—. Y además, si me estuviera ocultando algo, lo sabría. Tengo un sexto sentido con las mujeres.

—Qué pena que lo tengas en la parte del cuerpo equivocada —apuntó Laura.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Agentes… —Emilia interrumpió con educación la cada vez más encendida charla entre los dos policías, que habían borrado ya a la directora de su campo de visión—. Si no les importa… ¿me podrían decir qué podemos hacer ahora?

—Creo que lo más sensato es volver al faro —dijo Laura.

—¿Otra vez?

—Hasta hace un momento no sabíamos qué debíamos buscar, pero ahora, con la nueva información que nos ha dado Claudio, ya tenemos un elemento

que antes no nos parecía importante y que ahora podría contener la clave de todo.

—¿Y cuál es?

—Las gaviotas, por supuesto… Pero necesito que venga usted conmigo.

—¿Yo?

—En principio iba a ir con Martín, pero mi marido todavía no ha despertado, y no me fío lo suficiente como para dejarlo al cuidado de nadie.

—Debería ir yo solo. No me hace ninguna gracia que volváis ahí fuera —se opuso él.

—Y si pasa cualquier cosa aquí, yo seré incapaz de proteger a Jacobo. Nosotras estaremos bien, no tardaremos.

Martín sabía que su amiga estaba en lo cierto. Además, la animadversión que Roberto estaba contagiando en el resto de huéspedes hacia Claudio iba caldeando el ambiente cada vez más. Podría ser cuestión de tiempo que todos se volvieran en contra del cocinero y decidieran actuar en consecuencia, convencidos de que era el asesino que les estaba acosando. Con la promesa de un linchamiento en el aire, la presencia de Martín era más que necesaria dentro del hotel.

—Ir y volver. No quiero que paséis allí más tiempo del imprescindible —dijo él.

—Lo único que me asusta de ir otra vez al faro es la tormenta. Con tanto ir y venir, voy a coger una pulmonía, y no me he traído nada de ropa de abrigo —comentó Laura.

Emilia se dirigió hacia una percha de la que colgaban varias prendas. Cogió una larga gabardina de color beige que extendió a la policía.

—Tenga. Roberto la trajo una vez del faro. Imagino que pertenecería a la tal Susana… No abriga demasiado, pero se la puede poner debajo del chubasquero y algo más le calentará.

Laura la aceptó sin convencerse del todo.

—No soy yo mucho de gabardinas… —comentó ella, mientras se la ponía.

Salieron del despacho. Sin que nadie más reparara en ellas, las dos mujeres se encaminaron hacia la salida del hotel. Emilia miraba a Laura con aire pensativo.

—¿Sabe? Con ella puesta me recuerda usted al detective ese de la tele, el americano bajito que hablaba siempre susurrando…

Quince minutos después Emilia y Laura entraban al faro. En el interior, las gaviotas que se refugiaban de la tormenta las observaron impasibles pero atentas a cualquier movimiento brusco, como un cliente de aspecto sospechoso que entra a una tienda y es seguido de cerca por el vigilante de seguridad. Aun sin ser ornitóloga, Laura se imaginaba que las gaviotas eran impredecibles y peligrosas si se veían amenazadas, como cualquier animal cuyo espacio fuera invadido.

—¿Qué tenemos que buscar? —preguntó Emilia en voz baja, intentando no alterar a los pájaros.

—Diarios, libros de notas… cualquier papel donde Susana reflejara su investigación sobre las gaviotas.

—¿Por qué está tan segura de que ellas están detrás de la historia del Flautista? Sigo sin ver qué relación pueden tener unas gaviotas con un asesino de niños.

—Puede que no sean todas las gaviotas… puede que sólo sean dos de ellas. Al parecer, Susana las llamaba «sujeto A» y «sujeto B».

—Sigue sin tener ningún sentido…

—Sé que por ahora no lo tiene… pero es una intuición. Confíe en mí.

Las dos mujeres empezaron a rebuscar en los cajones de los armarios y las estanterías, evitando los movimientos bruscos que pudieran alertar a sus alados vigilantes. Cada vez que veían un cuaderno, o incluso una simple hoja escrita a mano, lo apartaban. El tiempo y la humedad habían castigado con dureza tanto el papel como la tinta con la que habían sido escritos. Había muchas anotaciones incomprensibles a primera vista, pero Laura confiaba en poder extraer de ellas la información que necesitaban para completar el enigma alrededor de Susana y su asesinato.

Eran varios los misterios alrededor de su muerte. Su conexión con el presente y los dos crímenes perpetrados hasta el momento eran uno de ellos. El vínculo parecía endeble, pero debía existir, a juzgar por la creciente relación entre los habitantes de la isla y la figura de la ornitóloga. También la unión entre ésta y el Flautista resultaba difícil de explicar, pero la aparición continua del asesino en serie no debía de ser gratuita. ¿Había sido él el responsable de la muerte de Susana? ¿Tal vez alguien que no quería que descubriera su identidad?

Fuera quien fuese su asesino, Laura no podía entender cómo había cometido el crimen. Alejándose unos metros de Emilia, la policía se acercó hasta una ventana, a través de cuyos sucios cristales se adivinaba una gruesa reja de acero. Miró a su alrededor. Todas las demás ventanas estaban

protegidas de la misma forma. La distancia entre los barrotes era demasiado pequeña como para que nadie pudiera colarse entre ellos.

Se acercó a la puerta, cuyos cerrojos, según tenía entendido, habían estado echados en el momento de su asesinato.

—¡Sujeto A y sujeto B! —gritó Emilia. Sobre sus cabezas, algunas de las gaviotas se alteraron por la intensidad de su voz y revolotearon de unas ventanas a otras, alterando a su vez al resto. Las dos mujeres se quedaron inmóviles, hasta que los pájaros, lentamente, se relajaron tras comprender que no había peligro alguno. Emilia habló en voz más baja—. Sujeto A y sujeto B, las dos gaviotas de las que habló antes… salen aquí.

Emilia le enseñó a Laura un cuaderno y señaló una de sus páginas.

«Hoy es un día importante —empezó a leer Laura para sí—. He conseguido alejarlas de su grupo. Ahora, la madre y la hija van por su cuenta. Poco a poco han ido construyendo su nido en las rocas más altas y desde allí observan a las que antes eran sus amigas. Siento hacerles esto… pero es necesario. Tengo que saber la verdad. Ya no es por la ciencia. Es por mi propia vida».

—Así que esas dos gaviotas eran madre e hija… —murmuró Laura, pensativa—. Tenemos que llevarnos esto.

—¿Y todo lo demás?

—También. Tápelo, que no se moje.

Emilia obedeció. Entre las dos, cargaron con tantos cuadernos como fueron capaces. Antes de salir Laura volvió a reparar en los pesados cerrojos de la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emilia.

—En el momento de su muerte, Susana había echado todos los cerrojos. Entre eso y los barrotes de las ventanas… me pregunto de qué tendría tanto miedo.

—Bueno… ahora sabemos que mi hotel era antes un psiquiátrico. Creo que eso lo explica todo.

Laura asintió sin terminar de convencerse.

Veinte años atrás, algo en la isla había aterrorizado a Susana hasta tal punto que ni siquiera se atrevía a abandonar aquel lugar. Algo que intentó mantener alejado a toda costa, pero que fue capaz de burlar sus medidas de seguridad. Aquella misteriosa presencia había terminado con su vida… y dos décadas después, otras dos le habían seguido.

Laura se preguntó cuántas vidas más se cobraría el destino antes de que ella pudiera resolver el enigma de las gaviotas.

La clave del enigma

«No había visto algo tan espantoso en toda mi vida», se dijo Julia mientras miraba el contenido del cajón. Los bañadores de Laura, estampados con unas enormes flores de colores chillones, se amontonaban de cualquier manera en su interior. Los apartó con aprensión, como si el tinte fosforito de las telas pudiera mancharle las manos. Luego encontró un camisón de tela transparente y un corpiño, los dos hechos trizas. Los miró impresionada. No se le había ocurrido que Jacobo pudiera ser tan pasional ni Laura un bocado tan apetitoso, pero por la manera en que la tela estaba rasgada no dejaba lugar a ninguna duda de que ambos se habían dejado llevar por sus instintos más primarios.

Cerró el cajón con rabia. Las carpetas con los papeles del archivo de la antigua clínica tampoco estaban allí. Había aprovechado que Laura y Martín habían bajado a comer algo para registrar la habitación de la policía. Desde que llegó a la isla, casi no había tenido tiempo para investigar. El viaje había resultado un desastre desde el principio. Cuando vio que el matrimonio de policías llegaba al hotel, sin saber que Martín se encontraba también alojado en él, creyó que todos sus planes se iban a venir abajo. Con tanto policía por metro cuadrado no iba a poder investigar con tranquilidad el misterioso anónimo que había recibido Hugo invitándole a ir a la Isla de las Gaviotas. Y aunque no le había resultado demasiado difícil engañar a Martín, Laura podía ser un hueso mucho más duro de roer. Puede que descubriera que Julia tenía una agenda oculta y que la razón por la que estaba con Martín era muy distinta que la que todos suponían. Por eso se las había arreglado para intentar que el policía no saliera de la habitación durante el primer día, aunque cuando comenzaron los crímenes fue imposible mantenerlo al margen.

Puede que del misterio que relacionaba a Hugo con la isla no hubiera encontrado gran cosa, pero sí que había descubierto algo que no se esperaba, algo que la dejó completamente anonadada, algo que tenía que ver con ella

misma. Cuando vio a Laura y a Martín juntos no pudo evitar sentir una punzada de celos. Entre los dos se notaba una complicidad de la que ella nunca había gozado con el policía. Ella fue la primera sorprendida por ese sentimiento inesperado, ya que no creía que Martín le gustara hasta ese extremo, pero no podía negar la evidencia. Ésa había sido la causa de su mal humor todo el día y de que ahora estuviese a punto de rasgar los anticuados vestidos de Laura que había encontrado al abrir el armario. Lo que al final la contuvo fue pensar que, si los rompía, en realidad le estaría haciendo un favor, ya que así no iría vestida como un espantapájaros.

Cerró las puertas del armario y miró debajo de la cama, el último sitio que le quedaba por investigar. Y allí estaban. Junto a unas gigantescas zapatillas de andar por casa, de esas que parecen un peluche, en este caso con forma de perro sabueso, había una caja. Julia la sacó, tirando con todas sus fuerzas, y la abrió. Dentro se encontró los archivos. Había varias carpetas, todas ellas ordenadas por años. Fue a la de 1976. Había sido durante ese año cuando Hugo había comenzado a recibir los pagos en su cuenta por algo que había ocurrido en la isla, los que estaban consignados bajo el nombre de «Gaviotas». Julia fue pasando las hojas que encontró. Eran informes médicos sobre los pacientes del sanatorio y su evolución. En cada ficha venía el nombre del paciente, junto con el del médico que lo atendía y el tratamiento y la medicación a los que era sometido. Al no tratarse de demasiadas fichas, ya que la clínica era bastante exclusiva, Julia acabó enseguida con el repaso. Los informes, por otro lado, eran muy escuetos, como si no se quisiera dejar demasiada constancia de que los internos que allí se encontraban fuesen enfermos, como si se quisiese mantener a toda costa la ficción de que el edificio en el que se alojaban era un hotel y no una institución psiquiátrica. Ninguna de esas fichas le dijo absolutamente nada. Todos esos nombres eran desconocidos para ella. Sin embargo, los apuntó en una libreta para chequear más tarde si alguno de ellos pudiera haber tenido relación con Hugo en el pasado.

Dejó al lado los informes psiquiátricos y cogió el resto de los papeles que se encontraban en la misma carpeta. Eran facturas y hojas contables que resumían los gastos y los ingresos que había tenido la clínica ese año. Fue entonces cuando vio el nombre de Hugo por primera vez. Se le había realizado un pago en septiembre de ese año en concepto de honorarios por alguna gestión que había realizado por encargo de la clínica. Julia comenzó a sentirse cada vez más intrigada. ¿En qué había consistido ese encargo? Miró

el resto de los registros contables de ese año para ver si alguno de ellos podía darle una pista. Pero no, no había nada que se saliera de lo corriente.

Desesperada, Julia iba a guardar la carpeta en la caja correspondiente cuando vio un papel que se había salido del archivo y que había quedado atrapado y medio doblado en el fondo de la caja. Parecía un papel oficial. Fue la firma que tenía estampada en la base la que le había hecho sobresaltarse. Era la misma letra que la de la persona que había enviado los anónimos, la del médico asesinado el día que llegaron a la isla. Julia lo cogió y lo leyó, ansiosa. Y supo que había encontrado una pieza fundamental en el puzle, algo clave que explicaba lo sucedido hacía años y que también podía conducir a descubrir la identidad del asesino que los estaba diezmando. Ahora sólo restaba saber cómo encajaba esa pieza con el resto y ver cuál era el dibujo resultante.

La hora de la verdad

Laura suspiró satisfecha mientras tragaba el último bocado de la montaña de comida que se había servido del bufet frío que Claudio y Olivia habían preparado esa tarde. Tras la calma en su ánimo al saber que Jacobo estaba sano y salvo había sobrevenido la tormenta de su estómago, que rugía enfadado después de haber estado varias horas vacío. Había pasado tantos nervios que se había olvidado hasta de comer. Martín miró alucinado el plato del que su compañera había dado buena cuenta, el cual contrastaba (o había contrastado hasta hacía apenas unos segundos) con el de Julia, también sentada a su lado: dos rodajas de tomate que ni siquiera había probado. Desde que había entrado al comedor, hacía unos veinte minutos, no había abierto la boca. Ajena al ánimo taciturno de la joven, Laura se dirigió a Martín, mientras sacaba algo de su bolso.

—Martín, antes de que se me olvide, ¿podrías guardarme esto? —le dijo. En su mano tenía una pequeña tarjeta de memoria—. Es de la videocámara. Es tan diminuta que me da miedo perderla.

—Pero si decías que todo lo que estabas grabando era un horror… —le repuso Martín extrañado.

—Y lo es. Pero hoy me he dado cuenta de que esto ha estado a punto de convertirse en el último recuerdo que me iba a quedar de Jacobo —contestó la policía pesarosa.

Martín le sonrió, aunque no pudo dejar de sentirse un poco agobiado por la responsabilidad del encargo.

—¿Y si lo pierdo yo? ¡No me lo perdonarás nunca y sabes que yo también soy un desastre!

—Guárdalo en uno de esos bolsillos de tu chaleco.

—Son de adorno, no se puede meter nada en ellos.

—Sí que se puede, tú hazme caso —insistió ella, acercándose a él y derramando sin querer un vaso de zumo sobre la mesa.

Agobiada, empapó el charco resultante con una de las servilletas mientras se disculpaba por su torpeza. Aunque las disculpas eran del todo innecesarias: Martín estaba tan acostumbrado a las meteduras de pata de su amiga que sobraba cualquier tipo de excusa; y con respecto a Julia, no se había percatado absolutamente de nada. No quitaba la vista de su plato, mientras jugueteaba abstraída con la comida que había en él.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Martín, intrigado.

—Nada. Estaba dándole vueltas a todo lo que ha ocurrido —le contestó Julia, pensativa—. No ha resultado ser el fin de semana que me había imaginado.

—Es verdad, tanto cadáver le quita romanticismo al asunto —convino Laura.

—Y eso a vosotros os viene muy bien. Así tenéis una excusa para no separaros ni un segundo —soltó la joven con intención. Laura la miró sin saber qué contestar. Martín fue a decir algo, pero Julia se lo impidió. Había comenzado a hablar y no quería que nadie la detuviera—. Laura, no paras de hacer indagaciones, intentado pillar a todo el mundo en una mentira, pero ¿sabes qué? —dijo, poniendo su servilleta sobre la mesa y levantándose a continuación—. Aquí la primera que miente eres tú. A ti misma. Y por tu propio bien, y sobre todo por el de Jacobo, deberías dejar de hacerlo. —Tras decir estas palabras se dirigió a la puerta, sin despedirse, vetando el derecho a réplica de los otros dos. Aunque éstos estaban tan atónitos que no hubieran sabido qué decirle.

—Perdona, Laura, no sé lo que le pasa. Lleva así todo el día —se disculpó él, avergonzado, al cabo de unos segundos.

—Es evidente. Julia se ha enamorado de ti y ve enemigos en todas partes.

—No puede ser, los dos dejamos claro que lo nuestro no iba en serio, nunca nos hemos prometido nada —repuso él, desconcertado.

—Sigue sin decirte por qué quiso venir a la isla, ¿no? —Martín negó pensativo con la cabeza—. Esa chica es muy rara. ¿Qué es lo que sabes en realidad de ella?

—Trabaja en una revista de arte. Me ha enseñado varios reportajes, no están mal. Nos conocimos cuando me hizo una entrevista, estaba interesada en los casos de robos y falsificaciones de obras de arte que habíamos investigado. Sobre todo el caso Ruiz Gallardo. —Laura lo miró, entornando los ojos. El nombre le resultaba familiar pero no conseguía ubicarlo. Martín la ayudó a recordar—. Era aquel empresario que murió. Su viuda descubrió que

alguien le había dado el cambiazo con uno de los cuadros de su colección privada, una de sus mejores piezas era falsa.

—Sí, es verdad… Ese hombre se echó una amante que le engatusó y le robó uno de sus cuadros, endilgándole una falsificación sin que él se diera cuenta. O quién sabe, puede que sí que lo supiera, pero no podía decir nada sin admitir el adulterio. ¿Y por qué le interesaba tanto ese caso a Julia?

—Por lo visto, el cuadro era un Chagall de muchísimo valor. Quería saber cómo se habían desarrollado nuestras pesquisas, si habíamos dado con la timadora. Me pidió que si la atrapábamos, quizá podríamos dejarle ver la pieza de arte que robó. Por lo visto debe de ser única.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que si era sólo por ver el cuadro, no habría ningún problema, que la mantendría informada.

—¡Martín! ¡Esa investigación no está cerrada! ¿Cómo se te ocurre compartirla con una extraña? —le increpó Laura muy molesta—. ¡Algún día pueden expulsarte del cuerpo por cosas como ésas!

—Bueno, Julia no es ninguna extraña. Y no tiene nada que ver con el caso, ¿qué más da lo que le comente?

—¿Que no es una extraña? ¡No sabes nada sobre ella! Y una cosa es que ella te enseñe sus articulitos y otra muy distinta que tú a cambio le reveles detalles confidenciales de un caso.

—Tampoco le conté mucho, no me enorgullezco de esa investigación. Esa mujer, la estafadora, siempre se nos escapa por los pelos —dijo él, desesperado.

Laura procuró calmarse.

—Al final me asignaron otro caso y no recuerdo lo que pasó después. ¿Cómo diste con la estafadora? —le preguntó.

—La secretaria del empresario fue la que me puso sobre su pista. Al principio no quería soltar prenda por respeto al muerto, pero al final logré sonsacarle la dirección del apartamento que su jefe había alquilado para verse con su amante. El portero del edificio nos dijo que la mujer, la timadora, seguía yendo por allí a diario, pero que justo esa mañana se había ido con las maletas, poco antes de llegar yo, como si fuera adivina y supiera que iba a aparecer por allí para detenerla.

—¿Y los coleccionistas particulares que compran esas obras en el mercado negro? ¿Supieron algo de ese cuadro?

—Hablamos con unos cuantos, los habituales en esos circuitos. Y dimos con uno que había hablado con ella y que estaba interesado en comprarle el

cuadro. Habían contactado, protegiéndose mediante claves y nombres de usuarios falsos, a través de un foro de internet dedicado al coleccionismo de obras de arte. Fue en ese momento cuando aparecimos nosotros. Él no sabía que el cuadro era robado, ella le había contado una milonga acerca de una herencia familiar. No sé si él mentía o no, pero el caso es que le obligamos a que siguiera adelante con la compra, para que ella asomara la nariz y, así, poder detenerla. Fijaron un día para encontrarse. Pero de nuevo nos dio esquinazo. Ella no apareció y no hemos vuelto a saber nada de su paradero. —Martín se echó hacia atrás, desesperado—. Esa mujer siempre va un paso por delante de nosotros, como si hubiera estado leyendo mis informes.

Laura se quedó pensativa al oír esta frase. Una idea comenzó a rondarle la cabeza. Y, de repente, sintió un frío que se extendió por todo su cuerpo y que casi le impidió articular palabra.

—¿Y si lo ha estado haciendo? —dijo, clavando sus ojos en su compañero.

Martín tardó unos segundos en comprender. Pero entonces, la sangre desapareció de su cara con la misma rapidez con la que Laura había dado cuenta del bufet de la cena.

El cuadro en la pared

Julia estaba sentada en un sillón del gabinete, la misma habitación en la que había tenido lugar la sesión de espiritismo días atrás. Miraba pensativa el papel que había encontrado en la caja de la habitación de Laura una hora antes. La puerta se abrió de golpe, abstrayéndola de sus pensamientos.

—¡Me has estado utilizando todo este tiempo! —le dijo Martín furioso, entrando en la habitación—. ¡Tú eres la estafadora que estaba buscando! —Pronunció sus palabras con tal rabia que Julia no se molestó en negar la evidencia.

—¿Cómo lo has sabido?

—Comprobando el historial de mi ordenador, he visto los archivos e informes de mi investigación que has estado copiando. Te imaginas cómo va a terminar todo esto, ¿no? Contigo en la cárcel. —Mientras hablaba, Martín la había ido acorralando contra la pared. Extendió los brazos formando dos barreras alrededor de ella. Sus caras estaban a menos de un centímetro. Ella le mantuvo la mirada, desafiante—. ¿No tienes nada que decir?

Julia suspiró antes de hablar.

—Sí, sí que lo tengo. Y desearía no haber llegado nunca a este extremo. Si me denuncias, no seré la única en ir a la cárcel. Tú vendrás conmigo.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Que si hubieras mirado en tu ordenador más atentamente, habrías observado que hice otras cosas con él aparte de copiar esos archivos. Como entrar en los foros adecuados para contactar con posibles compradores para los cuadros robados. Y no sólo eso, entré en tu correo electrónico y también me envié los archivos de la investigación desde tu cuenta a la mía. —Martín se quedó tan sorprendido por lo que estaba oyendo que aflojó su cerco en torno a ella. Julia prosiguió, cada vez más segura de sí misma—. Diré que me estabas pasando información acerca del caso, que me estabas ayudando a

eludir a la justicia, que éramos cómplices en los robos. Y no tendrás manera de demostrar lo contrario.

—Nadie va a creerte.

—Eso habrá que comprobarlo. Por las cosas que te han dicho Jacobo y Laura estos días, no creo que seas el policía del año. —Julia intentó zafarse de su abrazo—. Mira, Martín, nunca nos prometimos nada, así que ahórrate el número del amante engañado. Además, no he hecho nada malo. No he robado un solo cuadro cuyo poseedor no se lo hubiera quitado antes a su legítimo propietario. ¿Por qué no lo dejamos todo como está?

—Lo de los cien años de perdón para el que roba a un ladrón no va a colar con el juez. Y me da igual si a mí también me encausan. Lo importante es que te vas a pasar una buena temporada entre rejas —dijo él, sin ceder un ápice.

Viendo que Martín no iba a cambiar de idea, Julia decidió variar de táctica. Era arriesgado, pero podía funcionar.

—Escucha, estoy muy cerca de conseguir mucho dinero, dinero que puedo compartir contigo. El secreto de esta isla vale millones.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, desconcertado.

—De la razón por la que vine aquí. Si te calmas, te contaré toda la historia.

Martín no quería que ella siguiera enredándolo con sus argumentos, pero pensó que podía ser una buena oportunidad para descubrir uno de los misterios que les quedaban por resolver, el de la implicación de Julia con todo lo que estaba ocurriendo, así que la dejó explicarse. Ella le habló de Hugo, de cómo lo había conocido y de cómo había logrado introducirse en su vida, aunque sin dar demasiados detalles, ya que la historia se parecía demasiado a la que había vivido con Martín. Le contó cómo el día que tenía pensado dar el cambiazo el abogado sufrió un ataque al corazón, frustrando así todos sus planes, y cómo descubrió los pagos que alguien le había estado haciendo desde hacía veinte años por algo que había ocurrido allí, en la Isla de las Gaviotas. Cuando Julia terminó de hablar, Martín siguió en silencio.

—Ahora sabes toda la verdad. Como ves, si me ayudas, los dos tendríamos mucho que ganar —dijo ella.

El policía sacudió la cabeza, en parte intrigado por la historia que acababa de escuchar y en parte herido en su amor propio, ya que le molestaba el hecho de que ella pudiera pensar que él tenía un precio, y le preocupaba que él hubiera podido llegar a proyectar esa imagen en algún momento. Por fin, se decidió a hablar.

—Disfruta de las horas de libertad que te quedan antes de que salgamos de aquí. Luego no podrás hacerlo —concluyó mientras se separaba de ella.

Y fue en ese momento cuando sucedió. Julia le miró fijamente, y Martín pudo comprobar cómo sus ojos claros se congelaron, pero no por lo que él acababa de decir sino por algo que ella había visto a sus espaldas. Como una autómata, se apartó del policía y se acercó a una de las paredes de la habitación en la que había un cuadro colgado. Era una pintura de composición clásica, en la que se distinguían varias figuras femeninas en la orilla de un río. Por sus ropas y atuendos, la escena debía transcurrir en el siglo XVII. Julia se acercó al cuadro y lo examinó con atención. Una de las mujeres, la que irradiaba más fuerza ya que ocupaba el centro de la composición, tenía un niño en brazos. El resto de las damas, su corte a todas luces, estaban arrodilladas a su alrededor.

Julia notó que Martín se había situado a su lado y que seguía hablándole. Pero ella era incapaz de entender lo que le decía. Sus sentidos estaban absorbidos por completo por la pintura, y por lo que ésta implicaba.

Y todo cobró sentido de repente. Las piezas habían encajado. Había comprendido lo que estaba ocurriendo en esa isla y lo que esa información podía valer.

Pero tenía que actuar ya. Si era verdad que Martín pensaba entregarla a las autoridades en cuanto abandonaran la isla, tenía que procurarse los recursos necesarios para poner tierra de por medio. Miró al policía.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Detenerme? —le dijo, con una sonrisa traviesa en su cara—. No sería la primera vez que me pones las esposas.

Martín negó con la cabeza.

—No será necesario. No vas a poder salir de aquí…

Julia dudó unos segundos antes de decir lo que estaba pensando.

—Martín, en otras circunstancias me hubiera acercado a ti igualmente. En eso no te he mentido —le confesó. Sin que él pudiera reaccionar, lo agarró de las solapas del chaleco y le dio un breve beso en los labios. Luego se apartó —. Y un consejo, deberías hacer caso a Laura. En todo lo que te diga. Creo que la he juzgado mal.

A continuación salió de la habitación. Martín se quedó inmóvil, desconcertado por todo lo que había pasado.

Una cita furtiva

La superficie de la piscina estaba completamente lisa, como un espejo, y sus aguas, en vez de reflejar la oscuridad de alrededor, parecían absorberla, creando la impresión de que un enorme foso se abría en medio de la sala. Julia miraba hipnotizada su negrura y decidió romperla encendiendo un cigarrillo. Le costó prenderlo, ya que su mano temblaba un poco debido a la excitación. Y no era para menos. Había tenido muchas citas a lo largo de su vida, algunas de ellas muy extrañas y bizarras. Pero nunca había quedado con un asesino.

Al cabo de unos segundos oyó que alguien se acercaba por el pasillo que daba a la escalera. Julia sonrió: la persona cuyos pasos estaba escuchando podía ser un psicópata despiadado, pero eso no quería decir que no fuese razonable. Y parecía que había entendido el juego después de que ella pusiera las cartas sobre la mesa. La apuesta era muy alta, Julia sabía que su vida estaba en juego, que más gente había muerto tras conocer el secreto que ella había descubierto, pero si manejaba bien la situación podía convertirse en millonaria. Y además, había tomado precauciones. Si algo le pasaba, el documento que probaba todo lo que había ocurrido saldría a la luz, por lo que al asesino no se le ocurriría atentar contra ella y no tendría más remedio que escucharla.

Una sombra se perfiló tras la puerta de cristal traslúcido que servía de entrada a la sala. Y poco a poco ésta fue abriéndose. La persona con la que Julia se había citado entró. Luego dio dos pasos y se detuvo. Sin saber qué hacer, e intentando que el miedo que sentía no aflorase a la superficie, la joven se acercó a la figura que esperaba en la penumbra.

—Sabía que vendrías tras leer mi nota. Espero que no…

A Julia no le dio tiempo a terminar la frase. Unas manos enguantadas atraparon su cuello apretándolo con fuerza y empujándola contra el suelo. Julia intentó revolverse, pero los brazos que la atenazaban eran mucho más

fuertes que la resistencia que ella podía oponer. Su atacante golpeó su cabeza contra el suelo con tanta fuerza que casi le hizo perder el sentido. Un estallido de luz inundó el interior de su cabeza y el grito que estaba a punto de soltar murió en su garganta. Aturdida, dejó caer los brazos, mareada y sin fuerzas para resistirse. Pero, para su sorpresa, el atacante hizo lo mismo, aflojó la presión de sus manos y se incorporó. Julia vio, sin entender nada, cómo la figura vestida de negro se acercaba a un pequeño cuarto que se usaba como almacén de limpieza y entraba en él. Fue entonces cuando aprovechó esos segundos para intentar levantarse, pero no lo consiguió. En el momento en que irguió la cabeza todo comenzó a dar vueltas. Le costaba mantener el equilibrio, aunque no se dio por vencida. Se puso a gatas e intentó dirigirse a la salida. Quiso gritar, pero el cuello le ardía, no podía emitir un solo sonido. Y en ese momento comprobó angustiada cómo su atacante salía del cuarto de la limpieza y se dirigía a ella. Llevaba algo en la mano. Una botella de plástico. El asesino se acercó hasta ella, y con rabia le pegó una patada en el estómago y volvió a colocarla boca arriba. Julia nunca había sentido un dolor semejante en toda su vida y creía que no iba a ser capaz de soportarlo. Pero estaba equivocada. No sabía que todavía no había llegado a su límite de resistencia en lo que al umbral del dolor se refería. Y que en breve ella misma iba a experimentar dónde estaba dicho límite. Su agresor cogió la botella que llevaba en la mano y la desenroscó. En cuanto Julia olió el líquido que contenía la botella, se revolvió con todas sus fuerzas, aterrorizada por lo que iba a ocurrir. Pero su atacante llevó una mano hacia su cuello y comenzó a apretarlo con saña. Ella abrió la boca, en un intento desesperado por respirar, y fue en ese momento cuando su asesino (todavía no se había convertido en tal, aunque en esos momentos Julia no estaba para tecnicismos semánticos) aprovechó para vaciar la botella de lejía en su garganta. Mientras notaba cómo el líquido la abrasaba por dentro, Julia dispuso de unos segundos, antes de perder la consciencia a causa del dolor insoportable que la inundaba, para reconocer que el plan que había trazado tenía un fallo que ella no había previsto. Había dado por hecho que el asesino la obedecería en todo una vez le hubiese hablado del «seguro de vida» con el que ella se había protegido.

Pero no había contado con que la persona que la estaba matando no iba a dejarle decir ni una sola palabra.

Tres son multitud

Cuevas aparcó su pequeño ciclomotor junto a la acera, lamentando haber llegado al final del trayecto ya que le encantaba sentir el cuerpo de Lydia agarrándose a su espalda.

—Aquí es —dijo, viendo embobado cómo Lydia se quitaba el casco mientras se bajaba de la moto, una Vespa diminuta que tenía un contenedor de plástico en su parte trasera. Varias pegatinas de Telepizza cubrían su superficie.

—Gracias, Cuevas.

Él le había dicho veinte veces que le llamara por su nombre, Vicente, pero Lydia parecía empeñada en seguir utilizando su apellido cada vez que le hablaba. En el fondo le gustaba, cuadraba con la imagen fuerte y decidida que Cuevas tenía de la chica.

—¿De verdad quieres subir ahí arriba? Con todo lo que ha pasado, ¿no será peligroso?

—Ese hombre es el único del que nos podemos fiar, no me atrevo a contarle lo que hemos descubierto a nadie más. Y también ha sido el único que me ha apoyado y animado a seguir adelante en esta investigación.

—Bueno, aparte de mí, ¿no? —le dijo él, nervioso—. Yo también te he apoyado y animado. Y te seguiré ayudando siempre que quieras.

Lydia le devolvió la sonrisa. Cuevas la sacaba de quicio, pero la fe que depositaba en ella le resultaba enternecedora.

—Lo sé. Muchas gracias por todo lo que has hecho. Y puedes irte ya, nos vendrá bien descansar.

—Ni loco. Yo te espero aquí y luego te llevo a casa —repuso él, decidido.

—Puedo tardar horas en bajar. Además, deberías comer algo, coger fuerzas.

—¡Eso no es problema! —Abrió el contenedor para pizzas que llevaba en la parte trasera de la moto—. Mira, me quedan un par de pizzas de algunos

pedidos sin entregar. A veces me lío con el reparto —dijo un poco avergonzado. Mientras se dirigían a casa de Castro le había explicado que trabajaba a tiempo parcial como repartidor de pizzas. A pesar de que era un desastre, su jefe no lo había despedido porque era primo de su madre. Lydia miró las dos cajas de cartón grasientas que había en el interior del cestillo—. Te puedo guardar un cacho si quieres —añadió el joven.

—No, gracias, no hace falta que me guardes ningún «cacho». Y, en serio, vete a casa, quiero hablar tranquilamente con Castro —insistió más taxativa que antes—. No admito un no por respuesta.

—Está bien. Pero avísame en cuanto salgas, para que sigamos investigando —claudicó en vista de que no iba a haber manera de convencerla para que cambiara de idea.

Lydia le sonrió y se dirigió hacia el portal. Mientras pulsaba el timbre del piso de Castro, vio cómo Cuevas se alejaba calle abajo. Lo que no pudo ver, una vez que entró en el portal y cogió el ascensor, fue cómo el joven informático volvía a aparecer por el otro lado de la calle tras haber dado la vuelta a la manzana, y volvía a aparcar la moto frente al portal de Castro, dispuesto a montar guardia el tiempo que fuese necesario.

—Así que este policía, Aguilar, falsificó muchos detalles del caso del asesino en serie conocido como el Flautista —dijo Castro mientras hojeaba los informes que le había dado Lydia.

Ambos estaban sentados en la terraza del ático en el que vivía. Los muebles y la decoración moderna de la casa concordaban con el buen gusto que Castro demostraba también al vestir.

—Sí. Por ejemplo, el niño asesinado en Pamplona. Un testigo vio salir a alguien de los fosos del parque poco después de la hora del crimen y montarse a todo correr en un Chrysler de color marrón aparcado en un parking cercano. No se siguió esa pista ni se intentó localizar ese coche. De hecho, ese testimonio no fue incluido en el informe que se redactó en su día.

—Y el niño de Huércal-Overa, Javier Palomares, el que fue encontrado en una caseta de productos químicos… Aquí dice que ése fue el lugar del crimen, pero sin embargo es evidente que lo tuvieron que trasladar allí desde otro sitio. Le habían golpeado en la cabeza, la herida tenía que haber sangrado mucho y, sin embargo, apenas había sangre en aquel almacén —añadió Castro alucinado.

—Y no sólo eso, hay otra cosa más, algo espeluznante que tampoco aparece en el informe. Después de matarlo, el asesino abrió la boca del cadáver de ese niño y vertió dentro una botella de un fertilizante que había en aquel cobertizo. ¿Qué interés tendría Aguilar en encubrir algo así? —dijo Lydia, cada vez más perdida—. Ese policía no sólo ocultó testimonios de testigos oculares sino que se pasó por el forro informes forenses y pruebas periciales. ¿Cómo pudo salirse con la suya? Tenía que tener superiores que revisaran su labor, y no trabajaba solo… sus compañeros tenían que saber lo que estaba ocurriendo.

—Tienes que tener en cuenta que la situación por aquel entonces era muy distinta, era la época del franquismo —explicó Castro.

—No entiendo en qué cambia eso las cosas.

—En que en aquella España no se podían dejar crímenes sin resolver, la policía y las fuerzas de seguridad del Estado no podían parecer unas ineptas. Un criminal sin atrapar era no sólo un infractor contra la ley, sino una afrenta contra el sistema. Y tenían dos medios para solucionar algo así. O cargarle el muerto al primer desventurado que se cruzara en su camino… o intentar echar tierra al asunto y que se supiera lo menos posible de él. ¿Por qué crees que el nombre del Flautista era prácticamente desconocido para la gente? Porque ellos no podían permitir que se supiera que un psicópata había estado matando niños durante casi tres años sin haber sido atrapado, sin que se tuviera ni una sola pista sobre su identidad.

—Entonces lo entiendo todavía menos. Estos detalles que Aguilar ocultó eran determinantes en la investigación, podían haber llevado a la detención del Flautista.

—O no, eso nunca se sabe. Lo único seguro era que esos indicios sólo confirmaban la rúbrica del autor, probaban que esos crímenes habían sido cometidos por la misma persona, evidenciaban la existencia del Flautista, algo que no interesaba. Era mejor acusar del asesinato del niño Palomares al tonto del pueblo, como estuvieron a punto de hacer. Y apuntar a que el resto de los crímenes eran obra de autores diversos.

—Entonces, ¿cree que Aguilar enterró todas esas pruebas para ocultar la existencia de un asesino en serie? ¿Para no manchar la imagen del régimen?

—Eso es lo que tendremos que averiguar ahora. —Castro se levantó, sacó su teléfono móvil y marcó un número—. Soy yo. Quiero que me consigas toda la información que haya en el registro sobre un antiguo agente de policía, Joaquín Aguilar. —Castro escuchó lo que la persona al otro lado de la línea le estaba diciendo—. Gracias. Esperaremos. —Colgó el teléfono y se dirigió a

Lydia—. En una hora tendremos la información —le dijo, y cogió su copa de vino. Después de beber, miró a Lydia fijamente. No le solía ocurrir, pero era la segunda vez que Lydia no pudo sostenerle la mirada—. Agente Martínez, me ha impresionado, ha hecho usted un trabajo espléndido. Se ha desenvuelto muy bien fuera de las cuatro paredes de un laboratorio.

—Gracias. La verdad es que necesitaba un cambio.

—La envidio por eso. Usted todavía está en una edad en la que se pueden cambiar las cosas.

—Siempre se tiene edad para eso. Usted es un buen ejemplo de ello, las reformas que está llevando a cabo en la policía lo prueban.

—Y hablando de eso… ¿ha pensado en lo que le dije el otro día, en lo del puesto de comisario?

Lydia le miró, confundida.

—No puede hablar en serio, no puede estar considerándome para ese puesto, no tengo la experiencia, soy muy joven —respondió, incrédula.

—Exacto. Por eso mismo no ha tenido tiempo para corromperse. Es usted justo lo que necesito ahora mismo, gente en la que pueda confiar —dijo él, decidido.

—Pero no podría dirigir a un equipo de personas, no sabría cómo hacerlo.

—Yo estaré a su lado para ayudarla, no se preocupe —insistió, con una sonrisa confidente que no surtió ningún efecto en ella.

—¿Por qué hace esto por mí? No sabemos si tengo razón ni cómo va a terminar todo. Puede que esté equivocada con lo del Flautista —repuso ella, cada vez más confundida.

—Le voy a ser sincero. A pesar de que me fastidia, me recuerda a mí cuando estaba empezando, cuando era joven.

—¿Y eso le fastidia? ¿Por qué?

—Porque no me gustan nada esos tipos que se enamoran de sí mismos, nunca he querido ser uno de ellos —confesó él, dejando la copa sobre la mesa.

Lydia se quedó helada al comprender el sentido de las palabras que Castro acababa de pronunciar. Le miró a los ojos. Y en esta ocasión sí fue capaz de aguantar esa mirada que se acercaba cada vez más a ella.

Desde la calle, Cuevas no había apartado la vista del balcón en ningún momento. Estaba apoyado en la moto, a punto de comerse una masa pringosa de queso que había sacado de una de las cajas de pizza, cuando vio cómo

Castro se levantaba de su silla, se acercaba a Lydia y la besaba. Luego los dos entraron abrazados al interior de la casa. Tomó aire para intentar calmarse, tratando de entender cómo el mejor día de su vida había terminado por convertirse en un desastre.

La mujer del cuadro

Martín miraba impresionado el cadáver de Julia, que flotaba inerte en la superficie de la piscina. Olivia lo había encontrado hacía apenas unos minutos, y los gritos que soltó al ver la horrible mueca que los últimos segundos de agonía habían esculpido en el rostro de Julia alertó al resto de los huéspedes. Con la ayuda de Laura y de Emilia, que fueron las primeras en acudir al lugar del crimen, sacó el cuerpo del agua y entre los tres lo dejaron sobre una de las camillas que estaban junto a una pared. Laura pasó un brazo por los hombros de su compañero, quien sentía una opresión en la boca del estómago que le impedía hablar. Ninguno de ellos había dicho una sola palabra desde que bajaron, pero efectuaban sus movimientos como en una coreografía en la que supieran perfectamente qué posición adoptar en cada momento. Por desgracia, la danza de la muerte se estaba convirtiendo en una pieza demasiado repetida y conocida para todos ellos. Emilia cerró con llave la puerta que conducía a la zona del spa para que no entrara nadie más, y, a continuación, fue a buscar una sábana que cogió de un armario empotrado. Se disponía a extenderla sobre el cadáver cuando Laura la detuvo.

—Espera, quiero comprobar antes una cosa —dijo, centrando su atención en el cuerpo. Venciendo la repugnancia que sentía, acercó su cara a la de Julia y aspiró por la nariz. Martín y Emilia la miraron alucinados.

—¿Qué haces?

—¿No lo oléis? —preguntó, señalando la boca entreabierta de Julia—. Es lejía. O algún producto de limpieza parecido. O el asesino se la hizo beber o se la vertió por la garganta una vez cometido el crimen.

—Fue mientras vivía —afirmó Martín, muy serio—. Tiene los labios casi en carne viva y llenos de heridas. Seguro que intentó evitarlo… pero no pudo.

—¿Y por qué le hizo eso el asesino? ¿Creéis que es una especie de mensaje? ¡No había ninguna necesidad de hacerla sufrir así! —dijo Emilia, horrorizada.

—No lo sé… pero no es la primera vez que vemos algo parecido. —Laura se quedó pensativa. Algo cruzó su mente. Una ilustración. Un dibujo en blanco y negro concretamente—. ¡Es igual que en el libro de ilustraciones de Gorey, *Los pequeños macabros*! El niño cuyo nombre empieza por J muere al tomar lejía por error. Como Julia. Y como todos los niños asesinados por el Flautista, cuyos nombres también comenzaban por J.

Martín y Emilia la miraron atónitos por la revelación.

—¿El asesino se inspira en las ilustraciones de un libro para matar? ¿Por qué? —preguntó Emilia.

—No lo sé. Pero por fin hemos encontrado un patrón. Y puede que éste nos indique cuál va a ser su próximo movimiento —le contestó Laura.

Estando el cadáver de Julia al lado, no era el mejor momento de expresar lo que sentía, así que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no exteriorizar la emoción de haber encontrado por fin un rastro que podía conducirles a descubrir la identidad del Flautista.

Media hora después Laura se encontraba con Martín en la habitación de este último. Habían dejado el cadáver guardado bajo llave en una de las salas de masaje. Intentaron tocarlo lo menos posible, para no contaminarlo demasiado hasta que un forense realizara las pruebas pertinentes. El problema era que ese momento todavía podía tardar mucho tiempo en llegar. La tormenta había perdido parte de su virulencia, pero seguían incomunicados y sin manera alguna de ponerse en contacto con alguien de fuera y pedir ayuda. Laura vio que Martín se sentaba en la cama, abatido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —dijo él, sacudiendo la cabeza—. No te preocupes. Ya has visto esta tarde lo poco que significábamos el uno para el otro.

Laura le sonrió, comprensiva. A continuación cogió una carpeta de encima de la mesilla y se la tendió a Martín. Éste la miró, muy interesado. Eran los documentos que Julia había cogido de la habitación de Laura. Ésta los había encontrado en la maleta de Julia, mientras rebuscaba entre sus cosas intentando encontrar algo que le diese una pista que explicara lo que había sucedido. Martín los hojeó, muy interesado.

—Julia los cogió de mi habitación —explicó ella—. Son papeles de la clínica, relativos a 1976. Hay expedientes de muchos de los pacientes, facturas… Aunque, *a priori*, no hay nada extraño en ellos, algún dato de los

que hay ahí tuvo que ser la causa por la que la mataron. Algo descubrió en ellos que significó su sentencia de muerte.

—Puede que alguno de estos internos estuviese relacionado con el Flautista —dijo Martín, interesado.

Laura asintió, pensativa. Repasó mentalmente todo lo que Martín le había contado acerca de la última conversación que había mantenido con Julia antes de que la mataran: Julia vino a la isla porque había descubierto que uno de sus amantes había estado chantajeando a Celia Busquets durante más de veinte años. De alguna manera, ella también averiguó en qué consistía ese secreto, y, creyendo que podía manejar la situación, intentó extorsionar al asesino. Pero las cosas no salieron tal y como pensaba…

—He estado hablando con el resto de los huéspedes antes de subir. Nadie tiene coartada para este crimen. Cualquiera de nuestros sospechosos pudo hacerlo —añadió él, paseando nervioso por la habitación. Fue al sentarse, inspirando hondo en un intento de relajarse y aclarar sus ideas, cuando un recuerdo que había sepultado en su mente debido a la impresión recibida por el crimen afloró a la superficie—. ¡Laura! Cuando me enfrenté a ella pasó algo muy extraño. Se quedó mirando uno de los cuadros que hay en el gabinete, el que está junto a la puerta. Estaba tan abstraída en él que parecía no escuchar nada de lo que le estaba diciendo.

—¿Y qué había en ese cuadro?

—No lo sé. Y luego dijo algo más, que te había juzgado mal, y que debería hacerte caso en todo lo que me dijeras.

Laura le miró sin entender.

—¿Que me hicieras caso en qué? ¿Qué quería decir con eso?

Martín se encogió de hombros.

—¡Qué manía tiene todo el mundo de hablar con enigmas! —dijo Laura, desesperada—. En fin, creo que deberíamos ir a echarle un vistazo a ese cuadro.

Los dos policías miraban las figuras femeninas que poblaban la pintura. Las mujeres, elegantemente vestidas, estaban junto a un río. Una de ellas sostenía un recién nacido entre sus brazos. El resto, estaban arrodilladas a su alrededor.

—Las mujeres de este cuadro van a bañarse. Y Julia murió en la piscina. ¿Tendrá algo que ver? —conjeturó Martín. Laura se encogió de hombros.

Martín volvió a centrar su atención en el cuadro—. El caso es que yo he visto antes esta pintura, debe de ser una reproducción.

—No, no lo es, es original, me costó una verdadera fortuna. —Laura y Martín se giraron y vieron a Emilia en el quicio de la puerta—. Y no es ningún bautizo, es una escena bíblica. La mujer del centro representa a la hija del faraón, cuando encontró a Moisés flotando en el río Nilo y decidió quedárselo.

—Esas ropas no parecen muy egipcias —observó Laura.

—Aunque representaran temas de la antigüedad, muchos pintores solían ambientar los cuadros en la época en la que ellos vivían. Éste fue pintado en 1633 por Orazio Gentileschi. Hizo dos con el mismo tema, éste y otro que está colgado en el Museo del Prado: *Moisés salvado de las aguas*.

—¿Seguro que sólo hay dos? —preguntó Martín, muy intrigado.

—Sí. Éste lo adquirió Roberto a un coleccionista privado. ¿Por qué?

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de meses —respondió ella, tras hacer memoria.

—No puede ser. Este cuadro es una reproducción —dijo Martín, sacudiendo la cabeza—. Vi el original en la casa de un empresario en Madrid, no hace ni cuatro semanas —añadió convencido. A continuación, se explicó —: Estábamos investigando ese caso del que te hablé antes, Laura, el de Jul… —Se interrumpió. Después del asesinato, no quería que nadie más que Laura supiera quién había sido Julia en realidad, para no ensuciar su imagen, aunque ni él mismo sabía la razón de ese repentino ataque de respeto por ella—. El de la falsificadora de obras de arte. Ese empresario era uno de los coleccionistas a los que acudimos para ver si sabía algo del cuadro. Y tenía esta pintura de Moisés colgada en su salón. Dijo que era una de las joyas de su colección, que nunca se desharía de ella.

Laura comenzó a atar cabos.

—Julia era experta en arte. ¿Y si se dio cuenta de que este cuadro era una falsificación? Por eso se quedó tan sorprendida al verlo —dijo, mirando suspicaz a Emilia—. ¿Fue Roberto el que se encargó de comprar el cuadro?

—Sí. Bueno, no sólo se encargó de eso, también de todo lo demás, es él quien ha llevado las cuentas del hotel. ¿Por qué?

—Porque creo que no sería mala idea que revisaras esas cuentas atentamente —le sugirió Laura, temerosa de que sus sospechas se cumplieran. Sentía mucha simpatía por Emilia y no quería ver cómo alguien le asestaba un nuevo golpe.

Emilia encendió el ordenador y abrió su cuenta de correo. Internet no funcionaba pero en la bandeja de entrada estaban acumulados todos los correos recibidos durante los meses anteriores. Fue buscando los que le había enviado el banco con los extractos mensuales de la cuenta que había abierto conjuntamente con Roberto. Los abrió y comenzó a repasar los movimientos. No tardó en descubrir que Laura tenía razón en lo que le había dicho.

Parecía que nunca se iba a poder fiar de nadie.

—¡No te he quitado ningún dinero! —dijo Roberto, enfadado, media hora más tarde. Emilia le había dicho que fuera a encontrarse con ella, Laura y Martín en el despacho.

—¿Cómo que no? ¡Has estado sacando dinero de nuestra cuenta sin decirme nada! —respondió Emilia—. ¿Pensabas que no iba a darme cuenta?

—¡Claro que sí! Pero esas transferencias no son lo que crees, he hecho inversiones que pueden dar muy buen resultado. Lo único que quería era que sacaras rentabilidad a tu dinero. No te he robado nada, sólo he cambiado el dinero de sitio.

—¿Y por qué lo has hecho? ¡Es mi dinero! —gritó ella, rabiosa.

—¡Pero no sabes cómo manejarlo! Sólo estoy haciendo lo mejor para ti, lo mejor para los dos… —Roberto fue abandonando su actitud defensiva por otra más calmada. Se fue acercando a ella, dulcificando el tono de su voz. Pero ella se mantuvo firme en su postura.

—El dinero es lo único que te ha interesado desde el principio, ¿verdad? Por eso estás conmigo.

—¡No! ¡Cuando te conocí, en la casa rural, no tenías nada! Sabes que nuestro encuentro fue completamente casual. Vi la publicidad del hostal en tu página web y te llamé. Ya me dirás qué hay de calculado en eso. Además, comenzamos a salir mucho antes de que recibieras esa herencia. Sabes que te quiero.

Emilia parecía confundida. Roberto tenía razón en todo lo que había dicho. Para cuando recibió la llamada del abogado con las noticias de la herencia, ellos ya llevaban más de seis meses saliendo.

Él continuó ganando terreno:

—La cuenta es conjunta, daba por hecho que tarde o temprano te enterarías. No te he ocultado nada.

Emilia se sentó, sin saber qué decir. Martín intervino, rabioso por el poder que el joven parecía ejercer sobre ella.

—¿Y el cuadro? Era falso. Pagaste miles de euros por él.

—No… no puede ser, me aseguraron que era auténtico —dijo, con cara de estupefacción. Parecía realmente sorprendido.

—No lo es. Y se puede demostrar, conozco a su propietario —afirmó Martín.

El otro trató de asimilar la noticia. Miró a su novia, confundido.

—Lo siento, Emilia, te juro que no sabía nada. Pero te devolveré lo que pagué por él de mi propio bolsillo, te lo prometo.

Ella sacudió la cabeza. No eran esos miles de euros lo que tenía que restituir. Era su propia confianza la que estaba en juego. Luego, Roberto se dirigió a la pareja de policías.

—Me han timado, primera noticia que tengo. En cuanto podamos salir de la isla, cursamos la correspondiente denuncia. Y espero que sus compañeros en tierra sean más eficaces que ustedes —se defendió, adoptando de nuevo una actitud agresiva.

—Lo que yo creo es que Julia descubrió que ese cuadro era falso y que la mataste por eso —dijo Martín, muy serio—. Ella era una experta en arte. Si hasta yo me di cuenta de que era una falsificación; ella debió olérselo desde el primer momento.

Roberto adoptó una actitud sarcástica.

—¿Sí? ¿En qué quedamos? Llevan dos días diciendo que todos estos crímenes tienen que ver con un asesino en serie llamado el Flautista. ¿He matado yo también a todos los demás? Su acusación no se sostiene por ningún lado.

—Puede que el crimen de Julia no tenga que ver con los otros, que te aprovecharas de la situación y la mataras de manera que pareciera obra del Flautista —dijo Laura.

—O puede que tengas que ver con esta isla mucho más de lo que nos quieres hacer creer —añadió Martín. Se había acercado a la mesa del despacho y se había quedado mirando una de las carpetas que había sobre ella. La cogió y se la enseñó a Roberto—. ¿Esta carpeta es tuya?

El interpelado la miró. Era una carpeta de cartón, con el nombre de una empresa, Laboratorios Acosta, impreso en una esquina.

—Sí. El bufete en el que trabajo lleva los asuntos de esos laboratorios, ¿por?

—Porque antes, cuando hemos revisado los expedientes que encontramos en el antiguo sanatorio, me fijé en algo: que todos los fármacos que se administraban a los enfermos en aquella época procedían de esos mismos laboratorios —prosiguió Martín.

—Los laboratorios han suministrado fármacos a miles de sitios durante años y años. No entiendo dónde quiere ir a parar.

—Puede que alguno de esos medicamentos produjera algún efecto secundario inesperado que se quiso tapar a toda costa. No es la primera vez que los Acosta se han visto envueltos en algún escándalo de ese tipo.

—No deja de dar palos de ciego —dijo Roberto, sacudiendo la cabeza, despectivo—. ¿Van a acusarme de más cosas o me puedo marchar?

Martín negó con la cabeza, indicando que ya no le necesitaban. Roberto miró a Emilia.

—¿Vienes? ¿O vas a quedarte aquí para que te sigan lavando el cerebro? —Emilia se quedó sentada en el sillón, indecisa—. Mira, no quiero prolongar más esta situación. Si sales ahora por esa puerta conmigo, intentaremos sacar lo nuestro adelante, como sea. Por mi parte, estoy dispuesto a perdonar todo lo que he visto hoy, lo de Claudio y el que estés dando crédito a estas tonterías. Pero si te quedas aquí con ellos, entenderé que lo nuestro se habrá terminado.

Emilia suspiró, al borde de las lágrimas. Martín y Laura la miraron sin saber qué hacer. Poco a poco, la joven se levantó de su asiento. Laura tuvo que reprimir las ganas de gritarle que se quedara donde estaba. Martín le agarró del brazo, negando con la cabeza: los sentimientos no eran un ámbito en el que ellos tuvieran competencia para intervenir. Emilia se acercó con paso vacilante hasta Roberto, quien la esperaba con una sonrisa.

—Roberto, quiero decirte que… —comenzó a hablar. No encontraba las palabras adecuadas para lo que quería expresar, así que optó por la solución más sencilla y directa—. Que te vayas a la mierda.

Roberto la miró desencajado. Tras unos segundos, se fue dando un portazo. Emilia soltó el aire de golpe, como si llevara minutos conteniendo la respiración. Miró a los policías, alucinada.

—¿Qué he hecho? —dijo, sin creerse del todo lo que acababa de suceder.

—Quitarse a ese imbécil de encima —le respondió Martín.

Emilia se sentó, sacudiendo la cabeza. Laura se acercó a ella.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, eso es lo raro. ¡Me encuentro mejor que nunca! —De repente, Emilia cayó en la cuenta de lo inapropiado que resultaba lo que había dicho

—. Vaya, lo siento, con tanto asesinato, tengo que parecer una loca diciendo estas cosas.

—No se preocupe. Algo bueno tenía que salir de todo esto —contestó Laura. A continuación, miró a Emilia, pensativa—. De todas maneras, no tiene usted nada que reprocharse, Emilia. Acabo de caer en algo. Tenía usted razón cuando dijo que Roberto se le acercó siguiendo un plan programado. No fue a la casa rural por casualidad. Quería conocerla y establecer contacto con usted.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Usted nos contó que cuando abrió la casa rural que se incendió tardó mucho en tener clientes porque había puesto por error un número de teléfono equivocado tanto en la publicidad como en la página web… —Emilia la miró sorprendida, comenzando a entender. Laura prosiguió—: Si el número estaba mal… ¿cómo se las arregló Roberto para telefonearla? ¿Cómo pudo ser su primer cliente?

—No lo sé. Pero no tiene ningún sentido. ¿Para qué quería conocerme? Por aquella época yo todavía no había recibido todo ese dinero, no tenía manera de saberlo.

Martín la miró, pensativo.

—Puede que sí que hubiera una manera —dijo.

A continuación se dirigió al ordenador portátil que usaban Roberto y Emilia. Lo encendió y comenzó a buscar en algunas de las carpetas de archivos que había en él.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Laura.

—Comprobar una cosa. —Martín intentó no dar más detalles, haciéndose el misterioso, como cuando Laura tenía una de sus súbitas revelaciones, pero no fue capaz. La mirada ansiosa de las dos mujeres hizo que comenzara a largar—. Emilia, usted recibió una donación de alguien a quien no conoce. Y para que esa donación sea efectiva, todo tiene que ser legal. Y para que todo sea legal, todos los papeles tienen que estar en regla. ¿Y quién se ocupa de que todos los papeles estén en regla?

—Los abogados —respondió la mujer.

—Efectivamente. Roberto es abogado y su bufete es uno de los más selectos y exclusivos de todo Madrid. Seguro que, además de los Laboratorios Acosta, entre sus clientes está la sociedad que le dejó todo ese dinero.

—Fue así, mientras tramitaba todos esos papeles, como Roberto se enteró de que iba a recibir tantísimo dinero —comprendió Emilia, conmocionada—.

Por eso me localizó, por eso se acercó a mí. Yo… yo nunca le interesé lo más mínimo…

Tomó asiento mientras intentaba asimilar toda esa información y ver así las nuevas sombras que proyectaba sobre su vida la luz que las revelaciones de Martín habían arrojado sobre ella. Llevaba tantos meses tan preocupada por la identidad de la mujer que se le aparecía en sus sueños todas las noches que se había olvidado de todo lo demás. Y eso le había hecho bajar la guardia. Primero fue Samuel quien intentó aprovecharse de ella y casi provoca su muerte. Y ahora… Sintió un escalofrío al preguntarse quién era en realidad la persona con la que había estado viviendo durante los últimos meses.

Una visita al subsuelo

Laura y Martín avanzaron por el oscuro corredor situado en los sótanos del viejo edificio anexo al hotel. Habían encontrado unas escaleras que bajaban a las salas que Laura había entrevisto cuando literalmente metió la pata en el suelo de la antigua construcción. Los azulejos descascarillados de las paredes devolvían reflejada la luz de la linterna, multiplicando los movimientos de ésta cada vez que Martín la dirigía en una o en otra dirección. Conforme iban avanzando, a Laura le parecía ver una silueta acechando tras las puertas entreabiertas que daban al pasillo.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —le preguntó Martín.

—A Julia la mataron por algo que descubrió en los papeles de la clínica. Cada paso que damos en esta investigación nos remite hasta aquí. Tiene que haber más cosas que se nos hayan pasado por alto, por lo que todas las veces que volvamos siempre serán pocas —contestó Laura, mirando a su alrededor —. Menudo lugar más tétrico. Lo disfrazarían de hotel y todo lo que tú quieras, pero este sitio es horrible. Un aparato tirado en el suelo llamó su atención. Parecía una estación de radio vieja, con dos diales y varios botones en su panel frontal. —¿Y esto? ¿Qué hace aquí? Igual esta radio funciona…

—Si no me equivoco, es un antiguo aparato para los tratamientos de electrochoque, para inducir convulsiones al paciente por medio de electricidad —explicó Martín. Al escucharle, Laura se apartó con aprensión del objeto—. Pero si hay algo que debería asustarnos es eso de ahí arriba —dijo, señalando con la linterna hacia el techo del pasillo—. Eso se nos puede caer encima en cualquier momento.

Laura siguió con la vista el haz de luz de la linterna y comprobó que Martín tenía razón en lo que estaba diciendo. El techo del pasillo estaba abombado y lleno de grietas. De hecho, podían verse algunas de las vigas que formaban su entramado. Y los crujidos que se escuchaban de vez en cuando no auguraban nada bueno.

—Ha estado así varios años, esperemos que aguante una noche más —dijo Laura, armándose de valor y acercándose a una de las puertas. Había varias de ellas colocadas a ambos lados del pasillo, de manera simétrica, hasta contabilizar un total de veinte. Laura puso la mano en el picaporte y la abrió despacio. Dentro había una pequeña celda, sin ventanas y con una cama con un armazón metálico blanco por único mobiliario. Una lámpara pegada al techo y un pequeño altavoz sobre la puerta eran los únicos objetos que había.

—Aquí debían encerrar a los casos más graves —especuló Martín.

—¿Y el altavoz? ¿Era para darles avisos?

—O para el hilo musical. Ya sabes que la música amansa a las fieras. La musicoterapia es muy utilizada con fines terapéuticos, para tratar de paliar ciertas enfermedades mentales, aplacar estados de excitación…

—Según la música que se elija. A mí la canción del verano me despierta instintos asesinos —dijo Laura, convencida.

Martín le sonrió la gracia. Salieron de la celda y echaron un vistazo a las siguientes habitaciones. Todas eran exactamente iguales.

—¿De verdad era necesario tenerlos aquí abajo? —preguntó Laura, impresionada al imaginarse cómo habría sido la vida de los enfermos que vivieron encerrados allí. Sin luz, sin aire libre, sin nada con que distraerse.

—Como dicen en las películas de miedo, «aquí dentro nadie puede oír tus gritos». Imagino que sus gritos y su comportamiento cuando no estuviesen medicados justificarían que los metiesen en este búnker —explicó Martín, mientras salían de otra de las habitaciones y se dirigían al final del corredor, donde había una puerta de madera, distinta de las demás, que eran metálicas. La abrieron y encontraron un pequeño despacho. Una mesa llena de polvo, un armario en una de las esquinas en el que debían de guardar algunos medicamentos, papeles por el suelo, un par de sillas rotas con el relleno de sus almohadillas a la vista, una mesita sobre la que descansaba un viejo tocadiscos y un calendario de hacía veinte años colgado en una de las paredes.

Laura se interesó por él de inmediato.

—Mira, dejaron de arrancar hojas en junio de 1984, hace veinte años.

—Sí, ¿y?

—Justo un mes después del asesinato de Susana. Es demasiada casualidad.

—¿Qué crees que puede significar?

Laura se quedó unos segundos pensativa.

—No lo sé. Puede que uno de los pacientes más peligrosos que tenían aquí encerrados se escapara y la matara. Le cargaron las culpas al pobre Claudio

para evitar responsabilidades, y después de eso, Celia cerró el sanatorio para tapar el escándalo y evitar que la historia volviera a ocurrir —aventuró.

—Pero ¿por qué tanto secretismo? Un loco no es responsable de sus actos, no había necesidad de montar todo ese número, nadie hubiese ido a la cárcel de haber dicho la verdad.

—Depende de quién fuese ese paciente. Recuerda que este sitio oficialmente nunca fue un sanatorio. Aquí venía mucha gente de incógnito, parientes de familias importantes que no querían que se supiese que algunos de sus miembros estaban enfermos. Imagina que una de ellas mata a alguien y que salta el escándalo… Intentarían taparlo de todas las maneras posibles, ¿no? Incluso cargándole las culpas a un inocente.

Martín asintió mientras se acercaba a la mesita en la que estaba el tocadiscos. En su parte inferior, el mueble tenía una pequeña puerta. Martín tiró de ella. En su interior encontró varios discos de vinilo, casi todos ellos de música clásica. Martín los fue mirando uno a uno.

—¿Ves lo que te decía de la musicoterapia? Esto es como un botiquín musical, composiciones para estimular determinadas sensaciones o calmar estados de ánimos alterados —dijo mientras miraba las portadas de los discos —. Los *Nocturnos* de Chopin para la melancolía; Wagner para la ira; *Una noche en el Monte Pelado* de Músorgski para el miedo o el temor; *Las cuatro estaciones* de Vivaldi o *La flauta mágica* de Mozart para la alegría…

—*¿La flauta mágica?* —preguntó Laura, intrigada—. ¿Trata sobre el cuento del Flautista de Hamelín? ¡Puede que tenga algo que ver con nuestro psicópata!

—No. Es una ópera de Mozart, una comedia con toques de fantasía, nada que ver con el cuento… De hecho, ya la hemos oído, es la música que sonó cuando Jacobo puso el hilo musical.

Laura rumió estas palabras.

—Martín, ¿estás seguro de que estos discos son los que escuchaban los pacientes?

—Seguro, seguro, no, pero por algo estarán aquí. Además, el tocadiscos está conectado al hilo musical, mira. —Señaló un cable que salía del aparato y se perdía en un pequeño agujero practicado en la pared—. ¿Por qué lo dices?

—Porque creo que acabamos de descubrir a otro mentiroso —dijo Laura, decidida.

La historia del paciente 21

Ángel estaba sentado en una de las butacas del gabinete mirando pensativo la pluma Montblanc que tenía en la mano. Fue un regalo que le hizo su mujer hacía más de veinte años, cuando estaba comenzando su carrera política y era el presidente de las juventudes de su partido.

—Algún día firmarás decretos ministeriales con ella, ya verás —le dijo ella mientras se la daba.

La pluma le había acompañado todo ese tiempo, como un símbolo de lo que podía llegar a alcanzar, de lo que podía llegar a ser. Poco imaginaba que también podía encarnar todo lo que iba a perder. Si las cosas no se solucionaban, si no conseguía mantener la situación bajo control, tendría que firmar con ella su abandono de la política y su desvinculación absoluta con el partido del que era la principal figura. Al principio esta idea lo agobiaba. Siempre se había dedicado a la política, siguiendo los pasos de su padre, que llegó a ser alcalde de su ciudad natal. Con los contactos que su familia había establecido, parecía inimaginable que se hubiera dedicado a otra cosa. Su carrera ascendente fue tan meteórica que nunca se había parado a pensar si eso era lo que en verdad quería para él. Formó parte de las juventudes del partido del que su padre era candidato y, tras terminar la carrera de derecho, estudió unas oposiciones y pasó a formar parte del cuerpo superior de abogados del Estado. Paralelamente a su carrera en la Administración pública fue abriéndose paso en su partido hasta llegar a ser el candidato en las elecciones de ese mismo año a la presidencia de la Comunidad de Madrid. El camino había sido muy fácil. Demasiado. Lo último que imaginaba era que lo sucedido en la Isla de las Gaviotas iba a volver para atraparle entre sus redes y darle la vuelta a todo.

En ese momento los altavoces del hilo musical crepitaron, sacándolo de sus cavilaciones. Alguien había vuelto a poner un disco. Los familiares sonidos de *La flauta mágica*, concretamente el aria de Papageno, llenaron el

ambiente. En contraste con la alegría del aria, Ángel sintió un sudor frío. Las imágenes que iban asociadas con esa música eran algo que había enterrado en el fondo de su mente durante años. Cogió el vaso de whisky que tenía ante sí con mano temblorosa y bebió un sorbo para intentar calmarse. No se dio cuenta de que alguien no se había perdido detalle de la escena.

—Usted fue paciente de este sanatorio, ¿verdad? Por eso reacciona de esa manera cada vez que escucha esta música —dijo Laura desde la puerta. Ángel la miró, sin molestarse en negar la evidencia—. Ésta era una de las melodías que les ponían a los enfermos —prosiguió Laura.

Martín entró tras ella. Ambos tomaron asiento en un sofá, frente a Ángel. Éste asintió.

—No la había vuelto a escuchar desde entonces. —Miró su mano temblorosa—. Y vista mi reacción, parece que no estoy curado del todo.

—¿Por qué no nos contó que había estado aquí ingresado?

—Porque eso no guarda ninguna relación con nada de lo que está pasando. —Ángel suspiró resignado antes de continuar—. Pero tampoco pretendo mentirles, quiero que quede clara mi buena disposición. Aunque el paso que voy a dar no es fácil. Después de lo que voy a contarles, pongo mi carrera política en sus manos.

Los policías le miraron, cada vez más intrigados por lo que el político tenía que confesarles.

—Puede contar con nuestra discreción, pero no se preocupe, no se va a acabar el mundo por reconocer que ha tenido algún tipo de trastorno —le tranquilizó Laura, comprensiva.

—Sí, el mundo sí se acaba cuando a causa de ello se mata a una persona —dijo Ángel fríamente. El pronunciar esas palabras le había resultado más fácil de lo que esperaba. De hecho, sintió un inmenso alivio.

Laura y Martín le miraron asombrados.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Laura.

—De que sufría un trastorno bipolar, o trastorno maníaco depresivo, como se lo conocía por aquel entonces. En un mismo día, y sin solución de continuidad, pasaba por fases de manía, depresión, alegría y tristeza. En un momento podía ser el hombre más feliz del mundo, un joven que se creía capaz de todo, y de repente, segundos después, estaba pensando de qué manera podía matarme y acabar con una vida a la que no encontraba ningún sentido. Esos estados de ánimo me dominaban por completo, no era capaz de oponer nada contra ellos ni racionalizar lo que me pasaba. No podía

animarme cuando estaba hundido, ni calmarme cuando estaba exaltado. Es difícil de entender para el que no lo ha sufrido.

—Como Campanilla, el hada amiga de Peter Pan —dijo Laura. Ángel y Martín la miraron, intrigados. Ella se explicó—. Era tan pequeñita que sólo le cabía un sentimiento en el cuerpo cada vez, o triste, o alegre. Estaba enamorada en un momento y, al siguiente, odiaba con todas sus fuerzas. Algo parecido le pasaba a usted, ¿no?

—Sí, algo así —le sonrió Ángel, pensando que en todos los meses que estuvo en el sanatorio ningún médico había sido capaz de explicar su trastorno de una manera más simple y certera. Prosiguió con su explicación tras beber un sorbo del whisky sin hielo que tenía en una mesa, junto a él—. En aquella época, a principios de los ochenta, y sobre todo en un ambiente como el de mi familia (mi padre era el alcalde de la ciudad en la que nací), no se hablaba de ciertas cosas. La locura y todo lo relacionado con los trastornos mentales no existían. Además, yo cada vez estaba tomando una parte más activa en las juventudes de mi partido, y ya desde aquella época mi imagen no debía presentar ninguna fisura. Tuvo que morir alguien por mi culpa para que mis padres decidieran internarme en este sanatorio. Curiosamente no fue en uno de mis arranques depresivos o violentos, sino en uno de mis momentos de euforia. Era verano y estábamos en un pueblo de Cataluña en el que pasábamos las vacaciones. Una tarde cogí el coche y conduje para ir con unos amigos a una discoteca que había por allí cerca para celebrar que cumplía los dieciocho años. Ya les he dicho que no había nada que motivase mis estados anímicos. No sé si fue el buen tiempo, la sensación de velocidad del coche, el subidón que me produjo el saber que había aprobado la selectividad con las notas más altas de mi provincia aquel año… el caso es que aceleré hasta alcanzar los ciento ochenta. Iba por una carretera llena de curvas al borde del mar. En una de ellas perdí el control y choqué contra un muro. Murieron los dos amigos que venían conmigo en el coche. A mí no me pasó nada. Mi padre era alguien importante y consiguió que el asunto no nos salpicara. Dijo que era uno de mis compañeros muertos en el accidente quien conducía el coche. Y con respecto a mí… Puede que lograran borrar las evidencias físicas de lo ocurrido en el accidente, pero no podían obviar que algo sucedía dentro de mi cabeza, que no estaba bien. La familia de Celia Busquets, la directora del sanatorio… Bueno, de la residencia, como la llamaban entonces —aclaró el político—, era muy amiga de mis padres y les sugirieron mi internamiento.

—¿Estuvo mucho tiempo ingresado?

—Más de un año. Pero todos los días que pasé aquí se podían resumir de la misma manera. Nos daban la medicación por la mañana. La mía era un cóctel formado por litio, el mejor estabilizador de los estados de ánimo, benzodiazepinas y antipsicóticos. Luego, según los días, teníamos entrevistas con los médicos psiquiatras que trabajaban en la institución. A mí me atendía Celia Busquets, una mujer muy apasionada por su trabajo. A veces hacíamos terapias de grupo, pero yo nunca hablaba, no sentía que tuviera nada en común con los otros internos. Pero la mayor parte de nuestro tiempo lo pasábamos en el salón, viendo la tele.

En ese momento Laura cayó en algo, un pequeño interrogante que le rondaba por la cabeza desde el día que llegaron a la isla.

—Por eso quiso cambiarse de habitación cuando llegó, ¿verdad? Emilia nos lo contó… ¡Y eso explica cómo podía conocer las vistas que tenía su cuarto cuando ni siquiera había levantado la persiana! Era porque se alojaba allí cuando estuvo internado, le traía demasiados recuerdos.

—Así es.

—¿Usted también recibió uno de esos anónimos invitándole a venir a la isla? —preguntó la policía a continuación.

Ángel negó con la cabeza.

—No. Leí que se reabría el hotel después de todos estos años y quise venir para asegurarme de que nadie encontrara nada que pudiera perjudicarme. El historial de mi caso quedó aquí archivado y no quería que cayera en manos de cualquiera. Eso es lo que me dije a mí mismo, pero creo que en realidad he venido para poder hablar por fin de todo esto con alguien.

—Cuando estuvo aquí, ¿oyó alguna vez hablar del Flautista?

Ángel se quedó pensativo unos segundos y por fin se decidió a continuar.

—No sé si tiene que ver con el Flautista o con todo lo que está pasando aquí, pero algo ocurrió en aquella época en este sanatorio, una de las cosas más extrañas de las que he sido testigo en toda mi vida. —Laura entendió por qué Ángel se dedicaba a la política. No había ninguna duda de que ese hombre sabía cómo ganarse a la audiencia con un discurso—. Sé que a los casos más graves los internaban en el pasillo subterráneo que hay debajo del edificio que está junto al hotel. A veces escuchábamos hablar a los doctores y las enfermeras. Creían que no prestábamos atención, que estábamos ausentes, pero no era así. Lo que sucedía era que nos daba exactamente igual lo que estábamos escuchando. Y fue así como oí hablar del paciente 21.

—¿El paciente 21? ¿Quién era el paciente 21?

—Alguien que para el resto del mundo no debía existir, alguien del que no se podía hablar ni oír hablar. Alguien que no debió estar nunca en esta institución.

—¿Por qué dice que ese paciente nunca debió existir?

—Miren todos los registros que encontraron en los archivos del sanatorio. Los historiales, las facturas, el reparto de medicación… todo estaba preparado para albergar a veinte internos. A ninguno más. Entonces, ¿por qué mantuvieron durante tanto tiempo a ese paciente misterioso cuyo nombre nunca apareció en ningún registro?

Laura le miró sin saber qué contestar. Ángel prosiguió.

—¿Por qué no estaba tampoco en el listado de reparto de la medicación? No, algo muy raro ocurría con ese paciente. Se notaba por cómo los médicos bajaban el tono de voz cuando se referían a él, por cómo miraban alrededor como si estuviesen participando en una conspiración. —Él mismo no se dio cuenta mientras hablaba, pero inconscientemente estaba adoptando el mismo tono de voz conspiratorio que él achacaba a los protagonistas de su historia—. Había un interno que dijo haberlo visto. No recuerdo su nombre, porque todos le llamábamos el Rubio.

»Era un pobre chaval que estaba internado porque padecía esquizofrenia. Pensaba que estábamos sufriendo una invasión alienígena, que enormes insectos disfrazados de humanos estaban colonizando el planeta Tierra. Era alguien muy sociable y simpático cuando no sufría uno de esos ataques en los que le daba por pensar que todos estábamos espiando y conspirando para matarle y descuartizarle. Dibujaba cómics, y era muy bueno. Siempre decía que cuando saliera de aquí haría un tebeo sobre algunas de las historias que había visto durante su estancia. Consiguió hacer buenas migas con uno de los celadores, que le pasaba tabaco de extranjis. Por las noches solía escabullirse hasta el patio para fumar. Y fue así como lo vio. No sé dónde tenían encerrado al paciente 21, pero lo debían sacar algunas noches, cuando no había nadie alrededor, para que se diera un paseo por los terrenos cercanos al sanatorio, siempre acompañado por dos enfermeras, claro.

—¿Lo pudo identificar? ¿Le dio algún detalle específico sobre él?

—No. Y de hecho hubiera olvidado la historia, pensando que era otra de sus locuras, de no ser por lo que ocurrió después. A pesar de saber el secretismo con el que todo el personal trataba al paciente 21, el Rubio comenzó a hacer preguntas muy incómodas sobre él, primero a su amigo el celador y luego a algunas de las enfermeras. Todos le dijeron que estaba delirando, que no vivía nadie escondido en el sanatorio. Pero el Rubio era

muy cabezota. De hecho, comenzó a dibujar una historia en forma de tebeo, o de novela gráfica como las llaman ahora, en la que se inventó una trama que explicaba la presencia de ese hombre oculto en la isla. Cuanto más se obstinaban los demás en negar la existencia de esa persona, más real era para el Rubio. Y qué más quería el pobre hombre que encontrar una historia que se adecuara a sus teorías de la conspiración.

—¿Por qué dice pobre? ¿Qué le pasó? —preguntó Laura.

—Que se obsesionó tanto con la historia que su esquizofrenia se agudizó. Su comportamiento era cada vez más agresivo y los neurolépticos no servían para nada. Así que Celia Busquets decidió someterlo a un tratamiento de electrochoque. Literalmente, le frieron el cerebro.

—¡Qué horror! —dijo Laura, alucinada—. ¿Sirvió para algo?

—A pesar de su mala prensa, los tratamientos de electrochoque son muy efectivos —dijo Ángel—. El Rubio mejoró mucho. No volvió a mostrarse agresivo y dejó de sentirse perseguido y amenazado por todos los que le rodeaban. Pero junto con los delirios y las alucinaciones también desapareció algo más: muchos de sus recuerdos. Uno de los efectos que puede producir el electrochoque es la amnesia, gran parte de la memoria y de las vivencias de los pacientes pueden quedar literalmente borradas de su mente. Entre esos recuerdos que desaparecieron de la mente del Rubio estaban todos los referentes al paciente número 21. Para él era como si nunca hubiese existido. Un día encontró la historia que había dibujado sobre él y creyó que la había hecho otra persona, hasta ese punto lo había olvidado todo.

Laura pensó angustiada que no querría que le aplicaran un tratamiento con el que podía terminar olvidando a Jacobo, o a Martín, o muchos de los recuerdos felices que tenía. Prefería vivir loca toda su vida pero conservando para siempre esos momentos tan preciados.

—¿Y qué pasó con él? —preguntó.

—Dejó el sanatorio dos meses después y nunca más lo volvimos a ver. Muchas veces he pensado si lo que le ocurrió, todos esos recuerdos borrados, era lo que realmente estaban buscando con los electrochoques. Creo que Celia lo sometió a ese tratamiento para que se olvidara de todo.

—¿Por qué dice eso? —dijo Martín, intrigado.

—Había muchos pacientes en un estado muchísimo peor y más grave que el del Rubio. De hecho, recuerdo a una mujer que ocupaba la habitación contigua a la mía que intentó suicidarse varias veces. Ni a ella ni a ninguno de los otros internos graves los sometieron nunca al electrochoque. El Rubio

hizo demasiadas preguntas, y pagó por ello. Por eso estoy convencido de que todo lo que contó era verdad.

—¿Y llegó a decirle quién creía que era ese paciente? ¿Y por qué Celia lo quería mantener tan en secreto?

—No. No llegó a decírmelo. Pero llegué a leerlo. —Laura y Martín lo miraron sin comprender—. El cómic que dibujó. Su mente paranoica le llevó a tomar precauciones. Creo que sabía cuál podía ser el resultado de los tratamientos eléctricos que le iban a aplicar, así que antes de que le sometieran a ellos escondió los dibujos en mi habitación. Son lo único que guardo de aquella época. Y los he conservado hasta hoy.

Los policías miraron alucinados cómo Ángel se agachaba y cogía del suelo una cartera de cuero negro. La abrió y de su interior sacó unos folios resguardados por una carpetilla. Se los dio a Laura, quien los hojeó. Eran medio centenar de cuartillas, dibujadas por las dos caras, con viñetas hechas con un rotulador negro. Las ilustraciones eran bastante tétricas, y su trazado, muy preciso. Conforme Laura fue pasando las páginas, comprobó que, tal y como Ángel les había relatado, las viñetas contaban la historia de un hombre encerrado en una celda, al que unos doctores vestidos con batas blancas sometían a una serie de espeluznantes pruebas y exámenes médicos que Laura prefirió no mirar en profundidad. Las caras de los doctores eran aterradoras y las expresiones de sufrimiento del paciente podían quitarle el sueño a cualquiera. De entre el grupo de médicos sobresalía una figura femenina, morena y con un rictus muy serio sobre su mentón cuadrado. El Rubio debía de ser un gran artista ya que había sabido dibujar a la perfección la crueldad que transmitían los ojos de la mujer.

—Celia Busquets, supongo —dijo Laura. Ángel asintió con la cabeza—. ¿De qué va toda esta historia? ¿Qué creía el Rubio que le pasó a este hombre? ¿Y qué le están haciendo?

—La doctora Busquets no sólo era psiquiatra, sino también una gran investigadora. Quería dar respuestas científicas a uno de los enigmas más fascinantes de la historia de la medicina: ¿Existe el gen de la locura? ¿Se puede transmitir ésta de generación en generación? Y no sólo eso, era una científica bastante atrevida. No le importaba los medios que usaba con tal de llegar a buen puerto. Sé que en aquella época había médicos que probaban en algunos de sus pacientes medicamentos de los que no se conocían sus efectos, que no estaban testados. Puede que el paciente 21 fuese uno de esos casos.

—¿Lo estaban usando como conejillo de Indias? —preguntó Martín.

Ángel asintió.

—En este sanatorio se llegaron a utilizar medicamentos que estaban prohibidos. Lo sé porque he trabajado en Sanidad toda mi vida. He llevado la gestión de varios hospitales en los últimos años. Muchos de los fármacos que usaban aquí eran ilegales. Con nosotros tenían más cuidado, al fin y al cabo veníamos de buenas familias, éramos gente con influencia con la que no se podían arriesgar a ningún escándalo. Pero con el paciente 21 seguro que no se anduvieron con tantos miramientos. Si no me creen, miren en los archivos que encontró antes. Ahí tienen las pruebas, están detalladas todas las dosis que nos suministraban.

—Todos esos medicamentos venían de los laboratorios Acosta, donde trabaja Roberto. Si tiene razón, podrían estar muy interesados en que nada de esto saliera a la luz —dijo Laura, mirando a Martín muy intrigada.

—No es la primera vez que esos laboratorios se ven envueltos en un escándalo para tapar los daños colaterales que han ocasionado con alguno de sus fármacos —añadió Ángel.

Laura miró de nuevo los dibujos que tenía en la mano. Puede que fuesen el producto de una mente enferma, pero el sufrimiento que transmitía la cara de ese hombre era muy real. La historia de esos experimentos era tan tremenda que la suposición de que alguien estuviese dispuesto a matar para que nunca saliera a la luz era de todo menos una locura.

Antiguas amenazas de muerte

Jacobo seguía tumbado en la cama, durmiendo. Llevaba así, sin variar la postura, desde que lo habían acostado por la mañana. Laura y Martín habían velado varias horas junto a él, y Olivia y Emilia hicieron lo mismo (siempre por parejas) cuando los dos policías se encontraban investigando.

Laura lo miró con cariño, acariciándole la cara. Estaba murmurando algo entre sueños, pero ella no entendía lo que decía. Aguzó el oído intentando descifrar sus palabras cuando unos golpes en la puerta la interrumpieron. Laura se levantó de la cama y la abrió. Olivia estaba al otro lado, con cara de haber visto a la Santa Compaña.

—Olivia, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—No, la verdad es que no estoy nada bien. Tengo un problema.

—Si te desahogas, igual puedo ayudarte —la tranquilizó Laura, viendo que la otra estaba a punto de sufrir una lipotimia.

—Es que ése es el problema. Si se lo cuento, estaría traicionando a alguien que me ha tratado siempre muy bien y que confía en mí. Pero si me callo… entonces estaría ocultando una pista muy importante.

Laura la miró muy enfadada.

—¡Si esa pista tiene que ver con los asesinatos, ya puedes ir largando! ¡O el asesino seguirá matando y no quedará nadie cuya confianza puedas traicionar! ¿Qué prefieres, que esa persona se enfade contigo o que se muera?

Olivia la miró con ojos desencajados.

—Mujer, visto así… ¡Claro que no quiero que se muera nadie más! ¿Cómo puede decir eso?

—Pues entonces explícame con calma lo que ha pasado.

Y la chica comenzó a contarle cómo, desde que se había muerto Bogdana, había puesto especial empeño en seguir haciendo sus quehaceres en el hotel para que a ningún huésped le faltara de nada.

—Eso es muy profesional por tu parte, Olivia, dice mucho de ti.

—No, no es por profesionalidad. Es que en cuanto me siento un rato me parece estar viendo a Bogdana mirándome con esa cara de agria que tenía desde cualquier rincón, enfadada por no seguir trabajando. Y si apago la luz es peor. Entonces me parece escucharla susurrar en rumano. Siento decirlo así, pero si viva me tenía agobiada, muerta me tiene frita.

Laura le sonrió e intentó tranquilizarla.

—He visto muchas muertes en mi trabajo como policía. Y sé que cada uno reacciona de muy distinta forma ante un asesinato. Bogdana te tenía a raya y estaba encima de ti a todas horas. Es normal que ahora que no está, te sientas culpable cuando hagas algo que sepas que desaprobaría —le dijo.

Olivia asintió no demasiado convencida. Esas explicaciones no le iban a servir de nada la próxima vez que le pareciera ver a Bogdana acechando en la penumbra de cualquiera de las habitaciones del hotel.

—El caso es que esta tarde estaba cambiando las toallas de todas las habitaciones, y cuando estaba en la de Érica vi que tenía un joyero muy bonito encima de una de las mesillas. Y… —Olivia se apoyó agobiada contra el quicio de la puerta—. Sé que está mal lo que hice, pero es que me gustan mucho las joyas que lleva, y solamente quería verlas de cerca. Así que lo abrí. Y había de todo: collares, pendientes, colgantes, un broche… ¡Madre mía, para venirse sólo de fin de semana, esa mujer se ha traído toda la artillería! El caso es que cuando fui a dejarlo donde estaba, se me cayó al suelo, y del golpe se abrió un falso fondo que tenía la cajita. Y dentro había un sobre, una carta que parecía muy vieja, que creo que tiene que ver con los asesinatos. Entonces no sé qué me dio, sólo sé que, sin pensarlo, la cogí y me la llevé. Pero ahora, si se la doy a usted, Emilia se enterará de que he andado husmeando entre las cosas de sus huéspedes. ¡Con lo bien que se ha portado siempre conmigo! —concluyó la chica, agobiada.

—Bueno, estoy segura de que entenderá lo que hiciste. Pero dime, ¿tienes la carta aquí contigo? —preguntó Laura.

Olivia asintió. Sacó lentamente de un bolsillo de su chaqueta un viejo sobre doblado en dos y se lo tendió a Laura, quien lo miró ansiosa. Leyó las palabras que estaban escritas en él: «Para Susana».

La policía lo abrió y comenzó a leer las frases que alguien le había escrito a una mujer asesinada hacía veinte años.

Cuando Laura entró en la habitación de Érica, ésta se encontraba rebuscando en los cajones de la cómoda como una posesa. Estaba tirando al suelo toda la

ropa que encontraba en ellos. A Laura le dolió ver el trato que le daba a unos vestidos que costaban más de lo que ella ganaría en cinco años. Y respecto a las maletas, estaban abiertas en el suelo, como si hubieran explotado, esparciendo todas sus entrañas textiles a su alrededor.

—¿Busca esto? —le preguntó Laura, enseñándole el sobre que Olivia acababa de darle.

Érica lo miró, desencajada.

—¿Qué hace con eso? Démela, por favor. Esa carta es privada, no tiene por qué tenerla.

—Tampoco usted, a pesar de que la escribiese. La cogió el otro día del faro, esto es lo que había ido a buscar cuando la encontramos, ¿verdad? Una carta que le dirigió a su hermana y que la incrimina directamente en su asesinato.

—Esa carta no me incrimina en nada.

—He detenido a gente por lanzar amenazas de muerte mucho más sutiles que las que aparecen aquí escritas. —Érica no se molestó en contestar. Se sentó en la cama, aturdida. Laura miró la carta antes de continuar—. Le dice: «Si no me devuelves lo que me pertenece, deberás atenerte a las consecuencias. Podría incluso matarte por lo que me has hecho». ¿A qué se refiere?

Érica cogió un cigarrillo que sacó de su bolso y lo encendió. Entonces comenzó a contar su historia a la vez que exhalaba la primera bocanada de humo.

—Cuando mis padres murieron, mi hermana pasó a ser mi tutora legal, ya que era mayor de edad. Y se convirtió asimismo en propietaria de una empresa de fabricación de muebles que tenían mis padres y que también heredó de ellos. Ella nunca estuvo interesada por el negocio, así que, a la primera de cambio, decidió deshacerse de él en cuanto su gestor le aconsejó venderla, ya que el volumen de los ingresos estaba bajando mucho. Y Susana le obedeció. Pero con el dinero de la venta hizo unas cuantas inversiones desafortunadas y se perdió todo. Como comprenderá, no me hizo mucha gracia, no vi un solo céntimo de la herencia de mis padres. Fue por eso por lo que me fui de casa. Y lo peor es que creo que no le importó. Como le dije antes, sólo le interesaban los dichosos pájaros.

Laura negó con la cabeza.

—No creo que fuese así, aunque lo viera de esa manera por aquella época. Puede que Susana, con esas inversiones, estuviese buscando lo mejor para las dos, y que se equivocara. ¿Y la carta amenazante que le escribió?

—Pasaron algunos años y las cosas no me iban demasiado bien. Necesitaba dinero. Vivía con un chico y montamos un negocio. Un bar de copas cerca de la Castellana. La cosa no funcionó y nos endeudamos hasta el cuello. No podía dejar de pensar que podía haber salido del atolladero con sólo una pequeña parte del dinero que mi hermana se había gastado, de un dinero que me correspondía legítimamente. Así que comencé a pedírselo, a veces de una manera bastante insistente y exagerada, como en la carta, pero no pasó de eso. Nunca le hubiera hecho daño, todos hemos dicho alguna vez cosas que no sentimos, ¿no?

Érica sabía que, en su caso, el «alguna vez» debería cambiarse por un «siempre», pero no era algo que quisiese compartir con la policía. Ésta la miró pensativa.

—Y sin embargo, vino aquí la noche que murió. Usted pudo hacerlo, pudo matarla. Tuvo los medios y el móvil.

Érica se quedó petrificada.

—¿Por qué dice eso? Yo no estuve en la isla aquella noche.

—¿Entonces cómo pudo saber que el haya fue alcanzada por un rayo la noche del crimen? Todos se lo escuchamos decir antes… Usted no tenía forma de saber que el rayo cayó esa noche si no estuvo aquí.

—Se lo escuché a Claudio, por eso lo sé.

—Sabe que eso es mentira, Érica. Cuando usted hizo ese comentario, me llamó tanto la atención que pregunté a las personas que estaban en la isla aquella noche. Todas ellas, incluido Claudio, niegan haber comentado ese dato delante de usted —dijo Laura.

Érica sacudió la cabeza. Tras unos segundos, comenzó a hablar.

—Escuche, es verdad que estuve aquí ese día. Vine acompañada de Víctor, el novio con el que abrí el bar. No era muy buena compañía, era él quien me insistía constantemente para que le pidiera a mi hermana lo que me correspondía. Como ella seguía negándose, diciendo que no le quedaba nada, Víctor me dijo que le iba a dar un pequeño susto. Si continuaba firme en su negativa a darme ese dinero pensaba amenazarla en persona, por eso vinimos. Alquilamos una pequeña fueraborda en un pueblo cercano y vinimos a la isla. Él sabía cómo manejar la barca, había trabajado varios veranos como encargado en un club náutico en Málaga. Cuando nos aproximamos al faro, vimos que algo raro pasaba. La luz se encendía a intervalos regulares. Víctor me explicó que se trataba de la señal del SOS. Al llegar, comprobamos que la puerta estaba cerrada y que Susana no respondía a nuestros gritos. Vimos aproximarse a Celia, su amiga, acompañada de alguien más, y decidimos

escondernos hasta ver qué había pasado. El resto ya lo sabe. Cuando encontraron el cadáver, volvimos a tierra sin que nadie nos viera. Nadie supo nunca que estuve aquí, hasta esta noche. —Érica se levantó y se acercó a Laura—. He cometido muchos errores en mi vida, pero nunca he matado a nadie, se lo aseguro.

Algo en el tono de la mujer le dio a entender a Laura que, esta vez, era sincera. Pero casi todos los asesinos que había conocido lo parecían, y pensó que se haría millonaria si le pagaran cada vez que uno de ellos le había dicho esas mismas palabras.

Oculto en la memoria

Jacobo abrió los ojos de golpe. La habitación estaba a oscuras. Se incorporó, desorientado. Estaba tan aturdido que por un momento le pareció encontrarse todavía en la cueva en la que lo habían arrojado. Palpó a su alrededor. El tacto de la sábana le devolvió a la realidad, aunque le extrañó encontrar la cama vacía, ya que le había parecido escuchar entre sueños la respiración acompasada de Laura a su lado. En ese momento oyó un sonido. Era una melodía. Alguien estaba tocando un instrumento.

Una flauta.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jacobo. Parecía una canción infantil, de aire alegre y antiguo, medieval para ser exactos. Como la que podría haber tocado el Flautista de Hamelín para que le siguieran los niños y hacerlos desaparecer. En ese momento la puerta del baño se abrió y de ella salió Laura, terminando de vestirse. Parecía muy asustada.

—¿Lo has oído, Jacobo? ¿Has escuchado la flauta?

—Sí. Pero ¿qué haces? ¿Por qué te estás vistiendo?

—Quiero ver de dónde viene esa melodía. Quiero saber quién es el Flautista.

—Ni se te ocurra, ¡ese hombre es muy peligroso! —comenzó a decir Jacobo, pero Laura no se molestó en escucharlo ya que salió rápidamente de la habitación.

Preocupado, el policía se quitó el lío de sábanas que tenía encima y corrió tras ella. Debido a los golpes que había recibido en la caída y al contacto prolongado con la humedad de la cueva, se sentía todavía entumecido y le costaba moverse. Cuando salió de la habitación distinguió a Laura doblando el recodo del pasillo que daba a las escaleras que conducían a la planta baja. La siguió, pero no con la suficiente rapidez. Cuando llegó abajo, el recibidor estaba desierto. La oscuridad que se percibía tras las cristaleras parecía tragar todo lo que había en el interior del hotel. Dio una vuelta mirando a su

alrededor, tratando de pensar por dónde podía haber ido su mujer y se fijó en que la puerta de entrada estaba entreabierta. Corrió hacia ella y salió afuera.

La lluvia le azotó en la cara con fuerza. La noche estaba cerrada, por lo que no podía ver con claridad, pero le pareció notar un resplandor en el sendero que enfilaba hacia una de las lomas cercanas al hotel, desde la que se abría un profundo acantilado.

—¡Laura! —gritó, cada vez más desesperado.

El ruido de la tormenta le impedía escuchar el sonido de su propia voz. Corrió por el sendero lo más rápido que pudo. Y conforme se fue acercando al borde del acantilado vio algo que lo dejó helado. Laura estaba situada al borde del precipicio, mirando al vacío. Y a su lado había una figura, un hombre vestido con un traje de colores muy vivos. La chaqueta era amplia y con largos faldones. Y los pantalones, muy abombados. Llevaba también una gorra terminada en punta. Había dejado un candil encendido en el suelo, a su lado, del que provenía el resplandor. Si no fuera por el aura siniestra que emanaba de él, el hombre podía parecer un payaso o un polichinela. Pero lo que lo convirtió en terrorífico a los ojos de Jacobo fue el hecho de que estuviese tocando una flauta. Jacobo volvió a gritar para llamar la atención de Laura, quien, al escuchar su voz, se giró.

—¡Laura! ¿Qué haces? ¡No te muevas!

—¿No oyes la música? ¡No puedo evitarlo! —respondió ella, muy asustada. Intentó con todas sus fuerzas comenzar a andar en dirección a Jacobo, pero sentía unas manos invisibles que la agarraban por los tobillos y le impedían dar un solo paso—. ¡Jacobo! ¡No puedo moverme, no me deja!

—Aguanta un poco, cariño —gritó mientras corría los últimos metros que le separaban de ella.

—No, Jacobo, todos tenemos que pagar por lo que le hicieron al Flautista —dijo Laura resignada, a la vez que saltaba al vacío.

Horrorizado, Jacobo saltó hacia ella en un último intento de salvarla. Pero llegó demasiado tarde. Y en ese momento el Flautista se giró para mirarle. Fue entonces cuando le vio la cara. Era una calavera, idéntica a la que había dibujado Edward Gorey en la portada de su libro *Los pequeños macabros*. El policía gritó con todas sus fuerzas.

—¡Jacobo! ¡Tranquilízate, es sólo una pesadilla! —dijo Laura a su lado, mientras le ponía su mano en el hombro para despertarle con suavidad.

Jacobo abrió los ojos. Estaba en su habitación y, obviamente, todo había sido un mal sueño.

—¡Dios! He tenido una pesadilla, con el Flautista. Tocaba una melodía y tú le seguías y luego… saltabas al vacío.

Laura le besó en la mejilla y le acarició como se hace con los niños pequeños.

—No es un sueño muy alejado de la realidad, desde luego. Ese hombre, el Flautista, o su imitador, nos está haciendo bailar al son que él quiere. ¿Cómo te encuentras? Me has dado un susto de muerte esta noche —dijo mientras le abrazaba con fuerza—. ¡Ay, Jacobo, sólo de pensar que podía haberte perdido!

Jacobo le devolvió el abrazo, aunque Laura le apretaba con tanta fuerza que le hizo ver las estrellas. Sin embargo, no quiso cortar el desahogo afectuoso de su mujer. Estuvieron un minuto en silencio, al cabo del cual él intentó incorporarse.

—¿Se puede saber qué haces?

—Estoy muerto de hambre, quiero ir a comer algo —contestó Jacobo.

Laura le detuvo, poniéndole las manos sobre los hombros.

—Ni hablar. Si quieres algo de comer, te lo traigo yo. Y además, antes vas a contarme qué es lo que pasó, quién te atacó y cómo terminaste en aquel agujero.

Jacobo asintió. Su mujer tenía razón. Él mismo había apremiado muchas veces a testigos que tenían información valiosa que contarle. Y ahora él se encontraba en esa situación, al otro lado de la barrera.

—Yo… —Cerró los ojos con fuerza, concentrándose—. No voy a poder ser de ninguna ayuda porque no me acuerdo de nada.

—¿Cómo que no te acuerdas?

Jacobo negó con la cabeza, desesperado.

—No. Tengo la mente en blanco para todo lo que sucedió antes del golpe. Lo último que recuerdo es venir aquí a hablar contigo, y nada más.

Laura se sintió aliviada de que al menos la amnesia hubiera servido para que olvidara el desagradable incidente que vivieron la noche anterior, cuando la sorprendió con Martín, en lo que fue su primera pelea de casados.

—Pues también es mala pata. Ese asesino, además de inteligente, juega con la suerte a su favor, le sale todo redondo… —se lamentó Laura.

Jacobo pareció pensar en algo.

—Creo que puede haber una manera de hacerme recordar, con las condiciones adecuadas. Recreando lo que pasó.

—¿Qué dices? No pretenderás que te peguen otro golpe para ver si se te arregla el cortocircuito que tienes ahí dentro —dijo, tocándole la cabeza.

—No, no me refiero a mi intento de asesinato, sino justo a lo que pasó antes. Si hacemos exactamente las mismas acciones, con las mismas personas que estaban presentes, puede que me acuerde de lo que vi, esa cosa tan importante que hizo que el criminal quisiera matarme.

—¿Y tiene que ser ahora? No quiero que vuelvas ahí fuera, a mezclarte con los otros.

—¿Te crees que ese cabrón se va a quedar de brazos cruzados esperando a que me recupere y lo cuente todo? Volverá a atacar. Y puede que la próxima vez la jugada le salga bien. Esto es muy serio, Laura, no tenemos tiempo que perder —dijo, con tanta convicción que ella no supo oponerse.

—¿Y cómo lo hacemos?

Jacobo la miró, decidido.

—Reúne a todos los que estuvieron conmigo antes de que me atacaran. Así descubriremos lo que pasó. Y así atrapemos a nuestro asesino.

Jacobo y Laura estaban de pie junto a la mesa en la que se había servido el bufet. Frente a ellos, y sentados cada uno en una mesa distinta del comedor, estaban Rodrigo, Morales y Roberto.

—¿Están todos? —preguntó Jacobo.

—Julia también estaba, aunque después de lo que ha pasado, no podremos contar con ella, claro —dijo Laura.

Habían ido llamando al resto habitación por habitación. Después del último asesinato, ninguno había puesto objeciones. Por fin habían aceptado que Laura y Jacobo eran los que estaban al mando de la investigación, y obedecían en consecuencia. Tras aclararse la garganta, Jacobo se dirigió a las tres personas que componían su público, quienes le miraban expectantes.

—Lo que les voy a pedir les parecerá raro, pero quiero que me digan qué es lo que hice exactamente cuando entré aquí ayer por la noche —les explicó —. No consigo recordarlo y puede ser muy importante para la investigación. Todo lo que recuerden podría servir, aunque les parezca una tontería o no le den ninguna importancia. Por uno de esos detalles intentaron matarme. Puede que si lo encontramos, atrapemos a nuestro asesino.

Todos le miraron intrigados. La petición era insólita, pero todo lo que estaba pasando en la isla aquel fin de semana lo era. Roberto fue el primero en hablar.

—Entró muy enfadado, dando un portazo y se dirigió a la mesa donde está la cafetera. Se sirvió un café, pero estaba tan nervioso que rompió una de las tazas.

A Jacobo le extrañó la información que el joven acababa de darle.

—¿Y por qué estaba tan enfadado? ¿De dónde venía? —le preguntó desconcertado a Laura.

—De nuestra habitación —contestó ella, pensando que tampoco era necesario que Jacobo lo recordara todo, todo, todo. Por ejemplo, su enfado al escuchar su conversación con Martín podía quedarse en el reino de lo ignoto —. Te enfadaste porque llevaba media hora en el baño. Estaba planchándome el pelo, porque con la humedad se me riza y… —comenzó a mentir Laura.

—Vale, vale —le cortó Jacobo—. Da igual. El caso es que entré y me serví un café, ¿y?

—Luego se acercó a ese mapa de la pared, el de la isla que está dividido en cuadrículas —dijo Morales, señalando un mapa enmarcado y colgado en la pared opuesta a donde estaban los ventanales—. Estuvo mirándolo detenidamente.

—¿Dije por qué?

—No. Pero creo que estaba intentando averiguar cómo pudo el asesino matar a Bogdana mientras todos nosotros estábamos aquí. También nos preguntó qué calas habíamos encontrado en nuestra inspección del primer día, cuando buscábamos al huésped que asesinaron, por si en una de ellas podía haber una cueva en la que alguien se escondiera —prosiguió Morales.

—Morales y yo nos acercamos al mapa, junto a usted, y le dijimos por dónde habíamos ido —añadió Rodrigo.

—Vengan, pónganse a mi lado, haremos exactamente lo mismo —ordenó el policía frente al mapa.

Los otros dos le obedecieron y se colocaron uno a cada lado de él.

—Yo le dije que cubrí esta área. —Rodrigo señaló una parte del mapa—. Y que no vi nada raro.

—Lo mismo para mí, pero de este otro lado. —Morales apuntó al otro extremo de la isla.

—Luego fue cuando pasó lo raro —continuó Rodrigo—. Algo debió de ver que le llamó muchísimo la atención, pero no dijo el qué. Se quedó blanco, se volvió hacia mí y me pidió que le bajara las fotos de archivo que tengo guardadas sobre el Flautista, las que les enseñé cuando les conté la historia de sus crímenes. Me indicó que me esperaría en el gabinete. Cuando bajé con ellas, usted ya no estaba.

—¿Por qué? ¿Qué relación puede tener la isla con las fotos de los crímenes? —preguntó Laura intrigada.

—No lo sé —respondió Jacobo—. ¿Puede bajar esas fotos, por favor?

Rodrigo asintió y salió del comedor.

—El asesino debió encontrarme en el gabinete y atacarme allí —dedujo Jacobo—. Luego se las arreglaría de alguna manera para arrojarme al mar.

—Pero si fue así, tiene que ser una de las personas que estaban aquí contigo —dijo Laura, mirando a Roberto y a Morales—. ¿Qué hicieron ustedes cuando salió Jacobo?

—Yo volví a mi habitación —aseguró Roberto. Señaló a Morales con la cabeza—. Él se quedó aquí.

—Estuve un buen rato, fumando un cigarrillo —confirmó éste—. Hasta que veinte o treinta minutos después bajó usted buscando a su marido.

—O sea que no tienen coartada, ninguno de los dos —concluyó Laura.

Ambos negaron con la cabeza.

—Pero la puerta del comedor estaba abierta. Cualquiera pudo escuchar nuestra conversación. Cualquiera pudo enterarse de que Jacobo estaba a punto de descubrir algo —dijo Roberto, buscando una manera de exculparse.

En ese momento Rodrigo volvió a entrar en el salón. Llevaba una carpeta en la mano. Sacó unas fotografías de ella y se las dio a Jacobo conforme se acercaba al grupo. Jacobo las miró. Eran las fotos que habían visto el día anterior, las víctimas del Flautista. Vistos uno detrás de otro, todos los niños asesinados parecían iguales: todos yacían de costado, con los ojos cerrados, como si estuviesen dormidos. Y a pesar de que los escenarios eran distintos —los fosos de Pamplona, la Catedral de Salamanca, una piscina en Sevilla, una acequia en un pueblo de Málaga—, los fondos de las fotos eran iguales: todos ellos consistían en la miríada de piernas de los policías que rodeaban los cadáveres. Jacobo miró las fotos, una tras otra. Algo estaba pugnando por salir de su memoria. Se relacionaba con los elementos comunes de las fotografías, por lo que comenzó a pasarlas una y otra vez a gran velocidad.

—Jacobo, ¿qué te pasa? —le preguntó Laura.

—No lo sé… es algo que se repite en las fotos…

Jacobo seguía pasándolas una y otra vez. Las caras de las víctimas se superponían unas a otras. Laura tuvo la impresión de que parecía que fuesen a cobrar vida.

—¿Hay algo en los niños? —preguntó, asustada.

De repente, Jacobo comprendió. Y miró a Laura fijamente.

—En los niños no. En los policías.

Y lo que hizo a continuación pilló a todos por sorpresa. Se dio media vuelta y, sin decir nada, le lanzó un puñetazo a Morales en la mandíbula. Pero la reacción de éste los sorprendió todavía mucho más que el derechazo que le había encajado Jacobo, ya que no hizo nada por defenderse.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Tú intentaste matarme! —gritó éste mientras seguía golpeándole una y otra vez.

Cuando Roberto y Rodrigo consiguieron separarlos, Morales todavía no había movido un solo dedo.

El policía diligente

Minutos más tarde, con los ánimos más relajados, Morales se encontraba en disposición de iniciar sus explicaciones. Después de que Jacobo le propinase unos cuantos golpes, Rodrigo había cacheado al gigantón para quitarle la pistola, aunque éste se la hubiera entregado de buen grado desde el principio si se la hubieran pedido. Ahora se encontraba sentado en una pequeña butaca orejera, frente a los demás, terminando de limpiarse con una servilleta la sangre que le quedaba en los labios. Jacobo le apuntaba con la pistola que acababan de cogerle. Morales comenzó a hablar.

—Tiene razón, yo le ataqué. —Se removió en la butaca. Su cuerpo tapaba por completo la tela con la que Emilia la había tapizado.

—Por eso encontró enseguida a Jacobo malherido —dijo Laura alucinada.

Morales asintió.

—¿Por qué no remató la faena? Tenía una pistola, ¿por qué no me disparó cuando me dejó en esa cala? —preguntó Jacobo sin entender nada—. Y ¿por qué se jugó la vida por mí después de haber intentado matarme?

—Porque no soy ningún asesino. Simplemente, no sabía qué hacer. Me había descubierto y actué por impulso.

—Había descubierto ¿qué? —dijo Laura.

—Él fue uno de los policías que investigó los crímenes del Flautista —se explicó Jacobo—. Me di cuenta cuando Morales señaló el mapa colgado en la pared. No vi nada en el mapa, sino en la muñeca de Morales. Un tatuaje.

Laura miró el brazo de Morales, quien se arremangó la americana, colaborando así en la demostración de la tesis de Jacobo. En efecto, tenía un pequeño tatuaje con la forma de una flor de lis.

—Recordé haberlo visto en alguna parte. En las fotos que nos había enseñado Rodrigo —continuó Jacobo, señalando las fotografías de archivo que Laura tenía en la mano.

Constató que Jacobo tenía razón. No se veían las caras de los policías que acudieron a las distintas escenas del crimen, pero sí que podían verse las piernas, las cinturas y algunos de sus antebrazos. Uno de los policías llevaba tatuada la misma flor de lis. Un policía que aparecía en distintas fotografías, en distintos escenarios del crimen.

—Fui uno de los agentes asignados a la investigación de esos crímenes. Trabajé en ese caso durante meses —admitió Morales.

—¿Y ha matado para que no supiéramos eso?

—Que quede una cosa bien clara —advirtió Morales, enérgicamente. Era la primera vez que mostraba algo de su furia desde que lo habían descubierto. Laura temió por la integridad de la butaca, ya que el hombre pareció hincharse, duplicando su tamaño—. Yo no soy ningún asesino, no he matado a nadie. Al revés, en esta isla he descubierto que no estoy dispuesto a todo para tapar lo que ocurrió hace treinta años.

—¿Qué es lo que pasó? ¿Por qué no nos ha dicho que investigó ese caso?

—Porque, al contrario de lo que han imaginado y de todo lo que se ha dicho aquí, sí que dimos con una pista de quién era el Flautista. Pero recibimos órdenes de arriba para ocultarlas.

Si Morales hubiera dicho que tenía pruebas de vida extraterrestre, no habría causado una impresión tan tremenda.

—Había una persona matando niños… ¿y ustedes borraron su rastro? ¿Por qué? —dijo Laura, con los ojos como platos.

—No lo sé, nunca me lo dijeron. Imagino que porque el asesino era alguien importante. Nunca llegué a saber su identidad. Mi cometido era presentarme en todas las comisarías de los lugares donde aparecían nuevas víctimas. Crearon una brigada de investigación criminal a tal efecto y me hicieron uno de sus miembros, así que no tuve ningún problema en integrarme con los policías locales. Ocurrió cuando el Flautista ya se había cobrado más de seis o siete víctimas, al final de su carrera criminal. Yo tenía que vigilar para que ningún testigo diese alguna información decisiva o comprometedora sobre él. Varios testigos habían visto a un individuo merodeando por algunas de las escenas del crimen, alguien rubio y de piel clara. No sé por qué, pero esos testimonios no debían constar en el informe final, así que los separé.

—¿Se podía por ellos averiguar quién era el psicópata?

—Es verdad que varias personas coincidieron en la descripción física, pero la información que nos habían proporcionado no resultaba concluyente, aunque había otro dato mucho más determinante. En varios de los escenarios también se vio el mismo vehículo aparcado en las inmediaciones. Un

Chrysler 180 de color verde claro. No era un coche muy popular en aquella época, por eso varios testigos lo reconocieron.

—¿Llegaron a saber la matrícula? —preguntó Jacobo.

Morales asintió y bajó la mirada, avergonzado.

—¡Pero eso quiere decir que podían haber detenido al Flautista! ¡Y no lo hicieron! ¡Son tan culpables como él de esos crímenes! —dijo Laura rabiosa. Morales no se molestó en defenderse—. ¿Qué les dieron a cambio? ¿Dinero?

Morales asintió.

—Y también nos promocionaron dentro del cuerpo.

—¿Usted llegó a saber su identidad? ¿Supo quién era el Flautista?

—No. Y no había vuelto a pensar en ese tema desde hacía muchos años, hasta el día en que recibí la invitación para venir a la isla. Además, el superior de la policía ante quien rendía cuentas en aquella época, el que lo organizó todo, me pidió que viniera aquí para que vigilara que las cosas no se salieran de madre. Les juro que no sé nada más.

De repente, una voz que no esperaban hizo una pregunta.

—¿Y los periodistas que cubrían el caso? También os encargasteis de que no publicáramos ninguna noticia inconveniente, ¿verdad? —dijo Rodrigo. Su expresión se había endurecido. Al acabar la pregunta se mordió los labios con fuerza y su mirada parecía taladrar la del expolicía.

Morales asintió. Rodrigo miró a Laura.

—Estos hijos de puta se aseguraron, mediante amenazas, de que nos olvidáramos de todos los indicios que apuntaban a la existencia de un asesino en serie. —Señaló asqueado al expolicía—. Él, o gente como él, de su misma brigada, entraron en mi casa y quemaron todos los documentos y borradores que había escrito para mi libro sobre el caso. ¿Y luego sabe lo que hicieron? Me agarraron por las piernas y me colgaron del balcón, amenazándome con lanzarme al vacío. Me obligaron a jurar que me olvidaría del tema, que no volvería a escribir sobre el Flautista, o de lo contrario me estamparían contra el suelo. Y accedí, claro. —Rodrigo hizo una pausa antes de continuar. Miró a Laura y a Jacobo—. Así que ya ven. Hace años esta basura estaba dispuesta a matar para ocultar a ese asesino. ¿Por qué tenemos que creernos ahora que ha cambiado? Él es la persona que estamos buscando —sentenció.

Morales miró al suelo, avergonzado. Ahora que había confesado, que había expuesto ante los demás todo lo que había hecho, comprendió el absurdo en el que su vida se había convertido. Se había vendido a cambio de un ascenso, sin considerar que a la gente de arriba no le iba a gustar la proximidad del que había hecho el trabajo sucio por ellos. Al cerebro no le

gusta tener cerca de la cara las manos manchadas de sangre, prefiere mantenerlas fuera de su vista, en la espalda. Morales había pretendido una vida más grande que la que le correspondía, pero no tenía cabida en ella.

Cuando volvió a mirar al resto, reparó en que Jacobo le había dicho algo que él no había entendido. Le pidió que repitiera la pregunta.

—¿Quién es ese superior? El que le dio las órdenes, el que lo organizó todo y le pidió que viniera a la isla. ¿Cuál es su nombre?

—Aguilar, José Aguilar —contestó Morales.

La boca del lobo

—¿José Aguilar? —preguntó Lydia al hombre que les abrió la verja. Éste tendría unos sesenta años, era bajito, corpulento, y con la piel curtida de quien ha pasado mucho tiempo en el campo, al aire libre.

—Sí, soy yo.

Lydia le enseñó su placa.

—Soy de la policía. Nos gustaría hablar con usted.

El hombre los miró unos segundos y luego se hizo a un lado. Lydia y Cuevas entraron por la verja del muro que rodeaba la casa. Ésta era de una planta y estaba en pleno campo, en las inmediaciones de la sierra de Madrid. Caminaron a través de un jardín muy cuidado en el que había una piscina. A un lado, una pequeña construcción con chimenea debía albergar algún tipo de horno o barbacoa. Junto al césped que rodeaba la piscina, había una cancha de baloncesto y un muro blanco que hacía las veces de frontón. Aguilar lo señaló.

—Las noches de verano suelo sacar el proyector de vídeo y les pongo películas a los críos de los vecinos, ahí en la pared. Y esto se llena. Es una manera de entretenerme, son las únicas visitas que recibo hoy en día.

—La película de esta noche no va a ser tan popular —le dijo Lydia.

—Lo sé. Vienen a hablarme del Flautista, ¿verdad? —Los dos se quedaron helados al escucharle. Aguilar les sonrió—. ¿Saben? Estaba esperando su visita desde hace muchísimo tiempo.

Un poco más tarde, Aguilar estaba sentado a la mesa de la cocina, enfrente de sus visitantes. Hizo ademán de servirles vino de una botella, pero ellos negaron con la cabeza.

—¿Cómo sabía que íbamos a venir? —preguntó Lydia.

Desde que les había dicho que les estaba esperando, no había podido evitar acercar la mano a la cartuchera donde guardaba la pistola cada vez que el policía retirado hacía un movimiento. Sin embargo, éste se comportó en todo momento con mucha amabilidad, como si le preocupara más el hecho de que sus huéspedes se sintiesen cómodos que el que hubieran venido para confrontarle con su pasado y pedirle explicaciones de unos sucesos que habían provocado la muerte de tres personas en los últimos días. Aguilar tomó un buen trago de vino antes de contestar.

—No me refería a ustedes en concreto —aclaró—, sino a alguien que quisiese averiguar la verdad sobre el Flautista y los niños asesinados. Alguien que hubiese leído mis expedientes y que hubiese descubierto todas mis mentiras.

—¿Reconoce haberlos falseado? —dijo Cuevas, asombrado.

—Claro que sí. Pero no por la razón que usted cree. Los falseé para que se descubriera la verdad —afirmó, sonriendo.

Lydia y Cuevas le miraron sin entender nada. Aguilar se explicó.

—Escuchen, el Flautista tenía que ser alguien muy importante, algún pez gordo relacionado con el gobierno o algún personaje muy poderoso, con dinero e influencias. El caso es que cuando las pistas que fuimos encontrando fueron cerrando su cerco, nos ordenaron desde arriba que echáramos tierra sobre él. Nos lo encargaron a dos agentes: Morales, un bruto enorme del que hace años que no sé nada, y a mí.

Aguilar se detuvo aquí unos segundos y les miró avergonzado.

—Cuando acepté ese encargo a cambio de ascender en la policía, no podía imaginar lo que me iba a encontrar en esas escenas del crimen, donde mataron a todos aquellos pobres niños. Al ver sus cuerpos sin vida pensé en lo que tenían que estar sufriendo sus padres y descubrí una cosa: que tenía escrúpulos. Yo tenía un hijo de la edad de las víctimas por aquella época y no podía permitir que ese psicópata quedara impune. Pero estaba en un dilema muy peligroso. No podía echarme atrás. Después de las órdenes recibidas, si decidía tirar de la manta irían no sólo a por mí, sino también a por mi familia. Así que hice lo que me pedían. Pero no exactamente lo que me pedían. —Aguilar recalcó esta última frase—. No hice desaparecer todos esos testimonios, sino que los alteré, dejando pequeñas incongruencias y detalles que no encajaban en ellos, cosas que pasaran desapercibidas en aquel momento pero que años después pudiesen llamar la atención de alguien que se interesase por el caso, que viese que esas piezas no encajaban y que decidiera venir a buscarme.

—¿Y no era más fácil decir la verdad sin rodeos? —dijo Lydia, molesta.

—¿A quién? Usted y yo hemos tenido el mismo problema, no saber en quién confiar. Si denunciaba los hechos a quien no debía, ponía en peligro la vida de mi familia.

—¿Y si la persona que leyera esos informes formaba parte de la «conspiración»? ¿Cómo sabe que nosotros somos de fiar? —le preguntó Cuevas.

—Porque todavía estamos hablando. Si hubieran venido con otras intenciones, me hubieran pegado un tiro nada más asomarme por la verja. Y tampoco me hubiera importado demasiado. Ya no tengo familia ni nada que perder. —Aguilar les sonrió con tristeza—. Murieron en un accidente.

Lydia y Cuevas le miraron con lástima, el hombre parecía sincero. Aguilar se levantó.

—Denme un par de minutos y les acompañaré a declarar —dijo, mientras salía por una puerta que daba a un pasillo.

Cuevas y Lydia se miraron en silencio. No habían hablado demasiado desde que Lydia le pasó a recoger con un coche que había alquilado al salir de casa de Castro. Él calculó que, por las horas que había pasado en el piso del alto cargo, a Lydia le había dado tiempo para hacer muchas cosas con él. Y a repetirlas varias veces. Lydia únicamente le contó que Castro había dado con la dirección de Aguilar, el expolicía, y que el jefazo del ministerio estaba dispuesto a apoyarles hasta el final. «Hasta el final y hasta el fondo —pensó Cuevas con rabia—, sobre todo a ti». Lydia quería continuar sola, ya que no necesitaba a ningún genio de la informática en esta fase de la investigación y, además, no podía llevarse a un civil a sus pesquisas, pero el joven se había negado a retirarse. Y respecto a que el chico no fuera policía, podía argüir que ella, en ese momento, estaba actuando al margen de todos, así que se encontraban en la misma situación. Lydia terminó por acceder: se había acostumbrado a su compañía y no quería ir sola a hablar con Aguilar.

—Qué rápido se ha solucionado todo, ¿no? —dijo Cuevas.

Lydia sacudió la cabeza.

—A mí me sigue oliendo muy raro que después de tantos años nos reciba con las puertas abiertas y prometiendo todo tipo de cooperación —respondió pensativa.

En ese momento sonó un fuerte ruido fuera, como un petardazo. Los dos se sobresaltaron. Lydia se levantó y miró a través del cristal de la ventana. A pocos kilómetros, las moles de la sierra de Madrid se perfilaban en la oscuridad y no podía verse nada más.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cuevas cuando llegó junto a ella.

—No lo sé, puede que algún tubo de escape —dijo mientras observaba las luces traseras de un coche que desaparecía en la distancia por la carretera que pasaba junto al terreno de Aguilar. Fue en ese momento cuando Lydia vio algo en una de las estanterías que había junto a la ventana. Entre los tarros de especias había una foto. En ella aparecía Aguilar agarrado del brazo de una mujer y rodeado por tres niños de edades comprendidas entre siete y diez años, seguramente sus nietos. Al fondo podían verse varias atracciones. Lydia las reconoció como pertenecientes a un parque temático inaugurado no hacía mucho a las afueras de Madrid. Cuevas se acercó a ella.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan los parques de atracciones? —le preguntó al ver su cara de desconcierto.

—Lo que no me gusta es que me mientan. ¿Cómo es posible que la familia que Aguilar perdió en un accidente esté divirtiéndose en un parque que han inaugurado hace dos fines de semana? —dijo, mirando a Cuevas, a la vez que dirigía la mano hacia la funda de su pistola, dispuesta a sacarla. Pero algo la detuvo.

Aguilar estaba mirándoles desde el umbral de la puerta por la que había salido, la que daba al interior de la casa. Sujetaba una cazadora, dispuesto a salir a la calle.

—No son mi familia, son unos amigos —explicó, algo desconcertado.

Lydia comenzó a notar cierto nerviosismo en su voz. Quería seguir moviendo su mano, alcanzar el arma, pero no podía dejar de mirar la cazadora que el hombre llevaba envuelta alrededor de su brazo. ¿Llevaría él también un arma debajo de la prenda?

—Saben que estoy solo y vienen de vez en cuando a preocuparse por mí.

Lydia asintió, sin moverse. Aguilar les indicó la puerta que daba al exterior.

—Ya estoy listo. Y ahora si son tan amables… —dijo.

Lydia estaba aterrorizada. Lo último que quería era dar la espalda a ese hombre. Cuevas percibió su miedo y tampoco se movió.

—¿Qué sucede? —preguntó Aguilar al ver sus vacilaciones.

Ninguno de los dos pudo contestar a su pregunta. Pero en ese momento sucedió algo completamente inesperado. La puerta por la que habían entrado en la casa se abrió de golpe y alguien se perfiló en el umbral, empuñando un arma.

Castro.

Todos le miraron asombrados.

—¡Alfonso! —exclamó Lydia.

A Cuevas, la confianza que denotaba el uso de ese nombre propio, que además se negaba a usar con él, le dolió más que el peor de los cólicos nefríticos que había sufrido a lo largo del año anterior.

—Estabas loca si pensabas que os iba a dejar venir aquí desprotegidos. Os he seguido —Castro apuntaba con el arma a Aguilar.

—¿Estás loco? ¿Qué haces con esa pistola? —le dijo éste.

—Salvarles la vida. —Castro miró a Lydia—. Este hombre pensaba mataros.

Aguilar se puso pálido al escucharlo.

—¡Está mintiendo! ¡Me habéis tendido una trampa! —gritó Aguilar, tirando al suelo su cazadora y dejando al descubierto una pistola, tal y como Lydia había imaginado.

Lo siguiente ocurrió en cuestión de décimas de segundo. Castro disparó, pero erró el tiro. Se escuchó otra detonación, producida por el arma de Aguilar. Para cuando Lydia terminó de desenfundar la suya, Castro estaba en el suelo, sujetándose el brazo derecho y con la pistola a unos metros de él. Aguilar, con cara de no creerse que acababa de disparar a un hombre, dejó de apuntar a Castro para centrar su atención en Lydia.

—¡Tire el arma! —gritó ella.

—¡No! ¡Me han engañado, todos ustedes! ¡Han venido aquí a matarme! —dijo Aguilar.

—Lydia, dispara… ¡no le dejes hablar! —gritó Castro desde el suelo.

Lydia lo miró indecisa. Su dedo índice acarició el gatillo, pero no se decidía a disparar.

—¡No puedo hacerlo! Ese hombre es el único cabo que tenemos para llegar al fondo de este asunto —dijo finalmente.

—¡Os ha tendido una trampa! ¡Dispara! ¡Es una orden! —gritó Castro.

Lydia seguía inmóvil, colapsada por lo que estaba sucediendo.

Fue Cuevas el que rompió el equilibrio de la situación. Había permanecido como petrificado desde que comenzaron los disparos. Pero se fijó en que el arma de Castro había quedado junto a sus pies. Viendo a Aguilar tan concentrado en Lydia, Cuevas decidió aprovechar la ocasión. Sólo tenía que agacharse y cogerla. Pero debía ser rápido, tenía que hacerlo en cuestión de centésimas de segundo. Pensó que no le resultaría tan difícil. Al fin y al cabo, por fin se le presentaba una ventaja por ser tan bajito: estaba mucho más cerca del suelo, y por lo tanto de la pistola, que una persona «normal». Además, si lo lograba, salvaría la vida de Lydia, y encima lo haría delante de ese cretino.

Así que sin demorarlo más, Cuevas se inclinó con la mano extendida. Pero al ver el movimiento por el rabillo del ojo, Aguilar se giró hacia él y sin pensarlo dos veces disparó. Cuevas notó un ahogo que le impedía respirar y sintió cómo la oscuridad lo envolvía. Lo último que le dio tiempo a ver antes de que todo se fundiera a negro fue a Lydia disparando a Aguilar y a éste cayendo al suelo, sin vida.

—¡Cuevas! ¡Cuevas! ¿Estás bien? —Oyó a la vez que sentía cómo alguien le sacudía la cabeza. Entreabrió los ojos y vio a Lydia inclinada sobre él, intentando reanimarle. No sentía ningún dolor y no sabía dónde podía haber impactado la bala, lo único que sabía era que quería volver a cerrar los ojos para que ella siguiera tan cerca de él. Puede que incluso, con un poco de suerte, terminara haciéndole el boca a boca para que volviera en sí. Pero no cayó esa breva.

Lydia se incorporó y Cuevas escuchó cómo se dirigía a alguien más. Al gilipollas de Castro, por supuesto.

—Está bien, no es nada grave. ¿Y tu brazo?

—Un rasguño.

Cuevas decidió dejar de fingir y abandonar el reino de la inconsciencia para volver al de los vivos. Al fin y al cabo, iba a seguir siendo un cero a la izquierda en cualquiera de los dos. Abrió los ojos y se incorporó.

—¿Qué ha pasado? ¿Me han herido?

—No —le dijo Lydia—. Te desmayaste al oír los disparos.

Cuevas se hundió al escuchar esas palabras. Su gran escena heroica había terminado siendo un *sketch* de programa de televisión barato.

—Vaya… ¿y he estado mucho tiempo así? —preguntó, con la esperanza de que, con un poco de suerte, hubiera sufrido algún tipo de conmoción cerebral o colapso mental que lo dignificara.

—Menos de un minuto —respondió Lydia.

Castro se acercó a él.

—No te preocupes, chavalín, sobrevivirás a ésta —le dijo sonriéndole mientras le ayudaba a incorporarse con su brazo sano.

—¿Y qué va a pasar ahora? —le preguntó Lydia a Castro.

—No lo sé, pondremos esto patas arriba para descubrir qué es lo que sabía este hombre sobre el Flautista, pero mucho me temo que no encontraremos nada.

—¿Y nunca sabremos quién fue aquel psicópata?

Castro negó con la cabeza.

—No lo sé. Ahora lo único que importa es que tú solita has destapado un caso de corrupción policial que llevaba oculto casi treinta años. Y pienso hacer mucho ruido con este asunto. Quiero que seas el ejemplo personificado de cómo quiero que se hagan las cosas en la policía.

Lydia le sonrió. Castro terminó de anudarse un trapo alrededor de su muñeca y le pasó un brazo sobre los hombros. Ambos se dirigieron a la salida, seguidos en silencio por Cuevas, quien sintió una repentina afinidad con Aguilar, el hombre que había disparado y herido a su rival amoroso.

Recapitulando

Laura, Jacobo y Martín estaban reunidos en el cuarto de los dos primeros. Tras escuchar las explicaciones de Morales, lo habían encerrado en una de las habitaciones bajo llave. Martín no creía que una puerta cerrada pudiera detener a un hombre tan corpulento, pero Jacobo aseguró que no volvería a atacarles. De alguna manera inexplicable, creía en todo lo que les había dicho. Era verdad que había intentado matarle, pero también era cierto que le había salvado la vida, sabiendo que su implicación en los crímenes quedaría al descubierto cuando Jacobo se recuperara.

—Creo que es hora de que vayamos repasando todo lo que ha ocurrido, para ver si estableciendo cierto orden en los hechos le encontramos algún sentido a todo esto —dijo Laura—. Empecemos por lo que pasó hace veinte años. La mujer que vivía en el faro, Susana, descubrió que en el sanatorio que había en esta misma isla se guardaba un oscuro secreto, algo relacionado con un psicópata asesino de niños.

—Lo más probable es que ese psicópata estuviese ingresado aquí, que él fuese el famoso paciente número 21, ¿no? —dijo Martín.

Laura asintió.

—Por culpa de ese descubrimiento fue asesinada. Y aquí nos encontramos con el primer misterio de nuestra historia. Susana fue acuchillada mientras permanecía encerrada a cal y canto en el faro en el que vivía. Cuando descubrieron el cadáver, se encontraron con que no había forma humana de que el asesino hubiera podido entrar o abandonar la escena del crimen. Así que tenemos un caso de asesinato de habitación con puerta cerrada. ¿Cómo logró el asesino matar a Susana? —Jacobo y Martín se miraron sin saber qué contestar—. Decid lo primero que os venga a la cabeza, aunque os parezca una locura.

—Todos los que encontraron el cuerpo estaban confabulados. El policía, Celia, Claudio, todos los que tiraron la puerta del faro a patadas. Y la mataron

al entrar —dijo Jacobo.

—Tiene todo el sentido. La objeción es ¿por qué dejó entonces Claudio que lo mandaran a la cárcel si todos habían participado en el crimen? El hombre podía haber contado la verdad a la primera de cambio, estoy segura —replicó Laura.

—Puede que le pagaran —conjeturó Jacobo.

—No, ese hombre no tiene donde caerse muerto —señaló Martín—. ¿Y si fue ella, la propia víctima, la que se apuñaló una y otra vez para suicidarse, haciendo creer que la habían asesinado?

—Imposible. También tenía heridas en la espalda. Además, si se suicidó, ¿para qué encendió la luz del faro pidiendo auxilio? —le dijo Jacobo.

—La mató un mono, como en *Los crímenes de la calle Morgue* —replicó Martín, quien comprobó en ese preciso momento que también las miradas pueden matar—. Habéis dicho que vale todo, ¿no?

—Puede que las conclusiones de la policía de la época fuesen las correctas y Claudio fuese culpable. La mató nada más entrar en el faro, sin que los otros lo vieran —añadió Jacobo—. Es la opción más plausible.

Laura negó con la cabeza.

—Todos los crímenes ocurridos durante los tres días que llevamos en esta isla desmienten esa hipótesis. Si el culpable fue Claudio y la razón del crimen era el despecho, ¿por qué veinte años después alguien asesina a la persona que reúne a todos los implicados en el caso para descubrir la verdad de lo que pasó? No, el crimen de Susana no fue pasional. Tiene que ver con el Flautista.

—Recordemos que, de no haber sido asesinada, se hubiera reunido con Rodrigo, el escritor, a quien le contó que tenía algo muy importante que decirle, algo relacionado con el asesino de niños, algo que iba a relanzar su carrera. Pero alguien se lo impidió —dijo Jacobo.

—Puede que fuese él mismo. ¿Y si Rodrigo era el Flautista? Mataba a esos niños y a la vez, como periodista, cubría su propia historia, se aseguraba de paso de tener siempre información privilegiada, y, encima, presenciaba en primera fila los progresos de la policía en la investigación. Era una jugada perfecta, ¿no creéis? —dedujo Martín.

—O puede ser todo lo contrario. Recordad la rabia con la que se enfrentó a Morales cuando reconoció que le habían amenazado para que dejase sus investigaciones. ¿Y si se quedó tan frustrado, tan obsesionado con el tema que decidió matar a todo aquel que tuviera que ver con el caso y que ayudara a taparlo? Los reúne en la isla y los elimina, uno a uno, para que se haga justicia.

—Pero entonces, ¿por qué matar a Susana? Ella iba a ser su fuente de información. Además, esa noche el escritor no estaba en la isla. Al contrario que Érica, quien sí que estuvo aquí cuando su hermana fue asesinada —dijo Laura—. Pero será mejor que volvamos a la actualidad y nos centremos en cosas de las que sí hemos sido testigos, como el segundo crimen de nuestra historia. La víctima es Óscar Blasco, un médico que trabajaba aquí en la época en la que mataron a Susana. Supongamos que envió anónimos a todo el que estuviese vinculado con la muerte de ésta, como Claudio o Érica, y a varias personas relacionadas con la investigación de los crímenes del Flautista, como Morales o Rodrigo. Quiere descubrir la verdad y para ello trae consigo un expediente con todo lo recopilado sobre el caso del Flautista. Y con ello, firma su sentencia de muerte.

—¿Cómo se las arregló el asesino para cargárselo? Comprobamos las coartadas, nadie pudo ir y volver desde la Cala del Santo para matarlo sin que se notara su ausencia. Todos los sospechosos estaban acompañados o permanecían a la vista de alguien —señaló Jacobo.

—Sólo hay dos explicaciones posibles para ese crimen: o había alguien más en la isla, opción que hemos descartado, o dos de nuestros sospechosos fueron cómplices y mintieron en sus coartadas.

—Morales y Ángel, el político —apuntó Martín—. Vimos claramente que mintieron para salvarse el culo uno al otro. Son la única opción, ¿no? Ángel mató al médico para que no se supiera que fue paciente del sanatorio y Morales le encubrió.

—Eso, si no lo hizo el propio Morales, claro —dijo Laura—. Fue él quien vio a Emilia con el expediente del Flautista que encontramos en la maleta del médico. Y poco después intentaron matarla y el archivo desapareció. Creo que Morales te salvó la vida porque le dio pena verme llorar desconsolada cuando pensé que habías muerto… pero fue un momento de debilidad. Puede que sí sea el asesino que estamos buscando. Además tiene la motivación más clara de todas, encubrir un caso de corrupción policial por el que un psicópata eludió la acción de la justicia durante años. Esos crímenes quedaron impunes.

—Vale, pero entonces ¿cómo mató a Bogdana? Todos estábamos aquí cuando la escuchamos gritar al otro lado de la isla. Físicamente es imposible que fuese ninguno de nosotros. Y mucho menos Morales —dedujo Jacobo.

—Puede que Morales ideara algún tipo de mecanismo que la matara.

—Pero todos la escuchamos gritarle a alguien, había otra persona allí con ella, el asesino. Aunque igual estaba drogada, o delirando. O hablaba con

algún fantasma, esa mujer estaba siempre dando la murga con lo mismo. No digo que lo viera —aclaró Jacobo—, sino que creyera haberlo visto.

—Los fantasmas han estado metidos en esta historia desde el principio. ¿Cómo os podéis explicar si no las visiones de Emilia? ¿O lo ocurrido en la sesión de espiritismo?

—Estoy seguro de que Emilia leyó la historia de Susana en algún periódico y la guardó en el subconsciente. Y respecto a la sesión, pudo ser un fenómeno de sugestión colectiva o algo parecido —dijo Martín—. Y volviendo a la muerte de Bogdana… ¿creéis que la mataron por ese mapa de la isla que encontró entre la ropa sucia? ¿El que vio Olivia?

—Y las flechas que había en ese mapa, ¿qué podían ser? ¿Las indicaciones de algo enterrado, como en *La Isla del Tesoro*? —preguntó Laura.

—No lo sé. Igual era un mapa de los fondos marinos que rodean la isla, o algo así… —respondió Jacobo.

—¿Y por qué le llamó tanto la atención? No lo entiendo.

—Lo que no se puede entender es que todos los que estábamos en el hotel la escuchamos gritar a través de la radio. Tú y yo salimos corriendo para ayudarla y, cuando llegamos, estaba muerta, sin que viéramos a nadie ni nos cruzáramos con su asesino. Y habiendo dejado al resto de los sospechosos en el hotel —dijo Jacobo.

—Lo único cierto es que los crímenes de este caso son imposibles. El de Susana fue cometido en una habitación cerrada a cal y canto. Para el de Óscar, el médico, todo el mundo tiene una coartada. Y con respecto a Bogdana, ¡el asesino estaba en dos sitios a la vez! ¡Con nosotros en el hotel y al otro lado de la isla, en el faro! ¡Y eso es imposible!

Martín la miró, sin saber muy bien qué contestar.

—Y para el siguiente crimen, el de Julia, tenemos el problema contrario. Nadie tiene una coartada. Por lo que me explicó antes de que la mataran, ella sabía del caso tan poco como nosotros. Vino a la isla porque su último amante, un abogado que ha muerto hace poco, llevaba años chantajeando a alguien por algo que pasó aquí —dijo Martín.

—Seguramente lo mismo que descubrió Susana hace veinte años. Todo nos remite de nuevo al Flautista —concluyó Laura.

—Y ese algo ¿tendrá que ver con el cuadro de Moisés, el que dejó tan sorprendida a Julia? —preguntó Jacobo.

Martín asintió.

—Moisés era un niño cuando lo encontraron en el Nilo. Su madre lo echó al río cuando el faraón mandó matar a todos los varones recién nacidos en el

pueblo judío, ya que le habían profetizado que el que los iba a liberar de su yugo nacería entre ellos. El Flautista mataba niños, siguiendo las ilustraciones del libro de Gorey. Por ahí puede haber una relación, ¿no?

Laura miró a su compañero alucinada.

—Oye, Martín, tienes razón. En las películas siempre usan los versículos de la Biblia como claves de algo. Puede que éstos formen la combinación de una caja fuerte, o las coordenadas de un sitio. —Se dirigió a uno de los cajones de la mesilla y comenzó a rebuscar—. En todos los hoteles hay una Biblia. O la había, por lo menos —dijo desilusionada, al comprobar que los cajones estaban vacíos.

—Aunque tuviésemos los versículos, tampoco sabríamos dónde utilizarlos, eso suponiendo que tu deducción sea correcta —apuntó Jacobo.

—Y luego está la historia del paciente 21, el que tenían escondido. Por lógica, ese hombre tenía que ser el Flautista. Y por edad, sólo podrían ser Rodrigo, Ángel o Morales. Aunque fue el mismo Ángel el que nos contó esa historia. Si fuese él, no le convendría ponernos sobre la pista, estaría tirando piedras sobre su propio tejado —continuó Laura.

—A no ser que estuviésemos a punto de descubrir esa historia y él, sabiéndolo, nos informara de todo para que pensáramos precisamente esto, que si él fuera culpable nunca nos la habría contado —objetó de nuevo Jacobo.

Laura les miró desesperada.

—Toda esta historia del paciente 21 parece cosa de locos, y nunca mejor dicho. ¿Dónde lo tendrían encerrado para que nadie lo viera?

—No lo sé, pero hemos revisado este edificio y el contiguo cientos de veces y nunca hemos encontrado nada —dijo Jacobo, desesperado.

—Quizá lo que necesitemos es descansar. Puede que si intentamos dormir, mañana veamos las cosas de otra manera —sugirió Laura mientras se acercaba a la ventana y miraba al exterior. La noche seguía cerrada, pero le dio la sensación de que la lluvia caía con menos intensidad—. Quizá mañana escampe y por fin puedan sacarnos de aquí.

Jacobo asintió, aunque la perspectiva no parecía alegrarle demasiado. Ellos no serían los únicos en poder salir de la isla. También lo haría el asesino. Y una vez en tierra, podría poner muchos kilómetros de por medio antes de que se llegara a descubrir su identidad. Y puede que la historia se repitiera y, como ocurrió con el Flautista, nunca se volviera a saber de él.

La cueva del Flautista

Dos horas más tarde Laura se despertó sobresaltada. A su lado, Jacobo roncaba a pierna suelta. Oyéndolo, cualquiera diría que lo habían intentado asesinar dejándolo abandonado a merced de las mareas al fondo de un acantilado. Se encontraban en el salón, como las otras noches, durmiendo junto al resto de los huéspedes, aunque en ese momento la denominación de supervivientes es la que mejor encajaba con su condición.

Una frase de las que se habían pronunciado antes en su habitación no había dejado de rondarle la cabeza desde que se fue a dormir.

«Toda esa historia del paciente 21 parece cosa de locos».

Y, en efecto, lo era. De hecho, uno de ellos la había contado con pelos y señales. Más concretamente, la había dibujado.

Laura se levantó con cuidado del sofá y fue a buscar el cómic que les había dado Ángel, el que había dibujado el Rubio. Lo tenía guardado en su bolso, junto a ella. Sin hacer ruido y procurando no despertar a nadie, salió al oscuro pasillo y se dirigió al pequeño gabinete que había en el otro extremo. Sólo se escuchaban los sonidos de sus pisadas. Laura se apresuró, y, temerosa, entró en la habitación, se sentó en una de las butacas y encendió una lámpara que había a su lado. Luego comenzó a hojear los papeles que tenía en la mano. Los dibujos en blanco y negro comenzaron a inundar sus ojos. Casi no tenían bocadillos con diálogo y muchos de ellos resultaban incomprensibles ya que el Rubio estaba vertiendo muchas de sus paranoias en esos trazos. El protagonista era un hombre encerrado en una habitación, acosado por horribles bichos e insectos que salían de cualquier rendija de la pared o del suelo para atacarle. De vez en cuando entraba algún doctor o enfermera para darle su medicación, una serie de pastillas o inyecciones, con las que intentaban calmarle. El enfermo (Laura no tenía ninguna duda de que se trataba del *álter ego* del autor, el Rubio) se resistía a tomar cualquier cosa que le dieran, y muchas veces le tenían que inmovilizar para suministrarle las

dosis. El terror que le inspiraba el equipo médico no era casual: el enfermo se fijaba en que algunos de los doctores no eran del todo humanos. Uno de ellos tenía una gran pata de insecto, parecida a la de un saltamontes, en vez de pierna. Aunque intentaba ocultarla bajo su pantalón, el enfermo conseguía verla, así como también podía observar cómo una enfermera tapaba unas enormes alas de mosca bajo su uniforme. Laura entendió que los médicos no querían curar al paciente sino hacerle olvidar lo que había visto, el secreto que había descubierto: que ellos eran seres horribles que se habían camuflado para vivir entre los humanos con algún fin temible, exterminar a la raza humana, o hacernos sus esclavos o lo que fuera que pensasen los insectos de dos metros de alto que se disfrazan de médicos y abren clínicas psiquiátricas.

El paciente conseguía escapar una noche de su celda y salía a los terrenos que rodeaban el psiquiátrico. Un alto muro, vigilado por varios celadores, circundaba el edificio. El fugado se escondía tras unos arbustos a la espera de que los vigilantes se descuidaran para poder ir corriendo hasta la tapia y saltarla. Y era desde ese escondite donde veía atónito cómo tres personas se materializaban ante sus ojos. En un momento, la extensión de césped arbolada que se extendía ante él estaba vacía. Al momento siguiente, dos enfermeros estaban sobre ella, sujetando a un hombre encapuchado al que llevaban a rastras, ya que las piernas le colgaban como dos pesos muertos. Los pies inertes iban dejando en el césped unos surcos que se entrelazaban entre sí conforme se alejaban.

«El 20 todavía podía haber dado más de sí», decía uno de ellos.

«Tenemos donde elegir», le respondía el otro.

Los tres desaparecían tras un recodo del edificio. El protagonista, intrigado, salía de su escondite y corría para averiguar de dónde podían haber salido las figuras que acababa de ver, cómo es que se habían materializado de la nada. Anduvo un par de metros hasta llegar junto a un roble plantado en mitad de la explanada. Detrás de él encontró la solución al enigma. Había una trampilla en el suelo. No la había visto antes porque las dos hojas que componían la puerta estaban camufladas con césped, tan verde como el que las rodeaba. Unas escaleras se adentraban en la oscuridad. El enfermo fugado las bajó. Al llegar al final, se encontró en una celda, muy parecida a la suya, aunque en ésta, la cama estaba situada en el centro de la habitación y tenía unas correas a ambos lados para sujetar a la persona que se tumbara sobre ella. Además estaba rodeada por mesas con material quirúrgico, colocado sobre bandejas. El intruso constató horrorizado que algunas de las tijeras y bisturís estaban manchados con sangre. Asustado, comenzó a subir las

escaleras para salir de allí, pero fue demasiado tarde. Los enfermeros que se habían llevado al hombre que estaba allí encerrado volvieron, encontrándose al Rubio de bruces en la angosta escalera.

«Mira a quién tenemos aquí», decía uno de ellos.

«Nos has ahorrado el viaje, íbamos a ir a buscarte —dijo el otro mientras lo inmovilizaba con fuerza, sujetándole ambos brazos—. No te resistas, es inútil».

La resistencia que podía oponerles el protagonista era mínima, así que entre los dos enfermeros consiguieron bajarle de nuevo a la celda sin grandes complicaciones. Después, lo ataron en la cama con las correas. Todos los esfuerzos que hacía para zafarse eran inútiles, los otros eran mucho más fuertes que él. Cuando lo inmovilizaron, los enfermeros cogieron algunos de los instrumentos quirúrgicos que había sobre las bandejas y se acercaron a él.

«Ahora eres nuestro paciente número 21. Esperemos que aguantes más que los demás», decía uno de ellos mientras empezaba a cortar la carne del pobre hombre.

El cómic terminaba allí. Laura lo cerró, horrorizada. Si ése no hubiera sido el final, habría dejado de leerlo igualmente.

—Madre mía, cómo ha cambiado el cuento desde *Zipi y Zape* —murmuró, recordando los tebeos que leía de pequeña y que todavía guardaba en casa de su madre. Se quedó pensativa. Desde luego que una historia tan disparatada no le iba a servir de ninguna ayuda pero, a pesar de todo, Laura pudo intuir que la angustia y el miedo que transmitían los dibujos eran reales. Y, de repente, algo la sacudió.

Puede que no fuesen las únicas cosas reales que había en ese cómic.

Se levantó de un brinco y salió de la habitación. Se dirigió corriendo por el pasillo hasta llegar a uno de los ventanales que daban al jardín delantero del hotel. Miró a través de él, apoyando la cara en el cristal y poniendo las manos a ambos lados de su cara, intentando escrutar la oscuridad que había al otro lado. No le hizo falta esforzarse mucho. No sólo sabía lo que buscaba sino que era imposible no verlo, incluso en medio de la negrura más absoluta.

El roble gigantesco y solitario se erguía en medio del césped, exactamente igual al que aparecía dibujado en el cómic.

—Emilia nos va a matar. Le hemos dejado compuesta y sin novio. Y, encima, ahora, le destrozamos el jardín —dijo Martín mientras hundía la pala en el césped que se extendía detrás del roble.

Laura estaba a su lado, cubriéndole con un paraguas para resguardarle de la lluvia. En su otra mano sostenía una linterna, con la que iluminaba los esfuerzos de su compañero.

—Si descubrimos la verdad, nos estará agradecida —le replicó—. Y ten cuidado dónde tiras la tierra, que me acabas de dar en toda la cara.

Laura había decidido dejar descansar a Jacobo y pedir ayuda a Martín. Sabía que, por mucho que aparentara fortaleza, la muerte de Julia le tenía que haber afectado mucho y que no habría logrado conciliar el sueño. No se equivocaba. El hombre estaba desvelado cuando la policía lo sacudió. Aunque el plan de Laura le pareció una locura mayor que la que estaba dibujada en el cómic, accedió a ayudarla. Tras acercarse al roble, localizaron a ojo la zona en la que debería estar situada la trampilla, según los dibujos del Rubio, y comenzaron a cavar.

Al quinto golpe de pala se oyó un ruido metálico. Había golpeado con algo enterrado bajo la tierra. Martín miró a Laura alucinado.

—¡Tenías razón, Laura, aquí abajo hay algo!

—¿De qué te sorprendes? Ya sabes lo que se cuenta de los niños y los locos. Son los únicos que dicen la verdad —dijo Laura, con una sonrisa.

Casi una hora después Martín había despejado la tierra en un área de unos dos metros cuadrados alrededor del punto en el que había comenzado a cavar. Una puerta de chapa metálica de dos hojas aparecía plantada en el suelo, tal y como Laura había visto en los dibujos. A Martín le recordó esos refugios que construyeron en sus jardines algunas familias norteamericanas en la década de los cincuenta, para tener un lugar en el que protegerse ante un posible ataque nuclear por parte de la Unión Soviética.

—Yo creo que ya está —dijo el policía.

Sus ropas estaban cubiertas de barro y, a pesar de los esfuerzos que había hecho Laura por protegerle de la lluvia, ambos estaban empapados. Martín le hizo un gesto con el brazo, extendiéndolo en dirección a la trampilla, invitándola a que hiciera los honores de abrirla. Laura se agachó, agarró el manillar que asomaba en una de las hojas y lo giró con fuerza, pensando que iba a encontrar una fuerte resistencia. Pero no fue así. La puerta se abrió como si la hubiesen estado usando hasta ese mismo día. Un olor a cerrado y a humedad ascendió hasta ellos. Laura iluminó con su linterna la oscuridad que había dejado al descubierto. Unas escaleras de cemento descendían por un túnel hasta perderse de vista, ya que el haz de luz no llegaba a alumbrar el

final. Laura se quedó inmóvil, sin decidirse a bajar. Martín percibió el miedo de su compañera, y sin decir nada le cogió la linterna e inició el descenso. Segundos después, ella hizo lo mismo.

Estuvieron bajando casi un minuto. Laura estaba impresionada por la profundidad del túnel.

—Oye, ¿tú crees que construyeron esto sólo para tener encerrado a ese paciente? —preguntó.

—No —dijo Martín enfocando con su linterna alrededor. Tanto el túnel como las escaleras por las que estaban bajando estaban hechas de hormigón —. Esto tiene el aspecto de haber sido un refugio construido hace muchos años, quizá durante la Guerra Civil. Esta isla y su faro tendrían interés estratégico y seguramente fueron objeto de bombardeos aéreos. La aviación nacional atacó con dureza los puertos y caladeros de Asturias y Cantabria.

Para cuando terminó de hablar, habían llegado al final de las escaleras. Martín enfocó la linterna a su alrededor. Vieron que ante ellos se abría un pequeño pasillo. Caminaron por él hasta llegar a una pesada puerta de acero que estaba entreabierta.

—Igual que en el tebeo —constató Laura y la abrió.

Los dos amigos entraron. A la luz de la linterna pudieron ver una celda, parecida a las que habían visto en el edificio sin reformar situado cerca del hotel. En una esquina, había una cama en la que descansaba un colchón desnudo. Pero lo que los dejó sin habla fue la serie de dibujos que encontraron pegados en la pared, sobre la cabecera del camastro. Eran reproducciones, trazadas con mano mucho menos experta, de las ilustraciones que Edward Gorey había hecho para su libro *Los pequeños macabros*.

—¡El Flautista estuvo aquí encerrado! ¡Él hizo esos dibujos! —Laura se acercó a mirarlos. Algo le hizo entornar los ojos, pensativa—. Sólo que hemos estado equivocados desde el principio. No fue un hombre, fue una mujer. Mira la firma de los dibujos.

Martín miró hacia donde le estaba señalando Laura. Efectivamente, todos los dibujos estaban firmados por una tal Blanca.

—Parece ser que el tratamiento al que la sometieron no fue muy efectivo. Ni estando aquí encerrada consiguió olvidar su obsesión con los niños —dijo, impresionado.

Luego siguió enfocando la linterna por el resto de la habitación. En una esquina vieron algo, una caja de cartón de tamaño medio. Se acercaron a ella. Laura la abrió, sofocando varios estornudos que le provocó el polvo acumulado sobre ella. Dentro había un montón de carpetas y expedientes.

—¿Qué son? —preguntó Martín cuando vio que Laura los cogía y comenzaba a hojearlos.

—Es el historial clínico de Blanca… Del Flautista —dijo Laura alucinada. Miró a Martín muy ansiosa—. Martín… Creo que aquí están todas las respuestas que estábamos buscando.

La luz del amanecer entraba por los ventanales del comedor. Como Laura había predicho, la tormenta había amainado y una leve cortina de agua caía sobre el hotel. Pero ella no se había dado cuenta de nada. Llevaba horas sentada a una de las mesas, sobre la que descansaba una taza de café que no había tocado. A su alrededor, tirados por el suelo, estaban desparramados los documentos que encontró en la habitación subterránea. Su contenido la había absorbido por completo. Laura dejó caer al suelo otro de los papeles y suspiró, preocupada. Por fin todo comenzaba a cobrar sentido, aunque no de la manera en que a ella le hubiera gustado.

Martín la había dejado sola. Había ido a su habitación a darse una ducha y quitarse toda la tierra con la que se había ensuciado al cavar en el césped. Iba a bajar inmediatamente para reunirse con su compañera, pero el cansancio pudo con él y se quedó traspuesto en la cama, sin pensar en el peligro que podía suponer quedarse solo tanto tiempo. Cuando abrió los ojos de nuevo, ya estaba amaneciendo. Se incorporó y se dio cuenta de que se había quedado dormido desnudo, tal y como había salido del baño, así de cansado estaba. Comenzó a vestirse. Cogió unos vaqueros limpios y sacó del armario la americana que había llevado el día anterior. Y en ese momento, al mirarla mientras la sostenía en sus manos, algo le vino a la mente. La escena de la comida, cuando Laura le había pedido que le guardara la tarjeta de memoria de la videocámara.

«Guárdala tú, Martín, a mí me da miedo perderla», le había pedido ella. Él se había negado, aduciendo que los bolsillos de la americana eran falsos, pero ella insistió, diciéndole que algo cabría en ellos. Fue en ese momento cuando Laura tiró sin querer el zumo de naranja. Y a continuación, y sin solución de continuidad, vio a Julia acercándose a él y pronunciando las últimas palabras que le escuchó antes de que la mataran.

«Haz caso a Laura, ella tiene razón», le había dicho.

Incrédulo, Martín metió la mano en el bolsillo del chaleco. Es verdad que era muy pequeño para meter cosas voluminosas en él. Pero no era tan estrecho como para que no cupiera algo.

Dos papeles doblados con mucho cuidado.

Revivió de nuevo el momento en el que Julia le agarró por las solapas y le besó por última vez. Y casi pudo sentir cómo ella le metía esos papeles en su bolsillo, sin que él se diera cuenta.

Martín los desdobló y los leyó.

Laura miró a Martín después de leer los documentos que él había encontrado en su bolsillo, sin decir nada.

—¿Qué crees que significan? —preguntó él.

—No lo sé.

—Y la firma… ¿es auténtica?

Laura asintió.

—Es la de Óscar, el médico que reunió a todos los sospechosos en la isla. Y según esto… —dijo mientras volvía a mirar los documentos. De repente, su rostro se iluminó—. Martín, el novio que tuvo Julia, el abogado que murió, ¿sabes a qué especialidad se dedicaba?

—Ella dijo que estaba especializado en adopciones, ¿por qué?

—Porque si es así, se explican muchas cosas…

Martín observó algo muy extraño. Cuando su amiga daba con la clave de un enigma, normalmente resplandecía. Por el contrario, en esta ocasión, su rostro aparecía sombrío, como si la tormenta que estaba desapareciendo en el exterior bullera ahora en su cabeza. En cualquier caso, y como muy bien sabía, iba a ser inútil preguntarle nada.

—Pero no lo explica todo. Hay cosas que sigo sin entender, porque el asesino debía saberlas… Y sin embargo…

Mientras hablaba, Laura se levantó y comenzó a guardar todos los documentos que tenía esparcidos a su alrededor en el bolso. Al abrirlo, algo cayó al suelo produciendo un fuerte estrépito. La videocámara que le regalaron en su boda, la misma que Laura había intentado usar en un par de ocasiones con tan poco éxito.

—¡Ay, no! ¡Lo que me faltaba! ¡Con lo cara que le debió costar a la tía Mari! Pobrecilla… —se lamentó mientras se agachaba a recogerla.

—No parece que se haya roto…

—No, creo que no —contestó Laura, sosteniéndola entre sus manos.

Martín le dio la tarjeta de memoria que le había guardado hasta ese momento.

—Toma, pruébala con esto a ver si funciona —le dijo.

Laura insertó la tarjeta. Luego encendió la videocámara y pulsó el botón de play. Algunas imágenes que había grabado pudieron verse en el visor de la cámara. Jacobo miraba a cámara, sonriente, en la habitación del hotel. Laura lo enfocaba y luego el plano cambiaba. Ahora podían verse unas cuantas tomas del panorama que se veía desde su habitación: los acantilados, el viejo edificio… y gaviotas. Muchas gaviotas. Las imágenes podían haber sido muy bonitas si la imagen no temblara tanto. Parecía que habían sido grabadas por un borracho que fuera en un jeep con la suspensión rota en plena competición del París-Dakar.

—Ha sobrevivido al golpe, pero no sé si hará lo mismo con las imágenes. Me estoy mareando sólo de mirarlas —dijo Laura—. Menos mal que Jacobo tiene un amigo que montará el vídeo y borrará todo aquello que…

De repente, Laura calló. Sintió como si alguien le hubiera vaciado una cubitera llena de hielo en la espalda. Una tensión insoportable recorrió todos los músculos de su cuerpo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Martín.

—La videocámara. Se pueden borrar los planos que no me gusten y dejar los buenos. —Laura clavó los ojos en los de su compañero—. Martín… ¡es así como funciona!

—Pues claro que funciona así. Eso no es ningún descubrimiento —contestó, sin entender nada.

—Sí, sí que lo es. Es así como todas las piezas encajan. —Le miró decidida—. Creo que habrá que ir despertando al resto. Ya es hora de que se sepa toda la verdad. Quiero presentarles al asesino.

Día 4

Érica fue la primera en entrar en el salón. Cualquier otro día le hubiera costado media hora arreglarse para hacer una entrada digna de ella, pero esa mañana había decidido no maquillarse y ponerse la única ropa informal que había llevado, unos vaqueros y una sencilla camiseta blanca. Claro que los vaqueros eran unos Gucci que le habían costado casi tres mil dólares la última vez que había viajado a Nueva York, y había pagado más de cien euros por la camiseta sin adornos de Calvin Klein, que, por otro lado, no se diferenciaba a la vista en nada de cualquier otra camiseta blanca que pudiera encontrarse en una tienda de baratillo. No había podido conciliar el sueño en toda la noche. Al igual que Laura, también se había percatado de que la tormenta estaba amainando y probablemente al día siguiente podrían salir de la isla. Pero no era una perspectiva muy halagüeña: en cuanto le viera, tendría que decirle la verdad, acerca de su niño y acerca de su matrimonio. El primero no había llegado a existir. El segundo, había dejado de hacerlo hacía tiempo. Contempló intrigada cómo había varias sillas colocadas en semicírculo. Tomó asiento en una de ellas, mientras se servía café y una tostada que alguien había colocado en una mesita baja.

El segundo en entrar fue Rodrigo. Al contrario que Érica, se había esmerado más que nunca en su aspecto. Se había afeitado a la perfección la barba de varios días que le confería su característico aspecto de erudito y se había peinado hacia atrás, al estilo de un ejecutivo de una gran empresa, como si su trabajo consistiera en predecir las fluctuaciones de los mercados bursátiles en vez de adivinar la autenticidad de ciertos fenómenos paranormales. A Érica le dio la sensación de que el hombre se había vestido de etiqueta para una gran ocasión. Pero ¿qué gran ocasión era ésa? Rodrigo se sentó en otra de las sillas, dedicándole un escueto saludo, y, a continuación, sacó de su cartera una fotografía que contempló ensimismado. Su compañera pudo ver de refilón que se trataba del retrato de una mujer rubia que sonreía

mirando a cámara. La foto parecía tener muchos años, y estaba bastante maltratada, probablemente por el uso constante que debía de darle Rodrigo. La enigmática mirada que éste le dirigía hizo que Érica venciera todos los reparos que le provocaba el que pudiera pensar que era una entrometida.

—¡Qué guapa! —le dijo—. ¿Quién es?

—El único fantasma que he conocido —contestó él, sin dar más explicaciones.

En ese momento Claudio y Emilia entraron en el salón, llevando cada uno una bandeja sobre la que habían colocado jarras de zumo de naranja, piezas de fruta y repostería variada.

—¿Qué es todo esto? —les preguntó Érica, intrigada—. Martín, el policía macizorro, vino a buscarme y dijo que teníamos que bajar todos lo antes posible.

—Tampoco sabemos mucho más, salvo que Laura hizo lo mismo con nosotros. Vino a buscarnos a nuestra habitación y nos dijo algo parecido —contestó Emilia.

Por la mirada maliciosa que le dirigió Érica, se dio cuenta demasiado tarde de que la primera persona del plural que había utilizado en su frase los había delatado. Porque, efectivamente, ella y Claudio habían pasado la noche juntos. Emilia quiso aclarar que ese «nosotros» excluía tanto una posible relación sexual como cualquier tipo de proyecto en común entre ambos. Iba a abrir la boca, azorada por el descuido, cuando miró a Claudio y comprobó el embarazo que también a éste le habían producido sus palabras. Le hizo gracia ver que el cocinero bajaba la vista avergonzado y casi dejaba caer la bandeja con todo el desayuno. Y fue entonces cuando comprendió cuánto lo quería.

La noche anterior, él había ido a buscarla a su habitación, ofreciéndose a dormir en la butaca, para que Emilia no se sintiese sola y para prevenirla de un posible ataque por parte del asesino.

—No sé si es buena idea, Claudio. No es seguro para ninguno de los dos. ¿Y si uno de nosotros resulta ser el criminal? —le preguntó ella, escarmentada de las dos últimas veces que se había fiado de un hombre.

—Nunca le harías daño a nadie —contestó él, como si Emilia hubiese dicho una tontería.

—Pero no tienes manera de saberlo —repuso ella. En realidad lo que le quería decir era que, a pesar de que se sentía muy atraída por él, era a ella a la que le resultaba imposible estar cien por cien segura de su inocencia. Podía responder por ella, claro, sabía que no había matado a nadie. Pero ¿y él?

—Correré el riesgo. No me importa —le dijo él, confiado.

Y de repente, sin ninguna explicación racional, Emilia supo que ella también podía confiar en él. Abrió del todo la puerta de la habitación y le dejó entrar. Claudio se dirigió al pequeño sofá de dos plazas que había en una esquina e hizo ademán de recostarse en él, pero Emilia, que a su vez se había tumbado en la cama, le indicó con un par de palmadas en la colcha que le hacía un sitio a su lado. El cocinero se acostó junto a ella, mientras Emilia apagaba la luz. Y así como Claudio había necesitado un gesto para acudir y tumbarse junto a ella, no esperó a ninguna señal o invitación por su parte para comenzar a desnudar su alma, para contarle con pelos y señales los años pasados en la cárcel, pagando por un crimen que no había cometido. Le explicó que había experimentado dos tipos de soledad: la que, estando recluido, siente un inocente cuando está rodeado de culpables; y la que, ya en libertad, siente un inocente cuando todos le creen culpable. Le contó cómo, al salir, se había apuntado a decenas de asociaciones intentando conocer gente y hacer amigos. Estuvo yendo a reuniones de clubes de lectura en las que se sintió tonto de remate. También se apuntó a cine fórums en los que le sucedió todo lo contrario: todos sus integrantes le parecían completos idiotas, personas cuyas experiencias vitales más intensas eran las que habían vivido vicariamente gracias a películas de arte y ensayo de las que hablaban como si fuesen verdades absolutas. A todos ellos les deseaba que pasaran una sola noche en la cárcel y que luego le dijeran en serio si las películas de Wong Kar Wai eran una de las experiencias más «emocionalmente perturbadoras» que uno podía sufrir en la vida. Le habló por supuesto de su intento de acercamiento a los amigos de la montaña y de unas clases de cocina para Thermomix a las que también había asistido. Claudio no tenía ese aparato milagroso, pero eso no le importaba: había escuchado hablar con tanta pasión a sus usuarios, como si todos ellos compartiesen un secreto vital que los unía con lazos de acero, que decidió fingir que tenía uno y ver si así le admitían en la «secta». Por último, terminó enseñándole su carnet de miembro de la peña de amigos de Asturias. Emilia se sorprendió, no sabía que Claudio fuese asturiano. Y él le aclaró que no lo era, que se apuntó a la asociación cuando vio un anuncio en un papel pegado a una farola cerca de su pensión. Lo que le llamó tanto la atención en él, animándole a inscribirse, fue la palabra «amigos». Que fuesen de Asturias o de Palencia era lo de menos, le daba absolutamente igual. Por último, también le habló de sus intentos de suicidio, y de cómo el anónimo le salvó la vida en el último momento.

—Y he descubierto algo que no esperaba. Ya no me importa saber quién mató a Susana —dijo Claudio, sopesando si debía decirle lo que estaba

pensando. En otras circunstancias, no se hubiera atrevido a seguir hablando, pero la oscuridad que los envolvía y la cercanía que les había provocado todos los peligros a los que habían sobrevivido aquellos días hicieron que se lanzara —. Desde que te conocí, lo único que quiero es olvidar todo lo que pasó. Y sólo deseo estar contigo.

Emilia no pudo verle los ojos pero sentía su mirada clavada en ella. Se dio media vuelta y abrazó a Claudio con fuerza. Buscó sus labios en la oscuridad y los besó. Y así, fundidos en un abrazo, sin moverse, pasaron la noche.

Tras recordar lo que habían compartido, Emilia sonrió para sí y se guardó la explicación que tenía preparada para Érica. Se agachó para dejar la bandeja que llevaba en otra de las mesitas, a la vez que le guiñaba un ojo a Claudio, dándole a entender que no le importaba lo que pensaran los demás, que ella lo que quería de ahora en adelante era estar con él y punto. Y por si quedaba alguna duda al respecto, se acercó a él, le agarró la mano y le dio un rápido beso en los labios.

Pocos segundos después llegaron Ángel y Roberto, casi a la vez. Ángel miró intrigado la curiosa disposición de las sillas en medio círculo. Le recordó a los programas de debate de televisión a los que se veía obligado a acudir para explicar los puntos de su programa electoral. Los periodistas se sentaban en círculo en torno a él y comenzaban a asediarle con preguntas. Pensó que en breves horas se vería obligado a estar en medio de otro de ellos, y explicar el porqué de su presencia en la isla y su relación con los crímenes allí cometidos. Pero más que temor por las consecuencias políticas que pudieran derivarse de dichas revelaciones, lo que sentía era ansiedad, ansiedad por que ese momento llegara cuanto antes, ansiedad por poder decir la verdad de una vez y liberarse, como le había ocurrido cuando contó su historia a Laura y a Martín.

Roberto no disimuló su rabia al ver juntos a Emilia y a Claudio. En cuanto entró en la habitación, ella soltó la mano del cocinero, pero por la incomodidad que demostraban en presencia del abogado era evidente que algo había ocurrido entre ambos.

Morales llegó seguido de Martín. Cuando éste abrió la puerta de la habitación en la que lo habían encerrado la noche anterior, lo encontró en la misma postura en la que lo dejaron. Una vez que Martín le dijo que debía acompañarle, no le preguntó la causa de su requerimiento, simplemente se limitó a obedecer. Mientras tomaba asiento, no pudo evitar notar la extraña mirada que Rodrigo le dirigió.

Apareció Olivia, con Bosi en brazos. Desde que murió Bogdana, la joven no había soltado al animal. El perrillo, sintiendo el miedo de su dueña, ladraba a cualquiera que se acercara a ella, así que se había terminado por convertir en una excelente alarma «antiasesinos», aunque había resultado algo molesto las noches que habían tenido que dormir juntos.

Finalmente entró Jacobo, acompañado de Laura. Todavía le costaba caminar, por lo que iba del brazo de su esposa. Ésta, después de su noche en vela, había subido a su habitación a despejarse la cara con un poco de agua. Las horas pasadas leyendo los documentos que habían encontrado en la habitación subterránea la habían dejado exhausta. No había tenido tiempo para descansar antes de que comenzara el acto final de la tragedia en la que se habían visto inmersos, pero no importaba, la incógnita por cómo se iban a desarrollar las cosas durante la siguiente media hora, la mantenía despierta.

Jacobo tomó el único asiento que había quedado libre. Laura, sonriendo al resto, se quedó de pie, en el centro del semicírculo que formaban las sillas. No podía quitar la vista de la bollería que había sobre las mesitas bajas, pero se contuvo. No podía empezar su discurso final farfullando con la boca llena o hablando entre bocados. Comenzó a hablar.

—Les he reunido aquí esta mañana porque quería hacerles saber que por fin he sabido encajar todas las piezas de este enigma, que he descubierto la identidad del asesino.

Se hizo un silencio sepulcral en la habitación. Ni Moisés bajando de la montaña con los Diez Mandamientos pudo causar tanta expectación.

—¿De verdad? —rompió el hielo Érica.

Laura asintió.

—Y para llegar a entender la serie de crímenes que nuestro asesino ha cometido es necesario que retrocedamos unos cuantos años en el tiempo, a la época en la que Susana, la ornitóloga, su hermana —prosiguió, fijando sus ojos en ella— vivía aquí en la isla.

»En realidad sabemos muy poco de su vida. Sólo que vino a la isla tras pasarlo mal por la muerte de su novio en un accidente de coche. Aquí se dedicó al estudio de las gaviotas, y sabemos por sus cuadernos de notas y diarios que estuvo siguiendo la evolución de dos ejemplares, a los que llamaba A y B, y que resultaron ser madre e hija. Llegó a separarlos del resto de la bandada y estudió su comportamiento durante el tiempo en el que no mantuvieron contacto.

—¿Qué tienen que ver esos pájaros con esta historia? —preguntó Ángel.

—Todo. Fueron precisamente sus observaciones sobre los pájaros lo que la llevó a descubrir el terrible secreto que ocultaba el sanatorio que dirigía su amiga Celia Busquets, un secreto que estaba relacionado con un peligroso psicópata que había estado matando niños durante la década de los setenta, el Flautista. Y ese descubrimiento fue la causa de que la asesinaran mientras estaba encerrada en el faro, con la puerta atrancada y con todas las ventanas protegidas por gruesos barrotes por los que era imposible que cupiera ningún hombre o mujer. A resultas de ello, una persona fue acusada por ese crimen y pasó varios años de su vida en la cárcel.

Todas las miradas se dirigieron a Claudio. Emilia estaba a su lado y le cogió la mano, cariñosa. Roberto, al verlos, saltó como una fiera.

—La policía ya demostró en su día cómo ocurrió todo. Claudio mató a Susana cuando entró al faro, antes de que el resto llegase al salón —dijo Roberto, rabioso.

—Entonces, ¿por qué se preocupó tanto el asesino cuando, veinte años después, un médico que trabajaba en el sanatorio de Celia reunió a todos los implicados en aquella muerte para descubrir lo que realmente había ocurrido? Si la verdad ya había salido a la luz, ¿de qué podía tener miedo el criminal? No. En su día Claudio fue detenido porque la policía pensó que no podía haber otra manera de que el asesino hubiera cometido el crimen. Pero el hecho es que sí la había. El problema es que era una manera tan inimaginable que nadie en su sano juicio podría haber contemplado algo así. Pero si me permiten abusar de su paciencia, me gustaría dejar la resolución de este crimen para el final. Si les contara ahora cómo sucedió todo no serían capaces de entenderlo y las dudas que suscitaría serían muchísimas, más incluso que si no les dijera la respuesta a ese enigma.

»De momento, vamos a quedarnos con el dato de que Susana no fue asesinada por un arranque pasional de Claudio, sino que murió a causa de ese terrible secreto que descubrió en el sanatorio, el que tenía que ver con el Flautista, el asesino en serie que mataba niños. Veinte años después de ese crimen, Óscar Blasco, que, como ya sabemos, fue médico en el sanatorio por aquella época, decide rescatar del olvido ese viejo suceso y tratar de descubrir la verdad. Y la verdad es que, tal y como nos ha contado Morales, que investigó en su día los crímenes del Flautista, la identidad del psicópata era un tema bastante incómodo. Se trataba de una mujer, llamada Blanca, y era pariente de una familia con tanto poder e influencia que, en aquellos años, 1975 y 1976, no podía permitirse que la opinión pública supiese que uno de sus miembros estaba involucrado en unos crímenes tan horribles.

—Pero ¿quién era esa mujer? —preguntó Rodrigo, deseando dar respuesta a la pregunta que lo había atormentado desde hacía treinta años—. ¿Pertenecía a un círculo cercano al régimen? ¿Era pariente de algún industrial con dinero para comprar a la policía y a la justicia?

Laura negó con la cabeza. Rodrigo siguió insistiendo.

—¿Alguien de la nobleza?

Laura asintió.

—¿Estaba casada con un conde? ¿Un duque? ¿Algún principal de España?

A cada pregunta, Laura indicaba hacia arriba con los ojos, queriendo dar a entender que debía seguir ascendiendo por la escala de los grandes y excelsos de la nación, ya que la identidad del Flautista se hallaba en la cúspide de esa pirámide.

—Pero más arriba ya no hay… —dijo Ángel, cuando súbitamente comprendió. Todos comprendieron—. ¡Sí que lo hay!

—¿Se está refiriendo a alguien de… a alguien de la Familia…? —preguntó Olivia, que de la impresión casi desnuca a Bosi, a quien agarraba cada vez con más fuerza. La gallega no se atrevió a terminar la frase, como si, de hacerlo, varios agentes del servicio secreto, vestidos de negro y con gafas de sol, fuesen a entrar de improviso en la habitación y llevársela a la fuerza y evitar así que revelara un secreto de Estado para el que no existieran derechos fundamentales que valieran para su preservación.

Laura asintió.

—Recuerden que eran los años 1975-1976. Cuando se supo la identidad del Flautista estábamos en pleno proceso de transición a la democracia. Imaginen el revuelo que hubiera causado el que se hubiese sabido que la familia sobre la que caía toda la carga de esa operación estaba emparentada con una asesina de niños indefensos.

—Pero ¿era familia muy muy cercana? —preguntó Érica, devorada por la curiosidad.

—Lo era. Pero, sólo en este punto, voy a ser discreta y no voy a revelar el grado de parentesco —dijo Laura, contagiada por el respeto con el que siempre se había tratado a esa familia—. A mí es una gente que me cae muy bien y que nunca ha dado que hablar. El caso es que se echó tierra sobre ese asunto y se debió llegar a una especie de acuerdo. Blanca no iría a la cárcel, pero debería pasar el resto de su vida bajo supervisión psiquiátrica. ¿Y qué mejor sitio que el sanatorio de Celia Busquets, que ni siquiera parecía una institución psiquiátrica sino un hotel? Así que aprovecharon un viejo refugio construido durante la época de la Guerra Civil para acondicionar una

habitación en la que Blanca pudiera ser tratada sin que el resto de los internos supiera de su existencia, aunque no siempre pudo ser así. —Laura miró a Ángel.

El político sonrió con tristeza, recordando al amigo al que habían sometido a tratamientos de electrochoque para que olvidara la existencia del paciente 21. Al fin, años después, iba a hacerse justicia, precisamente recordando la historia que de manera tan horrible le habían obligado a borrar de su cabeza.

—Óscar era uno de los médicos que trataban a Blanca, aunque imagino que Celia se guardaría muy bien de dar a conocer su identidad. Y sin embargo, una vez que Susana murió y Claudio fue arrestado por el crimen, Óscar debió sospechar que el asesinato podría estar relacionado con la paciente que tenían encerrada bajo el césped del jardín. ¿Y si Susana había sabido de su existencia y había muerto a causa de ello? Pero no tenía manera de descubrir la verdadera identidad de Blanca: después de la muerte de la ornitóloga, Celia cerró el sanatorio y nadie más pisó esta isla hasta casi veinte años después. Supongo que Óscar habría estado investigando por su cuenta todos estos años, y de alguna manera consiguió acceder a algún archivo clasificado del Ministerio del Interior en el que se contaba la verdad acerca del Flautista.

—¿Cómo sabe que accedió a esos archivos?

—No lo sé a ciencia cierta, pero lo puedo suponer por la pinta que tenía la carpeta que encontramos en la maleta de Óscar —dijo Laura.

La fuerte voz de Morales intervino en ese momento. Como siempre que hablaba, Laura se sobresaltó.

—Tiene razón. Esa carpeta provenía del Ministerio del Interior, si es la misma con la que les vi a ustedes en recepción. Lo que no entiendo es cómo llegó a manos del médico. Era un expediente clasificado, nadie puede acceder a él.

—Seguramente Óscar pagaría a alguien del ministerio para conseguirlo, no hay otra explicación —afirmó Jacobo.

Emilia miró a Morales. Estaba jugueteando nerviosa con uno de los cojines que había sobre las butacas. En ese momento cayó en la cuenta de algo.

—Pero entonces… si usted fue uno de los policías encargados de borrar las huellas que conducían a la identidad del Flautista, ¡tuvo que ser usted quien me envenenó para quitarme esa carpeta y que no se supiera toda esa historia! —consiguió decir. En su interior batallaban la rabia que le provocaba el haber encontrado una causa para su envenenamiento con la vergüenza que le

producía el hecho de acusar a alguien de un intento de asesinato, aunque fuese el suyo y estuviese totalmente legitimada para hacerlo.

—No, se equivoca. Es verdad que de haber podido le hubiera quitado el expediente, de hecho estaba planeando cómo robarlo. Pero no me dio tiempo a hacerlo, alguien se me adelantó. Y yo no la envenené, créame —dijo Morales. Su voz sonaba igual de monolítica que siempre, pero cierto brillo en su mirada podía sugerir que estaba diciendo la verdad.

—Él tiene razón —intervino Laura—. La persona que la quiso envenenar y le quitó el expediente es la misma que cometió los crímenes. Y Morales es culpable de muchas otras cosas, pero no de estos asesinatos. Pero prosigamos con la llegada del médico a la isla. Tras mandar las invitaciones a todos y cada uno de los involucrados en el asesinato de Susana, Óscar Blasco vino aquí a primera hora de la mañana, el mismo día que llegamos todos. Como no encontró a Emilia en recepción, dejó las maletas en la habitación que le habían asignado y fue hasta el faro para ver de nuevo el lugar en el que se cometió el crimen veinte años atrás. Por eso Érica primero, y nosotras después, encontramos la puerta abierta: el hombre debía conservar una llave de la época en la que vivió aquí. Luego volvió al hotel, más o menos a la hora en la que estábamos comiendo, Santiago pudo atestiguarlo cuando le preguntamos: alrededor de las cuatro, el médico estaba todavía vivo. Lo siguiente que supimos de él es que llevaba unas tres horas muerto cuando lo encontramos en la Cala del Santo, después de la sesión de espiritismo. Eso fue a las diez de la noche, con lo que la hora aproximada del crimen tuvo que ser alrededor de las siete. Pero aquí viene otro misterio en apariencia tan impenetrable como el del crimen de Susana: todos los que nos encontrábamos en la isla podíamos dar cuenta de nuestros movimientos en todo momento, todos teníamos una coartada. La Cala del Santo se encuentra a unos seis kilómetros de aquí: es decir, se tardaría unas dos horas en recorrer a pie los doce kilómetros que suman la ida y la vuelta desde el hotel. Acelerando el paso, e incluso corriendo, podríamos reducir ese lapso de tiempo a la mitad, hasta dejarlo en una hora. Pero seguimos teniendo el mismo problema: todas las coartadas cubren los movimientos de los sospechosos durante toda la tarde. Así que nos quedaban dos opciones: o el asesino era un extraño, teoría que ya hemos descartado, o el asesino es uno de nosotros, y se las arregló para asesinar a Óscar sin que se notara su ausencia en el hotel.

—Pero ¿cómo lo hizo? ¿Uno de nosotros tiene un gemelo? —comenzó a decir Ángel. Conforme formuló esta teoría, su cara se iluminó—. ¡Tiene que ser eso! ¡Es lo único que explicaría cómo pudieron cometerse los crímenes!

Uno de los hermanos pudo ir hasta la Cala del Santo mientras el otro se quedaba a la vista de todos en el hotel. Y con respecto a Bogdana, ¡tres cuartos de lo mismo! ¡Sólo así pudieron matarla mientras todos estábamos escuchando sus gritos a través de la estación de radio!

Los demás asintieron a la teoría formulada por el político, ya que tenía toda la lógica del mundo. Además, la expresó con tal convicción y entusiasmo que hasta les hubiera dado reparo sacarlo de su error. Pero Laura negó con la cabeza.

—Las cosas podían haber sucedido así, pero el caso es que no. No existe ningún hermano gemelo, y a Óscar lo mató uno de los que estamos reunidos en esta sala. Y para entender el cómo, es preciso que recordemos otro de los misterios clave de nuestra historia, el mapa de la isla que encontró Bogdana entre la ropa que iba a echar a lavar. Ese mapa no sólo explicaba cómo se cometió el primer crimen, sino que el hecho de encontrarlo y adivinar qué uso se le había dado supuso una sentencia de muerte para la fiel servidora de Emilia.

Olivia la miró sin entender nada.

—Yo vi ese mapa y no tenía nada de misterioso. Era un dibujo de la isla con un montón de flechas alrededor. No había nada escrito…

—Se equivoca. Ese mapa tenía una particularidad única. Permitía al asesino matar a su víctima en un lugar de la isla y hacer que el cadáver apareciera en otro punto completamente distinto —explicó Laura con una sonrisa.

Conforme fueron entendiendo, una expresión de asombro se fue dibujando en la cara de todos sus oyentes.

—¡Era un mapa con las corrientes marítimas que rodean la isla! —dijo Emilia, atónita por la revelación.

La policía asintió.

—Dimos por hecho que el lugar en el que encontramos el cadáver fue el escenario del crimen, pero estábamos equivocados. El asesino debió de ver a Óscar cuando éste se dirigía al hotel después de haber pasado la mañana en el faro. Y debía de estar muy nervioso, sabiendo que el médico quería descubrir lo que había ocurrido hacía veinte años, que iba a desenmascararle, por lo que seguramente habría estado al acecho toda la mañana, esperando el momento de quedarse a solas con él antes de que tuviera ocasión de hablar con los demás. Así que imagino que a las cuatro de la tarde, cuando se encontró con él, lo citó en el pequeño acantilado que hay detrás del viejo edificio situado junto al hotel.

Al oír hablar de ese acantilado, Jacobo no pudo evitar removerse nervioso en su asiento al recordar que era el escenario de la pesadilla en la que había visto saltar a Laura bailando al son de la melodía del Flautista.

—Óscar acudió a la cita, ignorante del peligro que le acechaba. Él sabía que uno de ustedes era un criminal, pero todavía no había averiguado quién. Y fue allí, en ese acantilado, donde el asesino le mató con el punzón (igual que muere el niño cuyo nombre empieza por la O en los dibujos de Gorey), y luego arrojó su cuerpo al mar sabiendo que en unas horas las corrientes depositarían su cadáver en los alrededores de la Cala del Santo. La profundidad del mar que rodea la isla por ese lado es muy grande, por lo que no había peligro de que el cadáver se dañara al golpearse con las rocas o se viera arrastrado hacia el fondo. No tendría por qué presentar señales que indicaran que, una vez muerto, el cuerpo había hecho un último viaje de cerca de seis kilómetros. La autopsia únicamente revelaría que Óscar llevaba muerto unas dos horas cuando lo encontraron, teniendo en cuenta, claro, que la fría temperatura del agua en la que estaba inmerso aceleraría el proceso del *rígor mortis*. El asesino sólo tuvo que volver a entrar en el hotel después de haber cometido el crimen: no le llevó más de tres minutos hacerlo. Por eso no se le echó en falta. Por eso todos teníamos coartada.

Claudio miró a Laura con extrañeza.

—Pero hay algo que no encaja en su teoría. El arma del crimen. La encontraron ustedes al lado del cadáver. Es imposible que el agua arrastrara ese punzón también hasta allí.

—Es verdad —dijo Emilia—. De hecho, el punzón fue la causa por la que dimos por hecho que esa cala había sido el lugar del crimen.

—El asesino pudo volver luego para dejar allí el punzón. Mientras estábamos en la sesión de espiritismo, por ejemplo —dijo Érica—. Yo creo que Laura tiene razón. Mata a Óscar sobre las seis, y tira su cuerpo al mar para que lo arrastre la corriente y se lo lleve lejos de allí. Cuando se encuentra el cadáver, todo el mundo ve que lleva varias horas muerto, y que a la hora aproximada del crimen el asesino tenía una coartada irrefutable. Pero para que su plan funcione, para que nadie llegue a pensar lo que hemos deducido ahora, que en realidad el escenario del crimen fue otro, necesita dejar una prueba incontestable en él, el arma del crimen. Sólo así daríamos por hecho lo que él quería. Así que tiene que volver y dejar allí el punzón.

—Pero entonces sólo pudo hacerlo antes de que llegarais vosotros a la cala —observó Claudio mirando alternativamente a Laura, Jacobo y Emilia—. Es decir, mientras tuvo lugar la sesión de espiritismo.

—Lo que nos dejaría a unos cuantos libres de toda sospecha, ya que teníamos coartada durante ese tiempo, estábamos contactando con los espíritus —dijo Rodrigo—. Laura, Jacobo, Emilia, Érica y yo no pudimos ir a dejar allí el arma del crimen.

Los ojos acusadores de todos se dirigieron a Ángel y Roberto.

—Eso son tonterías, yo no he matado a nadie —saltó este último, mirando rabioso al cocinero—. Aunque harás cualquier cosa por demostrar lo contrario, ¿no?

Laura decidió intervenir antes de que los dos rivales por el amor de Emilia comenzaran a arremeter de nuevo el uno contra el otro.

—No comencemos a acusar a nadie todavía. He explicado cómo mataron a Óscar Blasco, el médico. Pasemos ahora al crimen más inexplicable de todos los cometidos en la isla, el asesinato de Bogdana. Cometimos otro error que nos hizo avanzar en la dirección equivocada, como nos ocurrió con el primero. En éste dimos por hecho que el escenario del crimen fue el lugar donde encontramos el cadáver. Falso. Asumimos que la muerte ocurrió cuando escuchamos a Bogdana gritar. Falso también. No fue en ese momento cuando la mataron, y establecer esa hora del crimen errónea permitió al asesino salirse con la suya y no ser descubierto.

—Nosotros no establecimos nada. Escuchamos cómo la mataban… ¿o nos va a decir ahora que oímos una grabación o algo así?

Laura negó con la cabeza.

—No. Pero vayamos por orden. Según nos contó Olivia, Bogdana encontró casualmente el mapa que le había servido al asesino para conocer las corrientes de la isla y comprendió cómo se había llevado a cabo el primer crimen. Poco después, aprovechando que Emilia había olvidado en el faro sus pastillas para las migrañas, decidió ir a buscarlas, y fue entonces cuando el asesino la mató, mientras nosotros lo escuchábamos a través de la estación de radio de onda corta que comunica el hotel con el faro. Pero ¿qué es lo que ocurrió realmente? No sólo hay que responder a la pregunta de cómo pudo ser asesinada mientras el resto de las personas implicadas estábamos a kilómetros de distancia, sino que hay otra cuestión igual de enigmática y que pasamos por alto, sin darle ninguna importancia. ¿Por qué Bogdana se empeñó en que nadie la acompañara en su excursión al faro? Todos sabemos que sentía devoción por usted, Emilia, y que hubiera hecho lo que fuera por satisfacerla, por eso se ofreció a ir a buscar sus pastillas. Pero ¿por qué quería hacerlo sola? ¿Qué ganaba con ello?

—Ella misma lo dijo, no se fiaba de nadie, es normal que no quisiera ir acompañada —apuntó Rodrigo.

—Pero el que la hubiera acompañado, de ser el asesino, no podría haberla matado sin descubrirse. No, Bogdana podría haber ido acompañada con toda tranquilidad. De hecho, dado su carácter supersticioso, sombrío y asustadizo, es lo que hubiera preferido. Pero claro, eso no convenía ni a los planes del asesino ni a los suyos propios. Ya que en este crimen, víctima y verdugo estaban confabulados —sentenció Laura.

—¿Bogdana y el asesino eran cómplices? No puede ser… —dijo Emilia, incrédula.

Laura prosiguió, asertiva.

—Estaban confabulados para llevar a cabo una representación que nos engañara a todos, aunque ambos tenían motivos muy distintos para participar en ella. Bogdana no sabía que estaba tomando parte en una maniobra cuyo último objetivo era terminar con su vida. El fin del asesino era deshacerse de Bogdana: cuando aquél cayó en la cuenta de que había dejado un cabo suelto, el mapa, y que Bogdana lo había descubierto, debió de acercarse a ella contándole un cuento, proponiéndole un plan con el que desenmascarar al asesino… sin decirle que era él mismo, claro. Bogdana debía ir al faro sola, y desde allí, utilizando la radio de onda corta, debía contactar con nosotros. Una vez que se asegurara de que la estábamos escuchando, debía comenzar a recitar su papel. El asesino, como un director escénico en una obra de teatro, la había convencido para que dijera que había encontrado algo clave que podría explicar la muerte de Óscar. Tenía que exclamar, a voz en grito, que sabía quién era el asesino y que tenía las pruebas de cómo se había cometido el crimen el día anterior. Y mientras ella gritaba, todo según el falso plan con el que el criminal había enredado a Bogdana, él observaría las reacciones de los presentes, fijándose en algún gesto de nerviosismo que delatara al criminal, obligándole a dar un paso en falso. Bogdana creía que estaba tendiendo una trampa al asesino… y no pudo prever que la trampa se la habían tendido a ella misma. Así que, después de declamar sus frases, se quedó a la espera de que su cómplice apareciera para revelarle los resultados de su experimento y, luego, actuar en consecuencia. Lo que no pudo prever es que cuando éste apareció en el faro, la golpeó hasta matarla, usando el cenicero con forma de oso, como en los dibujos de Edward Gorey.

Todos la miraron incrédulos.

—Pero si todos estábamos en el hotel cuando usted y su marido fueron al faro para ver qué había ocurrido con Bogdana. Ustedes cubrieron un lado de

la isla, y Emilia, el otro. ¿Cómo pudo llegar cualquiera de nosotros antes que ustedes y matarla?

—Porque no fue por tierra. Fue por mar. Usando la zódiac que hay en el almacén junto al embarcadero —aclaró Laura.

—Eso no puede ser, no había combustible —dijo Emilia—. Cuando fuimos a buscarla, la fueraborda estaba seca. Y en la isla no quedaba más gasolina…

Laura negó con la cabeza.

—Sí, sí que había. Puede que usted no lo supiera, pero ¿no recuerdan el mal humor que tenía Santiago el día que nos trajo? Estaba cargando cosas en su barca y comentó que no le salían las cuentas. Le había desaparecido un bidón y quería que se lo pagaran.

—Su teoría tiene una falla, Laura. El crimen de Bogdana fue un imprevisto para el asesino, éste se vio obligado a matarla cuando ella descubrió el mapa, y eso ocurrió cuando llevábamos más de un día en la isla. Así que… ¿cómo iba a saber que necesitaría el bidón de combustible con tanta antelación? —preguntó Ángel.

—Porque lo robó, no con la intención de usarlo en el crimen de Bogdana, sino para tenerlo en previsión de lo que pudiera ocurrir. Sabía que había una fueraborda oculta en el embarcadero y que le podía venir bien en algún momento para sus planes. O sencillamente para escapar en el caso de que las cosas se pusieran demasiado feas —explicó Laura.

—Pero nadie, ni siquiera yo, sabíamos de la existencia de esa fueraborda —prosiguió Emilia—. Si Martín no llega a fijarse en el pequeño remolque para transportarla, nunca la hubiéramos descubierto.

—Puede que no supiéramos de su existencia. Pero hay que recordar que llevaba años en ese almacén. Muchos de los aquí presentes pudieron haberla visto cuando, de una manera u otra, pasaron por esta isla. —Laura los miró a todos.

—¿Tiene pruebas de lo que está diciendo? ¿De que las cosas han ocurrido tal y como dice? —preguntó Rodrigo.

—Sí. La zódiac no está en el cobertizo. Y doy por hecho que está varada en la Cala del Santo, junto al faro, en el mismo lugar en el que la abandonó el asesino antes de matar a Bogdana.

En ese momento Emilia se dirigió a Laura. Estaba pálida y muy nerviosa. Tanto, que casi no podía sujetar la taza de té que tenía en la mano.

—Laura, ¿por qué no nos dice ya el nombre del asesino? No aguanto un minuto más aquí…

—Emilia tiene razón —dijo Rodrigo—. El hecho de retrasar la revelación de su identidad puede funcionar muy bien como recurso para mantener la tensión, y nuestra atención, en las novelas, pero la realidad es muy distinta. Deje de jugar con nosotros y díganos de una vez quién es.

Laura asintió.

—Está bien. Pero cuando les diga su nombre entenderán por qué no he querido empezar por ahí, por qué era necesario que todos estuviésemos en antecedentes. Y para conocer su identidad seguiremos los pasos que dio Julia, la última víctima del asesino, ya que ella murió justo después de descubrirlo. Julia había sido la amante, durante meses, de Hugo Ventura, un abogado especializado en adopciones que murió de un infarto hace poco. Mientras estaban saliendo juntos, Julia descubrió algo: durante más de veinte años Hugo había estado cobrando unas enormes sumas de dinero que le pagaba Celia Busquets puntualmente cada mes. Julia comenzó a olerse que dicha transacción era motivada por un chantaje al que el abogado estaba sometiendo a la antigua directora del sanatorio de la isla. Y fue para descubrir ese secreto que valía tantos miles de euros por lo que Julia decidió venir a la Isla de las Gaviotas.

»Cuando encontramos los archivos del antiguo sanatorio, Julia se las arregló para entrar en mi habitación e investigar todo aquello relativo al año 1976 que pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto. Y lo encontró. Primero fue una entrada en uno de los registros contables. Se le había pagado a Hugo una cantidad de dinero por los servicios prestados a la clínica. Pero Hugo era un abogado especializado en adopciones. ¿Para qué había recurrido a él Celia?

Laura se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel que enseñó a su público.

—Aquí está la respuesta, en este certificado firmado por Óscar Blasco, el médico. Un documento con el que Julia quiso chantajear al asesino y que, por ello, provocó su muerte, a pesar de que tuvo la previsión de ponerlo en posesión de Martín, sin que éste lo supiera, para que el criminal no intentara nada contra ella, a modo de seguro de vida. Fue también tras leer este documento cuando el cuadro que hay en el gabinete le llamó tanto la atención, no por la autenticidad de la pintura, o por alguna posible relación con la historia del Flautista, sino por la escena que representa el cuadro, sin más. Nos detuvimos tanto en buscar significados ocultos a lo que pudo ver Julia que nos olvidamos de lo más evidente. En la pintura se cuenta cómo la hija del faraón recoge a Moisés tras encontrarlo flotando en el interior de un

cestillo en las aguas del Nilo, adonde su auténtica madre lo había arrojado para salvarlo de la ira del faraón. Y fue eso, el intercambio de un niño, que pasa de unas manos a otras, lo que le dio la clave a Julia. Porque, pensemos en algo… ¿En qué estaba especializado Hugo precisamente?

Se hizo un silencio sepulcral en la sala. Casi se podían escuchar las ruedas en las cabezas de los sospechosos girando para seguir el razonamiento de Laura. Poco a poco pudo verse en sus ojos cómo las dudas se iban disolviendo, dejando a la vista el camino que les estaba abriendo la policía.

—Estaba especializado en adopciones —continuó ella—. ¿Y qué es una adopción? Un intercambio de un niño, que pasa de unas manos a otras, como en el cuadro.

—¿Desde cuándo interviene un niño en esta historia? ¿De quién está hablando? —preguntó Érica.

—Del hijo de Blanca, un bebé al que dio a luz mientras estaba ingresada en el sanatorio. Un bebé que nació en estas mismas paredes y al que arrebataron de las manos de su madre nada más nacer. Fue este certificado de nacimiento, firmado por Óscar el 4 de mayo de 1975, el que tanto valor tenía para nuestro asesino. La familia de Blanca quería olvidarse de su existencia, querían podar por completo esa rama «podrida» de su familia, y no podía permitirse que se supiera que había tenido un hijo, de padre desconocido además. Se corría el riesgo de que toda la historia saliera a la luz. Así que, al estar ingresada en el sanatorio y ser Celia Busquets su tutora ante la ley, hizo los arreglos necesarios para que alguien adoptara a ese niño. Hugo se encargó de los trámites, y, como en todo proceso de adopción, sobre todo en aquella época, el nombre de los auténticos padres de la criatura permaneció en secreto. ¿Y no adivinan quién crió a ese bebé? ¿A quién le puso Celia una casa para que viniera a vivir junto a ella? ¿Y qué mejor manera de controlar que ese secreto estuviese siempre a salvo que dar ese hijo en adopción a su mejor amiga?

—¡Susana! ¡Mi hermana! ¿Ella adoptó a un niño? —preguntó Érica, asombrada.

Laura asintió.

—Los juguetes y los libros que encontramos en la habitación del faro no sólo eran para recordarla a usted Érica, sino que también sirvieron para el bebé que adoptó Susana, a quien, por cierto, nunca le dijeron la verdadera identidad de la madre, ni los crímenes que había cometido.

Érica sacudió la cabeza compungida.

—Mi hermana tenía familia y nunca supe nada —dijo con los ojos empañados—. Así de separadas estábamos.

A pesar de que no era santo de su devoción, Laura no pudo evitar sentir un poco de lástima por Érica.

Claudio también miró a Laura asombrado.

—En todo el tiempo que estuve en la isla, no supe que Susana tuviera ningún niño… Ella nunca me habló de él, ni nunca llegué a verlo.

—Porque durante aquellos meses, no estaba en la isla. Susana lo envió a un internado en un pueblo cerca de aquí —explicó Laura.

—¿Y quién es ese niño? ¿Qué fue de él? —preguntó Roberto muy nervioso.

—Para contestar a esa pregunta no hace falta irse muy lejos. El bebé que tuvo Blanca, el que le arrebataron al nacer para dárselo en adopción a Susana, está en esta habitación —dijo Laura, dirigiendo su mirada a cada una de las caras congeladas por el asombro que no podían apartar la vista de ella. Laura se acercó al grupo, sosteniendo en la mano el certificado de nacimiento—. Su nombre está escrito aquí. Y no es un niño. Es una niña.

Laura se acercó hasta ella, quien la miraba con la misma atención que el resto de los presentes. Le tendió el papel.

—Usted es esa niña, Emilia.

La aludida la miró, incrédula.

—No… no puede ser, Laura, tiene que estar equivocada, yo no sé nada de esta historia, no conocí a Susana, ni había venido nunca a esta isla…

La palidez de su cara y el asombro de su tono de voz no dejaban lugar a dudas acerca de la veracidad de lo que estaba afirmando y de la convicción con la que creía en lo que decía.

—Que usted no recuerde a Susana o no haber vivido en esta isla no significa que no lo haya hecho. Usted vivió aquí cuando era pequeña, y ésa es la explicación para todos los sueños y visiones que ha tenido. El origen de esas imágenes no era sobrenatural, eran simplemente recuerdos que su subconsciente había enterrado y que siempre han estado luchando por salir al exterior —le dijo Laura.

Emilia volvió a fijar su vista en el papel que tenía en las manos. El nombre que había escrito en él no dejaba lugar a dudas. Era el suyo.

—¿Y tus padres? ¿Y tu familia? —intervino Claudio—. Ellos podrán atestiguar que esa historia es absurda.

Emilia habló después de unos segundos, completamente desconcertada. Negó con la cabeza.

—Laura, creo que usted tiene razón. Yo crecí en un orfanato, nunca supe quiénes eran mis padres. Y los recuerdos de allí son los primeros que tengo de mi vida. Algo muy raro, porque por aquel entonces tenía ocho o nueve años.

La policía asintió.

—Tras la muerte de Susana, Celia decidió cerrar el sanatorio y se desentendió de usted: buscó un orfanato donde internarla, esperando que nunca nadie volviera a hablar de esa historia jamás. El hecho de que hubiera olvidado todo lo que pasó, servía a la perfección a sus propósitos.

—Pero ¿cómo se puede olvidar algo tan terrible como un asesinato? —dijo Érica—. Al fin y al cabo, ella era su madre.

Rodrigo se decidió a intervenir llegados a este punto.

—Es un mecanismo psicológico muy frecuente, bloquear los recuerdos que nos hacen daño, como si el hecho nunca se hubiera producido. Es como cuando se reinicia un ordenador, se desactivan todos los programas que se habían estado utilizando.

Emilia seguía anonadada, encajando la información que Laura acababa de darle.

—Así que todo este tiempo, simplemente estaba recordando.

Claudio le sujetó la mano con cariño.

—No me extraña que tu cabeza reaccionara de esa manera, olvidándolo todo…

Emilia miró llorosa a Laura.

—Quería encontrar una explicación a todo lo que me estaba pasando, pero nunca pude imaginar que escondiera una historia tan terrible.

Laura la miró con lástima.

—Pero hay algo más, Emilia. Esa parte de su infancia no son los únicos recuerdos que usted ha bloqueado. Hay más. Muchos más. Usted ha borrado de su memoria todo aquello que podía resultarle desagradable, todo aquello que no le gustaba de sí misma, todo aquello que le repugnaba haber hecho, cosas que le impedirían vivir en paz consigo misma. Como cuando se borran las malas imágenes de una videocámara grabando encima otras mejores.

Martín miró a su compañera. Ahora entendía todo el misterio que se había traído con la videocámara. Sin embargo, Emilia seguía sin entender.

—¿De qué está hablando? Laura, no la entiendo… ¿a qué cosas se refiere?

—Al asesinato de Susana. Y a todas las desgracias que han ocurrido después en su vida, comenzando por el socio que intentó quemarla y terminando en los asesinatos cometidos en esta isla. Usted es la responsable. Es la asesina que hemos estado buscando todo este tiempo.

Emilia acogió esta revelación con una sonrisa de incredulidad. Debía de tratarse de una broma. O igual era que Laura había terminado volviéndose loca.

—¿Está hablando en serio? Usted me conoce, ¿cómo iba yo a ser capaz de hacer algo así? —No pudo evitar que su labio inferior temblara por la tensión.

Claudio se levantó furioso.

—¡Deje de decirle esas cosas! ¡Emilia es incapaz de hacer daño a nadie!

—Sí, sí que es capaz —le dijo Laura, mirando a la pareja con lástima—. Y eso es lo que la parte consciente y, por llamarla de alguna manera, moral, de la mente de Emilia no ha podido soportar nunca. Por eso sufrió desde pequeña ese trastorno de amnesia selectiva.

—¿Ella mató a mi hermana? —preguntó Érica, mirando a Emilia alucinada.

Ésta sacudió la cabeza, aturdida.

—Sí —dijo Laura—. Lo que voy a explicar ahora va a resultar tan nuevo para Emilia como para todos los demás. Tenemos que tener en cuenta en todo momento que ella no recuerda nada de lo ocurrido. Era por esto por lo que quería ponerles en antecedentes antes de hablar. Esta vez, el asesino va a ser el más sorprendido de todos nosotros por sus propios actos.

»Susana aceptó adoptar a Emilia y las dos se fueron a vivir al faro que Celia había acondicionado para ellas. Lo que no podía saber Susana es que ellas mismas se habían convertido en los sujetos de un estudio científico por parte de la directora del sanatorio. Celia no sólo quería estar cerca de la niña para asegurarse de que la historia del Flautista nunca saliera a la luz, sino que tenía la posibilidad de observar sobre el terreno lo que constituía el tema de sus investigaciones científicas. Ángel mismo nos lo dijo: su gran obsesión era averiguar si existe un gen de la locura, y de ser así, si éste puede transmitirse de generación en generación. Separó a Emilia de su madre, con la que no volvió a tener ningún contacto. Si la niña comenzaba a desarrollar algún comportamiento extraño, éste podría atribuirse a su herencia genética.

»Y eso fue exactamente lo que pasó. La niña comenzó a obsesionarse con todo aquello que desviara la atención de su madre adoptiva con respecto a ella, con todo aquello sobre lo que depositara parte de su afecto y su cariño. Por eso fue Emilia la que atacó a las gaviotas que tanto interesaban a su madre, la que destrozó las flores que ella cuidaba, la que hizo desaparecer el perro a quien tanto quería… La niña eliminó todo aquello que consideraba un rival en su vida, a todo aquel de quien sentía celos. Cuando Susana descubrió lo que estaba sucediendo, habló con Celia, quien le siguió ocultando la verdad

acerca del origen de la locura de la niña. Pero la ornitóloga sumó dos y dos cuando su propia historia se vio reflejada en dos de los especímenes de gaviotas que estaba estudiando, y por los que la propia Celia también demostró un gran interés, los pájaros A y B, una gaviota que mantenía un comportamiento antisocial contra su propia bandada y su cría, que siguió las mismas pautas cuando la separaron de su madre. Fue entonces cuando comprendió lo que se ocultaba detrás de la adopción de su propia hija. Lo más seguro es que ella también hubiera oído hablar del misterioso paciente 21 y comenzó a atar cabos. Por eso le llamó a usted, Rodrigo. Susana encontró estos mismos documentos en los que se contaba toda la historia del Flautista y quería destaparlo. Y con toda probabilidad, también estaba interesada en que la niña conociera a su madre, quien seguía viviendo oculta en la isla y a quien nunca había visto. Pudiera ser que al ver a su hija crecida, el cerebro de esa mujer encontrara algo de descanso. Por las notas que Celia escribió acerca de ella, Blanca estaba obsesionada por ser madre. A finales de los años sesenta tuvo un embarazo que terminó en un parto en el que el bebé nació muerto. Fue en ese punto cuando nació su psicosis: no podía soportar ver a niños que habían conseguido lo que el suyo no había podido lograr: nacer y vivir. Por eso comenzó a matar, siguiendo las ilustraciones del libro de Edward Gorey, *Los pequeños macabros*, un libro que de alguna manera la cautivó, ya que en él venían reflejadas todas sus obsesiones.

—¿De verdad creía Susana que esa mujer podía curarse al ver a su hija? —dijo Ángel.

—No lo sé, y nunca pudo comprobarlo. Celia hubiera hecho lo imposible para que la historia no se descubriera, pero es que en la ecuación había un factor al que no le habían dado importancia, a pesar de las evidentes señales de peligro que había ido emitiendo a lo largo de los últimos meses. La propia niña, Emilia.

»El año anterior, cuando Susana comenzó a adivinar que la niña era la responsable de los pequeños atentados que había sufrido, la recluyó en un internado donde estuviese sometida a una estricta vigilancia y donde el contacto con otros niños pudiese atemperar su carácter. Pero Emilia no estaba dispuesta a soportar nada que contrariase sus deseos. Y menos todavía pudo asumir que la hubiesen internado en aquel colegio, lo que tomó como un rechazo y un abandono de su propia madre. Así que un día se escapó de allí y, escondiéndose en la barca de Santiago, vino a la isla, con un único propósito: matar a Susana, la causante de su infelicidad.

Emilia estaba horrorizada por lo que estaba oyendo. Miraba a la policía como si cada palabra le estuviese desgarrando las entrañas.

—La noche del crimen, Susana se encerró en el faro pensando que Celia podía intentar algo contra ella. Pero no imaginó que la principal amenaza provendría de su propia hija. Susana estaba protegida por la gran puerta de roble y por los barrotes que había en todas las ventanas, a través de los cuales no pudo entrar nadie… Ningún adulto, claro. Para un niño no entrañaba ninguna dificultad atravesarlos. Y la ventana de la cocina era la única con las contraventanas rotas. Fue por allí por donde la niña se coló.

—Eso que está diciendo es horrible. Una niña no podría hacer esas cosas… —dijo Olivia, asustada e impresionada por la historia que estaba contando Laura.

—No hay más que leer las noticias para ver los actos de crueldad que los niños son capaces de cometer a veces. Y aquí hay que sumarle un posible trastorno heredado de su madre —objetó Laura.

Emilia no pudo más y estalló.

—¡No puede ser, Laura! ¡Está mintiendo! ¡Yo no he hecho esas cosas!

—Los sueños que tenía acerca de la noche en que murió Susana… usted quería avisarla, pero del peligro que usted misma representaba para ella —prosiguió la policía.

—¡Pero si yo fui la primera víctima de todo esto! ¡El asesino quiso matarme a mí también! —exclamó Emilia.

—Para explicar eso tenemos que recordar de nuevo la naturaleza de su trastorno, tener en cuenta que usted sería capaz de hacer cualquier cosa por conseguir lo que desea o de eliminar cualquier obstáculo que se interponga en su camino. Y a la vez, su mente es capaz de olvidar las acciones horribles que ha cometido para alcanzar dichos fines. Y en su intento de envenenamiento pasó precisamente eso: que usted había borrado de su mente el hecho de que fue usted misma la que puso el veneno en la manzanilla.

—¿Qué está diciendo? ¿Que quise matarme?

—No. Cuando encontramos el expediente del Flautista fuimos a la recepción y allí nos encontramos con Morales. Las dos nos dimos cuenta de que había reconocido el expediente, que sabía cosas sobre el caso. Usted, sin ser consciente de ello, se vio amenazada y planeó su asesinato. Puso veneno en la manzanilla que sabía que iba a tomar, pero no contó con que Claudio se la diera a usted por equivocación. Y como de nuevo había olvidado lo que hizo, la tomó sin ser consciente del peligro.

»Lo mismo ocurrió con respecto a los otros asesinatos. Sólo usted pudo dejar el punzón en la cala cuando fuimos a buscar el cadáver de Óscar. Lo hizo delante de nuestras narices. Y Bogdana le contó que había encontrado el mapa y la manera en la que el asesino se había deshecho de Óscar. Por eso confió en usted por completo cuando diseñó el plan con el que pretendidamente iban a descubrir al asesino, aunque en realidad lo que quería era matarla, claro.

Emilia miró a Claudio, rota por dentro.

—Claudio, te juro que no sé de qué está hablando… —Él le pasó la mano por los hombros, en gesto cariñoso. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho. Una sensación de ahogo comenzó a extenderse por su garganta, impidiéndole respirar. Estaba provocada por la sensación de que la policía estaba diciendo la verdad. Levantó la vista y se dirigió a ella—: Y sin embargo, sé que tiene razón, Laura. Ése es el origen de todos mis mareos y dolores de cabeza. Y de esos desmayos, de los que después no recuerdo nada…

Laura asintió.

—Nosotros mismos hemos visto pistas que nos deberían haber indicado lo que pasaba, el mecanismo de defensa que utilizaba su mente para protegerse de usted misma. Olvidó por completo haber tomado la manzanilla y olvidó el momento en el que casi muere envenenada. Y cuando dijo que entre usted y Claudio no había pasado nada, no lo decía en sentido figurado. Lo decía en serio. Fue una situación muy violenta la que se creó entre usted, Claudio y Roberto, quien fue testigo de su primer beso, por lo que su mente, ya entrenada en esos menesteres, decidió borrarla por completo. Asimismo, cuando decía que la desgracia la perseguía, se equivocaba. Era usted la que provocaba esos accidentes que han marcado su vida. Por ejemplo, estoy casi segura de que el incendio de su último negocio no lo provocó su socio sino usted. Y que la versión real de lo ocurrido difiere mucho de la que guarda en su cabeza. Lo más probable es que él quisiera abandonar el negocio y usted no podía consentir que se llevase su parte. Así que simuló que había vaciado su cuenta corriente y hasta quizá lo haya matado. No me extrañaría que encontraran su cadáver entre los restos del incendio, tarde o temprano.

Laura se agachó hasta colocarse a la altura de los ojos de Emilia.

—Siento haberle hecho pasar por esto, pero he de ser sincera y creo que el final de esta historia, el hecho de que pueda curarse, depende exclusivamente de que se enfrente a todo lo que ha hecho y lo asuma.

—¿Y Blanca? ¿Mi madre? ¿Qué pasó con ella?

—Murió pocas semanas después del asesinato de Susana. —Laura miró a Roberto, quien bajó la vista, nervioso—. Como descubrimos, algunos de los medicamentos que se usaban en los tratamientos del sanatorio no habían sido aprobados. Y uno de ellos provocó que Blanca entrara en un coma del que no volvió a salir. Tras su muerte, Celia decidió cerrar el sanatorio. Sabía que ella era en parte responsable de los terribles acontecimientos que habían sucedido en la isla, así que quiso poner un punto y final a la historia. Sólo que no fue un punto y final. Fue un punto y seguido. Y ella misma provocó todo lo que ha ocurrido en esta isla veinte años después.

—¿Celia Busquets? —preguntó Rodrigo, intrigado—. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Que fue ella quien legó todo ese dinero a Emilia. El sentimiento de culpa por todo lo ocurrido la habrá perseguido todos estos años. Imagino que cuando leyó la noticia del incendio de la casa rural y de la muerte de su socio, debió tocar su fibra sensible, así que decidió intervenir en su vida dejándole todo ese dinero para que no sufriera más dificultades. Se sentía en deuda con usted. Lo que no pudo prever es que Emilia terminaría comprando la isla en la que se originó la pesadilla, la isla de la que ella misma era propietaria. Roberto es abogado del bufete donde se formalizó la donación. Supongo que podrá confirmar todo lo que estoy diciendo.

—Si respondo a su pregunta, estaría rompiendo el principio de confidencialidad que me une a mi cliente —dijo éste, altivo.

—Pero Celia tuvo que saber que era yo quien iba a comprar la isla… ¿Por qué no me detuvo? ¿Por qué bajó tanto el precio de venta? Se arriesgaba a que recordara y descubriera todo lo que pasó —repuso Emilia.

—El mismo sentimiento de culpa que la llevó a dejarle todo ese dinero haría que pensara que, ya que su subconsciente la arrastraba a la Isla de las Gaviotas, lo mejor que podía hacer era permitirle venir y enfrentarse con su pasado. Era médico, así que creería que la mejor manera de curarse era ésa, y además su curación podía servir de expiación por todo lo que había hecho. Pero no contó con que esa terapia iba a cobrarse la vida de varias personas.

Emilia tomó aire antes de hablar. No podía creerse lo que estaba oyendo, parecía que Laura estaba hablando de otra persona. Y sin embargo, algo dentro de ella le decía que todo lo que la policía había dicho era cierto.

—¿Y qué va a pasar ahora conmigo?

—Usted no es responsable de sus actos. Imagino que la pondrán en tratamiento para tratar de curarla.

—Pero no sé si quiero curarme. No podría vivir sabiendo que soy un monstruo, no podría soportarlo. ¡Yo no soy esa persona! —dijo, desesperada. Pero en ese momento se percató de algo. La presión que Claudio estaba ejerciendo sobre su mano se estaba aflojando. Emilia le miró y vio una profunda tristeza reflejada en sus ojos—. ¡Claudio! ¿Qué… qué es lo que te pasa? Yo nunca quise que esto sucediera. Sé que ella tiene razón, pero yo no soy así… ¿Me crees?

Claudio asintió, inspirando aire para tratar de calmarse. Toda su vida se presentaba como una pesadísima broma ante él: se enamoró de una mujer, cuando era sólo un muchacho, y fue condenado por su asesinato a pesar de ser inocente. Cuando conoce a la persona que le puede ayudar a salir del bache y recuperar la autoestima perdida durante los años de reclusión, resulta que es la culpable, la que provocó que su vida fuera una ruina.

—Sí, claro que te creo, Emilia —dijo en un hilo de voz. A continuación miró a Laura—. ¿No hay alguna manera de que mi condena sirva como pago por lo que ha hecho ella? Así no serán años desperdiciados, ella no era consciente de lo que estaba haciendo…

Laura lo miró compasiva. La situación lo superaba y el pobre hombre no razonaba con claridad.

—Me temo que eso no va a poder ser —respondió.

En ese momento Emilia comenzó a notar que le faltaba el aire. La habitación en torno a ella comenzó a girar. Trastabillando, se levantó y se dirigió a la mesita en la que estaba el agua. Laura se acercó a ella.

—¿Se encuentra bien?

—Sí… es otro… otro de mis mareos —dijo, mientras se daba cuenta por primera vez de lo que significaba verdaderamente esa expresión: que había un monstruo que se agazapaba tras su consciencia, listo para despertarse y atacar en cuanto ésta desapareciera.

También vio algo entre los papeles que había traído Laura y que habían quedado desperdigados sobre un aparador: una fotografía, la fotografía de Susana que vio cuando tuvo el desvanecimiento la tarde que llegaron a la isla, poco antes de la sesión de espiritismo. La cogió y posó su mirada en la mujer de expresión enigmática que, arrebujada en su chaqueta, posaba junto al faro, la mujer que había querido ser su madre. Al intentar desentrañar los secretos que se ocultaban tras sus ojos, algo se rompió dentro de ella, un dique que había construido desde que tenía uso de razón y que no sabía que existía. Y las imágenes inundaron su mente, todas a la vez: la infancia pasada en la isla junto a Susana; las gaviotas que siempre habían estado allí; la mujer del

sanatorio que iba a visitarlas con muchísima frecuencia y el perro con el que salían a pasear. Eran recuerdos y pensamientos felices que le proporcionaron una calma y una seguridad que nunca antes había sentido. Supo así que hubo una época en la que no estuvo sola, en la que fue muy querida. Pero esas imágenes ocultaban dragones escondidos. Y fueron éstos los que terminaron por imponer su presencia en el paisaje. Estos horrores, vistos a plena luz ahora por primera vez, fueron los que hicieron que su consciencia explotara como una supernova, incapaz de resistirlos: la rabia incubada en el internado, creyendo que su madre la había abandonado, y la posterior huida del colegio para vengarse de dicho abandono; la llegada al faro la misma noche lluviosa en la que Susana averiguó la verdad acerca de su origen y cómo ella se introdujo a través de una de las ventanas; el asesinato de la atónita mujer, incapaz de entender que el mal encarnado en una niña de ocho años le estaba quitando la vida; Samuel diciéndole que iba a abandonar la casa rural que habían abierto juntos, ya que no podía soportar el acoso al que ella le estaba sometiendo; cómo ella le golpeó la cabeza con uno de los leños que había en la chimenea la noche en la que él iba a marcharse; cómo enterró su cadáver y luego quemó el edificio para borrar todo rastro de lo que había ocurrido; los asesinatos de Óscar, Bogdana y Julia, tal y como los había descrito Laura, y finalmente comprender que su vida había sido una mentira, que no era ella la que estaba contemplando, asombrada, un apéndice de sí misma que desconocía hasta el momento sino que era esta parte diabólica la que constituía su verdadero yo y que la Emilia que creía ser, la dulce, la despistada, la bondadosa, era una simple coartada que ella misma había creado, una falsa identidad con la que disfrazarse ante los demás.

Y luego no vio nada más, sólo un abismo negro en el que se precipitó y del que no volvió a salir.

—¿Qué le pasa? ¿Está bien? —preguntó Laura.

Martín y Jacobo estaban agachados junto a Emilia, que había caído al suelo, inconsciente.

—Respira y su pulso es normal —dijo Jacobo mientras le sujetaba la muñeca.

—Ha sido demasiado para ella —afirmó Martín, y colocó unos cojines bajo la cabeza de la mujer.

—No sabía qué hacer —explicó Laura, desesperada—. No supe encontrar la mejor manera de confrontarla con los hechos. Y el resto de ustedes merecía

conocer la verdad. —Se encaró a Érica y a Claudio—. La verdad sobre quién mató a su hermana, o saber la causa por la que usted pasó tantos años en la cárcel.

En ese momento, un sonido inesperado hizo que todos contuvieran el aliento.

El timbre de un teléfono móvil.

Ahora que la tormenta estaba amainando, parecía que las comunicaciones se restablecían.

Por fin podrían venir a rescatarles.

«Aunque no a todos», pensó Laura compungida. Miró a Emilia, que seguía tumbada en el suelo, inconsciente, y pensó que probablemente nadie lograría rescatarla de sí misma ni del infierno que existía en el interior de su cabeza.

EPÍLOGO

Una melodía desafinada

Llevaba más de media hora sentada frente a su ordenador, con la vista clavada en la pantalla pero incapaz de teclear. Cada vez que Lydia intentaba redactar su informe, algo en su cabeza le impedía explicar los hechos tal cual los había vivido. Y cuando encontraba el ánimo suficiente para resumir la historia de los últimos días y se enfrentaba al teclado, algún compañero llegaba hasta su mesa para darle una palmadita en la espalda y felicitarla tanto por la resolución del caso como por su inminente ascenso.

Ella sola no había cerrado la investigación del Flautista, claro. El destino había querido que, curiosamente, otros tres compañeros suyos hubieran sido capaces de aclarar no sólo las circunstancias que habían rodeado al misterioso asesino en serie décadas atrás, sino que además habían conseguido detener a su hija, quien, sin ser consciente de ello, había ocupado el lugar de su madre antes incluso de cumplir los diez años. Lydia aún no había podido hablar con ninguno de aquellos policías que se habían quedado atrapados con la asesina actual en la Isla de las Gaviotas, pero confiaba en hacerlo cuando volvieran a Madrid.

Además, todavía quedaban algunas preguntas por responder, varios cabos por atar. Eso era lo que impedía que Lydia se contagiara del espíritu festivo de la gente en su comisaría. Cada una de las enhorabuenas, de las palmaditas en la espalda, de las invitaciones a una cerveza… era un recordatorio de que algo no iba bien, de que aún no habían encontrado una coda adecuada para el Flautista.

—¿Pizza de pepperoni? —dijo una voz a su espalda.

Lydia despertó de su ensimismamiento, pero ni siquiera se giró hacia la persona que le hablaba.

—No, gracias.

—Es un pedido…

—No es mío —contestó ella, sin girarse.

—¿De veras? Porque es una pena. La he hecho yo mismo sin que me viera mi jefe.

Lydia reconoció la voz y se giró. Cuevas, vestido con su uniforme de repartidor, le mostraba sonriente una caja de pizza de tamaño familiar. La policía no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa cuando le vio vestido de semejante guisa.

—Además, le he echado extra de pepperoni y de queso. Y un poquito de cebolla. Está de muerte.

—Un poco grande para mí, ¿no crees?

—Bueno… pensé que igual te apetecía compartirla. Y si ninguno de tus compañeros quiere, te puedo echar una mano, termino justo ahora mi turno.

En ese instante, otro de los compañeros de Lydia se acercó hasta su mesa.

—Cuando te den la medalla, cámbiala por una subida de sueldo, no seas tonta… —bromeó sin detenerse.

—Lo que hemos hecho es algo gordo —comentó Cuevas—. No todos los días se pilla a un poli corrupto…

La frase de Cuevas terminó de decidir a Lydia, que se puso en pie como un resorte.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que ir a un sitio… —Fue todo lo que dijo Lydia, mientras cogía su chaqueta y salía de la comisaría.

Cuevas, todavía con la pizza en las manos, fue tras ella. Nada más llegar a la puerta se dio media vuelta y miró a su alrededor, a los policías que trabajaban, revisando informes, tomando declaración a detenidos, dibujando diagramas de los casos que estaban llevando, comparando fotografías de sospechosos… Cogió aire y sonrió.

«Podría acostumbrarme a esto…», pensó.

En cuanto bajó al callejón donde tenía su coche aparcado, a punto estuvieron de caerse al suelo las llaves que llevaba Lydia en la mano cuando lo vio bloqueado por el vehículo de otro compañero.

—Oye, Linares, ¿el coche ese azul, qué…?

El hombre uniformado que pasaba a su lado miró el coche que Lydia le señalaba.

—Es el de Corrales. Tenía una reunión y llegaba tarde.

—¡Pues está bloqueando el mío!

—¿Y a mí qué me cuentas? —dijo él, encogiéndose de hombros al tiempo que se alejaba—. Cuando te den la medalla, les dices que te la cambien por una moto.

«Una moto…», pensó ella. Y en ese instante Cuevas apareció por la misma puerta por la que ella había salido, vestido con su chaleco rojo y la caja de pizza aún en sus manos. De su boca sobresalía una porción que intentó tragar con aspecto culpable.

—Peffdona, penfaba que no quefías…

Lydia se acercó a él, muy seria.

—Necesito que me eches un cable por última vez.

Cuevas aparcó la moto delante de la puerta de la casa de Aguilar, que había sido precintada por la policía. El registro estaba previsto para esa misma tarde, y los compañeros de Lydia revolverían la finca entera de arriba abajo, buscando cualquier documento, cualquier pequeña pista que confirmara la implicación de Aguilar en el caso del Flautista.

Lydia bajó de la moto y empezó a caminar junto al muro que delimitaba el terreno, mirando hacia la parte superior de la pared de piedra. Cuevas la seguía, sin comprender bien aún qué estaban haciendo allí.

—Oye, que te dejas la puerta ahí atrás…

Lydia no respondió. Se limitó a detenerse en una esquina que hacía cuesta, por lo que el muro de la finca iba disminuyendo progresivamente su altura. De un salto, se encaramó a la pared sin generar siquiera una simple gota de sudor. Cuevas se quedó mirando para ella con la boca abierta, al comprobar su felina agilidad.

—Venga, vamos —dijo Lydia, tendiéndole la mano. Cuevas miró hacia ambos lados de la calle, para asegurarse de que nadie estaba mirando—. ¡Rápido!

Inspiró hondo y saltó para agarrarse a la mano de Lydia. Su salto, que pretendía imitar la fuerza y precisión del de la joven policía, se quedó corto por unos cuantos centímetros y se estampó contra el muro. Lydia resopló.

Tras varios intentos fallidos, Cuevas consiguió alcanzar a su compañera, con tan mala fortuna que, cuando iba a sentarse a horcajadas sobre el muro, la inercia le propulsó hacia el otro lado del mismo, dando con sus huesos en un cuidado parterre en el que Aguilar cultivaba con sumo cariño varios rosales.

Lydia se acercó hasta la vivienda seguido por Cuevas, que se iba quitando de la cara algunas de las espinas que se le habían clavado en la caída.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él, conteniendo los gritos de dolor que en realidad le apetecía soltar—. La puerta de la casa también estará cerrada…

Lydia le respondió acercándose a una ventana y rompiendo uno de los cristales con el codo. Pasó un brazo por el hueco recién abierto y giró la manilla de la ventana en el interior.

—¿Podrás subir tú solo a una ventana, princesita? —preguntó Lydia, disparando a la línea de flotación del orgullo de su amigo.

Una vez dentro, Lydia caminó hacia el salón donde había tenido lugar el tiroteo. Se detuvo en mitad de la estancia y miró a su alrededor, observando todo con interés. Cuevas se situó a su lado e imitó sus movimientos, hasta que se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—¿Qué estamos buscando?

—Una nota que no termina de sonar bien…

Se acercó al suelo, donde la mancha de la sangre de Aguilar estaba acompañada por un pequeño cartel con el número 1 impreso en él.

Lydia caminó hasta la pared, justo hasta el lugar en el que Cuevas había creído recibir el impacto de la bala de Aguilar. La policía se colocó en la misma posición en la que su amigo se encontraba durante el tiroteo, y después se dio la vuelta, hacia los muebles que quedaban detrás. Se agachó para examinarlos sin tocarlos siquiera. Un sofá, una cómoda… incluso la pared que había tras ellos no escapó de su registro.

Se puso en pie y cruzó el salón, en dirección a la habitación de Aguilar, donde éste había desaparecido segundos antes de comenzar el tiroteo.

El cuarto, impersonal y bien ordenado, no tenía más muebles que una mesilla de noche junto al cabecero de la cama y un armario empotrado que Lydia no se molestó en registrar. Dirigió sus pasos hacia la mesilla y, usando el faldón de su camisa, agarró el tirador del primer cajón y lo abrió.

Y nada más mirar en su interior maldijo su mala suerte.

De vuelta a tierra

Apenas hubo amainado el temporal, dos agentes de policía, atendiendo a la llamada de Roberto dos días atrás, consiguieron alcanzar la isla. Esperaban encontrarse con un caso de envenenamiento accidental, tal y como les habían contado, y como mucho con alguna persona aquejada de fuertes dolores de estómago que ya habrían empezado a remitir. Lo que no esperaban era descubrir tres cadáveres y una asesina incapaz de recordar los crímenes que ella misma había cometido.

Dos horas después, a lo largo y ancho de la isla se había desplegado un espectacular dispositivo policial, con el que pretendían recabar tantas pruebas como fuera posible para confirmar la rocambolesca historia que aquellos tres policías de la capital les relataban.

Tras horas de interrogatorios, los huéspedes y los trabajadores del hotel fueron trasladados a tierra, después de que pudieran hablar con sus familiares para que fueran a buscarlos al puerto.

Las dos lanchas de la policía que devolvieron a todos los huéspedes de la Isla de las Gaviotas a tierra eran mucho más rápidas que el barco de Santiago que los había llevado hasta allí tres días antes. En una de ellas, Emilia viajaba custodiada por varios agentes, incluidos Jacobo, Martín y la mitad de Laura, cuyo tronco desaparecía de nuevo por la borda, presa de una náusea mucho más peligrosa que cualquier asesino que se pudiera imaginar.

En la otra lancha, el resto del reparto de aquella inusual y macabra representación viajaba a tierra con la mirada perdida, incapaces de reaccionar todavía al horror que habían experimentado en los últimos días. Sólo Rodrigo, con el ceño fruncido y la cabeza baja, miraba fijamente el suelo de la embarcación, mientras sus manos entrelazadas se movían inquietas.

En el puerto, un cordón policial mantenía a la prensa a raya, a unos veinte metros del muelle donde empezaron a desembarcar. Emilia fue conducida enseguida hasta un coche de la policía, en cuyo asiento trasero la hicieron

sentarse. Los flashes de los fotógrafos saltaban con frenesí, aunque aún no conocían los detalles de lo que había ocurrido.

Los objetivos de las cámaras encontraron una nueva presa cuando de una de las barcas descendió Ángel Cruz, que tres días antes había desaparecido sin dejar rastro, segundos antes del debate televisado que reforzaría su elección como presidente de la Comunidad de Madrid. Las preguntas de los periodistas se pisaron unas a otras, formando una montaña de palabras ininteligibles. Ángel Cruz se acercó con calma hasta ellos para ofrecer una declaración que llevaba horas pensando. En ella, aseguraba que unos problemas personales le habían llevado a abandonar con urgencia su campaña durante unas horas, y que un inesperado temporal había alargado su ausencia de la vida pública. Valiéndose de su experiencia en política, consiguió satisfacer a la prensa sin decir nada en concreto ni ofrecer ninguna información de relevancia, y sólo dejó de prestarles atención cuando vio a su mujer y sus dos hijos apareciendo tras la avalancha de periodistas. Ángel pasó por debajo del cordón policial y sorteó a la prensa para fundirse en un abrazo con su familia. Entre lágrimas, y arropado por el calor de los suyos, no pudo evitar pensar que su pasado como paciente del antiguo sanatorio no tardaría en salir a la luz, por lo que su carrera política se vería abocada a su fin.

Pero le daba igual. Él mismo daría una rueda de prensa esa misma tarde y contaría la verdad sobre su pasado. Al diablo con su carrera política. Había sobrevivido y ahora abrazaba con fuerza a su familia. No podía sentirse más feliz.

Los suyos no fueron los únicos familiares que acudieron de inmediato hasta el muelle. Carlos, el marido de Érica, voló en avión privado hasta Santander, donde un chófer le esperaba para conducirlo a toda velocidad hasta Comillas. La visión de su esposa, con apenas una fina e improvisada capa de maquillaje y una mirada devastada, le devolvió a la mujer de la que se había enamorado años atrás. Él permaneció entre el gentío instalado en el muelle, con las manos en los bolsillos, contemplándola como si fuera la primera vez que la veía. Érica, desubicada, con una sonrisa forzada para ofrecer una bonita portada al día siguiente, se encontró con su rostro entre la multitud y rompió a llorar.

Lloró por los engaños a los que se habían estado sometiendo durante tanto tiempo el uno al otro. Lloró por sus desesperados esfuerzos por permanecer a su lado. Lloró porque había estado a punto de morir y supo que nadie más que él la podría echar de menos. Lloró por su hermana, cuyo crimen jamás se había molestado en aclarar.

Con paso vacilante, se acercó a su marido, que abrió los brazos para estrecharla entre ellos. Y así, sin preocuparse de las portadas del día siguiente, lloró con todas sus fuerzas.

Ella tenía claro que, en cuanto llegaran de vuelta a sus vidas, aquella farsa de matrimonio debía terminar. Habían sido demasiadas mentiras como para poder seguir fingiendo que no existían. Volverían a casa y, sincera y amistosamente, le pediría el divorcio.

Y, por supuesto, la mitad de su fortuna.

Morales, por su parte, no se atrevía a mirar de frente a los periodistas. Por lo general, le incomodaba ser el centro de atención, y las circunstancias en las que se veía envuelto, tras su salida de la cárcel, no ayudaban a disimular su protagonismo. Jacobo y Laura lo condujeron hasta un coche de policía donde esperaba Gerardo, quien les miraba con una media sonrisa en los labios, mientras negaba con la cabeza.

—No os podíais ir de vacaciones como todo el mundo, ¿verdad?

Jacobo hizo un gesto con la mano para señalar a Morales, al que acompañaban.

—Gerardo, este caballero de aquí es…

—Vicente Morales —se adelantó el comisario—. Me temo que va a tener que acompañarnos a Madrid. Allí hay gente que quiere hacerle unas cuantas preguntas sobre el caso del Flautista.

Morales asintió obediente, sin mirarle a los ojos.

—También hay algunas personas preocupadas por el hecho de que desapareciera nada más pagar su fianza.

—Dígale al juez que no pensaba huir del país.

—No es cosa del juez. Es cosa de su hija.

Morales levantó la vista y lo miró extrañado. Gerardo se limitó a hacer un gesto con la cabeza, señalando a un lado. Morales miró en la dirección que apuntaba y vio a su hija Marta, de pie entre unos policías. Llevaba el pelo cortado por encima de los hombros y más oscuro que la última vez que se vieron. Incluso a la distancia a la que se encontraban, se apreciaban algunas arrugas en su rostro, alrededor de sus ojos y la boca, que, según pensó él, le sentaban de maravilla. Ya no era la chica a la que llevaba de excursión, a la que regañaba por llegar tarde de un concierto. Como por arte de magia, Marta se había convertido en toda una mujer, que miraba ahora a su padre con una mezcla de preocupación y reproche.

Morales clavó la vista en Gerardo, como pidiéndole permiso para acercarse a ella. El comisario asintió con la cabeza y el expolicía caminó

lentamente hacia su hija.

—Hola…

Ella contestó a su saludo con una breve sonrisa, que desapareció enseguida de su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí, yo… he sido uno de los que ha tenido suerte. —Morales era incapaz de apartar su mirada de los ojos de Marta, a la que observaba como si fuera una aparición—. No… no sabía que ibas a venir. Cuando te dejé el mensaje esta mañana no era para que vinieras hasta aquí…

—Te estuvimos esperando más de una hora en esa cafetería, ¿sabes? Eva y yo.

—Me hubiera gustado avisaros…

—Podías haberlo hecho. Bastaba con levantar el teléfono.

Morales bajó la mirada, culpable.

—¿Sabes qué es lo peor? —continuó ella—. Cometí el error de decirle con quién íbamos a encontrarnos mientras estábamos de camino. Tendrías que haber visto su cara mientras esperaba en la cafetería a que entrara su abuelo.

Fue entonces cuando Morales envidió la suerte de los tres cadáveres que la isla se había cobrado. Después de una vida cometiendo un error tras otro, tal vez aquélla era la única salida que le quedaba.

A varios metros de allí, Martín ayudaba a los agentes a distribuir a los huéspedes de la isla en los distintos coches de policía que los estaban esperando. Se acercó a Rodrigo, que intentaba encender un cigarrillo que alguien le había dado.

—No sabía que usted fumaba…

—Toda esta gente me pone un poco nervioso.

—Tranquilo. En dos minutos estamos en la carretera.

El escritor asintió con la cabeza, inquieto, golpeando nerviosamente el suelo con el pie. Martín se acercó hasta Jacobo y Laura, que seguían hablando con Gerardo.

—No sé si os lo han dicho ya, pero en Madrid tampoco han estado perdiendo el tiempo. Una agente de la científica ha estado investigando el papel de la policía en el caso del Flautista —les informó Gerardo.

—¿Algún detenido? —preguntó Jacobo.

—Algún cadáver. La cosa ha sido muy seria. Ahora mismo están con registros y detenciones. Al parecer, la trama que se ocupó de esconder al Flautista fue dejando también su propio rastro de muertes.

—¿Ha habido policías que han matado para proteger a la asesina? —preguntó Martín, sorprendido.

—Aún no hay nada confirmado, pero se cree que Virginia García fue una víctima colateral de todo aquel asunto.

—¿Virginia García? —preguntó Laura, haciendo memoria—. No me suena de nada… ¿A vosotros?

Jacobo se encogió de hombros, al igual que Martín. Gerardo no tardó en responder a esa pregunta.

—Ella no os sonará, pero su marido sí. Era un periodista que cubrió el caso del Flautista. En mitad de su investigación, su coche saltó por los aires. Pero él no iba al volante… sino ella.

—¿Cómo se llamaba él?

—Antonio Pavón.

Nada más oír el nombre, Martín se giró hacia el coche de policía junto al que había dejado a Rodrigo. Éste, nervioso aún, tiraba al suelo el cigarrillo y se acercaba a un agente de policía que, distraído, hablaba con dos médicos del Samur.

Martín tuvo la sensación de que todo ocurría a cámara lenta. Rodrigo haciéndose con el arma del agente. Rodrigo amartillándola y apuntando a la carrera, hacia la gigantesca figura de Morales.

Martín echó a correr y soltó un grito, al tiempo que intentaba alcanzar a Rodrigo antes de que apretara el gatillo. Saltó sobre él, una décima de segundo más tarde de lo que hubiera deseado. La bala salió disparada e impactó en la espalda de Morales, que cayó al suelo entre gritos y gestos de pánico, incluido el de su propia hija, que no pudo más que echar las manos hacia él para evitar que cayera al suelo. Sin embargo, la envergadura del expolicía era tal que ella misma lo acompañó en la caída.

Martín desarmó a Rodrigo en cuanto lo tumbó, empleando todas sus fuerzas en reducirlo contra el suelo. Sin embargo, a juzgar por su gesto de pasividad, el escritor no tenía intenciones de continuar su ataque. Sumiso, mostró sus manos desnudas cuando varios agentes lo rodearon, apuntándole con sus armas. Otros agentes intentaban mantener el cordón policial frente a la prensa, desatada ya al presenciar en directo un tiroteo.

Los médicos del Samur corrieron enseguida a atender a Morales, por el que Laura y Jacobo se interesaron también.

—No hay orificio de salida —dijo uno de los médicos.

—Hay que llevarlo a un hospital ya mismo. ¡Traed la camilla! —gritó su compañero, volviéndose después a Morales—. Vamos a llevarle a un hospital,

¿de acuerdo? Tenemos que sacarle la bala. Manténgase despierto. Si nota que se duerme, intente avisarnos, es muy importante…

—Papá… —Marta todavía conservaba la misma expresión de terror que en el momento del disparo.

Morales sufrió para dibujar una sonrisa.

—Así que… aún sigo siendo tu padre… —consiguió decir.

Ella le cogió una mano.

—Nunca has dejado de serlo.

Los médicos se abrieron paso entre la multitud para traer la camilla. En menos de treinta segundos, habían subido a Morales encima y lo metían en la ambulancia, que arrancaba a toda velocidad. Jacobo se acercó a Marta, que miraba alejarse el vehículo sin dar crédito aún a lo que acababa de pasar.

—Su padre había venido hasta aquí para ayudarnos en un caso. Si no hubiera sido por su ayuda, no habríamos podido resolverlo.

Laura cogió a la joven por el brazo y la condujo hasta uno de los coches.

—Estos agentes la llevarán hasta el hospital. Vaya con su padre. Según nos ha dicho… usted es toda la familia que tiene.

Confundida, mareada incluso por todas las contradictorias emociones que sufría en ese instante, Marta subió al coche, siguiendo la estela que las sirenas de la ambulancia dejaban en el ambiente.

Doblado sobre el maletero de uno de los coches patrulla, Rodrigo era esposado por la policía. Uno de los agentes tiró de él por los hombros y lo giró para meterlo en el asiento trasero del vehículo. Antes de que lo hiciera, tuvo tiempo de dirigirse a Martín, que lo miraba con un gesto entre el desprecio y la incomprensión.

—Intentaron callarme… Ni siquiera tuvieron la delicadeza de preguntarse quién iba a coger el coche aquel día.

—Seguro que Morales ni siquiera fue la persona que ordenó colocar esa bomba. Él sólo recibía órdenes.

—¿Ha estado enamorado alguna vez, agente?

Martín pareció descolocado por la pregunta.

—¿Qué… qué tiene eso que ver ahora?

—Que si no lo ha estado, no sabrá lo que es tener delante a una mujer capaz de convertir cada día en un día que merece la pena ser vivido… y después perderla por culpa de otra persona.

Martín sintió cómo su estómago se contraía al escuchar las palabras de Rodrigo, cuya situación no le resultaba del todo ajena. Un nudo en su garganta estuvo a punto de impedirle seguir hablando.

—Matar a Morales no va a traer de vuelta a su esposa.

—Eso lo sé mejor que nadie, agente… pero, por lo menos, me dará un fantasma más al que dar caza.

Sonrió con tristeza mientras era introducido con decisión en el coche. Laura se acercó a su amigo, consciente de lo que tenía que estar pasando por su cabeza en ese instante.

—Sólo tú te diste cuenta de lo que iba a pasar…

—Ya ves de qué ha servido.

—Morales sigue con vida, y es gracias a ti.

Martín agradeció los ánimos de su amiga con una sonrisa.

—Al final descubrí por qué se hizo cazafantasmas…

—¿Por qué?

—Porque hay almas de las que no te quieres separar el resto de tu vida.

Miró a los ojos de su amiga, que lo observaba sin comprender bien el significado de sus palabras. Jacobo llegó hasta ellos, interrumpiendo un momento que Martín agradeció que se esfumara.

—Se llevan a Emilia.

Los tres se volvieron hacia el coche de policía en el que Emilia, esposada y aturdida, iba a ser conducida en un principio a Santander, desde donde sería trasladada a Madrid en apenas un par de días.

La joven miraba por la ventanilla como si no comprendiera qué hacía toda aquella gente a su alrededor. Asustada y confundida, parecía buscar la explicación a todo aquel caos entre los flashes de los fotógrafos y las luces de los coches de policía.

Pero fue en los ojos de Laura donde Emilia encontró por fin la paz que necesitaba. La policía la miraba con ternura y compasión, consciente de que la joven asesina no había elegido ser como era. Con toda probabilidad, los exámenes médicos a los que sería sometida confirmarían esa teoría, y en lugar de en la cárcel pasaría gran parte de su vida en un psiquiátrico similar a aquél en el que nació.

El coche arrancó, pero Emilia se resistió a apartar su mirada de la de Laura, que terminó viendo no a la joven empresaria que luchaba por salir de una vida llena de desgracias, sino a la niña que un día había sido…

… y que jamás pudo volver a ser.

No muy lejos de donde Laura se encontraba, Claudio vio también perderse el coche que conducía a Emilia. Una broma macabra del destino había querido

que, veinte años después, se enamorara de la hija adoptiva de la mujer a la que una vez había amado.

Enamorado de la víctima… y de su asesina. Aquél no era el mejor punto de partida para retomar una vida de la que no hacía ni cuatro días que se quería despojar. Si antes de viajar a la Isla de las Gaviotas no tenía motivos por los que vivir, ¿qué le quedaba ahora? El destino, que había abierto una herida profunda en él, se burlaba ahora echando sal en su interior, desafiándole a que retomara lo que había abandonado días atrás, poniendo fin a una vida absurda y vacía.

Se volvió hacia el mar y clavó su mirada en el islote, que la bruma desdibujaba en el horizonte como un mal sueño que amenaza con evaporarse de la memoria minutos después de haber despertado.

—Nada parece tener sentido, ¿verdad?

Claudio se sorprendió cuando vio a Laura a su lado, mirando también hacia la isla.

—Tengo esa sensación desde hace demasiado tiempo… —confesó él.

—Espero que no se lo tome a mal… pero hubieran hecho una buena pareja, Emilia y usted.

—Supongo que sí… lástima que nos separen los pequeños detalles. Como que ella sea una asesina en serie.

Laura esperó un par de segundos antes de seguir hablando.

—¿Qué hará después de que le tomen declaración? ¿Seguirá de cocinero?

—No lo creo. Ahora mismo, la cocina me parece… no sé… demasiado absurdo.

—Es una pena… su comida es de lo mejorcito que he probado. Y esas magdalenas chiquititas…

—*Cupcakes*.

—«Caqueis», eso. Eran increíbles. Nos las ventilamos en tres minutos. Y con un asesino en la casa.

—Tenían hambre, era normal.

—Eso es cierto. Pero lo que hicieron sus «caqueis» fue…

—*Cupcakes*.

—«Caqueis», perdón. Lo que hicieron fue que nos olvidáramos todos del horror que nos rodeaba… hicieron que nos sintiéramos bien, casi… como si fuéramos felices por estar ahí en ese momento.

Claudio ahogó una risa.

—Se lo digo en serio. Hacer feliz a la gente es un don. Y usted es capaz de hacerlo a través de la comida… Sería una pena echar a perder semejante

talento. Ese tipo de cosas son las que dan sentido a una vida. Y la suya no se merece terminar sin saber adónde conduce.

Claudio se volvió hacia ella, extrañado. Laura cerró las solapas de la gabardina que Emilia le había prestado, como protegiéndose del frío, mientras se alejaba hacia sus compañeros, dejando al cocinero con la duda de si aquella curiosa agente de policía se estaba refiriendo a su frustrado intento de suicidio… del que se suponía que nadie sabía nada.

Jacobo se dejó caer en el asiento del copiloto del coche de Gerardo. La vibración de su teléfono móvil en el bolsillo lo sobresaltó. Miró el número, sin reconocerlo.

—¿Sí?

—¿Inspector Salgado? —preguntó una voz de mujer.

—Sí, ¿quién es?

—Alguien que necesita su ayuda.

El último cabo

—Tres muertos en tres días… Para ser sincero, no es algo que merezca un ascenso.

Castro se paseaba despreocupadamente por el despacho, pasando incluso por detrás de Jacobo, que permanecía sentado frente a la mesa de su superior. Los movimientos pausados y los pasos lentos pero firmes alrededor del inspector asemejaban aquella escena con la de un animal salvaje acorralando a su presa. Las persianas que daban a la oficina estaban echadas, de manera que la sensación de cacería era todavía mayor.

—No sólo fueron incapaces de detener a la asesina, sino que pensaron que se trataba de una de las víctimas. Y por ese motivo centraron su atención en los demás sospechosos… y a ella le dejaron total libertad.

—Era imposible imaginar que Emilia era la culpable.

—Por desgracia, a los policías no nos pagan por imaginar los casos, sino por resolverlos. A pesar de convivir con la asesina durante tres días, su incompetencia provocó la muerte de tres personas…

—Con todo el respeto, no fue mi…

—… y es por esto —continuó Castro, subiendo el volumen de su voz para acallar la de Jacobo— que su ascenso será rechazado. Este año… y todos los que vengan después.

Jacobo asintió con la cabeza, aceptando resignado el futuro que Castro dibujaba para él en el cuerpo de policía.

—Tiene suerte de que la asesina no decidiera continuar con su baño de sangre. Y tiene suerte también de que desde aquí consiguiéramos resolver esa vergonzosa relación de algunos de nuestros compañeros con el Flautista. Sin embargo, he hablado ya con sus superiores inmediatos para que abran una investigación sobre lo ocurrido en esa isla estos días. Le advierto desde ya que cualquier comportamiento fuera de lo normal será convenientemente castigado.

—¿Se puede? —preguntó una inocente Laura, entrando al despacho sin llamar a la puerta. Aún vestía la gabardina que había pertenecido a la difunta Susana veinte años atrás. Martín iba tras ella—. Ahí va, perdone, no sabía que estaban reunidos. ¿Venimos más tarde?

La entrada fue lo bastante natural e impertinente como para que Castro los mirara con una mezcla de sorpresa y desagrado. La falta de educación de aquel singular grupo de policías era notable, pero su visión lúdica de la profesión tenía las horas contadas, por lo que Castro renunció a su gesto serio en favor de una condescendiente sonrisa.

—No, por favor… Quédense ustedes dos también, así todos nos ahorramos un poco de tiempo.

Laura, sonriente, se sentó junto a su marido, mientras Martín permanecía en un discreto segundo plano apoyado contra un archivador, detrás del matrimonio. Su lenguaje corporal implicaba no sólo desenfado, sino también un cierto desprecio por la autoridad, como imaginó Castro. Éste no conocía al joven y descarado agente que tenía delante, pero sí sabía que en menos de cinco minutos le borraría aquella irreverente sonrisa del rostro.

—Como le decía a su marido, agente Lebrel, su actuación durante su estancia en la Isla de las Gaviotas ha sido bastante deficiente.

—Yo pensaba que habíamos detenido a una asesina en serie… —comentó ella, despreocupada.

—Además de descubrir la identidad de otra a la que la policía fue incapaz de detener hace treinta años… —continuó Martín.

—¿Están poniendo en duda la eficacia del cuerpo de policía? —preguntó Castro, ofendido por el comentario del joven agente.

—Sólo la de las personas que taparon la identidad del Flautista —respondió él, sin dejarse intimidar.

—Y la de los agentes que manipularon las escenas de sus crímenes —subrayó Jacobo.

—Y la de los altos cargos que han mandado matar estos días a todo el que se acercara a la verdad —dijo Laura.

—Y la del policía que ordenó el asesinato de la agente de la científica que estaba al frente de la investigación.

Jacobo se mostró especialmente contundente al pronunciar esta última frase. Castro había pasado de sentirse ofendido a confundido, más por la tranquilidad de aquellos tres agentes a los que pensaba degradar que por sus palabras.

—Por suerte o por desgracia… ese policía corrupto está ahora bajo tierra.

—No creo que eso sea del todo cierto —señaló Laura.

—¿Por qué no? —preguntó Castro, suspicaz.

—Porque lo tengo delante de mí.

Los tres policías pudieron sentir el escalofrío recorriendo la espalda de su superior, mientras éste pasaba su mirada de uno a otro, buscando algún gesto en sus tres subordinados que delatara que aquel comentario era parte de una broma del todo desproporcionada que él se encargaría de hacer pagar. Cuando comprobó que ese gesto no iba a llegar, su confusión se convirtió en ira.

—¿Se están riendo de mí?

—Al contrario, señor… ha sido usted el que se ha estado riendo de todos nosotros —respondió Jacobo, desafiante.

—Fue usted quien ordenó a Morales y a Aguilar que taparan los crímenes del Flautista hace treinta años —continuó Laura, que seguía tranquilamente sentada.

—Y quien ha ordenado silenciar a todos los que intentaran descubrir la verdad estos últimos días. —Martín tenía las manos en los bolsillos, mostrando una clara e inquietante relajación.

—Yo en su lugar mediría las palabras… Esa acusación les puede llevar a los tres a la cárcel.

—Bueno, la cárcel no estaría mal, ¿verdad? —dijo Laura—. Mucho mejor que una tumba como la de Aguilar. Usted le mató a sangre fría antes de que pudiera acusarle.

—Yo no le disparé. Lo hizo una de mis agentes porque Aguilar estaba a punto de matarnos a los dos.

Laura se levantó por primera vez y se encaró a Castro.

—Usted fue quien provocó esa situación. Aguilar jamás les hubiera herido.

—Llevaba un arma escondida… y la usó contra nosotros.

—No niego que su intención fuera herirles… lo que digo es, literalmente, que Aguilar «jamás» les hubiera herido… por la sencilla razón de que sus balas eran de fogueo.

Castro dejó escapar una suave risa que murió nada más asomar a sus labios.

—Eso es una estupidez. Yo mismo resulté herido en el brazo. Cualquier estudiante de medicina podría ver que se trata de una herida de bala.

—Pero haría falta algo más que un estudiante de medicina para darse cuenta de que la bala que le provocó la herida no era la misma que la del arma de Aguilar —objetó Laura—. Usted se disparó en el brazo poco antes de entrar en el domicilio de Aguilar. La agente que estaba en la casa y el civil

que la acompañaba creyeron oír un estallido de motor, pero era usted preparando su coartada. Con la tensión del momento, ninguno de ellos reparó en el pequeño corte de su chaqueta y en la sangre que empezaba a empaparla.

Castro se volvió hacia Jacobo, que se había levantado también durante la intervención de su mujer.

—Inspector Salgado… la suya va a convertirse en la invitación de boda más cara de la historia. No lo sería, si además de una teoría estúpida hubieran traído algún testigo que la pudiera confirmar.

—Lo cierto, señor… es que hemos traído uno.

El rostro de Castro palideció al oír las palabras de Jacobo, pero todavía lo hizo más cuando Martín abrió la puerta del despacho para dar entrada al nuevo personaje de la función.

Y más aún cuando vio que la persona que aparecía era una mujer a la que había conocido de una manera especial los últimos días. Con una mirada gélida, Lydia cerró la puerta tras ella y disfrutó unos segundos con el desconcierto de Castro, que experimentaba problemas para articular palabra.

—¿Qué… qué dem…? Lydia, ¿qué significa esto?

—Significa que tus mentiras se han terminado ya. El momento ha tardado treinta años en llegar, pero ha llegado.

—No me digas que tú también estás metida en esta farsa.

—La única farsa en la que he estado metida últimamente tuvo lugar ayer… en la casa de Aguilar. Volví esta misma mañana, por cierto.

—¿Cómo… por qué? Di orden expresa de que nadie entrase para evitar contaminar la escena.

—O para que no descubriese que las balas que había usado Aguilar eran de fogueo.

Ni Laura ni Jacobo ni Martín variaron su gesto al oír esta información, que al parecer conocían de antemano. Castro, en cambio, sí acusó estas palabras.

—Eso… eso no…

—Por favor, deja los titubeos para los novatos. En alguien de tu edad quedan ridículos. Sobre todo con algo tan claro como esto.

—Agente… —habló Jacobo, dirigiéndose a Lydia—, ¿quiere explicarle al señor Castro por qué tiene usted tan claro que Aguilar usó balas de fogueo?

—Por la sencilla razón de que no había ningún agujero de bala en la escena. La única bala de verdad que se disparó ayer en esa casa salió de mi arma… después de que tú me forzaras a hacerlo.

—Parece claro que Aguilar no sabía que sus balas eran de fogueo. Cuando él les disparó, pensaba realmente que les mataría… aunque él creía que lo

estaba haciendo en legítima defensa —comentó Laura.

—Por cierto… si va a manipular la escena de un crimen, no se deje nada para después —le aconsejó Martín—. Debió haber vuelto ayer por la noche para dejar un par de agujeros de bala en las paredes y en el suelo. Supongo que imaginaba que todos seguirían sus órdenes.

—Todos… salvo una inofensiva agente de la científica a la que había estado manipulando durante los últimos días —remató Jacobo.

—El hombre que mató a Ainhoa, el que estuvo a punto de matarme a mí… y el que nos quiso tender una emboscada a Cuevas y a mí en el ministerio… Eras tú quien estaba detrás de todo.

—Todo eso… son especulaciones… no tenéis nada… —dijo Castro, defendiéndose a la desesperada.

Lydia dio un paso al frente, con gesto de desprecio.

—Tenemos una escena del crimen manipulada, un listado de llamadas de tus sicarios que conducirán hasta ti…

—… y el testimonio de Vicente Morales, que por suerte se está recuperando en un hospital de Santander —apuntó una sonriente Laura—. ¿Sabe usted que aún guarda muchos recuerdos de aquella época? Números de teléfono, nombres de contactos… Llámelo romántico si quiere, pero nuestro excompañero parece recordar aquellos días como si fuera ayer mismo.

Sin ser conscientes de ello, los cuatro policías habían rodeado a Castro, quien pasaba su mirada de uno a otro, como intentando adivinar quién saltaría primero sobre su yugular. Su respiración se había vuelto más agitada, y el sudor que empezaba a perlar su frente dejaba bien claro quién era la víctima y quiénes los verdugos en aquel despacho.

—Vayan dejando todos sus placas y sus armas sobre mi mesa… Desde ya mismo tienen un expediente abierto y la promesa de que haré lo posible para que acaben en la cárcel —consiguió decir, manteniendo la compostura.

—En ese caso, quisiera pedirle un favor… —dijo Jacobo, poniéndose detrás de Castro mientras sacaba algo del bolsillo trasero de su pantalón—. Vaya adelantándose usted para cogernos sitio.

Y sin que su superior tuviera tiempo de reaccionar y oponer resistencia, Jacobo rodeó las muñecas de Castro con sus esposas. El detenido atravesó a Jacobo con la mirada, quien le observaba con rostro sereno, orgulloso de su trabajo pero sin jactarse de ello.

—Será mejor para ustedes que nadie más se entere de este bochornoso espectáculo. Cuanta menos gente sepa que han metido la pata, menor será el ridículo que están a punto de hacer.

—Creo que el ridículo que hemos hecho ya ha sido enorme… —respondió Laura, y se acercó a las persianas que mantenían el despacho a resguardo de las miradas de los demás compañeros de Castro—… porque aquí ya se ha enterado hasta la señora de la limpieza.

Dicho lo cual, tiró de la cuerda de una de las persianas, levantándola. Al otro lado, los compañeros de Castro miraban con gesto serio hacia el despacho. Sabedores de lo que estaba ocurriendo en aquella sala, nadie se atrevía a mover un músculo. Compañeros, subordinados… todos habían esperado el momento de la detención, expectantes, sorprendidos de que el cerebro del caso del Flautista fuera una de las personas con mejor currículum y reputación del país. El hombre que había prometido purgar el cuerpo de policía, llevando a cabo la mayor operación de limpieza de su historia, no era más que un criminal, un asesino despiadado y manipulador.

Castro observó con terror a sus compañeros, sin ser capaz de mover un solo músculo. De hecho, nadie allí parecía atreverse a dar el menor paso, a levantar un solo brazo… Nadie, a excepción de un joven de pelo ensortijado y unas enormes gafas que acentuaban la expresión de despiste que lucían sus pequeños ojos.

—Chisss, chisss… ¿A mí cuándo me toca entrar? —preguntó Cuevas a Martín, en un susurro. El policía le miró extrañado, como si estuviera viendo a un extraterrestre—. Ya sabe, para lo del numerito de detener al tipo este…

Martín puso los ojos en blanco y apartó a un nervioso Cuevas para salir del despacho. Los demás le siguieron, escoltando a Castro, quien mantuvo la cabeza alta y el orgullo intacto mientras desfilaba delante de sus compañeros con las manos esposadas a la espalda.

Junto a los ascensores, Félix y Gerardo, acompañados por otros dos agentes de uniforme, esperaban a que Jacobo les entregara a su detenido. Castro mantuvo la vista al frente, evitando encontrarse con la mirada de los dos hombres. Dejó que ambos agentes le sujetaran por los codos y lo introdujeran en el ascensor.

Félix negó con la cabeza, al tiempo que dejaba escapar una risa de incredulidad.

—Tiene cojones la cosa… —Miró a Laura y a sus compañeros—. Han hecho un buen trabajo, agentes… —Después, su mirada se detuvo en Jacobo un instante, del que se despidió con un leve gesto de cabeza y una sonrisa reveladora—. Comisario…

Entró en el ascensor y las puertas se cerraron tras él. El movimiento en la oficina se reanudó al instante. Gerardo permaneció con los policías unos

segundos más.

—Un caso de hace treinta años… resuelto en tres días. Pocas veces se ve algo así…

—El mérito es de Laura, Gerardo… ella fue quien descubrió la identidad de la asesina.

—¡Y de Lydia también! —dijo una vocecilla detrás de ellos. Cuevas se asomó tras la espalda de Martín para romper una lanza en favor de su amiga. Se amilanó en cuanto las miradas de los policías se centraron en él—. Quiero decir… si no les importa…

Lydia pareció un tanto abochornada por el comentario de Cuevas, pero Jacobo sonrió por la inocencia y veracidad de sus palabras.

—Sin ella, la mitad de este caso se habría quedado sin resolver. Sin su llamada de hace unas horas, no habríamos podido detener a Castro.

—Y sin Martín, tú ahora mismo estarías criando malvas en la costa de la isla… —le recordó Laura.

Jacobo, un tanto contrariado, miró de reojo a su compañero, con el que compartió un silencioso gesto de agradecimiento que aquél supo entender.

—Ha sido un trabajo perfecto —sentenció Gerardo.

—Jacobo tiene razón —añadió Martín—. Sin Laura, jamás habríamos adivinado la identidad del Flautista… y Emilia habría continuado cometiendo crímenes sin que nadie la hubiera detenido.

Laura desvió un poco la mirada, humilde, mientras Lydia era incapaz de reprimir un suspiro, un tanto molesta de que, una y otra vez, los mayores elogios se centraran en aquella mujer con más aspecto de ama de casa que de policía. Gerardo sonrió a su protegida.

—Dios me libre si algún día me tienes que investigar a mí… Anda, vámonos de aquí.

Se dirigieron hacia el ascensor, que volvía a abrir sus puertas. Cerrando la comitiva, Cuevas, que no dejaba de mirar emocionado a su alrededor, se atrevió a darle una palmadita en la espalda a Martín. Éste se giró, sorprendido de que aquel singular personaje todavía siguiera pegado a ellos.

—Oye, perdona… el examen para entrar en la policía… ¿es tipo test o es en plan preguntas largas?

Martín hizo como que no le había escuchado y siguió caminando. Lydia, que se encontraba a la altura de Jacobo, se dirigió a él manteniendo la vista al frente.

—Enhorabuena por su ascenso…

—Se lo debo en parte a usted.

Lydia sonrió, agradecida por el reconocimiento.

—Recuérdelo si en el futuro necesita a alguien de la científica, comisario.

Uno a uno, los seis fueron pasando al ascensor.

—A saber dónde nos pone a cada uno la vida dentro de diez años —dijo Gerardo—. Pero hay una cosa que ya tengo clara: formarían ustedes un gran equipo.

Laura, feliz, se cogió del brazo de su marido, e hizo lo propio con el de Martín, quedando los tres unidos con ella en medio. Lydia pulsó el botón de bajada.

—Yo sí tengo una cosa clara. Sea como sea el futuro… —empezó a decir Laura mientras las puertas se cerraban—… creo que nos lo vamos a pasar muy bien.

Agradecimientos

Este libro es la culminación de un viaje que comenzó hace cinco años, acompañados por todo el equipo de la serie, con el que hemos podido compartir una experiencia inigualable. A todo ese equipo técnico y artístico que se ha dejado la piel en cada rodaje con una ilusión inquebrantable, le debemos lo que es Laura hoy en día.

Esta travesía habría fracasado desde el principio sin la dedicación de los directores y actores que han convertido las palabras en imágenes, y entre los que es obligado agradecer de corazón a María Pujalte todo lo que ha dado por la serie. Laura es María, y María es Laura. Su interpretación ha trascendido la pantalla y ha sido todo un regalo para nosotros. Y por supuesto, muchas gracias a Oriol, Fernando, Laura, Beatriz, César y los pequeños Juan y Raúl.

Nuestra gratitud también para Goyo Quintana, por creer y confiar en nosotros hace ya más de diez años y dejarnos formar parte de Boomerang TV.

Allí hemos tenido la suerte de trabajar con Aitor Montánchez, productor ejecutivo de las dos primeras temporadas, que creyó desde el principio y más que nadie en la serie, y con Reyes Baltanás, que cogió el relevo y nos llevó de la mano en la tercera temporada. Ellos han sido nuestro paño de lágrimas y nuestra brújula en esta larga y difícil travesía.

Y por supuesto, le debemos mucho a todo el equipo de Boomerang TV: Josep, Pilar, Juanjo, M.ª Ángeles… y especialmente a María e Irene.

No podemos olvidar al departamento de ficción de TVE: Fernando, Javier, Nicolás y Maite quienes, a pesar de los tiempos difíciles y de las circunstancias adversas, siempre han apoyado la serie.

Ese mismo cariño y respeto es el que nos han mostrado Emilia y Virginia, de Penguin Random House, que nos han ofrecido la posibilidad de cumplir un sueño y a las que esperamos no haber defraudado.

Y un último y especial agradecimiento a toda la gente que, en casa, ha seguido la serie desde su inicio. Sin el cariño y el calor de la audiencia, *Los*

misterios de Laura nunca se habrían hecho realidad.

Hoy lo son más que nunca, en la pantalla y sobre el papel, y esto es gracias a ellos.

JAVIER HOLGADO (Pamplona, España, 1971). Se licenció en Derecho y Comunicación Audiovisual en su ciudad natal. Posteriormente, cursó un máster en guión cinematográfico y televisivo en la Universidad de Los Ángeles (UCLA).

Residente en Madrid, en 2001 ganó la última edición del Concurso de Guiones de Canal +. Toda su labor profesional de guionista se ha desarrollado en televisión.

CARLOS VILA (La Coruña, España, 1977). Escritor precoz, a los 13 años publicó su primer libro en gallego, *Alén da aventura*, que obtuvo el primer premio de Narraciones Juveniles Rúa Nova. Pronto llegaron *Gárgola*, con el que repitió galardón, y *Cara á fin da luz*. En 2009 retomó su faceta literaria con *As sete mortes*, título con el que consiguió el premio Fray Martín Sarmiento al mejor libro de 2011 para los escolares gallegos de 3.º y 4.º de la ESO.

Juntos han creado, escrito o coordinado los guiones de las series *Motivos personales*, *Acusados*, *Los misterios de Laura*, *Círculo rojo* o *Un lugar en el mundo*, todas ellas de la productora Boomerang TV.

Javier Holgado y Carlos Vila
Laura y el misterio de la isla de las gaviotas
Lectulandia